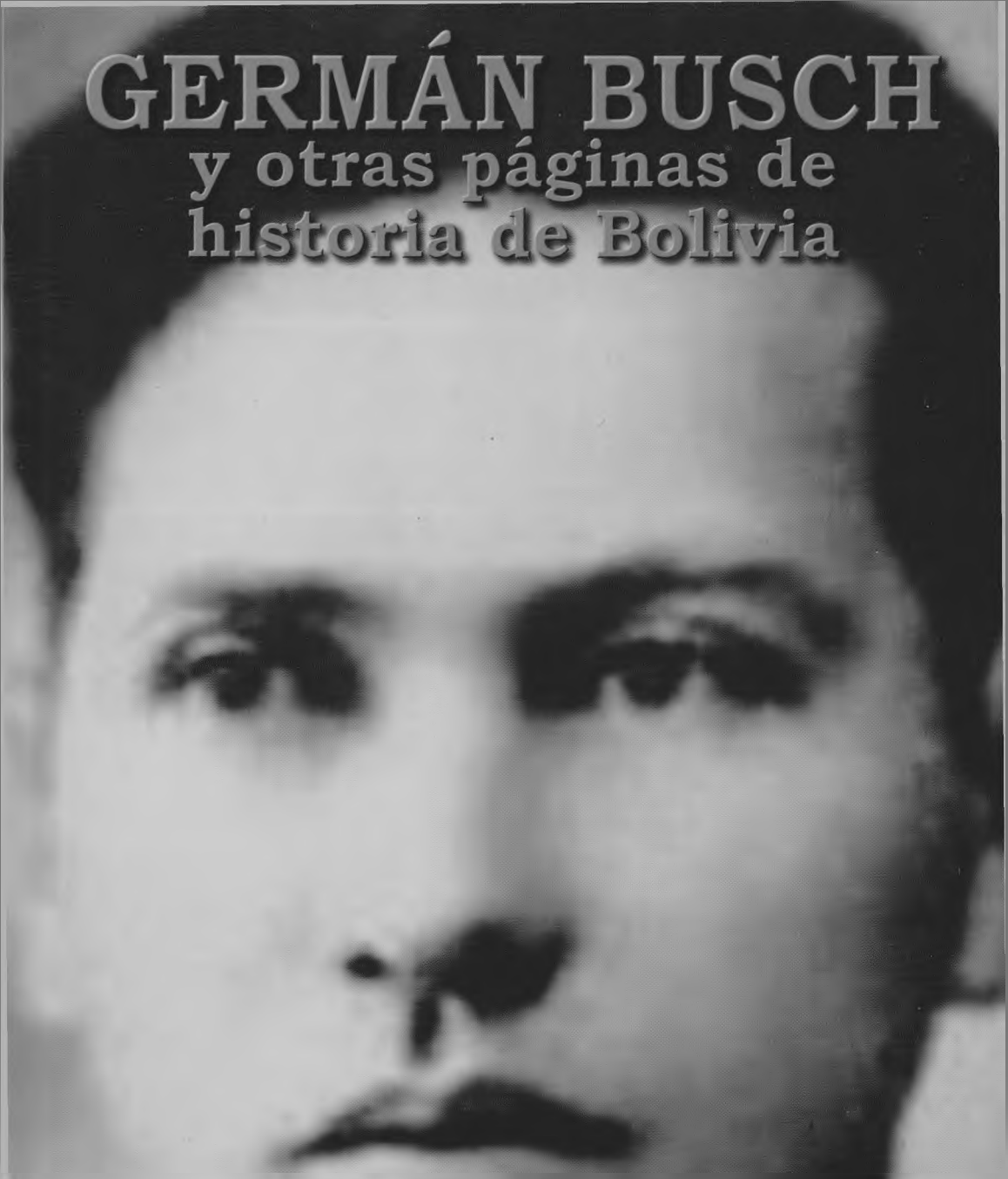
GERMÁN BUSCH
y otras páginas de historia de Bolivia



Segunda Edición

CARLOS MONTENEGRO

Prólogo y notas de Mariano Baptista Gumucio

BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

TEXTOS SOBRE LA HISTORIA POLÍTICA, TEORÍA POLÍTICA Y GEOPOLÍTICA, DE ALGUNOS DE LOS PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA, SU GESTIÓN Y ADMINISTRACIÓN, HISTORIA MILITAR, BATALLAS, GUERRAS INTERNACIONALES, GUERRA CIVIL O FEDERAL Y GUERRILLA

TEXTOS PARTICULARES SOBRE PRESIDENTES Y SU ADMINISTRACIÓN PRESIDENCIAL

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 4356
Número del texto en clasificación por autores: 9357

Título del libro: Germán Busch y otras páginas de historia de Bolivia

Autor (es): Carlos Montenegro

Editor: Levylibros Librería – Ediorial
Derecho de autor: Depósito Legal: 4-1-895-14
Imprenta: Apoyo Gráfico
Año: 2015
Ciudad y país: La Paz - Bolivia
Número total de páginas: 353

Fuente: ***Digitalizado por la Fundación***

Temática: Germán Busch Becerra

CARLOS MONTENEGRO
Prólogo y notas de Mariano Baptista Gumucio

GERMÁN BUSCH
Y OTRAS PÁGINAS DE HISTORIA DE BOLIVIA

2ª EDICIÓN

LIBRERÍA – EDITORIAL
Junín 229 - Telf.: 3360709 . Casilla No. 183
Tel-fax: 3120559 . lewylibros@cotas.com.bo

La Paz - Bolivia
2015

© 2014 Mariano Baptista Gumucio

1ra. edición 2014
2da. edición 2015

Edificio Cosmos, Piso 9 Oficina 3
Avenida 16 de Julio
Telf. 2-312816
Casilla_ 1057
Mail: marianomagu@yahoo.com

D.L.: 4-1-895-14

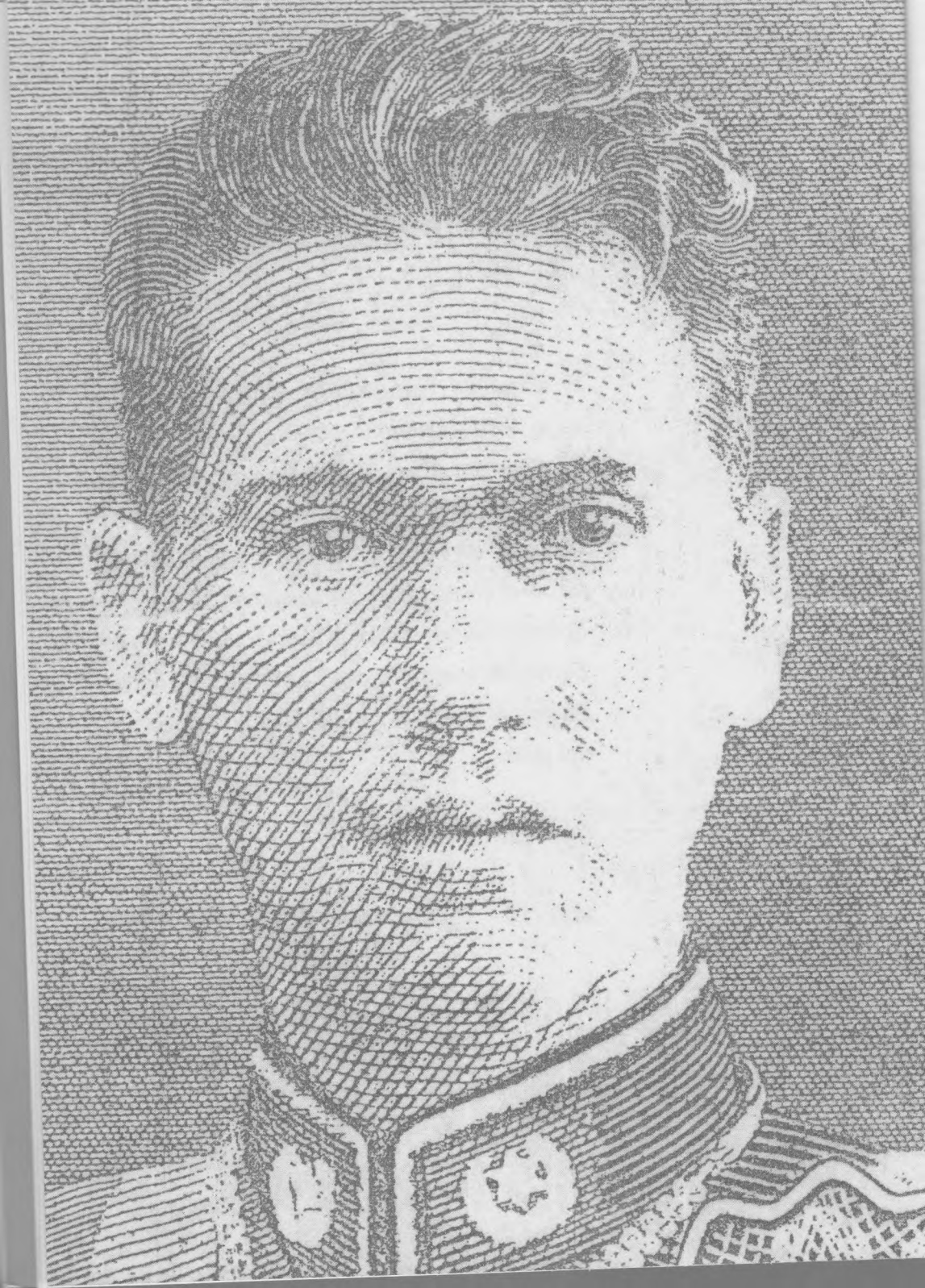
Dibujos de Gil Coimbra

Impreso en: Apoyo Gráfico
La Paz - Bolivia

A Eduardo Quintanilla Ibarnegaray, sin cuya intervención precisa, estos papeles escritos por Carlos Montenegro, en 1938, se habrían perdido para siempre. Y en recuerdo de las veladas que con él teníamos junto a Óscar Bonifaz, Augusto Céspedes, Roberto Gumucio Améstegui y mi hermano Bernardo tratando con humor agridulce de juzgar el pasado y vislumbrar el porvenir del país.

Con todo afecto.

M.B.G.



PROLOGO

Hacia 1954, -no recuerdo exactamente la fecha- fui testigo de un hecho excepcional que significaría para mí, el cambio de mi vocación de la política hacia la investigación histórica, el periodismo y las letras. Por razones políticas, que no vienen al caso mencionar, conseguí un empleo en la Biblioteca Nacional de Sucre y pronto, quizás en razón de mi edad y de mis inquietudes me gané la confianza y el afecto de Gunnar Mendoza, el Director, que por entonces debió tener unos 40 años. Ese hecho fue el descubrimiento que hizo Gunnar de un manuscrito, en forma de cuaderno, de principios del siglo XIX. Se trataba del "Diario del tambor Vargas", en la guerrilla de Ayopaya. (pueblo en el que nació en julio de 1832) mi bisabuelo Mariano Baptista Caserta y donde vivió hasta sus once años hablando en quechua con sus compañeros de juegos. A esa edad su padre, José Manuel, lo llevó a Sucre. A veces me pregunto si alguna vez, siendo adversarios políticos se cruzaron en la vida, el tambor Vargas y mi tatarabuelo. Gunnar convocó a la Dirección a algunos de sus colaboradores y empezó a leernos con gran entusiasmo fragmentos de ese documento que resultaría único en la historiografía de la guerra de la Independencia sudamericana. Creo que pocos hallazgos lo hicieron tan feliz y le dieron ánimos para seguir trabajando en las penosas condiciones en que lo hacíamos, cuando muchas veces no disponíamos de los elementos materiales indispensables para continuar con nuestro trabajo de ordenamiento y catalogación.

Evoco esta anécdota al presentar estas páginas inconclusas de Carlos Montenegro, en torno a los conflictos internacionales que ha tenido Bolivia y particularmente, a la guerra del Chaco y la infancia y juventud de Germán Busch hasta la batalla de Boquerón.

Pero antes de referirme a ellos y a su hallazgo, es justo que empiece por el propio autor. Nacido en Cochabamba a principios del siglo XX, su entrañable amigo de infancia, juventud y luchas políticas, Augusto Céspedes, lo ha retratado cuando muy jóvenes en los campos de Queru Queru, hablaban de la Roma de Petronio y la Francia de Vergniaud, mientras confabulaban travesuras contra los honrados burgueses veraneantes. Céspedes cuenta como empezó a

reconocerse tempranamente el excepcional talento del autor de *Nacionalismo y coloniaje*, al par que su ingenio juguetón, le aureolaba una fama de "malo", que le valió incluso la ex comunión a sus 16 años, del vanidoso e intolerante obispo Francesco Pierini, aterrizado en Cochabamba desde su nativa Italia, fama que Carlos acarrearía de por vida. Había escrito un artículo preguntándose sobre la divinidad de Jesús y el obispo que ya tuvo polémicas con Adela Zamudio, pensó que había que poner remedio a esos brotes de ateísmo que se propagaban entre los jóvenes. El semillero de éstas rebeldías era la revista "Arte y trabajo", fundada y mantenida por Cesáreo Capriles, quien no obstante pertenecer por su familia y bienes a la clase dominante cochabambina, profesaba en forma abierta y militante sus convicciones anárquicas, logrando reunir en torno suyo a los muchachos que muy pronto descollarían en las letras y la política del país: José Cuadros Quiroga, Augusto Guzmán, José Antonio Arce, Ricardo Anaya, Carlos Montenegro, Augusto Céspedes y Guillermo Vizcarra Fabre, entre otros.

Ante la sanción caída sobre su camarada, Céspedes escribió una defensa (que no firmó), en el periódico "Rebeldías", de marzo de 1921, sin ahorrar burlas, imprecaciones e insultos. "El obispillo de café cantante con ademanes de cupletista, -decía-: "para fulminar su ridícula ex comunión, encontró cuerpo de delito en un artículo titulado "Cristo", en el que haciendo interrogaciones al sentido común, se negaba el origen divino del pobre y grande hombre, cuyas sabias doctrinas de amor, han sido prostituidas(...). Nos cuentan que se reunió en conciliábulo tenebroso la proterva bandada de buitres y Cochabamba gozó de un espectáculo medieval: rogativas, dobles de campanas, exorcismo, proceso canónico y otras escenas de la gastada comedia católica. El buen mozo Obispo, hizo aspavientos y con la comicidad que le es peculiar, pronunció el auto de fe, declarándolo ex comulgado, judaizante, réprobo y libre pensador..." El articulista concluía haciendo votos a fin de que "el elemento pensante de Cochabamba ampare al compañero para el que nosotros tenemos palabras de felicitación, ya que es un deber ineludible, luchar contra el oscurantismo, la inmovilidad y la esclavitud". Eran naturalmente, actitudes destempladas de muchachos ácratas, cuya rebeldía no encontraba cauce y por el contrario, tropezaba con la estulticia del obispo. Carlos descollaba entre sus condiscípulos por la agilidad con que discurría. Marcaron época las funciones estudiantiles de teatro conducidas y escritas por él, en las que sus picantes críticas a los solemnes personajes políticos locales, eran infaltables en escena, aún al precio de recibir su autor y cómplices las tundas de palos que les aplicaba la policía por orden de las autoridades a la salida del teatro.

De esa época rescaté un poema que muestra más bien el lado sentimental y optimista del joven Carlos:

Y amar mucho, amar siempre, amarlo todo/ Amar es completarse y extenderse, de modo/ a exaltar la existencia y con ánimo fuerte/ esperar a la

muerte que todo lo convierte... Es vencer los obstáculos, es ir con paso seguro, /alentar la confianza de ser en el futuro/ salvar con optimismo la humana travesía, / morir en la certeza de florecer un día.

Los años y los sufrimientos los volvieron más tolerantes y fue el propio Montenegro, quien desde su exilio en Buenos Aires, conmovido por la masacre de obreros fabriles en Villa Victoria, en mayo de 1950, escribió la siguiente oración a Cristo: *"Poncio Pilato, gobernador extranjero en la tierra de tu divino nacimiento, derramó tu sangre preciosa y sus sayones laceraron tus carnes. A tu pueblo de La Paz, Señor, le ha cabido ahora sufrir el dolor de las heridas y el horror de la muerte. ¿Por qué este dolor sin consuelo y esta orfandad para sus hogares, sus viudas y sus hijos? ¡Ayúdanos, Señor, a sostenernos en estas horas de crueldad y de sombra! Tu pueblo sabrá esperar sufriendo. Sabrá resistir y vencer... Hasta que llegue la hora de la suprema reparación, recibe Señor en tu gloria, a tus hijos martirizados y asesinados por la injusta venganza y la represalia ciega. Mitiga el dolor que sufrieron en su espantosa agonía bajo la metralla. Nosotros te ofrecemos, Señor, nuestro dolor en holocausto de su eterno descanso".*

En un medio político tan primario se confundiría después la maldad con la integridad y de tal modo la consecuencia insobornable de Montenegro con sus ideas, le valió la condenación de por vida –y aún más allá de la muerte– de los gerentes de la cultura oficial boliviana, que le negaron condición de escritor y aún de historiador, relegándolo al papel de periodista y agitador político, cual si así disminuyeran su innato valor intelectual. Pero sucedería con él, lo que le pasó al novelista y político Vicente Blasco Ibáñez, negado por las Academias en España, pero de quién, cuando murió, se dijo que su pluma valía más que diez mil espadas.

Es cierto que Montenegro se prodigó en la prensa y su obra capital versa precisamente sobre la influencia del diarismo en la historia de Bolivia. Desde que adolescente incursionara en el género, en las páginas de la revista "Arte y trabajo" hasta su muerte a los 49 años, Montenegro escribió en diversos órganos de prensa, dentro y fuera de Bolivia, con firma, con seudónimo o anónimamente, centenares, acaso miles de artículos y textos políticos. En Bolivia figuró como director o columnista de "El Heraldo", "Arte y trabajo", "El Tiempo", "El Republicano", "Noticias", "Sagitario", de Cochabamba; "Universal", "El Diario", "La Razón", "Kollasuyo", "La Calle" y "Busch" de La Paz, y en Buenos Aires, de "El laborista", "Democracia", "La Prensa", las revistas "Ahora", "Sexto continente", y "SEA", (Síntesis Económica Americana) y en México de "Tiempo" de la que era corresponsal. A su retorno de Buenos Aires, fundó en mayo de 1941, el semanario "Busch", (con el acróstico de: "Bolivia unida sin clases humilladas"), del que aparecieron 7 números, hasta el confinamiento de su autor al Oriente, en 1942.

La primera de las varias publicaciones que fundó, en Cochabamba se llamó "Noticias", orientada a combatir al régimen saavedrista, y en ese periódico, tal

como recuerdan los contemporáneos de Montenegro, él hizo de todo, Director, jefe de redacción, reportero y tipógrafo, con una capacidad de trabajo que no le abandonó nunca pues en su exilio de Buenos Aires, otros testigos asientan que debía cubrirse los dedos índices, con los que escribía, con cinta adhesiva de farmacia, para darles algún alivio, después de teclear por largas horas, haciendo, también, solo, la revista "SEA".

Montenegro nació el 26 de noviembre de 1903, hijo segundo de Raquel y Rodolfo Montenegro, lugarteniente del caudillo valluno Martín Lanza, (quien, después de haber sido diputado y Ministro de Estado, fue acusado de la muerte del subprefecto Quintanilla, de Quillacollo, trasladado a La Paz, juzgado sumariamente y fusilado por el gobierno de Ismael Montes, en 1903, frente al Panóptico)

En 1919, a sus 16 años, egresa de bachiller del colegio "Sucre". Pese a la diferencia de edad, establece sólida amistad con José Quintín Mendoza, Adela Zamudio, Man Césped. En 1925, se recibe de abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad de "San Simón". Ante el solemne cuadro del tribunal de catedráticos, que hoy, sólo con su porte, atemorizaría al estudiante más seguro de sí mismo, Carlos revisó los orígenes del Derecho, mencionando autores desconocidos para sus propios examinadores. Estos aceptaron, no sin sorpresa, las afirmaciones del alumno, no pudiendo adivinar a través del brillo de sus ojos claros, si estaba hablando en serio o era una elaboración imaginaria de sus conocidos recursos intelectuales. El examen concluyó con el aplauso del público y de los propios miembros del Tribunal. Desde muy temprano atendió al sostenimiento de los suyos y en una oportunidad pudo comprarse un traje nuevo de color negro y cambiarlo por el único, viejo y brilloso por el uso que vestía desde tiempo atrás. Uno de sus amigos de familia pudiente no pudo resistir hacerle una chanza:

-Carlos estás de luto, ¿es que ha muerto algún pariente tuyo?

-No, respondió de inmediato, estoy de luto por mi traje viejo.

En 1927, inducido por Céspedes que acababa de volver de La Paz, se inscribió en la "Unión Nacional" o "Partido Nacionalista", que alentó desde el gobierno, el presidente Hernando Siles Reyes al romper con el Partido Republicano, del que fue miembro hasta la víspera de su ascensión al poder. A la caída de Siles, en 1930, la Federación Universitaria de Cochabamba declaró a Carlos "Enemigo de la juventud" junto a Guillermo Vizcarra Fabre, por su colaboración al "tirano". En 1933, parte como soldado a la guerra del Chaco. En el frente conocería a los generales y también a oficiales de menor graduación, entre ellos Peñaranda, Toro, Quintanilla, Bilbao Rioja, Rodríguez, Busch, con quien desde entonces, mantuvo cordial amistad. Concluido el conflicto y de retorno a La Paz, es nombrado secretario general del Partido Socialista y en el gobierno del Gral. Toro, concibe el decreto de creación del Ministerio de Trabajo

e impone el nombre de Waldo Alvarez, obrero gráfico, como primer Ministro de ese Despacho. En ese tiempo publica los Opúsculos *El derecho del Estado frente al oro de la Standard Oil* y *Caducidad de concesiones mineras.*

En 1936, es nombrado secretario de la misión de Bolivia ante la Conferencia de la Paz del Chaco, en Buenos Aires. Allí funda la Unión Defensora del Petróleo, cuyo primer y único manifiesto firma junto a Víctor Paz Estenssoro y otros varios. En el año 1941 y en la localidad de Viacha, figura entre los fundadores del Movimiento Nacionalista Revolucionario, quienes eligen como jefe a una figura nueva, el economista Paz Estenssoro. Al año siguiente, es confinado en San Ignacio de Velasco en Santa Cruz, junto a Hernán Siles Zuazo, Augusto Céspedes, Wálter Guevara Arze y otros miembros del MNR con el argumento de que formaban parte del "putsh nazi", inventado por el servicio de inteligencia británico y que avaló el Departamento de Estado de Estados Unidos. Se trataba de una argucia para empujar al país del Norte a ingresar a la guerra, con el argumento de que los nazis se preparaban a establecer un régimen afín en el altiplano boliviano, uno de cuyos atractivos sería contar con el aeropuerto más alto del mundo. Surrealismo puro. El embeleco sirvió también al gobierno de Peñaranda que de esta manera podía deshacerse de sus jóvenes enemigos políticos que no le habían dado tregua en el parlamento ni en el periódico "La Calle".

De retorno a La Paz, en 1943, obtiene el primer premio convocado por la Asociación de Periodistas con su ensayo "Influencia y función del periodismo en el proceso histórico de Bolivia", que después se publicaría bajo el título de *Nacionalismo y coloniaje.* El jurado estaba compuesto por Demetrio Canelas, Humberto Palza, Augusto Guzmán, Víctor Paz Estenssoro, Mario Flores y Rodolfo Salamanca Lafuente. Cierto que ya para entonces, tenía una idea muy clara de los factores que habían impedido el progreso de Bolivia y de aquellos que aún en forma de motines, expresaron las ansias populares y las posibilidades de constituir un Estado organizado y equitativo, sin exclusiones étnicas o regionales y éstas ideas las plasmó en apenas dos meses de afiebrado trabajo, logrando entregar su ensayo antes de la fecha establecida. "El libro está pensado –escribe el argentino Dardo Cúneo– como documento de rectificación de la historia autoincriminadora, autodenigratoria, manifestación de complejos coloniales, tendencia que Alcides Arguedas representó en Bolivia. Esta historiografía especializa el inexorable inventario de deficiencias nacionales, alegando que la culpa de los conflictos de nuestras sociedades radica en la inferioridad racial de sus pueblos mestizos. La tentativa de Carlos Montenegro no es un ejercicio de exclusiva aplicación al caso que analiza; de él se incorpora un método de comprensión válido para otras comunidades latinoamericanas; por eso este *Nacionalismo y coloniaje,* es libro comparable a los *Siete ensayos de interpretación en la realidad peruana,* de José Carlos Mariátegui. Su valoración de la sociedad popular sigue la pista de la prensa

escrita en su país, entendiendo como tales por la pareja función que cumplían los manuscritos coloniales destinados a repartir noticias y comentarios. En ellos da con Pedro Domingo Murillo, papelista mestizo, cuya figura sería clave para saber por donde anda la nacionalidad en empeñosa búsqueda de su expresión, Carlos Montenegro hace alto en este nombre para distinguir a los diferentes sectores que acuden a la pugna por la Independencia".

El golpe militar de la logia Radepa ("Razón de Patria"), y el MNR llevan al poder al Mayor Gualberto Villarroel, Montenegro es nombrado Ministro de Agricultura, cargo que debe abandonar pocos meses después, junto a Augusto Céspedes (Ministro Secretario) por imposición de los Estados Unidos para otorgar el reconocimiento diplomático al régimen, acusados ambos de simpatizar con el nacizmo. Es entonces nombrado Embajador en México y allí asiste a la tercera conferencia interamericana del trabajo, en abril de 1946, en la que hace aprobar la adopción de un fuero sindical en los países de América: "Han de concederse inmunidades a los dirigentes obreros; seguridad en su vida, en su libertad, en sus bienes, de modo que en nada pueda limitarse por los gobiernos la capacidad de defender en todo momento los intereses del trabajo". La revista "Tiempo" de México, destacó esta actuación, señalando que a través de las deliberaciones "el único delegado gubernamental que votó invariablemente al lado del sector obrero, fue el de Bolivia".

Derrocado el régimen de Villarroel, el 21 de julio de 1946, Montenegro se refugia en Buenos Aires, capital a la que llega también un numeroso grupo de exiliados del MNR. Para ganarse la vida funda la revista "SEA" y trabaja en varios órganos de prensa. Allí publica sin firma, *Biografía de Spruile Braden* y *La hora cero del capitalismo*. Es también con Céspedes, autor de numerosos panfletos que firma Paz Estenssoro, a nombre del MNR. El 9 de abril de 1952, triunfa la revolución encabezada en La Paz, por Hernán Siles Zuazo, Juan Lechín Oquendo y Adrián Barrenechea, entre otros varios conductores, Montenegro ya presa de la enfermedad que le arrebataría la vida, no puede embarcarse en el avión que trae a Paz Estenssoro, Augusto Céspedes y Alfonso Gumucio Reyes a La Paz. Aunque tuvo un desempeño brillante como Embajador en México, su opinión sobre las funciones exteriores no era halagadora Años atrás, concluido su trabajo en la Misión de Buenos Aires, escribió a un amigo: "No servimos para el servicio diplomático que en el cargo subalterno exige condiciones de mucamo y en el superior, facultades de entregador".

Yolanda contó que indujo a su esposo a aceptar la Embajada en Santiago de Chile, para que pudieran encontrar un especialista que lo atendiera bien, pues los médicos de Buenos Aires no habían sido efectivos. Debo recordar las circunstancias en que vi por última vez a Montenegro, cuando me hizo llamar al despacho del canciller (por efecto de la revolución del MNR yo era flamante funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores cuando aún no había

cumplido veinte años) para despedirse pues se iba a Santiago. Un año antes, todavía exiliado en Buenos Aires nos había enviado a mi hermano Fernando y a mí, dos libros de obsequio: *Los ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola y *Sociología de la revolución* de Noel Pierre Lenoir, y tan pronto volvió a La Paz, los jóvenes movimientistas lo rodeamos ávidamente. Nos dedicó un par de tardes en las que hizo gala de una conversación seductora y brillante. Montenegro dictó una conferencia en el Teatro Municipal sobre la factibilidad de la nacionalización de las minas de estaño a la que asistieron Paz Estenssoro, Siles Zuazo y el gabinete ejecutivo en pleno y, luego en Santiago de Chile, después de presentar sus credenciales, una conferencia sobre la revolución boliviana en el teatro Caupolicán. Pero su cáncer había avanzado demasiado y fue trasladado de urgencia a una clínica de Nueva York, donde falleció el 10 de marzo de 1953, cuando no había cumplido medio siglo de vida.

* * *

"Montenegro, habiendo escrito un solo libro formal –dice Julio Alberto d'Avis– fue sobre todo escritor. Tenía un mundo de ensayos, de cuentos, de novelas y piezas teatrales en la cabeza. A veces era evidente que surgían a medida del calor de la plática, con sorprendente fecundidad y brillo extraordinario, tal como si ya estuviesen escritos. Libros nonatos, por desgracia...". y añade a continuación: "En esto queremos encontrar una evidencia penosa que nos dejó Carlos Montenegro: el daño propio y ajeno que resulta de la incursión del literato en la política. Con ello ni por asomo, pretendemos que el escritor se ausente despectivamente de la realidad lacerante y turbulenta. Muy por el contrario: ese es su material histórico. Pero tan solo su material y no el ambiente de su actividad propia".

En el artículo de homenaje que escribió Augusto Céspedes a la muerte de Montenegro recuerda con estas palabras el estilo de su amigo: "Evoco maravillado su torrentosa facilidad que se precipita y se sosiega llenando una profundidad que conserva su transparencia; su prosa, diversa y única, hecha de roca, ola y arena, como la orilla del mar. Montenegro, grato y seductor en la charla, admiraba al escribir, seguramente porque en él se reunían las condiciones goetheanas: "El que quiera escribir en estilo bien claro debe primero ver bien claro en su alma y debe tener un alma admirable quien escriba en estilo admirable". La misteriosa sustancia cerebral en contacto con el infinito donde se fabrica el estilo componía sus cláusulas armoniosas. A los veinte años ya poseía un estilo sensual y polimorfo, tan objetivo y acompasado como el espectáculo de una orquesta sinfónica. Dentro de su exuberancia podía mantener el equilibro y la pulcritud, cual un gato andando entre copas de bacarat. Orfebre en tareas de perfección, alcanzó a poseer la pericia de un Alfonso Reyes para mantener la corriente continua entre la magia ornamental y el secreto emanar del

pensamiento. Cierta ocasión que leí una prosa suya comenté que para componer prosa artística Carlos Montenegro poseía una mano ingrávida, capaz de dibujar, sin ahuyentarla, sus iniciales, en las alas de una mariposa".

Céspedes considera a Montenegro como "la inteligencia más aguda, cultivada y multiforme que jamás haya producido Bolivia", pero al hacer el recuento de los avatares de su vida, sin sosiego para realizarse en plenitud, concede que Montenegro fue, por causa de su pasión política, de la guerra, la persecución y el exilio, tan solo un fragmentario, "y lo mejor de su idea es perdición en un camino tornado en irreal con la muerte. Cuando se inclinaba a segar sus trigos para ofrendar a la Revolución la cosecha de su vida, la ciencia de su historia y la serenidad de su experiencia, se nos evade con su numen y todo su escenario, como un sueño".

En un artículo posterior, comentando la reedición en Buenos Aires del opúsculo *Inversiones extranjeras en Latinoamérica*, Céspedes vuelve sobre la misma idea de la frustración de Montenegro como escritor y el desconocimiento de su obra y vida: "Lo perdurable de su tarea –dice- fue devorado por la velocidad de los cilindros de las rotativas cotidianas. Luego el instinto defensivo del feudalismo rosquero impuso en el país una interferencia alrededor del renombre de esta singular personalidad de cochabambino liberado y de boliviano ecuménico. El drama de Montenegro no es solo el del político escritor que, como Maquiavelo, pasa desconocido ante la multitud, sino que es víctima de la frustración de lo que pudo escribir. Es la renuncia a su destino de gran prosador para empeñar más bien su talento en la quijosteca misión de defender como guerrillero al país y al pueblo".

Augusto Guzmán, que también cultivó la amistad de Montenegro desde la infancia, recuerda que "su conversación era una fiesta y toda una aventura de insospechados eventos. Agudeza, penetrante, incisiva y pintoresca, no exenta de humanidad cordial, colmado en veces de una ternura suave y sin embargo fluvial, que brotaba espontánea de su compacta naturaleza donde sus ojos claros cobraban una luminosidad apacible y uniforme. Maestro de las similitudes y de los contrastes, su genio comparativo y analítico a un mismo tiempo, le permitía inventar metáforas que calificaban situaciones y sujetos a placer suyo, según el término de su humor, travieso y variado, en pro y en contra del tema que se trataba. Por eso en la polémica temible, en la diatriba invencible, en la apología, magnífico".

El peruano Luis Alberto Sánchez le conoció en su exilio argentino y en un recuento de autores bolivianos dice de él: "Ese malogrado Carlos Montenegro con quien tanto conversé en Buenos Aires..., temperamento de erudito y conversador, mezcla de sociólogo y bohemio, a quien las cimas no asustaron ni se tragaron las simas".

* * *

Estos y otros escritores que se han ocupado de la obra y la personalidad de Montenegro hicieron votos porque ella no quedara dispersa e ignorada. "Montenegro *el desconocido"* que apareció en la Biblioteca Popular de "Ultima Hora", en 1979, es un primer intento mio en ese sentido, pero recoge solamente su obra juvenil. Dn. Augusto Guzmán, con su generosidad y su hidalguía proverbial, me facilitó su colección de "Arte y trabajo", para encontrar los primeros artículos de Montenegro. Hallé otros además en la hemeroteca de la Universidad de "San Andrés" de La Paz, revisando los ejemplares de "La Calle".

El investigador norteamericano Jim Doyle se interesó en hacer su tesis universitaria sobre Montenegro y tomó contacto con la familia, en la Argentina y Bolivia, para este objeto. Una buena porción del trabajo intelectual de nuestro autor, resulta irrecuperable pues aparecía sin firma, como los editoriales de "La Prensa" de Buenos Aires, por ejemplo y muchos artículos de "La Calle" y otros periódicos de Cochabamba y La Paz, que se publicaron en forma anónima o como fruto de un trabajo colectivo. Igual cosa puede decirse de los manifiestos políticos que dada la prolijidad de Montenegro y su incansable labor periodística, algún investigador acucioso, podrá en el futuro continuar la tarea iniciada con esa obra, reuniendo en otros volúmenes, la producción todavía dispersa del pensador boliviano.

Cuando Yolanda Céspedes, su viuda retornó de Nueva York en 1953 y antes de hacerse cargo de la agregaduría cultural de la Embajada en Buenos Aires, me entregó cartas cruzadas entre Busch y Montenegro, el primero como jefe de Estado Mayor y luego Presidente de la República y el segundo como secretario de misión en Buenos Aires. Eran originales, pues luego han aparecido copias en diversos volúmenes. Esto hizo pensar a otros amigos que yo era depositario además de los originales del libro que Montenegro había anunciado varias veces, sobre Busch.

Siempre tuve la convicción de que existía ese libro de Montenegro, pues en su correspondencia le ofrece enviarle a Palacio los primeros capítulos e incluso le consulta sobre algunos temas que convendría poner en el volumen. Por eso es que tuve el propósito de encontrar esos originales en alguna parte. En los años '70, Céspedes fue nombrado por segunda vez Embajador ante la UNESCO, y antes de partir me pidió que yo actuara de albacea de sus documentos, pensando quizá (ya había pasado los 70 años), que podría morir en París "como Vallejo", me dijo sonriendo. Con esos papeles preparé tres carpetas de artículos suyos que podrían publicarse como volúmenes y los entregué tiempo después a su esposa Graciela Postigo. Pero en esa abundante colección de textos no había nada de Montenegro.

Mi búsqueda se inició en Nueva York, con Mario, hijo del primer matrimonio de Montenegro con la poeta María Quiroga y no hallamos nada. El me puso

en contacto con Doyle, quien por entonces era funcionario del Departamento de Estado. Había reunido muchos papeles sobre el tema de su tesis, pero ignoraba si Montenegro había escrito o no sobre la vida de Busch. Pensé que quizá Fernando Arce, a quien ví en La Paz, hace muchos años, podía tenerlos, (Fernando, hijo de Agar Céspedes y de Armando Arce, quien constituyó con Montenegro y Céspedes la troika imbatible de "La Calle", pues éste después de liquidar "El Universal", creó el periódico del MNR, y actuó de gerente y periodista), pero él no conservaba nada.

También me dirigí al hijo de Elvio Botana, escritor argentino, muy conocido en los años 40, pues su padre le dejó de herencia el periódico "Crítica" de Buenos Aires. (Elvio escribió un libro de memorias *Los dientes del perro* (Buenos Aires, 1977) sobre su primer encuentro con Montenegro, a fines del año 1946, en una mesa del café Alameda de Buenos Aires, donde un amigo común se lo presentó: Recuerda Botana: "todavía no comprendo como fue. Tomé asiento como liberal y a los quince minutos me levanté nacionalista. Nadie tuvo más influencia sobre mi pensamiento que este ser extraño, rubio, de ojos claros que hablaba quechua y aimará. El alteró mi brújula mental o le dio rumbo, no sé si cierto pero tenaz. Entre los cientos de horas de charlas que hemos sostenido, analizó la figura del Coronel Busch con quien ideó el MNR., el único partido americano que realizó en su momento una real revolución". El hecho es que, católico a ultranza, Botana fue por varios años, una especie de secretario y confidente de Montenegro, a quien acompañó en la aventura de la revista "SEA". Dedica varias páginas a la difícil relación entre Paz Estenssoro y Montenegro y concluye con un párrafo de la última carta que le dirigió Montenegro desde Nueva York: "Para expiación de los pecados muero en tierra luterana, no sé sí para diferenciarme de ellos, o para, en otro plano seguir contigo, en mi habitación tengo un altar con la Virgen de Copacabana". El hijo de Elvio me contestó que había buscado entre los papeles de su padre y que no encontró nada que pudiera interesarme.

Montenegro había acumulado una excelente biblioteca de libros selectos de historia, economía, sociología, política y algo de literatura y fue una de sus preocupaciones establecer que haría con ella. Nombrado Embajador en Chile, pidió a su cuñado Alfonso Muñoz que guardara los cajones con sus libros en su casa de Miraflores. Y antes de morir instruyó a su esposa, que obsequiara sus libros a los obreros de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, empresa a cuyo nacimiento estuvo ligado con Dionisio Foianini. Inquirí en las oficinas de YPFB en La Paz, qué había pasado con los libros, pensando que quizá en alguno de los cajones pudieron haber quedado papeles inéditos de Montenegro. Después de varios meses, me indicaron que el Gerente General, con muy poco criterio, había dispuesto que la Biblioteca fuera transferida a Camiri, donde según otra fuente, los libros fueron desapareciendo poco a poco. Por supuesto que nadie sabía de documentos adicionales. Años después visité a Aida Vda.

de Muñoz, en su casa del barrio Cristo Rey, de La Paz, pero ella no tenía papel alguno. (me enteré que a su muerte sus empleados domésticos se apoderaron de la casa y allí viven todavía).

Poco antes de su muerte y cuando ya bordeaba los 102 años, visité a Yolanda Céspedes de Montenegro más de una vez en su departamento de Los Pinos, y repasamos cuidadosamente sus papeles. Tan solo tenía copias de la correspondencia con Busch. Habían pasado 75 años desde que Montenegro le anunciara a Busch, que se hallaba en plena elaboración de su biografía, texto que según Yolanda no concluyó por que quiso investigar primero la verdad del "misterioso suicidio" de Busch (*Carlos Montenegro, un nombre para la historia, Yolanda de Montenegro, La Paz, 199. H. Senado Nacional, 1997)*

Me pregunté a menudo: ¿Por qué Montenegro, a la muerte de Busch, en lugar de publicar ese material, prefirió en La Paz, volver al periodismo militante y dirigir un periódico con el nombre del ex presidente? Por supuesto perdí la esperanza de encontrar tales papeles, si es que en verdad existían. A fines del año pasado, recibí un telefonazo de mi amigo Eduardo Quintanilla, convocándome a su casa a tomar un café.

-Te tengo una sorpresa, me dijo: y prefiero no adelantarte nada por teléfono.

Eduardo, recién graduado de la Facultad de Derecho de Cochabamba, se había radicado en La Paz, para buscar trabajo. En esta ciudad tuvo la suerte de recibir un primer contrato en el bufete del Dr. Justino Daza Ondarza, nacido en Potosí, pero cuya actividad política se desarrolló en La Paz, habiendo sido, durante la guerra del Chaco, cónsul en Orán, encargado de asegurar el paso normal de la tropa que ingresaba al frente, de enviar suministros, pero en realidad, ocuparse de las labores de inteligencia y espionaje frente al Paraguay. Actuaba en un medio hostil, pues el gobierno argentino auxiliaba desembozadamente al rival de Bolivia. En la post guerra fue subsecretario de Relaciones Exteriores y diputado por Potosí, en la convención nacional convocada por el Mayor Villarroel, a quien apoyaba. Allí debió surgir la rivalidad con Paz Estenssoro. El hecho es que en 1960 Daza Ondarza que estaba promoviendo un plan de colonización en Ixiamas, al norte de La Paz, con agricultores italianos, sufrió como sucede a menudo, el doble impacto de la estafa de uno de sus socios y el desinterés del gobierno del MNR para apoyarlo en su proyecto colonizador. Siendo hombre de honor y agobiado por sus deudas, Daza Ondarza, padrastro mio, llegó una tarde a su bufete y entregó a su joven auxiliar dos bolsas de café, pidiéndole que se las hiciera llegar esa tarde a su esposa, Mercedes Gumucio, acto seguido entró a su despacho y a los pocos minutos, se descerrajó un balazo en el corazón, porque aparentemente no quiso que su viuda lo viera con el rostro destrozado. Acudió el chileno Gayán, ex combatiente del Chaco y jefe de la Policía de Paz Estenssoro, quien ordenó el levantamiento del cadáver y la

autopsia. Eduardo, anonadado, sacó fuerzas de su flaqueza para cumplir con la ingrata tarea de recobrar los papeles personales del difunto.

Por si acaso se presentaran reclamos de algunos clientes, llenó una bolsa con los expedientes que le parecieron más importantes que llevó a su casa y luego a su oficina cuando pudo instalarse como abogado independiente.

—Por la relación familiar que tuviste con Justino— me dijo en su casa, después de tomar el café, pensé que podrían interesarte estas cinco carpetas que he encontrado entre sus papeles y que estaban desde hace 50 años en mi bufete. Como sabes, -añadió- ya no ejerzo la profesión y mi hijo me pidió que vaciara ese cajón que había estado cerrado medio siglo".

A continuación me extendió sobre la mesa, las carpetas. A medida que las abría, experimenté un gozo parecido al de mi maestro Gunnar Mendoza, cuando encontró "El Diario del Tambor Vargas": Eran todos documentos sobre la guerra del Chaco; informes, telegramas cifrados y abiertos, correspondencia y los últimos tres, originales de Carlos Montenegro sobre la vida de Germán Busch, algunos escritos a mano, otros en máquina, todos con correcciones al margen o retazos cortados con tijera e incluidos en medio de cada página con goma de pegar, como se solía trabajar en esa época. No era por supuesto un trabajo concluido y aunque algunos capítulos tenían varias versiones se notaba inmediatamente que el autor pensaba volver sobre ellos, ampliándolos o también sometiéndolos a reducciones. Estaba claro que la intención de Montenegro era escribir una suerte de historia de Bolivia a partir de la guerra del Pacífico hasta la guerra del Chaco y por eso aparecen aquí dos breves capítulos sobre los conflictos con Chile y con el Brasil, mientras que la segunda parte se concentra en la vida de Busch hasta su presidencia. En el estilo inconfundible de Montenegro hay páginas verdaderamente estupendas sobre el Chaco que sólo un ex combatiente como él, dotado de un singular talento narrativo hubiera sido capaz de escribir. También múltiples confidencias que le hizo Busch sobre su infancia, adolescencia en la selva y en el Colegio Militar, su búsqueda de la misión de San Ignacio de Zamucos y sus experiencias guerreras en el Chaco. Dudo que otro autor en la copiosa bibliografía del Chaco llegue a la profundidad y dramatismo con que Montenegro pinta el paisaje atroz y el dolor de los combatientes. Un sentimiento de furia pero también de piedad han movido a esta pluma maestra. Nunca le había oído al Dr. Daza Ondarza, mencionar tales papeles en la casa. ¿En qué momento y por qué razones, Montenegro prefirió confiárselos a él, en lugar de sus parientes o compañeros de partido? ¿Qué le pidió al entregárselos? No lo sabremos nunca. Presumo que lo hizo cuando ya se encontraba enfermo en Buenos Aires y decidió dárselos a un amigo de confianza, sabiendo que estaban en buenas manos. A la muerte de Montenegro, quizá Justino pensó darlos a su viuda, pero ella se encontraba en funciones diplomáticas en Buenos Aires y como nadie

los reclamó, simplemente él los conservó en una gaveta, sabiendo el valor que tenían. Eduardo Quintanilla a su vez pudo haberlos quemado como hizo con otros expedientes que ya no le servían a nadie, pero su fino olfato histórico y su interés por difundir documentos sin duda valiosos, confinados en un cajón por tantos años, los salvaron de su pérdida irremediable.

Fuera de su valor intrínseco como recreación de la vida del héroe del Chaco se advierten en estas páginas escritas en 1938, las ideas que Montenegro desarrollaría en *Nacionalismo y coloniaje* (1943), aspirando "a restablecer la verdad del devenir boliviano, desconocida o falsificada por el pensar y el sentir anti bolivianista, con que se concibe y se escribe una grande porción de la historia patria". ¿Cómo no iba a experimentar yo, parecida impresión a la de Gunnar, al hallar un conjunto de documentos que antecedían a *Nacionalismo y coloniaje*, el libro que quizá, como ningún otro en el siglo XX, influyó para cambiar el curso de la historia boliviana?

M.B.G.

Abril de 2014

LA GUERRA DE LOS DIEZ CENTAVOS

- Que se rinda su abuela: ¡carajo!

Desátanse, en el contorno, fulminantes un trueno y un incendio. El cae, abatido para siempre, sobre la tierra dura y soleada, cuyas lentas manos de polvo comienzan a amortajarle enseguida, medrosas y leves, envolviendo la ropa, los cabellos y el rostro con una turbia pátina de andrajo y vejez. Gargotea la sangre de su cuello, de su pecho y de su cabeza agujereados. Veinte gruesas balas de fusil tiene metidas en el cuerpo. Veinte balas grávidas como un mundo de plomo.

Hay, luego, un silencio de segundos, y después la acompasada estridencia de aceros que marca el andar de la soldadesca victimaria. En los oídos de ésta, queda zumbando el eco de las últimas palabras proferidas por el caído, ahora exánime y silencioso entre unos cuajarones de sangre que se coagula sobre la arena.

Así comienza y concluye esta fulgurante escena de una vieja guerra sudamericana. Dispone ella de un teatro grandioso, pero carece de público. Y corresponde a un drama de autor y empresa extranjeros. Lo ejecutan, sin embargo actores nacionales, como tantos dramas y comedias exhibidos en la historia de América.

Su ambiente se halla todavía intacto en la memoria. Mañana solar en marzo de 1879, sobre un poblacho arrimado a las calveñas alturas de los Andes occidentales. A tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, donde, la tierra arañada con uñas de viento, cicatriza en callosidades rocosas que la alquimia cósmica suele alear de metales ricos. El árbol se halla proscrito de esas latitudes. Porque la cordillera es como un yunque en que golpea el martinete de los huracanes andinos, laminando todo connato vital que no posea las genitivas consistencias minerales de la montaña.

El poblacho toma el nombre de la comarca, nombre de sonoridades metálicas: Calama, que es también una expresión aborigen de la mondez panorámica. Nombre aymara y advocativo, acentuado por una posesoría afirmación de los manes telúricos: Kala-ma: Piedra tuya. Ciñendo el pétreo cimiento de la aldea fluye el río Loa, que abre la sierra en una llaga honda. Por ella se desangran los lejanos nevados andinos en un estertor que el oquedal ensordece, muy abajo, estrangulándolo con tentáculos de sombra. Como telón de fondo, peñones

agigantados y de una sola pieza, perdiéndose a lo alto y a lo ancho, entre vagas nieblas de lejanía.

Años antes, los hombres penetraron, horadando con apetito de coleópteros hasta la reconditez prieta de éstos monstruos geológicos, tirados en pleno desierto, donde parece dormir, hace siglos, el sueño de un maleficio petrificante. Husmeando en las vísceras de la montaña, las hallaron sabrosas de sales cupríferas y de sulfuros, de casiteritas y nitros, de arenas argentinas, de áureas venosidades hinchadas por la pirita, maleable y fácil a conformarse en servicio del hombre. Y aquí levantaron sus viviendas de barro y paja, para seguir penetrando, rocas adentro, ya en tarea de extracción voraz de la opulenta pulpa mineral, cada vez más copiosa y potente.

Manos lejanas, -al otro confín del mundo-, recibían este polvo geológico raspado al oscuro vientre de los Andes. (Los hombres incrustados en la piedra ciclópea, nunca se explicaron la razón de estas extranjeras urgencias que les acuciaban a desfondar la montaña).

Poco a poco, sorteando riscos y despeñaderos, los caminos ahondaron su lecho. Y por ellos, se hizo incesante y caudaloso el ir y venir de metales, de bestias cargueras y de hombres míseros, en función globular de venas y arterias tendidas entre las viviendas de la sierra y las poblaciones costeras del mar Pacífico.

El caserío crece con la lentitud imperceptible de la vida geológica. Una menguada humanidad alienta entre estas masas telúricas alzadas hacia las nubes, e irradia sobre la aldea entumecida el calor germinal de la sangre india, que entibia los fríos andinos y ampara el crecer de la grama y el arbusto precario. Así, diseminado en exiguos manchones el verdor vegetal encubre la tragedia del hombre, cuya carne se desgarra y lacera en las aristas de la roca desconchada por la dinamita.

Todo, aquí, define una quietud solitaria, y como escondida en la arruga del pétreo desierto. Y esta quietud se rompe un día con el estrépito rabioso de las matanzas humanas. Quien depara tal sino a la soledad y al silencio del rincón andino ¿Y cómo? ¿Y cuándo?

Sombras que no se desvanecerán nunca en la acongojada memoria nativa, se agitan todavía sobre la humilde paz actual de aquellas comarcas. Sombras atadas por el cable de una funesta responsabilidad, a la perpetua pena de las maldiciones. Sombras de seres rubios y feroces, cuyas caras angulosas gozaron el brutal hartazgo del oro, a costa de la sangre y del dolor humildes y anónimos del mestizo. Porque esta matanza, como todas las hecatombes guerreras indo americanas, fue solo una querella de rubios extranjeros. Querella solventada, igual que siempre, con sangre cobriza de nativos.

La historia oficial no ha escudriñado en absoluto los orígenes reales de la olvidada carnicería que asoló a tres pueblos. Acaso no los haya conocido,

siquiera. Ellos enraizan en el subsuelo del nuevo mundo, arcón inagotable, de boratos, de nitros, de vetas cupríferas, de plata... Las manos cósmicas parecen haber acumulado en Indo América todas las sales y las esencias estimulantes y reanimadoras de la vieja Europa.

Precisamente las frígidas alturas en que nuestro vertiginoso drama se exhibe ante la inmensidad atónita, guarda precisamente la masa potencial de tales *humus* prodigiosos. Y la garra extranjera los ha atrapado ya, en parte, bajo su zarpa usuraria, pues valen mundos de dinero. Los propietarios naturales de tanta riqueza padecen sin embargo, hambre y desnudez pordioseras.

Una suerte de escamoteo inverosímil, transporta este valor ingente a la Europa exhausta. Y la sombra del gringo, extractor de estos combustibles de portento, -con que Europa inflama sus ansias de iluminar el mundo-, se copia en la sierra y se prolonga en la llanura y el bosque, penetrándolo todo como un silfo rapaz e insaciable, como un funesto heraldo del furor propietario que enloquece a su mundo lejano y exigente.

El desierto boliviano del Oeste recubre montañas de esta riqueza india, sobre la cual merodean traficantes y aventureros europeos. Un día, la irresponsabilidad de Mariano Melgarejo, -modelo de gobernante para los atracadores imperialistas-, y la perfidia leguleya a sueldo de mercaderes extranjeros, otorgan a estos el privilegio de saquear los pozos colmados de poder cósmico. Encubre la conjura del robo, en primer término, una sociedad explotadora del desierto de Atacama. Luego unos tales Milbourne y Clark, que resultan transferidos de aquella. Más tarde, y por último, la llamada Compañía Anónima de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta. Todo esto, empero, es mentira. Mentira burda y audaz para gobernantes bobos y congresales analfabetos. Compañías y sociedades que ofrecen progreso y holgura a los pueblos, empresas y comanditas, solo ocultan la voracidad inclemente del conquistador gringo...

Detrás de ésta última Compañía, hay un alma avara y despectiva: el británico Gibbs; y un anhelo glotón: el yanqui Edwards. Este binomio anglo-yanqui, es, toda la sociedad anónima, pues no hay otros accionistas. Ella capitaliza tres millones y medio de pesos cuidadosamente resguardados por las respectivas nacionalidades extranjeras, desde donde relampaguean sobre ingenuos mestizos americanos, como aladinescas promesas de bienestar y hartura.

Los dos afortunados mercaderes, consideran indispensable naturalizar la firma en Bolivia, tierra de indios que desdeñan la opulencia y mestizos educados en el culto medroso y tonto de lo extranjero. La compañía se radica, por lo tanto, en Bolivia. No importa nada, para los directores del país, que Gibbs, inglés y Edwards, yanqui, sean en fin de cuentas toda la compañía y que resulte grotesca y contradictoria esta nacionalidad boliviana para un negocio

cuyo capital se halla en el extranjero, y cuyos únicos capitalistas continúan siendo protegidos de países extraños.

El día en que los ignaros gobernantes no pudiendo sufrir el hambre fiscal por más tiempo, piensan que les harían bien unas migajas del banquete que hincha al rubio Gibbs y al pelirrojo Edwards, hácese patente la absurda engañifa de estas nacionalizaciones mercantiles. Los realengos propietarios del producto, han pedido, en verdad, sólo unas migajas: diez centavos de impuesto sobre cada quintal de nitros que exportan. Pero Gibbs y Edwards rehusan conceder la limosna. Estos mendicantes que no supieron amparar sus bienes, les resultan, ahora, en absoluto despreciables. Cosa natural. Gibbs y Edwards han reunido ya muchos millones, que tienen asegurados en sus lejanas patrias.

Pero, ¿podrán los explotadores resistir mucho tiempo el asedio de estos famélicos gobernantes enfurecidos por el hambre?

Las matanzas de indo americanos son salsa con que el conquistador aligera los platos fuertes de sus conflictos coloniales. Y en esta emergencia, Gibbs y Edwards deben condimentar el suyo con sangre. ¿No engañaron a los bolivianos con el infundio de la nacionalidad atribuida a su negocio? ¿Y por qué no engañar también a los chilenos con la superchería de que la firma se naturalice en Chile? ¿El gobierno de éste país, también atenazado por el hambre por esta hambre indo americana común a todas las latitudes sometidas al capitalismo extranjero, no puede ser inficionado al despojo territorial de Bolivia, en obsequio de la misma superchería?

Pero ¿lanzaránse los nativos chilenos a la guerra, sirviendo estos intereses de millonarios británicos y yanquis?

A la verdad, el alma autóctona es inconmovible, todavía, ante las provocaciones rapaces. Ni la miseria en que todo pueblo indo americano vegeta, logra insuflarle ímpetus de conquista. Porque, en el fondo virginal del sentimiento nativo, persiste la noción, inmemorialmente alimentada, que repudia el robo. Esa noción que, antes de caer el alud europeo sobre América, fue mandamiento religioso cuya práctica transformó la norma en un modo de sentir, en una característica emocional del aborigen.

Correlativamente, el nativo que repugna de la conquista, abomina del conquistador. Su concepción primordial de la tierra, madre generatriz y nutricia del hombre, multiplica las potencias de su odio al expoliador. El autóctono y su criatura maestra, el mestizo, no olvidarán jamás que advienen de la tierra en función materna, y que vuelven a la tierra en función divina. Quien atenta contra ella es matricida y sacrílego. Cuatro siglos de borroneos ideistas encima de esta noción primigenia, no la han hecho desaparecer aunque la hayan recubierto de enmarañadas logomaquias.

El indo americano más docto en culturas racionalistas, puesto frente a frente con la tierra, en las soledades majestuosas e inefables de la montaña o el

desierto, sentirá conmovido el espíritu por voces interiores nunca oídas, en que el *pathos* terrígeno habla al alma recobrada por la emoción ancestral. Y sufrirá terror como ante la deidad traicionada. O contemplará, en éxtasis, la montaña y el desierto, embelesado y nostálgico, cual si quisiera llenar con esta visión la ausencia de algo dulce y tierno que falta a su espíritu.

¿Qué origen verdadero tienen tantas disputas fronterizas en Indo América, sino está noción filial de la tierra, materna y divina para el sentimiento autóctono? ¿Cómo explicarse la razón utilitaria de esas disputas interminables e intransigentes, que regatean pedregales y parameras, infecundos médanos o ciénagas pastíferas? No importa que los internacionalistas y los gobernantes invoquen concepciones jurídicas, teorías de academia, necesidades logísticas en procura de constituir derechos. Para los pueblos, todo eso carece de un sentido emocional decisivo. En ellos agita su desesperación ante la tentativa expoliadora, solamente ese religioso amor hecho de lealtad filial y fervor profeso.

De éste modo, la tenencia de la tierra es función casi connatural de la vida humana en Indo América. Está exenta de codicia, de sed utilitaria y, más aún, de acicates expansionistas. Las clases llamadas dirigentes no captan con justeza tales fenómenos, porque su sensibilidad ha sido embotada a fuerza de metódicos embadurnamientos de cultura europea. En esas clases suelen proliferar espíritus inclinados a las aventuras de conquista. Pero resultan grotescos para el medio indo americano. Son simples copistas de modelos bonapartescos, victorianos o guillerminos, intrusos frecuentadores de la guardarropía occidental. Vestidos con ropajes que en el Viejo Mundo parecen deslumbradores y admirables, en el Nuevo se muestran como disfrazados caricaturescos y ridículos. Por eso cuanto se divulga sobre el espíritu imperialista de Chile, de Argentina, de Brasil es de una acabada falacia, es mera invención del astuto financierismo euro-yanqui, para encubrir sus propias fechorías, que siempre abroquelan en mentidas taras e inclinaciones raciales de Indo América.

La propia historia biológico-política de los grandes imperios indios, no señala un solo fasto en que actúe el móvil de la enajenación territorial. Esos Estados precolombinos se integraron de pueblos y tierras que, perteneciéndose recíprocamente antes de su incorporación dentro de la unidad política, siguieron perteneciéndose después como el hijo a la madre y la madre al hijo. ¿Acaso presintieron, siquiera, los más lúcidos estadistas aborígenes al arribar los conquistadores hispánicos, que se les desposeería del suelo, que se atentaría contra la maternidad terráquea, divinal e intocada? Creeríase, realmente, que esos asombrosos organizadores de los más grandes imperios del mundo en aquel tiempo, no concebían que se arrebatara al hombre aquello que era base genitiva y sustentadora de la vida. Por eso brindaron al conquistador español una acogida munífica y galana. No podían sospecharle de asaltante, pues tal recelo era incompatible con la noción posesoría del suelo, que reputaban

sagrado. Aún años después de las primeras expoliaciones, los herederos del Inca esperaban la devolución de sus tierras por parte del monarca hispánico. Su conformidad con el enajenamiento, era un resultado de su certidumbre sobre lo temporario de tal medida y de su psicológica ineptitud para admitir el robo como un medio de apropiación.

Sólo cuando su altura conceptual decayó hasta la certeza de haber sido desposeídos, los indios lucharon con las armas de la rebelión inútil, primero, y con las de la paciencia agotadora después, pretendiendo rehabilitar no más que su nativo señorío, sobre la tierra. No habrían rehusado la presencia del blanco, si éste no quebrantase el evangelio de la unidad terrígeno-humana en que asentaron, a través de las edades, el bienestar y el progreso de sus pueblos. Guatimozin, Túpac Amaru, Colocolo Ybyturuzú, Tomás Katari o Caupolicán, jamás invocaron los conjuros del honor nacional, de la bandera patria del genio de la raza, para inmolarse en defensa de sus colectividades; querían la tierra y en holocausto de ella insensibilizaron sus carnes, para soportar inauditas crueldades con estoicismo granítico.

La humanidad que de ellos proviene en Indo América, no pudo ni puede ser despojado de este sentimiento amoroso y litúrgico por la tierra. Estos pueblos indios y mestizos del Nuevo Mundo alentarán, siempre, una conducta de sagrado respeto para el suelo en que mora cada uno de ellos. A través de la repentina locura anímica de las muchedumbres exaltadas por las embriagueces belicosas, los ojos del ancestro siempre mirarán con espanto de sacrilegio, las guerras de conquista. Y luego, como en procura de redimirse, enterneceráse el alma popular en la más premiosa disposición para restablecer la violada norma del respeto a la tierra, intangible patrimonio del hombre.

Estas oscuras fuerzas del inconsciente se han disciplinado en el curso del tiempo y de la experiencia, como energía puesta al servicio defensivo del suelo. No es ajena a tal proceso, la vieja y dolorida emoción heredada a los progenitores autóctonos, víctimas del gran despojo colonial. Justamente a partir de ellos, el culto de la tierra toma un carácter vigilante y cauteloso, pragmático y concreto, en que se resguarda la santidad terráquea, ya traducida en soberanía nacional.

De ahí que cualquier aventura bélica expansionista resulta empresa dificultosa, casi siempre destinada al desastre. Los pueblos indo americanos, -háblase de ellos en su expresión de continuidad histórica y racial-, hánla repelido con horror, poniéndose de parte del acosado, en adivinatoria función de defenderse a sí mismos. Y cuando, impelidos por los tenebrosos motores de la provocación, quebraron la rigidez de estos principios abrumando al débil, no tuvieron sosiego hasta no desagraviarle por entero.

He aquí, ahora, a Edwards y Gibbs frente al problema de mover un pueblo indo americano contra otro, eludiendo la gravitación de tan densas y perentorias fuerzas anímicas, adversas a la guerra.

En los países europeos, el proceso estimulante de las contiendas internacionales, resulta mucho menos difícil. Para los pueblos atragantados del orgullo humanista que clasifica el hombre por índice de raza, de color, de aptitud violenta y exterminadora, o de porosidad absorcionista, la tarea se reduce al uso de ciertas frases. El genio racial, o la dignidad ultrajada, o la gloria del imperio o la razón de Estado, sobran para empujar las muchedumbres al sacrificio. "La imaginación, parte engañosa del hombre, maestra de error y de falsedad", conforme a la tesis pascaliana, la imaginación más que el sentimiento determina las espantosas masacres humanas de la Europa. Sus pueblos a fuer de congelados por el racionalismo, diríase carentes de la emotividad necesaria para sentir que la gloria, el genio, la dignidad y el Estado, jamás les hubieran dado otro destino que la miseria, el trabajo esclavizante, la humillación proletaria, la muerte anónima en los campos de batalla.

Pero los pueblos americanos rehuyen mecánicamente las consignas mentales. Poseyendo una sensibilidad emocional profunda e inabordable para el artificio retórico e ideísta, requieren otro tratamiento, acaso desgraciadamente peor. Opérase sobre ellos con sueros extraídos de su propia naturaleza. Y en oportunidad en que el interés extranjero demanda esta guerra, Chile sufre una sobresaturación de esa misma esencia indo americana de amor a la tierra. Así el asalto territorial se transforma en empresa del espíritu público. Aquel mal urdido *Manifiesto sobre los motivos de la guerra*, obra de la Cancillería chilena de 1879, denuncia como se espoleó el alma india y mestiza de Chile, con el acicate de "reivindicar y ocupar en nombre de Chile los territorios que poseía antes de ajustar con Bolivia los tratados de límites de 1866 y 1874". Este documento en que se proclama como justificación (sic) el deliberado atropello de solemnes ajustes internacionales concluidos en absoluta paz y perfectos en derecho, es, sin embargo, inevitable. Solamente la presunta reivindicación territorial que él menciona, mantendrá en suspenso la condenación del asalto y conmoverá el alma chilena.

He aquí el suero extraído de su propio organismo, inoculándose en el, del nuevo, para excitarlo hasta el paroxismo belígero. La cancillería chilena dosifica esta droga y la repulsa del despojo queda enervada. El pueblo no discrimina las correlaciones dialécticas, y mal puede percibir cómo es ilegítima la campaña reivindicatoria sobre unas tierras que se han reconocido, en pacífico entendimiento, como propias de otro. Para él solo hay el drama del suelo patrio clamando por un retorno al señorío nativo. Despierta así la pasión terrígena de la autoctonía. Y el sentimiento, primera y última función psíquica de la colectividad, el sentimiento absorbente y extensivo, que mimetiza de emoción caldea las más frígidas razones, los cálculos incoloros, toca, entonces el clarín de ataque en los tímpanos del alma chilena*.

* *Existe toda una corriente de revisión de las causas y consecuencias de la guerra del Pacífico en los tres países involucrados y por supuesto que en ella destaca la urdimbre de intereses anglo chilenos que la precipitaron.*

Columbrando el proceso en toda su atención, Edwards y Gibbs desvisten a la compañía de esa bolivianidad que amenaza costarles diez centavos, y la emponchan de un chilenismo que no ha de exigirles gastos. Acciones sociales emitidas de inmediato en Chile, dan visos de efectividad a la prestidigitación transformatoria. Acciones que por cierto, adquieren íntegramente los mismos emisores. A partir de esta bursátil maniobra, la guerra entre Chile y Bolivia queda escrita. Acaso escrita así mismo en los libros comerciales de Edwards y Gibbs, como ganancia extraordinaria, (porque "la guerra con Bolivia fue simple cuestión de tiempo desde que el cateador Cangalla encontró el primer rodado argentífero en las lomas de Caracoles, como habría de ser inevitable y análoga la guerra con el Perú, desde el trabajo de los rieles y las excavaciones del salitre". (Benjamín Vicuña Mackenna)

La mutación de la compañía boliviana en compañía chilena, importa apenas, el cambio de marbetes comerciales. Esta sencilla diligencia, determina, sin embargo, una matanza de tres pueblos: Chile, Perú y Bolivia. Tres pueblos que se acuchillan asesinamente. ¡Los tres han olvidado por entero, a Gibbs y Edwards! Estos en tanto, engordan de hartazgo sanguinolento.

* * *

De ese conjunto mencionaré solamente dos volúmenes, el del boliviano Joaquín Aguirre Lavayén, autor de la novela histórica Guano maldito (1966). El decía que mientras Alcides Arguedas escribió una historia de Bolivia, "de muy adentro para afuera", él suyo era un libro de "afuera para adentro", pues después de visitar bibliotecas y hemerotecas en Londres, París, Nueva York, Lima y Santiago, Aguirre Lavayén encontró evidencias notables como la de que inversionistas ingleses, interesados en el guano de la costa boliviana, pagaron al general Agustín Gamarra, 57.400 libras esterlinas, para sus gastos de guerra, en 1841. El general no llegó a usar toda esa suma, pues pereció en la batalla de Ingavi, en su intento de conquistar Bolivia. A partir de William Wheelright, fundador en 1839, de la Pacific Steam Navigation Company, proliferan otras empresas británicas en los puertos chilenos como Ravenscroft, Alston y Co., Anthony Gibbs y Co., Hurth Gruning y Co., Livingston y Crovers, Evans y Robertson, Peterson y Wissing, cuyos funcionarios y accionistas se unen además en matrimonio a muchachas chilenas.

Un importante aporte bibliográfico chileno es el del historiador Luis Ortega, Los empresarios, la política y los orígenes del Pacífico, FLACSO, Santiago, 1984. Entre los funcionarios chilenos, socios de la compañía de salitre figuraban Enrique Codo, José Manuel Balmaceda, Manuel Montt, Julio Zegers, Alejandro Fierro, ministros de Hacienda y Relaciones Exteriores, hasta abril de 1979; Rafael Sotomayor, ministro de Hacienda y luego de Guerra y el coronel Cornelio Saavedra. "Fue significativo –dice Luis Ortega– que el primer gabinete de tiempos de guerra, estuviese compuesto por una mayoría de accionistas de la compañía de salitres y ferrocarril de Antofagasta", que influyó decisivamente en que el diferendo con Bolivia se convirtiese en conflicto bélico. Reveladora la opinión del diputado Isidro Irrázuriz, quien en la Cámara de Diputados (9-8-1981) expresó: "Por una circunstancia feliz, sin ejemplo en la historia de las naciones, esta guerra en apariencia tan llena de peligros ha sido para Chile una salvación, ha sido un negocio. Esta guerra vino a golpear nuestras puertas cuando la crisis más desconsoladora por su interminable duración tenía aletargadas nuestra industria y nuestro comercio; cuando la falta de trabajo llevaba el hambre y la desesperación a muchos hogares, cuando por la misma razón, se multiplicaban los crímenes, en fin, hasta el tranquilo horizonte de nuestra imperturbable paz interna comenzaba a cubrirse de nubes. La guerra lo ha cambiado todo: ha venido a ofrecer un inmenso campo al espíritu emprendedor de nuestros conciudadanos y a poner en movimiento la fuerza de nuestra vitalidad. Pasa lo mismo con la ocupación; aun ahora costea sus gastos por sí misma y deja un excedente de riqueza que permitirá a Chile recuperar su antigua situación financiera". (M.B.G.)

LA GUERRA DE LAS BOLACHAS

(Notas para un desarrollo posterior)

"¿Creeís que el Melgarejo del sexenio hubiera sido lo que ha sido si no hubiera tenido ministros complacientes...?". Isaac Tamayo, (Tajmara), *Habla Melgarejo.*

* * *

La goma del Acre, exportada por el Amazonas, pagaba derechos de aduana a las autoridades brasileñas. Anualmente, cinco millones de bolivianos.

* * *

En enero de 1899, un decreto "abrió a la navegación de todos los países, los ríos Acre, Purús y Yacú". El gobierno brasileño protestó, considerando tal decreto como una incitación a violar la soberanía brasileña.

* * *

En julio de 1899, Luis Gálvez proclamó el nuevo Estado Independiente del Acre, Purús, y Yacú. En diciembre el coronel Sousa Braga depuso al presidente Gálvez. "El Brasil violó su neutralidad, dejando que los revolucionarios se armen y se provean de gente, víveres y elementos bélicos en su propio territorio". Manuel Mercado Moreira, *Historia internacional de Bolivia.* El comisionado boliviano para investigar el asunto, viajó de Río, muriendo de fiebre amarilla, en diciembre de 1899. El ministro de Bolivia en Brasil, declaró que el territorio convulsionado era litigioso, debiendo unirse los dos países para pacificarlo. El canciller brasileño expuso que era imposible considerarlo litigioso, siendo erróneo el concepto del gobierno boliviano, sobre que, "por el hecho de que el Brasil haya dudado", de la soberanía boliviana, "debe ser el canciller brasileño el que dilucide el tema. El territorio debe ser considerado como litigioso y vigilado y amparado tanto por Bolivia como por el Brasil".

El ex canciller brasileño Gral. Cerquerra, declaró que su país "prefiere su honra al interés y piensa que hay una cosa que vale más que los grandes gomales del Acre: Es la justicia..."

* * *

A sofocar la revuelta de julio de 1899, salió el vicepresidente de la República, acompañado del ministro de Guerra en el mismo mes y año. (...) Bolivia envió una comisión a sofocar la revuelta de julio de 1899, en octubre de ese año. Solamente se llevó oficiales y jefes, esperando organizar un ejército en el terreno. El comisionado para recoger datos sobre la revuelta, "regresó el 21 de febrero de 1900 en posesión de datos exactos".

* * *

De 269 expedicionarios en un destacamento, llegaron solo 170 al final de la jornada, Recorrieron cuarenta leguas a pie, por el bosque virgen. (Gral. Pastor Baldivieso, *Campaña del Acre*).

* * *

Montes y Pérez Velasco fueron tomados prisioneros por Gentil Norberto. "Fue miedo o tribulación" No sé: "pero era imprescindible ceder y cedimos sin proferir una palabra". (Montes).

* * *

Casto Aguilar cortó las amarras de la lancha Iris, que fuera tomada presa por un sujeto capitaneando un grupo. En Cajuero un destacamento de 30 hombres se perdió por falta de prácticos. La Iris atacada, encallada varias veces, piteaba angustiosa y ella orientó a los extraviados. (...) Con 23.000 disparos hubo 18 bajas en Riosinho, allí murió Max Paredes (Mercado Moreira, Ob. Cit.)

* * *

Fueron tomados un cañón y una ametralladora en puerto Arce. La tropa cayó enferma de beri-beri. En Bagé se "hizo parapetos de bolacha, (goma beneficiada)..." el Batallón fue rodeado, pero sin que en ninguna parte se viera un solo enemigo: el bosque los cubría a todos". (Ismael Montes, *Campaña del Acre, Informe del Comandante en Jefe*).

* * *

En los combates, el número de bajas fue igual entre soldados y oficiales. (...) De 85 hombres que volvían a sus hogares, llegaron 38. 22 murieron y 25 quedaron enfermos en diferentes lugares. (Mercado Moreira. Op. Cit.).

* * *

En estas condiciones y ya sofocada la revuelta, se produjo el contrato Aramayo-Willingford*.

* *(Está claro que la idea de Montenegro era ampliar en el texto estos conceptos que quedaron solamente como notas, pero que en todo caso muestran la intención del autor. (M.B.G.).*

* * *

La historia oficial tampoco ha sido leal intérprete de los acontecimientos del Acre. Ella sólo habla del heroísmo popular empleado sin fortuna en la aventura. Los orígenes, los móviles, las causas determinantes del drama son olvidados o encubiertos en un intento sospechoso de complicidad. Quizás en algo peor que esto: en la convicción de que un pueblo de "cholos analfabetos e indios brutos", autoriza todos los excesos del cinismo, de la engañifa. Cuanto se ha dejado entrever al combatiente y a las poblaciones, ha sido la "invasión brasileña en territorio de Bolivia". Una vez más, el viejo *pathos* terrígeno, se ha exaltado en el holocausto inútil, defendiendo la tierra desconocida, lejana, la tierra mártir bajo las patas de una horda expoliadora.

Los maestros enseñan historia nacional a sus alumnos: Bolivia invadida y atropellada por el Brasil sacrificándose en defensa de la soberanía patria. Los soldados anónimos, enfangados hasta la cintura en el cieno del Acre, combatiendo en el día y en la noche, desnudos bajo el calor del trópico, acribillados por los mosquitos, pudriéndoseles las carnes en el fangal interminable, los huesos reblandecidos por misteriosos males que destila el barro de las maniguas...

Pero este es casi el epílogo de la tragedia. El tema permanece oculto hasta ahora. Oculto en Wall Street, 59, de Nueva York, o en las minas bolivianas de Oploca. Entre personajes residentes en los dos lugares germinó el horror de esta mutilación patria, que despojó a los "cholos analfabetos y a los indios brutos", de 18 millones de hectáreas de tierras pasmosamente ricas

El 11 de julio de 1901, un tal Federico Willingford Witridge, abogado anglo sajón domiciliado en Nueva York, Wall Street 59, ha formalizado un negocio importante con el millonario minero Aramayo, ministro de Bolivia "ante la Corte de San Jaime". No es un negocio particular, no. El ministro contrata en nombre de su país y Willingford Witridge, representando a The Bolivian Sindicate. Esta institución se titula, sin reparo, The Bolivian Sindicate of New York. Trátase de gentes dispuestas a tomar a Bolivia por su "segunda patria", capaces de influir con su dinero y su técnica en un rápido progreso de esta joven república llamada a grandísimos destinos.

El contrato es un modelo en su género. Entrega en goce pleno, exclusivo y absoluto a The Bolivian Sindicate el territorio del Acre (Aquiry, en lengua nativa), cuyos límites al norte y al este son las líneas fronterizas con el Brasil, al oeste con el Perú, y al sud el río Abuná y una línea recta, desde las nacientes de este hasta las juntas de los ríos Inambary y Madre de Dios. Menos mal que solamente se llega a esas latitudes. En el contrato se dice que "dicho territorio se encuentra al presente bajo el dominio del gobierno de Bolivia y se halla cruzado por varios ríos navegables y cubierto en gran parte por bosques que contienen árboles de goma y otros árboles y productos valiosos". Que "el gobierno no adjudicará ni convendrá en adjudicar, sin previo consentimiento del sindicato,

concesiones de gomales, ni hacer adjudicaciones de tierras baldías, ni vender ni adjudicar o convenir en vender o adjudicar tierras en las ciudades o en los campos, ya sea para construcciones o para cultivos o cría de ganado o cualquier otro objeto, ni permitirá denuncios de gomales, de minerales o minas, ni de cualesquiera otros privilegios de cualquier género que sean. Que "la compañía tendrá el derecho exclusivo de otorgar concesiones para la navegación de los ríos y demás aguas navegables. Que el gobierno "concede a dicha Compañía, todos los derechos mineros... y declara que todas las leyes de minería que están presentes en fuerza en la República de Bolivia, serán suspendidas durante el término de este contrato". Que "las utilidades líquidas anuales de la compañía queden por el término de sesenta años, liberadas de toda contribución, impuesto, carga, derechos sobre rentas y derecho de cualquier clase que sea, presente o futuro, y también de todo empréstito forzoso, exacción o requisición de guerra". Que "en consideración a esto, el gobierno, después que hayan transcurrido tres años desde la constitución de la Compañía tendrá hasta los mismos sesenta años indicados, derecho al diez por ciento de las utilidades líquidas anuales de la Compañía". Pero que "no se considerará como parte de las utilidades de la Compañía el cuarenta por ciento" de lo que ésta recaude u obtenga del territorio, cobrando impuestos, derechos, cargas, ventas, contribuciones, etc., etc. Que "la compañía entregará al gobierno el sesenta por ciento de lo que recaudare", de modo que el diez por ciento concedido al gobierno sobre utilidades líquidas, de la compañía tendrá que cobrarse no de lo que reciba la compañía sino de lo que reciba el gobierno. Que la compañía "tendrá el único y exclusivo derecho de comprar todas o cualquier parte de las tierras comprendidas en dicho territorio, con los árboles de goma u otros que contengan". Que el gobierno entrega tal territorio "a una compañía que se organice debidamente en Inglaterra o en los Estados Unidos de Norteamérica, o en cualquier otro país extranjero, la administración fiscal de dicho territorio y el cobro de cargas, impuestos, derechos de aduana, contribuciones, regalías, rentas de tierras del Estado, etc., etc." Que el gobierno confiere a la compañía "el derecho y autoridad exclusivos para recaudar y exigir el pago de las indicadas entradas y rentas, regalías, impuestos, cargas, derechos y contribuciones... por el período de treinta años". Que "entregara, además, en uso a la Compañía por el término de la concesión todas las propiedades fiscales actualmente existentes".

Que "el precio de compra que se ha de pagar al gobierno con respecto a cada adjudicación, será a razón de diez centavos bolivianos por propiedad a cada hectárea de terreno contenido en dicha adjudicación".

Se ha estipulado, también, que la compañía regulará su conducta en acuerdo a las leyes bolivianas. Por si las leyes bolivianas resultaran violadas hase convenido, así mismo, que en caso de disputa o diferencia entre el gobierno y la compañía, se nombrará dos árbitros, los mismos que, para la emergencia

de no llegar a entenderse, designarán a un tercer árbitro dirimidor, cuyo fallo será inapelable, "quedando entendido y acordado que los árbitros elegidos por cualesquiera de las partes y también el tercero podrán ser ciudadanos de cualquier país y que no es de absoluta necesidad que sean ciudadanos de la república de Bolivia".

El 21 de diciembre de 1901, el Congreso boliviano aprueba el contrato, sin modificaciones de mayor importancia. Consigue apenas, un añadido conforme al que la compañía pagará, de la suma global que ella recaudare, los haberes del delegado nacional en dicho territorio, de los jueces y demás empleados públicos, cargando esos pagos en cuenta al gobierno, cuyo beneficio del sesenta por ciento en las recaudaciones atenderá el correspondiente reembolso. Para el caso de que dicho sesenta por ciento no alcanzare a cubrir solamente sueldos y haberes de los empleados fiscales, el gobierno se compromete a devolver a la compañía el saldo impago, inmediatamente. Si no lo hiciese así, se estipula que la compañía cobre un interés del cinco por ciento al Estado, vencido un año de mora por parte del gobierno.

Que de estas recaudaciones, el gobierno recibirá el sesenta por ciento y la compañía el cuarenta. Que, tres años después de firmado el contrato y por el término de sesenta años, el gobierno percibirá una contribución del diez por ciento sobre las utilidades líquidas anuales de la compañía. Pero que, "para los efectos de esta cláusula no se considerará o tratará como parte de las utilidades líquidas de la compañía ninguna parte del cuarenta por ciento de las expresadas entradas".

Los estadistas de Bolivia esperan días de maravillosa prosperidad en el curso de treinta años. Casi todos ellos, vivirán hasta entonces, pues aún son jóvenes y tienen fe. Fe respetuosa e incondicional en las virtudes mágicas del extranjero para transformar aldeas en urbes potentes, desiertos en granjas, baldíos en fábricas, mestizos en blancos...

Adviene febrero de 1902. No han corrido aún dos meses de la aprobación congresal que entrega el inmenso Acre a Willingford Witridge, de Nueva York, Wall Street, 59. El presidente de Bolivia, sus ministros, los diputados y senadores, el ministro Aramayo ante "la corte de San Jaime", se enteran por la prensa, de que Willingford Witridge ha vendido el contrato al Brasil. No han corrido aún dos meses desde que el Congreso aprobara el contrato. Conforme a este, The Bolivian Sindicate of New York "empleará todo su esfuerzo en constituir e incorporar en Inglaterra, Estados Unidos o cualquier otro país extranjero una compañía que tenga por objeto la administración fiscal del territorio arriba indicado". Tiene plazo de un año para hacerlo, por lo menos, 300.000 libras esterlinas de capital, de las 500.000 convenidas. Pero, antes de transcurrir sesenta días, o sea en febrero de 1902, The Bolivian Sindicate of New York, vende la concesión al Brasil por la suma de 110.000 libras esterlinas.

El gobierno de Bolivia, sus congresales y su acaudalado representante en "la Corte de Saint James" se enteran del suceso por la prensa...

Mr. Willingford Witridge de Nueva York, Wall Street 59 ha faltado a su compromiso, explica un ministro, consoladoramente-. Pero tenemos el contrato para reclamar su cumplimiento. La cláusula XV de este, a la letra dice: "La compañía organizada por el sindicato no podrá transferir la presente concesión a ningún Estado o gobierno extranjero"... ¡Aquí están, casi en seguida, las firmas del señor Willingford y nuestro ministro Aramayo!.

Espere un poco, señor ministro-, interrumpe algún personaje de los primeros que toma en serio la función de entregador del país a la cultura y el progreso extranjeros-; el texto del contrato es inobjetable. En el se dice que "la compañía organizada por el sindicato" no podrá vender la concesión. Pero la compañía no ha sido organizada todavía. Quien transfiere el contrato es, por lo tanto, The Bolivian Sindicate. Según el convenio, este no se halla prohibido en absoluto de vender los derechos que se le ha otorgado por nuestro Honorable Congreso Nacional.

Evidentemente, -acepta el ministro desconsolado-, evidentemente... Mira el documento con ojos inexpresivos, casi estupidizados por la abrumadora realidad que el papel escrito le arroja a la cara como un puñetazo. De pronto hace un gesto de triunfo.

-¡Ah!... ¡No está perdido todo, sin embargo!... Lea usted, amigo, lea usted la cláusula XIV.

-Por cierto que me sé de memoria la tal cláusula, -expresa el interlocutor-, y puedo recitársela de corrido: "El Sindicato, al mes de ser notificada la ratificación del convenio por el congreso, entregará 5.000 libras esterlinas al ministro de Bolivia ante la Corte de Saint James...

-¡Claro!, -explosiona el ministro victoriosamente, con fuerte voz que sacude sus bigotes, como un yerbazo al soplo del viento; por lo menos hay estas 5.000 libras esterlinas, que quedarán, -mire usted el contexto contractual; "absolutamente adjudicadas al gobierno en caso de que el sindicato deje de constituir y formar la compañía"... Porque, razonando atentamente, la alternativa es de lo más clara: si el sindicato puede vender la concesión porque no ha organizado la compañía, pierde las cinco mil libras esterlinas. Entre los males, el menor...

-Tampoco, señor Ministro, tampoco... El convenio establece que el sindicato entregue las 5.000 libras al mes de notificársele con la aprobación congresal, que es del 21 de diciembre pasado. ¿Está usted seguro de que nuestra cancillería transmitió en el acto esa aprobación al ministro de Bolivia en Londres? ¿Está usted seguro de que el ministro en Londres notificó de inmediato al sindicato con la aprobación?... Un extranjero, como Mr. Willingford Witridge, sería incapaz de no entregar dentro del debido plazo, ese depósito de habérsele notificado con él.

No puedo garantizar sobre la honradez de Mr. Willingford Witridge. No lo conozco personalmente.

Yo tampoco. Pero no olvide que es extranjero. No se trata de un cholo bribón. Es norteamericano. Basta su apellido...

En efecto, Mr. Willingford Witrigde, abogado y representante de The Bolivian Sindícate of New York, ha vendido el contrato, sin depositar el aval de las 5.000 libras. Disponía de un mes para entregarlas al ministro Aramayo. La aprobación del Congreso tardó más de cuatro semanas en llegar a Londres. Willingford fue o no fue notificado, lo cual no hace al caso. Estuvo ausente de la City. Por las dudas, antes de cumplirse el mes fatal, negoció la concesión. Era un benemérito personaje de las altas finanzas neoyorquinas. ¿Quién podía pensar, en la América mestiza, que un rubio caballero con inequívoco aspecto de persona extranjera, engañase al gobierno de Bolivia? Pocos años después, un eminente personaje boliviano, diputado, senador, ministro de educación o de negocios extranjeros, en diferentes oportunidades, publicaba un libro alguno de cuyos capítulos intitulaba nada menos que: "interesemos a los yanquis...".

La astucia o la vergüenza de la clase dominante boliviana; prefirió atribuir la catástrofe, a un atropello de la política internacional brasileña. ¿quién fue enterado en Bolivia del bárbaro contrato suscrito por aquel millonario, personero de la república ante la corte de San Jaime?" ¿Quién le responsabilizó nunca? ¿Quién acusó jamás a los congresales que aprobaron el convenio suicida? ¿Quién persiguió al estafador internacional Federico Willingford Witridge? ¿Acaso lo intentó siquiera su primera víctima? ¡El territorio nacional ha sido invadido por tropas irregulares brasileñas!. Este fue el grito de alarma. ¡A defender la soberanía patria, con el sacrificio de la vida!... ¡Odio al Brasil, asaltante y ladrón de tierras!. Estos gritos, debidamente orquestados por la prensa, del celestinaje oficialista, enloquecieron al pueblo, arrebatándolo en indignación apasionada.

Previsoramente, escritores y políticos fanfarrones creían alentar el espíritu público disminuyendo la significación del adversario. Lo mismo que en la guerra con Chile. Pero esta vez el engaño era más fácil. En realidad, el gobierno brasileño no alentaba oficialmente los actos de bandidaje realizados en el Acre para consumar la transferencia del contrato Willingford Witridge. Las fuerzas armadas que expulsaron a las autoridades y a los pobladores bolivianos de la zona acreana estaban sin uniforme. Esto era suficiente para que los diplomáticos anudaran sus lenguas en un silencio de bestezuelas domésticas, amaestradas por el hábito de la visión constante. Un diplomático reacciona difícilmente ante las matanzas colectivas que un país practica en otro, si los degolladores no llevan trajes de la milicia nacional, armas con sellos y escudos de los parques oficiales. Tampoco puede creer en una guerra que sacrifica vidas, cuando el conflicto no ha sido previamente declarado por los gobiernos.

Los gobernantes bolivianos y muy particularmente los periodistas de aquel tiempo, hallaron que la cuestión del Acre era un atentado filibustero, sin oficial filiación de nacionalidad. El Brasil admitió que el asunto era, también, cosa del filibusterismo amazónico, indomeñable por la autoridad. La selva es muy amplia, muy intrincada, muy llena de peligros, para que país alguno pueda mantener en ella una autoridad capaz de concluir con los aventureros, con la ley del rifle o de la pistola.

Si, si... Acaso esto era mejor, aún para el gobierno de Bolivia. El Acre invadido por filibusteros y malhechores podía ser liberado fácilmente por algunos batallones de indios y mestizos armados a Remington. Como un sarcasmo del bandolerismo que utilizaba el gobierno brasileño para cohonestar el fructífero negocio con Mr. Willigford Witridge, los cabecillas de la montonera que se apoderó del Acre, proclamaban "la independencia del pueblo acreano". La técnica de estos levantamientos restrictos a zonas con materias primas bien cotizadas, no es desconocida. Tiene un sello inconfundiblemente acuñado en Wall Street. Así, la revolución de Hawai, en 1893, que antes del mes de derrocar al gobierno autóctono, concluyó declarando que Hawai se anexaba a los Estados Unidos. Quien busque sus antecedentes, los hallará enmelados en olas de azúcar de caña. Así la revolución de Panamá, iniciada el 3 de noviembre de 1903, y cuyo gobierno "libre" fue reconocido el 6, por Estados Unidos. Así el intento de independencia de Zulia, distrito venezolano, que pretendía erigirse en libre nación, 1921, bajo la presidencia de Pérez Soto, por tratarse de "un pueblo de raza superior a la de Venezuela". Manos y pies de Pérez Soto están embadurnados de petróleo.

No podía faltar el aliento libertador en la descomunal estafa del abogado y financista de Wall Street contra Bolivia.

Bandidos muy bien armados, muy bien provistos de víveres y dinero, tomaron posesión del Acre, a escasos días de haberse vendido la concesión Willinford Witridge. Capitaneaban los unos personajes con nombres de novela idílica. Plácido Castro, Gentil Norberto. No podía darse más como detalle risueño que epiloga el risueño contrato.

* * *

Las tropas bolivianas marchan al Acre. La historia da al suceso el nombre de campaña, no de guerra. El gobierno parece atemorizado ante esta última palabra. También él tiene que creer en la acción filibustera, como se debe creer en las altas esferas del continente. No puede proclamar que se trata de un despojo injusto por parte del gobierno brasileño. Transige con la deliberada superchería. No puede salirse de la línea convencional, aunque su pueblo sienta como en carne desollada las consecuencias de esta simulación que perfuma

el atraco y la estafa con suaves esencias de ambientes cancillerescos. En el interior del país, el gobierno sostiene que el Brasil invade las tierras del remoto Aquiry. Más allá de las fronteras, no es permisible usar el mismo tono. Por el contrario, el gobierno brasileño es un gobierno amigo. Lo que ni este ni el de Bolivia explicarán satisfactoriamente es que, el conflicto acreano, una vez masacrados algunos centenares de nativos a quienes hace puesto en trance de sacrificio patriótico, se liquida en un tratado que suscriben Bolivia y Brasil, en Petrópolis, el año 1903. Dos millones de libras esterlinas debe pagar este último al primero, para adquirir definitivos derechos posesorios en el Acre. La oligarquía boliviana perfecciónase a ojos vistos en la política entreguista. La vieja noción colonial de la tierra americana puede y debe ser vendida como un feudo privado, presta honda convicción a la clase dominante de Bolivia para liquidar los problemas internacionales a base de una sencilla compra venta del territorio patrio, habitantes y todo...

Esta nueva concepción política de las clases dirigentes bolivianas, tiene su inicio en Petrópolis. Un año después, la costa de Bolivia sobre el mar Pacífico es, a su tiempo, vendida en cuatro millones de libras esterlinas. ¡El negocio prospera!... Si se pudiera vender anualmente unas parcelas de la tierra patria, este pueblo nadaría en la abundancia... El pensamiento no es ajeno a la preocupación sistemática de la oligarquía. Menos mal que el primer ensayo de compra-venta del suelo nacional por el gobierno, tropieza con un serio descalabro. El Brasil no paga los dos millones de libras. No paga una sola libra. Años después, un ministro boliviano ante el de Itamaraty, firma un tratado por el cual, en vista de que la suma de dos millones de libras que éste adeuda no se halla en mora debido a lo excesivo de su cantidad, se reduce el débito a un millón de libras. El destino vela por Bolivia, sin embargo. Algún accidente inesperado trunca las funciones del ministro boliviano, que vuelve al país. Menos mal que este sólo ha condonado un millón de las áureas monedas británicas Los gobiernos brasileños tampoco han pagado este millón de libras esterlinas. Un último convenio las destina a construcción de un ferrocarril que prolongue una línea férrea brasileña tendida hasta la frontera boliviana. Mientras dicho ferrocarril no pertenezca íntegramente a Bolivia, no podrá sostenerse que la venta del territorio acreano ha sido siquiera levemente beneficiosa para el país. Creese indispensable puntualizar que la conducta de los gobiernos brasileños, evidentemente egoísta, no compromete a la conducta de su pueblo. Este es un absoluto ajeno a la sistemática tendencia de aislamiento boliviano a que parece obedecer la política gubernamental de Río.

Más de un año dura el martirologio popular que el célebre negociado Willigford Witridge exige a Bolivia. En lo más profundo y horrible del vórtice amazónico, allí donde la naturaleza ubica la glándula secretora de las potencias cientos de indios y mestizos que forman el ejército boliviano, -indios de los llanos orientales y de las cumbres andinas-, se revuelcan heroicos, entre la malaria y el fango, entre las balas alevosas y el hambre invencible. Es una

larga agonía entre la podredumbre devoradora de la húmeda gangrena que anega al bosque.

Es una consunción, la eterna consunción del soldado boliviano, primero abatido por el hambre, antes de la victimación sin defensa, en manos del adversario. ¿Qué sucede con este ejército del pueblo más rico en oro y plata, que suma el cincuenta por ciento de sus bajas, en todas las campañas, victimadas por la falta de víveres?

Solamente los hombres tocados por el don del mártir son capaces de una prueba de sufrimiento como la de esta campaña. No la hay más alta en la historia de América. La humanidad que sobrevivió a trescientos años de torturas y matanzas, la supera sin embargo. Es la carne cobriza, indoblegable al dolor físico, vencedora del tormento moral, otra vez triunfante, volviendo de la agonía a la existencia tenaz, indestructible, como un germen primordial de la naturaleza.

Fiebres desconocidas, sarnas monstruosas infecciones mortales, devoran esta carne sublimada en dolor. El monte suda una humedad perpetua, que hace el aire viscoso, casi arrojándola en el vasto pudridero de la selva. Los hombres respiran como si tragaran las babas secretadas por la inflamada garganta del abismo. La propia atmósfera corroe el acero del armamento, desmigajándolo en la pulverización áspera del orín, trasmina la carne, e impregna los huesos, que se ablandan y tuercen como hechos de cera.

Estos héroes desconocidos luchan semisepultos en el barro, durante meses. Sienten ascender por sus piernas, la podredumbre de esta enorme cloaca del Cosmos, que les convierte la piel oscura en un bolsón flácido y amarillento, repleto de humores inagotables. Hinchanse como sapos, en el fango, la piel traslúcida, atirantada como un globo de elástico. Llagadas las junturas de los dedos, las ingles, las axilas, con laceraciones de que mana un líquido espeso, turbio, caliente. Las picaduras remedan lacerías de lepra, incurables, pero sin sangre, supurando licores blanquecinos como un fluir de huesos diluidos.

Tiritan dentro del fango caliente, castañeteando los dientes con el frío medular de las fiebres tropicales. Las balas no les derriban, sofocadas en el médano pegajoso. Pero mueren a montones, hundiéndose lentamente en la ciénaga que se estría con el manar lechoso de las venas exhaustas de glóbulos rojos.

Aquí no hay sed. Respírase un aire casi acuoso, desprendido por el barro cubierto de evaporaciones mefíticas. El hambre, empero, resulta espantosa. Los víveres podridos colman estas bocas delirantes. Puñados de harina picada, pedazos de charque blanqueante de gusanos que cosquillean con su pelusilla albina en el paladar, en el gañote estremecido por las náuseas. Cada ración de alimento huele a sepultura abierta. La carne helada en la puna. La carne de buey, helada en la puna, revive con el afán de las larvas germinadas entre los tejidos. Días, meses, un año entero, este manojo del pueblo que no suscribió el contrato Willingford, que no concurrió a la "corte de Saint James", intenta devolver a la patria, esta tierra expoliada. Nadie se acuerda, aquí de

Willingford Witridge, el estafador neoyorquino. Es que nadie sabe nada sobre el estupido convenio. Pero tampoco parecen recordarlo nadie de cuantos conocen el asunto. Ni siquiera el ministro boliviano que firmó el ajuste en Londres, y que fue la primera víctima del atraco, el campeón candoroso del ingenuo pueblo boliviano.*

Mr. Willingford Witridge no quiso comprar en 180.000 bolivianos los 18.000.000 de hectáreas del Acre, a diez centavos la hectárea de estas tierras cruzadas "por varios ríos navegables y cubierta en gran parte por bosques que contienen árboles de goma y otros árboles y productos valiosos" como lo hubo escrito el propio ministro de Bolivia. Ha preferido maniobrar al estilo bolsista, vendiendo papeles que adquirió sin gasto alguno. En menos de dos meses ha obtenido una líquida ganancia de 110.000 libras esterlinas. Debe hallarse profundamente reconocido a los estadistas bolivianos, "amar a Bolivia como a su segunda patria", recordarla en toda ocasión de su existencia. No en vano, pocos años después, un eminente personaje, varias veces ministro de Estado en las carteras de educación o negocios extranjeros, maestro de la juventud y erudito jurisconsulto, recomendaba en uno de sus libros "interesar al yanqui". Era, a su juicio, el único recurso eficaz para sacar al país de su atraso, de su pobreza, de su postración.

---

* *Como sucediera con el impuesto de 10 centavos por quintal de salitre, resuelto por el gobierno Daza, que dio pretexto a la invasión chilena de Antofagasta, en el Acre la fundación de Puerto Alonso y la creación allí de una aduana con un impuesto a la goma exportada, provocó la furia del gobernador del Estado de Amazonas, Ramalho Junior, quien instigó al español, Luis Gálvez Rodríguez de Arias, para que se pusiera a la cabeza de los secesionistas. Así se inicia la primera "revolución del Acre". Puerto Alonso es recuperado por los bolivianos hasta que en 1902, se produce la segunda "revolución acreana", con Plácido Castro. Bolivia envió al Acre tres columnas de soldados, la primera a cargo de Andrés S. Muñoz, por la ruta del Beni, la segunda con el vicepresidente Lucio Pérez Velasco, de Cochabamba por la ruta del Chapare y la tercera por el doctor y general Ismael Montes, por la ruta más difícil de Larecaja. En los primeros hechos de armas, los secesionistas fueron barridos y es entonces que el gobierno boliviano, cae en el espejismo de pensar que un grupo de astutos abogados norteamericanos en busca de un negocio podrían enfrentar con sus propios capitales (inexistentes) e incluso fuerza armada a los insurgentes pro brasileños, firmando con ellos un contrato, del que se ocupa Montenegro, en este capítulo. Ahí entra en juego, la diplomacia brasileña, con la amenaza de enviar 4.000 hombres del ejército regular, mientras al propio tiempo, el canciller Río Branco, daba la vuelta la medalla haciendo aparecer el contrato firmado por Bolivia como una "amenaza" a todo el continente. Fingiéndose indignado, Río Branco escribió una circular a todas las cancillerías, denunciando que el contrato era "semejante a las concesiones de Africa e indigna de nuestro continente" y que "el Brasil ha dado hasta el presente una interpretación muy lata del tratado de 1867", "pero habiendo el gobierno de Bolivia enajenado a favor de un sindicato extranjero los derechos concedidos en el territorio del Acre, el Brasil ha creído de su deber sostener la verdadera interpretación del tratado y defender en consecuencia, como frontera, el paralelo 10° 20' que corre de la boca del río Beni hacia el oeste, hasta encontrar el territorio peruano". El general Pando, que se hallaba en camino, con tropa para pacificar la región fue detenido con mensaje de La Paz, para que desistiera y retornara al altiplano, Brasil pagó la coima al abogado Willingford Witridge y presionó a Bolivia para firmar el tratado de Petrópolis con la cesión total del Acre. De los tres grandes conflictos internacionales, el más ignorado hasta hoy, es el del Acre. Lástima que Roberto Querejazu, que escribió las historias más completas sobre las del Pacífico y del Chaco, no hubiera emprendido una sobre el Acre. En su retiro de Cochabamba, le pregunté por qué no lo hizo y él me respondió que tuvo dos razones, la falta de buena documentación en la cancillería y en la Biblioteca Nacional y por otro lado, la urgencia de ganarse la vida con otros emprendimientos históricos. (M.B.G.)*

A MANERA DE INTRODUCCIÓN*

1

Germán Busch nace el 23 de marzo de 1904, año en el que se liquida la guerra del Pacífico mediante la entrega de la costa y el mar bolivianos a Chile. Son 120.000 kilómetros cuadrados de tierras de que desbordan, como de arcón repleto las riquezas geológicas de azufres, boratos, piedras cobreñas, filones de estaño, rodados argentíferos. Tierras que refrescan la íntima calcinación sulfurosa de sus humus vitales con el abanico del mar estremecido entre encajes de espuma.

Las besaron como suyas, por vez postrera, los muertos de 1879. Fueron también los últimos en ver el mar boliviano.

Cuatro meses antes de venir Busch al mundo, se consuma igualmente la catástrofe del Acre, con la cesión de 191.000 kilómetros cuadrados de suelo boliviano al Brasil. Son regiones cubiertas por compactos bosques gomeros empapándose en el agua de cuatro inmensos ríos navegables.

Todo esto, empero, tiene su historia, que la historia oficial olvida u oculta por designio misterioso. La generación boliviana engendrada y parida en esta atmósfera agobiante de las derrotas, la generación de Busch, nace con el alma extrañamente sensible para el dolor colectivo. Ella intuye esa historia sepultada en el enigma, como un crimen.

Germán Busch no se explicaría tal vez como la máxima exaltación de la sensibilidad bolivianista sino por nacer a la hora en que el alma nacional anonadada por los falseamientos históricos, sumerge las antenas de sus ansias vitalistas en busca de savias reanimantes ahondando el subsuelo de este mundo que la historia ortodoxa puebla de muchedumbres abatidas y fastos negros. Y este contacto del alma y de la tierra restaña las llagas abiertas en la fe del mañana.

La íntima pulsión de Bolivia es potente, afirmativa, quizás inextinguible. Ella alienta los ritmos vitales de América, desde el Tihuanacu hasta la

---

* *He escogido estos dos textos que se hallaban sueltos en las carpetas de Montenegro. Evidentemente el autor pensó emplear el primero al principio del libro, pues allí establece una relación entre los desastres del Pacífico y el Acre y luego la Guerra del Chaco con la actuación del joven teniente Busch. El segundo artículo, estaba destinado, posiblemente, a algún periódico o revista de Buenos Aires. Finalmente dos editoriales del semanario "Busch", que Montenegro publicó como Director en La Paz, de mayo a diciembre de 1941. (M.B.G.)*

confederación con el Perú. Los 16 años de guerra por la libertad los vive en rebelión. día por día, únicamente este boliviano, Alto Perú que amarra las tropas realistas en su territorio, desbaratando todas las ofensivas chapetonas contra Bolívar y contra San Martín.

* * *

2

La personalidad del teniente coronel Germán Busch, actual Presidente de la República de Bolivia, fue definida, con caracteres excepcionales, por la guerra del Chaco. Ni su extrema juventud, ni su condición profesional de soldado, pudieron realmente brindarle hasta hoy, otro escenario que el de la campaña bélica para anunciarse como al representativo auténtico de una generación nueva. Esta generación nueva, vivió en esa atmósfera rarificada, respirando con angustia, ahogada por el espíritu absorcionista de la clase conservadora boliviana, dueña perenne y absolutista del poder, que en países poco evolucionados como Bolivia, centraliza todos los recursos vitales en un solo interés. La república del altiplano, por lo mismo, carece hoy de hombres nuevos capaces de dirigir al país. El conservadorismo no se preocupó de prepararlos, y si, más bien, de destruirlos, para asegurarse el usufructo de las riquezas nacionales. De ahí mismo, la persistencia con que actúan, hace treinta años, los mismos hombres, en las altas funciones nacionales.

La guerra, empero, se convirtió, sin preverlo los conservadores, en un teatro en que el drama se escapó de las manos del autor y discurrió libre y espontáneamente, en una realización pirandeliana y trágica, en que la escena creaba los personajes. Así surgió Busch, juvenil comandante de soldados montañeses y bravos, y dominó, desde el primer acto, el curso de esa tragedia cuya decoración agravó la emoción dolorosa y miserable del tema, exaltando las calidades del personaje principal.

Busch actuó en la guerra del Chaco, desde Boquerón, el año 1932. Encabezaba un escuadrón, como teniente. Al concluir la campaña, el año 1935, era teniente coronel. Pero es notorio que la suprema dirección militar del General Kundt, postergó durante el año 1933 todo ascenso del oficial Busch, capitán de silenciosos, sobrios y ágiles soldados montaraces. Kundt mantuvo, a través del período de guerra en que comandó las tropas bolivianas, el concepto de que Busch, capitán de 30 años, no podía ascender de grado para no destruir el principio de la jerarquía militar.

Sin este concepto prusiano de la disciplina, pudo darse la historia del adolescente a quien, una guerra le crea el generalato antes de los 40 años. Generalato lo tuvo Busch, en el curso de la contienda, en que fue aclamado por

las tropas combatientes al grito de viva el General Busch!... Lo tuvo, también, cuando comandó grandes contingentes de tropas, accidentalmente ubicado por los acontecimientos y su abnegación ilimitada, en el plano de ese generalato, aunque él estuviese fusil en mano, peleando de simple soldado, en el monte.

El breve apellido del héroe boliviano, breve y seco como un disparo, pobló de ecos y atravesó el monte en todas direcciones. Como un pájaro de alas fuertes, llegó a las ciudades, andinas que conforme a la leyenda incásica, anunciaba guerras victoriosas. Ese breve nombre, llenó el país de orgullo y de fe. Este solo nombre restañaba las heridas y devolvía tono a la flaqueza frente a las adversidades. Busch era el hombre nuevo. El que peleaba en el monte como un montañés, el que salvaba a sus hombres del riesgo mortal, el que conducía sus pequeñas fracciones de asaltantes que irrumpían en la retaguardia enemiga, que caían inesperadamente sobre el adversario. Busch era, también, la víctima predestinada. Se le buscaba tenazmente, para concluir con este felino fantasma del bosque chaqueño, agujereado como una criba por las picadas del escuadrón sin huellas para los perseguidores. Alrededor de Boquerón, se ajustó una argolla de fuego: Busch la rompió, penetrando en el fortín, portador de víveres. Salió de él, volviendo a romper la muralla de acero. Desde entonces, hasta los últimos días de la campaña, Busch actuó en todas partes. Cuando la tropa, aniquilada de sed, próxima a la desesperación, pensaba inmolarse, Busch hallaba el pozo milagroso que, entonces, contenía aguas vitales. Cuando el asedio sugería la muerte o la rendición, Busch abría el monte compacto y oscuro como una sepultura, con un camino que era la salvación, la liberación, la vida. Cuando el silencio prolongado del monte, inducía a jefes y soldados, a descansar, Busch, silencioso y sutil como la mirada del jaguar, sorprendía al enemigo en su propósito de copar las tropas confiadas. Cuando las ametralladoras paraguayas destrozaban las columnas de asalto, Busch era la carne impenetrable para el acero, que empujaba y guiaba los soldados sangrantes, hasta las líneas enemigas.

La leyenda halló en él esas demostraciones emocionantes del sino que marca a sus favoritos. Un día, una bala alcanzó a Busch en el pecho. Y sólo le golpeó sin herirle. Otra vez le tocaron en la pierna: el proyectil chocó en la bota y cayó al suelo, caldeado aún de pólvora. Y cuando, extraviado su escuadrón en el monte, Busch fue avistado por la patrulla paraguaya encargada de darle caza, hizo frente a sus perseguidores. Pero se le agotaron los proyectiles del revólver, y hubo de huir por el pajonal resecado de sol desértico. Corrió, seguido por los enemigos, que ya no disparaban sobre él, gritándole que se entregara vivo. Las fuerzas se le agotaron: resbalaban sus pies sobre la paja seca y brillante: sentía próximas las garras ansiosas del adversario que le tenía a su merced. Y se dispuso a morir: una bala aún en el revólver, para matarse. De pronto, los hombres de su escuadrón rebasan los matorrales de monte, y le ven. Dispara la ametralladora un sargento de Busch y derriba a los perseguidores,

es recobrándolo de la muerte. A la hora, el escuadrón tropieza con una patrulla paraguaya. Hay un entrevero de balas, y luego un silencio trágico. Busch ve, junto a él, tendido, al sargento que le salvó la vida: tiene este la mano derecha palpitante, que rasguña la tierra, mientras un denso piolín de sangre le sale de la cabeza, como atándole al suelo trágico.

Ha sobrevenido una catástrofe en la campaña: Busch recoge dispersos y heridos, mata desertores, rehace las líneas de contención, y salva el desconcierto en que los soldados se suicidan, y los oficiales se hacen matar desesperados por el enemigo victorioso. El gobierno pretende sustituir comandos, Busch ruega que se espere un tiempo hasta restablecer las líneas defensivas. No le oyen. Derriba al gobierno y vuelve a la pelea. Y concluida la guerra, cuando el pueblo azotado por el conflicto, pide mejores salarios y se decide a la huelga, recibe orden de imponer la voluntad gubernativa a bala. Entre masacrar a su pueblo que en masa se pronuncia contra el gobierno conservador, ciegamente entregado al capitalismo, y derribar este poder que no sirve los intereses populares, Busch no vacila. No derrama una gota de sangre. El ejército defiende al pueblo, a las masas de trabajadores, a las clases pobres. Quiere justicia, y repudia el sojuzgamiento en que se ha tenido al país, inmemorialmente, entregando sus fabulosas riquezas minerales, al imperialismo capitalista. Y ese gobierno, creado a espaldas de la ley por votos congresales que prorrogan el mandato del presidente caducado, toma su actitud. Hace un siglo que el pueblo trabaja en las minas, pero no tiene vivienda y carece de pan. Ha producido miles de millones de libras esterlinas y ha ido a la guerra. Las libras y la guerra han enriquecido a los privilegiados. El pueblo acude ante Busch. El encarna el más puro sentimiento de amor patrio. El no limitó sus sacrificios en la guerra. Que salve él al país. Y Busch cumple la voluntad popular, rectificando la desviación que, con disgusto del pueblo, ha conducido al gobernante a usar abusivamente del poder. Busch tiene en sus manos los destinos del país. Desde entonces, el gran soldado del Chaco, no dejará de ser el gran ciudadano. En servicio de los intereses colectivo, peleó ayer y pelea hoy. Representa así la voluntad nacional.*

Buenos Aires, diciembre de 1938.

* * *

RAZÓN Y OBJETIVO DE ESTE SEMANARIO

(1)

No pretendemos atribuirnos la misión redentora y espontánea de protectores del pueblo, tal como lo hace la misma prensa creada con fines precisamente

contrarios a los intereses populares. De otra parte, creemos que ha llegado la hora de que ese pueblo, renunciando a tantos defensores como se le ofrecen, comience a defenderse por sí mismo.

A sabiendas de ser parte de la bolivianidad zarandeada por propios y extraños, el destino que asignamos a este periódico es el de contribuir, como mero auxiliar, en la defensa que el propio pueblo debe hacer del país, participando, por encima de toda indiferencia y superando todo rebajamiento, en la lucha que hasta hoy sostienen sólo reducidos puñados de hombres conscientes de su responsabilidad.

Para este objeto simple y claro aparece "Busch". No aspira a constituirse en campeón de la prensa. No intenta ser otra cosa que un medio de expresión de los hombres cuyo espíritu se siente conminado por la realidad antes que por las ideas y las teorías, a tomar una posición de combate en servicio de Bolivia.

La razón de ser de este semanario se inspira igualmente en la realidad boliviana. Hay un contingente de pueblo que despierta del sopor en que le mantuvo sumido la taumaturgia de las sucesivas oligarquías alimentadas en el gobierno a precio del envilecimiento nacional. Esa parcialidad popular necesita un instrumento que refleje sus aspiraciones no con el objeto de exhibirlas ante la población de Bolivia para cautivarla, sino con el de revelar ante ellas, los valores de la realidad nacional, de la verdad nacional, tan diferente de la que forjaron la astucia de los explotadores, el borreguismo cultural de las universidades, y el miedo, el terrible miedo de que hoy se recobra Bolivia respecto de su destino y de sus tradicionales dominadores.

Este semanario ha de ser como un espejo de la realidad boliviana, espejo puesto ante los ojos de la nación. Que en el que se contemplen los nativos de esta patria, descubriendo como fondo de sus visiones el panorama preciso de Bolivia. Y que luego obren como deben obrar. Si se miran esclavizados y miserables, que se percaten también de que son fuertes y tienen coraje para libertarse. Esa finalidad persigue este periódico sin pretensiones ni dobles propósitos.

1941

* * *

EL NOMBRE DE BUSCH

(2)

El nombre de este periódico es un emblema que condensa la aspiración y el sentimiento bolivianos. Nombre del varón que alcanzó la jerarquía del héroe en la guerra y asumió la misión del redentor en la paz, figura en el horizonte nacional como una meta de la ciudadanía y de la bolivianidad. Por ser una meta para el alma colectiva de Bolivia, despierta y concentra la fe desesperada

y acaso última de nuestro pueblo, defraudado cien veces por los hombres a quienes entregó su destino.

El combatiente Busch que superó todas las medidas del sacrificio por la patria durante la guerra; el mandatario Busch que redimió errores de su gobierno al emanciparse de prejuicios políticos y sociales, que tradujo en sus últimas obras el anhelo libertario de la patria, ajeno a influjos de camarillas, ajeno a sugestiones del interés particular, ajeno aún a las más íntimas del afecto; el soldado que olvidó todo lo suyo, en aras de Bolivia, al Jefe de Estado que renunció a todo lo suyo en servicio de pueblo; ese Germán Busch gobernante sin áulicos ni consejeros, ni amigos íntimos, ni parientes; ese hombre fue la milagrosa encarnación del ansia de ser que alienta a la bolivianidad, y ese hombre es hoy día el símbolo de la nación resuelta a existir, sobreviviendo a todas las derrotas, inmortal frente a todas las calamidades.

Su nombre está hoy acrisolado en la muerte, al esclarecerse la línea de su existencia enturbiada por la felonía, la traición y el engaño, que negoció al amparo de su apostólica buena fe. La nación arrastrada hasta su sepulcro en forzosa demanda de comprobaciones depuradoras, ya sabe que Busch fue una víctima de inexperiencia manoseada por la alevosía. Bolivia comprende este drama porque Bolivia es también una víctima perenne de la concupiscencia, de la inmoralidad de la traición, del olvido que han frustrado hasta hoy, su siembra de heroísmo, de sacrificio, de limpio anhelo de grandeza a través de la historia.

El pueblo sabe que Busch resulta, por eso, el símbolo más puro del alma patria. Un símbolo que ninguna ficción política mancillará en adelante, porque el juicio histórico diferencia ya, precisa inconfundiblemente, al Busch que sirvió a la patria, y al Busch de que se sirvieron los bajos apetitos y las malas intenciones. Identifica a los dos, y está cierto de que el único y verdadero Busch es el de la patria, el del Chaco, el de la beligerancia implacable contra los intereses antinacionales, contra el imperialismo, contra los peculados.

De ahí que este periódico adopte su nombre como una expresión de anhelo bolivianista, antes que como divisa de partido que pudiera filiar, a quienes ocupan esta tribuna entre los militantes políticos de los grupos co gobernantes con Germán Busch. Cumple definir aquí, que muchos de los que sostienen esta hoja periodística, fueron leales amigos del gran varón del Chaco; varios de ellos mantuvieron una fe invariable en el destino constructor de Busch, a través de las vicisitudes confucionistas y contradictorias que el consejo erróneo determinó en su gobierno. Otros de ellos, fueron inclusive opositores a él, hasta que las grandes actitudes revolucionarias y redentoras del caudillo bolivianista, fijaron el rumbo común truncado espontáneamente con la muerte de Busch. La obra que este comenzaba, libertándose al fin, de las interferencias negativas o enervantes que postergaron por largo tiempo la ejecución de sus

ansias emancipadoras –define y explica esta simbiosis de las intenciones ayer diferentes que hoy se homologan al depurarse la personalidad real y autónoma de Busch, al eliminarse con su muerte, todas las causas circunstanciales que en vida le aislaron de ciertas generosas y robustas fuerzas de expresión política.

Ninguno de cuantos aquí escriben alcanzó beneficios materiales, a precio de sus relaciones con Busch, ni tuvo figuración eminente amparado en su persona. Ningún compromiso de orden material, existió ni existe entre su gobierno y nosotros. Reiteramos que al sellar este periódico con el nombre de Busch, se asigna a este la categoría de una simbólica fórmula que concentra en si anhelos, aspiraciones, afán de grandes ejemplos, ansia de ser libre, que alientan al pueblo cuyo vocero ha de ser esta hoja impresa.

Ella no milita en las filas de los hombres que gobernaron con Busch, ni en las de quienes mantienen alianzas o entendimientos con aquellos. Este semanario representa un valor eminentemente libre de responsabilidades y compromisos políticos con el pasado. Y si relaciona su existencia con el nombre del gran caudillo chaqueño, es a título de su solidaridad en elevadas intenciones de lucha, con el Germán Busch, que afrontaba todos los riesgos en la lucha por la emancipación patria.

Así se fija el sentido permanente que en nuestra historia política, asume el nombre de este periódico, nombre cuyas letras constituyen las iniciales de un inmenso e invencible anhelo nacional, Bolivia unida sin clases humilladas.

1941

GERMÁN BUSCH

NACIMIENTO

Germán Busch nace en San Javier, el 23 de marzo de 1904, de la unión del doctor Pablo Busch y de la señora Raquel Becerra. Se lo bautiza con los patronímicos de Víctor Germán. No hay, de cierto ambición ni esperanza en el escogimiento del primer vocativo, latino de vencedor, pues en el propio hogar se lo elimina, reduciendo el nombre a las tres sílabas de Germán Busch. Tres sílabas gatilladas por dos acentos, que agrandan la detonación fonética. Germán es el último hijo de este matrimonio con cinco vástagos.

Ha nacido en una aldea que cercan las compactas masas de la salva, como aislándola del mundo. El caserío resiste, mortecino, este acecho tenaz de la jungla que lo asedia por todos los frentes. Es apenas una rala asamblea de chozas rústicas, agrupadas en desorden sobre el descampado próximo a una leve ondulación serrana de la llanura. Los atropellos expansivos del bosque se amortiguan a la presencia de alcores y colinas en que la tierra figura liberarse del yugo vegetal, y comba con cabriola exultante la planicie barbuda de matorrales, de árboles monstruosos, de flores que exhalan ásperos efluvios, de lianas colgadas al follaje, descoloridas y revueltas, como serpentinas de un lejano carnaval de faunos.

Desde estos cerros cuya pétrea mesura sofrena los desbordes vegetales, puede verse que el mundo ha desaparecido bajo los encrespados oleajes arbóreos, cuyas masas chocan contra el horizonte, en agitada resaca. Cada alcor es un asidero, una isla, ofrecidos al hombre para que afirme su precaria salvación, amparándose en los dones humanistas de la piedra, materia prima de la sierra, instrumento defensivo y facturero del ser adámico. Aquí ella pone su peso en el platillo de las ansias vitales, subsanando la indefensión humana frente a la selva pertrechada de todos los poderes aniquiladores. La naturaleza mantiene este incierto equilibrio, que el bosque pretende subvertir en un vano afán de encaramarse sobre la serranía, para agarrotarla con la red hirsuta y tentacular de sus lodazales.

Edades inmemoriales asisten este convivir equívoco de la selva y la sierra envueltas en la atmósfera caliente y seca del paisaje, mientras que el profundo subsuelo almacena los joyeles recónditos de sus orfebres invisibles. La oscuridad

interior de esta tierra chispea de raudas incandecencias minerales, como las noches campesinas cuando despiertan las luciérnagas. Y los babosos reptiles nocturnos, las arañas repugnantes, el sapo con blandicies de estiércol, toda la nauseabunda fauna que se arrastra en lodazales de aguas podridas y hojas muertas, opta sobre el mundo miliunanochesco de las piedras preciosas y los metales nobiliarios. Precisamente a estos, debe la aldea el milagro de nacer y subsistir en medio monte.

Ella quizá exige hace cuatrocientos años. Ni la selva que la tiene cautiva, ni los tesoros que la crearon pueden trocar su sino estático. Diríase presa del triste sortilegio que adormece a todas las poblaciones erigidas por la codicia que arranca sus entrañas a la tierra. Como las de la Alaska aurífera y las del Transval y Kimberley productoras de diamantes, como las de la India Austral desgranándose en perlas y como las de Siam, empurpurados de rubíes, y las de Indonesia que tintinea de platino, esta aldea erigida por frailes jesuitas, cae bajo el maleficio agotador.

En los primeros años de la conquista, los misioneros religiosos de la Tercera Orden se dispersan a todo lo ancho del bosque tendido al pie de las cumbreras andinas, en busca de almas que convertir a la religión católica. Hállanlas a millares, pero cristianadas ya, pues sus hermanos de la Compañía de Jesús, hánseles adelantado en las pías tareas. Más no han hecho solamente eso. Las veredas que los franciscanos encuentran abiertas en la selva, llevan siempre, a madrigueras de oro, a depósitos de piedras enjoyadas. Y a obrajes telares, a granjas y alquerías primitivas. Allí trabajan ya los naturales entre dulces canciones indias y plegarias castellanas para alcanzar su bienaventuranza en la otra vida, y de los misioneros en esta.

Nunca es el fervor piadoso tan heroico y tenaz como en estos tiempos legendarios. Unos y otros monjes rivalizan con oculta inquina para coronar grandes obras católicas. Hurgan con mano milagrosamente certera en todos los rincones de la selva, y encuentran los áureos vertederos enjoyados de la alquimia geológica.

Nada les detiene en esta fantástica persecución de los bienes terrenales que individualmente no poseerán nunca, pues los conquistan para sus respectivas comunidades. Comen lagartos y ratas, frutas ponzoñosas, hierbajos y raíces que degluten como regalo de Dios, la carroña agusanada y el agua pútrida, mascullando serenas oraciones, haciendo votos de blanco amor a la Virgen María. Superan todas las torturas físicas y morales, las enfermedades y la locura. Doman la sed, el hambre, el dolor, la muerte.

Casi siempre, los soldados de la Compañía de Jesús aventajan a los pobrecitos franciscanos, más místicos, más contemplativos, menos aguerridos. Aquellos, en cambio son todos capaces de las extremas prestaciones. Las buscan y las otorgan a toda conciencia. Esta aventura es la conquista de un nuevo

mundo y una nueva humanidad para la mayor gloria de Dios, al par que un curso de penitencia y una redención para los militantes de la doctrina. Castigo y premio dignos de estas almas humilladas y temerarias que perpetúan la imagen de San Ignacio besando con gozo las pústulas de los leprosos para ser más humildes que el "poverello" de Asís....

Surge de tales encelos de piedad y codicia, como un milagro del oro en pleno bosque este poblacho montuno, que fundan los frailes con el nombre de San Javier de Chiquitos. El diminutivo con que se apellida al primero dilecto y noble discípulo vascongado que tuvo San Ignacio de Loyola, es, también el de la densa población aborigen de aquellas latitudes. Durante quince décadas, el vecindario cuenta apenas con diez o quince hombres blancos. Los jesuitas rehuyen su trato y prefieren vivir entre mansos e incansables laboreros indígenas. Piococas, quiriquías, xemanacas y quemacas, parénceles más decente compañía que López, Alvaros, Nuñoz, Mendos y Peros. Cuando el rey Carlos III, "por motivos reservados a su real ánimo", expulsa de América inesperadamente, a los conversores ignacianos prohibiéndoles defenderse contra la medida, bajo pena de muerte, los aborígenes se desperdigan, de nuevo en sus bosques, a las primeras vejaciones recibidas de los colonos hispánicos que suplantan la presencia jesuita. Poco después, apenas quedan indios en el caserío. La población nativa se escurre como el agua entre los dedos, en cuanto la mano del conquistador pretende cerrarse para estrangularla.

Transcurren, tal vez, cuatro siglos en la quietud letárgica y vacía de la vida aldeana, cuando viene al mundo el postrero hijo del matrimonio de don Pablo Busch y doña Raquel Becerra, vecinos radicados en San Javier hace diez años. El alemán y médico, ella boliviana, oriunda, como toda su familia, de las prodigiosas tierras orientales. La existencia del niño Busch asoma en el hogar empobrecido y la aldea sin futuro, como una más de tantas vidas. Pero el enigmático dilema de la selva, la tiene ya condenada igual que todas, a padecer y sucumbir oscuramente, o a lanzarse como expelida por una pólvora de desesperación, hacia destinos asombrosos.

Un río flanquea las tierras del pueblo, arrastrándose con desgano por el cauce de tranquilos declives. Es el río Quiver, huérfano de historia como de hondura. Todavía subsisten, dispersas entre sus arenas, las chispas de oro que encandilaron la fe de las extintas misiones religiosas del coloniaje. La linfa juega entre las guijas revibrantes de cuarzos orificados, embebe las gramas de la orilla y resbala entre lajas viscosas de tremelas apelmazadas. Luego se escurre hacia el monte virgen dentro del cual se pierde a ciegas y muere, lejana, engullida por el río Guapay, profundo y turbio.

* * *

He aquí el niño, en los brazos maternos. Le rodean sus cuatro hermanos recibiéndolo entre gozosos y curiosos, como a un juguete que llega sin ser pedido. Nacer varón es una ventaja excepcional deparada por la naturaleza en estas regiones de sino atormentado, que gobiernan la fuerza y la violencia con leyes emergenciales y súbitas dictadas por el peligro permanente. Ay de la criatura en ellos nacida con los atributos de la debilidad y la delicadeza! Sus impulsiones perpetuadoras de la especie chocaran fatalmente con la selva empeñada en destruir la vida humana. Apenas debe aspirar a otro destino que el de cumplir su función generatriz, carente de poesía y de dulcedumbre. La vida no le ofrece más coyuntura para intuir la dicha sin poseerla nunca plenamente. Porque un día, la miseria, el trabajo, la aventura, el hastió, la selva o la muerte le quitan el fruto de su carne tan acabadamente como si el crearlo hubiera sido sólo un sueño.

El padre mira con pupilas firmes y claras al hombrecito recién llegado y está absorto en una grave emoción. Sus ojos grises, verduscos, transparentan un alma raramente enérgica, inconmovible a la blandura, y como retemplada en frigideces de acero. En el cuadro existencial de este mundo, su mirada contrasta polarmente con las expresiones dudosas inescrutables, contradictorias del bosque. Las pupilas de este hombre son toda afirmación, toda fijeza, toda unicidad, frente al monte que enmudece de misterios. Esta alma enteriza y el bosque imponderable, se niegan recíprocamente. Tal vez si en el orden hegeliano de las negaciones, esta oposición temporalmente del hombre a la jungla, regula un armónico entendimiento, entre el apego humano a la selva y la montaraz piedad que no aniquiló a esta criatura.

* * *

El perfil anguloso, las barbas rojizas, la mirada cristalina y fría, la enjuta y elevada estatura nórdica, del extranjero no han desentonado nunca en el selvático paisaje. Estas figuras largas y esbeltas, rubias y meditativas, no son ajenas a los panoramas indígenas y desiertos. Más, cuan distintas de aquellas siniestras imágenes con los ojos dilatados por la angustia persecutoria de riquezas, las manos enloquecidas arañando rocas y carpiendo tierras, descortezando árboles u oradando el subsuelo... Toda la tragedia americana se revela por esa diversificación de las aptitudes extranjeras. Frente al asaltante que extermina indios con la irresistible técnica del armamento civilizado, el benefactor hermanándose al nativo, auxiliándole de sabiduría humanitaria para resistir y vencer la demoledora herrumbre con que el primitivismo estaciona e imposibilita los procesos biológicos y sociales. La misión del extranjero en América ya le sitúa estratégicamente. El rapaz mora en los urbes, en los puertos, contando las horas para despegar de este mundo que asquea... El civilizador se adentra en la vida insondable del indio. Sube hasta el

risco áspero de la montaña congelada. Se sumerge en el flácido estero que traga hombres y animales entre ruidosos paladeos de su lengua de lodo.

"Parecemos dos hambres a través de la vida", -suele responder el médico Busch a las gentes próximas a su existencia: "el hambre del cuerpo y el hambre del alma. Para saciar una de ellas debe sacrificarse a la otra. Yo prefería atender al hambre de mi alma cuando vine a América".

Pablo Busch vino al mundo en Alemania. Recibió el título facultativo de médico y cirujano, casi no más que en plena adolescencia. La buida espiritualidad que irradia, exige conjeturar sobre un parentesco estrecho con aquel Guillermo Busch aludido en un libro de Huxley: "pintor y poeta alemán, célebre por sus libros humorísticas y sus caricaturas llenas de gracia y originalidad", muerto en 1908 a los setenta y seis años de luminosa y fuerte existencia. (Aldous Huxley. *Esas hojas estériles...*). Y con Kurt Busch, el millonario radicado al oeste de Estados Unidos, monarca de alguna industria agropecuaria, protector infalible de artistas y escritores perseguidos por la prensa del financierismo y la banca yanquis.

De la patria natal erizada de instituciones culturales, desbordando sapiencia universitaria y filosofía, a la orgullosa nacionalidad de analfabetos, y seres humanos todavía sueltos en la plenitud libre de los bosques, pasa Pablo con el alma hastiada por las monótonas harturas racionalistas que invaden hasta los ámbitos reservados al alma y la emoción. El mundo sin civilizar cautiva a ciertos civilizados, a quienes parece ofrecer un acogimiento que niega al criollo.

Acaso es íntimo anhelo suyo auscultar, puesto el oído sobre el pecho del mundo, el corazón de la selva amazónica. La pulsación bárbara, el secreto existencial de un universo ignoto. Porque todo mundo indio arde centelleando alucinaciones y hechizos para las conciencias ávidas de certezas razonantes. Ellas han agotado los juegos emocionales del planeta en laboratorios escrutadores de lo exacto. Obsedidas de mutilar la vida, aniquilando todo más allá "que mantenga el alma despierta"... Casi de inmediato, la incompresa y tremenda emanación vital de la América no europeizada, le asalta múltiple sojuzgadora, misteriosa e incorpórea, y sin embargo pesante, densa, tentacular.

Pero el jamás defecciona. Poseyendo un alma terriblemente serena y desprendida, no le amedrenta el asesino misterio de la jungla que extermina hombres en accesos de ferocidad inútil; ni el monte en callado hervor de alimañas malignas y tósigos alevosos flotantes en el aire, y el agua, ni las almas sobrecargadas de explosivas pasiones que él percibe en una gama sanguinolenta de fiereza y agresividad exacerbadas por el trópico; el extranjero vuelto a la barbarie de las demoníacas edades europeas, exquisito en sadismo; el señorial mestizo transfigurado por el dinero, mediante fugaces visitas a Europa; el criollo montaraz que ganando y amparando sus derechos con el fusil

certero; el indio trashumante en la selva desconocida, que solo desarrolla una aptitud instintiva para cazar hombres, tigres y monos, con cuya destrucción vive libre de riesgos.

El sobrelleva toda la jungla en sus espaldas nervudas. Pero sufrir es vencer, según la ley yoguística del monte, porque el sufrimiento continuo lleva a la insensibilidad liberadora. El bosque le pone a prueba inverosímil:

-Una vez tu padre fue herido por los salvajes-, cuenta la madre al niño Germán-, mientras andaba por el monte. Le quebraron el hueso de la pierna, y el quedó allí, tirado sobre la senda quien sabe cuánto tiempo. Al recobrar sus fuerzas, extrajo con sus manos el dardo clavado en las carnes, curó la herida, se hizo la reducción del hueso fracturado... Debió sufrir dolores insoportables pero no se quejaba para no ser ultimado por los bárbaros que le creían muerto. Pudo salvarse porque llevaba el botiquín de médico, pues volvía de curar a unos indios enfermos*. Entre tales eventos pugnaces, injustos y ciegos, el doctor alemán se rodea de libros y de sencillos colonos aborígenes. En el pueblo San Javier de Chiquitos, en que vivía durante casi medio siglo, cuna de su hijo Germán, familiariza mestizos e indios con los copiosos papeles de que nutre su ininterrumpida cultura. Hoy mismo posee una fortaleza espiritual y física inverosímiles. Vive en la modestia íntima y sin acucios de las preocupaciones meditativas y las lecturas. Sus hábitos no han variado, ni a la hora triunfal del hijo. Están intactos, como ellos eran, cuando su saber fortalecía la coexistencia de las humildes y doloridas poblaciones terrícolas.

"Creo que mi padre no tuvo pasión más continua e intensa que la de estudiar y asistir enfermos", -dice el hijo, explicando los caracteres asombrosos de esta vida extraordinaria.

* * *

El doctor Busch conoce a su novia que es "rubia, bella y llena de dulzura"... Esto sucede en Santa Cruz, centro capitalino de la enorme sábana boscosa que cubre tres cuartas partes del territorio boliviano. Deslumbrada por el alma huraña del joven extranjero sin nociones utilitarias, la niña se une a él en nupcias y vuelven al monte, siguiendo el rumbo que el adusto cirujano marca a la nueva familia.

He aquí el deber, la cadena sin humillaciones. Y el sacrificio sin protesta. La recién casada vela sobre los hijos y el marido, inseparable, silenciosa y tenaz como la sombra. Es ángel custodio en la estrechez aldeana. Y heroína frente al acecho que persigue a su compañero. (La selva está vigilada, sin

* *En Bolivia se llama salvajes o bárbaros a los indios del bosque, pues los de la sierra son los únicos a quienes se califica como indios. Notoria es la intención de tales distingos –propios de la era republicana-, que atribuyen salvajismo y barbarie al aborigen no sujeto aún a la esclavitud que enyuga las indiadas altiplánicas y vallunas. (C.M.).*

eco por indómitos nativos mimetizados entre la hojarasca. Se logra descubrir sus ojos ardientes en la espesura casi siempre muy tarde... Ellos pelean hace cuatrocientos años, contra el blanco intruso explorador o colono. Carecen de armas de fuego, pero poseen el monte materno y tutelar. No los arrojarán de él, nunca. No los verán, siquiera para exterminarlos con el fuego y el acero de las hazañas civilizadoras).

* * *

La fusión de las dos almas excepcionales se consuma en el exacto punto del equilibrio que marca el hijo. Así comienza a mostrarse lo singular, lo paradígmico, lo epónimo en esta criatura, posesora de tantas potencias óptimas. La joven esposa impregna en el niño las esencias de su alma dulce y resignada y de su emotividad enternecida. No amengua con ellas la dosificación de extremosa energía que la fuente anímica paterna vertiera como caudal rico en este vaso de vida resplandeciente que es el vástago. Pero lo planifica de raza y de sensibilidad americanas, y ellas resultan una efervescencia, una espuma de ternura en el vaso.

Hay en la conformación de Germán Busch una de las más elevadas manifestaciones del esmero biológico en que se prodiga la naturaleza americana, cuando crea la personalidad selecta. Diríase que pacta secretos acuerdos con la historia para forjar el hombre que corresponde a una época.

Así puede trasuntarse en el hijo la progenie espiritual del padre, vaciada sin merma como vida nueva. Prieta de moléculas en su grado mayor de cohesión e integridad. Templada sin aleaciones atenuantes, en metal de tungsteno; resistencia impenetrable, dureza que no se doblega ni quebranta, frigidez inmune a todo ígneo estímulo de ablandamiento. Pero este material que es infusible en el progenitor, vuélvese dúctil, elástico, vibrante en el heredero.

Cual si la ternura materna, encendida como lumbre inmanente sobre el alma primaria del vástago, enterneciera el mineral tenaz y luego lo fusionara de salinos compuestos que lo hacen apto para un maravilloso modelado. Para ese modelado impuesto más tarde por ella en la criatura, con el genio anónimo de la artista que está oculta en todas las madres humildes.

No resta con ello, un solo átomo a las originarias excelencias. Añádeles por el contrario, resonancia, vibración, luminosidad: el refinamiento sutil que capacita para la percepción asimilativa del mundo. Para intuir la conducta precisa, inmediata, certera, frente a este. Para practicar ese inédito y minucioso catecismo del comprender y el hacer sin anuencia del calculado razonamiento, "que habla bien pero no avalora las cosas", como escrito está en Pascal. Y para emplear esos mismos dones congénitos a manera de pertrecho inagotable para combatir y dominar el medio agresivo o huraño.

Porque es de herencia materna esa instintiva maestría, esa innata finura con que desde la infancia hasta la plenitud, el hijo enfrenta y desarma al dolor, a fuerza de sufrirlo sin alarma, pues posee una orgullosa filosofía de la honestidad y la esperanza. Su madre es una verdadera maestra que le habilita cotidianamente en las normas generosas del vivir pobre. Ella le enseña que las manos apaciguan a todas las furias de la pesadumbre, buscando el pan en el trabajo penoso y que esto da al hombre limpios títulos de nobleza y autoridad.

En verdad que la materia prima de su elaboración parece inagotable. El niño está amasado con tanta sustancia de raza como para contener la suma de fuerzas corpóreas o imponderables de todo su pueblo. Sustancia de raza que madura en redomas cósmicas, tomando a estas el fino y consistente limo primordial de los génesis telúricos. El proceso biológico de la sedimentación sanguínea se planifica en él con los influjos emanados por el mundo nativo. que inyecta sales y acideces terráqueas en el plasmo vital. Y esta copiosa participación genética del medio es el factor determinante de un acabado equilibrio que reina sobre su vida, motorizada por una dinámica tan vigorosa como para ser de otro modo, incontenible. Porque hay raras criaturas humanas a quienes colma la herencia anímica en caudales de tal manera desbordantes y continuos.

La energía espiritual, en su sentido combativo, frente al mundo físico, y el poder de aclimatación inmediata en los dominios del peligro, no son exclusivos legados del padre. Los recibe, así mismo, como distintivo de la progenie de la madre.

* * *

ADOLESCENCIA

Un pequeño legado familiar alivia inesperadamente las penurias de doña Raquel. La vida no se altera en la casa, pero el hijo puede asistir al colegio suspendiendo sus tareas de leñador. Ya va haciéndose hombre, cuando llega al tercer grado de humanidades. Cumple quince años. Ni la madre ni él han fijado aún la ruta que seguirán sus estudios, como si el destino rehusara sujetar a compromisos esta vida llena de fuerza, de inteligencia y de bondad.

¿No es el destino, acaso, quien rompe un día los grilletes de papel que encadenan a Busch, en el colegio? El accidente parece urdido con una precisión propia de los eventos decisivos. Un profesor suyo le ofende sin objeto en presencia de sus amigos.

Quiere echarlo de una reunión pública en que la gente se divierte. El maestro se muestra intolerante y amenazador, agresivo. Golpea al muchacho, amparándose en la jerarquía escolar. Pero este se subleva y tunde al provocante. Unas horas después, el maestro lleva la cuestión a las autoridades superiores. Busch debe abandonar el colegio, privándose del estudio por decisión de sus propios educadores.

Esta emergencia le parece insoportable. La barbarie medioeval del régimen escolástico se conserva en estas medidas que valen por una muerte civil para los escolares. Busch admite que lo ha perdido todo. Su desesperación le abruma con la vergüenza de motivar semejante pesadumbre a la madre. Siéntese tan culpable como ante un crimen. Esta es, acaso, la única vez que no sale el encuentro de los riesgos y, prefiere la huida. Un maestro le expulsó de la reunión y los demás le echaron del colegio y del hogar. Porque Busch abandona su casa en cuanto se entera de la fulminación que el profesorado lanza contra él.

Ahora se encuentra, de nuevo, en la soledad que excita sus intuiciones asombrosas. El conflicto escolar hácele conocer un mundo ignorado aún. El mundo complejo de los convencionalismos, la estructura de los privilegios de que gozan ciertos grupos humanos organizados en clases, dominando a los otros en nombre de principios que la naturaleza desconoce. El desconcierto que le sobrecoge proviene de su tropiezo con el invisible mecanismo cuyo manejo aprovecha a los jerarcas. Y frente a este poder absolutista, capaz de aniquilar a un muchacho que no tiene medio alguno para defenderse le asalta el miedo. Lo

tenebroso, lo anónimo, lo inasible que resulta el adversario, le hace imposible combatir con este. La injusticia irritada y vengativa de la sanción lo espantan, con la amenaza de que la furia que ha provocado puede llegar al último extremo. La autoridad escolar es un enemigo atroz, que hiere a mansalva y sin lucha. Contra ella, un muchacho jamás podrá ser el adversario, sino la víctima.

A la verdad, Busch, carece entonces, de toda experiencia sobre la mecánica societaria. Posee un sentimiento naturalísimo de la libertad, sabe de la obediencia, el amor y el respeto a los semejantes. Pero vive todavía lejos del supramundo que han fabricado las leyes. Y ahora huye hacia latitudes gratas a su sensibilidad. La tarde misma en que le han expulsado, toma un caballo que hay en su casa, y finge que sale a pasear. Escribe unas líneas a su madre, pidiéndole perdón. Le ofrece volver cuando purgue sus culpas...

Solitario nuevamente, recobra su sentido extraordinario del sino, su decisión que no se limita frente al peligro, su don maravilloso y resolutivo de hacer las cosas. El río Ibare arrastra sus profundas masas de agua entre la ciudad y los llanos ganaderos. Las gentes lo atraviesan cautelosas, en canoas y bongos llevados a remo por indios. Ninguna precaución es bastante para salvarse de los caimanes al cruzarlo. Los terribles anfibios escoltan las embarcaciones clavando sus ojos arrugados en los viajeros. Aléjaseles a tiros cuando su osadía les aproxima demasiado.

La palometa que cercena carnes como una daga, la raya vampiresca sedienta de sangre, los lagartos capaces de morder iguales que perros con rabia, todas las fierecillas acuáticas del trópico pululan bajo las lentas aguas de este confluente del Amazonas.

Busch ha visto alguna vez caballos que atraviesan a nado el río temido. Intuyendo que las bestezuelas del río no atacan al equino, guía el suyo a la correntada, y cuando lo siente balancearse nadando, se lanza él mismo a brazadas, junto al caballo hacia la otra orilla. No es la proeza deportiva de Lord Byron cruzando los Dardanelos de Sestos a Abidos en una hora, entre miles de espectadores que aplauden. Es el obligado y anónimo sacrificio de un muchacho perseguido por la inclemencia de unos educadores ignorantes de su misión. Cuando Busch alcanza la ribera opuesta, siente más honda y plena la soledad que afirma su certidumbre en la vida, que multiplica su fortaleza, que afina su sentimiento de la libertad. Ante él se extiende la llanura sin visible confín. La distancia y el secreto le separan de sus familiares. No cuenta con nada más que consigo mismo frente a la vida. La tierra, como antes la selva, le conmueve con una vaga emoción de esperanza y de triunfo. Ahora se sabe invulnerable al miedo, para siempre. Los llanos mojeños exaltan el sentimiento del valor de la libertad y de la confianza en el destino. Cuando el hombre las contempla, se siente soberano de estas planicies que no tienen límites, que no tienen ondulaciones, que no tienen caminos.

* * *

Doña Raquel descubre más tarde el paradero de su hijo. Sabe que trabaja como peón de una propiedad ganadera. Refiérenle que cumple sus tareas como un expertísimo trabajador de los llanos. Levantarse con el alba, montar a caballo, recorrer leguas del pastizal, atropando las majadas, meterse a las islas de bosque en la oceánica llanura verde, buscando el ganado que se amaña a la sombra. Vaciar los malezales de vacas y toros cimarrones, arrearlos hacia los corralones para la marca, recontarlos y seleccionarlos para la venta. Difícilmente hay hombre más vigoroso, decidido y diestro que el joven Busch en toda la comarca. Nadie monta a caballo con su maestría, nadie *lacea* como él, nadie conoce mejor los refugios montunos de la vacada.

La madre sufre indeciblemente la ausencia. Teme a la rudeza del medio en que su hijo vive. Adivínale condenado a no salir jamás de los llanos. Muchos hombres renunciaron a otro futuro enraizando para siempre en las planicies ganaderas. El muchacho le envía sus salarios y le relata sus progresos. Hace tiempo que trabaja dirigiendo a los demás peones. Jamás tiene una reyerta con ellos. "No he conocido gente más buena, más leal y cariñosa que está", dice percibiendo las excelencias del alma popular. Muchos años después, recuerda nítidamente algunos episodios de esta época. "Vivía realmente feliz entre los vaqueros. Tal vez son ellos los trabajadores que menores privaciones padecen dentro del ambiente en que allí se vive. Pero seguramente son los que mayor libertad personal disfrutan. Su bondad, su espíritu de compañerismo, su relación amigable con los patrones obedecen a que no se sienten oprimidos ni humillados. Y son valientes y sinceros. Les falta, como a todos los pobres, instrucción, asistencia de la sociedad, cultura. Privados de todo ello, son ejemplares como amigos, trabajadores, patriotas, honrados. La cruel miseria en que viven los indios del altiplano, la esclavitud que estos padecen, resultaban desconocidas entre nosotros".

Un día concluye todo esto para él. Su madre le escribe llamándole desesperadamente. Unos ladrones han desvalijado la casa. Dos años de separación desaparecen instantáneamente para el hijo. Deja el trabajo y atraviesa el Ibare. Sabe que los ladrones huyen hacia el sud. No hay más que una ruta por la cual puede transitarse. El muchacho no llega a la casa materna. Toma un sendero del bosque, cruzándolo de parte a parte, y espera a los malhechores en el camino. Estos casi no creen lo que ven, cuando el mozo les detiene. Son dos bandidos, a quienes acompaña un sirviente de la casa, cómplice del robo. Pero Busch parece una fiera suelta en el callado paraje que amuralla el monte. Derriba a los hombres, los aturde a golpes, los muele. Poco falta para que les mate. Ha recobrado todo lo que se llevaban. Vuelve al hogar. Delante de él, van los delincuentes no rehechos aún del tremendo encontronazo con este jovenzuelo nervudo, ágil y valiente hasta la desesperación.

Madre y hermana le ven aparecer como una visión maravillosa de la vida en los umbrales del hogar. Parece mentira que dos años puedan ser suficientes para que la naturaleza transforme un muchacho en semejante soberbio varón. "Me parecía otra persona y no mi hijo, -cuenta doña Raquel evocando aquel minuto-. Pero sentí un inmenso orgullo de ser su madre. No he vuelto a ver ni ví antes hombre tan apuesto y simpático. Lo reconocí por su sonrisa, que era cuanto conservaba de sus días de niño". La misma sonrisa de siempre, expresando una satisfacción que sentía dentro de su alma, en todos los instantes. Era como un sortilegio de fortaleza interior, iluminando sus pupilas con alegre llameo verde, expandiéndose alrededor de su rostro, cayendo como una fúlgida armadura a lo largo del cuerpo. Nadie ha sonreído tan larga, tan perennemente como Busch a través de su vida, nadie ha sentido esa conformidad feliz frente a los avatares buenos y malos de la existencia. Nada fue bastante a retorcer este gesto íntimo y cordial de su rostro en la mueca del desencanto.

Cuando se presenta en la casa, ya es un hombre a quien apunta el bozo. Tiene el cabello castaño, encendido, con ligero esmalte rojizo. La tez rubia, que una sangre ardiente y fuerte bruñe en matices firmes, como retostados por el sol. Es más alto que su padre, y como él esbelto. El andar en la selva, le ha hecho llamativamente erguido, igual que los nativos montaraces, cuya conformación del cuello, macizo e indoblegable, lleva la cabeza alzada en un gesto de ostensible altivez. Hay en las pupilas del mozo un tono verdezarco rarísimo, que presta a su mirada el ardor amenazante, la luminosidad hipnótica, la acerada y clara dureza de los ojos del tigre. Difícilmente puede hallarse ojos de tan potente sugestión, de tan imperativo resplandor, de tan buida y exigente capacidad penetrativa. Bajo las cejas de resuelto dibujo que asciende en dirección a las sienes, abrénse los ojos extrañamente redondos.

El iris aparece en su esférica plenitud, sin que le segmenten los párpados. Diríase un céntrico engaste de verdeante ágata en níveos globos de albina. Su magnética expresión irradia de este dispositivo natural de las pupilas, tan luminosas como cuando se abre desmesuradamente los ojos. No hay, sin embargo, en ellos, exaltación alguna de tamaño ni de forma. Su mirar es agudo y relampagueante, aún envuelto en la sonrisa o la terneza. Destella un lampo cálido y perenne, trasunto de su sensibilidad cristalina y sin sombras.

En el rostro, se ha sintetizado espléndidamente la simbiosis genética, bajo la modelación del medio racial. Ancha y alta la frente, la nariz maciza, la boca de líneas gruesas pero netas, resueltas, con una leve curvatura clásica en los ápices. Poderosos los pómulos, con la estallante proyección exterior del rostro nativo. Tallada sobriamente en severas líneas, la mandíbula se curva apenas en la barbilla, suavizando la sugestión decisiva de la dentadura, que muestra una apretada firmeza, casi tan sugerente como sus pupilas. El conjunto es asombrosamente equilibrado y pulcro: ningún rasgo denuncia en

él predominios raciales hereditarios. No parece más alemán que español, ni más indio que europeo. Es un rostro de linaje que nace triunfante, un tipo clásico de pueblo nuevo, en el cúlmen de la creación racial. La teoría plástica de su cabeza dice de ello, sobradamente. Hay algo de estilización originalísima en ella: rasgos cuadrangulares del pómulo a las sienes; bajando levemente oblicuos hacia el mentón que los trunca en un tajo enérgico. Es el molde físico en que los artistas emplazan las decoraciones nativistas del hombre, del gran felino, del penate sagrado y del cóndor. Y en el boceto se afirma el cuño de la raza, cincelada por mano cósmica, no importa en qué materiales de origen, que el influjo telúrico desbasta con la fricción perenne de sus manos de aire, con el tajo de sus escoplos de viento.

Toda la figura del hombre concentra una emoción potente de juventud y fuerza, de agilidad astuta, de resolución tranquila e inquebrantable. Su paso es blando, elástico, de una plasticidad que moviliza todo el cuerpo, como en el andar de los grandes felinos. Un cuello forjado a torno, surge del pedestal de los hombros anchos, tirados hacia atrás como los del nativo, en su constante rehuir los desgarrones de las sendas boscosas. La espalda erecta figura una plancha metálica, recortándose en la entrante de la breve cintura, que encaja sobre las extremidades inferiores, que como las zarpas del jaguar son musculosas y fuertes, y no obstante leves, casi ingrávidas. (Curzio Malaparte, dice que los hombres se traicionan por su modo de andar).

Esta criatura con los nervios tesados en vibrantes atirantamientos de energía, toda ella hecha a base de veloces resortes predispuestos para responder a las sumas tensiones, posee un alma cordial, emotiva, trasfundida en ternura. No es bondad propia de hombre fuerte, sino dulzura congénita. Su afectividad se ha detenido en una adolescencia caliente de pasiones elevadas, limpia del opaco esmeril con que la ficción anubla ciertas almas al asomar la madurez. Esta íntima disposición a la ternura, sofrena el ímpetu arrollador e irresistible que sobrecarga su existencia. No sólo mantiene el maravilloso equilibrio en que la fuerza capaz de excesos inauditos guarda una mesura defensiva y cauta, sino que rige sobre ella y la encauza en el fluir heroico del sacrificio humanitario. Más el ejecutor poderío contenido por esta alma elevada y justa es tanto, que parece atisbar amenazante, aún detrás de la sonrisa, a flor de la cordialidad. La decisión sin quebranto es algo que traslucen todas sus actitudes, todos sus gestos, aún los más cuidadosos y delicados. No es don de mando, no es agresividad, no es ánimo sojuzgante. Su vida posterior le muestra en absoluto ajeno a tales impulsos. Diríase, más bien, algo como una virtud sin límites para aceptar el sufrimiento, algo como una ausencia total de miedo, algo como una confianza plenaria en si mismo, que acaso ha desvanecido en su conciencia toda idea del dolor y de la muerte.

Esta inocultable vibración de su fortaleza anímica se hermana con su morfología de atleta, de peleador, de hombre en la etapa juvenil del poderío físico. Toda la suave afectividad que hay en su rostro, en su sonrisa, en su alegría, no apaga la crepitación de su alma combativa e inflamable. Ella es más poderosa que su misma vida.

Una dulce y bella mujer que le vio por vez primera, la personalidad extraordinaria de Germán Busch en sus dos valores, dijo: "Parece un cachorrito de tigre pero dominó mis deseos de acariciarle por miedo a sufrir un zarpazo".

Aquí aprovecha las horas de sosiego, leyendo. El patrón tiene algunos libros. Historia universal. Historia patria. Novelas románticas y de aventuras. Busch prefiere las obras históricas. Particularmente le interesa la lectura sobre la colonización española y las campañas de la emancipación. Bolívar, Sucre, San Martín... Los guerrilleros inmortales que se movieron sobre las mismas latitudes que él conoce: Warnes, Arenales, Arce, Padilla... El citadino Murillo; de la sierra andina, encendiendo una hoguera inextinguible. Y aquel fantástico Lanza de los confines yungueños, entre La Paz, el Beni, Cochabamba, eterno montonero que cae como un rayo sobre el enemigo y luego se pierde, monte adentro. Sueña con imágenes guerreras, avivando la memoria de hazañas en que su emoción de peleador y hombre del monte rehace episódicamente. Napoleón le interesa menos que estos desesperados caudillos oponiéndose con veinte o treinta voluntarios en harapos a las huestes del rey de España.

Su madre le plantea muchas veces los riesgos de la vida que él sobrelleva en estas comarcas en que la sangre humana se cotiza a la baja. "No serás nada provechoso para tu país, pues pierdes un tiempo que podrías emplear adquiriendo una profesión". Busch abomina instintivamente de la vida profesional sujeta con mil cadenas de miseria a la esclavización y servilismo. Prefiere ganarse la vida empleado sus fuerzas, libre de abandonarlo cuando desea. "¿No quieres, acaso, estudiar milicia, si tu carácter te arrastra a preferir las durezas de la vida?", pregunta la madre en algunas cartas... Algo le hace intuir que este camino se abre para recobrar al hijo en voluntaria cautividad llanera. "El ejército es la escuela del sacrificio, de la lealtad y la hombría, -responde Busch, a su madre-, y por eso me gustaría ser soldado. No creas, mamita, que es por lucir el uniforme".

Con todo, Busch reitera sus evasivas ante los llamados maternos... El hechizo militar es irresistible para su alma de adolescente.

* * *

DE LOS LLANOS A LOS ANDES

Durante el año siguiente a sus 17, trabajó como empleado en una tienda. A los 18, en 1922, el 20 de enero ingresó al Colegio Militar. Tenía un concepto alucinado de la carrera de soldado. Nobleza, hidalguía, valor, hombría. Había cursado Humanidades hasta el tercer año. El Colegio Militar en La Paz, significa salir a las sierras, al mundo desconocido, especie que el monteño busca ansioso en sus ilusiones. Eran los nevados, las calles tortuosas y empinadas, tranvías, proximidad al mundo grande. Hacia allá fue, abandonando su bosque, sus ríos, sus armas de cazador y pescador, su hacha de montaraz. Iba en pos de la gran carrera hidalga, para ser útil a los suyos, a su patria.

Dejaba su hogar: el padre, huraño y sabio médico que habla siete idiomas y recibe, en el rincón callado de la aldea en que vive, libros y revistas de ciencia. Su hermano Pablo, moreno, alto, mujeriego, vivaz, lleno de ánimo y alegría. Las mujeres perdieron a Pablo. Ejercía la medicina, y amputó el brazo a un hombre picado por una víbora. Diose a los alcaloides, muriendo en Exaltación, Brasil, en abril de 1932. cuando Germán exploraba el Chaco desde Fortín Aroma. Pablo era un hombre hermoso y triunfador que Germán, el más chico de todos, contemplaba embelesado.

Tuvo dos hermanos naturales, aventureros y valerosos como él. Gustavo y Carlos. Este salvó a Schmidt, un alemán atacado por un tigre. En el Chaco ingresó como sargento y salió como subteniente del regimiento Chuquisaca. Sus hermanas: Josefina, rubia, silenciosa, llena de bondad y abnegación. Fue maestra desde los 12 años, sosteniendo el hogar. Se casó luego con Miguel Kiote, esforzado comerciante japonés. Berta, bella y alegre, casóse a los 14 años con Samuel Avila, senador nacional más tarde. Era rubia y viva, bondadosa y llena de ternura con Germán y Elisa, que también fue profesora, y que era la única mujer morena, más parecida a la madre que sus hermanas. Peleaba con Germán en medio de los juegos infantiles sobre todo, corralitos con huesos de ganado que los construía pacientemente, y ella se los apropiaba, para que sus muñecas fuesen dueñas de la estancia.

Ya en el Colegio Militar, su vida se desenvolvió arduamente. Pidió su baja, a causa de la escasa atención que se prestaba a los cadetes, cuya pobreza era tal que andaban vestidos en harapos. Se le reflexionó para que continuase.

En los primeros años de estudio, fue como todos, pero más rebelde que cualquiera. El quería una disciplina consciente, y no admitía la férrea noción de incondicionalidad que había impreso en el ejército la misión militar alemana. Tropezóse con un capitán profesor. Un incidente cualquiera dio lugar al hecho disciplinario. El capitán dio órdenes que Busch no cumplió. Se le castigó con máxima severidad: plantón 9 horas cargado de fusiles. Durante todo el carnaval de plantón. A los pocos días, el mismo capitán supo que era cumpleaños de Busch: 23 de marzo.

El magnífico Packard en que Kundt* se traslada de aquí para allí asiste a las maniobras de ese año. Busch jamás es invitado a acompañar a Kundt en el coche. El viaja con la caballada del E.M.G., reducido en sus atribuciones, rezagado en su jerarquía misma. En esas maniobras sucede algo curioso. Un jefe militar, comandando unidades agrupadas bajo el nombre de Brigada Fantasma, sorprende y copa al bando adversario con una brillante maniobra que Kundt no ha dispuesto ni previsto. Cuando el comandante "victorioso" llega a presencia de Kundt, este, que sufre lo indecible por haber sido desobedecido, increpa a aquel. "Es usted un asno, Comandante". Algún oficial de E.M.G., próximo a Kundt y considerado por esto, llama la atención al Gral. alemán sobre el tratamiento que da al militar y Kundt, por toda respuesta, en tono imperioso y seco, le dice: "usted, cierre la boca". Alrededor de Kundt se hace un silencio medroso y humillado.

Busch opina sobre Kundt: autoritario en exceso, ignorante de la psicología del pueblo boliviano que no admite un imperio sañudo e individualista como el suyo. Educó a la oficialidad en la escuela de la permanente humillación, del "soplo" delator, de las recompensas indebidas por servicios de adhesión e incondicionalidad personales. No dejó nunca de ser el militar germánico y arrollador respecto de sus subordinados. Nunca se ubicó en el temperamento del pueblo al que servía.

* *Hans Kundt nacido en Alemania en 1869, estuvo en Bolivia como jefe de misión militar en cuatro períodos (1911-1914, 1921-1926, 1929-1930 y 1932), en una época en la que estaba en boga en los países latinoamericanos buscar asesoramiento militar en Europa, pero hasta en esto tuvo mala suerte Bolivia, pues no se trataba de un oficial de Estado Mayor, sino de un conductor de tropas, que fue finalmente expulsado del país, junto al presidente Hernando Siles, pero después de haber ejercido enorme influencia sobre varios mandatarios. Después del desastre de Boquerón, hubo una suerte de clamor nacional y un pedido de la Cámara de Diputados para que se lo vuelva a tomar, ejerciendo el mando incontestado y sin Estado Mayor. Algunos aciertos iniciales lo afianzaron en su cargo, pero los ataques frontales que ordenó sobre todo contra Nanawa, con enormes pérdidas de vidas, lo desacreditaron. En sus períodos anteriores hizo grandes paradas y ejercicios militares en el altiplano, destinados a impresionar a la prensa, a la opinión pública y a nuestros inmediatos vecinos como Chile y el Perú, pero nunca visitó ni imaginó un conflicto con el Paraguay, al que consideraba "la nación más pequeña e insignificante de Sudamérica". Estaba sin duda, más cerca de Tartarín de Tarascón, que del Sigfrido de Wager. Su retorno al país después de los primeros reveses que sufrió la tropa boliviana, se debió a un pedido de la Cámara de Diputados y a la opinión de la prensa que antes lo había vituperado. El presidente Salamanca aceptó con reticencia pues en todo caso su relación con los altos mandos era pésima. En contraste, Estigarribia el jefe paraguayo conocía muy bien la enorme zona de operaciones y tuvo un trato cordial y respetuoso con el presidente Eusebio Ayala. Kundt menospreciaba por igual a sus subordinados militares y a sus superiores políticos. (M.B.G.).*

Así llega el año 1930. Es un año memorable porque a mediados de él se produce la revolución militar-política que rompe, después de 30 años de gobiernos civiles, el curso democrático de la vida institucional del país. Busch se destaca vigorosa y excepcionalmente durante la revuelta. Los primeros anuncios de ella, llegan de Oruro, ciudad en que estalla el pronunciamiento. Al día siguiente, 24 de junio, se subleva el Colegio Militar de cuyas aulas, el Gral. Kundt, ha expulsado un crecido grupo de cadetes.

Las trifulcas con condiscípulos y extraños eran frecuentes. Destacábase por su bravura en las copiosas peleas callejeras. Era fuerte y ágil como un felino. Peleó con Hugo Estrada, famoso deportista y ex cadete. El año 23 visitó a su madre en Trinidad. No pudo volver a tiempo al Colegio y fue dado de baja y castigado en el regimiento Ballivián.

Egresado del Colegio Militar fue destinado al regimiento Campero de Infantería. No era de su agrado. Su vida era monótona. Andaba a trompadas con los demás oficiales. Comandaba una compañía de ametralladoras pesadas. Sublevábase contra las injusticias. Un oficial le trajo la orden de arresto dispuesta por el superior y tuvo la frase de Cambronne. Tenía los puños dispuestos para respaldar su rebeldía permanente contra las rígidas normas prusianas de la disciplina. Hacía pellejerías, entre tanto, como todo oficial joven, lleno de prisas sexuales, y aprovechando cuanta aventurilla se le ponía a la mano. Trasladado el regimiento a Copacabana, conoció allí a Alicia Paz, una mujer triste, pálida, delgaducha y romántica. Decepcionada por no poderse casar échose a las heladas aguas del lago Titicaca. La salvaron a duras penas. El baño la curó de romanticismo.

Busch viajaba a La Paz con cierta frecuencia. Siendo cadete había conocido a su novia, al volver de una procesión religiosa. Era su primer amor. La visitaba en cada viaje, y se escribía con ella. Pasaba por hondas crisis sentimentales que le llenaban de lágrimas los ojos. En la guarnición mantenía viva la imagen de su novia, y sufría esas semi alucinaciones sensoriales que hacen hallar motivos evocadores del amor en todo cuanto a uno le rodea. Un buen día del año 1927 es destinado a un regimiento de Caballería, el Ingavi.

En enero de 1928 le corresponde actuar por su propia iniciativa en un incidente que destaca su extraordinaria energía y su don de mando. Asistía a la doma de la caballada nueva en Viacha. Razones políticas habían determinado incorporar a un regimiento, soldados de cierta unidad policiaría que sirviera al gobierno anterior, de la llamada Guardia republicana. Estaban impagos hacia tiempo. A las 6 a.m., Busch se dirigió a la caballeriza y no halló a nadie en ella. Se dirigió a los dormitorios y halló a la tropa acostada. Era toda reenganchada. Un motín se preparaba hacía días y él lo sabía. Despertó a los soldados y les preguntó por qué no cumplían sus deberes. El más audaz de ellos, le dijo: "nuestro contrato esta cumplido y no tenemos por qué seguir trabajando

gratuitamente". Busch golpeó al soldado y levantando un ronzal azotó a los demás. En calzoncillos les obligó a montar a caballo. Sofocó así un alzamiento de la tropa engreída por las circunstancias políticas. La tropa se sometió a él y pidió humildemente ser atendida como lo fue por intercesión de Busch. Toro lo arrestó 48 horas por haber golpeado al soldado.

Se casa el 18 de febrero de 1928. Su esposa Matilde Carmona, es una agraciada joven potosina, de la que Busch está perdidamente enamorado, ella reúne las mejores condiciones como compañera y lo acompañara en todas las circunstancias, hasta el último minuto.*

El subteniente sólo cuenta con su sueldo. Le mandan a Cochabamba, con la caballeriza. Sus sueldos tardan en llegar y pasa por trances de extrema pobreza. El 19 de diciembre de 1928 nace su primer hijo, Juan Germán. Está tan pobre que los auxilios médicos tienen que pagarlos con sacrificio de su comida. El pasa días casi sin probar alimento. La noche que viene al mundo su primer hijo, no duerme. Viaja a la ciudad, -pues vive en el campo-, a conseguir medicinas, y está tan aturdido, tan débil que el tranvía casi lo arrolla. El guarda de un coche le salva la vida. No sabe que ha salvado la vida a quien iba a ser el gran soldado del Chaco. Sobrevienen los incidentes fronterizos de Vanguardia. Espera órdenes para marchar, pero el suceso se soluciona pacíficamente.

Vuelve a La Paz el año 1929. Se ha distinguido como oficial disciplinado de viva e inmediata iniciativa, sobrio, honrado, lleno de hombría. Se le designa segundo ayudante del Gral. Kundt que es llamado cuando los sucesos de Vanguardia, a Bolivia y ocupa el cargo de Jefe del E.M.G.

Se produce lo inevitable: el ogresco jefe alemán no puede entenderse con el joven oficial rebelde, apasionado del honor, la dignidad y la hombría militar. Pequeñas incidencias van creando un ambiente de hostilidad y disgusto. Gestos, palabras, actitudes de Kundt, resultan siempre, vejatorias para Busch. Un día debe visitar a Kundt el gerente de la primera empresa de transporte aéreo de Bolivia. Busch, ayudante, avisa a Kundt, y este le dice que recibirá la visita. Cuando ella, se va, Kundt llama a Busch y le increpa. "¿No le he dicho que no he de recibir a nadie? ¿No me comprendió usted?" Lo dice en tono hiriente y gestos ultrajantes. Busch gira sobre sus talones, da un portazo y abandona el despacho del Gral., sin pedir permiso. Falta a las severas reglas disciplinarias. Busch llega al despacho de Ayudantía y no puede contener las lágrimas que la cólera le arranca. Kundt se apercibe de ello y le llama, con el timbre, varias veces. Busch no acude. Entonces, Kundt en persona le busca. "¿Qué le pasa subteniente?". Busch, con la voz quebrada por el encono le dice:

---

* *Montenegro no lo dice, pero posiblemente Matilde (Matty) le fue presentada por su hermano, el teniente Eliodoro Carmona, con quien terminó el Colegio Militar y conservó estrecha amistad hasta el día de su muerte. Hubo torvas versiones en corrillos y pasquines de que Carmona habría sido el asesino de Busch. (M.B.G..)*

—"Pasa que no soy un "pongo"*, suyo mi General. Soy oficial del ejército de mi patria y no admito ser tratado como sirviente. He decidido irme a mi casa, mi General". Es la primera vez, seguramente, que Kundt oye este lenguaje irritado pero consciente, audaz y seguro de si mismo. Su sangre autocrática rebulle de ira, pero la fría mirada felina de Busch le sofrena. Y dice lo inaudito: —"Chico, venga al despacho -mientras le conduce suavemente del brazo-. En la guerra he sufrido tanto de los nervios que ciertamente me altero a veces más de lo preciso. Usted me disculpará". Y luego, recobrando su autoridad, en la que ponía alguna vez un dejo de jovialidad: "Hay que olvidarse de esto, subteniente... Muchas cosas tenemos que hacer aún".

Muchos oficiales están comprometidos en actividades políticas que auspician y fomentan los caudillos del viejo civilismo sobornado por las grandes empresas capitalistas. El gobierno comienza por descuidar desdeñosamente su deber de guardar el orden público y luego, conforme los acontecimientos amplían sus influencias, pasa a la perplejidad y a la atonía. El ministerio se dispersa. El Jefe de Estado Mayor, única autoridad que queda, pues el presidente ha "renunciado" (de acuerdo a su plan de ser llamado otra vez para lograr la prórroga de su mandato). Siles convoca a Kundt para que ponga orden en la situación. "Yo obraría –le dice éste–, pero no tengo órdenes de nadie".- "Yo le doy la orden de destruir a sangre y fuego la rebelión" –le expresa Siles. Pero Kundt entre socarrón y serio, le advierte que no puede dar órdenes quien ha dimitido voluntariamente el mando. La revolución avanza como un incendio. Esta vez, como todas, es la juventud la que pelea. Juventud universitaria, cadetes y obreros adolescentes, por un lado, jóvenes oficiales del Ejército por el otro. Pero el gobierno no tiene comando, Kundt concluye por encerrarse en el edificio del Estado mayor General. Y aquí está su ayudante segundo, el subteniente Busch.

Ignórase cómo, Busch aparece en pleno teatro del desarrollo material de los acontecimientos. Está sólo en absoluto. Se dirige a un cuartel cuya tropa, sublevada por parte de la oficialidad, arresta y tiene maniatados a varios de sus oficiales. Llega a la puerta metálica, que se halla cerrada. Llama, y se anuncia como oficial del Ejército. El centinela abre una pequeña mirilla y observa al recién llegado. Busch le impone abrir, pero el centinela se resiste. Busch le dispara un tiro a boca de jarro, pero la mirilla, corrida instantáneamente salva al soldado. Sin embargo, este abre la puerta. Busch penetra al cuartel, solo pero arrasador como un vendaval. Reduce y desarma a la guardia, libera a los oficiales, y deja el cuartel. Se encamina a otro, una de cuyas fracciones permanece encuartelada y fiel al gobierno. Toma su mando y conduce los soldados a las proximidades a algunos oficiales sublevados. Les pone sitio. Su

* *Palabra quechua-aymara que designa al menestral autóctono sometido a servidumbre semi esclavizada. Campesino que presta servicios humildes, semanales, en casa del propietario del fundo (C.M.)*

fino instinto de guerrero le hace ya utilizar medios inesperados: traslada las armas automáticas de un flanco a otro, constantemente, y hace fuego, dando la impresión de que cuenta con una gran potencia de fuego. Al extremo sud este de la ciudad, hay un cuartel más, cuyas escasas fuerzas permanecen indecisas. Para llegar hasta ellas, debe por fuerza atravesarse la zona batida por el fuego de los sublevados. Busch sortea el sector y se encamina hacia el cuartel lejano.

Pero los defensores están perfectamente cubiertos, detrás de los muros. Busch ejecuta, personalmente, un asalto. Se escurre, entre las balas que le disparan, justamente hasta debajo los balcones de que los cadetes sublevados hacen fuego. "Ahí abajo, será más difícil que me alcancen", piensa. Y llega hasta la puerta del amplio edificio, mientras sus ametralladoras atruenan el espacio con sus ráfagas amenazantes. Intima a los defensores entregar las armas y penetra al Colegio Militar, con el revólver en alto. Sus palabras a los cadetes son amigables aunque llenas de amargura.

Virtualmente, la revolución, ha sido sofocada en la capital, aunque está triunfante en otras partes. Un regimiento bastaría, al mando del joven subteniente que ha reducido, con su gigantesca temeridad, él solo, a las fuerzas sublevadas, para someter a la inacción a los revolucionarios de la otra ciudad. El país, sin embargo, en ese momento, no tiene gobierno. El ex presidente Siles, hállase refugiado en una legación. Los ministro están ocultos. El Gral. Kundt, asilado en el E.M.G., ha sido objeto de un pequeño raid aéreo de los sublevados, uno de cuyos aviadores, el teniente Pabón ha volado encima de las oficinas militares, rociándolas de plomo. Busch, que entra y sale del edificio durante el curso de los acontecimientos, comunica a Kundt el desarrollo de estos. Tal tropa ha sido sometida. Tal foco de resistencia se ha rendido. Tal otro está abandonado. Las fuerzas leales dominaron la situación. Kundt le oye y le congratula, pero está nerviosísimo. Tiémblanle las flácidas y gordas carnes del rostro y de la papada. "Buschito, está bien, está muy bien. Siga, Buschito, siga usted".

Todo parece ya vuelto a un orden medroso y trágico en la ciudad. Estampidos dispersos y a largas pausas, dicen de la cólera impotente y solitaria de algunos. Y sobreviene, lo inesperado para el militar que ha luchado por el imperio del orden. El Gral. Kundt ordena que todos los jefes y oficiales se retiren a sus casas y las tropas vuelvan a sus cuarteles.

Por las calles soledosas y calladas, que tienen sin luz las pupilas de sus puertas, vanse alejando, desconcertados y tristes, los jóvenes militares que salen del E.M.G., mientras las fracciones de soldados vuelven marcando el isócrono compás de sus botas ferradas contra el piso, a los respectivos cuarteles. Nadie sabe por qué ha peleado en las calles. Menos aún, por qué tiene que retirarse ahora, en clase de voluntario vencido, al cobijo triste de su casa o de su cuartel. Los militares y menos los maestros llegan a apercibirse de que hay

fuerzas como la masonería y el patiñismo, que están detrás de la reacción de las masas paceñas contra el presidente Siles, nacido en Chuquisaca. Nadie en ese momento, le perdona ese hecho que más bien sirve para aumentar el furor popular. Sus gestos de independencia frente a la gran minería, también abonan en su contra.

El subteniente Busch, vuelve camino de su hogar. Lleva en sus manos una capa militar y un retrato del Gral. Kundt, que éste le ha entregado, al despedirse de jefes y oficiales, para que recuerde a "su general y camarada". Cuando entra en su casa, halla allí a su esposa que en brazos, enfermo, tiene a su hijo. Toda la racha de ruidos aterradores, de fusilazos, ha pasado sobre estas dos criaturas, pendientes de la vida del padre, sin arrancarles otro gesto que el de la espera llena de fe. "De nada ha servido todo lo que hice. Todo está ahora perdido por falta de carácter del General Kundt", dice Busch al dejar la capa y el retrato de Kundt sobre una cama, inútiles y sin vida como un símbolo de lo que es el enérgico general alemán en el país cuando no tiene el poder en sus manos.

El violento cambio de gobierno –después de diez años de una paz pública relativa–, influyó en la entraña del Ejército: el poder, abandonado a una junta compuesta de militares detrás de cada uno de los que actuaba, magníficamente atrincherado en el volumen del soldado, un grupo de prohombres de la política conservadora, dispuso la persecución, activa o disimulada de quienes habían defendido el orden. El subteniente Busch, que permaneció poco tiempo en su cargo, fue destinado al Chaco, zona desierta, remota aún para la imaginación popular que soñaba en él como en un mundo confuso y temible, opulento y trágico. Busch es ahora teniente: se le ha ascendido, acaso con el vago temor de que reaccionase con las extraordinarias energías de su actuación durante la revuelta. Tiene que partir hacia lo desconocido, con una misión extraña entre cuyas dimensiones caben todas las esperanzas y todos los peligros. Debe ir a buscar algo que acaso no existe sino en la imaginación alucinada de los seres que fueron víctimas del embrujo vesánico del monte y sus rumores, sus sendas misteriosas, sus espectros evanescentes y cálidos: la tierra de San Ignacio de Zamucos, descubierta y habitada, –según una tradición cuya raíz parece rota y se queda trunca– por los padres jesuitas de la época colonial, tierra húmeda y fecunda, bañada en aguas dulces, claras y ebullentes de promesas civilizadoras para el gran desierto del Chaco, lengua reseca, lívida y sedienta que estira su punta de angustia hacia el agua honda del río Paraguay.

En los días embalsamados del verano de 1931, cuando la sierra es una inmensa bandeja que vuelca sobre sus criaturas los jugos almibarados de sus bosques frutales, parte este rubio y enérgico adolescente, camino del tormento de toda privación, para forjarse y hacer más agudos los perfiles de su personalidad extraordinaria, hecha a enfrentar e imponerse sobre todo sacrificio.

* * *

EL ESPEJISMO DE SAN IGNACIO DE ZAMUCOS

En aquellos tiempos, el Chaco no había salido aún para la imaginativa pública de los dominios nebulosos y dramáticos de lo incógnito. Es un mundo que sólo existe en el presentimiento del pueblo. Mundo confuso y temible, –que las gentes no comprenden pero sienten profundamente-, henchido de amenazas y de sortilegios, opulento y miserable, mundo que es al mismo tiempo reino de la serenidad y escenario de perpetua tragedia, estas comarcas inconceptuadas por la percepción de la inteligencia, se amplían evanescentes e inestables, privadas de dimensión y de perfil, como una abstracción que agita molestosamente los fondos emocionales del pueblo sin precisarse nunca en una idea concreta. El Chaco, es, de tal manera, un territorio desconocido y remoto, cuya propia lejanía le ha transformado en algo mítico e inalcanzable. Un territorio fantasmal y enigmático pues las cartas geográficas mismas le muestran llano y pelado, limpio de signos de población, más limpio aún de esas líneas ondulantes y vitales que señalan los ríos en los mapas, como venosidades animadoras de la existencia, como índices apuntados hacia el futuro.

En estos tiempos, lo poco que se conoce del Chaco, es la zona maléfica determinada por la naturaleza para purgatorio de culpas humanas, residencia forzosa de confinados y perseguidos, que acoge con el silencio de sus desiertos o el desamparado enigma de sus bosques, a las pobres criaturas cuyo signo feliz se ha eclipsado. Del resto de esta zona territorial, nadie tiene más que intuiciones míticas. Menos aún, puede captárselo en su geografía porque no pasa de ser un dominio colonial y selvático. Su nominación misma como "El Gran Chaco", le insufla un aliento imponente, majestuoso y terrible. Y su función político-social, como destino de militares castigados, imprime a sus parajes ignorados, la emoción luctuosa de una tierra maldita en que la pesadumbre y el tedio urden todas las torturas psíquicas imaginables para el hombre, a quien escoltan sin descanso, como fantasmas vigilantes obsedidos por el ansia de aniquilar la vida, lenta, insensible, calladamente.

Busch debe ponerse en camino hacia este mundo sin esperanza. En los días embalsamados del verano de 1931, cuando la tierra serrana ofrece a sus humanos pobladores, como en una inmensa bandeja de barro, los jugos almibarados de sus bosques frutales, parte Busch, el rubio y enérgico adolescente, camino de

aquel mundo sin esperanza. A sabiendas de que marcha hacia la tierra de las sumas privaciones, hacia el cotidiano tormento, hacia la lucha con invisibles adversarios. A sabiendas, acaso, de que en el inminente choque con ese mundo, ha de forjarse y hacer más agudos los perfiles de su personalidad extraordinaria, hecha a sufrir y a superar todo sacrificio. La compañera que no le dejará solo en trance ninguno de su vida estallante, va con él departiendo el albur de esta gran jornada.

Antes de un año, la astucia de la "clase gobernante" ha dispersado ya los seis militares que constituían la Junta de Gobierno, engendrada tan de prisa por la revuelta como para que viviese y pereciera a plazo muy breve. Acto de "ejemplar patriotismo" ha sido este de transmitir el mando supremo del país al ciudadano electo Presidente de la República. Los militares que dispusieron de la fuerza armada podían permanecer por tiempo largo en las atractivas latitudes oficiales. Más háceles hecho imposible toda prolongación temporal de su dominio. Todas las fuerzas reaccionarias, unificaron sus intentos en el empeño de suplantar cuanto antes a los militares con un personaje civil. Han coincidido en señalar ese personaje, que es Daniel Salamanca, postergando aspiraciones y defraudando la potencialidad electoral de otros dos caudillos: Bautista Saavedra e Ismael Montes, ex Presidentes los dos. Y por si la media docena de jefes de ejército a quienes habíase confiado el mando supremo de la nación pretendiesen alargar su permanencia en el gobierno, se han empleado a fondo en la tarea de distanciarlos uno de otro, saturando el ambiente oficial de recíprocos recelos y desconfianzas. "Durante los últimos tiempos, pasábamos la noche en vela, esperando que estallase la conspiración preparada por alguno de los colegas", relataba más tarde uno de los militares, miembro de la famosa Junta. Cada uno de ellos desconfiaba del otro. El insomnio concluyó forzándoles, por fin, a entregar el poder público, en circunstancias en que la "unión sagrada" que compactara los grupos reaccionarios, para las elecciones presidenciales, ya se había quebrado nuevamente, planteando, al par que la oposición de dos fracciones, una, la irrisoria falacia de aquella "unión sagrada" cuya fragilidad no resistió al embate de los intereses creados.

Fenómeno de sugestión pública, muy interesante para el sociólogo, fue este de la casi unanimidad con que el señor Salamanca resultara electo presidente de Bolivia. Figura singularísima en la política nacional, Salamanca fue en lo espiritual y en lo físico, una viva e inquietante antítesis de sus contemporáneos. Rodeábalo una atmósfera enrarecida y difícil, infundiéndole caracteres extraordinarios, y, por lo mismo, de una insuperable originalidad. En lo físico, era un hombre menudo, enflaquecido hasta lo inverosímil. Toda su persona irradiaba una inevitable impresión de sufrimiento biológico, de tremenda dolencia que, no alcanzando a destruir esta vida magra, que parecía haberla endurecido en el dolor a manera de hacerla inmune. Era una fuerte imagen de

la carne soportando con resignación sobrehumana, la tortura en su sentido más hondo y más perceptible. Desde el rostro hasta los píes, diríase que nada en él se había salvado del cataclismo anatómico que redujo sus potenciales musculares a la exigüidad sumaria. Solamente los ojos, profundamente enclavados bajo la frente restringida y rugosa, mostraban el poder de esta existencia como detenida al borde mismo de la total destrucción. Tenía la tez oscura del mestizo, más oscura aún que la de éste, como si el humo del infaltable cigarrillo que fumaba, le hubiese empavonado en este tono. Fumaba sin cansancio y el humo del cigarrillo parecía haberle untado con esta sepia.

Gobernaba ya el doctor Salamanca. Quince años de irreductible campaña integrista, habíanle señalado al país como un espíritu aceradamente puesto al servicio de la defensa nacional. Nunca se ha precisado si en esta convicción de concluir para siempre con las transacciones internacionales a base de cesión de territorio al país vecino, había solamente un anhelo romántico políticamente aprovechado para combatir al adversario, tan amigo de solucionar diferendos limítrofes subastando el patrimonio territorial de Bolivia. O había una concepción evidentemente racionalista, conforme a la que la práctica de estas predicaciones exigía el fortalecimiento económico de Bolivia para hacer posible la defensa armada de sus tierras y de sus riquezas. La conciencia pública tampoco diferenció jamás las calidades de la postura que en esta materia asumía Salamanca. Se redujo a captar la significación exterior y extrema de ella. Por eso consideró, siempre a Salamanca, como al caudillo de las soluciones guerreras. Y como al hombre menos entusiasmado con los procedimientos de la paz acordada entre diplomáticos... La ascensión de este ciudadano a la primera magistratura del país, aunque fuese aclamada por los partidarios como el advenimiento del espíritu más puro, más austero y más clarividente de la nación, criatura providencial y benéfica para la patria, arrancó de todas las almas, el vaticinio de bélicas aventuras. ¿No había parafraseado a Shakespeare cuando unos soldados paraguayos asaltaran un fortín boliviano del Chaco, el año 1928, exigiendo al pueblo que demandase la sanción del hecho con un hecho semejante? ¿No era suya la cita aquella de "ser o no ser", lanzada en instantes en que el gobierno Siles procuraba sortear pacíficamente tal escollo? De todas maneras, ¿preocupábale algún problema nacional con mayor ahínco que el del Chaco?

Helo aquí, ahora, teniendo en sus manos enflaquecidas y enérgicas, –tan hábiles en el conjuro elocuente, tan expresivas como signo de comando en las batallas políticas–, el supremo poder de la patria. Helo aquí, también, torturante, obcecadamente inclinado sobre el mapa de la incógnita región chaqueña, mientras medita, callada, penosa y enigmáticamente, bajo el gesto amargo y profético del augurio.

Desde los fríos y temerosos ámbitos del Palacio Quemado, teatro de tantos dramas nacionales, tiende los hilos de su ansia obsedida hacia las

tierras misteriosas y desconocidas del Chaco alucinante. Nunca más, en esas latitudes que guardan el presagio de un porvenir imprevisible, la vida del soldado se agotará exangue en la quietud sin término de los minutos estirados hasta la eternidad a lo largo de la vida vacía, reptante, soporífera, densa y aniquiladora de la guarnición. Un ansia vieja, tremante y apasionada, descarga energías galvanizantes desde las cumbres andinas, sobre los hombres que hasta entonces vegetan en el área microscópica de los fortines, perdidos en estas llanuras inmedibles. El ansia que no se colma, multiplica sus energías y se repite en perenne crecimiento, hasta cobrar las formas de la obsesión. Lentamente la intención de amparar los territorios del Chaco se justifica en la conciencia de Salamanca por el milagro de un sentimiento que se convierte en pasión inextinguible. El intuye el Chaco, ya no solamente como tierra patria fronteriza, en riesgo de perderse. Más que esta noción sentimental, se tonifica en su alma racionalista, la idea de que la defensa del Chaco es utilitariamente indispensable para el país. Y la tierra que nadie conoce, crece, para su espíritu, en potencias y calidades, como irrigada por el razonamiento. El Chaco debe ser defendido a todo trance, por principio. Pero, ahora, la práctica de este principio, demanda los justificativos más elocuentes para hacerse real y posible. Y el Chaco toma, en la conciencia presidencial, formas y jerarquías de magnificencia. El Chaco es fabulosamente rico... Nada importa que durante el siglo de vida republicana de Bolivia, criatura alguna hubiese constatado esta riqueza de cuya probabilidad está cierta y apasionada el alma de Salamanca. Esta alma que rehuyó siempre las fruiciones del entusiasmo, resulta, de súbito, ardiendo como una llama inflamada y voraz, alimentándose con una pasión frenética maravillosa. Nada de cuanto ha rozado su vida pública le tentó jamás a comprometer las potencias de su espíritu en uno u otro empeño. Ni la política, de la cual se mantuvo perennemente aislado. Ni el gobierno al que no quiso llegar por las vías impacientes de la conquista. Ha sido preciso que el choque con algo desconocido para ofrecerle, como una lámpara votiva, el holocausto de su vida cuyas secretas energías, rehusó entregar totalmente a empeño alguno. Ha encontrado, por fin, algo que le apasione para siempre. Y este algo es el Chaco, para él desconocido, y que acaso por serle incógnito, le cautiva con los irresistibles estímulos de un ensueño, de una ilusión, acaso de una esperanza, en que él cope su convicción integrista y su amor a la gloria, este amor secreto y escondido con que ha hecho culto de la humildad para ser el hombre más incondicionalmente venerado por sus contemporáneos.

Y aquí está, ahora, Salamanca, en su despacho presidencial, acuciando a Busch, que deambula por el desierto sin término. Ha de ser Busch, aquel oficial cuya entereza no tiene frenos, quien penetre en el reino desconocido, husmeando el camino que conduzca a la suprema revelación. A esa revelación que Salamanca espera con absoluta certidumbre, para salvar sus últimos

escrúpulos racionalistas, y lanzarse sin titubeos al gran sacrificio si esto es necesario.

Empero, ¿qué revelación aguarda el presidente Salamanca en sus frías y severas oficinas presidenciales? La de las fabulosas riquezas que atesora el Chaco, enigmático y luctuoso, mortífero y colmado de misterios como toda tierra de leyenda... Más, ¿no sabe Salamanca que los pocos militares sin fortuna arrojados a esas comarcas remotas vuelven de ellas agobiados de sufrimientos y de decepciones?...¿Ignora que hay quienes llegaron a quitarse la vida para salir de esa prisión sin rejas ni cerrojos en que las distancias bastan para cercar de muros infranqueables a los prisioneros? ¿conoce algo emocionante y maravilloso respecto de este Chaco sin atractivos para los pobres militares castigados? El Chaco es fabulosamente rico. El razonador apuntalaba las afirmaciones del patriota: Si el Chaco no fuese inmensamente rico, ¿se explicaría que el Paraguay quisiese apropiárselo por la fuerza? ¿se explicaría que el Paraguay contase, desde luego, con auxilios incontables para copar esta aventura, si ella no significase la conquista de una riqueza de portento?

—Señor... El Chaco es un inmenso desierto. Carece totalmente de agua, de medio ordinarios de subsistencia.

—El Chaco es un desierto, –argumentaba Salamanca–, para todo el que no lo conoce más que en una zona reducida.

Incursionaba profundamente en los jardines de la historia para robustecer esta idea. Muy particularmente, en los de la historia colonial, cuyas veredas perfumadas han sido, empero, comidas por los malezales de la leyenda en forma que historia y mito hanse enlazado en revueltas e inextricables trenzas. Y volvía de sus paseos retrospectivos con nueva fortaleza, oxigenado por la carga de audacia, de heroísmo y de grandeza que satura la atmósfera de la historia colonial.

¿No ambularon los conquistadores ibéricos por el Chaco, porfiando por dominarlo y poseerlo? ¿Pudieron reducir jamás a los nativos de estas comarcas, como a los del Perú? ¿No eran esos nativos, un pueblo tan rico que podía luchar y vencer a los propios conquistadores? Un día descubre una vereda esplendente, a través de la historia colonial... Y arriba al punto en que la ilusión se materializa, exaltada en su valor emocionante hasta los límites más altos. Frailes misioneros han fundado en el primer siglo de la colonia, una gran ciudad, en el corazón mismo del Chaco.

De las brumas inmóviles del pasado, surge la imagen de esta ciudad y se perfila nítida en la emoción de Salamanca perdiendo poco a poco las difuminosidades de espejismo con que la evocación la columbra en las distancias imprecisas del pretérito. Esta ciudad llena con su leyenda fastuosa, los vacíos que el maduro escepticismo presidencial tenía en su alma devota de Plutarco. Y no precisa más que esto para lanzarse a la búsqueda impenitente de esta urbe

de portento, situada inequívocamente dentro de la historia, pero irreal y sin vida en la geografía.

Las crónicas de sus fundadores mencionan el nombre de la ciudad, como San Ignacio de Zamucos, creación de los misioneros jesuitas arrojados después de América por la codicia de encomenderos intrigantes y dominicos inescrupulosos, San Ignacio de Zamucos, ha existido y no pudo esfumarse como un sueño... Hallábase a orillas de un río caudaloso, de aguas límpidas y fecundas en cuyas masas íntimas mecían su discurrir sin sentido, millones de grandes peces de plata... En el desierto atormentado de ser milenario, este río es otro portento cuyo blando cristal recogió las animadas imágenes de una humanidad que habitó en la gran urbe del bosque... Río que baña con sus caudales generosos, la historia colonial de aquellas regiones, y unge con su linfa pura, los pies de esta ciudad encomendada a la advocación del padre Iñigo de Loyola, fundador de la Orden de Jesús. Este río, ¿ha podido insumirse en estas arenas resecadas por un sol de siglos para no salir más a la superficie?... ¿Qué cataclismo pudo borrar del haz de la tierra chaqueña los vestigios mismos de la ciudad y las aguas del río?

Ha de buscarse a los dos, hasta encontrarles. En la inmensidad abrumadora del Chaco, innumerables criaturas humanas ponen su vida al servicio de este designio... Criaturas juveniles y humildes que se descuelgan de los faldíos andinos para internarse, paso a paso en este mundo laberíntico, abandonado hace dos siglos por el último hombre blanco. detrás del cual cérrose el monte como una cortina que nadie ha vuelto a descorrer. Busch cuenta entre los animosos varones que van a indagar al sardónico silencio del bosque por ese fabuloso San Ignacio de los Zamucos, que surgió como un milagro y que se ha esfumado, como un sueño.*

* *Los gobernantes bolivianos han tenido verdadera superstición por los documentos coloniales que podían probar a través del Utti Possidetis Juri nuestros derechos sobre diversos territorios. Así Daniel Salamanca que además de enviar a Busch para que encontrase los restos de una Misión fantasma, creyó encontrar otros testimonios escritos del pasado como lo prueban estas cartas a su primo Fernando Quiroga Salamanca: "La Paz, a 19 de abril de 1933: "En Sevilla, ha más de un año que se encuentra José Vásquez Machicado, que ha estado remitiendo copias y que en estos días pasados nos ha hecho llegar un informe general de sus trabajos. Al hermano Humberto del mismo Vásquez lo hemos tenido en Roma sin fruto alguno. Hemos constituido también aquí en Bolivia comisiones de búsqueda. Poco a poco, aquí y allá vamos acopiando documentos de prueba. En reserva puedo comunicarte que hemos encontrado al fin una copia testimoniada de la cédula Real de 1620. A justo título puedo envanecerme de este hallazgo, que se debe a las órdenes insistentes que he dado para buscarla. Nuestros mejores chacólogos creían que tal cédula no existía... La cédula se ha encontrado en Santiago, donde no se podía sospechar su existencia... Juzgo que con este hallazgo hemos dado un gran paso hacia la victoria de nuestro derecho. Entre tanto, el problema de la paz se presenta casi insoluble. Las operaciones militares son lentas y sangrientas y en el Ejército se dibujan peligros futuros e inquietantes" y otra del 15 de mayo: "Estos días han sido para mi peores que los malos que de ordinario vivo. He juzgado lo mismo que tú en el asunto de Ricardo Jaimes Freyre, que según me dicen fue un buen poeta, pero que no es boliviano. Hay algo de ridículo en traer sus restos oficialmente, tal como hemos traído un general alemán para dirigir la guerra... Olvidaba decirte que se está despintando el hallazgo de la cédula de 1620, pues de Santiago nos dicen que la encontrada sólo trata de diezmos"; la del 30 de mayo: "Nuestro horizonte internacional se va cerrando nuevamente. Hemos caído en la Liga de las Naciones que no se da cuenta de nuestra cuestión del Chaco y donde no tienen por nosotros ni la pequeña consideración que merecemos en América. En cambio, allí la Argentina tiene vara alta aún sin pertenecer a esa corporación. Nuestros asuntos militares igualmente inciertos e inquietantes. En el*

DIARIO DE LA BÚSQUEDA

Mientras la esposa queda a la orilla de éste mundo cuya entraña guarda el enorme secreto, Busch penetra en él, tenso de fuerzas materiales y anímicas. Acompáñale, entre otros, el subteniente Oscar Blanco. Y van con él unos cuantos soldados. El drama que comienza, cuenta con estos personajes, pero carece de toda utilería, y por eso se trueca rápidamente en tragedia. Es una tragedia esquilesca, sin ficciones ni tramoya, pero con un escenario tan ilimitado como el mundo. Por toda trama, la obsesión de un encuentro imposible; por todo desarrollo el vacío del hambre y de la sed, exterminadores e implacables, creciendo agigantados en la selva que parece tornarles cada vez más feroces e inhumanos.

Los hombres que se internan al monte, dejan el contenido espiritual de su vida en primeras brozas de la selva, cuyos malezales hacen andrajos de la ropa y del alma, en una tarea mecánica e inevitable de transformar al ser humano en una bestezuela sucia y famélica, elemental e instintiva, sometida a la ley terrible de burlar una muerte para caer en la otra, exactamente como todas las alimañas de la jungla. Este grupo de hombres uniformados, no se salva del destino asignado por el monte a todos cuantos a él acogen sus vidas, en el gran desconcierto del bosque, negación atómica y perpetua de la vida social, negación del hombre, negación de la supervivencia y del espíritu.

¿Dónde van estos milicianos adolescentes buscadores de lo desaparecido?... ¡A San Ignacio de los Zamucos buscando la urbe y el río de la confusa leyenda!... Pero han de abrir un atajo tortuoso en las vísceras resecadas y ásperas del monte, que además opone a la invasión humana sus legiones de soldados vegetales en masas compactas y duras, erizadas de espinas y de ramas rotas. Paso a paso, ese grupo se abre camino, poblando el silencio adensado a través de los tiempos, con el tic tac de las hachas y los machetes que zanjan los malezales. Como una estela, dejan atrás la tierra alborotada y caliente del sendero. Cada

---

Chaco no sólo luchamos con el enemigo sino también con peligros de ambiciones que van tomando cuerpo. Allí se dibuja un nuevo Daza". Y finalmente la del 17 de junio: "Nos hemos llevado grande chasco con la cédula de 1620 hallada en Santiago. Venidas aquí las copias hemos visto que ella se refiere a disposiciones internas del Obispado de Buenos Aires sin conexión alguna con el Paraguay. Es indudable que hemos sido víctimas de una estafa... No cabe duda de que engañaron a nuestro ministro Sánchez.. En cuanto a lo demás, estamos en mala hora y veo el porvenir oscuro". (Reproducidas en "La Patria" de Oruro, 10-6-2011). (M.B.G.)

hombre lleva sus alimentos en un hatillo sobre la espalda; cada uno administra la porción de agua que debe tomar. Porque no hay víveres ni agua en este sitio caldeado como el hueco de un horno, en que la arboleda deshidratada por un sol de infierno diríase próxima a arder en cualquier momento. Ni un ser humano, además de ellos, existe en enormes áreas del bosque. Están así, cada vez más profundamente hundidos en una soledad absoluta, como si las demás gentes del mundo se hubieran ausentado del planeta. Día tras día, horadan estas masas quebradizas, hirsutas, de vegetación claudicante y ruda, avanzando, avanzando.

En algún sitio que descampan de matorrales, arman sus ligeras viviendas, pedazos de lona o de ramajes del monte mismo, para luego abandonarlas, en este viaje lento hacia un punto que ignoran donde se halle, pero al cual deben llegar. Lejos, atendían en la canica la somnífera de este mundo aletargado, pequeñas congregaciones de hombres encargados de suministrar a estos buscadores del misterio, lo que sumariamente precisen para subsistir. Desoladoras distancias aíslan a unos y otros. El abastecimiento elementalísimo que es posible realizar desde las cabezas de población hasta el errante punto del monte en que estos exploradores agotan su juventud exprimida por las fiebres del trópico y el desierto, resulta siempre problemático. Todo en estas latitudes propende a estancarse, a detenerse, a dormir y a perecer. Maleficio atroz efunde de este monte cuyos follajes hanse agotado por falta de agua, mucho antes de vivir la plenitud estival y jugosa de otros bosques. Nada puede cobrar prisa aquí, donde el suelo cede al peso del pie abriendo sus arenas densas, enervadoras del andar, pegajosas y grávidas que parecen agarrarse al caminante. Las malezas y la arboleda urden todos los obstáculos, y detienen al viajero con la zarpa hiriente de sus espinas y sus guías astilladas, en un ansia ciega de atraparle, haciéndole cendales la ropa, rasgándole las carnes como si buscaran iracundas la humedad miserable de la sangre.

Así han de esperar estos hombres encenagados en la terrible soledad, en la quietud sin nombre de este bosque estático, el arribo de los víveres día tras día, contemplando el sendero que dejan abierto detrás, sin que aparezca nunca el convoy que ha de salvarles la vida.

En su libreta de apuntes, el teniente Busch anota estas dramáticas etapas de la gran aventura. Su único medio de relación con el resto del mundo, es un carro primitivo tirado por bueyes. Transporte de víveres, coche correo, tren sanitario: todo eso es el carromato de gruesas ruedas de madera. El 25 de marzo de 1931, día en que se inician estas notas, el pesado carruaje deja a los exploradores para retornar al fortín de que ha venido trayendo alimentos y correspondencia... Hay en esta página, íntimas confesiones de hombre y de soldado. "Quisiera poder traducir los sentimientos de cariño que en estos instantes de profundo silencio se apoderan de mi corazón: -dice un párrafo en

que recuerda de la esposa y de los hijos ausentes-; el sonido que produce el eje del carro se pierde, se apaga en la distancia, para no oírla quizás hasta cuándo! Y ahora siento unos deseos invencibles de correr hacia él para que me lleve hasta ti. Casi estoy a punto de sucumbir a este deseo, cuando viene a mi mente la idea del deber, del sacrificio. Y me digo, ¡no!. Soy soldado y mi designio es el sacrificio. Una voz oculta me dice: cumple con tu deber; hay que seguir adelante, siempre adelante; tiempo habrá en que irás a tu amada y a tus hijos". El desierto, le recobra de inmediato, haciéndole escribir estas líneas en que el hombre y el soldado están ausentes, y sólo habla la voz de la vida, presa en el monte bárbaro. "Estas reflexiones llevan a mi corazón la tranquilidad y la calma, y con el la sumisión al sacrificio y la resignación a esperar que pase el tiempo, pues en estas selvas es lo único que se puede hacer... Esperar...".

La internación en los dominios del bosque conduce a estos hombres hacia las profundidades misteriosas a cuyo extremo esperan hallar el río perdido. Los dramas incontables de la selva irrumpen al paso de estos seres que las pupilas de las alimañas no vieron nunca. En la libreta de apuntes de Busch se ha recogido una patética escena del prolongado consumirse de la vida animal en el monte.

"Día lleno de sorpresas para mí, relata Busch. Salí en exploración con un soldado, buscando agua. Después de una larga jornada, percibimos unos gruñidos extraños. A mi pregunta, el soldado me dijo con una exactitud admirable, que se trataba de "unos meleros que seguramente tienen alguna hurina empacada". Ví, efectivamente, una hurinita pequeña, parada, con las patas un poco abiertas como para sostenerse mejor, la boca abierta y la lengua caída. El animalito estaba mortalmente cansado; huia hace días de los meleros que la perseguían sin darle tregua, y ahora ya no puede escapar, ya no tiene alientos para dar un paso. Los malditos meleros, que son tres, le dan empujones para voltearla, gruñendo hambrientos y furiosos. Hice fuego sobre uno de los meleros y lo maté. Los otros dos huyeron asustados con la detonación. Pero la hurinita no se me movió. Cuando llegué a ella, me miró con unos ojos lánguidos y tristes. Comprendí que podía estar sufriendo una terrible sed, y sacrificando el agua de mi caramañola, humedecí su hociquito ensangrentado y le mojé la cabeza. Después de un momento, el animalito pudo tomar agua y se echó a mis pies, junto al melero muerto, sin temor alguno. El melero es un animal antipático y oscuro, que se alimenta solamente de sangre. No come carne. Deja a sus víctimas totalmente vacías de sangre. Poco tiempo después, continuamos andando, hacia el este siempre buscando agua. La hurinita nos ha seguido unos tres kilómetros, y después desapareció. Y no quiero acordarme más de ella.

La sed comienza a torturar a los dos hombres, cuyo paso se hace lento y trabajoso para el avance. Están posiblemente a unos quince kilómetros de su campamento y deciden volver a él, pero haciendo un rodeo que acaso les haga tropezarse con el agua que buscan....

La sed clava sus garras en las gargantas y en el cerebro... Mientras más hondamente perciben la tortura, ufanánse más en prolongarla, buscando agua. Y ahora, cansados y sedientos, imaginan que podrán hallarla tal vez a una larga distancia. Busch hace que el soldado trepe el árbol más alto que encuentran al paso y otee la extensión desde tal atalaya. Es el mismo día, al caer la tarde. Y en este instante, el buscador de la ciudad fundada por los jesuitas, tropieza con una huella enigmática de un remotísimo pasado.

"Estaba yo un poco alejado del árbol, andando y mirando el suelo porque hay mucha espina que atraviesa las botas, cuando repentinamente, mis ojos se clavaron en un objeto cuadradito, lleno de tierra. Me aproximo a él, lo levanto y lo sacudo, y veo que es un pedazo de tiesto un poco grueso y rayado en una cara; llamo al soldado que ha descendido del árbol, desconsolado porque nada ha visto, y le digo: -¿quién pudo hacer esto?... El soldado lo examina, lo observa y luego me dice:- Esta no es obra de los bárbaros, porque los tiestos de ellos son delgaditos y pulidos, todo lo contrario de este. Entonces, yo le digo: -si no es obra de los bárbaros, lo es de las misiones de los frailes que han venido acá ahora dos siglos y medio. Estamos, pues, en los dominios de San Ignacio de los Zamucos"... La leyenda cobra vida triunfante en este minuto crespuscular del monte en que dos hombres torturados por la sed buscan agua para su cuerpo y hallan el extraño licor de la esperanza que atormenta con otra sed tremenda al lejano personaje obcecado en hallar la ciudad y el río portentosos... Este mismo teniente Busch, ¿no es acaso presa de la misma sed?

Más la naturaleza vence a la ilusión. "Además, -añade Busch, volviendo en demanda de su propia vida-, este tiesto fue de un hombre que guardo agua en él"... ¡Agua!... Tiene que haberla cerca.. Ya no el río mítico, pero siquiera una cañada, siquiera un pozo. Los dos continúan vagando por el bosque, con la respiración silbante y la impresión de que sus gargantas contraídas van cerrándose inexorablemente. Un kilómetro más lejos, las pupilas todavía claras descubren una senda, con huellas de pezuñas. La vieja experiencia montaraz de Busch, identifica rápidamente a los animales que transitan por este rumbo. Son antas. "Estos animales son muy precavidos, -anota en su libreta-, y antes de llegar a las aguadas hacen sus caminos para ir al abrevadero sin hacer ruido, por si hubiera algún otro animal de mayor poder que ellos, cuya retirada esperan"... Esta senda trazada por el instinto de la selva, es una lección para el hombre, que suele morir a tiempo mismo en que busca el pan y el agua. Lección que los seres humanos incorporados a la existencia amenazadora y primitiva del bosque, aprenden para no olvidarla jamás. Por eso, ahora, estos hombres se sienten poco menos que a salvo de la muerte, cuando siguen la senda de las antas. Y cien metros más allá, las manos hinchadas de picaduras, los rostros en que la tierra se apelmaza como una mascarilla sucia y sarcástica, y las fauces emblanquecidas por la deshidratación, mójanse en un fresco caudal de agua

de lluvia, contenida en el cuenco de la tierra quieta. "El pozo es artificial, -dice Busch-, y le rodea una lama que no es otra cosa que la tierra excavada, hace muchos años, para embalsar estas aguas del cielo. Esta tierra movida, es obra del hombre y ello me comprueba que llevo la misma ruta que la que siguieron los jesuitas misioneros".

Otra vez la visión de esos extraordinarios frailes que se adentraron en el mundo misterioso y trágico, para erigir la "ciudad del Señor, en el bosque virgen rodeado de arboleda impenetrable, y en donde no pusiera la planta un cristiano blanco"... Aquí está el fragmento de tiesto, y aquí están las arenas removidas que Busch mira como quien contempla siglos, absorto en la evocación difusa de un mundo que se diría sumergido en el océano de silencio, en que ha naufragado este bosque hace quien sabe cuanto tiempo. ¿No estará, ciertamente, sobre la misma tierra que hollaron las sandalias de aquellos misioneros endurecidos en todas las privaciones, en una andanza fantástica, desde la frígida Europa hasta estos desiertos chisporroteantes de arenas que el sol reduce a cenizas en una combustión sin llamas? Bajo la luz evanescente de estos crepúsculos chaqueños cuyo cielo tiñe de sombras humosas, el teniente Busch piensa en el hombre huraño, triste, dolorido y sombrío que le ha enviado a buscar los caminos de la liberación vital para este Chaco sin la sangre cósmica del agua, territorio momificado por la desecación plural que realizan, de consuno, los ígneos dioses terráqueos y solares, calcinando este suelo sucio y repulsivo inflamado y estéril como la costra de una herida.

Pero acaso tiene en sus manos el pedazo de tiesto que siglo y medio antes, empuñaron las manos enérgicas y firmes del último Gobernador de Santa Cruz de la Sierra, aquel don Manuel Becerra que es antepasado suyo, y que, como él mismo, penetró el primero en estas comarcas inhumanas ¿No fue el más aguerrido explorador y temerario combatiente hasta los últimos días de la Colonia? ¿Y no anduvo por el Chaco, que poblaban miríadas de indios guerreros a quienes intentaba someter cuando los pueblos de América se alzaron contra la Metrópoli? Rutas perdidas en estas inmensidades que nadie ha captado exactamente, siguió don Manuel Becerra, progenitor lejano de este oficial Busch que ha bebido las aguas del cuenco abierto quizás por su abuelo, y no por los misioneros religiosos, desaparecidos con todos sus vestigios, y en pos de cuyos pasos hay, ahora, dispersos en el monte, tantos jóvenes oficiales y soldados que padecen la misma tortura de la sed y del hambre. Y este trasto minúsculo de alguna vasija elaborada por gentes muertas hace más de un siglo, ¿no contendría las linfas que trasegó aquel señor ibérico, bravo e implacable, lanzado a la aventura de la conquista chaqueña?...

Sobre el monte ha caído ya la tinta licuada de una noche otoñal que blanquean las lechosidades estelares del cielo. Las pupilas abiertas, el oído atento, las manos prontas al esfuerzo destructor, vuelven estos dos hombres,

exaltados de instinto vital por el sortilegio de las tinieblas nocturnas, hacia el campamento. Hay rumores de zarpas que aplastan cautelosas la hojarasca eterna del bosque, croar de sapos febricitantes de sed que horadan la tierra siguiendo el curso de la raigambre del boscaje, en procura de humedad. Lamentos lúgubres de alimañas menudas e invisibles, que parecen dar gritos de terror frente a la boca abierta y chasqueante de la iguana monstruosa o de la serpiente iracunda, previenen a estas dos vidas humanas contra los riesgos turbios del monte que despierta en la noche, hirviente de ansiedades de sangre, famélico de hambre destructora.

Hoy día, 20 de abril de 1931, se ha encontrado un enorme cañadón que rebalsa de cuyo lento curso impulsa el líquido insensiblemente, hacia el este.... ¿Acaso el río legendario?... Aún no. Las exploraciones alcanzan el confín de este inmenso embalse, que se prolonga dos kilómetros, en dirección al Oriente. Una caudalosa masa de agua en que la carne se hunde gozosa y rebulle alborotada, bajo un calor incendiario. Rincón munífico en el monte avaro de frescura, oasis del desértico tedio incurable, que devuelve a la vida humana el cabrilleo jubiloso del agua, trizada en líquidos resplandores cuando la hiende el hombre, cuya carne ardiente y anhelosa la ciñe, la posee, ahora, como a una mujer largamente perseguida.

Pero el acucio de la búsqueda no transige ni con este efímero gozo del agua milagrosamente aparecida en la extensión resquebrajada por la sed. Los hombres deben continuar indagando, en el monte sin lenguaje, por el sitio fabuloso que señalara la meta de tanta andanza... Y, de nuevo, padecerán la suma privación que hoy mismo, junto a la aguada maravillosa, les retuerce las vísceras con el cosquilleo del hambre insatisfecha. "Hoy, viernes, 25 de abril, -cuenta Busch en sus notas-, los víveres apenas alcanzan para sostenernos ocho días más, sin esperanza de que se nos mande otros del Roboré". El pesado carro que deambula por este sendero al tardo compás de los bueyes, hállase atascado en algún sitio del camino. Diríase que nunca saldrá de él, y que la espera de los víveres resultará eterna. Las miradas escudriñan la ruta, el oído se aguza en ansias de percibir la quejumbre chirriante con que el carromato anuncia su arribo. El hambre, que sube desde los intestinos, arañando el esófago, trepa hasta los ojos, dilatándolos inmensamente para mirar desde el cristal de las pupilas, hacia el punto vacío del horizonte en el que debe aparecer el carro que porta la vida hasta este paraje olvidado, en el cual, unos cuantos hombres jóvenes y casi anónimos van asistiendo al proceso de su propia destrucción.

Hoy mismo, dos hombres arriban al campamento, cabalgando en mulos enflaquecidos por la deshidratación y la sequedad terrenal que agota los pastos. Vienen de lejos, en nombre de otro oficial que también busca el río y la ciudad de San Ignacio de los Zamucos... Es un compañero de Busch unido a él, ahora, por una carta que estos hombres traen. "Te ruego mandarme víveres, -le dice-,

porque la existencia que de ellos tengo hoy día, es media bolsa de frijol y media de arroz, y no hay esperanza de que llegue el carro ni de que venga nadie". La misma angustia en todas los rincones montaraces en que hay un grupo de estos hombres lanzados a la conquista de tierras imaginadas como un emporio de riqueza. Y el resto del mundo, tan lejos, tan espantosamente lejos, a distancia tan enorme de ellos, que toda esperanza de recibir no más que un puñado de harina debe perderse. Y entre el mundo y ellos, que se hallan distanciados por extensiones interminables, un carro tirado por bueyes, como todo recurso de sustentación de la vida... Al otro confín de esta tierra, hacia el oeste, las líneas férreas de uso privado de algunos millonarios, transportan montañas de metal rico hasta el mar y hasta Europa, que hincha de oro las arcas de los privilegiados. Pero aquí, en la región ignota amenazada por la conquista extranjera, nada más que un carromato labrado con la misma madera del monte y por las manos burdas del nativo, para alimentar al soldado y al oficial que adelantan sus vidas abnegadas hacia la frontera, en procura de seguridad para la patria.

Busch debe amenguar los víveres de su campamento para compartirlos con sus lejanos camaradas que sufren hambre. Y ha de ir, personalmente, conduciendo esta exigua carga de arroz, de harina, de frijol, para evitar que los famélicos soldados que deben transportarla, se la devoren por el camino. Cuando retorna a su campamento, sufre una de las más penosas impresiones de su existencia. Una tribu de nómadas, en pleno estado salvaje, ha surgido del monte, seguramente buscando el agua de este gran cañadón junto al que los exploradores instalaron sus tiendas. El clase que ahora capitanea a los soldados, considera peligrosísima esta vecindad que no se hizo presente en el curso de la prolongada peregrinación por el bosque. El clase quiere dispersar a los intrusos, amedrentándolos con una descarga de fusilería, hecha al aire. Pero los nómadas no ceden fácilmente. Con un ulular furioso lanzánse sobre los cuatro soldados que pretendían asustarles. Blandían flechas y grandes palos filudos como lanzas. Hubo que detenerles haciendo fuego sobre la masa compacta y estremecida de cuerpos desnudos que formaba toda la tribu, avanzando hacia la escuadra. Cayeron tres de ellos. Los demás, presas de espanto, volvieron al monte con un ruido tembloroso de hojarascas pisoteadas y de ramas rotas. De los tres muertos, dos son varones y una hembra. Pero debajo de esta, los soldados encuentran a una criatura de seis meses, a la que ha quitado la vida el mismo proyectil que a la madre..

Es realmente extraordinaria la reacción espiritual que este incidente provoca en la conciencia de Busch. Desde el fondo de su alma, surgen las más duros recriminaciones para el clase y los soldados que intervinieron en el suceso. "He reprendido a los actuantes, -dice en sus notas-, les he reprochado, y les he hecho notar la cobardía de su conducta". Pero esto no es suficiente para la intensidad con que ha herido sus fondos emocionales, este sacrificio de cuatro

vidas humanas. "Se apoderó de mi una gran tristeza-, confiesa en sus apuntes a manera de desahogo-, al pensar que yo hubiera evitado estas víctimas. Aunque se trate de bárbaros, que son como animales, son también seres humanos, y conceptuó un crimen el victimar a estas pobres gentes que por lo mismo de ser incivilizadas, son como criaturas que nada comprenden porque lo ignoran todo". "La pobre mujer y la criatura, -agrega extendiendo sus notas-, me aturden con el sufrimiento de su recuerdo. ¿Cómo cometer tal crimen? ¿Qué daño podían causar estos dos seres, y qué culpas han pagado? El clase y los soldados que han hecho esto, ante mis ojos no son otra cosa que asesinos cobardes, porque se podía evitar que se derramara esta sangre. Quizá los bárbaros no vinieron más que a proveerse de agua en el río". Y luego, repitiendo casi textualmente, una frase de alguna carta que en años anteriores escribió a su novia, relatando impresiones captadas entre los indios del altiplano, vuelca en el papel su sentimiento de conmiseración y solidaridad con los seres humanos víctimas de la injusticia. "Pobre gente, -dice, que sufre tanta miseria..."

Busch realiza exploraciones en un gran radio de terreno que tiene por eje el gran cañadón en cuyas orillas permanecerán pocos días más. La vida humana de la selva se agolpa en esta zona, en que los exploradores encuentran numerosos campamentos de "bárbaros", todos inhabitados y silenciosos, todos limpios de huella ninguna del existir cotidiano. Las chozas dispersas, no contienen objeto ninguno que acusara la presencia del hombre. La matanza de aquellos tres nómadas ha determinado, seguramente, la emigración en masa de estos desnudos habitantes del bosque. Al parecer, trátase de una población numerosa, ya que cada campamento, de los quince o veinte que descubren, se compone de cuarenta a cincuenta casuchas construidas con ramas de árboles, y barro... ¿No será este un vestigio de la ciudad aludida por las crónicas de los frailes jesuitas? Busch procura, siempre en vano, identificar la leyenda con esta realidad enigmática y muda, y recorre grandes distancias en pos de las gentes que han abandonado sus lares. Pero el instinto del salvaje burla todos sus empeños. La huella de las muchedumbres que se internan al monte y desaparecen, jamás conduce a sitio ninguno..... Un día su seguimiento parece aproximarle a los fugitivos, pero no encontró a nadie.

Viejo truco de las tribus andariegas e indómitas, que vencidas por las armas de fuego de los conquistadores, hiciéronse invisibles para el arcabucero, en los laberintos indescifrables del bosque chaqueño. "A cien o doscientos metros del punto en que la muchedumbre se dispersa, puede hallarse el campamento de la tribu, que vuelve a reunirse en un sitio determinado de antemano", -dice uno de los compañeros; el teniente Busch... cosquillea a la curiosidad, en él, para culminar la aventura, pero la noche hace imposible continuarla. El seguimiento de los nómadas ha alejado mucho a los exploradores, del sector en que están instaladas sus tiendas de campaña. Oscurece ya sobre este

boscaje en que tres hombres del mundo civilizado, buscan a unos cientos de sus semejantes que luchan por no sumarse a la humanidad. A esa humanidad que vive absorbiendo cultura filosófica, que ha inventado automóviles y aviones, que ha industrializado la electricidad, que ha instituido la matanza en masa, que ha organizado la explotación del hombre por el hombre, que ha legalizado con meras palabras, la esclavitud, y que ha desconocido en nombre de la misma civilización, el derecho del nativo a vivir de la tierra inmemorialmente suya. El teniente Busch reflexiona en silencio, mientras vuelve con sus compañeros, al campamento en que la escasez de los víveres va democratizando a oficiales y soldados, con la ley igualitaria de la inanición... Su preocupación sobre el destino que cabrá a este puñado de hombres perdidos en el bosque, le recobra poco a poco del mundo de meditaciones en que las alternativas de esta jornada le ha sumido... El hambre que comienza a doblegar las voluntades le causa espanto... Una cólera justa contra los responsables de este abandono inicuo le crispa las manos y le hace arder las pupilas redondas y penetrantes, en estas veredas ensombrecidas por la noche en que zozobran los perfiles del monte... Estos salvajes a quienes ha perseguido silenciosamente durante el día, ¿tienen el terrible problema que se yergue ante Busch, comandante de este reducido destacamento de penetración al Chaco? Si el hambre de su tropa no ha de ser aminorada por el arribo de los víveres?....

En el silencio de la selva, perciben los hombres un extraño rumor de piedrecillas que entrechocan de huesos que repiquetean, acaso de dientes en tembloroso castañeteo.... Es una manada numerosa de puercos de monte, que, como los nómadas de la víspera, vienen al gran cañadón buscando agua... Hombres civilizados, y hombres en plena barbarie, tanto como bajas bestias de la selva, inciden bajo el mismo signo lamentable de las necesidades bebiendo la sangre todavía caliente de los animales, para enseguida asarlos al rescoldo de las hogueras que han prendido instantáneamente... todos los gestos acusan codicia, todas las manos aprietan estas piltrafas de las bestias desoladas, todas las miradas chispean felinas... "Yo mismo he entrado en la danza -relata el teniente Busch- y he escogido una costilla gorda, que aso personalmente para devorarla. Al resplandor de los leños que la hoguera consume. Tiene la visión de todos estos hombres en cuclillas, con los rostros desfigurados por la quebradiza iluminación de las fogatas que retinta y ahonda las muecas, los trajes en harapos, el cabello crecido y sucio, y las mandíbulas que oprimen esta carne regalada por el monte sórdido al hombre hambriento, cuyos dientes deshilachan los bofes con un gesto de furor y desesperación, casi de ferocidad. "En resumen, parece que nos estamos volviendo salvajes", ha escrito Busch por todo comentario a esta escena que se instala en su memoria con la fuerza concentrada del bárbaro panorama boscoso, irremisiblemente llamado a mimetizar en barbarie todas estas criaturas humanas aisladas de la civilización.

El hambre va cerrando sus inmensas prensas depauperantes en derredor de la existencia solitaria, silenciosa y resignada que el destino ha señalado para estos pobres muchachos buscadores de una gloria remota y desvanecida... Las facciones agudizan el trazo de los huesos día tras día, debajo de la piel que se marchita. Ya no es el calor que diluye en transpiración de agonía estos músculos hoy laxos y esmirriados. Ahora es el frío del viento sur, llegando a los llanos inmensos con ululante locura de potro salvaje echado a correr sobre estas verdes extensiones sin confín, y cuyas trines barren detrás de sí toda la sucia tierra del mundo. En la carne desnutrida y exangue, este frío muerde con colmillos que atraviesan los músculos, que revientan los nervios, que astillan los huesos... "La noche es terrible y casi toda ella me la paso bebiendo mate amargo", anota el explorador. Y otra vez, presente siempre en la angustia del bosque, la privación que padecen los oscuros servidores de la patria... "Hace muchos días que no sabemos cómo es el azúcar", -escribe Busch-, "ni la sal, ni nada más que la carne asada". Cinco días devorando solamente carne... Seis días. Y, luego el chirriar de los ejes doloridos del carro que trae los víveres. Los ojos, inmensamente abiertos, acuciando a los flacos bueyes uncidos al enorme furgón que avanza con sardónica lentitud. Para Busch, un triple regalo. Cartas de la esposa que le envía palabras de fortaleza; un gran camarada, el teniente Armando Pinto, llegando triunfante, a la cabeza del convoy. Y víveres para todos... ¿víveres? Unos frascos de carne en conserva, unas pastas de azúcar quemada que los empobrecidos pobladores del oriente boliviano utilizan como sucedáneo del azúcar....

Compartiendo estas heroicas miserias, los compañeros prosiguen su caminata siempre hacia adelante. La tropa debe seguir el rumbo trazado por estos oficiales enflaquecidos y avitaminosos que, sin embargo, continúan avanzando, monte adentro, a la husma del agua que también comienza a disminuir en los depósitos de zinc... Al incendio que agobia el bosque, ha sucedido el frío tenaz y nebuloso de un inclemente inicio invernal... "Los días, -apunta Busch el 16 de mayo-, son completamente nublados y cae constantemente una llovizna que enfanga los claros del monte y humedece a la hojarasca. Se deja sentir un frío intensísimo, y en las noches resulta imposible conciliar el sueño". Pinto y Busch encuentran una amplia laguna en el curso de sus andanzas. Al salir del bosque, han visto simultáneamente las aguas quietas y calladas que cercan una gramíneas de verde jugoso casi diluido en la linfa ribereña... tres patos, asustados, alzan el vuelo, estriando con tres rayas fugaces el líquido cristal esmerilado por el reflejo barroso del cielo que tapizan las nubes bajas.

¿La laguna de los tres patitos? No, la laguna del Tapacaré, un ave grande y vistosa que habita en las aguadas orientales, y que tiene para Busch un poder evocativo tierno y emocionante, porque solía verla constantemente junto

a las riberas de las riadas en que mojó su infancia de niño sin juguetes y su adolescencia de vaquero, de domador de potros, de cazador, de peleador....

"No tenemos ya un grano de nada", se lee en el libro de apuntes, pocos días después. "Pasamos largo tiempo comiendo carne sin sal, por todo alimento"... "la llegada del carro con los víveres torna a ser un sueño, una ilusión. Hace veintidos días que lo esperamos en vano"... ¿Cómo obligar a mis soldados a que trabajen con el estómago vacío y desfalleciendo de debilidad? He ordenado descanso hasta que llegue el carro; ni un esfuerzo más, ni un paso adelante... ¿Por qué no viene a ver como estamos aquí el comandante del escuadrón? ¿Nos supone ahogados en el hartazgo?

El teniente Pinto siente más antes que Busch este desnutrirse inmisericorde, este agotamiento de las fuerzas humanas. El ha nacido en la sierra andina, y su carne está templada por las forjas del sol y de la nieve, a cuatro mil metros de altura, absorbiendo las sales de la tierra alta, en la atmósfera límpida y fresca, y en las aguas que desparrama la nieve licuada por el sol, sobre laderas y faldíos en perpetua renovación cósmica. Busch es el hombre del imponente bosque amazónico, hervidero de fuerzas vegetales gigantescas que multiplican sus ansias de dominio sobre la tierra fangosa, zanjada en abismos insondables en que rebozan oceánicas masas de agua fluvial arrastrando todos los gérmenes arbóreos de la creación, hacia las hondas tierras forestales del mar. Busch está más próximo a esta nueva tierra depauperada y miserable en que se acumulan todas las negociaciones telúricas, desde la falta de agua, hasta la presencia del monte, desde el calor que hace ebullir la sangre evaporándola en las insolaciones, hasta el frío que tapona las válvulas pulmonares con miríadas de bacilos de la tuberculosis. Busch acepta y sufre estos descoyuntamientos a que el cepo del Chaco somete la materia organizada vitalmente, sin dejar de sentirlos intensamente... Los hombres desfallecen de hambre.... Los últimos trozos de carne han sido deglutidos ya, entre las náuseas de estas bocas cuyas mandíbulas inferiores se desgajan lentamente, mientras los ojos, cada día más abiertos por el hundimiento de los pómulos, miran el sendero por donde habrá de llegar el carro, un día.

Pinto refugia su agotamiento en la memoria de otras pesadumbres, como si quisiese consolarse, equiparando su tortura con las de sus semejantes. Las páginas de *Sin novedad en el frente*, se avivan, febriles y trémulas, en su imaginación hasta la que apenas llegan los caudales de una sangre empobrecida por la falta de alimentos... Una frase de Remarque, golpea en sus pensamientos con firmeza acusadora... "Nunca la vida, en su aspecto más humilde, se nos ha presentado así, tan vejatoria e irremediable". Abismado en recuerdos luctuosos, resistiendo el hambre de modo que no pueda mermar la escasísima comida de los soldados, Pinto se recoge en si mismo, procurando aislar el íntimo drama en los más recóndito de su alma.

El 17 de mayo de 1931, Busch ha escrito una amarga página en que copia la insondable decepción de su alma. La encabeza con el vocativo amoroso con que recuerda a su esposa. "Estas líneas están dedicadas exclusivamente a ti, porque sólo tu podrás aquilatar en tu corazón, los días que hoy paso, llenos de amargura y de hambre. Nuestro alimento consiste en carne asada sin sal y agua de café amargo. Vivimos días de angustia y desesperación, sintiendo que nuestros cuerpos desfallecen de debilidad. No tenemos esperanzas de que nos lleguen recursos y el carro salvador acaso no ha salido aún del Roboré, pues allí se cree que los víveres enviados a nosotros podían abastecernos durante veinte días... Han preferido que los bueyes descansen, y no saben que aquí hay treinta y un almas torturadas de espanto ante la muerte por hambre. ¡Oh, vida infame y desconsiderada!. Yo oculto mis sufrimientos y aparento tranquilidad, pero este engaño que me hago a mi mismo, me causa mayor daño. Siento un atroz y continuo dolor en la cabeza. ¿Qué voy a hacer?.. Si los víveres no llegan en esta semana, enviaré mi tropa a Roboré, pues no permito que estos pobres muchachos perezcan de hambre. Yo me quedaré aquí. Si. Moriré de hambre, porque no puedo dar un solo paso atrás..."

La rebeldía ya incontenible, asoma el puño entre estas frases acongojadas. Palabras que el dolor y el resentimiento retemplan de una dureza de acero, y afilan con buidas puntas que hendirán el tiempo y marcarán una acusación tremenda, en páginas del futuro... "No basta meterse a la cabeza, de memoria, -dice el oficial sublevado por el abandono-, libros de táctica e historia, cuando se ignora por completo el método de aprovisionamiento para la unidad que se comanda. Mientras nuestro Comandante está muellemente en su casa, metiéndose libros y más libros a la cabeza y resolviendo temitas que jamás serán una realidad en nuestro territorio, los pobres oficiales con sus unidades adelantadas están muriéndose de hambre y de frío".... Algo como un presentimiento le asalta en este instante, urdiendo en su espíritu atormentado, una pregunta que el tiempo responderá condenatorio "¿Qué hará nuestro Comandante, -dice, de inmediato-, con tanta sabiduría si no ha de tener a su disposición unidades con qué combatir porque ellas hayan perecido en el bosque, de necesidad? ¿A quienes llevará, entonces, ese gran táctico, a la guerra para ver el fruto de sus desvelos?..." El apóstrofe iracundo, cierra estas palabras: "¡Oh, miserables comandantes, que apenas se reciben de semejantes títulos, se marean y no saben ni donde pisan. Tristes desengaños y miserables ilusiones las que forjáis desde el escritorio...."

El frío se aduna con el hambre para destruir estas treinta y un vidas predestinadas a asegurar la defensa patria en los territorios de la frontera... Para quien haya vivido en el Chaco, se explica esta nueva tortura que la inclemencia de la tierra fatídica instala en sus horribles dominios. "Hace un frío intenso, -relatan los apuntes de Busch-, durante el día, y más aún en la noche que tenemos que pasarla rodeando el fuego que parpadea mortecino".

Al caer la tarde, el teniente Pinto monta a caballo y parte hacia las regiones de que deben venir los víveres. Para el enorme tránsito del desierto, no puede llevar un gramo de alimento, porque ya se carece de todo. "Hace seis días que no vemos un rayo de sol en estas selvas que sólo tienen espinas", ha escrito Busch en esta misma fecha. "Hoy hemos carneado la última res que nos quedaba. Tendremos carne, nada más que carne sin sal, por todo alimento, durante cuatro días. He resuelto que si no llega el carro hasta entonces, la tropa se dirija al sitio más próximo en que pueda comer frutas silvestres. Yo me quedaré aquí, solo, cuidando el campamento, porque la tropa no puede llevar ningún peso. Estamos todos tan débiles que caminamos cien metros y caemos desvanecidos.....".

"Hemos pasado siete días de agonía, -anota el oficial-, y hay momentos en que creo que ya olemos a cadáver... Mientras más días pasan, aparecen más numerosos los cuervos del monte, que merodean nuestro campamento. Pero se llevarán chasco, porque no hallarán más que cuero en nuestros cuerpos... Estamos irreconocibles de flacos. Mi camarada, mi hermano, Armando Pinto ha sufrido indeciblemente. Ya no podía tenerse en pie. Cuando abandonaba la hamaca, volvía a desplomarse sobre ella, abatido por unas náuseas espantosas. El pobre ha viajado sólo, y apenas podrá resistir la primera etapa del camino. Siento una gran pena..."

La catástrofe definitiva parece aproximarse al campamento en que ya no hay más que silencio, imperceptibles quejidos de los hombres que aún pueden quejarse, no son escuchados por los otros, que clavan en el vacío sus agrandadas pupilas espectrales, con una mueca de risa horrible, como la de las calaveras. Esta es la expresión macabra de todos los que mueren de hambre: tensos los músculos zigomáticos que estiran los belfos y hacen mostrar los dientes inútiles ya para estas bocas que no encuentran alimento.

"La tropa ya no puede andar, -anota el teniente Busch al atardecer el 20 de mayo-; todos nos hallamos en la mayor extenuación. ¡Qué terrible es morir de hambre!... Creo que es la muerte más atroz, porque ella va consumiendo la vida átomo por átomo"...

Y, sin embargo, el espíritu sobrelleva el drama sin desmayos... Al caer la noche, Busch ha escrito estas palabras desconcertantes en sus libretas de notas: "¡Cuánto daría por un cigarrillo!... Pero hay que ser fuerte, hay que vencer, y no dejarse dominar ni con el vicio, ni con el hambre. Paciencia, paciencia, paciencia: esto es único que nos queda. Un día se acordarán, si no de mí, por lo menos de mi pobre tropa...".

Al día siguiente, llegan los víveres. "Todo mi resentimiento contra el Comandante, está olvidado", -escribe Busch-; "la tropa comerá bien, recibirán raciones dobles y se desquitará de sus penas. Esos malditos bueyes han tardado mucho".

Busch ha suspendido sus anotaciones, desde esta fecha hasta el 16 de agosto en que parte nuevamente, en misión de exploraciones hacia el sudeste. Ya no busca la ciudad que el embrujo de la tradición hizo perseguir con estos hombres a quienes movía el acucio lejano del presidente meditativo y obsesionado. Ella se ha perdido para siempre, al parecer, sin dejar vestigios de sus edificaciones hormigueantes de actividad y vida humana hace dos siglos y medio. Nadie la encontrará nunca, y su hechizo inexorable se habrá desvanecido totalmente, cuando se conozca el estéril sacrificio y el gigantesco y vano sufrimiento que ha demandado su persecución a través de estos parajes desolados e inhumanos, bajo cuyas arenas duermen, -si existieron-, todos los seres y todas las grandezas inscritas, las viejas crónicas coloniales.

¿Dónde estuvo construido San Ignacio de los Zamucos? ¿Existió, a la verdad, y se deshizo arrasada por un cataclismo, o desmoronada por la soledad y el tiempo, se perdió en el viento arrollador que exhalan los pulmones del Polo Austral? ¿Fue apenas un espejismo recogido en los ojos alucinados por la sugestión delirante del desierto que afiebra un sol incendiario y maléfico?

En vano le buscaron, ofreciéndole holocaustos inverosímiles y penitencias sobrehumanas, a cuyo conjuro permaneció inmutablemente sepulto en su misterio de cosa inexistente. Su desaparición a manos del tiempo implacable, hácese hoy mismo problemática e insegura. Nadie halló siquiera unas ruinas en qué reedificar la ilusión de su imponente existencia pasada. Y todas las conjeturas no alcanzaron a explicar la razón de esta su pérdida sin rastro, tanto en la tierra como en la memoria. ¿Es qué sus pobladores mismos la derruyeron totalmente, cuando sus fundadores, los heroicos misioneros jesuitas, abandonaron esas comarcas a instancias perentorias del irresponsable Carlos III de España, y se dispersaron a todo lo ancho de la selva, recobrando sus primitivas organizaciones tribales? ¿No pasó cosa más o menos idéntica con todas las reducciones jesuíticas cuyas multitudes retornaron a la vida selvática al ser expulsados los frailes? ¿Qué designio fatal presidió esas admirables construcciones sociales con que la Orden de Jesús organizó la vida humana en las selvas del Brasil, de Bolivia y del Paraguay, sin mancillar de crueldades y de matanzas la historia de sus empresas colonizadoras? ¿Por qué desaparecieron todas, -ya no en su tipo de organización comunista que los encomenderos reales tenían que destruir-, si no en su propia clase de agregaciones humanas, encauzadas en la convivencia societaria?

La expoliación exhaustiva de las autoridades virreinales puede explicar el acabamiento del extraordinario industrialismo autóctono que el jesuitismo aclimató en grandes poblaciones de salvajes transformados en obreros y artistas por la magia de la sabiduría, la técnica y la persuasión. Pero el desaparecer mismo de las poblaciones, no puede justificarse más que por la voluntaria reincorporación de las muchedumbres a la libre existencia del bosque, a la

barbarie sin esclavitud, a la miseria sin amo... Acaso por este modo para el progreso, perdióse una considerable porción de la humanidad, que hasta hoy deambula entre los bosques malsanos e inhóspitos, defendida naturalmente por estas tierras malditas, contra la codicia esclavizadora e inhumana de que aquella huyó hace dos siglos. San Ignacio de los Zamucos, igual que otras reducciones jesuíticas, ha vuelto, como sus pobladores, al misterio de la selva. Pero ha vuelto, sin dejar el más leve indicio de su pasada existencia. Hoy es un mito, que, como todos los mitos, vive de la contradicción perenne en que se hallan los que creen y los que no creen en su existencia. Porque la duda sobre la vida material de las cosas es suficiente para darles otra vida inmaterial y perpetua, como la vida del mito.

Busch debe ubicar, ahora, las serranías de Don Jorge, señaladas en la carta geográfica por las observaciones aéreas más recientes. De nuevo, preside el rumor de hachas y machetes que abren una rajadura al monte, a guisa de camino. De nuevo también, padece hambre y sed en su andanza. Día tras día, se incorpora más profundamente en la existencia bárbara del bosque implacablemente hostil al hombre. Descubre el secreto de las plantas que almacenan agua en sus pulpas amargas, cuando el agua de las caramañolas se agota, renovando este tormento de la sed que es ley del Chaco. El desierto, ahora, le combate con todos sus recursos aniquiladores. Para mitigar su ansia de agua le ofrece pozos en que la vida orgánica del bosque se asila para la función nauseabunda e insufrible de las desintegraciones. El agua que halla, fermenta descompuesta y mal oliente en los reducidos alvéolos desde cuya concavidad parece mirarle sardónica la pupila de esta selva indomable y trágica.

Pero un día llega al río Timanés, hermoso caudal de agua fresca que fertiliza las riberas y cuyas entrañas alumbran miríadas de peces... ¿No es el río de la leyenda, en pleno Chaco que agoniza a través de milenios por la falta de agua? Pero debe abandonar los panoramas cautivantes del río, en busca de la serranía... La defensa nacional demanda este trajín jalonado de renunciaciones al reposo y al bienestar. Diez días después de que su cuerpo y su alma se tonifican gozosos con la sedante ablución de este encuentro, sufre, en la garganta, la estranguladora opresión de la sed a través de dos días en que no puede hallar agua. Pero ya no le es posible volver al río, ni detenerse un instante, porque la serranía que busca, yergue su mole apenas perceptible, a diez leguas de distancia. Hácela visto de lo alto de un árbol, entre carraspeos angustiosos y salivaciones que se degluten para amenguar la sed.

Al día siguiente, los hombres chupan las carnosidades del "sipoy", que extrae agua quien sabe cómo y de dónde, en estas regiones calcinadas por una sequedad calenturienta, quemante, devastadora. Todos los esfuerzos por encontrar agua resultan estériles. Entre el tormento de la sed, y el hechizo del río Timanés con sus lentas masas de agua dulce, álzase como un imperativo

sin atenuantes, la serranía inmóvil, que veta toda claudicación. Los hombres van hacia ella, extenuados y lentos, paso a paso, ignorando si las fuerzas podrán alcanzarlos para el retorno. El primero de septiembre, al promediar la mañana, Busch pisa la falda cimental de esta meta en que concluye su misión. "No hemos encontrado agua, y con hoy hace tres días que no la bebemos. Por tanto, tampoco hemos comido nada", reza la leyenda inscripta en su cuaderno de notas correspondientes a esta fecha.

Pero estos hombres parecen galvanizados por una estupenda energía que continúa impeliéndoles hacia arriba, insensibles al padecimiento que soportan hace tres días. Cuando el sol se encarama en el área cenital y les enfoca en el haz compacto y aplastante de su reflector incendiado, sienten las pupilas deslumbradas por un reflejo que chispea entre las rocas musgosas de la rampa que escalan. Están frente mismo de una manantial de aguas cristalinas, que desflecan rizos de plata entre la virgen ternura de los helechos húmedos, de las gramillas frágiles, de los berros agrestes y compactos, de los "colaicaballos" con pretensiones de juncos...

"Día dos de septiembre del 31; horas 6.30-, anota Busch. "Salimos con dirección a la cumbre más alta y llegamos a ella a horas diez. Las serranías forman una gran encrucijada, todas ellas cubiertas de vegetación, en particular de arborizales y toborochis. La dirección principal de las serranías S.S.E. y N.N.O. Hay, con todo, un laberinto de cerros". Esta es la última nota de su cuaderno. En ella no hay una sola palabra de exaltación, que magnifique el suceso. Diríase que este, para su conciencia, tiene el valor frío de un hecho que debía suceder. Pese al hambre, pese a la sed. Pese, también a la muerte.

* * *

EL ROL DE STANDARD OIL

Hay un vago rumor desacostumbrado en todos los ámbitos de la patria. Las poblaciones alternan la fatiga material de sus faenas, con la tensión moral de ciertas preocupaciones confusas y amedrentadas. El Chaco crece, en la mente del pueblo, llenándola con su turbia imagen de pesadilla. La prensa colma sus páginas con reflexiones alusivas a estas tierras que ella dicen amenazadas por la invasión paraguaya. Un siniestro hocico de fiera, sopla en la hoguera del sentimiento nacional, avivando brasas e insuflando llamas. Poco a poco, el territorio desconocido, abandonado por espacio de medio siglo en que la atención del gobierno y de la prensa estuvieron en absoluto ausentes del Chaco, se torna en la idea obsesionante de todos los momentos. Más tarde, la prensa sugiere ya medidas militares, afirmando, entre maléficas reticencias, que el peligro de una guerra es inminente... La fiebre inquieta que esta infección de bacilos guerristas determina en el pueblo, sube su temperatura en la atmósfera de heroica belicosidad que el presidente Salamanca crea con el influjo de sus convencimientos integristas, reivindicatorios y románticos, afirmados en el supuesto de que una guerra victoriosa, frente al peligro de la invasión, no solamente iniciara la etapa de los triunfos y de la superación nacionales, si no que tonificara al pueblo con una sangría descongestionante con la cual se hará más ágil, más vivo, más juvenil. Porque en la mente de este personaje físicamente destruido, huraño, meditativo y triste, se ha instalado la concepción de que las guerras rehabilitan a los pueblos, los fortalecen, los hacen grandes y respetables. Carece en absoluto de la noción científica de la guerra, cuya problemática inseparable de la economía y de la vida social, no existe para la engreída certeza de su espíritu, que la admiración popular ha tocado de infalibilidad y don adivinatorio. Esta idea de la guerra, como las que sustenta en política, está fatalmente esterilizada por el anacronismo de su rezagadísima cultura, infecunda a fuerza de añeja. Piensa él, sobre la guerra, sobre la libertad, sobre el pueblo y sobre la economía, como un ideólogo anterior a la revolución de Cromwell, imaginando que el mundo ha conseguido los instrumentos perfectos para subsistir, gracias a la democracia y a la ciencia positiva. De la guerra, cree él que sacará la confirmación darwiniana del triunfo de los más aptos... Y como enjuicia a su pueblo a través de sí mismo, le tiene

por más apto que otro alguno de la tierra. El no detendrá, pues, la guerra, si se hace inevitable. Confía al poder exterminador de ella, el encargo de rehacer la nacionalidad, perturbada por medio siglo de corrupción y degradación que las clases dirigentes han instituido como norma de conducta.

Pero no es el Presidente de Bolivia quien pueda provocar la contienda, por mucho que él hiciera en tal sentido. El mundo ha salido ya, mucho tiempo ha, del plano romántico en que madura sus meditaciones biseculares el señor Salamanca, y le bloqueará el empeño de resolver, por las armas, un asunto que a nadie interesó, ni en Bolivia ni en el Paraguay, hasta estos tiempos, inusitadamente agitados por la idea del Chaco.

Contra el mundo, atemorizado por la experiencia de la guerra, nada podrá este gobernante de pueblo empobrecido, en que una plutocracia cruel y codiciosa, mantiene en estado de esclavitud las cinco sextas partes de su población nativa, utilizando todas las instituciones del Estado en el empeño de perpetuar su dominio de lucro.

Sin embargo... ¿por qué está imprudente agitación bélica en las dos naciones? El mundo, pacifista, ¿carece de recursos para enfrenar los aprestos guerreros? ¿No se diría, más bien, que hay un motor estimulante de ellos? ¿La prensa mayormente calificada en los círculos dirigentes, no habla en el Paraguay de que Bolivia pretende apropiarse territorios paraguayos? ¿No habla, en Bolivia, de que el Paraguay ha invadido el suelo boliviano?

¿Quién sugiere esta inquieta preocupación, desde las columnas del periodismo? ¿quién ha creado la obsesión posesiva del Chaco en los dos gobiernos?

Un suceso político acaecido en el Paraguay, ofrece un resquicio a la mirada investigadora del misterioso interés animador de una guerra por el Chaco. Este suceso es la elección presidencial del señor Eusebio Ayala, personaje lapidado año antes de su triunfo electoral, como el hombre más aborrecido por el pueblo. El milagro de su ascensión al mando supremo del país que, doce meses antes, fuera enterrado en efigie por las fuerzas populares paraguayas, ha de explicarlo una tragedia que abate a ese mismo pueblo que, instintivamente, abominaba de él, adivinándole como adversario implacable.

El doctor Ayala ejerce el cargo de abogado de la Standard Oil en el Paraguay y esta empresa que detenta en sus manos, las riquezas petrolíferas del Chaco necesita de él, como instrumento de predominio sobre el Paraguay. Empero, ¿para que lo necesita allí? ¿Para conquistar las tierras bolivianas ubérrimas de petróleo? ¿Acaso no tiene la Standard Oil, esas tierras, sin costo ni riesgo alguno, por haberlas copado con la complicidad consciente o inconsciente de los gobiernos bolivianos que le permiten todos los excesos imaginables?

El problema, para la Standard Oil, no es a la verdad, un problema de posesión, si no un problema de mercado... Ella precisa transformar este petróleo boliviano en oro, y no puede alcanzar sus propósitos, porque un obstáculo

insuperable se lo impide. Ese obstáculo es el gobierno argentino, que se niega, indeclinable, a permitir que los petróleos extraídos del Chaco boliviano por la Standard Oil, penetra a los mercados de la República Argentina, en los cuales quiere robustecerse el comercio del petróleo nacional. En vano, la Standard Oil ha fomentado y contribuido con todos sus recursos, a que el predominio de los gobiernos radicales de Alvear e Irigoyen finiquite, gracias al golpe de Estado que el 6 de septiembre de 1930, derrocó al último presidente radical, enemigo implacable de la penetración petrolífera de la Standard Oil, y que ese año 1930 esperaba lograr mayoría en el Senado para que este aprobase la ley de monopolio nacional en materia de petróleos. El gobierno surgido de la revuelta, ha llevado a los ministerios de gobierno y de agricultura, a dos abogados de la Standard. Pero esto mismo, que parecía decisivamente favorable al interés penetrativo de los petroleros yanquis, ha sido estéril. El gobierno argentino se ha negado, en absoluto, a permitir que la formidable empresa internacional construya un oleoducto desde los yacimientos bolivianos hasta las refinerías que la Standard tiene en territorio argentino.

Nueve años de este mismo inútil forcejeo fatigan el empecinado interés de la Standard, que al cabo, se convence de la imposible conquista del mercado petrolero argentino. Más ella no puede ahogarse en este océano de ricos e inagotables aceites minerales de que se ha apropiado en Bolivia. Ni puede, tampoco, seguir internando un maravilloso producto de estas tierras opulentas, por la vía peligrosa del contrabando, como lo ha hecho en años anteriores. Voces resentidas con la potente empresa explotadora, han dado el aviso alarmante a los gobiernos de Bolivia y de la Argentina, sobre esta clandestina exportación de petróleos que perjudica igualmente a los dos países, pues resta a uno las utilidades productivas, y resta al otro las ganancias de la venta en precios elevados, pues ha abaratado extremadamente el producto que a la Standard Oil no le cuesta nada, ya que lo extrae y lo exporta a las callandas... Este procedimiento está lleno de riesgos. Y si una vez pudo la empresa burlar o eludir las consecuencias de su delito cegando los ojos fiscalizadores de la investigación gubernativa, podría ser que mañana ya no contara con las circunstancias para salvar del aprieto.

Y, entonces, surge la visión del Chaco en clase de medio resolutivo de este enclaustramiento a que se somete la Standard... El Chaco ha de ser la llave que abra las puertas del mercado argentino al petróleo explotado por la Standard Oil en Bolivia.

Pero, ¿cómo?...

Mediante la presión internacional que la empresa espera conducir y manejar en servicio de sus intereses, tal como ha sabido hacerlo innúmeras veces... Un peligro de guerra en la zona del Chaco, ha de preocupar intensamente a la Argentina, el país que hace culto del pacifismo, de la fraternidad americana. La

empresa concibe, sin esfuerzo, que la sensibilidad argentina sacrificará parte de su mercado petrolífero a cambio de mantener la paz de este sector lindante de sus tierras... Por si este supuesto pecase de optimismo, la Standard prevee, también la mediación de otros recursos, todos los cuales contribuirán a que, en última transacción, la apertura del mercado argentino sea el hecho resolutivo y confirmatorio de la paz.

Empero, la Argentina, ¿qué puede temer como mengua de lo suyo, de esta guerra entre Bolivia y Paraguay?

En los cálculos de la Standard Oil se ha previsto cuanto es posible prevenir. Se ha contado con los copiosos capitales argentinos invertidos en el Paraguay, para provecho exclusivo de grandes potentados argentinos, que forzosamente, sumarán influencias en el sentido de que una guerra infortunada, no ponga en riesgo los derechos y los beneficios de tales capitalistas....

Más, esto no es todo. Bien podría ocurrir que Bolivia, dominando al Paraguay respetase cuanto afecta al interés argentino. Pero la Standard ha contado, también con el otro supuesto, mucho más importante, por cierto. Ha contado con que en una guerra que prevee como favorable a Bolivia, este país podrá recobrar su soberanía portuaria en el río Paraguay, por donde los petróleos explotados por la Standard, fluirán caudales inmensos, de beneficio inmediato para el Paraguay y para el Brasil..... ¿No es el Brasil un émulo político y económico de la Argentina, conforme a los intereses coloniales de Europa, que fabrica rivalidades internacionales en Sudamérica, para impedir la unión de las naciones indo-americanas que, algún día, resultarían invenciblemente fuertes si no se las mantiene distanciadas y emulantes, enconadas y resentidas entre sí? Y bien. El petróleo vendido por la Standard Oil, robustecerá gigantescamente las fuerzas del Brasil, precisamente en la zona fronteriza con la Argentina. Nadie desconoce ya la influencia decisiva que en las guerras tiene el petróleo como factor casi invencible, de victoria... El cálculo de la Standard Oil conjetura que la Argentina querrá impedir esta fecundación prodigiosa del petróleo sobre pueblos y tierras brasileños. Y que antes de que tal suceda, preferirá disfrutar ella misma del petróleo, abriendo sus mercados, realizando el proyecto reiteradamente tanteado por la empresa yanqui.

Pero, para alcanzar estos objetivos, resulta indispensable un amago de guerra en el Chaco. Un amago que invista todos los caracteres de verosimilitud, y dentro del cual se baraje objetivos capaces de convencer de que, efectivamente, el conflicto hará crisis.

Más, ¿cómo fomentar la guerra por la posesión de este territorio desdeñado por los dos países al extremo de que ninguno de ellos ha invertido el menor esfuerzo en colonizarlo, en hacerlo habitable, en fortalecerlo y atenderlo como cosa propia? ¿Es que tal abandono y tal desdén se explican solamente por la condición de territorio litigioso que caracterizó al Chaco desde tiempos

inmemoriales, de suerte que cualquier empeño nacional por poseerlo resultaba impracticable ante la presunción de perderlo un día? Empero, esa misma calidad litigiosa de aquella tierra, ¿no era otra prueba de la indiferencia de Bolivia y del Paraguay que no habían querido, jamás, comprometer una gestión decisiva para liquidar el pleito? Las propias fechas de los cuatro tratados subscriptos entre estos países, ¿no están señaladas por larguísimos períodos de tiempo en que Paraguay Bolivia parecieron olvidarse, por completo, del Chaco? El menor interés de uno de los Estados, ¿no era suficiente para que este asunto sea resuelto de prisa?

La Standard Oil ha intervenido en conflictos armados innumerables, adquiriendo una técnica especial para fomentarlos, desarrollarlos y detenerlos... El obstáculo que significa la indiferencia de los presuntos contendores, resulta rápidamente superado. Lo esencial, para la empresa, es crear interés, preocupación, angustia, sentimiento pasional, en los dos pueblos, respecto del Chaco. Y así surge, en las naciones predestinadas a destrozarse, un caudal inagotable de literatura relativa a las tierras chaqueñas. El olvidado, el incógnito asunto cobra súbita actualidad a partir de 1930, concita estudios, fomenta publicaciones, motiva polémicas, determina viajes diplomáticos, conferencias, grandes mitines populares. La chispa de la emoción incendia la yerta indiferencia pública y arde con llama viva e inflamada.

Por si algo faltase para el verificativo del plan siniestro, la política boliviana se decide por el más entusiasta guerrista que forma en las filas del personaje dirigente. No son Montes ni Saavedra, es Salamanca quien va al gobierno, como candidato presidencial que designa la alianza de tres bandos políticos, en cuyos conciliábulos actúa, como el más activo, perspicaz y abnegado ciudadano, el abogado de la Standard Oil en Bolivia. El apoya sin reservas y fervorosamente, el nombre de Salamanca para ocupar la primera magistratura de la nación, sin embargo de que políticamente, ese abogado milita en el partido de Montes, bajo cuya tutela se ha elevado hasta los planos máximos de la influencia, del éxito demagógico, del enriquecimiento. El se debe, casi totalmente, a Montes, pero esta vez prefiere a Salamanca. Porque Montes, indudablemente, no habría ido a la guerra. La historia de su gobierno es de un inveterado transaccionismo internacional, elusivo de contiendas. Porque Saavedra tampoco habría ido a la guerra, mucho menos en acuerdo con la Standard Oil que le abomina. Entre los tres presidenciales, Salamanca pesa mucho más que sus contendores, porque se adapta al tiempo, a las angustias, al dolor que el imperio de los grandes negociados petrolíferos, asigna a Bolivia. Así, y todo, Salamanca es ajeno en absoluto a este plan inicuo. Su insuficiencia cultural cuyo anacronismo le hace imposible la visión de los problemas contemporáneos de su país y del mundo, es otro factor de suma eficacia para realizar los planes de la Standard. Y este hombre austero, predicador de una mística de la conducta política, apasionado

irredento de la defensa nacional a precio de sangre, se torna, sin saberlo, en un potente recurso que la inhumanidad mercantil de los petroleros yanquis, y la inescrupulosidad judaica y sin patria de los abogados bolivianos, llevan hasta las fronteras de la tragedia... En plena guerra, el abogado de la Standard Oil, es designado ministro de Bolivia en la Argentina, ministro de Bolivia en el Brasil, Canciller de la República y, finalmente, negociador de la paz del Chaco, y otra vez ministro de Bolivia en la Argentina, donde debe liquidarse la guerra petrolífera.

En el Paraguay, el procedimiento apropiatorio del gobierno por la Stándard es mucho más llano. Financia las elecciones del señor Ayala, su abogado, y le lleva al primer puesto de aquella república.

Mientras todos esto sucede, la prensa, intervenida por el oro perturbador que la empresa inyecta en los consejos de administración de la publicidad boliviana y paraguaya, llena su rol "patriótico", insuflando entusiasmo guerrero en los dos pueblos. Lo mismo daría verter materias inflamables en una estancia y distribuir fósforos a niños irresponsables, para que jueguen a encenderlos.

Un día, la penetración que hacen, paraguayos y bolivianos, en el Chaco, les coloca frente a frente. Esta penetración es una consecuencia del subitaneo interés que el periodismo al servicio del plan belicoso ha despertado en los gobiernos, respecto del olvidado territorio chaqueño. Y estos hombres que hurgan la selva, no sólo en pos de lejanías, si no en demanda de agua, arriban a las orillas de una gran laguna, desesperados de esa sed infernal que monta guardia en el Chaco. Y en este trance, hasta la sed se torna un inconsciente servidor de los planes destructores de la conquista petrolífera. Porque estos hombres trastornados por el calor y por la falta de agua que les persiguen a través del desierto como dos lobos infatigables, prefieren matarse entre sí antes que renunciar a la posesión de la laguna en cuyas aguas reside el secreto de sus vidas.

El primer disparo parte de un fusil boliviano. Pero no mata ni hiere a nadie. Esta detonación es, para las esperanzas de la Standard Oil, el primer llamado que ella hace, por intermedio de la tragedia asoladora de los pueblos, sobre las puertas del mercado petrolífero argentino. Pero estas puertas permanecen cerradas herméticamente. Ese llamado será respondido, inevitablemente, con un traquido de bala. Bala de fabricación argentina, en cuyo zumbar irritado, contesta la voz de los mercados petrolíferos argentinos, resueltos a impedir que el petróleo de Bolivia, asaltado por la Standard Oil, llegue hasta el Brasil, conduciendo entre sus masas oleicas, la carga de una guerra futura, corolario fatal y eterno de las conquistas petrolíferas.

En las esferas de gobierno de Bolivia, no se columbra una raya de luz que identifique la maquinación tenebrosa. En Bolivia y en el Paraguay, nadie se apercibe de que los dos pueblos sirven al interés económico del imperialismo.

Solo dos hombres, los abogados de la empresa en cada uno de los países, están enterados de lo que sucede. El destino y la destrucción de dos naciones dependen exclusivamente de que estos hombres callen. ¡Y callan, los dos!

Presidente Daniel Salamanca. Dibujo de Emilio Amoreti, 1933

"EFIGIE AMARGA, DOLIENTE Y ENIGMÁTICA . . ."

El Chaco de cuyos tentáculos torturantes acaba de desasirse, vuelve a citar a Busch con un llamado indeclinable. Es la guerra, frente a la cual su alma se agita con un secreto entusiasmo, que todavía es confuso y romántico, igual que el presagio arrastrador y promisorio de una grande aventura.

El país íntegro palpita convulso de emociones nunca sentidas, ante el hecho que nadie espera y que, sin embargo, todos presintieron. Para la juventud egresada de la Escuela Militar, la guerra es un acaecimiento que, por primera vez, da un sentido vívido al destino. La penetración del espíritu miliciano por las nociones profesionales del guerreo, pondráse a prueba en su efectividad o en su engaño, frente al suceso que sitúa a la nación cara a cara con el destino, en trance de medir las fuerzas reales de su vitalidad. Esta es la primera faz de las dramáticas y sangrientas revelaciones que manarán de la guerra, con un fluir corrosivo y cauterizante, sobre la carne popular hasta hoy anestesiada por los estupefacientes de la inicua mentira con que se ha provocado en el pueblo, un crónico delirio de grandezas.

Hasta el hombre que vuelve del Chaco terriblemente abandonado, se marea de ilusión, se trastorna de confianza. Vale decir que incurre en el mismo engaño en que cayó, de bruces, el país todo, hipnotizado por la prensa con el espejismo de la potencialidad boliviana al tropezarse con la verdad que no pudo ver. Hay, en todo el mundo, esta misma certeza, originada por el exhibicionismo falsario de gobiernos, parlamentos y periódicos, que han adormecido la sensibilidad pública, haciéndola incapaz de percibir las punzadas de la miseria, que infecta la economía, la cultura y la ética colectivas. La hipnosis de grandeza, de poder, de suficiencia vital anima estos movimientos iracundos, acaso un tanto arrogantes, con la certidumbre de que no hay riesgo mayor en la lucha que se ha encendido sobre la equívoca zona fronteriza.

Ante el pueblo arrancado a su trabajo para concurrir a las grandes demostraciones de apoyo a la guerra, el engaño se consolida en la conciencia de los jóvenes militares que irán a recibir todo el ímpetu agresivo de la invasión. Los agitadores del patriotismo deliran. Todos los mitos amasados en las tenebrosas cavernas del interés creado, aparecen conjuratorios e inenarrables, exigiendo la uniformidad del sentimiento ciego y obediente para lanzarse a la guerra. El

pueblo se ha enterado, con estupor e indignación, de la presencia extranjera en el suelo patrio, que ha humedecido la sangre de oficiales y soldados guardianes de la frontera.

Para el militar educado en los institutos profesionales, no hay dilema. Sumiso al principio de que la fuerza armada no delibera, cree que este mecanismo jerárquico e inapelable de jefes y generales, reposa sobre una organización formidable y omnipotente, capaz de emplear el sacrificio humano, con la evidencia de la victoria, que es la recompensa colectiva del dolor unánime ofrecido en servicio de la patria. Busch alienta una viva esperanza en el triunfo. Sin embargo de que ha sufrido la tremenda tortura del desierto intocado por la fecundante mano del progreso, cree, como sus camaradas de armas, que la región herida por la rabia belígera, ya ha superado las condiciones de inhumanidad con que el Chaco sin auxilios, rehúsa todo contacto con el hombre. Cree en la verdad de una conciencia patriótica que por su propia movilidad emocional, arrastra las masas populares al sudeste, igual que un alud irresistible descolgado desde las cumbres serranas, en defensa de los llanos que ya hormiguean de seres extraños y distintos.

En las esferas gubernativas, la guerra es considerada con criterio muy diferente. La embriaguez del engaño se trasluce en actitudes y gestos de los estadistas, enfocados por la pública atención, y que solo atinan a pavonearse con presumida reserva de forjadores exclusivos de una epopeya cuyo sino tienen fijado. Una atmósfera densa de incomprensión, de miopía, de irresponsabilidad, satura los ámbitos del poder. En ellos hay una sola criatura que capta los hechos con una dramática emoción.

Esta criatura es el presidente Salamanca, en cuya efigie amarga, doliente y enigmática, hay algo como un lúgubre vaticinio en medio de las tontas arrogancias con que los subalternos multiplican órdenes y disposiciones guerreras. Pero esta figura atormentada, no tiene otra concepción que la emotiva sobre el drama. Está inmensamente alejada, en el tiempo y en el espacio, en el pensamiento y en el juicio, de la terrible verdad que concentra el Chaco despertado a balazos. El concibe la guerra solamente como una prueba de fuego a que recurren los pueblos para confirmar sus derechos vitales. Profeso, como es, del evangelio liberal, se ha saturado de una fe ingenua como la de todo teórico. Jamás pudo poner en práctica las excelencias de ese evangelio, porque mantuvo su vida a cubierto de contactos con el mundo en que las teorías fueron quebradas y substituidas, a título de realismo, con normas de circunstancias, rendidas al imperio del interés privado. Treinta años de su existencia, prodigó en imaginar la práctica severa del principismo liberal, persistiendo indeclinable en el cándido error de las concepciones racionalistas de la democracia, del sufragio libre, de la libertad individual, del gobierno del pueblo por el pueblo. Era un hombre que en el empeño personalísimo de conservarse intocado por las fuerzas degenerativas de la ideología enciclopedista, quedóse detenido

en los umbrales del siglo XX. Estaba lejano, pero inmediblemente lejano, de su tiempo, de su país, del Chaco, de la guerra, de la verdad emocional del pueblo. Y más lejano, aún, -conservando una inocencia resplandeciente gracias a su retraimiento, del mundo mismo, del mundo en su acepción potente y destructora, voraz y demoníaca, vale decir del mundo engendrado a la sombra celestina de la misma ideología demo-liberal que él amaba tanto en sus libros y en sus diáfanas meditaciones. Estaba lejos, en suma, del mundo económico, atrozmente cruel e impiadoso, del financierismo internacional que urdió la gran tragedia boliviano-paraguaya del Chaco, a inspiración de sus musas horribles que son la ambición conquistadora, y la codicia de dinero.

Desconocía la frigidez con que las naciones próximas o remotas, habían congelado la zona de sus relaciones con Bolivia. Olvidaba –y no debía olvidarlo nunca-, que la diplomacia nacional y la "experiencia de nuestros mejores estadistas", habían costado ya a la patria, dos terceras partes del territorio originariamente boliviano. Ignoraba que este solo hecho era suficiente para que la simpatía o la consideración internacional deferidas a nuestro país, no descansaban sobre ningún fundamento interesante para las naciones vecinas. No sabía que la robustecida existencia de los grandes privilegios individuales, servidos con diligencia realmente patética por nuestros "hombres de Estado", habían definido una concepción despectiva sobre este gran pueblo libertador de América, pero que era considerado no más que como un hato de indios bestializados por la servidumbre, incapaces de rectificar la enorme injusticia del enfeudamiento nacional en provecho de otros indios tiránicos y embaucadores, como Patiño y como Aramayo. No conocía, en manera alguna, el cúmulo de prejuicios peyorativos y denigrantes que los propios explotadores económicos del país, crearon durante tres o cuatro décadas de folletinesca información sobre Bolivia, "el país congelado en las cumbres andinas, inhabitable para otros seres que los indios, hermanos gemelos de las bestias"*.

---

* *Es interesante comparar este retrato con aquel que Augusto Céspedes hizo de Salamanca,* El metafísico del fracaso *(1973): "La desgracia del mal crónico (estenosis del píloro) que atormentaba al talentoso ciudadano infundió a su alrededor una especie de temor sagrado y su austeridad creó el respeto del vecindario de Cochabamba, ciudad de picúreos, escépticos y socráticos que por primera vez reconocían a un ciudadano el derecho a su aislada superioridad sobre el nivel común (...) Asceta del yermo, cuervo subjetivo, cartujo abstractivo, patriarca indígena vestido a la europea. Salamanca es un ser estrangulado por una flacura inquietante, de estilo yoghi. Esa flacura alcanza en su fisonomía extremos que denuncian, en sus vértices agudos y desapacibles, el signo de un milagro que dá movimiento a esa síntesis orgánica. Todo su cuerpo conspira para reducirse al mínimum de vida vegetativa. Casi desaparece bajo el abrigo de pliegues verticales que cuelgan sobre la sombra. El ave vital, a punto de huir del tronco doblado y áspero, se ha quedado enjaulada en los huesos del cráneo. El rostro, sombrío del pensamiento, revela en un rictus inexorable el mal que consume a este hombre, mortalmente herido por la saeta filosófica que es como la del amor: "si se la quitan se muere, si se la dejan lo mata". (...) La faz no está limpia de tempestades: tortura la boca y las mejillas, un gesto que denuncia un largo malestar físico. Pero su mal es ante todo cefálico. Salamanca está enfermo de ideas viejas. Como un tuberculoso que se autocombustiona mantiene su enfermedad mental a costa de su vida". La tesis central del libro de Céspedes es que además Salamanca estaba poseído de un "complejo de culpa" desde que como ministro de Pando firmara la aprobación del tratado de Petrópolis (1903), cediendo el territorio del Acre al Brasil. (M.B.G.).*

Tampoco estaba enterado, naturalmente, de que todas estas negativas reacciones del extranjero actuarían funestamente en el curso de la guerra, a la cual iba Bolivia huérfana de toda vinculación política, diplomática y económica con todos los países del orbe... La historia oficial de las guerras, conforme a la cual no se requiere más que de unos cuantos héroes y algunos miles de soldados, para obtener victorias, estaba en vísperas de ponerse a prueba.

* * *

Soldados y oficiales próximos a partir hacia el remotísimo teatro de operaciones, forman y desfilan entre aclamaciones de unas muchedumbres que no sienten la intensidad gimiente de la guerra, si no la literatura falsaria y desvergonzada con que se ha preparado esta contienda, como un gran negocio prolongado por una decisiva propaganda periodística. En Cochabamba, la ciudad de tránsito entre los llanos calientes y las sierras tónicas de frío de nieve y sol, un regimiento de caballería recibe las bendiciones católicas que el obispo español de la diócesis, dedica en latín a las gentes cuya inmensa mayoría habla quechua. En este regimiento, forma el teniente Busch, que comanda una sección de ametralladoras pesadas. Casi nadie le conoce aquí, donde ha vivido tiempo antes, entre las privaciones y los trabajos característicos del oficial subalterno. Ha concluido la misa de campaña, en que la unción que efunde el mito religioso conmueve a las humildes gentes tan cercanas a la partida. Soldados y oficiales a quienes angustia esta señal de la ausencia. Mujeres del pueblo, cuya entraña se enternece de piedad materna junto a estos adolescentes arrastrados por un sino confuso e inobjetable, en cada uno de los cuales contemplan, con las pupilas del corazón, al hijo que también habrá de ausentarse.

Las clases adineradas hacen acto de presencia en esta ceremonia sin riesgos económicos. La representan frívolas muchachas luciendo trajes y tocados excepcionales. Desempeñan, aquí, funciones auxiliares del ministerio católico. Distribuyen medallitas con imágenes de santos y santas, "detentes", escapularios y otros amuletos con que la religión quiere acompañar y defender a estos futuros combatientes, a precio de que ellos reafirmen sus creencias. Tímidas e irresolutas, como cumple a las nociones medioevales de la moral en que están criadas, se acercan a los oficiales, y les adornan las blusas con los sagrados colgandijos, balbuceando palabras entrecortadas, enrojeciendo pudibundas, temblando, también, de una profunda emoción amorosa junto a estos fuertes varones que han de alejarse de ellas acaso para siempre. Los soldados, casi todos los cuales pertenecen a las capas indígena y mestiza, son objeto de distribución global de estos regalos mágicos.

Un oficial ha sido, sin embargo, olvidado por las donantes de objetos que protegen contra la muerte y contra la adversidad. Ese oficial, el teniente Busch, cuyo uniforme está desnudo de toda huella de la obsequiosidad religiosa. Los ojos

de una mujer del pueblo, sorprenden esta pequeña injusticia de la casualidad y de la turbación femenina. Es una chola, concurrente a la ceremonia, como las demás de su clase, con la fuerte emoción instintiva con que el pueblo percibe las desgracias colectivas. Su innato rencor contra las clases adineradas cuya delegación invisten las muchachas, brota en protestas e injurias que dedica a las damiselas olvidadizas. Y en el gesto igualitario e instintivo de la carne que sufre inmemoriales olvidos e injusticias, desprende un "detente" viejo que ella usa en el jubón, y renunciando al supersticioso apego que su inferioridad siente por el mágico signo, lo pega con manos temblantes de ternura, en el pecho del oficial que ella no conoce. El siente que, de nuevo, es una mano de gente humilde y anónima la que se interpone entre la adversidad y su existencia, maquinalmente movida en amparo suyo. Porque aquí, en esta misma ciudad de industriosos mestizos y fuertes labradores, un brazo de obrero le arrancó a la muerte, años atrás, evitando que le arrollase un tranvía. El "detente" le acompaña, con el doble signo protector de la magia y del cariño, a través de toda la campaña. Nunca se le extravía, ni de él se desprende cuando la indeclinable exigencia de la guerra le veda toda atención a sí mismo, el "detente" se recubre de las móviles y pálidas masas de piojos que acompañan al soldado, y que convierten la piel del hombre en una terrible vestidura de suplicio. Busch le libera de esta ignominia y le conserva pegado al cuerpo. Cuando la paz liquida la tragedia, el "detente", descolorido, raído, sucio e insignificante, sigue cosido al uniforme de Busch.

En los primeros días del ventoso agosto, -el 9-, parte el Regimiento 6° de Caballería, camino al Chaco. En él revista el teniente Germán Busch, que no olvidará nunca esta unidad en que inicia su vida de soldado en guerra. Comanda una fracción del regimiento, que pronto se insumirá en el mar de dolor de la contienda. El tren les conduce hacia la frontera que saben acribillada de balas, de granadas, de muerte.

Pero, de pronto, esta marcha fragorosa de la locomotora acalla sus ímpetus y sus rumores triturantes. La tropa se ha detenido en Oruro, durante diez días, por orden del presidente Salamanca... ¿No se rumora que en el Chaco, las tropas combatientes, demandan auxilios con angustiosa prisa? ¿No es verdad, acaso, que la guerra ha sorprendido a Bolivia con pequeñas fracciones diseminadas en un interminable frente de fortines poco menos que deshabitados? ¿quién afirma estas versiones, desmentidas por esta paralización súbita en la marcha de los refuerzos que salvarán por lo menos esta primera etapa de la tragedia?

Oruro se halla colmado de tropas equipadas para seguir viaje al Chaco. Tarija rebalsa de soldados y oficiales, parados también por el freno ubicuo de esta orden que ha suspendido las férreas palpitaciones de esta premiosa organización guerrera. Entre Ríos, Villazón, Villa Montes, Ballivián, Guachalla... todos los puntos de descanso de las tropas que avanzan hacia el frente sin

soldados, aquietan el ritmo lento de este fluir de carne indígena y mestiza, hacia las llanuras bajas y cálidas... pero en ese frente pelean otros soldados, a los cuales copa la superioridad numérica del adversario. Sacrificios inverosímiles, resistencia poco menos que suicida, no logran conjurar la catástrofe que avanza inexorable sobre estos combatientes raleados y solitarios, para quienes demora el auxilio.

Los primeros partes de la contienda llegan insistentemente hasta el Palacio Quemado, en que hormiguean los conductores de la guerra. Escasez de víveres, miseria de municiones, deficiencia de armamentos, falta casi absoluta de auxilios sanitarios... Esta es la voz acusadora, todavía inconscientemente esperanzada en las enmiendas oportunas, que habla desde el Chaco invadido. Los cablegramas cifrados, desde el exterior, traen, así mismo, el eco de impotencia de una diplomacia irresponsable, huérfana de visión aguda y certera, mutilada lamentablemente de toda antena captatoria de la realidad. Todas las naciones del Nuevo Mundo expresan su disconformidad con esta complicación fronteriza, e inculpan a Bolivia de haber provocado la guerra. La sindican, inclusive, de servir intereses de la Standard Oil, la más repulsiva organización internacional explotadora y extorsionadora de pueblos, de Estados y de continentes. Una ola de repudio y de condenación se alza contra el país que defiende sus fronteras. En las misiones bolivianas del extranjero, los agentes del gobierno apenas atinan a transmitir estas informaciones que constituyen la condenación de esos mismos agentes, cuya impericia, cuya negligencia, cuya miopía y cuya impreparación o cuyo egoísmo sin amor patrio, determinó este movimiento aislante y estrangulador que ahora denuncian. Ninguno de ellos repele, siquiera, la infamante calumnia de que Bolivia guerrea financiada por los petroleros yanquis y para provecho suyo. En sus almas ha penetrado la cobardía, helándolas de temor ante imaginarias e imposibles represalias. Ninguno de ellos pone a riesgo su persona, su nombre o su situación para defender la patria contra esta ofensiva que es mucho más dañina que la de los invasores.

En el Palacio Quemado, los ministros arrogantes, los consejeros ignaros, los parlamentarios semianalfabetos, se aterran... Ninguno de ellos atrapa las ondas profusas que denuncian traiciones, movilización subterránea de elementos adversos a la patria, viajes, cabildeos, tenidas de aquelarre financiero, actividad extraordinaria de personajes vinculados con las grandes empresas económicas extranjeras. Todos ellos admiten, solamente, como realidad, esta superficie lamentable en la que nadie ahonda la mirada para conocer las dimensiones, el espesor, la profundidad, la temperatura del problema. Entrecruzanse, en los pasillos de la Casa de Gobierno, ministros desconcertados y tartajeantes, parlamentarios de patética ignorancia, consejeros mondos de conocimientos, con abogados de la misma firma aludida por la calumnia lapidaria, con

vendedores extranjeros de armamentos y pertrechos bélicos, con proveedores, así mismo extranjeros, de víveres y vituallas. La atmósfera de mediocridad hase adensado en el foco nervioso de la guerra, impidiendo percibir, siquiera, el riesgo de dar acceso hasta las alturas gubernativas, a este bajo mundo de traficantes de guerra, de traidores, de espías, de entregadores del país al dinero internacional.

Entre tanto, el Chaco transmite el martilleo destructor de vidas, demandando auxilios instantáneos. Y las legaciones en el exterior, reiteran sus gemidos abrumados ante el propio fracaso... ¿cómo ha de responderse a estas emergencias que no ha previsto ninguno de estos "experimentados hombres públicos" cuyo aprendizaje y encanecimiento en la burocracia cuesta tantos millones de pesos al pueblo?

El pavor de los gobernantes no puede pasar desapercibido para el pueblo. Aquellos lo reflejan en el cambio súbito de su gesto ayer autocrático y omnipotente, amenazador y brutal, y hoy aturdido, miedoso, indeciso. Las primeras defecciones arrojan algunos grumetes del barco hacia las costas en que vive el pueblo, aislado del gobierno por un océano de supercherías y falacias democráticas. Estos dispersan las versiones alarmantes. El pueblo, cuya carne más joven y amada se ha llevado a este sacrificio inevitable, masculla protestas. Y, entonces, la irresponsabilidad que es compañera inevitable de la ignorancia, plantea las oscuras y suicidas razones exculpatorias. Del seno mismo del gobierno, con o sin conocimiento del Presidente que agota su dolor y su pesadumbre en el aislamiento de las noches insomnes, de cuya sombra surgen las revelaciones de esa realidad que no vieron sus ojos detenidos en el embeleso de las grandes ficciones doctrinarias, del seno de ese gobierno que traiciona la austeridad conciencial de Salamanca, surgen los hechos que, en vez de amenguar el desastre, lo agravan por obra de la indecisión con que la incapacidad, la inepcia, la vanidosa suficiencia, sellan, una tras otra, todas sus determinaciones.

Para entibiar las calorías que alcanza la indignación del pueblo contra el gobierno, se inventa la burda droga que, a fin de cuentas, intoxicará a la muchedumbre, lo mismo que al gobierno que a esa droga confía su salvación perentoria. Los reveses del Chaco, son debidos, en absoluto, a la impreparación de los comandos, a la cobardía de los oficiales, a la estupidez racial del indio, a la felonía incorregible del mestizo. Esta versión aniquiladora de toda esperanza, está creada por el propio cenáculo de supremos personajes próximos al presidente Salamanca. ¿Qué les importa a ellos que el pueblo desfallezca en su moral combativa, y que, siéndole imposible salvar las contingencias de un comando inepto y de una oficialidad cobarde, prefiera rehuir su concurso a la defensa nacional? ¿Qué les importa destruir el ejército, en cuya mayor respetabilidad pudo apoyarse con ventaja la fe del pueblo que iría a sacrificarse en el Chaco?

La bobería gubernamental empavorecida, no alcanza, siquiera, a señalar otros argumentos menos expuestos a volverse contra ella misma... Si estos comandos y esta oficialidad son inútiles, si este pueblo es de una irremediable bajeza moral e intelectual, ¿por qué no se corta en seco el proceso de esta contienda predestinada al desastre? ¡Ah!... Pero esto sería condenarse a la destrucción automática. Porque la guerra comienza ya a consolidar el gobierno en sus bases autoritarias, que reprimen todo intento rectificatorio de esta política en que la pedantería preside todas las decisiones.

La pedantería y el miedo que es hermano siamés de la ignorancia. Por miedo a las complicaciones internacionales que vaticinan los agentes diplomáticos, toma una medida que, como todas las que en adelante señalarán la acción gubernamental, empujan el país a la catástrofe. Ordena la suspensión drástica de todo auxilio a las tropas que combaten en el Chaco. Pero no ordena que estas detengan el fuego. Las sacrifica llanamente con una carencia increíble de juicio exacto de las necesidades nacionales y de las internacionales. Sus representantes diplomáticos nada piden a los gobiernos que desaprueban la contienda, para que estos influyan en el sentido de que el invasor detenga también su avance, sobre tierras bolivianas.

La tragedia va, de este modo, atando todos los hilos de la fatalidad en un haz irrompible con que envuelve a Bolivia y se convierte, rápidamente, en un instrumento de los intereses creados que, a su vez, amamantan su hambre famélica, en la ubre sangrienta de la guerra.

La ambivalencia de dos opuestos sentimientos aflora en el espíritu del gobernante. De un lado, una fe ciega en las virtudes tonificantes de la guerra, fe que es, también, la manifestación de un secreto orgullo racial que en él provocan en las calidades de su pueblo, cuya historia y cuya prehistoria reverberan de lumbre admirable. De otro lado, un miedo desconcertante, obra de su complejo de inferioridad respecto del extranjero. En él se plantea el oscuro conflicto de su emoción y de su racionalismo. Con la emoción alimenta su confianza en el triunfo de la raza, cuyo vigor adivina y siente, en forma instintiva, pues hay en él un subido porcentaje de raza nativa. Por eso cree en el triunfo de Bolivia, por eso acepta la guerra como un medio de acrisolar el alma nacional, devolviendo la estrategia primitiva con que superó la esclavitud, la traición, todas las calamidades, en el pasado. Pero con la razón multiplica sus titubeos, sus vacilaciones, sus temores. Porque él, que biológicamente es un producto racial acentuadísimo, intelectualmente es un producto extra-racial. Su cultura humanista y racionalista le hace concebir como admirable la democracia francesa, como ejemplar el parlamentarismo británico. Y esta cultura se superpone a los ricos fondos emocionales de su alma en que hay atisbos del mesianismo de Manco Kapac, subrayado por las manifestaciones de pasividad en el sufrimiento, de resignación inagotable ante la adversidad,

que son características del pueblo aborigen que se ha refugiado en un sereno fatalismo, huyendo a la terrible persecución colonizadora. Y en el espíritu de Salamanca, esta superación de racionalismo europeo, determina la presencia de un sentimiento de inferioridad que encubre fulguraciones de altivez indomable, traducidas por el habla irónico lacerante característica en el estilo escrito o verbal del político y del hombre de gobierno.

En resumen, Salamanca es un arquetipo del pueblo boliviano anterior a esta guerra del Chaco. Interiormente animado y estimulado de un orgullo que tiene sus raíces en la emoción racial y subconsciente, se muestra, exteriormente, tímido y escrupuloso con todo lo que huele a formalismo, a legalidad, a normas convencionales, vale decir a cuanto está calcado de la cultura europea ochocentista, vieja y fracasada, inadaptable en Bolivia, donde ha sido preciso enclaustrar las juventudes dentro de programas culturales deficientes y pasatistas, para encadenar estas nativas energías en que se embebe el sentimiento nacional, máxima fuerza del pueblo, como que es sólo ella la que ha sostenido, por encima de las adversidades, incólume, la conciencia de la patria, víctima de traiciones, de mutilaciones, de humillaciones.

La parálisis de la movilización,* determina, por cierto, consecuencias. En todos los sitios en que las tropas que marchan al frente de guerra se han detenido, hay amagos de fuerte indisciplina. En Oruro, Busch, -que ha incorporado su persona en la masa de la soldadesca-, tiene que decir palabras de conjuro sentimental a los milicianos que murmuran, sordamente, reiterando su lema de abandonar el encierro cuartelero, para ir "a la calle o al Chaco".

Diez días después, las arduas reflexiones presidenciales deciden la continuación de esta actividad defensiva que fuera suspendida inconsultamente. Las tropas renuevan su marcha. El regimiento acantonado en Oruro, parte, al fin, entre música y ovaciones del pueblo, que como en Cochabamba, colma las manos de los soldados y los oficiales, con una obsequiosidad tierna y previsora, de viandas, de frutas, de dulces, de dinero.

Trenes atestados de tropas que visten, todavía, el grueso paño reglamentario en las zonas frígidas, llevan esta carga de carne juvenil a través del altiplano, única zona boliviana en que los gobiernos han construido ferrocarriles. La

* *Corrobora a este propósito Aquiles Vergara Vicuña en su Guerra del Chaco (1941) "Y Bolivia creyó gozosa que su rival se avenía, por fin, a una reconciliación prudente, y el presidente Salamanca a su turno, dejándose arrullar por esta alada esperanza produjo, al parecer con la anuencia del Estado Mayor General, el error máximo de su gestión, el que bien puede servir de cúspide en la trayectoria de sus desaciertos: haber ordenado perentoriamente suspender la complementación de las medidas de seguridad estratégica, ya previstas y aún ordenadas y lo más peligroso e irremisible en cuanto a consecuencias, detener en Tupiza y en Tarija los refuerzos que venían aproximándose a la línea de fuego que su propia y omnímoda voluntad había creado, cierto que a destiempo y sin la preparación requerida, pero que podía haberse salvado si hubiese mediado ininterrumpidamente un vigoroso y entusiasta esfuerzo desde la retaguardia. Pero con esta determinación que comentamos, el desastre amenazó con tornarse irremediable, cuasi definitivo, y sus múltiples y graves derivaciones, especialmente las de índole psicológica, siguieron pesando sobre el Ejército y sobre el conglomerado nacional todo, como una lápida sofocante hasta el final de la contienda". (M.B.G.)*

aridez de la pampa frígida, se tiende hasta el horizonte, a la distraída visión del soldado que va soñando sueños melancólicos, en que asoman rostros familiares y amados, infaltablemente humedecidos de lágrimas que la despedida no pudo contener en los ojos femeninos. Busch evoca las imágenes de la esposa y de los tres hijos que ha dejado bajo el problemático amparo del Estado. Su conciencia reposa en la esperanza de que el gobierno asista a estos cuatro seres que comparten la vida con él, mediante un centenar y medio de pesos, que es todo cuanto suman los haberes del oficial para atender a la subsistencia de su familia.

Sobre las extensiones del páramo andino, que las aplanadoras del viento han mutilado de aristas y colinas, nivelando las extensiones difuminadas en la lejanía, se alza una vegetación rampante o hirsuta de tolares, de yaretales, de campos que se abrigan con el desflecado cobertor de la paja puneña. El ferrocarril hiende, casi siempre en línea recta, esta quietud fría, ventosa, imponente, de una lucidez solar inverosímil, que llena el espacio; entre la planicie alzada a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, y el cielo cuyo azul se planifica gozoso y transparente, con una emocionante proximidad a la tierra. De tiempo en tiempo, se hierguen, subitánea, siluetas de picos nevados que asoman, en el confín de la pampa, como para mirar este fragoroso culebrear del tren que les despierta de un sueño de siglos, y vuelven a perderse, igual que reclinándose sobre sus almohadones de nubes, para volver a dormir en la eternidad.

Bajo esos picos nevados entre las mismas vísceras graníticas de las montañas gigantescas, hormiguean como gusanos subterráneos, los hombres semi desnudos, flacos, miserables, arrancando con ansias, los metales del inmenso macizo andino. Cientos y miles de indios y de mestizos, han condenado su vida a exterminio prematuro, encadenándose a las tremendas leyes del trabajo minero, en fríos glaciales en que la vida se congela. Todos ellos forman, sin saberlo, un mundo esclavizado que, sin embargo, mantiene la prosperidad del mundo de la civilización. Siempre se ha mantenido en el misterio este hecho de leyenda, conforme al que estos anónimos indios y estos oscuros cholos de Bolivia, envisten la suprema categoría de sostenedores heroicos y gratuitos del poderío metalúrgico del universo. Ellos que nada reciben, si no la lenta muerte de la depauperación, o la súbita muerte del accidente, alimentan las fauces de todas las fábricas maquinistas del mundo, hinchando a este de grandezas prodigiosas que afirman el progreso humano, con el poder de la locomotora, con el sibaritismo del automóvil, con la vitalidad acuática del barco, con la productiva complejidad de las maquinarias industriales. Todo este mundo ruidoso e inquebrantable deglute montañas de minerales que las manos cobrizas y ásperas del indio y del cholo arrancan a la montaña andina. Y este portento ignorado del mundo, se realiza en el silencio augusto, en la soledad nevada, en la dimensión de siglos que tienen estas altitudes coronadas por el sol del mito inca, sol pródigo y vital que equilibra como un calefactor

maravilloso, la inclemencia inhumana de los fríos que exhalan estos abismos cuyas bocas se colman de una salivación de hielo.

En el agrio vivir de las oquedades abiertas por la dinamita que persigue las venosidades estañíferas del granito, se agotan cientos y miles de existencias humanas. Esta es una suerte de infierno, del que nadie retorna a las plenitudes de la existencia, porque consume las energías materiales y doblega el alma, en la tiniebla húmeda, ponzoñosa y corrosiva de las profundidades terráqueas en que se destilan todas las ácidas amarguras del mineral.

Muy pocas criaturas humanas pueden considerarse beneficiadas con este inmenso producir de riquezas que se elabora en las entrañas de la mina. Rubios y extraños capataces, patrocinan este laboreo infatigable, que no reposa ni de noche ni de día, pues las muchedumbres fatigadas y en proceso destructivo, realizan turnos para no paralizar el trabajo que demanda el hambre de maquinarias de la humanidad. Bajo la mirada clara de estos hombres ignotos, venidos de remotas regiones bajo la alucinación de grandes sueldos, desarrollan la mecánica múltiple y armoniosa de sus músculos que acompasan el ritmo de las horas, con el movimiento isócrono del golpe de pico, con el del buido tornear del barreno, el de la genuflexión de las palas. Desde que sale el sol, hasta que se oculta, -sol que no ven ellos, y de cuya presencia se enteran por el trompeteo de las sirenas que cambian los turnos de día y de noche. Ninguno de estos seres ha visto el sol si no accidentalmente desde que ingresa en el averno de las bocaminas. Los que trabajan de día, se descuelgan hacia los fondos huraños y duros antes de aclararse la aurora. Los que trabajan de noche, duermen durante las horas solares. Miserables salarios, matemáticamente calculados para las estrictas necesidades de la subsistencia, pagan está labor que produce montañas de oro, y que, silenciosa y anónimamente ha conquistado el imperio absolutista de la industria estañífera, bajo cuyo mandato se inclina el mundo. Un hombre sólo está en imagen, aquí, igual también que un dios, porque ninguno de los obligados y silenciosos adoradores que labran su grandeza y su omnipotencia, le conoce. El mora en Europa, entre palacios y oficinas en que reina su voluntad estrecha y su inteligencia sórdida y egoísta. Y desde allí, gravita sobre la vida entera del país, prepotente a fuerza de artificios, imperioso a fuerza de esclavizar y locupletarse con el trabajo de las muchedumbres, intangible a título de un poder embustero y falaz que él y sus taumaturgos abogadiles, forjan a base de exaltar el don aniquilador del oro, que este hombre monopoliza con mil manos, hurtándolo al hambre de sus semejantes, a la necesidad de conservación de su patria, a la urgencia defensiva de su pueblo que padece humillaciones internacionales porque su miseria le imposibilita para superar las encrucijadas de la ambición o de la codicia extranjeras.

Cuando el ferrocarril se detiene, comienza a revelarse a los soldados, el inmenso poder del engaño con que este hombre impera sobre la nación.

Esta revelación penetra en la conciencia del individuo a través de la carne, lacerándola, sangrándola, enterneciéndola con el ardor, sensible y torturante de las ampollas que inflan la piel, machacada por el andar a través de llanuras, por el trepar escarpes y farellones de acuchilladoras rocas, quebradas en aristas inmóviles. Porque el resto del territorio patrio que deben atravesar estos hombres, camino del frente de combate, carece de ferrocarriles. Los rieles no pueden llegar hasta aquí por la pobreza del país, cuya entraña costosa y munífice, convertida en metal fino, se va irremesiblemente a Europa, donde la alquimia mercantilista la convierte en oro, que se almacena en los bancos extranjeros, a órdenes del usuario monarca de las industrias bolivianas, todas ellas concentradas y pendientes del unicato de la explotación mineral. Pero allí donde se alimenta el reinado indiscutido de este hombre voraz y terrible, desconocido e inclemente como un dios maligno; allí donde hay minerales, los ferrocarriles se multiplican hasta para el exclusivo uso particular de los industriales afectos a este sistema devorador y succionante de la minería. Largos convoyes que transportan metales, y que apenas disponen de dos o tres coches para pasajeros, explican el porqué de esta singularización territorial ferrocarrilera, que por nada puede avanzar a los faldíos agrícolas, a los llanos ubérrimos, que manan miel y petróleo, que alborotan de boscosidades interminables su periferia jugosa de todas las potencias vegetales. El hombre y su hambre, el pueblo y su destino próspero, nada importan para la codicia de esta monarquía minera, que ha impedido, a fuerza de apropiarse de todo el poder económico boliviano, extender las vías ayuntadoras y fecundantes de los ferrocarriles, hasta las zonas en que no hay minerales que interesen a la industria monopolista y exclusivista, aún en las propias latitudes productoras de metales, los trenes no alcanzan a servir las necesidades de transporte del hombre, mientras amplían recursos para la conducción del estaño, del plomo, del wólfram, del bismuto, del antimonio, camino del mar, hacia la Europa que ha esclavizado, a su vez, al monarca, con el imperio deslumbrante de los títulos nobiliarios, de la publicidad rastacuera y costosa, y de la admisión en las esferas de la vida que el antiguo mestizo proletario no podía imaginar como posible en este mundo en que vivió hasta sentirse proyectado por el milagro del metal boliviano, hacia planos inalcanzables.

Y así, la tropa que marcha a defender la patria, -una patria que hasta ahora sólo va demandando sacrificios y no otorga recompensas-, siente la inmensa miseria de su tierra a la que se ha vedado todo auxilio, mientras se ha otorgado cuantas riquezas pueda ansiar un cerebro maniático de grandezas, a un solo hombre. Etapa tras etapa, esta multitud uniformada, supera distancias que el cansancio hace más largas. Durante toda la guerra, se ha conducido tropas a pie, postergando el auxilio demandado con angustia por los combatientes en eterna privación de víveres, de agua, de armas, de fuerza humana. Sólo

estos hombres de hierro que produce la montaña nevada, el valle agrícola o el llano que es un inmenso teatro de entrenamiento en la pelea con la naturaleza, pueden sobrellevar con energía estas exigencias bárbaras de la distancia yerta, tan pelada de vegetación como de auxilio. Sólo este pueblo que ha sobrevivido a todas las calamidades, y que al concluir la noche de una tragedia se levanta fortalecido por la esperanza viva y la conciencia de superación de sus fuerzas gigantescas, no sucumbe en estas jornadas que la civilización, -allí donde ella no es entorpecida deliberadamente por la codicia dominadora y esclavizante de los magnates del oro-, ha suprimido con el auxilio del motor que devora leguas y acarrea masas de humanidad.

La marcha vence las fronteras lejanísimas de la cordillera, y se insume lentamente en el descenso hacia las llanuras del Chaco.* Entre estas y las montañas de nieve, la faja pródiga de frutos y mieses de templada atmósfera, les detiene breves horas, con la caricia edulcorada y emotiva de sus poblaciones cordiales, de sus caseríos agrestes y hospitalarios, de sus ciudades adormecidas por siglos de quietud colonial, en aislamiento somnífero de la cultura, del progreso, de la angustia próspera que impele a lucha y a victoria, los pueblos desentumecidos de esta tibia anquilosis que el interés de los menos ha perpetuado a mérito de paz, de orden, de conservación resignada de los módulos viejos, impresos por la conquista ibérica en las amplitudes autóctonas de la tierra generosa y dulce, habitada por el hombre indestructible por el trabajo y por las privaciones.

Esto que ahora contemplan los ojos de Busch, con una inexpresable emoción sonriente en los labios, emoción despertada de milenario sueño que heredó a su progenie, es una ciudad entibiada por auras balsámicas, que concentran sus esencias campestres en los campanarios dorados por el tiempo, como en los estambres de la flor madura que es la ciudad. Por las calles angostas, cicatrizadas de baches, presas en el marco polvoriento de los muros que se adelgazan con el tiempo, deambulan gentes que, por primera vez, conocen este tráfago hasta ahora risueño y emocionante de la guerra. Ciudad alzada casi en la linde misma de la tierra en que el frío y el calor pactan el dominio medianero de la atmósfera, se sacude ahora en los primeros temblores del

---

* *Juan Antonio Osorio en su Entretelones de la guerra del Chaco (La Paz, 1973), ofrece un cuadro ilustrativo de las distancias que debían recorrer los conscriptos bolivianos para llegar al frente: "Las tropas bolivianas, desde el altiplano hasta las llanuras del chaco deben recorrer 800 kilómetros de ferrocarril hasta Villazón y luego más de 1.000 kilómetros, en su mayor parte de malos caminos y atravesar arenales intransitables para convoyes. Los soldados paraguayos para salirles al encuentro y enfrentárseles, sólo deben salvar 320 kilómetros. Los bolivianos, pues, deben caminar seis veces más. En materia de transportes, la tonelada de carga, desde el altiplano hasta el Chaco, significa para Bolivia, un desembolso de sobre poco más o menos, Bs. 1.140; el mismo peso cuesta al Paraguay unos Bs. 115. Bolivia debe gastar, pues, 9 veces más para trasladar hasta el frente igual cantidad de carga... Bolivia debe pagar por cada soldado movilizado hasta el frente 6 veces más... Tiene que calcular un tiempo 4, 5 veces mayor que el Paraguay. Contémplese con serenidad este cuadro, calcúlense las desventajas y dificultades reales bajo las cuales Bolivia entra en la brega". (M.B.G.).*

encuentro con el resto de la patria. Su población de escasos artesanos, de una clase media raleada y de labradores suburbanos, guarda un viejo respeto por los cuatro o cinco grandes señoríos sostenidos en el pedestal del inveterado latifundismo que prohija ésta atonía conformista de la población. Bajo los tejados de barro bermellón, dormitan los hábitos coloniales, la religiosidad hecha de castidades, disimulo e impulsos reprimidos, el culto un tanto risible de las castas familiares, el comadreo impenitente y alusivo. Cien años atrás, era la ciudad fuerte, generosa de esfuerzos libertadores contra la dominación ibérica, la urbe fronteriza, apasionada y vehemente de amor a la nacionalidad autonomista. El aislamiento hale reducido al dejarse vivir, bajo la égida de las añejas costumbres, que perpetúan el dominio de unas cuantas familias propietarias de anchas regiones agrarias. Ahora, la guerra que vacía poblaciones íntegras del resto de la nación, la enfrenta con un hecho insólito. Es la guerra con columnas de carros motorizados, con aviones, con artillería, que también ofrece el espectáculo tradicional y legendario de las tropas andando a pie a través de leguas interminables, en una confusa mezcla de modernidad y atraso ante la que esta población como detenida en el contemplar de una fija visión de cosas heroicas, un tanto inverosímiles, se conmueve íntimamente, con cierto escepticismo ante lo inesperado pero no se incorpora en la tragedia con un sentido avasallador. Deja así, pasar las tropas, como si esto no le interesase más que por la movilidad objetiva que anima los panoramas tranquilos y dulces de la ciudad secularmente apacible. Efecto inmediato es esta curiosa insensibilidad, de la vida feudal que ha restringido las ansias del espíritu público, limitándolas en el marco de esta vida cuyos extremos están fijados por una especie de *isleñismo* propio de las poblaciones olvidadas por el aliento del progreso, y que se resignan a mantener un tipo transnacional de vida colectiva, sin problemas, sin protestas. Y así se prolonga el predominio del señor sobre las masas campesinas, que teniendo cuanto hayan menester para alimentarse con los productos del campo, no sienten el acucio del mejoramiento que no conocen, y que conciben tan lejano como alcanzable solamente por el abandono de estas tierras hasta las que jamás llegará el mago de las supremas alteraciones que esparce bienestar sobre todas las criaturas.

Los soldados del regimiento 6º de caballería, se acuartelan en los claustros de una vieja casona en que hasta ayer había escolares y maestros. Un solo establecimiento gerentado por cierto extranjero, hace de mesón, de fonda, de posada, de garito, de hotel, de restaurant. En él se llena, incómoda y protestativa, la multitud foránea de funcionarios movilizados, de periodistas en misión especial, de altos jefes militares, de autoridades civiles y guerreras. El hostelero prodiga licores finos a precios inverosímiles, explotando esta creciente indiferencia con que el hombre en camino de la guerra, considera el dinero, arrojándolo a manos llenas en busca de una plenitud aturdida y ruidosa de la vida que ha caído bajo el signo de lo imprevisible.

Las necesidades del frente de operaciones, demandan el rápido viaje de este regimiento 6º de caballería, que sale de la ciudad luego de dos días de descanso. Y ahora es el serpentear del camino, en un descenso vertiginoso hacia los llanos inmediatos. Esta ruta es un lazo arrojado de la cumbre, en la espiral rauda cuyo extremo se anuda en la selva chaqueña, como queriendo retenerla atada al macizo andino. Por la vía enroscada en el faldío gigantesco, bajan los camiones ululantes, igual que despeñados en el terror de una caída en que sus motores sostienen el alarido interminable de las hélices entre cuyo cordaje imposta el viento el eco de sus flautas montaraces. Sobresaltan los ojos, estos abismos por cuya ceja se escurren los carros, agarrados por sus ruedas al camino blando y polícromo de la tierra tajada por la milagrosa herramienta de zapa hendidora del estrato pizarroso, de la greda que mancilla el monte bajo con la tiña estéril de su lodo pegajoso, de la tierra cascajosa y fácil, escurridiza e insegura. Es un penetrar sin término en el fondo, cada vez más abajo, cayendo y cayendo siempre, de modo que se diría ir en seguimiento de la más profunda y huyente región del mundo. La sierra asombra las pupilas con la mixtura del granito hecho polvo, y del mármol que desparrama los trozos límpidos de sus bloques rotos a dinamitazos en este camino que atraviesan los camiones traqueteando sobre pedregales marmóreos, mientras las extensiones laterales de la ruta muestran las vetas de la opulenta geología en que se machihembran las azulinas pizarras, el granito hierático, las masas calcáreas de las placas de cuarzo, las vetas anchas y espesas del mármol.

Las montañas repechan las serranías, en un arrugamiento interminable que jalona distancias en subidas y bajadas, hasta perderse en la lejanía. A derecha o izquierda, la visión tropieza únicamente con estos mirajes serranos, cubiertos de una vegetación de algarrobos, de cactus, de chumberas, de jarcas de molles perennemente verdes, de sotos achaparrados y duros, de pinos hirsutos, y de ceibos en soledad imponente, copuda y orgullosa. De las quebradas fluyen hilos de agua clara, que se escurre entre el malezal fresco y fragante, cuajado de florecillas menudas y sin pompa. Abajo, hacia las bases de la tierra, toda esta agua se busca, se encuentra, se agraza y se funde en un caudal claro y espumoso, que embriaga de humedad la diáfana elegancia, la fortaleza cimbrante y erecta, y el platinado follaje de los bosques de alisos, o el verdor melancólico y crepuscular de los sauces de cabelleras interminables.

Un día, y una noche, y otro día, siempre en camino hacia la guerra, hacia el punto en que sale el sol, comiendo de prisa en los paraderos en que la precaria asistencia deja insatisfechos a los hombres. Y en las madrugadas, antes de que el calor solar chamusque los cogollos de la arboleda, el despertar hacia las claridades matinales que señalan, siempre, el objetivo hacia el cual se vá.

* * *

500 KILÓMETROS, DE VILLAMONTES A FORTÍN MUÑOZ

De pronto, el encuentro con la ebullente fricción fluvial del río Pilcomayo entre las lajas de la gran garganta que marca el terminar de la sierra y el reino de las llanuras. Y el pasar esta riada honda, traidora y barrosa cuyos senos agitan los remolinos y turbiones que descoyuntan y ahogan. El pasar en los frágiles maderos colgados a una cuerda de acero que transporta hombres, animales y vehículos, lentamente, rozando las masas acuáticas, crujiendo siempre a punto de romperse, deteniéndose inesperadamente porque el aparato mecánico que tira esta desvencijada venesta sobre el agua, se descompone... En este semi balandro, han pasado el río más de cien mil hombres durante la campaña, apiñados y mustios, sin que fuese posible, si no en las postrimerías de la guerra, tender un puente sobre esta agua. Cien mil hombres, incontables carros motorizados, toda la artillería, todos los víveres, todos los bastimentos de sanidad y de munición. Detalle inverosímil de esta guerra, tema de acusación sin posible excusa, constituye este medio de transporte que no fue suplantado, desde los comienzos, y que subsistió a lo largo de la campaña, como un instrumento sardónico de sabotaje y de mengua del ejército, contra el cual no hubo un solo soldado que no maldijera, señalándole como a un enemigo... Los grandes estadistas responsables de esta guerra, los grandes estrategas, los grandes ingenieros asimilados al coronelato, nunca se molestaron en extraer esta especie de hueso atorado en la garganta del Chaco, que prolongaba diez veces el tiempo de todo transporte, que motivó la muerte de muchos soldados por la inseguridad estúpidamente no remediada en su funcionamiento. La "chalana" de Villamontes ha persistido, por eso, en el recuerdo de este pueblo que llegó al Chaco, con un valor nefasto y odioso. Ninguno de los gobernantes de aquel tiempo podrá jamás exculparse de la criminosa desidía con que permitió que la movilización humana y material exigida por la guerra, tropezara con este perpetuo obstáculo conservado por obra del primitivismo, de la incomprensión, de la ignorancia, de la negligente y egoísta despreocupación característica en los responsables de la guerra.

Detrás del río, los soldados hallan las construcciones de Villamontes, capital económica, burocrática y militar del Chaco. Hace un calor de forja,

bajo el sol o bajo la sombra de este mundo ardiente. Huronean por sus calles cuya tierra se calcina, los grandes y los pequeños traficantes de la guerra que comienza... proveedores de víveres, en su mayoría, estos hombres –casi todos ellos extranjeros- andan a la zaga de los generales que, con dos o tres excepciones, amparan sus preciosas vidas necesarias para la defensa de los grandes intereses particulares, en la comodidad harta y autoritaria de los servicios de retaguardia. Casi todos los generales que comandan estos curiosos y seguros cuarteles de abastecimientos, de etapas de transportes, han perfeccionado en Europa sus conocimientos militares durante largos años de permanencia en el Viejo Mundo. La prensa al servicio de la plutocracia, no ha dejado pasar ocasión de señalarlos como las lumbreras en perpetuo fulgor, del ejército nacional, que bajo la orientación erudita y omnisciente de los generales europeizados, podía estar cierto de ser una gran potencia en el continente.

La oficialidad no ha sido excluida por cierto, de la influyente sugestión de una prensa que jamás contó con que un inesperado suceso acaecido en un incógnito rincón del Chaco pusiese a prueba de certeza las inicuas supercherías con que adormeció al pueblo durante treinta y más años, con los embelecos de la enorme riqueza del país, de la habilidad y la donosura de la diplomacia, de la perfecta organización militar... Todo este andamiaje detrás del cual se pretendió ocultar y se ocultó la efectiva ruina del país, vínose abajo ante el estremecimiento tambaleante de la contienda bélica... La guerra, fue así, la suprema contradicción que creó, para su mal, esa misma prensa fatalmente predestinada a revalorar las mismas calamidades que se esfuerza en esconder.

Y bien. Aquí, en Villamontes, se radica el eje de la historia boliviana, en este momento inicial de la contienda. En ese eje, toma sus radios diferenciales, el semicírculo posterior de esta historia, o sea el pasado, que muere en las márgenes del río Pilcomayo, signo geográfico destinado a marcar la división del tiempo, mediante el señalamiento del área de la guerra. Ese pasado se simboliza, quizás con más fidelidad de la que es presumible, en la vieja y atascadiza chalana de mecanismos gastados y rotos, que pretende en vano dar la impresión de su utilidad y de su eficacia para este drama novísimo, exactamente como la vieja política boliviana se empeña en presentarse condigna del suceso. Hacia delante, el semicírculo anterior, apoya también su eje en Villamontes, de cuyas líneas laterales imaginarias, parten los radios que enmarcan el futuro, la nueva Bolivia. De Villamontes para atrás están las etapas, la retaguardia, la burocracia ahita de gollerías y ventajas, el aprovisionamiento que especula con la máxima necesidad nacional, el gobierno, los ministros nepotistas, la prensa, o engañada y amordazada, o corrompida por el oro extranjero. Delante de Villamontes, está el germen de la nueva Bolivia: el sacrificio, la batalla, la inmolación, la sangre, la muerte, la juventud. Y están el desierto y el enemigo, los elementos desconocidos que son básicos y entrañables de todo futuro. Y

está, igualmente, la oficialidad, la capa militar joven, aquella que no ha sido considerada aún por los sectores gubernamentales como digna de emplear sus armas en la defensa de los intereses particulares, en la represión bárbara del pueblo que alega sus derechos.

Por la ley dialéctica, ese pasado alimenta el futuro, lo provee de lo indispensable y sumariamente preciso para que subsista. Todo lo demás, lo pone, de sus mismas entrañas, el porvenir. Y ahora, en el instante que ninguno de los dos valoriza como sustancial y básico de la historia patria en germen, se encuentran el teniente Busch, y el general Julio Sanjinés, en esta demarcatoria población de Villamontes. Busch, comandante de un escuadrón de caballería que debe conducir hasta el cuartel general, a través del desierto ignorado. El general como comandante de etapas. Aquel, pidiendo forraje para sus caballerías y este dándolo, en funciones de abastecimiento económico de esta masa vital que se adentra en la guerra, mientras el pasado permanece a la orilla de Villamontes, insuficiente y medroso frente al enorme esfuerzo que demanda enfrentar este mundo sin geografía, sin historia, sin humanidad, que es el Chaco, pues él debe carecer de todo por ser un comienzo de una nueva existencia que el destino otorga a Bolivia.

Busch avanza profundamente hacia la guerra... Hiende medio Chaco, desde Villamontes hasta Fortín Muñoz, donde se asila el cuartel general. Catorce días de cabalgata, a través del desierto cuyos quinientos kilómetros recorre, disputando las vidas de sus soldados y sus caballos, al sadismo asesino del monte. Largas jornadas sin huella, a través de arenales que se prolongan bajo el boscaje reseco y anquilosado, buscando un pastizal que no se encuentra a través de días y días de marcha lenta, cansina, trasudante y monótona, entre la selva momificada por la sed. La caballada no sucumbe porque ella misma transporta maíz que consume a lo largo del camino yermo, inundado por océanos de una fina arena que la cremación solar ha convertido en impalpable ceniza. Estos arenales diríanse los más feroces enemigos de toda vida. Recubren el suelo en áreas inmensas, hinchándolo de fofas superficies en que el paso se hunde como en las ciénagas tragadoras de hombres y de bestias. La vitalidad animosa desmaya en el forcejeo sin término en que toda resistencia física se derrumba vencida por la sutil succión de las arenas. Diríanse verdaderos pantanos, con un poder de absorción irresistible, en sus ondas quietas y blandas, que se abren al contacto del pie y le aprisionan con la desdentada y tenaz mordedura de sus ingentes moléculas en ansias perpetuas de cerrarse entre sí, de reunirse, de hacerse sólidas y compactas como la masa de la tierra. Los arenales copan extensiones enormes que no puede marginarse con caminos orilleros, porque la ausencia del agua en esas latitudes es una condena irremisible a la muerte. De esta manera, el desierto, exige el dramático tributo de un andar torturante a través de la agotadora blandicie del arenal que no tiene término, porque

apenas atenúa el espesor de sus masas huidizas, se reproduce y se ahonda, como una gangrena de la tierra, cuya resistencia ha carcomido con la llaga seca de sus cauces colmados de estas esponjosidades blanquecinas y desintegradas, en estas hinchazones calientes y blandas como las ampollas de una quemazón. Todo el monte parece invadido por los arenales, a través de muchas leguas, en anchas estrías que se dispersa como ramificaciones desbordadas de un estancamiento que ha roto.

Figuran cicatrices en la cabellera extensión del monte. Cicatrices en que no volverá a nacer la pelambre vegetal. Parecen las huellas de milenarias heridas por las que se desangró el bosque perdiendo todos los jugos vitales, vaciándose de la última gota de agua. En algún sitio del monte, está el eje de estas largas fajas de arenal cenagoso que se tienden en todas direcciones, como tentáculos de un pulpo que mora bajo los tremedales de este infinito mar de malezales que es el bosque. La desesperación y la esperanza, han tanteado, de consuno, rutas nuevas para eludir el paso por las arenas agotadoras. Hay sendas desviadas, que vuelven a morir en la ruta céntrica, porque hallaron, inevitablemente, el arenal, cortándoles el camino. Los camiones atraviesan estos campos de fango blanco y seco, con un roncar agudo y gimiente de sus motores, en lucha con las ciénagas sin agua, cuyas revueltas masas de arena abren las ruedas en un cauce del que se proyectan, igual que placas de agua, densos puñados de la ceniza blancuzca... Ni el poder sobrehumano del motor que consume su sangre inflamada, consigue sobrellevar este tránsito apocalíptico sin desvanecimientos y respiros, en que las máquinas desmayan de esfuerzo, cuando las llantas ya no ensamblan su caucho cuadriculado con el fondo de la huella y giran, estérilmente, sobre el fango de polvo impalpable, escurridizo e inagotable. Coches desvencijados, con las capotas herrumbrosas vacías del motor que la misma arena friccionó hasta el desgaste final, orillan estas sendas de pesadilla en que los refrigeradores hierven, eruptando roncos presagios de explosión bajo el esfuerzo desmedido. Las carrocerías muestran el desgonce de sus soportes, la fractura y el descaderamiento causados por el barquinazo del furioso arranque inútil, en el atolladero sin fondo y sin nivel en que los ejes se quebrantan para siempre.

Los caballos jadean, con nerviosidad instintiva, al pasar este légamo blanco y maldito, en el que hunden los cascos inseguros hasta los corvejones, multiplicando esfuerzos para arrancarlos y seguir adelante. Del cauce polvoriento, se alzan nubes de arenas tamizadas hasta la sutilidad ingrávida y dispersa del talco, cegando los ojos, apelmazándose en la piel que suda copiosamente, penetrando en las fosas nasales y en la boca, alcanzando las reconditeces de la garganta, cubriendo, como un sucio oro musivo, los cabellos sedimentándose en los uniformes, sofocante e inevitable, equitativa y universal porque todo lo alcanza con su expansión insidiosa y vencedora, múltiple y tenaz.

Cuando, por fin, se ha salido de estos médanos exhaustos de agua, su sortilegio amenazante persigue, para siempre, al hombre que ya no se cree a salvo, nunca más de estos encuentros desesperantes con la arena que una maléfica vertiente de masas de tierra pulverizada, mana desde algún terrible lugar del monte en caudales que se dispersan a todo lo ancho y a todo lo largo de la selva.

La inhospitalidad perceptible en todos los elementos del bosque, multiplica sus creaciones destructoras de la vida animada. Las bestias mismas tienen que perecer bajo la acción de un cruel y copioso caudal de recursos con que el monte persigue la existencia discursiva y móvil de todas las criaturas orgánicas. Entre esos recursos, el más horrible es el del agusanamiento que devora a los caballos en plena vida con una germinación atrozmente fecunda de voraces larvas cuyos huevecillos latentes, buscan la presa. Los jinetes deben cuidar sus cabalgaduras con un ahínco infatigable, para no perderlas en esta inmensidad en que resultar desmontado sería condenarse a la muerte. No hay quien atienda a su persona con mayor diligencia que a su caballo, defendiéndole de los siniestros peligros que el monte depara a la inerme y noble bestia hecha para sustentar las conquistas elementales del hombre sobre la tierra. La falta de pastos y de agua demanda reducir los esfuerzos a la menor existencia. Al final de este medio millar de kilómetros, todos los hombres y todos los caballos, han vencido al bosque burlando sus acechanzas, rehuyendo sus peligros, amparándose, inclusive, en el ocultamiento de la noche a través de cuyas sombras recorre el destacamento las más prolongadas extensiones del desierto, para eludir la lucha con el sol implacable, que no puede herirle de lleno con sus saetas incontables, porque hombres y bestias duermen durante el día al cobijo exiguo de las arboledas.

He aquí que en el confín de la picada, se dibujan las edificaciones barrosas y limpias de fortín Muñoz, cuartel general del precario ejército combatiente. Meta del tremendo viaje, se anuncia como un oasis de reposo, al par que como puerta misma del área de muerte.

Acuden soldados, oficiales y jefes a contemplar el arribo de esta tropa aplastada de tierra, enflaquecida de esfuerzo, incólume aún en energías, serena ante el destino que se hincha de conjeturas emocionantes, al aproximarse a la periferia material de la guerra. El Chaco ha sido traspasado, casi en toda la profundidad que cubre la soberanía de la patria. Este encuentro con los primeros planos del escenario bélico, señala, también, una súbita diferenciación de zonas emotivas a cada soldado. Hacia atrás, queda la selva, superada. Hacia delante, aguarda la muerte, insuperable. Todos los sacrificios, todas las penurias, todas las fatigas de esta prolongada travesía del desierto, se esfuman del recuerdo instantáneamente. La vida carece de resortes anímicos bastantes, para perpetuar la memoria cuando se enfrenta de hecho con el futuro si dentro

de ese futuro, el primer elemento es la muerte. Todas las fuerzas del alma no alcanzan a resistir este choque imprevisto con la eternidad, que mora detrás de la única predicción posible en la guerra, o sea la predicción en que la vida ya no significa el primer elemento emotivo, porque resulta supeditada por la muerte.

El General en Jefe de las tropas combatientes, hállase aquí, bajo la inquietud engendrada por las depresivas circunstancias en que se desarrolla esta primera faz de la campaña. En el destacamento cuyo arribo alborota la existencia del fortín, contempla una abnegada prestación de sacrificio del pueblo, que se desprende esperanzado y altruista, de esta falange juvenil de soldados adolescentes que la lucha exigirá emplear de inmediato. A pesar de todo, concede tres días de descanso a la tropa.

Cuando los soldados conducen la caballada a los pastizales próximos, el General en Jefe llama a Busch que acaba de despedirse de él. Tiene el Jefe breves palabras de angustia para el oficial recién llegado. Por su boca habla la guerra en toda su tremenda exigencia que no admite limitaciones. En su tremenda exigencia que, particularmente ahora, es más dolorosa e injusta, por las condiciones dramáticas en que Bolivia la realiza, abrumada desde el comienzo, por las imprevisiones, por la incompetencia de sus gobernantes, por la funesta influencia de los factores ajenos al país y que, sin embargo, han arrastrado a este al sacrificio. Y, sobre todo, por el catastrófico estado general de la nación, víctima prolongada e inconsciente de todas las adversidades que el siniestro espíritu del interés particular determinado metódicamente, en el empeño ciego de satisfacerse, aunque fuere a costa de la destrucción nacional.

-Teniente Busch... Nuestra situación se ha hecho peligrosa en el sector Agua Rica. Carecemos de refuerzos para auxiliar a sus defensores. Tiene usted que partir inmediatamente allí. Utilice camiones para conducir su tropa.

Son las once de la mañana del 9 de septiembre de 1932. En esta hora, se inicia, de modo tan intempestivo, la incorporación totalitaria de la vida de Busch en la guerra del Chaco. Incorporación que se prolongará hasta el último día de la contienda.

Es de tales angustiosas premuras, la situación boliviana en el Chaco. La improvisación impera como norma atolondrada y casualista. Este destacamento cuyos hombres apenas han desmontado y reposan, descoyuntados por catorce días de sedienta marcha a horcajadas sobre caballejos cansinos, deben partir de inmediato, a pelear, defendiendo un fortín asediado por una tenaz y reiterada fuerza enemiga. Diríase que esta es la sola fuerza existente en el Chaco, al servicio de Bolivia.

Busch reúne a sus soldados, y habla a la emoción ardiente y joven de estos muchachos tan violentamente abocados al plano desconcertante de la guerra. "Somos del regimiento 6° de caballería, camaradas y amigos, -les dice-, que carece de nombre. Hoy debemos enfrentar al enemigo. Hoy debemos dar el

nombre que le falta a nuestro regimiento. Un gran nombre, digno del valor y la entereza con que han llegado ustedes hasta aquí".

La tropa no vacila. Toda ella ignora aún que la guerra no es la aventura en que solamente el coraje decide la victoria. Adolescentes en su totalidad, estos muchachos han sido educados en el culto del heroísmo que no se condiciona. Ignoran que detrás de los ejércitos debe moverse infatigable y rítmico, un mecanismo fecundo, patriótico, fervoroso de la defensa nacional, y cuyo primer objetivo sea el sostenimiento del soldado. Ignoran que esta patria en cuyo nombre se lanzarán, hoy mismo, a la pelea, es poco menos que un feudo, aniquilado en su potencialidad, combatido todavía ahora por los intereses creados que pugnan por exprimir los últimos jugos vitales de la nacionalidad. Y aceptan, conformes y resueltos, la inmediata obligación que les prohíbe el descanso, el fortalecimiento, la reparación de sus cuerpos y de sus almas, zarandeados por esta prolongada travesía a través de las arenas ahogadoras, del desierto inhóspito y de la sed que no perdona a nadie. Febrilmente, pónense a cargar bandas de ametralladoras, empleando varias horas de su tiempo en estas labores en que hay prolijidad costureril, sin embargo de que son preparatorias del evento másculo. En el cuartel general, no hay bandas de ametralladoras preparadas para el abastecimiento de los combatientes. Faltan brazos o falta previsión para subsanar esta demanda de largo tiempo cuya celeridad se valoriza con la mayor prisa del tic-tac marcado por la fusilería del enemigo.

El destacamento fraccionado en grupos se embute en el enrejado espacio que cierra las plataformas de los camiones militares que abandonan, en la noche, el cuartel general. El bosque diríase disminuido en su relieve amenazador, ante estas máquinas que lo atraviesan inmunizadas contra los riesgos que destruyen la vida humana, pero que nada decisivo pueden contra el acero y contra el gas animadores de estas nuevas bestias poderosas, enviadas desde la sierra, para domesticar el monte, para tenderlo en actitud de vencimiento, para abrirlo en caminos, para contraerlo en sus largas distancias, estrechando el contacto de estas vidas diseminadas entre los pequeños fortines que anudan los kilos de contención tendidos para entrabar el avance de los invasores. Los soldados dan tumbos, junto con los motores, a cada bache de las picadas recubiertas de polvo, hondamente heridas por la huella continua de un tráfico sobrecargado de carne humana o de municiones. Miran, desde la altura de estas jaulas en que se hallan semi aprisionados, el discurrir del monte, que bordea la ruta con el seto misterioso, turbio, ralo y polvoriento de malezales y masas arbóreas, despertadas por los reflectores, a través de densas cortinas de polvo que el camino sacude, como si pretendiese librarse de la suciedad que le dejan los camiones, pasando encima de él. Desde atrás estos soldados parecen figuras inanimadas, que una mano sin originalidades, modeló con una igualdad invariable en sus líneas. Todos ellos resultan idénticos, equipados por

las fuerzas objetivizantes del desierto que les repinta de tierra, que les mancilla de suciedad, que les comunica en la paridad irremediable de la fatiga, de los golpes, de los barquinazos y del destino. Esta es una prueba de igualación, con que la guerra comienza a socializar, a desindividualizar al pueblo, en el que la tierra, el dolor, el hambre, las necesidades y los sacrificios, deshacen prejuicios de casta, borran coloraciones diferenciadoras de raza, esfuman nociones de jerarquías artificiales y reglamentarias.

En cinco horas de tránsito por el monte, los camiones han alcanzado las orillas de un claro, en el que se apiñan las vegetaciones pajosas e hirsutas del arenal fecundado por algún aluvión de tierra fértil, arrancada quien sabe de donde por los vientos sureños que transportan olas compactas de polvo, a distancias incalculables. En este claro del bosque, los motores ensordecen su estertor dinámico y entornan los faroles ojos de sus enormes hocicos puntiagudos y calientes. La tropa debe descender de los coches. Una contraorden le detiene aquí, cortando el tránsito hacia el fortín Agua Rica, acribillado de ataques por un infatigable adversario. En el silencio de esta rebasada media noche, se percibe el eco de un combate lejano. La tropa busca, en la planicie descampada, sitio para tenderse a dormir. Hace muchos días que usa la tierra desértica por todo lecho, y el cielo por todo cobijo. El calor amenguado por la frescura nocturna acolcha de virtudes acogedoras esta tierra del Chaco, blanda y arenosa, que acaba por habituar al cuerpo a su contacto, en un misterioso y paulatino encantamiento, detrás del cual asoma la gazuza desértica de anular y absorber la vida animada, que un día será poseída plenamente, cuando sobrevenga la inmovilidad final de la muerte, por esta misma tierra que ahora se ofrenda como lecho, en una especie de cautivación que realiza sobre el hombre induciéndole al reposo, a la quietud, al descanso eterno, ley de estas latitudes casi inánimes, detenidas en el período de las formaciones primordiales de la naturaleza.

Hacia el sudeste, bajo el cielo cálido, tamborilea pausado e irregular, el eco de la fusilería cuyas detonaciones arriban hasta el fortín con apagadas resonancias. Es Agua Rica, cercada por fuerzas paraguayas, bajo la alucinación de su nombre que la hace cautivante y atractiva, en el sediento desierto. Hasta allí se expande la boscosidad rala, hirsuta, sin fuerza, sin belleza, sin emoción, pobre de troncos retorcidos por el tétano con que los infectan las hormigas que han perforado la corteza y herido el mundo vascular del árbol, obstruyendo los microscópicos canales por los que la raigambre daba unas gotas de agua subterránea a la sed de las ramas y de las hojas. A través de esta distancia, los estampidos pueden volar sin el atajo de la atmósfera aligerada de toda densidad hidrogenada. Los soldados perciben el tiroteo, que penetra en sus almas como algo sensacional que es, a fin de cuentas, lo que buscaban estos muchachos como sola compensación a su desprendimiento de la gozosa vida por ellos abandonada en las ciudades y en los campos. El corazón se anima de una

violencia palpitante y confusa, que es, a un mismo tiempo, miedo y decisión, titubeo e impulso de avanzar hacia el oscuro y voluptuosamente promisor dominio del peligro que siempre deja un resquicio a la esperanza de sobrevivir. "Yo sentí en todo mi cuerpo, -dice Busch-, el cosquilleo que en la infancia me sobresaltaba al escuchar el estampido de los cohetes en las fiestas populares", cuando aguza el oído y capta este entrechocar de secas detonaciones lejanas.

Las breves horas de esta madrugada que orillea ya la periferia misma de la guerra, consumen la emoción nueva y estremecida que agita a los soldados, en el equívoco reposo de su ensueño. Cuando asoma la mañana en el naciente, la cercanía de la guerra se evidencia con las aristas de su verdad exterminadora, impía y vesánica, penetrando en la carne con una frialdad y una fuerza que no tiene misericordia. Su presencia sobrepasa el dominio de los sentidos y el de la fantasía. Ya no se delata solamente por el eco de la fusilería y de las ametralladoras, que en el amanecer prolonga el alarir persecutorio e implacable de sus ráfagas como si anunciasen el día, convertidas en fabulosos gallos de gargantas aceradas. Ahora llegan como el eco profundo y terrible de la contienda, otras imágenes. El eco del combate, no acerca la conciencia humana a la tragedia bélica, cautivada por esta orquestación emocionante, honda, provocadora e imperiosa. Porque este rumor atronante no es más que rumor, no es más que la inevitable compañía sinfónica del armamento. No es, sin embargo, la verdadera voz de la guerra. Humo y detonaciones, fusiles y ametralladoras, granadas y cañonazos, forman, justamente, no más que la escenografía menos emocionante de los combates. Lo que ensambla un contacto con la realidad espantable, no es todo eso, percibido a la distancia. Es, más bien, el gemir de los heridos, la carne destrozada, la vida rota, la sangre embadurnadora a cuya vista se pierde toda esperanza. Y estas voces y estas imágenes de la guerra, sobrevienen, ahora, en la mañana, transportadas desde la línea de fuego, como el saldo único de la contienda que no arroja victorias, que no acumula beneficios, que no ofrece la recompensa del botín.

La conducción de heridos a través de las picadas, suma el horror del sufrimiento inevitable, al horror de las mutilaciones, de los quebrantamientos óseos, de las llagaduras. Los tumbos del carro que transporta esta carne desgarrada y sanguinolenta, arrancan gritos corales de tormento en que la voz humana se transvierte en bramido de fiera, en ulular de viento, en gemir de baja bestezuela del subsuelo. La propia urgencia de asistir a estos hombres rotos a balazos, ha de exigir la sumisión gimiente al tránsito inhumano por el monte cuyas veredas desnivelan y quiebran el ritmo que conduce acaso a la salvación. La llegada al fortín puebla la atmósfera de este con quejidos inimaginables, que salen del hacinamiento yacente de los hombres tronchados, como el grito implacable, aterrador, y condenatorio de la guerra. Manos presurosas extraen esta dolorida cosecha de los combates, en un desfile penoso y lento que exhibe

las figuras de espanto, no previstas, no adivinadas, no tenidas en cuenta por los responsables de este inmenso martirio colectivo a que se ha condenado, sin piedad, estas multitudes inocentes y engañadas, masa instrumental del criminoso interés provocador de la guerra.

Ninguno de los hombres de estos dos pueblos que hoy pelean meditó un instante en el sufrimiento de los heridos. La guerra, para su reflexión obcecada y egoísta, no era más que el sacrificio ciego, señalado por el destino, de unos centenares o de unos millares de vidas. Los provocadores de conflictos armados, piensan solamente en los muertos, y excluyen los heridos de sus cálculos. La guerra, en cuyo seno se generan las brutales revelaciones que no admiten ocultamiento, corrige implacablemente este horrendo olvido, devolviendo los hombres desgarrados, inútiles y sangrantes, y reteniendo los muertos. Diríase que ella misma quisiera imponer el horror y el miedo a su presencia, ofreciendo el alegato aplastante que constituyen estas vidas truncas, mutiladas, horribles, que todavía se agitan y se hacen presentes con la elocuencia incontestable de su gemir, con la acusación que no se borra cuando la subraya la sangre.

Todas las almas que contemplan este saldo cotidiano de la contienda, se ensombrecen de angustia, se tiñen de rencor y de ansias vengadoras. Pero el hechizo de la gloria que es cuanto percibían hasta hoy y de la enorme aventura, se ha desvanecido de sus mentes, inundadas por los gestos espectrales de la gimiente caravana que la guerra devuelve a la patria. Todos ellos saben ya que la contienda no es el desarrollo fulgurante del ataque coronado por la victoria. Sus conciencias captan esta otra realidad, y se retemplan en la decisión de admitir el sacrificio, multiplicando las energías para burlarlo, para evitarlo, para rehuir su espantosa garra sin piedad.

Ahora, deben salir ellos, en dirección del punto en que nace el sol, que, es también, el punto en que se oscurecen tantas vidas. Pero ya no irán a esa Agua Rica desamparada, cuya suerte ignoraran en adelante. En el cotejo de urgencias desesperadas que tiene para Bolivia, esta guerra de improvisadores, de traficantes y de mentecatos erigidos en agentes supremos de ella. Se decide que el destacamento debe cambiar su primera ruta. Puede Agua Rica exigir un auxilio impostergable, pero Yujra lo precisa con apremio. Esta es el corolario de la campaña iniciada sin fuerzas, sin abastecimientos, sin municiones, sin caminos, sin servicios de sanidad. La desorganización catastrófica demanda estas contradicciones, estos destinos bifurcados, esta perenne ruptura de todo propósito, esta perpetua negación de todo plan.

El destacamento se moviliza rápidamente, de nuevo encajonado en el cuadrilátero móvil e inseguro de los camiones. Picadas que zanjan, sin sangrar, el monte agónico de clorosis, o rasuran, en línea recta, la pelambre vieja y encanecida de los pajonales, arrastran con la gruesa banda de su curso, los coches infatigables, hacia el nuevo destino. Estas picadas se ensanchan al

aproximarse a los fortines, construidos en campos desmantelados de bosque, y vuelven a adelgazarse para seguir adelante. Brevísimos descansos en que los refrigeradores de los camiones reciben la ablución del agua turbia almacenada en pozos aledaños de los fortines y que los soldados desentumecen los cuerpos molidos por el largo plantón aferrado a los soportes del coche, señalan el apremio del avance hacia ese Yujra con sus escasas chozas construidas en un claro del monte, puesto adelantado que perpetúa la memoria del sargento Yujra cuya sangre aymara se inmoló hace algunos años en defensa de la patria. Este correr hacia la guerra, deja atrás puestos y fortines que dibujan imperceptibles verrugas en la extensión y límite de la planicie boscosa. Alihuatá y Arce, ejes de sustentación del avance que iban realizando las patrullas exploradoras antes de la guerra resultan apenas tocadas por el vértigo de esta marcha presurosa hacia la contienda. En las manos de Busch, otras cordiales y anónimas, dejan cigarrillos, un puñado de azúcar, unos bollos de pan, cuando la caravana runruneante sobrecargada de carne guerrera, atraviesa este fortín Alihuatá cuyos caseríos contempla el sol inflamado en una quieta cañada que embalsa aguas llovidas, para todo el año con agua adensada de harina. Fortín Arce recuerdo turbio de la tropa ante cuyos ojos pasaron, veloces y esfumándose, los mirajes monótonos reiterados, ingratos y hostiles de esta inmensidad fraguada por la mente obtusa y obsedida de algún demiurgo enteco de imaginación y de originalidad.

Pero este recuerdo nutricio con que fortín Arce puede persistir en la memoria del soldado que pasa hacia la línea de fuego, se ahuyenta empavorecido por el terror que cuchichea, entre las sombras, desde anónimas y fatalistas que traen la versión tremenda, no detenida en la selva donde la sequedad milenaria se embebe de sangre autóctona y sangre mestiza. La guerra acumula nuevas figuras de espanto, y esta maldición del sino se halla en manos ineptas, egoístas torpes, timoratas, insuficientes para copar las dimensiones de la tragedia que de esas manos se derrama, como un corrosivo aniquilador, sobre todas las criaturas, culpables o no culpables.

En el monte, que ya está próximo, los soldados bolivianos han sido masacrados por la ira implacable de unas ametralladoras ocultas entre los malezales... Un regimiento íntegro se ha abatido sobre la tierra, cegado por un furioso enjambre de balas, que como abejas disparadas desde el panal recóndito, han zumbado largamente sobre la pobre carne sorprendida por la emboscada. El dolor y el miedo, el rencor y todas las potencias del instinto conservativo, se adunan dentro del alma conturbada de estos hombres que viajan vertiginosamente hacia esta zona cubierta por las terribles tormentas del plomo y del fuego, sobre las arenas para el paladeo de las hormigas, de los lagartos, de las arañas, de todas estas criaturas repulsivas y elementales, identificadas con el monte primario, yermo de sustancias que alientan la

existencia de otros seres menos groseros y agresivos, menos feos, menos tenebrosos.

La versión de la masacre detalla pormenores que sobrecogen de angustia y de inermidad estos corazones sobresaltados por las revelaciones atroces de una guerra no concebida en todo su horror, en toda su bajeza, en toda su terrible barbarie. Y este sentimiento defensivo que el instinto aguza la conciencia y la traduce como resistencia a seguir adelante, es mucho más intenso y acucioso, porque entre estos soldados cuyo destino se fija en la linde de la muerte, y los que han perecido en el monte cercano, hay todavía la relación de la comunidad vital, del recuerdo, del conocimiento y de la ternura.

Ya no volverán a ser vistos jamás, ni en el monte, ni en la planicie, ni en la hipotética lejanía del retorno a la paz y a la vida... Ellos iban formados, a través de la senda del monte recién penetrado por los trazadores de rutas escondidas. La tierra les tendía veredas sin sobresaltos, lejana todavía del frente de combate, hacia el cual marcharon con la misión de alcanzar la gloria, concebida entre las conjeturas que concitó dentro de sus almas, esta emergencia de la vida colectiva... No percibían la presencia remota del enemigo. De los fondos de su fortaleza anímica, no tocada aún por la racha aplastadora de la fatalidad, surgía fácil y estimulante, la canción del camino, esa canción acordada en las gargantas viriles, con sones marciales enternecidos por las melodías de la emoción nativa, incorregible en su dulcedumbres nostálgicas.

El monte no ha sido, jamás, antes de ahora, conmovido por la voz humana que canta... Entre las guedejas desgreñadas e hirsutas de los malezales, mecen las canciones, los copos ilusorios de la evocación que cita amores, que rememora instantes gozosos, panoramas edulcorados de paz y de serenidad. Hombres que dispararon la prisa del auxilio a los defensores circuidos de fuegos y de muchedumbres agresivas, apenas si logran comprender este minuto y este paraje, inesperados en existencias, repentinamente suspendidas en su curso, transportadas con el vértigo de una marcha sin descanso, que cubre toda la anchura del territorio patrio. Y de pronto, las voces rotas por el desgarrado y bronco aullar de otras voces desconocidas, locas iracundas, apocalípticas. Y al caer intempestivo, inexplicable a un principio, de los compañeros, uno detrás de otro, impelidos al suelo por una fuerza invisible que rompe el ritmo de la marcha, que ciega, que no perdona a nadie.

Es la emboscada, que la ingenuidad primitiva repudia por alevosa, inevitable en este monte forjado por las divinidades aciagas para destruir, a mansalva, la existencia humana y que pone delante de los hombres rencorosos, el cómplice malezal desde cuyas marañas dispara, sin atajo, ebria de sangre, la ametralladora.

Los que se han salvado de la muerte, huyen perdiéndose entre los follajes tocados por el hombre. El instinto de conservación, los pierde, en vez de

salvarles, porque este mundo inclemente trastorna hasta las fuerzas infalibles y sustanciales en que reposa la ley de la supervivencia. Uno que otro, quien sabe por cuales caminos, ha salido hacia la salvación, hacia el reencuentro con los compañeros, los demás vagan perdidos en la selva sin norte, mientras el paraje del exterminio se colma de gritos que piden socorro, de alaridos rabiosos que maldicen, de súplicas que imploran la muerte. Sobre esta masa aún viva de hombres descoyuntados, astillados, cortados, cae poco después la barbarie de la guerra en toda su furia aniquiladora, en su incontenible impulso que no tiene piedad. Y aquellos que ya nada pueden esperar, reciben la muerte tendidos en el suelo, donde los han clavado las ametralladoras. Sus pupilas desconcertadas, ven como última imagen del mundo, rostros afilados e iracundos, brazos cuyos puños fulgen de machetes y cuchillos, resplandores de acero que caen fríos, cortantes, punzantes, hundiéndose en la carne agónica con un sedante frescor de muerte, de salvación, de acabamiento, en que se concentran todos los anestésicos maravillosos e inconcebibles de la nada. De esa nada que es el supremo reposo, la invariable paz, la eternidad sin dolor y sin emoción.

La tropa nueva escucha estas versiones con una emoción que la sombra nocturna disimula. Esta guerra nunca prevista, en que todo el coraje, todo el heroísmo, toda la fuerza resultan burlados por la muerte que acecha detrás del mezquino frescor de las malezas... La vida se siente huérfana de todo amparo, ante las palabras que relatan la tremenda carnicería. Cuando se vuelve a los camiones, estos seres que han soportado estoicos y aún risueños la enorme fatiga del viaje, se muestran sombríos, hieráticos, haciendo más compacto el silencio de las meditaciones luctuosas. Todos los ojos muestran la lumbre fugaz de la duda, el chispeo veloz de la irresolución. La carne se niega a entregarse a la muerte, sin condiciones. En todas las almas ha penetrado ya una fría ventisca de suprema protesta contra la matanza en los alevosos parajes del monte que oculta, silencioso y feroz, hombres y ametralladoras aquietados en la quietud pavorosa de las emboscadas.

Yujra se acerca poco a poco, igual que una aproximación de riesgo, de amenaza, de misterio en cuyo seno ignorado se acurrucan las amenazas destructoras, más y más temibles mientas mejor se ocultan, ¿Dónde queda este fortín que ya se nimba de resplandores conmovedores y dolorosos en la naciente historia de esta guerra que agosta centenares de vidas jóvenes bajo las primeras rachas de los vientos zumbadores y mortales que destacan las balas en su compacto viajar que busca la carne mártir del hombre? Los camiones avanzan, uno tras otro, procurando estrechar las distancias entre sí, para soportar el tropiezo que amenaza desde todos los rincones de la selva. Los rostros aparecen más y más inquietos, ante lo desconocido, ante esta realidad que ninguno preveía en sus meditaciones sobre la guerra, porque, ahora, la

pelea ya no es sólo contra un enemigo humano, si no contra el misterio, contra el bosque, contra la traidora pasividad de estos lugares que esconden mil muertes, y, sin embargo, se muestran serenos, inmóviles, tranquilos.

-Mi teniente, -murmura un soldado-; sabemos que nuestros compañeros fueron víctimas de una emboscada en el monte cercano a Yujra...

-Si... –responde Busch-; la guerra no es una jugarreta... ¿Tiene usted miedo, acaso?

-¿Miedo?... ¿Miedo?...

¿Qué es el miedo, ahora, en este horrible desamparo del desierto que se ha poblado de invisibles asesinos ocultos entre los matorrales? ¿Puede caber miedo aquí, donde ningún recurso protegerá la existencia? ¡Para qué sirve el miedo, bajo la universal amenaza de todos los peligros reunidos para acribillar a un solo hombre¿ No... Este no es miedo... Es un nuevo sentimiento desconocido para los soldados, que jamás confrontaron tal emergencia... Qué nunca se vieron arrastrados, hacia una tragedia colectiva que se exhorna de esta escenografía desconcertante, abrumadora en su inmensidad y su silencio. El alma humana, que se ve reflejada en el alma de los semejantes, se conmueve con ímpetus extraños. Todos los ojos lo están demostrando en su mirar inquieto, que por nada se fija frente a las pupilas del oficial... No es la muerte, propiamente, la que determina esta angustia que se esparce sobre todos los espíritus y se refleja en todas las pupilas. Es la amenaza de la muerte, en la indefensión atroz de esta marcha, en que las mismas armas resultan inútiles, porque aquí no se pelea de frente, bajo las condiciones dramáticas del duelo. Se pelea desde la oscuridad siniestra del boscaje, desde el parapeto inexpugnable del misterio, que ni los ojos, ni las balas lograrán atravesar nunca.

Busch sabe de esta emoción, que anida en su alma desde la infancia. El rozó el terrible silencio de la maraña montaraz, cuando trajinaba sin auxilio, por los laberintos del bosque beniano, él supo desde niño, de estos riesgos que hacen imposible la defensa, aunque hagan posible la salvación. El retorna en un viajar vertiginoso de la subconciencia, hasta esas horas de su amanecer viril en que el diario viajar dentro de la selva, concluyó habituándole a este misterio amenazante que sus soldados sienten ahora con una intensidad insoportable.

En su conciencia de hombre y de comandante, asoma, ahora la reflexión que dilucida el terrible conflicto de la tropa indecisa más propensa a detenerse que a continuar la jornada, presiente que en algún tiempo en el monte, sus hombres se adaptarán a la angustia... Yujra se acerca, fatalmente, a los soldados, que acaso quisieran alejarse del sitio, de la terrible inmolación. Para las emociones de la tropa, este Yujra no es si no un hueco en que nadie se salva de la muerte. Su medrosidad se agiganta porque ninguno de ellos conoce estas latitudes.

De pronto, el convoy se detiene.... ¡Ah!... Este minuto horrible de detenerse los carros, equivale a una agonía. Intuyen todos que el súbito frenamiento de la marcha en la picada, es el inicio del martirologio. En todas las mentes surgen imágenes atroces de soldados que matan y acuchillan, saliendo del monte, conquistado ya por la urdimbre dinámica y hormigueante de los silenciosos asaltantes. La voz firme de mando, desvanece, sin embargo, estos terrores que fermentan bajo el calor de fiebre y bajo la presión arterial exaltada por la angustia. Hay que bajar de los coches, en este sitio sin ubicación precisa, lugar desamparado como todos, en que la vida vegetal se desarrolla lenta y sufrida, entre las hojarascas y los ramajes derruidos por la sequedad y los vientos del sur.

No se seguirá hasta Yujra, todavía... El fino instinto de comando ha supuesto casi toda la verdad agitada e incontenible que alborota estos corazones por primera vez apretados bajo la guerra de lo desconocido, de lo inesperado, de lo que sin llegar a ser trágico, tal vez resulta más emocionante y hondo, porque es inexpresable e indefinible. Esta tropa desmoralizada por la versión de la hecatombe, no puede seguir adelante. Yujra se oculta, hacia el este, entre el monte pavoroso. Pero ahora, Yujra no será alcanzado todavía. Bajo la luz que el ramaje quiebra en retazos blancos, los soldados se agrupan, orillando la senda, en la espera sin palabras, a que ha forzado la presencia medrosa conjugada por el bosque y por las palabras que contaron la tragedia.

El comandante Moscoso avanza, sólo hacia Yujra. Busch acondiciona la espera dispersando guardias y centinelas en una ancha área del monte sin un rumor, sin una palpitación. Nadie reposa durante estas horas que se estiran en un silencio aterrado, porque todos están atentos, alertas, al océano de inquietudes de esta primera y única instancia de la guerra. Carros y hombres, diríanse conjurados en una quietud sin eco, procurando eludir la proximidad del enemigo invisible. Horas en que, todo el misterio del Chaco, penetra como la humedad, en las existencias, saturándolas hasta los fondos recónditos del instinto. Porque en el discurrir inevitable, prolongado y sin fin del tiempo, estos hombres en quienes picó el aguijón del terror, recobran el dominio valeroso de si mismos, al solo contacto de estos rincones nunca vistos, y dentro de los cuales ellos también son una tremenda amenaza para el enemigo.

Cuando vuelve el comandante Moscoso, trae la orden de seguir adelante. Nadie puede ya objetarla, después de este breve e intensísimo correlacionarse con la selva. La tropa se mueve, hacia delante, dueña de sus destinos, hasta donde puede serlo el hombre bajo la fatalidad cruenta en la guerra. En el amanecer, fresco e impalpablemente húmedo, en la selva que se colora de tonos lilas y matices malvas. La picada se tiende lontana, con la tierra que el rocío nocturno apelmazó cuidadosamente para sofocar las pisadas de los combatientes. El sol va saliendo, fuerte e imperativo como en estas lejanías orientales, pero se

rompe en finos fragmentos de luz contra la maraña del bosque. La columna marcha ligera y ágil, tensos los músculos, vibrantes los nervios, tesados por la inmensa emoción que busca el combate y busca la muerte o la gloria. A la distancia, pintan vagamente su perfil terroso, los caseríos que pisan sobre el descampado en que la picada se amplía y enrosca como el nudo de un enorme lazo... ¡Yujra!....

* * *

Busch con sus hombres en el monte. Dibujo de Gururi, 1933

CUATRO HOMBRES PERDIDOS EN EL BOSQUE

Disminuido en este monte que no ha podido aniquilarle, dos veces recobrado a la vida Busch, torna a agitarla como un trapo frente a la bestia devoradora que es el bosque exhausto de potencias vitales. Durante este mismo año de 1931, Busch penetra de nuevo en la maraña hirsuta y sucia del Chaco, al concluir el cálido noviembre que absorbe la humedad atmosférica para inocular savias germinales de gemas y capullos en la arbórea raigambre.

Cuatro hombres han de partir, en este momento, hacia lo desconocido: Germán Busch, teniente; Ofelio Pérez, dragoneante; Pedro Romero y Nicolás Socré, soldados. Estos tres últimos, lo hacen voluntariamente. El primero ha recibido una orden. Una orden que no debe olvidarse, aunque signifique bien poca cosa. La tragedia suele construirse de incidentes huérfanos de importancia, como un olvido, como un error. Su valimiento sobreviene cuando esa natural insignificancia gravita con un peso gigantesco sobre el conjunto de factores de la tragedia. Pero esa gravitación misma es el resultado preciso de aquella insignificancia, que se pone en contraste con el valor mayúsculo de los otros elementos. Esta orden exige constatar la existencia de una laguna que el teniente Busch observó a la distancia, desde una de las colinas alcanzadas por él, en exploraciones anteriores.

Clarea el 25 de noviembre, cuando estos cuatro varones, abandonan la reducida guarnición del fortín Aroma y toman la senda que el teniente Busch abrió en una de sus exploraciones anteriores. Diríase que son obreros y no soldados, si pasaran desapercibidos los fusiles que llevan en bandolera. Los cuatro cargan sobre la espalda el hatillo en que conducen el equipo y los víveres. Su aspecto es el de los labradores indígenas y, como estos marchan a pie. Han recibido alimentos calculados para seis días, y agua para dos. La escuadra no destaca al oficial que va cargado como todos. Su jerarquía se define, más bien, por la conformación física membruda y entonada que le distingue de sus tres compañeros.

Al mediar la tarde, esta escuadra que salió en silencio del fortín Aroma, descansa bajo la canija arboleda chaqueña, más o menos a veinte kilómetros del punto de partida. Todo el tiempo, les persiguió un sol inclemente, cuyos rayos parecían exprimirles en una sudoración agobiadora. El dragoneante

Pérez y el soldado Romero han consumido gran parte de su ración de agua en el camino. Sin embargo, se muestran, ahora, más fatigados que sus dos compañeros, y descansan rendidos, bajo la sofocación del calor que todo lo posee en esta inmensidad a punto de incendiarse. Busch ha dispuesto proveerse de "sipoy", ese extraño tubérculo acuoso que otras veces ha suplido el agua, y que ahora debe prevenir el agotamiento prematuro de las caramañolas.

El día siguiente, bajo la luz malva de la madrugada, que deslíe la tinta cobalto del cielo en el excitante color naranja del sol, retoman la marcha, repechando pequeñas colinas y deslizándose por blandos bajíos que mueren sobre los chaparrales de la llanura sin término. El bosque no ha sido tomado por sorpresa, pese al silencio con que estos hombres hanse escurridos bajo los primeros garabatos de la vegetación reseca y claudicante. Resiste a la invasión, tenazmente, oponiendo las líneas sucesivas de sus malezales achaparrados y espinosos, que los caminantes deben romper a machetazos. No es que los hombres aniquilen el boscaje quieto e inerme, si no que pelean con él a brazo partido, desesperadamente, igual que si luchasen con seres animados y astutos que se defienden con todas sus fuerzas. El árbol de este monte chaqueño está emponzoñado de amargura sedienta. Diríase que su bajeza vegetal, hirsuta y sucia, le anima de enconos inhumanos que se excitan a la presencia del hombre y que actúan a su proximidad, siempre agresivamente. Raro es el árbol del Chaco cuya sombra tenga el sedante frescor de los follajes con que los bosques amazónicos cobijan al hombre somnoliento de sofocación solar. Hasta en la fragancia que efunde el palosanto hay una insidiosa conjuración de maleficio que desconcierta al hombre en el monte y le atrae, con riesgo de perder la ruta. Boscaje iracundo en su menguada condición sin potencias vitales ni refinamientos decorativos. Jiboso y retorcido boscaje que se diría engendro monstruoso de una tierra con tarea generatrices y de un sol en perpetua ebriedad congestiva, producirá la espina traidora, la hoja cortante, y la fruta venenosa.

Ahora, pelea en verdad contra estos cuatro hombres. Sus garras alevosas hieren, de pronto, las piernas de los caminantes, mordiéndoles como un perro. En el tundir de ramas que hacen los machetes, los troncos desgajados caen tajando la carne. Y aunque sean vencidos y decapitados por el hacha, son vencedores a su vez, porque han agotado las fuerzas humanas, rindiéndolas bajo la sed y la sofocación.

Hoy día, al caer la tarde, los exploradores no han arribado a la laguna señalada como objetivo. En su batalla contra los chaparrales, han consumido la última ración de agua de que disponían, ya que ella debía abastecerles durante dos días. Hoy, es, justamente, el segundo día de la jornada. Tendidas en el suelo las armazones de los chaparrales deben agonizar paladeando la siniestra venganza con que han sentenciado a perecer a estos hombres, a quienes

detuvieron durante las terribles horas de la canícula, forzándoles a consumir sus postreros sorbos de agua.

La angustia de los hombres no es, a pesar de todo, extrema, frente a la posibilidad en que se encuentran de llegar a la laguna. Tiéndense a dormir casi tranquilos, aunque les despierten, a veces, los carraspeos sitibundos del dragoneante Pérez y del soldado Romero, cuya resistencia física parece considerablemente aminorada. Y de nuevo, al clarear el día, avanzan con la esperanza de alcanzar la laguna en las primeras horas de este día caliente y pesado en que el sol caldea la comba del cielo, como un horno.

Pocas horas después, Pérez y Romero caen extenuados y desfallecientes sobre la tierra que les quema. El teniente Busch les auxilia dejándoles bajo la sombra miserable de estos mismos chaparrales andrajosos de vegetación, mientras él y Socre continúan la marcha en busca de la laguna, de la que traerán agua para los compañeros que padecen... Pero la tragedia debe culminar por la sublimación del detalle insignificante, que, en este caso, es un error visual.

Busch y el soldado Socré han avanzado más de dos kilómetros y tienen a la vista la confusa imagen de la laguna, hacia la cual avanzan de prisa. Ellos han comenzado a sentir también, el hervor interno en que se calcinan las vísceras deshidratadas. Pero cuando arriban a la orilla de esta inmensa aguada, quedan aterrados ante la dimensión que asumen las circunstancias con que la fatalidad prepara la tragedia. Esta laguna es una extensión de tierra seca recubierta de grandes lascas pétreas, cuyos tonos pizarrosos y graníticos, a la distancia, remedan los coloridos cambiantes del agua... No es, siquiera, una visión de espejismo que se desvanece. Por el contrario, es una realidad espantosa, que se muestra en su impasible quietud petrificada, ante estos dos hombres cuya existencia está condicionada por el encuentro del agua. ¡En vez de agua, hay aquí una inmensa planicie de piedras!... En vano hurgan por todas partes, buscando un resquicio de humedad que por lo menos brindase una esperanza. Es la tragedia que culmina súbitamente y que lo copa todo: personajes, escenario y tema. Nada falta en este instante de la vida de Busch para designarle como el eje del drama. Soldados que agonizan de sed en pos de un inmenso caudal de agua, algunas de cuyas gotas podrán salvar las vidas de sus compañeros. Y ese caudal inmenso de agua, que se transforma en un desierto de piedra, como sucede en el mito griego.

¿Qué han de hacer ahora si no regresar junto a sus compañeros lentamente consumidos por esta evaporación plenaria de la sangre, para avisarles de la catástrofe?... Vuelven hacia ellos, les recogen e inician el viaje de retorno al fortín Aroma. Los cuatro andan tambaleantes, como ebrios, con las pupilas vidriosas, bajo un sol que ha subido toda la presión de sus calderos infernales. A las diez de la mañana, es ya imposible continuar caminando. El calor ahoga, con el aplastamiento de toda la masa solar caída a plomo sobre este inmenso

desierto. Busch acumula todas sus fuerzas para arrancar a la tierra endurecida, unas matas de "sipoy" con que puede, apenas, mitigar instantáneamente esta tortura insufrible de sus compañeros insolados.

A las diecisiete horas, una brisa levísima crea la atmósfera que se diría una acumulación de gas térmico bajo el fanal del cielo. Los hombres avanzan un corto tramo de la senda, y tienen, de nuevo que detenerse, inmovilizados por el sol que les cerca con las llamas ígneas de su resplandor. El soldado Romero no puede dar un paso más, ambula, tambaleante de sed, entregado a las fuerzas postreras de su instinto, y se siente próximo a la muerte. Busch busca "sipoy" casi a tientas para humedecer estas fauces al rojo blanco de la brasa, pero no encuentra una sola mata del tubérculo providente. Parecen detenidos en el sitio destinado para perecer, sin poder dormir por la fatiga de la sed que nos enloquecía", -dice él en un informe presentado a su Comandante. El sueño, que tantas veces prolonga la muerte y es un anticipo del inmenso descanso final de la carne resulta imposible para el agonizante de sed. De estos cuatro hombres desesperados, ninguno duerme, aunque los cuatro hayan enmudecido. Echados cara al cielo, tienen los ojos abiertos, las bocas desencajadas por el ansia de absorber unos átomos de humedad que la noche les rehusa. Roncan sordamente a través de sus laringes chasqueantes, exhaustos de saliva, en las que siente hervir la sangre ennegrecida por la interior combustión sin el refrigerio del agua. Entre suturaciones y suspiros, roncos, mastican palabras enternecidas y blasfemias, inmóviles y agarrotados por la fatiga y el espanto, bajo este cielo seco y vacío como un cascarón de milenario huevo infecundo. Viven la última hora de la existencia en el punto extremo de la tierra en que la vida es imposible y la soledad se hace perceptible con los caracteres de la muerte. Y, juntos los cuatro, están, no obstante, en augusta soledad agonizante, sin sentir el uno la presencia del otro, tal como debe suceder con los cadáveres en los cementerios. Ya no es el tormento claudicante del hambre, que aguarda el arribo hipotético del puñado de alimento. Es la certeza fatal de que la muerte ha cortado todas las sendas de auxilio para los agonizantes: la senda del aguacero que no bajará de este cielo cuyas estrellas arden con una incandescencia que ha consumido todas las nubes como copos de algodón combustivo; la senda subterránea del agua que se embalsa en las minúsculas vejigillas de las raíces hidrópicas; la senda rampante del rocío que no manará jamás de las minúsculas ubres yerbáceas obstruidas por el chamuscamiento solar de los pastos. Los cuatro saben que han de morir irremisiblemente, cuando concluya este proceso desecador del organismo que está vaciándose de reservas líquidas, en una evaporación sin remedio. La carne se atirantará poco a poco, perdida la gracia dúctil y eurítmica con que la enternecía y ablandaba el agua que transmite su virtud elástica y ligera al músculo, a la tierra y a la atmósfera. La comba del cielo circuye estas cuatro vidas y las succiona como una ventosa, absorbiendo

todos los residuos acuosos de los vasos sanguíneos. Siete horas de espera en la oscuridad nocturna, prolongan una agonía cuyo remate ha señalado la muerte para las horas de esplendor solar en que se consumará el acabamiento vital. Siete horas en que nadie ha dormido, consumiendo en la evaporación febril de las alucinaciones quemantes, la débil marejada sanguínea expelida a duras penas por el bombeo cardíaco hasta el cerebro, que se diría cambiando la coloración de su masa delicada, como la corola flora lentamente oscurecida por el proceso combustibo del marchitarse.

¿Quién espera el día, cuando espera a la muerte?... Entre la sombra de la noche la respiración sibilante de los cuatro condenados a la extinción, ha puesto el rumor disneíco de cuatro sierras que cercenan cuatro existencias. Agonía colectiva e igualitaria en que ninguno puede ayudar a bien morir al otro, porque nadie ignora que el perecer de todos está escrito. La tragedia se balancea en la doble angustia de no poder auxiliarse, y de no poder, tampoco, pedir auxilio por que este no será dado. No hay, sin embargo, un solo gesto demostrativo de terror frente a lo inevitable. Esta agonía plural equipara el coraje y lo hace colectivo, porque el hombre no siente el pavor de la muerte por la misma muerte, si no por la soledad espantosa a que ella confina cuando ataca al hombre solo. Hay, más bien, un secreto e íntimo consuelo en el pensamiento de penetrar el inmenso misterio, andando, igual que debajo del monte, los cuatro hombres juntos, ya inseparables para la eternidad. Ronda en todas las cabezas la idea obsesionante de quien morirá el primero o quien morirá el último... En última instancia, esta es la sola reserva que la vida plantea ante la fatalidad, resabio del instinto existencial que anhela permanecer aunque no sea si no la partícula de un segundo más que los otros....

El insomnio se desvanece con los presagios de la aurora... Adviene el día, signo de esperanza, y que, sin embargo, es, ahora, señal de muerte... Los cuatro hombres regresan de la noche en que han trajinado las latitudes de la vigilia delirante y se reencuentran todavía vivos. La leve frescura de la noche desaparece violentamente, quemada por el aliento del sol que bosteza en el Este, con bocanadas de flama. Esta luz horizontal, recorre toda la planicie tronchando las sombras nocturnas, igual que una hoz curvada en la línea cóncava del cielo. La percepción del martirio se esclarece ahora, como si los hombres sintieran que la noche les ocultaba a los vacíos ojos de la muerte. Con la voz estrangulada por la hinchazón laringea, propone alguno la última ignominia como rescate para salvar la existencia. Todos asienten iluminados por la esperanza de hurtar su carne chamuscada al fúnebre banquete de las bestias montaraces. Y vacían sus vejigas calcinadas, en las caramañolas calientes para beber este líquido que el organismo elimina sobrecargado de tóxicos... Vuelcan dentro de sus fauces hechas brasas, este inmundo brebaje en que fermentan todos los venenos que el cuerpo expulsa, y lo trasvasan entre

náuseas agotados hasta las calenturientas vísceras deshidratadas, conteniendo el vómito que sube del estomago, empujado por todas las fuerzas defensivas de la vida que se resisten a devolver esta mefítica poción con que se innocula el organismo, de asesinas miríadas microbianas.

Aprietan los dientes y los labios obturando la vía bucal en un ansia frenética de retener el detritus licuado que destilaron los riñones. Pero sus pobres cuerpos, sin fuerza, se enmarcan doblegados por náuseas atroces. Y entre rugidos de asco y desesperación vuelcan por la boca, sobre la aridez insaciable de la tierra este licor vejatorio al que encomendaban sostener sus vidas claudicantes.

El postrer intento de subsistir se escurre, entre maldiciones y blasfemias, por las mismas bocas que buscaron este último recurso defensivo... Pero el ansia vital aupa los residuos de la suprema energía y moviliza estos cuerpos hacia la huída. Las piernas tumefactas de sangre que se adensa en las venas, ya no pueden alzarse en esta marcha indecisa, aturdida y sonámbula que sólo quiere abandonar el siniestro paraje amortajado por una sequedad sin dimensiones.

Nadie sabe cuánto han avanzado con esta lentitud irremisible... Para la desesperanza colectiva, este avance imperceptible abruma igual que la sed misma.... Pero los pasos desconcertados conducen al hombre a través de una inmensidad que separa la vida de la muerte... Y con nuevas ansias desesperadas, ensayan el otro recurso de la salvación.... Busch ha encontrado las matas agresivas y duras de unas carahuatas cuyas hojas filosas como puñales, erízanse de espinas con que se defienden de las manos crispadas que pretenden arrancarlas. Estas hojas contienen minúsculos vasos de líquido, que la masticación extrae para refrescar la boca agotada de saliva... Los cuatro desesperados destrozan sus manos en las hojas punzantes y las muerden rabiosamente, desollándose la lengua, los labios, el paladar, en cuya pulpa cálida se hincan espinas y filosidades de las carahuatas, que pelean contra el anhelo de vivir, usando los millares de navajas microscópicas de que les ha pertrechado este bosque luctuoso e inhumano, devorador de hombres...

El dragoneante Pérez ya no puede sobrellevar esta lenta marcha que acaso conduzca a la liberación del inmedible tormento. Busch le auxilia, llevando en sus espaldas, el arma y el equipo del compañero vencido... El agotará las últimas energías de su existencia para salvar las tres vidas voluntariamente entregadas al sino de esta aventura... Pero ni esta prestación suprema del auxilio físico es bastante para superar al destino siniestro que parece, perseguirles a través de estas malezas muertas y sobre esta tierra debajo de la cual arde la ignición de todo el fuego plutoniano.. El dragoneante se detiene, por última vez, y dice entrecortadas palabras de vencimiento. Entre el estertorante ludir del aire en su garganta quemada, percibe el oficial Busch, estas palabras de partida hacia la eterna ausencia. No hay en ellas desesperación ni quebrantamientos de la

serena voluntad hombruna con que su existencia juvenil se rinde al monte y el desierto.

—Hago esfuerzos por seguir su ejemplo, mi teniente, pero mis pies están demasiado pesados... Ya no puedo andar más... Déjeme aquí, mi teniente, y no se preocupe más por mí...

Busch asiste con los últimos arrestos de su entereza anímica a este derrumbamiento, en que todas las fuerzas físicas y espirituales del compañero se doblegan, arrastrando la masa de su cuerpo hacia la tierra que le ha vencido. Apenas puede llevar este hombre que se hunde lentamente en la muerte hacia un retazo mísero de la sombra que proyectan los chaparrales carcomidos de tierra cocida a este fuego lento del sol.... Los otros deben seguir andando, adelante, abriendo la distancia que les ampare contra el maleficio de la sed que se corporiza como un enemigo implacable, persiguiéndoles próxima y fatal como el destino... Busch intuye, un poco más lejos, la quebrada en que halló "sipoy", cuando iniciaba la exploración. Todas las ansias de su vida están puestas en la decisión de alcanzar este sitio que esconde el tesoro líquido del tubérculo salvador.

Cien metros más adelante, el soldado Romero se desploma sin palabras, vencido como el dragoneante que jalona este camino de martirologio anónimo e irremisible... También es forzoso dejar al compañero abatido por la naturaleza sin misericordia con estas existencias jóvenes y valerosas, sujetas a la condenación mortal sin causa ni sentido. Bajo la sombra de unos matorrales, abandona Busch el cuerpo del soldado que ya no percibe su propio drama cercenado por la ausencia de los sobrevivientes...

Seis horas de padecimiento indescriptible en la marcha desesperada, han sufrido ya Busch y el soldado Socré, que ahora se dejan caer en la quebrada que guarda la pulpa húmeda y milagrosa del "sipoy". Las fuerzas apenas les alcanzan para arrancar las matas de la tierra endurecida por la sequía sin término. Las manos trémulas descansaran con torpeza, la carne blanquecina que gotea de agua ungida de portento vitalizante. Cuando sus bocas van succionando esta destilación vegetal que les recobra a la existencia, irrumpe el soldado Romero en la hondonada, hendiendo los malezales, como si reapareciera desde un mundo vesánico. Esta en cuatro pies, las manos llagadas de espinas, los ojos fuera de las órbitas circuidos por sanguinolencias lastimosas. Ha bajado el talud a gatas, reducido al andar de la fiera, porque el monte ha destruido en él toda humanidad, forzándole a defenderse únicamente con los medios animales e instintivos que igualan las fuerzas de todas las criaturas condenadas a vivir en el reino elemental de la naturaleza. Y, ahora, en el reencuentro con sus semejantes, procura en vano reasumir la jerarquía de la especie articulando palabras de agonía que el aplastamiento denigrante a que lo somete la selva impide salir de su boca abierta en la mueca dentada y sedienta de la bestia.

Con las manos transformadas en zarpas, desgarra la piel de su cuello, con enloquecidas ansias de absorber el aire que demanda sus pulmones escaldados de sangre hirviente... El sortilegio del "sipoy" le arrebata de la muerte, como a Busch y como a Socré, que retornan súbitamente al dominio de la espantable aventura...

Socré marcha hacia el paraje en que ha quedado ese heroico dragoneante Pérez, cuyos pies agarrotó la pesantez de todo el desierto que pareció colgarse a las piernas del compañero, reteniéndolo inevitablemente, para que no escapara a su destino... Semejante a un hado sucio y andrajoso, digno de este monte horrendo, Socré atraviesa el sendero de la huida en demanda de una vida que se ata a la de los demás con los hilos del gran sacrificio común. Busch y Romero aguardan el retorno que impondrá el gozo humano y solidario del tormento vencido, sobre el heroísmo de esta andanza espeluznante, que sorteó los peligros feroces de la sed y del monte siniestro. La espera prolonga el tiempo a través de ocho horas en que la vida recapturada se tiende sobre las arenas como un perro sumiso... De la indecisión con que la noche se apropia del paisaje, invadiéndolo lenta e inexorable, surge, por fin, el soldado Socré que vuelve. Sus manos oprimen, todavía el "sipoy" destinado a rescatar la existencia del compañero ausente... Pero este no volverá nunca... Su vida, se ha evaporado, también, bajo la presión tremenda y destructora de todos los calderos con que el mundo alimenta la ignición universal. El soldado Socré le halló semi desnudo y rígido, las pupilas vidriosas y fijas, la boca abierta en un bostezo macabro que parecía haberle desgajado los mastoides, quemándose en esta hoguera sin llamas de la tierra chaqueña. Sufrió el espasmo tetánico de la cremación y envuelto en el ardor del uniforme, se lo quitó de encima buscando la imposible frescura de la desnudez bajo el sol inflamado. Socré le llamó con las dulces frases de la pesadumbre solidaria, rocióle de agua el rostro cárdeno de agolpamiento sanguíneo... con piedad familiar, vistió el cuerpo ahito de tortura, cerró los ojos al horror del desierto caldeado y devolviéndole a la sombra del chaparral, puso bajo la cabeza inerte la leve almohada del mosquitero. Le contempló, por la última vez, antes de amortajarle con la manta raída y gris que abriga el solitario reposo del soldado.

El múltiple martirio que hasta ahora padecen juntos los testigos de esta anónima tragedia, no amortigua la buída intensidad con que la ausencia final del compañero, entra en el alma, desgarrándola como flecha. Busch llora en silencio, fijas las pupilas en esta arena parece mirar obsedido, con un rencor acusatorio... La fortaleza inverosímil con que soporta el drama prolongado y bárbaro, cede a la emoción materna y se doblega instantáneamente, hasta la suprema fatiga corporal que acelera el martillero de la sangre en las sienes, y enerva el corazón en el colapso que es como una excusa a continuar padeciendo. Este es el primer instante de la gran aventura, en que los camaradas deben asistir al teniente Busch con el auxilio de un poco de agua, porque le ha vencido

la pesadumbre con el imperio de su insufrible peso, que el alma siente con una gravitación física. Superó la sed y el hambre forzando su cuerpo hasta las tensiones imposibles, pero esta ausencia ilímite de su compañero, es hambre y sed para su alma, sed y hambre que sólo podrán apagarse con el imposible, con el retorno del compañero muerto a la vida. Y esta presencia de la fatalidad que no admite enmienda, deprime la estupenda fortaleza que sobrenadó en el mar lodoso de las máximas privaciones. El muerto parece inficionarle a rehuir la existencia. Diríase que le infunde este supremo abatimiento, con el misterioso mandato de su quietud catalítica.

Este muerto, solitario hasta la consumación de los siglos, llena el desierto, como la soledad con una presencia impalpable y abstrusa, múltiple y ubicua, cruel y enternecida, que es, para sus compañeros, atormentadora y sin embargo necesaria. Está ahora, inmóvil como un icono del monte, bajo el chaparral sórdido, inmune ya a ese mismo calor y a esa misma sed que torturaron hasta la destrucción, su vida valerosa y humilde.... En el paraje sin agua ni alimañas, esta carne anónima y abnegada cuya resistencia se abatió sin protesta ni queja, incapacitada para subsistir bajo la voluntad frenética y exigente, no será pasto de cuervos ni de chacales, ausentes en esta comarca de espanto, como todo lo que sea ánimo de supervivencia. Será, cuando más, y a la distancia de tiempos futuros, un puñado de polvo sediento, atomizado por la alquimia desértica que todo lo reduce a cenizas. Puñado de polvo cada una de cuyas moléculas imperceptibles, sufre tanta sed como la que padeció cuando buscaba el secreto de la existencia en la gota de rocío que no halló, en la yerba húmeda que sus ojos no percibieron, en el orín que su cuerpo repelió con gesto suicida.

* * *

Con el pensamiento sobrelúcido que ilumina la cercanía de la muerte, los sobrevivientes velan, a la distancia, en esta nueva noche del desierto, los restos de su compañero que duerme un sueño sin posible despertar. Han proyectado ir a buscarle, para despedirse con el ademán que no tiene respuesta. Pero su agotamiento es tal que ninguno puede animarse a este nuevo contacto con el terrible fantasma de la sed. La inclemencia del monte destructor de vidas, acucia el instinto de la conservación, y otorga a la muerte una tremenda impunidad. Y un indisputable exclusivismo apropietario de su presa. No solamente la arrebata de la existencia, sino que la hurta de la ternura humanitaria, de la fraternidad en que la especie ampara a los semejantes. Estos hombres que acezan al rescoldo sofocante dejado por la hoguera solar en las orillas de la noche, no pueden quebrantar la ley bruta y codiciosa de la selva demandando la entrega de la yerta carne humana que el bosque retiene bajo la guardia infranqueable de la sed.

Exangues por el desgaste de esta bárbara y prolongada pelea con las exterminadoras fuerzas del desierto, inmóviles y claudicantes, adunan al agotamiento físico la tortura afectiva que les aplasta con un peso tenaz insoportable. Se consumen, así dentro de la noche, en un fluir de recuerdos que arriba, siempre, al rincón desértico en que yace aquel compañero que esta mañana sintió los pies demasiado pesados para continuar sus andanzas por la vida. Detrás de la sombra nocturna, columbran la breve masa corporal acostada sobre las arenas calientes, en la blanca posición del que duerme. Solitario y quieto, sereno hasta la eternidad, este soldado para quien ya son inútiles la ternura y el auxilio, gravita, sin embargo, sobre sus tres camaradas lejanos, como si estuviese echado encima de sus corazones, con el inmedible peso de su carne muerta, que todas las fuerzas de la vida no podrán levantar nunca más. Y entre ellos y él se alza el obstáculo infranqueable, visto por los ojos del instinto más que por los de la conciencia: la sed, alambrada de púas, con que el monte defiende la soberanía de su silencio, de su soledad y de su misterio, flamantes en los dominios del desierto como bandera sin color, que señalan la frontera vedada al ser humano.

La noche se prolonga bajo la emoción de la muerte, como si el espacio que llenan sus sombras, hiciérase más amplio y profundo porque lo dilatan otras sombras con que la noche eterna embuten el ámbito nocturno. Y estos tres fugitivos de la agonía no pueden asilarse bajo ningún amparo contra el asedio de la tremenda pesadumbre que les mantiene en vigilia, tan silenciosamente abstraídos en la íntima amargura, que parecen ausentes de este paraje en que el sumo dolor ha eliminado las palpitaciones de la vida.

Cuando la quemante lumbre de la aurora chamusca la oscura caída de la noche, los tres hombres parecen volver a la tremenda realidad amenazadora de su propia tragedia..... Extiéndese, todavía, un gran desierto entre sus vidas y la certeza de salvarse arribando al fortín lejano en cuyas chozas adivinan el supremo auxilio, indiferente y extraño, ahora al tormento que padecen.

Pero hay que trasmontar el riesgo postrero, la jornada imprevisible que les conducirá; sin otra alternativa, al gran reposo. Al de la vida o al de la muerte. Y, de nuevo ponense a caminar sobre las arenas de blandicie traidora y enervante. El soldado Romero siente estas arenas pegajosas como adheridas a los pies y aminora su marcha, retenido cada vez más imperativamente por el sortilegio absorben del desierto. Busch le anima liberándole del peso del fusil y del equipo que suma a los propios y los lleva, senda adelante. Pero todo parece vano como auxilio para el compañero vencido. Una pesada embriaguez aturde a todos, haciéndoles tambalear y caer, abrumados de mareos que les desvanecen. Y el soldado Romero queda cada vez más a la zaga, extraño como un espectro, al esfuerzo de vivir que todavía impele a Socré y a Busch, en esta andanza que más resulta un arrastrar los pies que no pueden desprenderse de la tierra.

Un poco más, y acaso puedan salvarse... Pero el soldado Romero se derrumba, rendidas las rodillas, sobre la arena calcinada, los ojos fijos y velados, la boca desencajada en el acezar ruidoso de la fatiga mortal.

El agua del "sipoy" se ha consumido totalmente.... Busch puede, aún arrastrar el cuerpo de su camarada hacia la mezquina sombra de un matorral carcomido por el calor. ¡Qué inmenso trabajo es este!... Cayendo, levantándose y volviendo a caer, con movimientos inseguros y lentos, desconcertados y estériles como los de una torturada pesadilla, consigue arrimar este cuerpo flácido y estertorante al malezal de la sombra ficticia. Busch no podrá sufrir la muerte de este soldado, sin morir el mismo... El alcanzaría la zona propicia a la vida, el área en que sus semejantes escucharán su última angustia.... Pero le horroriza abandonar este soldado sin salvación, a la muerte en soledad de soledades. ¿Y la esperanza de llegar al fortín que podría atar de nuevo, el hilo de estas vidas a la vida?

Socré ha de seguir adelante, en busca de la ayuda lontana, mientras Busch aguarde aquí, junto al camarada que agoniza. En el trance desesperado, busca todavía, el milagro subterráneo del "sipoy". Y en el yermo aterrador, encuentra un solo tubérculo que extrae consumiendo toda una existencia de tiempo y de fuerzas... La noche y el residuo del agua confunden su leve frescor vitalizante, en esta vida indecisa del soldado Romero que se reanima de fuerzas imperceptibles... Busch aguza la ternura en delicadezas paternales. Mientras improvisa un lecho precario, inyecta en el alma destruida, la esperanza del auxilio que traerá Socré, a quien cedieron las últimas gotas del agua recogida en la hondura del último campamento.

Pero el monte no transige con las ficciones humanas. Su potencia cósmica es todo fuerza excluyente de artificios. Su mecánica existencial, es adversa en absoluto al sentimiento. Vive un estatismo inconmovible que le ha eternizado pese a la sequía, pese a la sofocación térmica del calor, igual que si hubiera superado a las leyes de la naturaleza en fuerza de resistir todas las calamidades conjuradas para destruirles. Diríase que tiene una potencia congénita para subsistir eternamente, sin necesidad de nutrición alguna. Quien precisa de externos recursos para sostener la vida, perece aquí, irremisiblemente, si no los halla a tiempo. Y esta ley atroz gravita sobre los hombres que ya no pueden arrancar al bosque la limosna del agua oculta bajo la tierra o en la maleza lacerante de espinas.

En la desértica soledad, la noche inmensa empequeñece a estos hombres perdidos en un océano de silencio y en un infinito de abandono. Ninguno puede enmendar su destino horroroso. La sed, la fatiga, el hambre les han aniquilado y les agarrotan pies y manos, clavándoles al suelo en presagio de la fúnebre quietud mortal que ha de incorporarles al mundo olvidado, ciego y sin voz.

Ahora, uno de ellos, habla al otro con la voz mortecina del acabamiento y del pavor:

-¿Me oyes, Romerito?

El diálogo serena la doble agonía, con eco lento y ensordecido:

-Si, mi teniente... Voy a morir...

-Moriremos los dos, Romerito... Estamos juntos....

-Yo tengo mucha pena....

-También yo... Pero hay un consuelo.

-Tengo, también, un poco de miedo... La otra vida...

-No hay que temerla... En la otra vida, nos encontraremos con nuestros antepasados.

-Mi madre, mi padre, se quedan solos...

-Todos se han de quedar solos, pero después se reunirán con nosotros. Para ser felices... Yo también sufro por mamita, por papá, por mis hermanos...

-Mi teniente... Yo no puedo resistir más...

-Romerito... Hemos sido compañeros... Si te vas tú, pronto nos veremos en la otra vida... Mueres como un valiente, como un soldado...

-Adiós, mi teniente... Hasta la otra vida...

-Adiós, hijo... Nos veremos allá.

Agítanse en la sombra inútiles, las manos pugnando en vano por alcanzarse para el postrero apretón... El estertor desgarrado de las gargantas exhaustas y quemadas acompasa imperceptibles gemidos... Los dos, trastornados de angustia, atisban desde el horror de su íntima tragedia, al consumirse de la vida del otro, mientas el silencio discurre por la extensión, cabalgando en el viejo y cansino caballo del tiempo que arrastra las patas ingrávidas y sin huella, sobre el arenal...

¿Cuánto tiempo ha transcurrido ya, en la esfera de la noche?... y esta espantosa mudez del mundo, y este callado hieratismo que posee cada vez más lúgubre a los hombres, ¿no es, en efecto, la muerte? Los dos piensan, acaso, que ya han traspuesto la ignota frontera.

Del pavor detenido en este minuto de la selva y del silencio que comienza para extenderse por toda la eternidad, irrumpe nítido y violento, seco e imperioso, el golpe de un disparo, que llama en las herméticas puertas de la esperanza. ¿Sueñan estos yacentes hombres? ¿Viven o han muerto?... La mano de Busch que no tuvo fuerzas para tenderse hacia el compañero moribundo, repta convulsa, lenta, instintiva, como un lagarto hacia el oscuro cubil en que pesa el revólver. Con lentitud que consume siglos, los dedos soñolientos de cansancio, extraen el arma que apenas puede sostener esta mano entumecida y agónica. El dedo oprime el disparador agrupando todas las fuerzas restantes de la vida. El ahínco final explosiona en la detonación del arma que desplaza el aire con una súbita crispatura de sobresalto. Y en el mundo contradictorio y negativo de

la selva, el estampido que anuncia exterminio, anuncia, ahora, resurrección... Tiéndese, a través del monte y de la distancia, el hilo de los disparos que ligan la vida y la agonía, en el empeño humanitario de la superación. Invisiblemente, un lazo veloz y silbante, ata estos cuerpos abatidos, la fuerza triunfante del brazo que tira hacia la nueva existencia. La esperanza infunde vigor milagroso en la mano anquilosada del moribundo que, a largos intervalos, reuniendo la fuerza atomizada en sus músculos inmóviles, responde con el revólver. La noche, parece haber sido rota por estas balas en un gran boquete, hacia el oriente, donde el sol forcejea por colarse en el paisaje, ampliando la abertura en que ha metido su cabeza redonda y flamígera.

Junto con la luz, arriba la vida..., Leonor Rivera y Hernán Montenegro, dos anónimos héroes de esta inmolación cotidiana que es penetrar en el monte, dos partículas oscuras y heroicas del pueblo que vacía su carne juvenil en la conscripción militar, están ahora, de hinojos, escanciando a sorbos, el agua salvadora, en las fauces desfallecidas de Busch y de Romero.

Lentamente, con el andar precario y caidizo de la infancia, tornan los rescatados del desierto, a este curioso e instintivo anhelo de vivir erguidos sobre la tremenda tierra del Chaco.. En el rincón amargo que les hamacó está anoche, entre la muerte y la soledad, queda chamuscándose al sol, un breve papel en que las manos de Busch escribieron sin rumbo, dos o tres palabras de amor y de orgullo, dedicadas a su compañera distante.

Más allá, otro compañero, el oficial Humberto Salinas, lívido de fiebres agotadoras, les aguarda tembloroso de angustia y de infestaciones microbianas de la malaria. El también anduvo, arrastrándose casi, buscando a los náufragos de este seco mar de la sed. Y cuando los vé, tambaleante, perdido el color de la vida en la piel resecada por el ardor febril, enlaza los brazos con los de estas lastimeras criaturas que parecen regresar de los dominios esqueléticos de la muerte.

PIOJOS Y AMEBAS, MÁS TEMIBLES QUE EL ENEMIGO

Menos mal que estos piojos no llevan sobre la espalda esa fatídica crucecilla con que la muerte condecora a los del tifus. Proliferánse a millones en costuras y dobleces de la ropa sucia y su voracidad es insaciable. Materialmente devoran la piel humana, célula por célula, provocando un escozor que enloquece. Blancos, traslúcidos, minúsculos, recorren todo el cuerpo cosiéndolo con las puntadas de su lanceta quemante. Las uñas rascan las epidermis hasta sangrarla. Pero se necesitaría mil manos para apagar esta comezón desesperante que encostra el pellejo, poro a poro, con menudos grumitos de sangre seca. Su presencia ya inevitable en el cuerpo del hombre, le ha hecho perder la nauseabunda repulsión que dimana su pálida figurita de monstruo pigmeo, su viscosidad. su blandicie, su lividez hecha con mucosidades. Los piojentos concluyen resignándose en una especie de anestesia fatalista y degradante. En hospitales y puestos de socorro, los soldados víctimas de la piojera, embrutecidos por el tedio, juegan con el hambriento verdugo. Alguno adapta el juego de las carreras de caballo para hacer apuestas. Cada hombre tiene su piojo favorito en la competencia. Alguna vez, el dueño del ganador, lo toma entre los dedos y se lo mete entre la blusa y la camisa:

-Este es un crack. Debe quedar para cría...

Otro día un oficial sorprende a un piojo que se mueve sobre su uniforme. Lleva miles de ellos sobre el cuerpo. Compone un gesto severo, atrapa al insecto y lo coloca sobre su pecho desnudo:

-¡Desertor!... ¡Vuelva a la fila!

Busch no tiene un pedazo de la piel que los implacables hemípteros no hayan mordisqueado a mansalva. Llenan su cuero cabelludo, paseánse por el pescuezo en columnas blancas e interminables.

-¡Caray, que fuésemos tantos como los piojos, ganábamos la guerra!...

Va lavándose rabiosamente el cuerpo, con el íntimo gozo de ahogar esta plaga sañuda. Su ropa se consume ardiendo cerca de él, mientras cuelga en unas ramas próximas, el uniforme nuevo. Repentinamente, dobla el cuerpo en dos, como herido por una cuchilla en el estómago. Es un dolor lancinante que

hiende las vísceras y las anuda en torcijones tetánicos, mientras el sudor helado, empalidece, las epidermis desfalleciente. Es la disentería invisible, amibo del trópico que escarba las entrañas como un microscópico chacal metido en los intestinos. No hay tortura más vejatoria, destrucción orgánica más fulminante que la de este microbio. Fermentan insidiosos e incaptables, efundiendo los vahos interiores de su tósigo que revuelve las tripas, que llega a la cabeza como una gota fija y tenaz de ponzoña cayendo siempre sobre el mismo punto del encéfalo. Doblega la resistencia física más fuerte, derrumba la moral más paciente. Los disentéricos asumen desde el primer día el aspecto de los cadáveres, en una especie de anunciación lúgubre del aniquilamiento definitivo. El suplicio encadena estas figuras agónicas en los hospitales y en los campos que reciben sus deyecciones de sangre, con hedores de sepultura. Naturalmente, los botiquines carecen de medicamentos para esta dolencia que ralea las filas del ejército con una de las ametralladoras conductoras de la guerra. Estos ingenuos no se han prevenido contra el fantasma lívido, que campea en todas las comarcas tropicales. No hay dinero, por ahora, para comprar medicinas. Muchos médicos padecen la inclemencia de esta continua trituración visceral junto con los soldados. Nadie se halla inmunizado para desafiar el flagelo terrible. Decididamente la guerra con el Paraguay, es, en concepto de la clase directora, cuestión de sacrificar vidas humanas. Quien hubiese recomendado la compra de material bélico, de medicinas e instrumental sanitario, no estaría en el plano de este coraje de opereta contra la sed, con que estadistas y generales lanzan el pueblo contra el enemigo, contra el hambre, contra la sed, contra las enfermedades, contra el desierto sabiéndose ellos a cubierto de todo riesgo.

Este oficial Busch debiera ser hospitalizado en el acto. Pero, ¿para qué?... ¿No se muere lo mismo bajo las granadas paraguayas que en los hospitales carentes de medicamentos? ¿Qué podrían hacer los médicos de manos vacías en esta grotesca guerra en que se usurea dinero para medicinas y se dilapida sangre humana, sin medida? ¿No asistieron, impotentes, a la agonía y la muerte del comandante Luis Aguirre, que capturó Boquerón?

Este hombre fue tocado en las extremidades inferiores por una violenta ráfaga de ametralladora. Sus hombres le recogieron de la tierra encharcada de sangre; un médico regimentario le auxilió en el acto, como pudo.* Y fue posible llevarle hasta Fortín Arce. No comandaba las fuerzas de Boquerón solo por designio de la autoridad, sino porque sus virtudes de soldado y de hombre lo consagraban tal. La ciencia médica reputó urgentísima una amputación para salvarle de la muerte, cuyo paso inexorable hallaba la escora voraz y broncínea de la gangrena gaseosa. Pero no había cómo proceder quirúrgicamente en el

* *Los abnegados profesionales enrolados en las fuerzas de Boquerón eran los doctores Eduardo Brito, Roque Torrico y José Parilla, cuya conducta no desdijo en momento alguno de la de oficiales y soldados ejemplares a lo largo de la gran acción. (C.M.)*

Chaco, por falta de medios. Murió allí con el postrer colapso de una infección fulmínea. Los gérmenes deletéreos de aquella tierra, la ponzoña del muermo que esponja los tejidos como una masa en fermento y las bacterias con esporos de vegetales tóxicos, consumieron el organismo juvenil y vibrante de Aguirre, materialmente a mansalva, entre el estupor casi gimiente de los médicos, y el estoicismo hombruno del moribundo. Miles de agonías, breves y torturadas como la suya, calló el Chaco en su soledad cómplice, en su desamparo siniestro. Pero la del jefe que tomó Boquerón fue en verdad monstruosa por los caracteres de espanto que la rodearon. La insuficiencia directiva no hizo el esfuerzo por enviar al enfermo hasta donde pudiesen operarle con éxito, para impedir que la moral del pueblo se cohibiese ante la evidencia de un alto jefe herido. Y se prefirió que el jefe percibiendo acaso la crepitación y el gargoteo de las propias carnes efervecidas por el soplo gaseoso que pudre los tejidos, que reblandece y emplasta las arterías, que disuelve los nervios en una purulencia expansiva e incontenible, dijo:

-Creo que he cumplido mi deber.... Creo que lo he cumplido... Podían llevarme a La Paz...

Pero todo era inútil ante la insensatez con que se obedecía las nociones del reglamentarismo tudesco, aprendido en los ambientes de medroso acatamiento a lo extranjero y bajo los ruines principios inferiorizadores del aborigen. Es normativo del espíritu militar germánico el desdén de la existencia humana, principalmente desde el punto de vista de los generales. Aguirre murió en aras de esta concepción bárbara, mal ingerida, en la conciencia de los viejos militares bolivianos, ganosos de lucir extranjería siquiera postiza. Aún cuando se anunciaba al país la fúnebre noticia hacíase presente el intenso artificio del mal injerto alemanoide: no se procuró siquiera enmendar la pavorosa deficiencia de los elementos sanitarios, ocultando las circunstancias en que el heroico soldado hubo perecido. Hasta el ejemplar holocausto de esta vida entregada a la patria resultó estéril para corregir la sordidez millonaria, reacia a cooperar en modo alguno con los defensores del país. Algunas frases de loa para la memoria del gran comandante Aguirre, encubrieron la verdad acusatoria de su muerte sin auxilios. Encubrieron, así mismo, la revelación del poder destructivo que asumían la codicia, la roña y la estupidez plutocráticas, frente a la tragedia chaqueña.*

* *Es muy ilustrativa cierta anécdota del presidente boliviano Mariano Melgarejo, ya citado sobre el ejercicio del don de mando. Puede sostenerse que el indoamericano madurado en las ideas europeas respecto de jerarquías y fueros, padece fatalmente un desequilibrio que lo arrastra al exceso autoritario, como reacción excesiva de su sentimiento de inferioridad liberado por el atributo del mando. Es posible que en la inclemencia de las tiranías mestizas vaya descargándose el rencor de milenarios perseguidos, repentinamente dueños de la fuerza. Cuando menos, tal fenómeno se acusa de ordinario en la disposición anímica para "hacer sentir el peso" del que manda. Así, Melgarejo, evocado por Gonzalo de Reparaz... "autoridad, orden, disciplina, eran la trinidad augusta a que rendía culto, el cual culto a todos imponía... Con ella, florecía la subordinación..." y aquí la anécdota, en presencia de un ministro extranjero. Melgarejo "mandó subir el escuadrón de escolta,*

-Teniente Busch, debe curarse antes de volver-, dice el médico en vano y reiteradamente.

-Doctor, hasta un enfermo grave puede ser muy útil en estos momentos.

Así vuelve a Yujra, materialmente lanceado por las tacuaras de la disentería, que parecen horadar sus intestinos. Todavía se siente con fuerzas, todavía camina... Su regimiento ha partido con la aurora, conminado ¿Es que hay algo de morboso en esta porfía infecunda por hacer cosas que tanta sangre cuestan? El sacrificio de estas masas humanas, ¿responde a algo más que a un cómodo exhibicionismo del comando que pretende laurearse con la abnegación popular sin tasa? ¿Acusa tal vez la incapacidad mayúscula, obrando a topa tolondras, desaforada y ciega, en un desconcierto vesánico ante los hechos que no comprende? ¿Acaso no es más que el ejercicio hostigante del autoritarismo, deleitándose en el manejo extremoso de las multitudes milicianas?

Todas las preguntas tienen una sola respuesta: la masacre del pueblo boliviano. Es indudable que el drama no penetra en la conciencia ni en la emoción de los directores. Tal es la obra de falseamiento del alma nativa por la técnica europea que ha impermeabilizado, ha secado, ha muerto la sensibilidad y el don de la comprensión aborígenes en estos hombres.

Producénse, ellos como si realmente fuesen jefes alemanes, y sacrifican a las masas indias, cholas y blancas con un desparpajo inconmiserativo de seres desligados de la nacionalidad.

Esta falsificación espiritual es una maestra obra destructora de los recursos defensivos del país, pues anula en absoluto a sus dirigentes, que resultan ciegos y sordos para captar la expresión exacta de los fenómenos determinados por el medio nativo. De ahí que no atinan a resolver con los recursos institucionales y subconscientes del autóctono los conflictos que plantea este carácter esencialísimamente vernáculo del evento. Sus procedimientos consisten sólo en usar de la fuerza, -nunca recurren al fecundo terreno de la astucia-, al pelado estilo europeo. El asalto, el contrachoque, el ataque frontal, son ordenados casi maquinalmente. Diríase obsesiones inexplicables induciéndoles a disponer "seis contraataques difíciles, donde tuvimos pérdidas enormes... y fuimos batidos en detal por fuerzas muy superiores".* No titubean frente al exterminio humano que comportan estas acciones bélicas a precio de vidas innumerables. En su espantable desvinculación ideológica y sentimental del país, imitan a ciegas los métodos europeos de guerra, determinando el aniquilamiento de grandes masas humanas. Casi no se dan cuenta de que ello sólo se explica en la Europa

---

sin armas. Formóle en el fondo del salón, dando frente al balcón, cuyas puertas abrió de par en par. Después mandó –De frente. ¡Marchen" Los soldados obedecieron, y llegados al balcón, como no les mandara "¡Alto!", se fueron tirando por el balcón a la plaza". (Gonzalo de Reparaz, La dictadura de Melgarejo en Bolivia, "Timón", revista mensual, número 3, enero de 1940, Buenos Aires). (C.M.).

* *(Moscoso, Ibid.)*

ultraburguesa, donde la densidad poblacional que amenaza el capitalismo hace que este fomente la mayor mortandad posible a fin de respirar con desahogo durante largas temporadas. Estos jefes bolivianos desconocen tales causas de la afición occidental, las grandes masacres. Creen que es un procedimiento civilizador, índice de modernidad y cultura guerrera, y lo acogen sin condiciones, olvidados en absoluto de la escasez demográfica boliviana. Unicamente los oficiales en quienes hanse embotado las inyecciones europeizantes, recurren a todo medio en demanda salvadora de vidas. Regatean astutamente con la muerte y alcanzan sus objetivos. Frente a ellos, agrávase la total desadaptación de los altos conductores respecto del ambiente. Ella se acusa en el hecho irrefragable de que ningún general con estudios en Europa obtiene éxitos militares en el Chaco. La sapiencia adquirida al extranjero, se emplea durante la guerra como simple actividad oficinesca, por entero extraña a los problemas de estrategia o de táctica. Los hombres que se meritúan como guerreros hábiles y audaces, pertenecen más bien al sector que mantiene su bolivianidad intacta e invulnerada por el sortilegio extranjerista.

No toda responsabilidad se exculpa por esta causa. Hay que insistir en que esta curiosa anulación de las potencias nativas por obra de la cultura extranjera, obedece particularmente a que dicha cultura es insuficiente para suplantar las fuerzas anímicas emocionales o instintivas, de que se despoja el hombre, so pretexto de civilizarlo. De este modo, la impericia personal apresura con brutales empellones al despeñamiento del país en el plano inclinado que la economía depauperadora labra sobre los caminos del porvenir.

La impreparación teórica de los dirigentes militares, no es perceptible antes de la contienda. Se halla encubierta por ciertos ropajes demostrativos con que las misiones gringas visten a la institución armada. La preferencia por el fachadismo imponente, -uniformes, entorchados, ruidosos taconeos y rigideces de autómatas-, relegan la atención de la cultura a plano subalterno, atribuyendo a la carrera un tipo de ocupación fácil dependiente de aptitudes materiales antes que de capacidad intelectual. En el ejército de la preguerra, no se exige estudios con el férreo espíritu punitivo con que se demanda trajes impecables, ademanes precisos, bizarras posturas. El culto de la hombría, el concepto de la responsabilidad, las nociones del honor, dependen del temperamento individual bajo tal régimen, cuyas exigencias reglamentarias, pugnan más bien, por anular el valor, la altivez, la discriminación, a título de jerarquía. Se explica en gran parte que las misiones extranjeras restrinjan la cultura del conjunto, a fin de cohonestar su pesante autoritarismo a base de la impreparación subalterna. Más aunque no existiera tal propósito, la realidad que arroja en inicio la prueba del Chaco, denuncia a las claras la impericia de la clase directora, precisamente de aquella que moldearon los técnicos foráneos desde su arribo al país. ¿No es ella el verdadero cociente de la instrucción teórico-práctica de la misión

alemana? El país ha sido burlescamente engañado por esta, con la visión de un ejército de llamativas calidades exteriores, exhibidas en cívicas fiestas. El mito de la eficiencia militar gringa se ha construido sobre la base de la oficialidad y la tropas bolivianas, que resisten fríos polares sin abrigo, que pasan días y días carentes de alimentos, que hacen marchas forzadas asombrosas, que chapotean leguas de leguas en la nieve, calzadas apenas con ojotas, Mito gemelo al de la eficiencia constructiva gringa, tendiendo ferrovías en los Andes, gracias al indio que orada la roca, desploma las cumbres, traslada las montañas, salta los abismos y se desmigaja con el granito volado a dinamitazos.

Pero esta guerra del Chaco guiña un ojo irónico frente a los mitos. Esta guerra del Chaco es la verdad, es la historia, es la vida en sus dimensiones absolutas y eternales, alzándose para saldar cuentas, frente a cien años de embelecos y falacias. Ella habla en voz nunca oída antes. Voz conminatoria y terrible, voz del Apocalipsis, voz del Juicio Final. "Todos tendrán que mostrarse como fueron y como son en verdad, poniendo a la luz sus carnes y sus huesos, desvestidos de todas sus vestiduras". En este desierto es inútil la adormidera que sumerge al pueblo en el sopor de las visiones deslumbrantes. Aquí se apagan las cantinelas del fariseísmo que trastornó un siglo sobre este suelo, se desmoronan los ídolos, convertidos en polvo yacente, en ceniza inánime, como en los vaticinios del Eclesiástes. Este mundo está lleno de una luz que lo transparenta todo hasta sus recónditos dobleces. La gran comedia boliviana para en seco, mostrando sus bambalinas de andrajos, sus telones, pringosos, sus galanes de guardarropa, sus barbas de utilería, sus comparsas atónitos, sus farsantes marrulleros, sus bandidos de feria, sus héroes calderonianos y sonoros, hechos por mano de alfayate...

Desde ahora, ya sólo se puede ser hombre de carne y hueso, en humana función de sufrimiento sin recompensa, para alcanzar la gloria. Quien pretenda reanudar la farsa, caerá descalabrado en el escenario, cuyo piso remece el andar grávido y penoso de las multitudes, camino de la inmolación.

¿Enseñaron ciencia de guerra los maestros alemanes? ¿Por qué no aparece ella auxiliando a los altos jefes frente a Boquerón? Días antes de estos ensangrentados amagos contra el cerco paraguayo, dirige la guerra desde La Paz, conjura al comando, bien que a pura teoría académica, a "evitar que pequeñas fuerzas aisladas por enormes distancias, tengan que enfrentarse con la superioridad numérica enemiga".[16] Empero, ¿cómo podía evitárselo, sin transformar las pequeñas fuerzas en grandes y sin hacer desaparecer las enormes distancias que las aíslan? ¿Y cómo rehuir el enfrentamiento con la superioridad numérica enemiga, si no huyendo?

16 *Radiograma cifrado número 701, de 22 de agosto, en el que también se afirma que "si resistencia Boquerón es bien llevada con serio escalonamiento hasta Arce, flanco izquierdo no corre peligro"... Lo inexplicable es que se habla de "resistencia bien llevada con serio escalonamiento" de tropas, a tiempo mismo en que se operaban con "pequeñas fuerzas aisladas por enormes distancias".*

La logística diríase inexistente para estos militares resignados ante las condiciones de miseria que ha impuesto a Bolivia la exhaustiva economía patiñista. Todos los factores adversos desaparecían si estos hombres tuviesen tanto amor a la patria como para vencer su tremendo miedo a quebrar el voracísimo poderío millonario, que limita la defensa nacional a una acción casi policiaría. ¡Unos millones de pesos para obtener la victoria, para salvar, siquiera, a los mártires mil veces crucificados en Boquerón. "Para poder ganar debemos tratar de ser los más fuertes en el punto del encuentro. Podemos hacer esto, sin embargo, sólo si nosotros decidimos la operación, pero no si esperamos, en actitud pasiva, que el enemigo decida lo que quiera hacer con nosotros".*

¿Quién dijo esto? ¿No fue el Sumo Pontífice de la sapiencia guerrera alemana? ¡Cómo pudieron olvidarlo estos férvidos profesos del rito extranjerista! ¡Cómo se atrevieron a contrariar sustancialmente el evangelio bélico! ¿No denuncia el comandante Moscoso "que el estacionamiento de las tropas en viaje y la movilización por cuenta gotas" obligó al ejército boliviano "a esperar al adversario que necesariamente debía atacar"? ¡Ah, malditos cuatro siglos de esclavización boliviana! Primero por los encomenderos españoles y después por millonarios cholos. Estos cuatro siglos pesan sobre sus almas amortiguando la desesperación, la cólera, la rebeldía castigadora con que pueden alzarse contra este inmundo egoísmo que convierte el Chaco en un matadero de bolivianos.

Así, estos hombres del 6° de caballería, que tienden, otra vez, el cuello bajo la cuchilla exterminadora. Busch los alcanza más allá de puesto Lara. La disentería le ata a su tortura sin sosiego. Siente que una fiera enloquecida le mastica las entrañas y succiona toda su sangre. Apenas puede andar agotado por el terrible debilitamiento, mientras avanza hacia el sector en que sus compañeros han chocado ya con los paraguayos. Deambula a tropezones por la arboleda sufriendo las convulsiones atroces de sus vísceras atosigadas, que le doblegan en náuseas invencibles. Aquí está el coronel Méndez, con su gesto apacible, observando el combate de pie, junto a sus hombres que disparan tendidos en la arena.

-¡Busch! ¿Está usted enfermo?

-No puedo más, mi coronel... Casi estoy a punto de suicidarme....

-¡Es terrible!... Le dejaría ir a curarse, pero no puedo... Lo siento con todo mi corazón.

Algún tirador lejano ve a estos hombres erguidos entre el arbolado y los persigue seguidos con disparos. Pasan los proyectiles entre ellos, ululantes, amenazadores, clavándose en los troncos vecinos, cuyas masas foliáceas agujerean con breve siseo. Busch agacha el cuerpo rápidamente:

-Cúbrase, mi coronel... Los pilas no respetan grados....

* *Mariscal Conde Schlieffen, "De táctica y estrategia para el Estado Mayor".*

Méndez continúa de pie, contemplando con tranquila curiosidad los mirajes recortados en cuadritos irregulares, entre la rala fronda, hacia la línea paraguaya. No hay crispación alguna en sus rostros inalterados por el peligro, por el tiroteo, por la proximidad silbadora de las balas. Figura hallarse casi ausente del combate. Percibe los gemidos que el dolor tenaz arranca a Busch, de bruces en el suelo. El cirujano del regimiento trajina vigilante por la línea de tiradores, a la espera de heridos....

-Mayor Maldonado, por favor, un calmante para disentería....

Acude el doctor Benjamín Maldonado, casi a gatas bajo el zumbar írrito de los tiros. Busch ingiere algún medicamento, cuando la gorra de Méndez vuela a un lado, siguiendo el curso del proyectil que la traspasa.

-Mi Coronel, por favor, cúbrase....

Méndez, inalterable, se sienta junto a Busch. El auxilio médico parece de maravilla. El hombre recobra minuto a minuto la tonicidad violenta, el ímpetu resuelto de los días anteriores. Maldonado se aleja, en busca de heridos. –Mi coronel–, dice Busch, como reincorporado al mundo exclusivista y absorbente de la contienda-, creo que este contraataque a Boquerón sólo ha de causarnos pérdidas inútiles. Sin disponer por lo menos de mil hombres, el fracaso es inevitable. Mi parecer es que no debemos seguir adelante. Es evitar una masacre descabellada y sin objeto.

Méndez oye atentamente, haciendo señas afirmativas.

-He expuesto estos mismos reparos al comando, pero en vano. Usted sabe que haría cualquier cosa por evitar la muerte de los soldados. Pero a Peña se le ha ocurrido que soy un jefe cobarde porque observo las disposiciones que imponen derroches inútiles de sangre... Ahora, no hay más que cumplir la orden.

La intoxicación que operan las grandilocuencias guerreras, inficionando al heroísmo por el heroísmo, alienta los empujones con que se estrella a la gente humilde contra las automáticas paraguayas. ¿Quién sabe del sufrimiento sin nombre que padecieron todos los soldados del mundo en las últimas guerras? La literatura belígera solo recoge testimonios enaltecedores para los jerarcas. Pero enmudece respecto de la multitud oscura que se pierde en masa bajo las granadas, bajo la dentada segur de las ametralladoras.

Esta omisión del recuerdo para con quienes mueren a millones, este olvido incompasivo con el dolor de generaciones enteras, envuelve el heroísmo de los connotados en gratos resplandores sin una sola sombra de pesadumbre. Así se modela el espíritu fácil para la insensibilidad con el tormento ajeno. Así se forjan los mandones cuyo coraje consiste en exponer las gentes al peligro, sin sentir vacilaciones. Cierta historia militar exalta el valor de Bonaparte,

cuando este ordena la decapitación de ocho mil egipcios prisioneros, porque carece de medios para alimentarlos. En este almácigo proliferan exuberantes las aptitudes postizas. No hay militares tan irritables como los que ocupan elevados puestos en la retaguardia. No hay hombres mejor dispuestos a creer que el humanitarismo es una debilidad, y que la comprensión ajena del riesgo es un engendro del miedo. Pero el Chaco es un proceso de crudas e inapelables afirmaciones que rectifican palabra por palabra este artificio de la imaginación.

Los combatientes avanzan hasta la orilla del monte que cerca por este lado la pampa de Boquerón. Se toma posiciones, orillando la boscosidad muriente sobre los pajonales. Los pilas van cruzando el campo, hacia ellos, precedidos por un torrente de balas. Busch tendido junto al teniente Ichazo, percibe los tiros rasantes que cosquillean casi junto a los cuerpos y se clavan como goterones de plomo en la tierra. Es un milagro que no les toquen. Diríase que los proyectiles contornan las siluetas, mientras los hombres apegan sus carnes a la arena.

Es una lluvia de balas cuyo silbar se compacta en un rumor punteado por un picoteo que insiste queriendo abrir los tocones de la arboleda. Los oficiales aguardan el disparo que acabe con ellos.

-Ichacito, ahorita acaban contigo

-¡Agáchate, Camba!...

Los bolivianos replican ardorosamente el acribillamiento, conteniendo el avance. Luego adelantan hacia la pampa, en desorden, bajo la excitación del adversario que se retira. Pero esto sucede aquí solamente.

* * *

Exodo de Parapetí

BOQUERON

Tres columnas deben atacar, el 12 de septiembre de 1932, a las fuerzas paraguayas que asedian Boquerón. Conduciálas, respectivamente los mayores Germán Jordán, David Méndez y Oscar Moscoso. El teniente Germán Busch forma a órdenes de este último. La historia prepara, en el monte, sus instrumentos para acuñar efigies heroícas.

Un jarro de mote* y un bollo de pan, para cada combatiente. Esta es la ración que el país asombrosamente rico entrega a sus defensores para una jornada sin plazo. Para una jornada larga, que acaso dure como la inmortalidad.

Tres kilómetros delante de Yujra, ven a los primeros muertos de esta guerra que todavía no comprende. Soldados bolivianos, abatidos por balas paraguayas. Los anuncia el hedor de la carroña humana, aroma de esta macabra floración con rocío de plomo. La pestilencia pasea en la picada como un augur sardónico anunciando lo que serán éstos adolescentes, fetidez nauseabunda, gusanos, huesos rotos, basura del desierto.

Tres camiones desvencijados obstruyen el camino a los ojos de la descubierta que comanda Busch. Están llenos de cadáveres envueltos en uniformes grises, mugrientos de tierra que ha hecho grumos con la sangre.

-¡Mira hermanito, qué barbaridad!

-¡Ay, carajo!... ¡son nuestros!...

Las voces falsean rotas de dolor y espanto. Ahí están los indiecitos juveniles, los cholos, muertos en nombre de la patria. Cuelgan de las barras de madera en que se enredaron los pies al saltar tronchados a ráfagas por ametralladoras acechando entre las malezas. Hay otros de cuclillas como en el intento de guarecerse de la mortal tormenta que desató el monte. Los que cayeron primero, yacen sobre la plataforma, encogidos, rotos, un montón de absurdos peleles. A la derecha y la izquierda, bajo de los camiones hay también muertos. Estos hombres perecieron de súbito, detenido ese el ímpetu de atacar o de huir. Ahora parecen monstruos, los vientres timpanizados por la descomposición gaseosa, las caras elefantiásicas de fermentos cadaverinos. Ha sido una masacre sin

---

* *Mote de muthi, voz aymara y quechua, grano de maíz hervido, mote ha sido incorporado como vocablo español). (C.M.)*

atenuantes. Perecieron todos, barridos por enjambres de balas, cuando iban ajenos al riesgo, aun soñando en la guerra ideada por los periódicos, guerra sin peligros ni emboscadas, guerra dichosa como un paseo bajo aros triunfales.

Todavía no se comprende, aquí, que esta guerra no interesa a Bolivia ni al Paraguay. Créese en el invasor y el enemigo. Hay cadáveres profanados por mutilaciones vergonzosas, mechados a bayonetazos póstumos. Ojos hurgados a cuchillo, vaciándose como tinteros rotos sobre los pómulos. Caras con las orejas mondadas, cercén a cercén...

Busch fija las pupilas en sus hombres. Todos han palidecido, como si la sangre buscara los más recónditos vasos del organismo, huyendo al peligro de vaciarse, igual que la de estos informes cuerpos posesos de los gusanos. Los hombres miran al espejo de su destino, mustios, inquietos entre vahos de cadaverina que casi no sienten. El oficial acude en socorro de estas almas suspensas. Algunos dan pasos vacilantes hacia el bosque en vez de caras pálidas quiero ver caras de leones, para vengar a nuestros hermanos asesinados", -dice Busch-, está sangre no se derrama en vano, quiero verlos como a hombres, vamos a pedir cuentas de esto a los asesinos. El que me siga será bendito para las almas de nuestros muertos, el que huya es un cobarde que morirá como perro.

De la multitud dolorida, sale un ronco grito que se desgarra desesperado:

-¡Lo seguiremos, mi teniente!... ¡Viva Bolivia!...

-¡Adelante, hermanos, hasta la muerte!...

La columna avanza unos cientos de metros.

-¡Tenderse!...

Las primeras balas pasan sobre sus cabezas, como un siseo entrecortado, mordisqueando el follaje del bosque de urundeles* Busch otea a derecha e izquierda, mirando a sus hombres, mientras los proyectiles paraguayos aumentan el zumbar fugaz de su vuelo.

-¡Ahora, muchachos!, abrir fuego, hacia adelante!...

Truenan fusiles y ametralladoras en estrépito rabioso. El oficial recorre a saltos la línea de sus tiradores, animándolos, rectificando la puntería, rociando el paraje con frases de ternura, de esperanza, de entusiasmo viril. Siente un extraño regocijo en el alma, que bailotea gozosa, con una vieja emoción conocida, tremante de inquietud y alegría. De pronto las balas picotean la tierra del entorno, insistentes, hambrientas. Hay un soldado herido que grita. Es una ametralladora invisible, tableteando desde un sitio próximo. Los otros dos destacamentos han llegado y se despliegan. Arrecia el fuego, Busch mira por todos lados, incorporándose entre el siniestro aleteo de los proyectiles. Oye su nombre:

---

19 (Urundel, árbol de leña de sobremanera jugoso, del que los nativos extraen un licor llamado zumaqui. De la corteza, destílase tanino. Es árbol de madera muy dura y erguido crecimiento, que se abre en profusos ramajes). (C.M.)

-¡Busch, Busch, no seas bárbaro!

Vuelve el rostro y percibe al mayor Moscoso, que le grita.

-¡No seas bárbaro!... ¡Allí hay una ametralladora, a tu derecha!.

Pero Moscoso cae, como fulminado, en este trunco gesto, al señalar un punto del monte. Busch salta a un lado, emplaza dos ametralladoras pesadas y desata un infierno de plomo sobre la posición enemiga.

Comienzan a caer sus hombres, a la derecha, a la izquierda, bajo el fuego paraguayo. Busch recorre toda su línea, entre los gritos lastimeros de las primeras víctimas:

-Mi teniente, estoy herido...

-Aguita, mi teniente...

El contacto de esta carne lacerada e inerme, desvanece poco a poco la euforia en el alma de Busch. Las detonaciones ya no llaman provocativamente a sus oídos, llenos de gemidos. Acude a saltos, arrastrado por las voces que el dolor enflauta en lamentos de niño.

-"Espera, hijo.... Toma un poquito de agua... ¿Duele mucho?.... Valiente, valiente, ¿no?"..

Agua, agua, palabras, apretones de manos, dulcifican el fluir de la sangre, el descarnamiento de los huesos, el irse irremisible de la vida.

Los paraguayos erizan su línea con ametralladoras, con fusiles, con granadas de mano. Es imposible quebrar este cordón de fuego que tienden hacia Yujra, mientras sus morteros convulsionan los contornos de Boquerón, encerrando seiscientos hombres privados de agua, de víveres, de esperanza.

Es la primera acción de guerra en que participa Busch, comandando a estos muchachos que no han cumplido los veinte años. El oficial comprende que aquí se juega su destino. Debe avanzar, como sea.

-Hay que sostenerse muchachos. De esto depende la victoria, el nombre glorioso de nuestro regimiento...

Ya urde la operación temeraria con que hendirá el muro de fuego, para alcanzar Boquerón, como un libertador. El enemigo se halla a 40 metros, hincado el talón irreductible en la arena que alborota la pólvora inflamada. Los jarales cubren a vivos y muertos, enmascarando esta confusa multitud casi invisible. Busch atisba desde un urundel, mientras instruye rápidamente a sus oficiales.

-No hay cómo cascarlos de frente, pero se les puede salir a retaguardia. Yo iré con la sección Ascarrunz, mientras ustedes se mantienen aquí. Si oyen mis gritos, paran el fuego. Arrearemos a los pilas por detrás. Cuando salgan del monte, a la pampa, los voltean. Eso quiere decir que hemos vencido...

Salta dentro del monte, como un tigre perseguido. Ascarrunz le sigue con sus hombres. No pasan de treinta. Marchan casi a rastras, en pos del oficial que parece llevarles atados a él en esta aventura atroz. Busch está ahí, delante,

sorteando la espesura. Lleva un pequeño kepi* cargado en la espalda. Avanza con velocidad inverosímil, suelta y terrible a la husma de la presa inminente.

-"¡Viva Bolivia!... ¡Adelante, muchachos, adelante, viva Bolivia!..."

Un rumor nuevo, tremendo huracán tembloroso, amenazante, próximo, retumba en el bosque tiritante de traquidos. Los paraguayos le sienten sobrevenir por la espalda, arrasador y tempestuoso. El fuego, en la línea, se aquieta en seco. La selva se abre en agujeros por donde insurgen caras rabiosas y desesperadas, de indios, de cholos, de blancos. Las bocas desencajadas en el alarido:

-¡Viva Bolivia!, ¡adelante!...

Es una tromba. Busch está ronco de gritar. Gigantesco, incontenible bárbaro, encabeza está legión de adolescentes que parecen demonios. No hay un disparo. Las bayonetas, los culatazos, destrozan carnes y huesos. La línea paraguaya se desperdiga en el monte, rebalsa hacia el descampado. Repiquetean las ametralladoras bolivianas, mortíferas, implacables.

Toda la selva pulula de tropas enemigas. El desconcierto no alcanza más allá de este primer cordón retaceado. A la derecha, el bosque se rasga en un bramar de ametralladoras que astillan los follajes.

-¡"Tenderse, muchachos, tenderse!... ¡Bala a la derecha, carajo!...".

Los vencedores caen a tierra, acezantes, disparan, gritan, ríen. Busch anda entre ellos, multiplicado en una ubicua presencia que galvaniza. Tiene los ojos incendiados de lumbre quemante, la boca entreabierta en una crispatura de mordisco.

-"¡Cavar posiciones individuales!... Con el cuchillo, con el plato, con las uñas!. Los pilas vuelven...".

Zumban las balas cayendo entre ellos casi en masa compacta. El mismo debe tenderse violentamente. Cerca de su boca, emerge ennegrecida y vacía una calavera entre cuyos huesos rajados verdea el descolorido trapo de un sombrero paraguayo. Busch cierra los ojos. Deja el revólver en el suelo. Su mano se ablanda mientras cubre con la seca tierra del Chaco, este enigmático vestigio de un hombre que murió en el monte.

Transcurre la noche en el insomnio dramático de la espera y el acecho. Todos los ojos miran hacia el este, oculto por las tinieblas nocturnas y por el bosque. Jamás hallóse esta selva ni se hallará nunca más amenazadoramente habitada. Al norte la pampa de Boquerón, abierta como una página rasgada, cuyos retazos cuelgan hacia el oeste, enroscándose, viejos y apergaminados, hacia el sud. Esta pampa circuye casi por entero al monte sin nombre hasta ayer. Monte de palo-santo, de urundeles, de algarrobos, de guayacanes, apretados

* *Kepi, vocablo aymara y quechua, que significa hatillo. Busch realizó casi toda su campaña de combatiente, llevándolo en la espalda, a usanza de indios quechuas y aymaras, llevaba en él su ropa, cuaderno de notas, unos paquetes de cigarrillos, un pedazo de pan. (C.M.)*

en grupo, figurando formar un cuadro que se ampara del avance devastador de pajonales y gramas absorbiendo todos los jugos vegetales de la tierra. La toponimia del Chaco llama islas a estas acumulaciones arbóreas acollaradas por la vegetación rampante de los pastos. La guerra bautiza esta isla: es la Isla del Diablo. En ella se padece todos los tormentos. El miedo, la sed, el hambre, el dolor, la agonía....

Cuando amanece, los soldados que Busch comanda tienen los fusiles empuñados. Apenas hay unos hilos de la lumbre solar entre los ramajes, fosforeciendo en la tibieza abominable de este desierto. ¿No están dentro de la Isla del Diablo, hasta donde les arrastró el avance de ayer?

-"Muchachos, debemos llegar a Boquerón... Hay que avanzar por la isla, sin tomar senderos ni picadas, únicamente pechando monte... ¡Nadie se queda!"

Todo está dispuesto para el ataque.

-"¡Viva Bolivia!. ¡Adelante!"

El bosque se estremece de nuevo con el huracanado fragor de los gritos y las detonaciones. Busch avanza delante de sus hombres, con el kepi atado a la espalda, revólver en mano. Los mismos ojos fulgurantes, el mismo gesto de la boca próxima a la dentellada. Las malezas rotas, la hojarasca aplastada, resuenan como rumores amenazantes multiplicados.

A veinte metros, apenas, hallánse los enemigos, invisibles dentro de los matorrales, disimulados tras de los troncos, semisepultos en hojarascas y montones de arena. Atisban de sus escondrijos hacia las sendas y las picadas. La irrupción de los bolivianos, a través del monte cerrado, les desconcierta. Estos menudos combatientes color de bronce, surgen de la espesura, por todas partes. El ruido, las voces, los disparos, descomponen la orientación de los defensores, les desubican. Busch y los primeros hombres caen sobre ellos, pisoteándoles casi. Hay uno que se levanta, veloz y huye. Busch le dispara "entre las paletas".

-¡Ande va, pila carajo!

El hombre cae, con el pecho destrozado. Pero se alza otro. Y otro más, y otro.

-¡Párese, pila carajo, ande vá!...

Los pobres se derrumban, fulminados, a los cuantos pasos. Busch no cuenta los cartuchos que descarga. Su pistola Mauser es cuanto lleva en la mano, mientras avanza, corriendo, al asalto:

-¡Viva Bolivia, viva Bolivia!... ¡Adelante, vengadores!... ¡Adelante!.

Ha de romper un malezal para seguir, cuando se detiene, sujeto por misteriosos frenos instintivos que le paran casi en seco. Está viendo un soldado paraguayo, tendido, ahí, dentro del jaral, quieto, inmóvil, frío como una serpiente, en las manos el fusil... Dos pasos les separan, apenas. Busch le encañona y aprieta el disparador. La caserina está vacía y el arma sólo responde con la sofocación breve y sardónica del rastrillazo. ¿Un segundo más de vida? ¿Una eternidad?... El soldado muestra los dientes en una sonrisa

helada y cierta de lo inevitable. "Debe ser más hombre que ninguno", piensa Busch en estas partículas infinitesimales del tiempo. Ni el paraguayo ni él tienen la menor noción de la muerte... Ahora el fusil se alza, dirigido contra Busch inerme. Relampaguea el disparo.

-¡Ah!

Alguien salta junto a Busch, en este instante. Es el sargento Araníbar. Ha visto al paraguayo, a Busch. Ha visto el fogonazo que no derriba a su oficial. Mira a éste, desconcertado.

-¡Déle, carajo!

Un tiro. Todo el hombro del paraguayo se desgaja, colgante. ¿Quién se humaniza en esta Isla del Diablo que el desierto puso en el camino?

-¡Otro más?

-¡Déle pa su yapa, carajo!

Ese enigmático guerrero guaraní agoniza con el brazo desprendido del cuerpo. Un segundo tiro le remata. Busch se inclina a recoger el arma del muerto. Está humedecida por la sangre todavía caliente. "Sentí una repugnancia invencible a mancharme las manos", cuenta Busch. Salta encima del muerto y sigue corriendo. Delante de él, se desploma herido por alguien, un hombre que insurgió del bosque. Se apodera Busch del fusil, toma el morral con las municiones. Avanza de nuevo, gritando, envuelto el bramar de tromba que perfora el monte.

Junto a Busch, los soldados iracundos, jadeantes, mojoseados por el sudor, pisotean la hojarasca, saltan sobre las malezas o las traspasan desgarrándose ropas y carnes. Hay uno que cae, en mitad misma del grito triunfal, y se encoge, soltando el fusil para oprimirse el vientre desbordante de sangre y vísceras destrozadas.

-¡Ya me fregaron, carajo!...

No hay cómo auxiliarle en este correr alocado hacia las posiciones enemigas. Busch le reconoce. Es el suboficial Patiño, que ayer y hoy iba al entre los primeros. Una ráfaga de ametralladora le ha hecho este cinturón que llaga su carne de parte a parte. Caen otros abatidos por un fuego sin misericordia.

Hay una ola de plomo que se rompe contra los atacantes, volteándolos cubiertos por una espuma sanguinolenta y pesada, amontónanse los cadáveres. Las balas paraguayas no dejan un palmo de tierra sin rasguño. Son las tres de la tarde, y el sol inflama la atmósfera que los proyectiles oradan figurando zumbantes moscardones enfurecidos. Hay que detener el ataque, oponiendo la quietud horrible del ocultamiento a las rachas de muerte que disparan las ametralladoras pilas. Cada combatiente busca el árbol que le proteja, rasca desesperado la tierra ahondándola en el vértigo de huir a las balas que ululan rasantes, carpiendo la arena. Fórmase una línea de tiradores. El avance en la Isla del Diablo ha cubierto medio kilómetro.

Busch recorre velozmente la extensión, preguntando, consolando, ayudando. Aquí un oficial que agoniza con lentitud espantosa.

-Mi teniente... ¡Máteme usted!... ¡Mire!...

Ha descubierto la parte inferior del tronco, abriendo las manos con que oculta la herida. Estas hállanse como enguantadas por la sangre que las bruñe con su trágica tintura rojiza. Los intestinos han tocado la tierra, pues las balas desollaron el vientre.

-¡Mátame usted, mi teniente! ¡No hay derecho a dejarme sufrir de este modo!

-No tengas pena, Arevalito, casi no es nada. Claro que duele, pero, ¡para eso eres hombre!.

Le toma en los brazos y le lleva, como puede unos pasos detrás. Los camilleros recogen heridos. Algunos caen acribillados en este infierno de balas. Busch queda un largo tiempo junto a este subteniente Arévalo, inmolado por la patria. Oye martillar en el cerebro esta petición reiterada y gemebunda:

-¡Máteme, teniente Busch, máteme!...

Hacia delante, continúa el tiroteo. Busch debe ir allí. Apenas hay diez o quince metros de tierra entre los adversarios. De pronto se alza un alarido sobrehumano, que surge del campo de nadie.

-¡Sáquenme, por Dios, me estoy muriendo!...

Los ojos de Busch escrutan los contornos. Ahora divisa al que clama. Es uno de los suyos, el sargento Maceda. Cayó a cinco escasos metros de las trincheras paraguayas, un segundo antes de suspenderse el ataque. Allí estuvo silenciosamente, reteniendo el grito de sus entrañas rotas, hasta que no pudo más.

-¡Sáquenme, sáquenme!... ¡Estoy aquí!

-¡Cállese, Maceda, lo han de ubicar!... ¡Espere!.

-Dos soldados bolivianos reptan hacia el herido. Son indiecitos jóvenes que ni siquiera esperaron una orden para auxiliar al compañero. Este vuelve a clamar enloquecido por el dolor:

-¡Aquí, aquí!, ¡Estoy aquí!

-¡Cállese, Maceda, lo van a matar!...

El tormento de las heridas ha de ser enloquecedor. Se cortan los gemidos en seco. Otra voz, desgarrada y terrible, sale de la misma garganta:

-¡Pilas, malditos, voy a morir!. ¡Ustedes han dejado sin padre a mis hijos! ¡Malditos, asesinos! ¡Los maldigo, pilas carajos, ... desde la muerte!... ¡Malditos, malditos, malditos!...

El alarir se prolonga, desgarrado en sollozos, interminablemente. Ya le tocan los dos hombres que fueron a buscarle. Sigilosos, cautos, impasibles ante el riesgo, como en la práctica de un rito, le toman en los brazos. A pocos pasos, crepita un arma automática aplastando súbitamente a los tres cual si

les hubiera echado encima el peso de una montaña. Ahora se les ve inmóviles, ahincados en la tierra, casi a ras de ella. No se volverán a levantar nunca. La sombra nocturna les oculta, luego, a los ojos de quienes les vieron quedar quietos de repente, bajo el ladrido asesino de la ametralladora.

Transcurre otra noche más, a la espera de la muerte. Es el 14 de septiembre, aniversario del alzamiento cochabambino contra la dominación española. Antes del alba llegan a las posiciones las últimas compañías del regimiento 6° de caballería a que Busch pertenece.

Ni Busch ni sus hombres han comido nada hace ya tres días. En la retaguardia y en el extranjero se ignora esto. Parece ignorárselo, también en los comandos la tropa hambrienta y triunfante, vive sólo con el aliento del espíritu. Carece de agua casi en absoluto. Las cantimploras guardan apenas unos sorbos de líquido con tibiezas que causan náuseas.

Irrumpe todavía indecisa la luz del día, cuando Busch vuelve al asalto de las posiciones enemigas. El movimiento es tan veloz, que el adversario no puede contenerle sino cien metros más adelante. Y otra vez a excavar estos agujeros de la desesperación en los cuales el soldado quisiera hundirse y enraizar como un planta. Aquí están, ahora, los combatientes cuyo vientre roe el hambre con finos dientes de rata. En esta inmovilidad forzosa el oficial cavila proyectos para alcanzar el fortín asediado. Casi nadie tiene todavía una idea aproximada sobre las fuerzas paraguayas semisepultas en la espesura. ¿No serán menos de las que se cuenta?

En el silencio quebrado por espaciados fusilazos, raja el monte de parte a parte una pieza automática, zapateando en la línea boliviana. Busch la tiene en sus manos, y la hace tabletear prolongadamente mientras mira a sus hombres, risueño como si se divirtiese.

-Pero, camba, ¿qué se te ocurre? –pregunta un oficial que llega hasta Busch, deslizándose a gatas entre la maraña.

-Es una provocadita a los pilas...

En efecto, la fusilería y las ametralladoras paraguayas replican el fuego con una intensidad que se estira como una huincha hasta los confines del monte. Busch dirige el fuego a derecha e izquierda, al frente, cortando las ráfagas con breves pausas.

-¿No vés, Germancito?, -dice Busch al recién llegado-; toda la línea pila contesta. Ya sabemos hasta dónde llegan las posiciones...

Los paraguayos aprovechan el hostigamiento que hacen, y atacan. La línea boliviana se enciende en largos rosarios de fusilería y de armas automáticas. Busch mira con inquietud el fuego de sus ametralladoras. El acero se caldea hasta ser intocable, irritado por el largo vómito de sus gargantas desatadas. El agua se ha consumido en absoluto, bebida por estos soldados cuyos músculos desliense en sudor bajo la canícula del desierto.

El avance paraguayo es copioso. Unicamente las armas automáticas pueden parar su impulso compacto.

Hay un soldado que vacía sus humores vesicales, rociando con orines la ametralladora casi puesta al rojo. ¡Gran iniciativa! Los demás le imitan. Esta es una guerra en que el combatiente lo pone todo. Si no fuese por las municiones, no costaría un centavo.

El ataque paraguayo se ahoga en un mar de balas. Unos cuantos náufragos retornan al refugio de sus posiciones. Arde el sol en llamaradas cuyas lenguas queman las espaldas. Este calor inhumano se alza imperioso con el gesto exclusivista que reclama víctimas para sí mismo.

Son las dos de la tarde en este rincón nefasto del desierto. No hay un disparo en la Isla del Diablo calcinante como un horno en que se asan algunos miles de hombres jóvenes, condenados a la tortura infernal. Unos vinieron de los nevados andinos, curtidos para el frío blanco de las cumbres del mundo. Los otros, de las praderas verdeantes y frescas en que el viento galopa airoso como un potrillo suelto. Bajo el soponcio pesante como una embriaguez que amodorra las carnes, el alma evoca los parajes en que se concilian la vida y el mundo. ¡Agua, extensión campesina, montaña azul cuya cima esmalta el hielo, albo como un bloque de nubes cristalizadas! Los ojos cerrados miran hacia los íntimos paisajes que cada uno trajo de su tierra nativa, envueltos en las transparentes gasas de la memoria. La casa, la aldea, la ciudad, el campo, la sierra, la selva tropical trasudante de humectaciones cósmicas. Nada se parecía a este mundo sin piedad, reseco hasta las capas remotas, aletargado en la atonía mortecina del último sofoco, bajo la masa del aire deshidratado e irrespirable... Este cabecear adormilado y sin remedio en que cae la vida, está languidez enferma que tira hacia la tierra en busca del yacer inerte, ¿no es un curso de habituación para morir de repente? ¿No es el suelo cálido y repulsivo como la epidermis con alta fiebre, no son los árboles de hojas marchitas y troncos anquilóticos, no es la atmósfera cuya toxicidad gaseosa quema las cápsulas de hidrógeno, no es todo, aquí, una insidiosa conjura destructora de la vida, un conato alevoso de asesinos lentos e invisibles?

La conciencia agoniza en el tormento idiotizante de esta invisible canícula solar entre alucinaciones de nostalgia y desespero. Unicamente el sueño, un sueño bruto sin imágenes, brinda el refugio de sus oscuras cavernas al alma perseguida por la tremenda naturaleza chaqueña. Los hombres dormitan a esta hora suma del aplastamiento. No les inquieta el riesgo de la muerte, la amenaza del enemigo en vigilia, cuyos ojos agudos guían la bala a través de los jarales... ¡Ah!... Es que el enemigo padece igualmente el imperio maldito del desierto y del sol. ¡Este mundo no se ha hecho para los hombres! ¡Ni siquiera es habitable por los animales de las grandes selvas!. Tierra de la bajeza vital, atmósfera inhumana, subsuelo sin jugos germinativos, dolorido paisaje lleno de

un silencio de sepultura, oreado por el croar nocturno del batracio, inalterable de rumores en el día, cuando el monte y la arena sofocan el pisar inaudito de hormigas y lagartos....

Busch dormita como los demás, hambriento, sofocado, poseso de invencible cansancio. Hay una quietud somnífera en todo el monte, que enreda los ramajes a guisa de palio hecho cendales. Le acompañan, tendidos en tierra, algunos estafetas. El silencio se rompe instantáneamente con un grito enérgico:

-¡Arriba las manos, carajo!

Despiertan todos, prestas las manos a disparar. Miran alrededor en el discurrir de unos momentos. Hay rebullir de pisadas en la espesura. Luego sale de ella un hombre pálido, los ojos muy abiertos, los brazos en alto, vistiendo el uniforme verde oliva del ejército paraguayo. Detrás, con el fusil encañonado sobre el pila, viene un soldadito boliviano. Es el estafeta Sandoval compañero de Busch. (Busch elogiaba siempre a este bravo soldado, que finalizada la guerra, volvió a su ocupación civil de mozo de hotel. Trabajaba en el Hotel París de La Paz, el año 1936). Tiene las pupilas alegres y lleva colgada al hombro el arma del pila. Este mira en derredor, agitado por miedo invencible.

-Mi teniente, he tomado prisionero a este pila... Estaba observándonos cuando lo he agarrado.

-No tengas pena, pilita, -dice Busch acercándose al cautivo, cuya zozobra es desesperada-. No te vamos a hacer nada. No somos bárbaros como les hacen creer los canallas que han provocado la guerra. Ahora mismo te vas a ir lejos de las balas.

El preso cobra ánimos. No es posible resistirse a la simpatía que irradia este oficial boliviano con la voz firme, segura, nítida. Le ha hablado sonriendo con ese recóndito sentimiento de solidaridad con que se miran los adversarios, en las guerras a que les arrastran misteriosos hombres cuyos designios ignoran los combatientes. Los soldados de Busch contemplan curiosos al prisionero. Es acaso el primer hombre del Paraguay a quien conocen. El pueblo de Bolivia ha estado tan lejos del contactarse con gentes paraguayas, como pudiera estarlo de los lapones. En fuerza de ignorarles, hales creído seres extraños, diferentes en todo del hombre andino. De ahí que no pudo consolidar en su alma el encono que la propaganda guerrista de origen extranjero, pugnó por insuflarle. El desconocimiento de una cosa siempre amortigua la pasión con que se la desea o se la repudia. Los bolivianos hacen esta guerra sin rencor ninguno contra el pueblo paraguayo.* La violencia que emplean durante los combates, no es

* *Con referencia al estado psicológico paraguayo de ante-guerra, el ex canciller boliviano Alvéstegui sostiene opiniones que conviene examinar. Respetando la arbitraria sintaxis que usa dicho personaje, trascribimos enseguida, determinadas frases alusivas, contenidas en la Memoria ministerial presentada por él, en 1934 al Congreso boliviano. "... Funcionó por años y años, -dice-, en Asunción, la fragua candente de los doctores de límites que, organizados oficialmente en una comisión por el gobierno, se encargaron de preparar el espíritu popular templando al rojo vivo de la pasión más insensata: el odio ciego a Bolivia y la necesidad de*

fruto del odio sino de las circunstancias desatadas con pulsión destructora por la propia naturaleza de la lucha, entre privaciones y sufrimientos que un enemigo atribuye al otro, inculpándole de haber provocado la contienda.

Aún al anochecer, los bolivianos continúan hablando con el cautivo. No tienen comida ni agua que ofrecerle y le despiden con apretones de manos. La guerra en el desierto da al hecho de capturar un prisionero, el carácter agradable de recibir una visita largo tiempo esperada. En el fondo, estos hombres quieren a los paraguayos. Su emoción busca en vano el asidero de una causa para abominarles. El alma popular es, a pesar de todo, inaccesible al engaño de la prensa. Esta sólo puede construir embelecos en la conciencia, no en el sentimiento de la colectividad.

Los combates han fatigado a los adversarios. Resulta imposible mantener una tónica de agresividad permanente entre los hombres cuando los elementos naturales pugnan por aniquilarles. Hasta las fieras aquietan la zarpa frente al desencadenamiento destructor de la naturaleza. Hoy día, 15 de septiembre, acéchanse los combatientes desde las posiciones, entre espaciados tiros de fusil que sólo acusan la presencia del hombre frente al hombre. Al mediar el día, Busch recibe la orden de replegarse. La ha traído el mayor Germán Jordán, en nombre del coronel Enrique Peñaranda.

-Cambita, no hay más que hacer...

-¡Cómo!... ¡Cómo abandonar esta tierra que hemos ganado de hombre a hombre! ¿Qué van a pensar los soldados mismos? ¿No están soportando hambre y sed hace cuatro días por no retroceder?

-Tienes razón, Cambita... ¿Crees que no estoy llorando por dentro ante esto?...

El mayor Jordán dice la verdad. Es un muchacho todavía, casi como el propio Busch. Alto, espigado, de noble rostro aquilino, de ojos grandes, oscuros y dulces. Tiene el talle ligeramente inclinado a la derecha, lo que le presta un aire

---

hacerle la guerra. En conferencias periódicas, en la prensa, en el corrillo, en el parlamento, aquellos doctores y sus secuaces, se encargaron de predicar la guerra y para lograr su intento sembraron las más perversas enseñanzas, no solamente en el alma del ciudadano ya formado, si no aún en el del niño de la escuela que así salía del aula sin saber amar, pero si poseído de un odio al país que sus hábiles mentores habían logrado presentarle como enemigo".

Los gobernantes paraguayos, en absoluto entregados al servicio del imperialismo inglés o yanqui, no podían menos que obrar como agentes incondicionales del guerrismo, recurso preferido por los colonizadores anglo-yanquis para debilitar a los pueblos indoamericanos. En el trance de la guerra, los cancilleres bolivianos que rehusaron el arreglo pacífico no obstante la indefensión en que se hallaba el país, y los que, como el mismo Alvéstegui, emplearon largos meses en la estéril y absurda gestión pacificadora ante la Liga de las Naciones, obraban también a tono con la siniestra política de exterminio que, como principio general, aplica el imperialismo a las naciones de Indoamérica.

Lo que no se halla a tono con el imperialismo ni con el sentimiento boliviano, es que esta preparación guerrera desembozada, hecha de antiguo y sin limitaciones por los gobernantes paraguayos pasara desapercibida para el señor Alvéstegui cuando éste desempeñaba el cargo de ministro plenipotenciario en el Paraguay. No se sabe que este ciudadano hubiese puesto sobre aviso de ellos a los gobernantes bolivianos. Ignórase también que hubiese hecho algo, por lo menos en el terreno diplomático de su preferencia, o en el de la política a que suele incursionar, para prevenir al pueblo boliviano contra tan aguda amenaza. ¿Es que, a usanza de los "diplomáticos de carrera", no se dio cuenta de lo que se hacía ni de lo que debía hacerse? (C.M.)

jovial, extrañamente ceñido a su actitud indiferente, como de abandono. Figura entre los más brillantes oficiales del ejército por su talento, por su coraje frío e inquebrantable como una espada, por su preparación técnica. Es de la misma generación de toda la oficialidad sepulta hace algunos años en el Chaco, tiene su mismo sentimiento del sacrificio, del deber. Difícilmente hay un interlocutor más digno de Busch frente al íntimo drama que concita esta retirada. Un gran afecto les une desde antes. Este afecto es, ahora, fraternidad. Jordán viste ya la tradición del bravo, del gran comandante, del oficial que arrastra a su tropa con lazos de pasión admirativa. Busch tiene apenas cuatro días de fama. El Chaco está nivelando a los militares, por encima de los grados reglamentarios, a simple título de capacidad para el sacrificio y para la victoria.

-Germán –insinúa Busch–. ¿no se puede suspender la orden de repliegue? ¡Si estamos triunfando, hermanito!... ¿cómo se ha de inutilizar la sangre, el hambre y la sed que sufrimos por sostenernos aquí? ¿Crees que los pilas no están fregados como nosotros? ¡Qué el comando envíe agua y munición, en vez de órdenes de repliegue!

Jordán comprende y valora esta la sensibilidad guerrera de su compañero. No obraría él de otro modo en iguales circunstancias.

-Bueno, Camba. Yo mismo iré a hablar con Peñaranda.

Vuelve cuando la noche ensucia el monte con calientes polvos de hollín.

-No hay remedio, Buschito. La retaguardia es una mierda. No ha enviado víveres ni se cuenta con camiones para acarrear agua. El coronel comprende tu situación, reconoce los méritos de tu conducta y de la de tus oficiales y soldados. Él mismo está indignado contra la porquería de los servicios de retaguardia. Me ha dicho que no responde de que haya víveres... tienes que replegarte.

¡Es, apenas, el comienzo de la contienda y no se dispone de víveres! Diríase que solamente en el extremo agotamiento de una larga campaña, debiera presentarse tal contratiempo. Y, sin embargo, la verdad sin misericordia es ésta: Bolivia carece de todos los medios para defender su territorio como resultado de cincuenta años de gobiernos oligárquicos. Entre tanto, el boliviano Simón Patiño es uno de los cuatro hombres más ricos del mundo. El soldado soporta cuatro días de hambre, combatiendo sin descanso. El oficial pide, para continuar avanzando, nada más que agua y municiones. El comandante no puede enviárselas porque no dispone de recursos para transportarlas. ¡De tan poca cosa depende la victoria, tal vez! Y esta poca cosa no existe en el Chaco. Aquí sólo hay hombres, hombres dispuestos a morir por la patria. El país no cuenta sino con ellos. No tiene absolutamente nada más que hombres. Todo cuanto la clase gobernante pudo y debió acopiar durante medio siglo de manejo totalitario de los negocios públicos para defender la patria, no existe. La experiencia del Pacífico, la del Acre, no han penetrado en el entendimiento de los estadistas, de los diplomáticos, de los gobernantes. ¡Ah!... Esta clase

dominadora jamás ha sentido las desmembraciones territoriales como una mutilación de la propia carne. En el evento bárbaro, ha obrado como propietaria, no como hija de Bolivia. Y la ha vendido a retazos, exactamente como hace el hacendado con su finca, para eludir las molestias de un pleito.

Aquí están estos dos oficiales enmudecidos ante lo irreparable. En sus conciencias modeladas por la prédica diaria del patriotismo, no se concilian la verdad y la ficción que hasta antes de la guerra pudieron ser inseparables por obra del embuste retórico. La guerra es un hachazo implacable sobre la entelequia fementida y muestra los términos antitéticos, desnudos hasta su entraña. La riqueza, el poderío de Bolivia son un engaño. El patriotismo de sus conductores en todos los tiempos, lo es también. La única verdad, absoluta, viva, sangrante, es que Bolivia tiene, como último y solo recurso defensivo, a su pueblo, a la muchedumbre humilde y miserable que no figura en recepciones oficiales, en parlamentos, en oficinas directorales. Y a unos cuantos viejos y amargados patriotas dispuestos a servirla sin condiciones. Pero el pueblo y estos hombres nada pueden contra la oligarquía. Ignoran la realidad, viven perturbados por la monstruosa mentira que habla de la libertad, la potencia, la dignidad, la economía bolivianas. Todo esto se halla en manos de los privilegiados, en clase de mercancía que alquilan o venden, para enriquecerse individualmente.

¿Y ahora?

Busch y Jordán recorren la línea. Los hombres enflaquecidos, en harapos, descascarándose de suciedad, martirizados por la sed, están todavía inmóviles, firmes, atentos al enemigo.* Su actitud, su moral, su heroísmo, cohíben a los oficiales que deben ordenar el repliegue.

Muchos soldados lloran al conocer la noticia, frente a sus comandantes que se esfuerzan por no estallar en sollozos. La sangre humana vertida en este desierto resulta inútil como el agua servida. ¿Y el dolor la sed y el hambre, soportados para nada? ¿Es que el 'Viva Bolivia!, -música de bronce en los combates-, es mentira? ¿Es que Bolivia debe morir?...

El 16, a las tres de la mañana, las tropas abandonan sus posiciones de la isla del Diablo. Es un silencioso y mustio fluir de sombras que recorre el bosque adensando en tinieblas, camino de Yujra. El enemigo no lo percibe. ¿Puede imaginarse, acaso, que estas heroicas fracciones capaces de la suicida temeridad en el asalto, infranqueables como el tungsteno en la resistencia, abandonen sin lucha el campo que han ganado pulgada a pulgada?

---

* *"Entonces, cada boli valía por veinte pilas, -ha dicho Busch relatando estas primeras incidencias-; en los combates del 11 al 14 de septiembre los corríamos con gritos". La demolición del país, por la oligarquía, rebasa distancias y tiempos. Llega hasta el Chaco en forma de hambre y miseria nacionales. Los últimos reductos de la potencia boliviana, que son los ex combatientes, caen aplastados por el derrumbamiento. La socavación de la patria fue obra de roedores voracísimos. Buscando oro, removieron los cimientos de la nación. El primer embate de la historia derriba el edificio sin bases. (C.M.)*

¿Quién identifica el drama desesperado que cada soldado lleva en su conciencia durante esta retirada sin causa? La guerra ¿no es más que un absurdo sacrificio de vidas, carente de objetivos? ¿qué se disputa con los paraguayos? ¿Esta tierra que se les abandona después de habérsela quitado de la manos? ¿Es que el propósito no es más que el de exterminar hombres? ¿No será que alguien se empeña en el aniquilamiento de los pueblos, para apropiarse la tierra cuando no haya quién la defienda?

No se oye un disparo durante el camino. La aurora se descuelga en quebrados chorros de luz por el ramaje, cuando las tropas replegadas aparecen frente a Yujra. Son las siete de la mañana. El coronel Peñaranda, el coronel Wálter Méndez, comandante del regimiento 6º de Caballería, están allí, esperando a estos combatientes que han peleado cinco días, privados de víveres y de agua. Busch destaca su figura macha, su mirada incendiada, su sonrisa llena de fe, entre la soldadesca harapienta e invicta. Peñaranda se dirige a él, abre los brazos hercúleos y estrecha al oficial contra su corazón de hombre fuerte, de hombre humilde nacido en el pueblo y confundido en él, en las virtudes del patriotismo, el coraje, el sacrificio. No dice una palabra, pero retiene largamente junto a sí al muchacho de la gran aventura. El coronel Méndez le abraza también, los azules ojos húmedos de emoción, la voz conmovida:

-¡Mi gran Busch! ¡Debo a usted el nombre del regimiento!

La tropa rompe en ovaciones, aclamando a Bolivia, a sus comandantes.

Las posiciones abandonadas permanecen intactas durante un día y una noche. Los paraguayos hállanse, apenas, a veinte metros de ellas. Un silencio lleno de zozobras reina sobre el paraje, difundiendo la conjetura de riesgos y acechanzas entre los combatientes pilas. Ellos no osan aproximarse a esta línea que en los días anteriores erizábase de fusiles mortíferos. El día 17 y el 18, los regimientos Campero y Loa se escurren por el monte de la isla del Diablo y llegan a las posiciones, que aún están vacías, como los contornos. Pero el silencio misterioso en que se encuentran estas durante sesenta horas, acicatea a los paraguayos. Barrúntase, que los bolivianos pueden haber evacuado las zanjas. Huronean por las proximidades en busca de indicios Una patrulla captura al comandante Arias. Iniciánse los contratiempos desmoralizantes, aplastadores, derrotistas. Nada de esto sucedería si el país tuviese dinero para comprar vituallas. Repliegues y reocupaciones tardías, todo hecho en el desconcierto de la improvisación y la emergencia ante la imposibilidad total de surtir de agua y víveres, de armas y municiones a las tropas adelantadas, derivan de la pobreza mendicante a que ha llegado Bolivia, gracias a la aniquiladora succión de sus riquezas por los magnates mineros, caucheros y terratenientes.

"Los paraguayos disponían de morteros, de ametralladoras pesadas y de artillería, -recuerda Busch-; ¡los bolivianos carecíamos de todo!".

Detrás de la selva cómplice, detrás de la maraña de fusiles y ametralladoras mimetizadas en el bajo léñame, hállase Boquerón, asediado por doce mil soldados paraguayos. Hay, adentro, seiscientos bolivianos, comandados por el coronel Manuel Marzana, hijo de las clases populares, igual que casi toda la oficialidad con que cuenta Bolivia. Su estatura es más alta que baja, su tez cobriza ligeramente abermellonada en las mejillas, sus ojos tranquilos, igual que la expresión del rostro, como toda su persona sin marcialidades arrogantes. La educación de Kundt no ha prendido en esta fuerte cepa criolla, nutrida por jugos terráqueos dosificados en serenidad, en estoicismo, en humilde grandeza.

La toma de Boquerón por los bolivianos tuvo lugar el día 30 de julio. A tiempo de formar las tropas victoriosas e izarse la bandera patria en señal posesoria, una ametralladora paraguaya oculta en el contorno, roció de plomo a los ocupantes, matando, entre otros, al coronel Aguirre, su primer jefe. El signo del sacrificio, unido eternamente al nombre de Boquerón, hablaba desde entonces a los defensores, en un manchón de sangre desparramada sobre la tierra del fortín.

Ocho días después, los ocupantes de Boquerón ya percibían el "intenso ruido de camiones que transportaban tropas enemigas con las que se organizaban dentro del bosque, al este, noroeste y sudeste, los núcleos de asaltos precedidos por patrullas de reconocimiento[*] al amanecer el 9, los paraguayos atacaron, echando olas de carne juvenil sobre los atrincheramientos bolivianos, llameantes de ametralladoras y fusiles. La matanza de paraguayos causaba espanto. El campo se cubrió de "cadáveres y heridos que no podían ser recogidos ni por sus camaradas ni por los defensores del fortín"[**] ¡Boquerón de sangre, por el que se va la vida joven de dos pueblos! Mientras el comandante paraguayo coronel Estigarribia comunica a su gobierno haber capturado Boquerón, el comandante boliviano "General Quintanilla, sin considerar la poca seriedad de su conducta, dictó personalmente al radiotelegrafista un "comunicado de prensa" en que anunciaba el suicidio del coronel Estigarribia ante la magnitud del desastre de su ejército"[***]. Estos dos militares llegaron, después de algunos años, a gobernar sus países diciéndose amantes de la democracia, la comedida alcahueta francesa importada a Indoamérica para servicio gratuito del financierismo inglés y yanqui.

Los embelecos desatan mayores calamidades aún sobre los pueblos. El regimiento boliviano 14 de infantería debe perseguir el día 10, a los que se supone fugitivos, pero su misión se limita a un breve recorrido, "en vista de no tener cantidad suficiente de municiones"[****] ¿No parece una guerra fraguada

23 Moscoso, Ob. Cit.
24 Moscoso (Ibid)
25 Moscoso (Ibid)
26 La frase pertenece a un parte del Comando de la IV División, transmitido de Yujra a Muñoz. Este comando parece creer en el aniquilamiento paraguayo.

por fríos exterminadores de gente indefensa? Los soldados marchan cantando himnos patrióticos. A medio kilómetro de Yujra los despedaza un ciclón de fuego y de plomo. El rechazo de Boquerón ha extendido las patrullas paraguayas en amplio círculo alrededor de los asediados. El día mismo, horas más tarde, ataca una el puesto del comando divisionario boliviano, obligándole a mudarse bruscamente de habitaciones. El regimiento 14, diezmado se rehace y prosigue su marcha, cumpliendo el cometido insensato. Cuando sale del bosque, a tres kilómetros del fortín en plena pampa, es nuevamente masacrado. Pero esta vez reacciona con violencia y pelea "denodadamente lanzándose a contrachoques en forma desesperada."* Estas fuerzas han visto su propia sangre, borbolloneante sobre la arena, al producirse la primera sorpresa. Reducidas a la mitad, combaten furiosas e incontenibles, buscando las madrigueras de donde surge el mortal enjambre de balas. Nadie huye, aunque el campo se llene de alaridos y gritos desesperados que aullan con un dolor de lacerias insufribles. ¿Cuántos hombres han sobrevivido a estas dos diabólicas emboscadas? Han perecido casi todos, peleando. Tenían munición, pero insuficiente. He aquí la guerra de los derrochadores de sangre, que en cincuenta años de dominio sobre el país, despreciaron y vejaron al pueblo, en obsequio de los potentados.

Al día siguiente de aquel en que –según el comunicado oficial boliviano– Estigarribia puso fin a su vida trastornado por el total descalabro de sus tropas, Boquerón estaba ya circuido, al centro de una argolla acerada e irrompible. "En Boquerón no combatió un ejército, porque antes de la guerra no teníamos ejército, –dice un gran escritor del Paraguay–. La turba de Boquerón era el pueblo paraguayo"...** Ni el comando, ni las poblaciones, ni el gobierno boliviano podían conocer en adelante la suerte que corrían los seiscientos defensores de Boquerón. Especie de isla de una inmolación ineluctable, tan lejana del auxilio como si estuviese fuera del mundo. Este le enviaba la muerte día por día, en la metralla de sus cañones, de sus morteros, de sus armas automáticas.

Delante de los sitiadores, a pocos metros del atrincheramiento, el otro enemigo, invicto en su quietud macabra. Todo un ejército de cadáveres, pudriéndose lentamente sobre el campo de tiro. La exhalación espantosa de esta multitud masacrada, era otra suerte de hostigamiento, más terrible que la del gas tóxico.

Sus tufaradas penetrantes como un remordimiento, alcanzaban a los defensores, envolviéndolos, penetrándolos, quedándose dentro de ellos. Esta presencia nauseabunda e impalpable del enemigo aniquilado, se hacía más intensa en la noche. No era sino por efecto de la brisa, pero figuraba crecer con las tinieblas, como un intento de asalto vengativo y póstumo al amparo de la sombra. Se agotaron los víveres igual que las municiones. Al cobijo nocturno,

* *Moscoso, (Ibid)*

** *Víctor Morínigo, "Boquerón", revista "Guaranía", N° 35, año III, Asunción, septiembre 20 de 1936. (C.M.)*

los soldados salían, silenciosos y reptantes como culebras, hacia el campo de nadie en busca de los adversarios muertos. Palpando las carnes flácidas de agusanamiento y podredumbre robaban fusiles y cartuchos a los cadáveres. Luego volverán con éste botín a sus trincheras. De otro modo, no habrían tenido municiones. Los mulos del regimiento fueron sacrificados uno tras otro para ser comidos. Uno que escapara en los primeros días, apareció más tarde sobre el campo, cuando la tropa materialmente agonizaba por falta de alimento. Fueron a buscarle uno tras otro, varios soldados. Todos murieron, clavados en el suelo por las balas paraguayas.

Alguna vez caía en el contorno un paquete de alimentos arrojado por los aviones en procura de abastecer precariamente a los sitiados. Lanzábanles estos como fieras a la conquista de un bocado y las ametralladoras enemigas les mataban en el instante en que creían salvar la vida comiendo unas migajas de pan. El agua que sólo existe en pozos, renueva el suplicio de Tántalo. Hállase a la mano, pero es inalcanzable. Las ametralladoras paraguayas barren el circuito de la cisterna, derribando a cuantos osan aproximarse. Algunos muertos caen adentro, mezclando primero su sangre y luego su agusanada carroña con el agua. No es posible llegar a ella ni en las noches, pues las armas automáticas del enemigo quedan en puntería sobre el pozo y le echan intermitentes rociadas de plomo hasta que amanece. Más tarde, la artillería remueve los contornos como volcán de arena y tierra, transformando en un lodazal que el calor deseca minuto a minuto. Quien puede tomar un puñado de lino, unas gotas de agua negra y hedionda antes de que exprima en su pañuelo y sorba el barro que se endurezca en la mañana y la tarde, cotidianamente. Los heridos del fortín, carecen de medicamentos y se hacinan doloridos y gimientes en una cueva. Las granadas caen sobre ella, desmigajando las techumbres de una llovizna de tierra sucia. El calor les ahoga, entre el delirar febril de sus heridas infectadas.

La muerte les ronda infatigable y sardónica, vestida en llamas, disfrazada en hambre, convertida en sed, activa y empeñosa, preparando el horrendo festín. Pero ellos no abandonan sus puestos. Cortado el único hilo telefónico de que disponían para comunicarse con el mundo, sólo saben de él, por el eco de los combates que riñen sus compañeros, más allá del cerco inexorable. La esperanza, desvanecida en silencios largos, aumenta la presión estrujadora de la fatalidad que parece aproximárseles con pasos cautos.

Un día llega hasta ellos lo inevitable. No es la muerte. ¡Es Busch!

He aquí su periplo asombroso.

Dos días de reposo en Yujra. El 18 de septiembre, parte con sus hombres a fortín Castillo, flanqueando el campo de los combates anteriores. Su regimiento marcha hacia Boquerón, de nuevo, por una zona que él no conoce. Va, sin embargo, como puntero, y choca a kilómetro y medio del fortín sitiado, con una patrulla paraguaya. El calor y la sed aumentan el peso de las armas y el

equipo. La tropa avanza al asalto disparando sus armas al aire, y estremece el paraje con un rumor fragoroso y amenazante. "Los pilas corrían, dispersándose, y volvían a reunirse más adelante para resistirnos", cuenta Busch. Eran inagotables en su brotar de los pastizales, detrás de los troncos, de lo hondo del suelo. "Salían de todas partes, ágiles, fugaces e inesperados como *cuises*. Les disparábamos unas ráfagas con ametralladoras livianas y continuábamos avanzando. Yo miraba las caras de mis soldados y me sentía orgulloso de su decisión, de su entusiasmo, de su resistencia".

Pero el sol....

El asistente Aliaga le habla mientras camina de prisa.

-Mi teniente. Un poco de agua...

El soldadito aceza roncamente, cuando ofrece al oficial su cantimplora. Tiene el rostro arrebolado y sudoroso, los ojos enrojecidos, los labios resecos.

-Toma tú, Aliaguita, que tienes sed... Yo todavía estoy bien.

La fatiga envuelve con su agarrotamiento invencible a los soldados. Todos padecen sed. Las raciones de agua han sido consumidas por entero. Las cabezas declinantes, las bocas abiertas, las caras trasudantes y enrojecidas hablan del inicial tormento que cae sobre la tropa victoriosa. Las miasmas cadavéricas ponen su acritud corrosiva en el aire.

Imprevistamente, algunos gritan alborozados, mientras disparan sus fusiles.

-¡Agua!... ¡Mi teniente, hay agua!...

Es un pozo exiguo, en que la luz resbala como sobre un espejo oscuro. Las aguas detenidas ennegrecen de sucias. Hay, junto a ellas, un caballo muerto, cuyas patas se alzan como aspas de molino, una hinchazón a punto de estallar. La bestia ha sido fulminada por un balazo al abrevar, pues tiene la cabeza hundida en el agua. Los hombres arrastran el animal fuera del pozo. Sólo tiene parte del cráneo prendida al pescuezo. La cabeza chorrea carnosidades putrefactas. Luego beben gozosos. "El agua está riquísima".

Hay tiros por todas partes.

-¡Ahora, muchachos, al asalto!

Renuévase el rumor de ciclón sobre el tiritar de la fusilería y las irritadas gárgaras que escupen las armas automáticas. La tropa ya no se detiene. Recorre la distancia batida como empujando la masa de balazos y alaridos que se anuncia inmensa, compacta, gigantesca como una marejada.

Los defensores retroceden, sumiéndose en el monte. He aquí un puesto paraguayo. Latas vacías, cargadores de ametralladoras, fusiles, prendas de uniforme, huellas de ceniza en que hirvió la yerba nacional, única soldada que el gobierno del Paraguay paga a sus tropas.* Hay un talego que la retirada ha

* *En agosto de 1932, el teniente primero Marcelino Ramírez, gran oficial paraguayo muerto a los pocos días en Boquerón, escribía: "Nuestra pobre patria, tras haber sufrido treinta años de gobiernos antipatrióticos*

impedido recoger. Dentro de él, se encuentra una bandera del Paraguay. Busch se estrecha en un abrazo de hermano con el capitán Pinto, su gran compañero de todos los tiempos.

-¿Llevas tú , llevo yo la bandera?

-Llévala tú, hermano, –dice Pinto–.

Busch desata el kepi que lleva a la espalda, y deposita en él, cuidadosamente, el trofeo.

Pero hay algo más en el campamento conquistado. Junto a unos urundeles, divisa Busch un aparato metálico montado sobre un trípode y cuya boca se halla cubierta a medias por una funda.

-¡Es un telémetro!

Pero no hay tiempo suficiente para detenerse. Avanzan escalonando grupos de combate a derecha e izquierda. El cerco de Boquerón está roto en este punto, que abre el camino del auxilio para los asediados. Hállanse a orillas del monte, sobre el descampado en que se ve las edificaciones del fortín, alzadas en una casi imperceptible altura de la gran planicie.

Por el tajo abierto en la línea que circuye a Boquerón, comienzan a pasar tropas de refuerzo hacia delante. Llevan algunos víveres para los defensores agonizantes.

He aquí el mayor Eduardo, que indica activamente las medidas precaucionales, después de haber combatido mezclado con su tropa.

-Conviene tomar los puestos pilas de adelante, para evitar que nos envuelvan.

-El regimiento 16 ha de encargarse de ello...

-Nosotros, continuaremos avanzando.

-Un momento, mi mayor. Vea el telémetro que hemos capturado.

-Ese no es un telémetro, Busch. Es un mortero stocke.

¡La Escuela Militar de Bolivia no ha hecho conocer esta arma a sus cadetes!... Pero, ¿qué hizo Kundt, el técnico europeo contratado para poner el ejército nacional en pie de eficiencia? El teniente Busch, como los demás oficiales, no conocen este mortífero instrumento de guerra empleado en Europa durante el conflicto de 1914.

Aparece el capitán Rincón, bravo y explosivo muchacho, que trae al hombro un aparato igual.

-¡Un telémetro, mi mayor Eduardo!

-Es un mortero, mi capitán.

Rincón arroja al suelo el aparato, indignado, mientras barbota:

-¡Por la gran flauta, carajo!... ¡Nuestros grandes tácticos no nos han

y cobardes, hoy tiene que disputar nuevamente sus dominios al extranjero bajo el peor gobierno que haya conocido en su desgraciada vida". (Citado por Morínigo, en la revista "Guarania", ya citada). (C.M.)

enseñado que hay morteros de esta clase! ¿Cómo quieren que hagamos la guerra sin conocer, siquiera, el armamento enemigo?...

-No te calientes, hermano...

-Pero, cómo no, carajo... ¡No es una mierda que nos tengan así?

-Claro... Pero, ¿qué se va a hacer ahora?

-Ahora, nada más que fregarse...

Los reductos paraguayos inician violento fuego sobre ellos.

El mayor Eduardo grita, rápidamente: ¡Adelante! protegiendo a los que avanzan.

Movilízanse las fuerzas. Pinto, Rincón, Busch, conducen sus hombres, entre las balas que zumban locas en todas direcciones. Hay innumerables tiradores paraguayos disimulados dentro del pajonal, tras de los árboles que flanquean el monte. Los bolivianos acribillan los lugares desde donde les amagan. Adelantan lentamente, afinando la puntería cuanto es posible para ensanchar la abertura del eslabón roto. "En todo el avance la matanza de los enemigos resulta inevitable. Saben ellos que estamos a punto de alcanzar Boquerón y resisten valerosamente!, anota Busch en su cuaderno. Ahora hay que detenerse. La noche enhollina densamente el descampado y el bosque. Busch instala sus posiciones, protegiendo a Boquerón mediante un fuego amplio sobre la línea obsidional de los paraguayos. La tierra oscurecida crepita en chispas al contacto de estas multitudes belígeras. Boquerón hambriento, en agonía de sed, armas, tiende los oídos, con anhelo desesperado, hacia el fragor crepitante en un semicírculo sepulto por la sombra.

Han pasado, algunas fracciones de soldados, hacía el fortín mártir. Entre ellas, un conjunto de aquellos estupendos indios y cholos del 14 de infantería, sobrevivientes de las dos masacres en el camino de Yujra. Estos hombres diríanse pactados con la muerte. Apenas hay tropa que hubiese resistido con mayor estoicismo el horror de los fusilamientos en masa con que la emboscadas paraguayas ralearon sus filas desprevenidas. Toda ella estaba formada por pelotones de gendarmería, incorporados a prisa en el ejército combatiente al iniciarse la contienda. Masa oscura de los vecindarios bolivianos, desprendimiento anónimo del pueblo pobre que defiende a la patria precipitada en el despeñadero de una aventura de locos y egoístas. Gleba sin renombre ni privilegio, víctima de la estupidez y la picardía oligárquicas, arrogantes frente a las provocaciones belicosas, pero ineptas y cobardes ante el drama desatado. Ahora los infantes del 14 ascienden al ápice de la gloria, marchan hacia Boquerón, crisol de sobrehumanas tensiones, en que se depura el heroísmo igualador de razas y de castas.

Este Busch, el 20 de septiembre, poco antes de nacer el sol, asalta y captura las posiciones paraguayas de una saliente del bosque, hacia el noroeste. Llámase la Punta Brava. Desde ella destrozaban los pilas con un infierno de metralla, el bosque arrebatado a sus compañeros el 18 en la tarde. Figuraba

un hervidero de plomo, a combustión de toneladas de explosivos, lanzando cataratas de proyectiles.

Pero el monte que destruye la vida en silencio, el desierto del sino adverso a todo imperio del hombre, desentumece los pálidos tentáculos de sus sendas, y los tiende hacia la Punta Brava, que todavía ruge dominadora de la extensión. El monte es, ahora y siempre, aliado sutil de quien se rige por la ley callada y enigmática del vivir montaráz. Busch, criatura de la selva, intuye los caminos del acecho, repta sobre ellos con sus hombres en un deslizamiento huidizo y breve. Por la ribera de la moheda, penetrando luego para volver bruscamente con un gran rodeo hacia la orilla ubicándose detrás mismo de la Punta Brava, crepitante.

Y desde el rincón desguarnecido, solitario, no previsto, Busch desencadena otra vez la ululación intempestiva de las voces, el martillado estallante de los fusiles, el histérico y largo zapateo de las ametralladoras. Diríase que la tierra inclemente del Chaco, ha parido, súbita, esta demoníaca muchedumbre, a espaldas de la Punta Brava, lanzándola sobre los que alteran la soledad inhumana de sus parajes. El aluvión de hierro mana llameante desde la profundidad misma del bosque, sacudiendo la arboleda con su eco de catástrofe. Y avanza, invisible, atronante, veloz, amenaza y evidencia demoledora, con sus miríadas de proyectiles que se adelantan como heraldos enloquecidos y homicidas.

-¡Al asalto! ¡Viva Bolivia! ¡Adelante, carajo!.

Los hombres atacados por la espalda se hallan irremisiblemente condenados a la derrota. Conspira lo invisible, lo inesperado, lo desconocido contra ellos, agigantando en su conciencia la dimensión del peligro, porque en realidad, ya no son únicamente los hombres sino todos los elementos del mundo que no ven, los que les amenazan. La tierra, la distancia, la vegetación, cooperan con el atacante, ocultándole, protegiéndole, acercándole sin riesgo hacia la víctima, cerrada en una reducida periferia visible. El hombre tiene siempre a la espalda, una mitad exacta del planeta, y nunca podrá ver a este sino a medias. Y es toda esa mitad imperceptible del mundo, la que se conjura con el agresor, abrumando con el oscuro terror de lo invisible, a la víctima.

Busch posee la intuición psíquica de este fenómeno. Su vida en la selva, se le ha ejercitado hasta hacerla infalible. El comienzo de su gloria guerrera, finca en ella. El de su victoria sobre estos rabiosos posesores de la Punta Brava radica igualmente sobre el sentido asombroso que él posee para conducirse dentro del monte, con la astucia, la precisión, la cautela y la violencia de una criatura del monte, utilizando a este como aliado y cómplice, para equiparar mediante el ocultamiento, la insurgencia inesperada a retaguardia, la causticidad misma del mundo vegetal, cualquier desequilibrio técnico en la contienda. Su instinto le hace, de igual modo, valerse de la sorpresa para vencer, no en el silencio

del ataque fulminador, sino multiplicando el volumen de la amenaza con el estrépito, afirmación de fuerza, indicio de poderío numérico, auto acicate de coraje. No hay en sus acciones de guerra la sola exhibición de la temeridad ciega del arrojo incontenible que se impone violento y brutal. Emplea los elementos psicológicos e instintivos con puntería matemática, en una bifurcada acción que estimula a sus hombres y cohibe a los adversarios.

Esta captura de la Punta Brava sería imposible únicamente por la fuerza. El estratega, el táctico, ya incontenible, el soldado y el héroe en personalidad magnífica de Busch, muestran la garra victoriosa en el evento, cuando avanza, inmediato a las balas bolivianas, el kepi a la espalda, inesperado, amenazante, arrollador, sobre el desconcierto que ha promovido entre los atacados, cayendo entre ellos y ahuyentándolos con la fuerza del remolino que estallara proyectando sus masas de aire en todas direcciones con la pulsión de una granada explosionando en medio mismo de una multitud. Jadeantes, los rostros iluminados por las miradas que centellean contraídas las bocas en un gesto de gozo inefable, reúnense, insurgiendo a derecha e izquierda, oficiales y soldados en la Punta Brava, mientras golpetean los tiros de fusil en el bosque y en la pampa, desparramados a millares.

Pero esto dura unos minutos, apenas. Las tropas desalojadas de la Punta Brava se contraen poco a poco sobre el eje de una ametralladora que dispara ráfagas intermitentes dentro del bosque frontero. Es una señal para reunir a los dispersos, como el entrecortado mugir del toro cuando atropa la majada. Los bolivianos acondicionan puestos, emplazan las automáticas, trajinan el entorno, buscando posiciones.

De súbito, la selva del frente arde con una sola iracunda llama que se prolonga sibilante e impulsiva, hacia la Punta perdida. Hay ametralladoras, morteros, cañones, fusiles, que alimentan este vertiginoso glaciar de fuego desatado contra los bolivianos. Caen sobre estos las granadas de stoke, matemáticas, infalibles, aterradoras, explosionando entre chasquidos de ramas desgajadas y carcasas tajantes. Hay muertos y heridos. El desconcierto se insinúa bajo la tormenta de metralla. Busch imparte órdenes, rápidamente. Se moviliza la tropa en el tumulto de huir, machucamiento que doblega el bosque. La envuelve una red invisible y zumbadora de balas, picoteando troncos, sesgando hojas y follajes.

-¡Rápido, rápido!...

Busch encorva la espalda y se desliza ligero como una bestezuela montaraz. Le siguen todos agachados, ágiles, mirando a los contornos, el arma bajo el brazo, mientras las deflagraciones de las granadas rebotan, esparciendo astillas y esquirlas de hierro fracturado. Es un semicorrer que huye de la muerte y se lanza a lo desconocido. Imprevistamente, la cabeza de la columna se detiene. Es Busch que frena su andar, a dos pasos de una senda cuya línea sinuosa

divide el bosque. Breves palabras con los oficiales, mímica precisa y firme que señala rutas. Y el distenderse cauto y silencioso del conjunto en un movimiento encadenado que flanquea la senda, sumergiéndose monte adentro. La tropa del 6 de caballería y del indestructible 14 de infantería, que no sucumbirá jamás íntegramente, forman esta legión aventurada en la selva que oculta miles de adversarios.

¿Saben a donde van, exactamente? ¿Se retiran o avanzan? Ahí está Busch que capta la vibración oculta, inaprensible, misteriosa, del peligro selvático. El percibe que su tropa se halla cercada por el oeste, sobre esta misma senda abierta de oriente a occidente. Por eso marcha al este, orillando la vereda, entre enormes urundeles. Este sendero lleno de silencio y de soledad, sería en absoluto ajeno a la contienda sino llegasen hasta él ecos de disparos y morterazos. Una extraña paz ensordece los rumores bélicos. La distancia los invalida con la certeza de que son impotentes para hacerles daño. Empero, ¿hacia dónde se dirigen estos hombres que dejan atrás las posiciones de combate, las bases militares mismas? ¿No están yendo resueltamente a estrellarse con el enemigo?...

Es imposible mantener, en el bosque, un cordón humano a través del cual no pueda escurrirse quien posea la innominada sabiduría de la jungla. Y este Busch domador de la selva mojeña, profesor de la ecumenia amazónica, criatura con alma elaborada en la prueba interminable de los peligros, ha filtrado ya esta ardorosa cascada vital por la trama de acero tendida al contorno de Boquerón.

¡Ahora está Busch en Boquerón! ¡Ha cumplido la orden de llegar al fortín en la cumbre del calvario patrio!

¡Viva Bolivia!

No. El grito se agazapa en la garganta, enovillado en la lengua Una estoica noción del sacrificio frena la exultancia del gozo. A esta hora la vida ya no admite ni siquiera las mistificaciones momentáneas del entusiasmo frente a la tragedia que copa toda cumbre. Los asediados miran con la expresión hierática de quienes ya no pueden creer en la esperanza ni en el milagro. Estos hombres que llegan parecen surgir de lo imposible. Y sin embargo son como ellos, martirizadas criaturas de carne y hueso, que sobrevivieron al fuego dentro de la fatídica hoguera misma.

-¡Ay!, hermanito... ¡Si supieras cómo se sufre aquí!

-¿Y afuera?... Las emboscadas pilas, ¡ay, carajo!... De repente oyes una ráfaga y sientes que las balas te parten el espinazo, te hacen estallar los riñones, te salen con las tripas, por la barriga. O te rajan los pulmones haciéndote vomitar sangre y hasta retazos de carne blanca y escurridiza como los hígados de la gallina... Y te quedas en el monte, mientras las moscas te cubren las heridas chapaleando con sus patas asquerosas en tu sangre. Son tantas que tapan la herida, igual que una cataplasma negra. Y no tienes fuerzas para espantarlas.

No hay quien te auxilie. Después, el monte se queda silencioso como si no tuviera adentro tantos hombres con ametralladoras....

-¡Pero puedes correr si no te han fregado al principio!... De aquí, no se sale... Estamos muriéndonos de sed todos los días... En el pozo ya no hay sino lodo que tiene el hedor de todo los que han muerto al ir por agua. De noche alguno trae un poco de fango atado en su pañuelo. Y lo exprimimos en las bocas, lamiendo la humedad que sale del trapo lleno de mocos. Otros beben sus orines y los vomitan con arcadas de envenenados. Hoy día han desollado la mula que nos quedaba. Sólo comemos eso, cocido con agua que no sé cómo se consigue... A la tarde, atacarán los pilas otra vez, como todos los días. ¡Ay, pilas, carajos!... Unicamente a esa hora se olvida uno de lo que sufre. Y entonces mete bala con gusto. Pero ya no es como antes, cuando venían tantos que llenaban el campo de tiro. Tampoco podríamos atajarlos ahora, porque faltan las municiones.

La cocina despide una pastora emanación de grasas animales derretidas. Olor pegadizo que entra en la pituitaria y se queda como una capa mantecosa untada en las cavidades nasales hasta el paladar. Es nauseabundo y tenaz. Los soldados rodean el gran cacharro estannífero en que hierve la carne de mula.

-Y ahora, ustedes nos quitarán todavía parte del rancho...

Llega sofocado el eco de una detonación gruesa y hueca.

-¡Carajo, una granada!... ¡cubrirse!.

Rebulle la gente, buscando cobijos, cuando ya silba un largo resoplido frío encima de las cabezas. Salta el suelo todo como crispado con horror, a tiempo en que la explosión comprime violentamente la atmósfera. Ni un grito, ¡nada! Solamente el tacho de estaño, en que se cuece la carne de mula, despanzurrado de arriba abajo, caído en el suelo como un latón deshecho e inservible. La visión dura segundos. Luego acuden allí, famélicos y espectrales, treinta o cuarenta soldados, buscando la carne desparramada en el contorno. Hay, por cada pedazo de ella, una lucha feroz, a puñadas y empellones. Las caras pálidas destacan pupilas enormes, detrás de la greña sucia y larga que el sudor pega a la frente. Esqueléticos y andrajosos, los hombres atrapan un bofe y echan a correr. Pero caen, a poco, bajo el asalto de sus compañeros desesperados, que les disputan la presa. Figuran seres de pesadilla, lívidos y jadeantes exhibiendo las dentaduras en un gesto de lobos.

Diríase que los seres humanos pelean más fieramente que las bestias carniceras espoleadas por el hambre. Entre dentelladas y puñetazos, entre pisotones y torceduras, la exigua humanidad aniquilada por el hambre, se vence a si misma en el cansancio. Uno tras otro, los soldados abandonan la pelea y se alejan gachos, dolidos con la humillación de esta bajeza de perros despedazándose por un bodoque de carne. Nadie sabe quien ha quedado con el botín. Quienes lo tengan irán mascándolo en el silencio de la noche, mientras los demás giman de hambre y de pena, aún entre sueños. Ascienden de la

espesura, las balas y las granadas paraguayas ansiosas de romper la gracia de su esbeltez de plata. Hay aquí un símbolo. Arriba señorea el nativo de las cumbres andinas, el vástago miliario de los Mamanis totémicos, deidades aladas y vivientes, cuya imagen simbolizó el ansia de superación humana, constituyendo el más elevado mito racial.*

Muéstrase invulnerable en la altura, como absorbiendo una vitalidad sobrehumana en las nubes que han nutrido a su raza empinada sobre los ápices de nieve hacían fusionarse con el cielo. Diríase un perieco del Anteo griego, invicto mientras Egea la tierra madre, le tiene junto a sí. Porque se mantiene inalterable en el aire donde la luz, -desprendimiento esencial del Inti, el sol paterno, le abroquela con el don de la intangibilidad. Abajo, los hombres irritados por ese apegamiento azaetean vanamente con su condena, al hombre que ha roto lo que les amarra al suelo, ley de la humanidad terráquea y violado los dominios donde sólo moran los dioses. ¿Qué vale, para esta criatura capaz de moverse en el aire, la argolla de hierro que circuye a los mártires de Boquerón? ¿No parecen inútiles el hambre, la sed, el peligro que padecen estos miles de hombres, por aislar a los sitiados?

¡Ah!... Los dioses nunca pudieron hacer mucho, desde el cielo, a favor de los hombres, criaturas de la tierra. Esta cumple, inexorable, su sino creativo de la humanidad futura, acrisolándola en los tremendos tormentos del fuego, del odio, del terror, para inducirla a comprenderlos, a temerlos, a rehuirlos, para escarmentarla de aventuras urdidas entre vampirescos y ocultos flageladores del género humano; para sensibilizarla directamente, respecto de las ideas y los sentimientos de paz, de solidaridad, de independencia. Nada sino un efímero consuelo viene de lo alto para los asediados, cuyo destino sin remisión ha de cumplirse. Se habilita al hombre para imitar al ángel, resultan estériles frente al designio de unos incógnitos amos de esta guerra. Sólo ellos pueden salvar a los mártires. Pero no lo harán mientras tengan el convencimiento de que esta guerra puede abrir un mercado para el petróleo que roban a los bolivianos.

Cae un pequeño envoltorio, desde el avión, junto a los defensores. Allí hay una orden del Comando. Mejor dicho, una contraorden. La tropa que acaba de llegar a Boquerón, rompiendo el cerco, debe salir de Boquerón, rompiendo el cerco de nuevo. Aquí se pelea en una desproporción numérica y técnica inverosímil. Un boliviano contra veinte paraguayos. Todos los elementos de estrategia y de táctica tienen que resultar adversos a Bolivia.

Los conductores militares de la guerra no pueden modificar esta situación aunque sepan cómo hacerlo. La realidad se opondría con su infranqueable

* *Mamani es voz aymara que designa al cóndor, ave emblemática de grandeza y poderío, desde la más lejana antigüedad nativa hasta nuestros días. El cóndor, ave indómita la más grande y la más fuerte de las vultúridas, verdadera soberana del espacio, figura blasonando en la mitografía boliviana tanto sobre los monumentos de Tiahuanacu, viejos, acaso, de mil años, cuanto en el escudo republicano. (C.M.)*

rudeza aplastando aún el genio guerrero, si este existiera entre los jefes bolivianos educados en una escuela cuyos maestros olvidaron enseñar a los cadetes, las diferencias entre un telémetro y un mortero. ¿Podía esperarse una capacitación técnica siquiera mediana regular entre estos hombres a quienes educaron los gobiernos oligárquicos desconociéndoles en absoluto el derecho a deliberar? Los casos de jefes u oficiales que actúan por libre determinación son casi milagrosos. Generalmente es la iniciativa particular del comandante, la que dá resultados favorables en esta guerra que los estrategos becados en Europa no estudiaron. El heroísmo se derrocha, como la sangre, en un desesperado forcejeo por imponerse al enemigo. Pero fallan los abastecimientos, las municiones, las armas.

-La orden dice que los del 14 de infantería se quedan aquí, para descansar.

-¡Qué lindo descanso, ché!... Menos mal que ya quedamos pocos...

-Si, pero los del 6° de caballería tenemos que salir del fortín, volviendo a pasar el cerco.

-¡Ah, caramba!... Llegan y se van.. Pero, entonces, ¿no vinieron más que de paseo?.

-Podíamos quedarnos afuera, ¿no te parece? La orden de llegar a Boquerón era, sin embargo, terminante. Como la de regresar, también.

-Pero, carajo, ¿es que el Comando cree que somos de aire y que las balas nos traspasan sin hacernos nada en estas pasadas del cerco? ¡Por la gran siete!

-¿Y qué va a hacer el comando si le faltan tropas afuera?

-¡Ah, muy bonito!... Le faltan tropas en Boquerón y nos manda como refuerzo. Le faltan tropas en Yujra y nos saca de Boquerón. Pero no sabe que de tanto ir y venir no va a quedar nadie vivo. ¿Por qué no hace traer gente de la retaguardia? ¿Acaso debemos hacer la guerra nosotros solos?

-Parece que eso creen allí. ¿No sabes que el comandante de la división ofreció al presidente llevarse los pilas a chicotazos hasta el río?.*

-¡Ojalá nos dieran siquiera látigos para pelear!... Este armamento de mierda no sirve para nada. Las ametralladoras se atascan, los fusiles se descalibran. Y, por si acaso, no hay munición suficiente.

-Pero esa no es culpa del Comando. La falta de víveres y de municiones se debe a que no hay elementos de transporte.

-¿Y por qué no compran todo lo que falta?

-Por falta de plata... Eso lo saben todos.

-¡Carajo!... ¿Y los millones que dan las minas? ¿Y Patiño?

-Patiño, Patiño... ¿Acaso le importa un pito de Bolivia?

-¡Ah!... Entonces, deben obligarlo. Porque el tipo ese tiene que ayudar a su patria, por la fuerza, o dejar de explotarla...

---

* *"Hubo un alto jefe, -dice el coronel Moscoso-, que en repetidas ocasiones expresó que era suficiente la guarnición del Chaco para arrear a latigazos a los paraguayos hasta el río. Por el cargo que ocupaba y su influencia en el gobierno, las opiniones de este jefe debieron pesar en el ánimo del doctor Salamanca" Ob. Cit. (C.M.)*

-Pero, ¿quién lo ha de obligar a nada? ¿quién puede quitarle sus minas? ¿No sabes que, ahora mismo, el ministro de hacienda es un ex gerente de Patiño?

-Por eso inculpo al Comando. Porque, o se hace la guerra gastando todo lo necesario para evitar la afrenta de una derrota, o no se hace la guerra, si los intereses de Patiño inspiran más respeto que la suerte de Bolivia. Más tarde, cuando la pobreza cause nuestra rendición, los pongos de Patiño, para disculpar a su amo, echarán la culpa de todo al Comando. Esto no lo sospechan los jefes, todavía, pero ya verás...

-Suceda o no, eso, la verdad es que no se puede atacar a Patiño. El derroca gobiernos gastando unos pesos en pagar un cuartelazo.

-Pero, ¿a quiénes ha de pagar si el ejército en masa obliga a Patiño a cumplir sus deberes? ¿Quiénes pueden revolucionarse contra un gobierno que defienda al país por encima de todo interés?

-No faltarían unos cuantos degenerados que se vendan. Hay gente para todo.

-Si el pueblo no ayuda a los revoltosos, estos fracasan, te lo juro. ¿No ves cómo, lo primero en las revoluciones es lanzar manifiestos al país prometiéndole todo? Así se consigue estabilizar los gobiernos. El propio ejército, con mucha fuerza material de que disponga, no podría sostener una situación política sin contar con el pueblo. Esto es lo que no quieren o no pueden comprender los generales, prefiriendo hacerse los de la vista gorda, por temor a fracasar en una medida contra Patiño. Bastaría anunciarla para que el pueblo, íntegramente, se pusiese de parte de los antipatiñistas.....

-Algo debe haber cuando no ven las cosas tan sencillas....

-¡Claro que hay algo!... Ese algo es la habilidad con que inutilizan al ejército, los que en vez de servir al país, convierten a este en su finca particular. Le han metido a la cabeza que su misión es defender el orden. Pero no dicen que orden. porque si lo dijeran, se les reirían... Ese orden consiste en que los bolivianos en masa y calladitos, trabajen como esclavos, paguen los impuestos, aguanten los atrasos de sueldos, pierdan sus casas a manos de los bancos, mientras Patiño ni paga impuestos, ni pasa hambre, ni pierde nada, precisamente porque cuenta con el julepe de las personas que pudieran acogotarlo. Con eso, y unos cuantos alcahuetes que inventan mil mentiras para aumentar el miedo...

-¡Ay, carajo! ¡Si tenemos una mala pata!...

-¡Qué mala pata, ni que sonseras, hijo!... ¡Imagínate!.. Patiño mete miedo a todo el mundo porque tiene más dinero que nadie. Pero lo tiene gracias a Bolivia. El amenaza con no trabajar sus minas. Pues las trabaja el Estado, y gana la plata que quiere....

Llaman a formar a los del 6º de caballería. Se despiden los muchachos.

-¡Adios, hermanito!... ¡Buena suerte!

-Lo mismo, hermano...

Busch abraza a sus compañeros. Aquí está Clemente Inofuentes, juvenil,

casi niño, con su rostro moreno y su gesto firme, pero cordial y esperanzado. El teniente Villa, el "teniente fantasma", despedazado por las ametralladoras pilas en los primeros días del sitio, y el subteniente Inofuentes destacaron su heroísmo sobre el casi insuperable de todos los defensores. Villa recorría las posiciones, ametralladora en mano, hecho un demonio exterminador, vaciando los cargadores contra las masas de asalto. Casi no era posible reconocerle en esta exaltación bárbara de su coraje. Los cabellos revueltos, la chamarra abierta, los brazos crujientes de nervios, el rostro como una máscara terrífica, parecía lanzar metralla por todos los poros de su cuerpo. Aquí, allí, donde notase que sus hombres flaqueaban aparecía él, trepidante, como envuelto en llamas, para barrer a los enemigos. "Cuerpo a cuerpo, no le habrían muerto jamás, porque su solo contacto calcinaba". La tropa le veía trasfundido en algo mítico y terrible, que emanaba sobre el alma del soldado un contagio galvanizante, una fe sin vaivenes. Cuando la ametralladora enemiga le cogió a balazos, figuraba casi un ser sobrehumano abatido por los dioses.

* * *

Inofuentes, mucho más joven, frío, tenaz, alma de arquitectura matemática, nervios con pulsión arrasadora y amortiguadores infalibles. Como Villa, se presenta en todas partes donde es necesario. Alienta a los soldados, asiste heridos, emplaza armas, nutre de municiones, pelea sin reposo, conteniendo con su automática la ola humana lanzada sobre los atrincheramientos. Luego queda en las zanjas, mezclado con la tropa, sufriendo hambre y sed junto a ella. Sus andanzas tienen que repetirse a lo largo de las posiciones, todos los días, oportuno siempre, camarada infaltable en el trance difícil. Y a los demás, cada uno de los cuales eleva a los planos ejemplares el valor, la abnegación, el cumplimiento del deber, hasta imprimir en esta multitud hambrienta y condenada, como sello indeleble, la conciencia fría, estoica, definitiva de su destino superior a la vida y a la muerte.*

Los víveres llevados a Boquerón por las fracciones que rompieron el cerco, son míseros. Apenas alcanzaran para los defensores. Los hombres de Busch no reciben absolutamente nada para comer. Cuando este recibe la orden de abandonar el fortín, la observa, sin vacilaciones.

-Somos demasiado pocos ya para forzar el cerco. El enemigo, por fuerza, debe haber acumulado mucha tropa, después de la ruptura. Debíamos salir todos los de Boquerón, juntos....

Es aún de noche cuando el 6 de caballería sale de Boquerón. A la misma hora, los paraguayos tantean el cotidiano asalto sobre los reductos bolivianos. Los hombres no han comido nada y comienzan a sentir este incurable cansancio

* *Los nombres de estos heroicos jefes y oficiales actuantes en Boquerón, como los de la tropa, figuran inscriptos en artículos periodísticos del autor.*

que efunde el Chaco sobre las criaturas humanas. Andan silenciosos, cabizbajos, en el gesto fatalista y frío que sucede a la desesperación.

Distiende el día sus brazos de luz en el horizonte, cuando los cañones pilas inician el rugir de sus torvas gargantas. La tropa que sale no es invisible para los enemigos, que bombardean la senda, persiguiéndola. Caen cuatro granadas consecutivas, flanqueando la columna y golpean el suelo, sin estallar, como pesados pájaros caídos de inmensas alturas. Los proveedores de armamentos, acostumbran vender a las republiquetas indoamericanas, municiones inservibles. Trátase de un pequeño favor á los combatientes. Y de una mayor ganancia para los traficantes.

El capitán Eduardo Montes, comanda el escuadrón que guía la marcha. Tiene el alma decidida y tenaz, inquebrantable y animosa del paceño, del hombre altiplánico. Su figura menuda se afirma en varonía con un leve gesto risueño. La tropa le quiere. Ha combatido mezclado con ella en todas las anteriores acciones.

Pero de pronto, la columna se detiene Sucede algo hacia adelante.

-Mi mayor Eduardo.

-La tropa no quiere avanzar.

Zumban los proyectiles altos a ráfagas, chocando con los troncos. El mayor Eduardo se apoya en un árbol y cruza los brazos.

-Cambita, yo prefiero que me maten...

-Nada solucionará con eso, mi mayor... A ver...

Llama a sus compañeros.

-La tropa no quiere avanzar. Está cansada. Pero ustedes no se han rendido todavía a la fatiga ¿No es cierto?... ¿Qué dicen?... Yo paso el cerco ¿carajo!.

Anímanse los hombres y le siguen. Rebasan la cabeza de la columna y se mueven con viveza detrás del oficial. Pero las posibilidades de avanzar van reduciéndose a lo mínimo. Hay algunas bajas entre los soldados. Busch oye gritos de sus hombres heridos. El soldado Peña tiene los intestinos afuera, descolgándose por una brecha enorme que las balas paraguayas le han abierto en el vientre.

-Agua, agua, agua, mi teniente....

Busch se pone de hinojos, levanta la cabeza del muchacho y le hace beber unos tragos. El soldado le mira fijamente. "Es algo que no olvidaré nunca", dice Busch. Casi en el acto, las pupilas vuélvense como de vidrio opaco. La cabeza pesa mucho más en los brazos del oficial. Peña es un soldadito valeroso, que ha truncado sus estudios para ir a la guerra, y ahora está muerto. El fuego enemigo se extiende por todos lados, enanillando a los bolivianos.

-Tenemos que salir de aquí... Un momento...

Avanza Busch pocos pasos y divisa, detrás de la arboleda, un claro recubierto sólo por gramas altas. Dos algarrobos orillan, casi aislados, el

pajonal extrañamente desierto. Junto a estos árboles hay tres soldados bolivianos muertos. Han debido caer justamente cuando asomaban por allí. Pero a la derecha se perfila, en el claroscuro del monte, la esquelética figura de una ametralladora pesada. Es cuanto queda erguido en este paraje, pues los sirvientes de la pieza, yacen al contorno, encogidos por la crispación de una agonía fulminante. Busch les reconoce. Pertenecen a la fuerza que comanda el capitán Rincón. Es imposible acercarse al arma, sobre la cual apunta seguramente la automática enemiga que ha segado estas vidas. Agazapado junto a un árbol Busch otea los aledaños, buscando algo.

-Siga, carajo... Está con su comandante...

Es un susurro, apenas que sale del pajonal y prende en su oído, aguzado por la desesperación del mutuo acecho. Los ojos felinos descubren el moverse de una multitud, a cincuenta metros, entre las gramas pajizas. Un oficial paraguayo incita con energía a sus hombres para avanzar hacia el monte. Busch casi puede verle borroneado por la vegetación de los pastos. Divisa el sombrero verde-oliva, que sobresale a intervalos. Hay un segundo en que vislumbra el brazo del oficial tomando uno tras otro los de sus soldados, como arrastrando a estos. El avance, disimulado en el pajonal, busca las orillas del monte. Busch vuelve los ojos hacia sus soldados. El sargento Patiño está mirándole pendiente de él. Comprende las señas de Busch y se arrastra con una pieza, hacia el oficial, ayudado por dos hombres. Hay un silencio de espanto en este breve circuito lleno de amenazas. Busch toma el arma, la apunta y ajusta el disparador, sobre el pajonal que oculta a los pilas. Doscientos cincuenta tiros. La matanza es atroz. Brotan, como expelidos por una fuerza descomunal en actitudes inverosímiles, los hombres tocados por las balas y vuelven a caer entre aullidos. Rebullen los pastos con las convulsiones de los agonizantes.

Los que sobreviven, huyen hacia el sud.

-¡Patiño, corramos lejos!... ¡Aquí nos han de hacer polvo!

Huyen a gatas, escurriéndose por la arboleda. Tres piezas paraguayas machucan el sitio, inclementes, rabiosas, devastadoras. Los proyectiles, arrojados por mangueras, recorren a chorros el monte, de parte a parte. Diríase que no dejaran un hombre vivo. Busch mira a Patiño, sonriendo:

-No habríamos quedado ni para cedazo....

Aplastados contra el suelo, los fugitivos rehuyen la lluvia de plomo y se arrastran. Ven huellas de pisadas humanas y grandes goterones de sangre. Algún herido anduvo por aquí hace pocas horas. ¿Hacía dónde iba?... El reptar continúa, más a prisa, entre breves carreras a que se lanzan de súbito. Un combatiente se les une, apareciendo imprevistamente.

-Mi teniente, soy de la compañía de mi teniente Estenssoro... Nos han fregado casi a todos...

-¡El chico Estenssoro!... ¿Dónde está?

-Ha muerto. Ibamos por el monte, algo delante de la tropa, y nos alcanzaron con una ráfaga. ¡Ay, carajo!... Cayeron todos. Mi teniente Estenssoro tenía una herida bárbara, en medio cuerpo. Todavía se levantó del suelo y caminó algo, chorreando sangre. Yo iba ayudándole. Pero no pudo resistir mucho y se cayó. Me ha encargado buscar a su familia en La Paz... ¡ay, es terrible!

El hombre se ahoga en sollozos, Busch inquiere.

-Pero, ¿estás seguro de que ha muerto? ¿Dónde lo dejaste?

-A cien pasos de aquí... Mi teniente se pegó un tiro en la cabeza, cuando ya no pudo moverse. ¡Carajo, era un macho!... Me dijo que no me rindiera nunca, y que moría feliz por haber servido a la patria... Lo he tapado con una frazada.

El fuego paraguayo figura buscarles, arañando la espesura, como una fiera hambrienta. Hay que seguir. Ahora es hacia el sud, procurando averiguar a dónde iban los enemigos. La tarde apelmaza tintes de sombra y de tormenta en el oriente. Los hombres carecen de agua y de víveres. Caerían rendidos por la inanición si el riesgo no les galvanizara los nervios con sobrehumanas impulsiones. La tropa se ha ido reuniendo, en un fluir común de la zona acribillada por los paraguayos. Ahora insurge del bosque el capitán Montes, con su estafeta.

-¡Cambita!... ¿dónde vas?

-Eduardo... Cascamos a los pilas hace un rato. Ahora voy al sud, para saber a dónde se dirigen los que salvaron de la tostadera.

-¡Vamos!...

Aquí concluye el monte, como cortado y reaparece el pajonal, esa pampa de Boquerón que circuye la arboleda como una ojera amarillenta.

-A lo mejor, pasamos por aquí... Los pilas deben estar lejos.

Entran al descampado, andando. A los doscientos metros, ya les hacen fuego desde la derecha.

-¡Tenderse!... ¡Avanzar a saltos!.

Las balas pasan rasgando el aire encima de sus cabezas. Ladran a coro las piezas pesadas pilas, desde los escondrijos boscosos. El fuego se multiplica, estirándose en trepidaciones que eslabonan esta gran cadena tendida alrededor del campo. Algunos proyectiles exhalan su respiro vertiginoso y efímero junto a Montes.

-Cambita, sácate el kepi; te van a matar.

Cuando se levantan para dar el salto, Busch cae derribado por un golpe irresistible.

-¡Carajo!... ¿estás herido?

-No. Me han sonado en el kepi nada más....

Deja el hatillo en el suelo y prosigue avanzando. Pero esta pampa de Boquerón es interminable. Galopa a un contorno el trueno dela fusilería y las automáticas, como un potro de circo, isócrono y parejo. Se combate en todas

partes. Las fracciones bolivianas, pequeñas, mal armadas, hambrientas, repelen el fuego paraguayo, gastado sin tasa. Asciende con la tarde, el viento frío y oscuro de las llanuras australes. La tropa de Busch permanece dentro del pajonal, aguardando la noche para salir del pampón acribillado. Son las cinco de la tarde, pero el cielo se oscurece, anegado en nubarrones de tormenta. El frío chaqueño invade la pampa, en bocanadas de pulmón sin sangre, cubriendo el espacio, alevoso e inevitable como un gas helado. Ataca, repentino y sorpresivo, la carne sudante de calor desértico, figurando colarse hasta los tuétanos por las porosidades cutáneas abiertas con la transpiración. El organismo pasa de una combustión de hornalla a congelantes frigideces, en escasos segundos. Parecen destemplarse los músculos y duelen los huesos, como en una maceración de aguas gélidas. Los hombres tiritan, ocultos en la grama, bajo los harapos del uniforme, acuchillados por el frío que blande mil navajas. La sangre de estos cuerpos sin alimento, apenas puede resistir las algideces atmosféricas, con mortecinos hilillos de calor que parpadean recónditos, a manera de agónicos filamentos incandescentes bajo la triste pantalla del corazón.

Desciende la temperatura veinte grados, de golpe y la vida humana carece de la celeridad necesaria para seguirla en este loco despeñamiento hacia simas glaciales de la atmósfera. Es el desierto con su designio absurdo e inhumano de siempre, recurriendo a estos trucos aniquiladores para desembarazarse de los intrusos que sobresaltan su letargo estéril y solitario marasmo de gran bestia, de postrera bestia, rezagada en el cósmico proceso que humanizó la tierra.

Las contradicciones del caos reinan furiosas, desconcertadas, inorgánicas, chocantes. El viento zarandea al frío en sacudidas y remolinos que entregolpean las masas de aire entumecido, rompiéndolas en esquirlas aguzadas y flotantes, cortadoras. La lluvia se desata sobre el lomo del viento, en torrenteras abiertas desde el infinito. Estos pobres soldados sin abrigo, sin comida, sin auxilio, reciben casi dichosos el agua que trasmina sus carnes atormentadas por la deshidratación solar de tantos días. La noche suma sus negras legiones de fantasmas. Diríase que la naturaleza añade las del huracán, las del agua, las del frío y que arroja sobre los hombres en guerra la ofensiva universal de sus fuerzas entre relámpagos que descuajan el cielo desde sus terráqueos basamentos hasta su cúpula inalcanzable. Las granadas, la fusilería, las automáticas reiteran sin embargo, la eternidad existencial del hombre pegado a la tierra, bajo la agresión inclemente de los genios aéreos que disparan sus cañonazos de viento que acuchillan con sus bayonetas de hielo, que ametrallan con sus bandas de lluvia, que inundan la tierra en tinieblas nocturnas, como cortinas de un gas negro para cegar a los combatientes. Los morteros inmersos en lodos glaciales, tosen el resfrío de sus gargantas inflamadas. Las ametralladoras carraspean sus gargajos de plomo desde el fangal de cada reducto. Los maúseres aullan con la disnea sibilante de su pulmón helado por los respiros inevitables de la recámara.

El hombre se alza, indestructible en su miseria sin pan y sin abrigo, sobre el tumulto epiléptico de la naturaleza, revolcándose en los descoyuntamientos arbóreos de la selva, sobre espumarajos de agua violenta, entre calofríos que la hacen tiritar con el largo casteñeteo del trueno.

Unicamente los hombres de Busch permanecen ajenos a este ruidoso combate nocturno bajo el caos atmosférico. Hallanse al centro mismo de la periferia que marcan los fogonazos, porque se lucha en todo el contorno, de fracción a fracción, casi no más que para evidenciar la presencia humana en medio de la salvajía desértica y convulsionada. Estos pocos hombres hanse incorporado al amparo de la calígene y asisten al combinado espectáculo del drama humano y el drama cósmico. Rodeados por la muchedumbre combatiente, perciben la soledad absoluta de sus vidas, condenadas a consumirse en este minúsculo islote de la pampa, en cuanto asome el día. De pie, algunos, miran sin esperanza los muros abisales de la noche, que les tiene sepultos en una insondable sima de sombras. Los otros, sentados en la arena humecta, contemplan el pozo interior de sus almas en que se desempeñan todas las ansias de la vida. Unicamente Busch y Montes parecen extraños a la condenación irremisible.

-Ché, Eduardito, soy capaz de ir a buscar mi kepi. Pero todo está oscuro y temo perderme...

-Ese famoso kepi te va a llevar a la muerte, cambita.

-Es que no sabes lo que tiene adentro. No te caerían mal unos cigarritos para este frío... Un poco de chancaca y algunas migajas de pan. Ninguno de los dos cede a los ímpetus de la protesta contra los responsables incógnitos del drama en que son víctimas. Tienen las almas templadas en el crisol del deber. Los padecimientos valen por un holocausto a la patria, y sus conciencias los resisten, abroqueladas en esta certidumbre. No podrán percibir, -sino cuando la infecundidad irredenta de sus sacrificios les convenza del gran engaño-, que hay, entre ellos y la patria, un muro gigantesco y aislante. Que por eso la patria no recibirá jamás el beneficio de la inmolación individual y colectiva. Y que los hombres no serán asistidos maternalmente por la patria en ese evento luctuoso. Porque hace años, la patria se halla secuestrada detrás del muro, y sus atracadores hablan a nombre de ella. La juventud ignora esto, porque se lo han ocultado en la escuela y la universidad. Y está cierta de cumplir sus obligaciones con la deidad sacrosanta cuando entrega su vida en aras de la defensa nacional. Si no pensara así, no haría la guerra.

-Cambita, qué dijeras ahora si te traigo un lomo asado con papas y huevos fritos.

-¡Oh!...

-Y legumbres en ensalada. Lechugas, tomates, cebollas, con aceite, vinagre, mostaza. Arroz graneado, riñones al jugo, jallpha huaica de ulupica. Dos kaukas blancas bien tostadas. Cuatro botellas de cerveza al hielo, dos para ti y

dos para mí. Y café de Yungas, calentito, humeante....

-Seguí hablando no más, y te voy a tapar la boca...

-Si no quieres nada, te friegas...

Estas evocaciones del mundo lejano resultan torturantes en la noche del Chaco. Tienen la dramaticidad terrible de lo que no se alcanzará nunca. En realidad no las harían si sus almas acogieran el tremendo horror de este naufragio en el mar cuyas riberas florecen de ametralladoras.

-Eduardito, vamos a buscar comida. Tú tienes la culpa....

Se ponen de pie. El combate agoniza entre fogonazos dispersos. La noche amuralla el pajonal con cercos de sombra tan densa, que el instinto extiende las manos para no tropezar en ellos. Las nubes agotan su postrera humedad en goterones ralos. Hasta el viento parece haber agotado su carga de pulsiones violentas. La tempestad pretende en vano romper la noche golpeándola con las arietes del rayo. Busch, deambula, reuniendo a sus hombres. En total son trece.

-Arreglen sus caramañolas para que no hagan ruido. Estamos rodeados por todas partes. Hay que andar en absoluto silencio. Agárrense de las manos para no extraviarse. El campo está lleno de pilas, de modo que si encontramos gente dan cinco pasos a la derecha y se quedan quietos para dejarlos pasar, todos calladitos y si es posible conteniendo la respiración... Dirección a Yujra.

-Ché, camba, ¿no sería mejor volver a Boquerón?

-A lo mejor, volvemos, porque no se ve nada. Agárrate de mi chamarra.

Chapotea el arenal mojado pero el viento que sisea en la paja sofoca el rumor de los pasos. Busch va el primero, el brazo tendido hacia delante, en un andar de ciego. Detrás de él, marcha la breve columna en fila india, eslabonada por las manos, hacia lo ignoto.

¡Oh, si la noche durase toda una vida!--- Pero al desvanecerse la sombra, llegará el fin. Y se apagará la luz, eternamente, para estas pupilas que escudriñan las tinieblas, en pos de la salvación.

-Eduardito creo que la pampa ya no tiene pastos. Debemos estar sobre una picada.

Tantean los pies en el suelo. Todo el instinto existencial parece acumularse en ellos con el ansia de confirmar la esperanza. El grupo invisible ahoga en silencio los latidos cardíacos, en este alto inesperado.

-Estamos en el camino de Yujra.

Pero, ¿es esto cierto?...¿Dónde lleva este rumbo que corta la pajosa pelambre de Boquerón? ¿Conoce alguien exactamente estos parajes?

-Yo, mi teniente... –dice un susurro ahogado en la tiniebla.

Es el soldado Luis Cuellar Achabal, muchacho cochabambino, llegado al Chaco en el escuadrón Busch. No conoce el terreno mejor que sus compañeros, no se da cuenta, siquiera, del sitio en que se encuentra. Pero toma sobre sí la responsabilidad espantosa de concluir esta pesadilla. Ahora la vida y la muerte

de sus compañeros, la suya misma pasan a depender de él. Busch le habla, entregándose. Nadie más que Cuellar Achabal oye estas palabras murmuradas al oído. Nadie más puede oírlas, en este mundo acechante, en que la angustia de los fugitivos adivina el oído enemigo aguzado, acaso, a dos pasos de ellos.

-Lucho... Tú vas por delante, yo te seguiré llevando una ametralladora. No hagas ningún ruido.

Instruye a los demás para seguirle, como en el pajonal, pero multiplicadas ahora las precauciones. De puntillas, estrangulando la respiración, apercibidos a todo rumor de la selva. Un eco sordo les acompaña, marcando el paso, con la fricción de los pantalones que empapó la lluvia.

-Hay que andar abriendo las piernas cuando puedan. Si meten ruido nos hacen polvo a todos.

Sólo esta angustia de la muerte que amenaza desde todos los rincones, comprende el macabro espanto del silencio. Un monstruo duerme en la selva. Dispersas por toda la moheda sus millares de cabezas prontas al sobresalto. La noche agigante al pavor, extendiendo las posibilidades de la emboscada hasta rozar la carne misma de las víctimas. A un centímetro de estas levanta los vestigios del miedo alucinante. Voces, figuras, movimientos, palpitan en la sombra, emanan de ella, rozan helados, y traspasan a estas criaturas cuyo destino parece consustanciado con la oscuridad nocturna.

¿Cuándo sobrevendrá el aullar de las ametralladoras que les hará pedazos? ¿No están despiertos, acaso, todos los que se disputan este mundo maldito? ¿Ya?... ¿No todavía?

¡Ah.. ¡Un golpe sofocado en el barro! ¡Un relámpago!...

El soldado Cuellar sacude el cuerpo desesperante sujeto por un brazo de Busch. Paralízanse ambos, aguardando la ráfaga destructora. Pero no hay nada. Otra vez el silencio que rebalsa olas de amedrentamiento. Juntan sus cabezas.

-¿Viste Lucho?... Es una posición. Y al lado, hay monte...

-¡Caramba!... ¡Qué cosa bárbara!... Casi caigo a la zanja.

Dirigénse a paso de lobo, el corazón oprimido, hacia la derecha. Sólo el instinto vital ha podido conducirles allí. ¿Quién habla? Busch oprime el brazo de Cuellar. Alguien está riendo en la oscuridad, casi a carcajadas. Los oídos recogen las menores vibraciones del sonido. Se oye algo como el roncar de hombres que duermen pesadamente... ¿Cómo?

-Kiriri jhae, oyeké-p-a riré

-¡Yajhá catú!...

Ríe de nuevo, la misma voz, mientras rebulle algo como quebrajeando hojas muertas. La mano de Busch tira de Cuellar suavemente, mientras este percibe un húmedo calor de aliento humano en la oreja.

-Son pilas, -musita la voz del oficial casi imperceptiblemente-. Están hablando guaraní. Esta es la línea enemiga.

Aguzan desperados la atención, hasta captar nítidamente los rumores del entorno. Roncan dispersos por doquiera soldados en profundo sueño.

-Sólo tienen posiciones individuales... Podemos pasar filtrándonos por la picada. Montes, a pocos pasos, contiene apenas el silencio de la tropa. La distancia que la calígene abre entre él y sus dos compañeros, parece de leguas. Cuando estos vuelven, se concierta la marcha, hacia delante. Busch deja caer algunas palabras en los oídos de su gente:

-Esta es la línea pila y vamos a pasarla, para llegar a la nuestra. El que meta ruido morirá y nos hará matar a todos... Por si acaso, en cuanto nos hagan fuego se tenderán callados. Los que caigan heridos no gritarán por nada....

Y otra vez, unidos por el apretón que aferra las manos, muevense las sombras, envueltas por la noche, en un silencio terrorífico. A derecha e izquierda se percibe la existencia del adversario cuyo cansancio tapona los oídos aletas con el sueño. Los pies de Cuellar adelantan paso a paso, vibrátiles, táctiles, inquietos como las antenas de los insectos sin pupilas, casi adivinando los encuentros. ¿Cuánto avanzan, ahora, escurriéndose entre los enemigos? ¿No han pasado ya el campo de nadie y se hallan próximos a la línea boliviana? Pero... ¿Y los centinelas?... ¿No los hay o no los ven? La agonía crece en intensidad vertiginosa al correr los minutos de esta inquisición estéril a la esfinge nocturna. El silencio parece tender alfombras etéreas entre la tierra y los hombres, que figuran espectros, deslizándose ingrávidos, vaporosos, inmateriales, raudos, a través de una atmósfera vacía en que todo ruido ha muerto.

Y, sin embargo... Los hombres amenazados velan, tal vez rozando a estos fugitivos, en los cobijos órficos de la noche y del monte. Pero hay que seguir, en pos de lo que sobrevenga, muriendo mil muertes para vivir mil vidas, bajo esta espera intérmina de la masacre acabadora, del final acabamiento del súbito salto hacia la nada, de la caída al abismo, a cuyo fondo no se llega nunca... ¿Han pasado, quizás, la línea boliviana carente de vigilancia? Momentáneo y escalofriante, asáltales el pensamiento de haberse extraviado, y estar vagando sin rumbo en el dédalo chaqueño, libres ya del riesgo enemigo, inmensamente lejos de él, en esta inútil suspensión de sus vidas amordazadas, en la guarda estéril de su silencio, de su andar gesticulante como de ladrones, mientras los lémures del monte les miran burlescos...

Pero no. Este callar mortuorio de la selva se altera de repente. La soledad queda rota por una presencia desconcertante e inánime, que irrumpe bruscamente al paso, golpeando a Busch de frente. ¿Una palizada? ¿O nada más que un árbol erguido en el camino? Palpan las manos el obstáculo, lateralmente, y hacia arriba, sin hallarle término... Susurra una voz que perciben los fugitivos.

-¡Atención!...

Oyese ronquidos por alguna parte. Pero, ¿dónde irán estos nombres que parecen haber recorrido todo el mundo entre las tinieblas?... ¿Duerme alguien detrás del cerco de palos que les corta el camino? Todos los oídos perciben las ondas que desparpaja el ruido en la quietud nocturna. Diríase imposible esta paz en que los combatientes roncan, junto al acecho de unos hombres en trance inminente de matanza... Penden las existencias del rumor más leve, y el sueño y la vigilia sufren la misma amenaza ¿No se escucha una voz muy baja que articula sonidos incomprensibles? ¿Están, de nuevo, junto a las posiciones paraguayas? ¡Ah!... Estos pueblos indios, rehusan hasta en el drama de estilo europeo, tartajear la solemne lengua prestada. El alma busca al filo del tormento, las expresiones íntimas e inequívocas del idioma nativo para la confidencia del dolor, del consuelo, de la esperanza... Los insomnes de la fracción que ambula sin ruta, tienden al oído entre la sombra como una red para capturar el pecesillo huidizo y cauteloso de la palabra. Captan la tónica sostenida, ininflexiva, fría, de una guturación sin sobresaltos.

-Huañulipis, huañuilla, juchanchecmantachá kaijinata ñackarisuman.

Vibra una emoción primordial identificadora de las almas de emoción primordial, la raza en los que escuchan. La frase, el pensamiento, el tono, están impregnados de un aroma terráqueo de fragancias milenarias. El sargento Aliaga murmura, trastornado, al oído de Busch.

-¡Están hablando en quichua!... Es nuestra línea.

Busch no se altera. Su instinto de criatura modelada en la selva, le ha hecho receloso para las incitaciones cautivantes. La jungla beniana con sus rincones verdeantes de musgos afelpados, oculta ciénegas mortales debajo. El assacú en cuyo tronco roza la mano secreta un látex de cauterio que suele quemar los ojos para siempre. El tajisero de flores bellas y opulentas como las hortensias, llueve feroces hormigas al menor movimiento. Esta revelación parlante de la noche llena de riesgos, no lo exalta de certidumbre. Desde el abismo de indefensión en que se encuentra, tantea el salvamento, eludiendo un último peligro.

-Aliaga, háblales en quichua...

Por primera vez, a lo largo de este calvario tenebroso, emerge la voz como una afirmación de la vida humana que el acecho redujo al siseo casi inaudible de los diálogos fantasmales.

-Picunataj chaipi kankichij... Llajtamasisniikichej kaiku....

Calla todo eco hablante detrás del cerco, igual que si estas palabras hubiesen fulminado a los hombres del extremo opuesto. Ahora hay un silencio de espanto, estrangulando a unos y a otros, en la espera de la muerte. La noche les inmoviliza con la amenaza de su causticidad predispuesta a denunciarles, hasta en el simple rozarse de la respiración y los inmóviles átomos de la atmósfera. Todos aguardan la explosión que les arrase en el súbito relámpago

de la pólvora incendiada. La oscuridad les amedrenta, sin embargo de que realmente les protege. El callar es tan hondo, tan absoluto, como si se hubieran detenido en seco todos los ritmos existenciales, como si la materia viviente se volatilizara asumiendo la categoría inaudita del éter, en que se ahogan los fragores cataclísmicos del movimiento planetario. ¿No es suficiente aún este riesgo más para que la desesperación culmine en el suicidio colectivo que significaría la atónita permanencia frente al escondrijo alevoso en que hay unos hombres que saben de su proximidad? El capitán Montes desliza unas palabras junto a Busch.

-Pasaré adelante solo... Si puedo, vuelvo...

-Bien... Que te acompañe Cuéllar..... Si pasa algo, quemo a estos carajos...

Despréndese Montes y Cuéllar del grupo sigilosos, átonos imperceptibles, como si no existieran. Busch tiene la ametralladora bajo el brazo, el dedo sobre el disparador. No se capta el menor sonido, mientras discurren los segundos, atirantados hasta el infinito. Un minuto, dos, tres, cuatro, cinco. Apenas imagina Busch que sus compañeros han podido caer en la inmolación sin rumor de las puñaladas, cuando un ronquido araña la quietud expectante. Busch casi no puede más.

-¡Quién ronca ahí, carajo!

Nada. Cesa el bronco aserrar de la garganta obstruida por las letargias musculares del sueño. La suspensión instantánea del ronquido es un fenómeno mecánico de la oniria.

Basta producir un ruido cualquiera para determinarlo. Pero en esta noche de tortura, cobra valores de acechanza y multiplica las dudas, excitando la cautela de los amenazados. No obstante, Busch decide liquidar este prolongado suplicio de sus gentes. Adelántase, decidido, en procura de un claro por el que pueda rebasar la empalizada, lista el arma automática para el exterminio de los que le detenga. Resuenan sordamente sus pisadas en la arena. A pocos metros de él se alza una voz.

-¡Alto, quién es!.

-¡Teniente Busch!

Despréndese alguien de la sombra acercándosele. Es un oficial boliviano que comanda el puesto. La línea queda bastante atrás, y ha sido pasada por los fugitivos sin que ni estos ni los que en ella se encuentran hubiéranse dado cuenta de ello. Busch habla con rudeza desacostumbrada.

-¡Carajo!... ¿Por qué no se ha puesto centinelas por lo menos aquí?..... ¿No tienen tan cerca al enemigo? Podrían ser degollados en pleno sueño.

-La tropa no alcanza, mi teniente. Hay apenas tres hombres en mi puesto.

-¡Es inconcebible!... ¿Ha visto usted pasar al capitán Montes?

-¿Por aquí? No, mi teniente... Basta ladearse unos metros para que sea imposible detener al que pase. No se ve a una cuarta.

Este detalle que los conductores parecen no valorar en su terrible sentido, es un agudísimo elemento de la tragedia boliviana, un elemento que impele hombres y destinos hacia la fatalidad. La escasez de combatientes impide resguardar, siquiera en un mínimun, ya no solamente la vida humana, depreciada hasta el escarnio por los cálculos tácticos, sino la propia estabilidad militar de las posiciones, la propia seguridad estratégica de la acción guerrera. ¡Ningún hombre de los que actúa incursos en el dolor y el heroísmo de la contienda es culpable de ello! ¡Ni siquiera los estadistas de la retaguardia! Protervas criaturas que desataron la matanza, los demiurgos codiciosos e insensibles que utilizan al pueblo en la empresa del sangriento lucro, ¡éstos sí, son responsables de cuanto es y de cuanto será en el futuro!. Ellos hanse hecho cómplices en la prolongada obra del desmoronamiento sistemático y total del país. Ellos admitieron y divulgaron la infamante mentira de la bajeza nativa. Ellos la erigieron como principio de la vida social y de la cultura, subidos al pináculo de la degradante escala de las castas, para explotar, como dominadores feudales, a la gleba cobriza. Ellos crearon el mito del amo europeizado, insuflando esta concepción bárbara en los directores del país, como para que fuese impune el exterminio de las muchedumbres indias y mestizas, ahora lanzadas a la guerra, sin víveres ni armamento, sin capacidad numérica, siquiera, para la mera función de vigilancia que previene contra los peligros de la sorpresa. ¿Hay un solo hombre, acaso, -entre los directores de la guerra-, que hubiese abolido la esclavitud de los indios en sus dominios de terrateniente? ¿No disfrutan del gratuito pongueaje, admitido como goce de un derecho de clase? ¿Hay alguno que, encaramado en los ápices del poder, rehusó incorporarse en la casta perseguidora del indio y del cholo? ¿recordó nadie vejaciones, desdenes, injusticias y agravios recibidos de la capa aristocratizante, e hizo algo para imponer la verdad fuerte y generosa de los derechos igualitarios? ¿Clamó ninguno por la culturización, por la capacitación, por la habilitación de indio y del cholo para servir a la patria en vez de servir únicamente a los millonarios? ¡Nadie espere triunfos nacionales en esta guerra conducida y auspiciada por la clase dirigente, que estriba sus fueros dominadores en el desprecio del pueblo indo-cholo! Esta clase desarmó a la nación, desmembró sus órganos vitales, destruyó la fuerza, el ánimo, la potencia del país desde que puso fuera de la ley, la inmensa masa india y chola, creando hábitos, costumbres e ideas de privilegio para el disfrazado de español, para el europeizante, los privilegios enajenaron su pueblo a Bolivia. La guerra se lo restituyó para el ricacho.

No hay tropa suficiente para cubrir los puestos de centinelas. El enemigo puede exterminar a los soldados bolivianos. Pero ¡qué importa esto a los que conceptúan Bolivia solamente como un feudo productivo?

-Disculpe, subteniente, -dice Busch-. Con todo, esto es terrible. Déme sus tres hombres para que ayuden a mis soldados, que esperan cerca.

Cuando se reúnen todos, ya saben que están salvados, que han vuelto a la existencia luego de este periplo espeluznante. Ahora marchan hacia Yujra, ligeros, entusiastas, arrastrados por la euforia de su retorno a la vida. Casi no sienten el hambre y el cansancio de estas veinte horas martirizadas.

Runrunea un motor, acercándose a ellos. Salta el chofer a tierra, y abraza al oficial, jubiloso y enternecido.

-¡Ay, mi teniente, por fin salvado!... Me manda mi capitán Montes, a recogerlo.

¡Montes!... Cuellar y Montes han llegado a Yujra, ¡pero cómo ¡... Atraviesan el puesto boliviano sin ser oídos y siguieron andando casi a ciegas. Palpan el terreno con las manos par ano abandonar la picada. Siéntense tan solos como si el mundo no tuviese más habitantes, resguardados por tropas nacionales. En el silencio de su marcha, sobresaltan rumores ensordecidos. En el silencio de su marcha, extraños, casi indefinibles, isócronos y crecientes como si se acercaran. Diríanse latones friccionándose en cuerpos blancos, con el acompasado sonsonete de marcha. Estos días de campaña son de un aprendizaje vertiginoso e inolvidable, reiterado en todos los momentos. El oficial habla de prisa, en voz que silva.

-Lucho, ¡tiéndete al borde izquierdo! Son hombres que acarrean agua en latas.

Agazápanse los dos, en un deslizamiento casi incorpóreo sobre el barro de planicie fangosa. Tienen las armas listas para hacer fuego...

¿Y si nos descubren, mi capitán?

-¡Les metemos bala!... Después nos lanzamos al bosque... ¡Y que venga lo que venga!...

Ahora se escucha distintamente el sonar de latas llenas de líquido. Casi puede verse entre la nébula bituminosa de esta noche, el grupo de gente que pasa junto a ellos. Figura un deambular de extenuados fantasmas, arrastrando, sin fuerzas, herrumbrosas, dercoladas cadenas. Atraviesa el paraje lentamente, como una absurda procesión de mudos y se pierde en la oscuridad, deglutida por la inmensa garganta del monstruo nocturno. Montes y Cuéllar, aplastados en la cuneta del camino, contienen el aliento, ahogando en el barro el tenso bombeo de sus corazones capaces de sufrir hasta lo imposible.

-¡Ay, carajo!... En mi vida he pasado por esto, Luchito.

-Parece una pesadilla, mi capitán... ¿Serán pilas?...

-Pilas o bolis, da lo mismo. Nos hubieran cascado igual... ¡Vamos!

Vuelven a andar, con la impresión tenaz de que el retorno se ha hecho imposible. De que pueden atacarles por la espalda.

-... ¡Con que no sorprendan al camba...!

-Sería espantoso, mi capitán, ¡no es cierto?

-Pero Busch es ágil y astuto. Es un tigre... A lo mejor los faja...

Quedan como clavados al suelo. Hay una tenue claridad que diluye la tinta china extendida en el horizonte. Acúsanse, borroneados, los ramajes que bordean la picada. Frente a ellos, la línea oscurísima del bosque desciende en una ondulación casi rasante del suelo. Cuellar tiene a Montes del brazo, murmurando quedísimo, en un soplo, mientras procura señalar con la mano.

-Ahí, delante... Un hombre...

Se ve un bulto difuminado, una sombra confusa, casi prendida a la negra masa del follaje, contorneando a medias la figura humana, puesta de pie. Está aproximadamente a un medio centenar de pasos, inmóvil y erguida como el tallo trunco de un árbol. Montes y Cuellar la miran con una intensidad hipnótica, captar el menor indicio que le identifique... Y ahora saben ya que es un hombre, semioculto en la sombra, despierto, vigilante.

Ha roto su quietud que parecía mimarle en la atonia vegetativa y tenebrosa y se balancea ligeramente, como si anduviese. Dialogan los acechantes, pegando los labios sobre las orejas, para insumir gota a gota un hilillo de voz en los oídos.

-¿Viene aquí? ¿Nos habrá oído?

-Creo que no... ¿Qué hacemos?

-No hay nada que hacer, Luchito, sino atacarle... Nos acercamos y lo volteamos. Es un centinela, tal vez boliviano. Pero si es pila y si grita o dispara, nos hacen tiras.

Paso a paso, con movimientos articulados a las infinitas precauciones de evitar todo ruido, avanzan los dos, tan lentos que casi parecen no moverse. Hay entre ellos y el centinela una inquietud atroz, una desasosegada inminencia de tragedia sin atenuantes. Mientras ellos acortan el espacio en cauteloso avanzar de fieras, el hombre se agita, sacudido por las tensiones ininteligibles del subconsciente, que clama desde los mundos perdidos e incógnitos de la especie, por eludir el peligro de su aniquilamiento. Y de pronto siente caer sobre él, este asalto de panteras, este impacto de proyectiles impelidos por la desesperación, ilímite, este fulmíneo choque derrumbador cuya energía es irresistible. Una garra se encoge atenazando su garganta, mientras siente en la boca la penetración hiriente y compresora de unos dedos que se crispan como patas de tarántula apuñándola la lengua enhovillada. Cuellar ha tocado una visera de cuero en la guerra del caído.

-Mi capitán, creo que es boliviano...

-El hombre parece muerto. Solamente los ojos, dilatados por el espanto, acusan vestigios existenciales, en su cuerpo inerte. Libre ya su lengua, no responde a las inquisiciones. Es posible que no comprenda lo que se le dice.

-*Kaukiri marka,* -susurra Montes, en aymara, asomando el rostro junto al preso.

Pero tampoco habla. Cuellar emplea el quechua.

-*Maimantá kanki.*

-*Jururumanta*, musita, como vuelto a la existencia por este conjuro del idioma nativo. Es un autóctono casi puro, seguramente arrancado por fuerza de sus madrigueras andinas, primero a los cuarteles de reclutamiento y luego al Chaco. Ignora sin duda, hasta el hecho de que defiende a Bolivia en una contienda bélica.

Montes y Cuellar están a medio kilómetro de Yujra.

Busch ha escrito esto en su cuaderno de notas, llegando a Yujra. "El camión que me envió Montes llevaba una gran sorpresa para mí. El capitán José Castrillo iba en él para recogerme. Nos abrazamos como hermanos, y me dijo, con su voz gruesa y clara: -Hermano, lo has hecho mejor que nadie. Eres un consuelo en mi terrible dolor. –Esperaba que siguiera hablando pues me satisface oír a una camarada tan inteligente, pero no lo hizo, y a poco llegamos al fortín. Peñaranda me abrazó con fuerza, felicitándome. Estoy invitado a comer con él. Ahora siento, recién que me comen los piojos".

¿Qué dolor atenaza el alma de este José Castrillo, intérprete de la emoción boliviana en las puertas de la tragedia que está a punto de copar su vértice? El claroscuro del pahuichi recorta afirmativamente su figura viril y ahonda la sombra de sus ojos negros, poniendo un grosor enigmático en los labios de trazo recto, en las cejas densas. La frente emerge del negror en que la enmarcan los cabellos, regular, amplia, casi trazada a escuadra. Este rostro moreno pálido, conserva el tipo de los antepasados vascos, enérgicos, macizos, de austera expresión y sobrios ademanes, que eligieron para sus vidas voluntariosas y su espíritu colectivista, en el nuevo mundo, las cumbreras andinas de La Paz y la fraternidad con el pueblo aymara, domador de la naturaleza levantisca, exigente y dura del altiplano. Nunca se dio tan armónica simbiosis del mestizaje entre europeos y americanos, como en el acrisolamiento de vascos y aymaras, periecos de la titudes con idéntica atmósfera de tenacidad y coraje, de ánimo superatorio, de telúrico misticismo arraigado en honduras terráqueas, con ansias de divinidad hasta las constelaciones galvanizadoras de sus almas.

¡Ah, este José Castrillo es la hechura más pulcra y más fuerte de esa amalgama secular!. Los pensamientos del antepasado que labró aquel asombro glorificación de la cultura americana, reavivan de Huiñay-marka, lumbre eterna en el alma de este combatiente tocado con el don del conductor social.* Es, por entero, el fruto ópimo de una raza que construye Estados superada por siempre

---

* *Huiñay-marka, en aymara, significa Ciudad eterna. Es el nombre urbano de Tiahuanacu, la misteriosa ciudad gigante, cuyas ruinas ponen sobre la planicie andina el signo enigmático de una civilización cuyo solo vestigio asume superbas dimensiones. Los aymaristas eruditos consideran que esta fuera la sede máxima del pueblo y la cultura aymaras, pre-incaicas. Ninguna investigación ha contradicho tal concepto, apuntalado, más bien, por indicios mitográficos, pruebas arqueológicas y rastros de la hierografía primitiva subsistentes en el culto de las deidades vernáculas. (Véase sobre esta materia, la antología tiahuanakista recogida en el volumen IV de la Biblioteca Boliviana, bajo la dirección del autorizadísimo Gustavo Adolfo Otero, con el título: Tihuanacu.*

la etapa tribal del pastoreo deambulatorio. El aymara es, inequívocamente, el pueblo estatal del Nuevo Mundo, antes aún que el quichua, el azteca, el diaguita, el calchaquí. Alzó el aquella organicidad enorme que recoge el monumentalismo de Tihuanacu, obra indudable de una población densísima regida por sistemas disciplinarios y colectivistas realmente perfectos. La imponencia colosal de las edificaciones, la ornatura mesurada y severa que agració a la piedra desde el cimiento hasta la cimera, el espacio de sus recintos públicos, mayores que el foro romano y el agora ateniense, dicen, al par, de las ingentes muchedumbres trabajadoras, y de la técnica, del orden, del admirable mecanismo que articulaba las tareas comunarias. Debía, por fuerza, generar criaturas prediscpuestas para el ejercicio de la construcción social, estadistas, legisladores, grandes caudillos populares. Esta gente exaltó los fueros colectivos impregnando el humanismo en el culto de la comunidad. No es raro que este oficial Castrillo ostente como un galardón el evitar las bajas en su tropa, eludiendo las inútiles masacres que exige la logística prusiana insuflada en el ejército de Bolivia. Algo emocionante como la presencia de recónditas fuerzas cósmicas, exhálase en las miradas, en la voz, en los ademanes de Castrillo. Diríase, en verdad, un viejo soplo de auquis y de tallas que construyeron el milenario mundo aymara*.

-Solamente un cambio completo de las condiciones en que luchamos puede salvar al país del desastre, -dice a Busch-. Yo tengo una fe invariable en el destino de nuestro pueblo... Pero seguir así es condenarnos. Tu sacrificio valdría bien una gran victoria. No haberla alcanzado ya no es culpa tuya.

-Es triste que la bravura de nuestros combatientes resulte infructuosa... Pero no hay más remedio que sacrificarse... ¡Mala suerte!... –comenta Busch.

-No creo en la mala suerte, Germán. Sobrevivir a todas las calamidades de nuestro pasado basta para considerarnos invulnerables ante los designios funestos.

Aparece el coronel Wálter Méndez. Hay sombras en sus pupilas de un verde claro, levísimamente estriado, por rayitas ocre, como los feldespatos del jade. Igual que Castrillo, capta ya la desolada ruta tendida hacia la nada. Es imposible que ninguno de estos tres hombres capaces de las abnegaciones extremas disimule su pesadumbre frente a las vidas rotas por el choque atroz y desprevenido con la guerra.

-Buschito, -dice Méndez luego de abrazarle con ternura-. Tiene usted licencia de doce horas para ir a fortín Arce, cambiar la ropa y quitarse los piojos. A su vuelta, recibirá órdenes. Ahora voy a ver a los muchachos del regimiento.

---

* *Auquis y tallas, autoridades teocráticas y políticas de la comunidad. Poseían la ciencia astrológica, los secretos mágicos, el conocimiento de la farmacopea indígena, y los más altos estudios filosófico-históricos relativos al mundo cósmico y a la sociedad humana.*

La tropa duerme a suelo raso, en el patio del fortín, bajo el silencioso palpitar de las estrellas que ha encendido el viento como brasas de hoguera, ahuyentando las nubes de ceniza acumuladas en el cielo. Sueño de muertos, quieto e indescifrable, es el de estos soldados harapientos, caídos bajo el plomo de la fatiga, como segados en largas filas por infalibles ametralladoras. Hombres de esta misma edad reposan tranquilos en otras partes del mundo, ajenos a la angustia del despertar entre un tumulto de granadas y morterazos destructores. ¿Por qué se abatió sobre estos el sino de la muerte? ¿Cuándo abrirán los ojos a la revelación de la siniestra conjura?

Bajo el resplandor de las sideraciones circulan por el espacio, como invisibles insectos nocturnos, los mensajes que disparan las torres del inalámbrico, desde algún punto de la América india, hasta el deslumbrado antro de las oficinas petroleras que dominan el mundo.

A un extremo de la plazoleta, parpadean fuegos de viva, y se mueve entre ellos una sombra humana, desdibujada por los reflejos de la llama. Satura la atmósfera el perfume cálido y hogareño del café. Aroma de Yungas bolivianos, tierra febril y jugosa en perpetuo burbujear de frutos que rellenan las gargantas andinas, cinco mil metros debajo de las nieves, a doscientas leguas del desierto chaqueño. Hierve aquí la infusión reanimante, destilando las negras lágrimas de la piedra andina enternecida en la sima que besan las tibias aguas tropicales. Junto a la hoguera, avivando el rescoldo, vela el coronel Méndez, inabordable por el sueño que ha derrumbado a sus combatientes. Saben estos de la cordial tutela, a través de estos primeros días de guerra, en que la mano firme del gran jefe tendió hacia ellos, después del combate, los pocillos humosos y calientes del brebaje nativo. Ahora les despertará, como todas las veces, practicando esta fraternidad augusta que la guerra exalta en una expansión demoledora de los prejuicios raciales, de los reglamentos cuarteleros, de todas las mentiras en que la casta rica disimula su predominio injusto y sórdido.

Castrillo y Busch tendidos cara a las estrellas, platican largamente en la noche, que parece haber empapado sus almas con melancólicas nieblas. No se oye en toda la extensión del Chaco más que el aflautado silbo del rococo.*

* *Sapo gigante, de croar breve agudo y entrecortado. Abunda muchísimo en el Chaco. (C.M.)*

BOQUERÓN VIVE SUS ÚLTIMAS HORAS

Los oficiales de Marzana se reúnen en medio del Fortín Boquerón y los generales en la retaguardia. El 28 de septiembre de 1932, en la noche, el coronel Marzana, comandante de las fuerzas que defienden Boquerón, recibe el parte diario.

-Material: 2 cañones de 75 mm., 3 ametralladoras pesadas, 11 livianas, 600 fusiles, munición: 3.100 cartuchos de infantería, 10 granadas.

Las dos piezas de artillería son del año 1911, fabricadas por Schneider Cannet y disparan granadas de la misma época. Las automáticas y los fusiles, de Vickers, aún podrían servir un tiempo si hubiera munición. 3.100 cartuchos alcanzan apenas, para diez minutos de combate.

Marzana reúne sus oficiales para considerar esta emergencia que ha echado por tierra todos los preceptos disciplinarios aprendidos en las academias. Así se congrega la más ilustre asamblea de nuestra historia contemporánea. He aquí a los auténticos y natos representantes del pueblo, en función de servir, enaltecer y salvar la patria. Este congreso no se halla formado por el fraude, por el cohecho, por los rebenques policíacos, por el dinero fiscal. Es la nación misma, en riesgo tremendo, la que convoca a estos hombres que visten harapos y están cubiertos de mugre, de piojos, de manchas sanguinolentas, dignos personeros del pueblo encadenado al sufrimiento en la paz y en la guerra.

Bajo el cobertor de barro y paja, el pahuichi asume rango capitolino. Los rostros ennegrecidos por el sol todavía muestran la humedad sudorosa de la fatiga cotidiana. Están presentes el teniente coronel Cuenca, el capitán Antonio Salinas, el mayor Ocampo, el mayor Bravo, el mayor Eduardo Brito, cirujano que combate como soldado hace algunos días; los tenientes Dávila, Calero, Aguilar, Faustino Pardo, Manejo Taborga, el subteniente Clemente Inofuentes, el subteniente de sanidad José Parrilla.

-Señores y camaradas, -explica Marzana-; los partes informan que el enemigo prepara cuatro asaltos para el día 29. Ustedes conocen al detalle nuestra situación. Sin embargo, creo del caso comunicarles que disponemos únicamente de 3.100 cartuchos de infantería.

El cociente de esta batalla insinúa sus fatídicos guarismos. No hay una gota de agua, no hay un pedazo de carne... La tropa combate sin descanso desde

el día once. No se alimenta, no duerme... En verdad es un destacamento de espectros enterrado vivo en esta inmensa tumba de Boquerón.

-Espero que podamos resistir el primer asalto... Aún tengo la esperanza de que el enemigo rechazado no volviese a atacar durante el día. Pero...

Los paraguayos pueden abstenerse de intentar la toma de Boquerón por la violencia. La sed, el hambre, la falta absoluta de auxilios, han puesto ya en sus manos la suerte de estos hombres. Mañana o pasado mañana, sin disparar un tiro, ocuparán el fortín lleno de muertos y de agonizantes. ¡Qué por lo menos hubiese municiones!.. Pero la última esperanza en la acción del comando se ha desvanecido para siempre.*

Hoy día preséntose un avión sobre el fortín y dejó caer un despacho del comandante en jefe para los supliciados. Bajando hasta casi rozar los altos follajes. Luego se elevó potente e inalcanzable sobre la línea paraguaya, viró con amplio semicírculo, pasando otra vez, en vuelo de retorno encima de los defensores. Los bolivianos le hicieron algunos disparos de fusil, enloquecidos por la cólera.

Era la quinta vez que el jefe del ejército pedía a los torturados de Boquerón esperar algunos días para recibir auxilios decisivos. Primero se trataba de tener paciencia durante una semana para ser salvados. Al cumplirse este plazo, llegó una nueva comunicación ofreciendo auxilios para después de tres días. Y luego volviose a pedir una espera de cinco días. La cuarta vez, el comando pedía aguardar víveres, municiones y refuerzos durante dos días. En todos los despachos conjurábase al espíritu de sacrificio en aras de la patria. Pero ahora, el comando pedía mucho más de lo que puede exigirse a las fuerzas humanas. Diez días más de resistencia en Boquerón, como un último sacrificio dedicado a Bolivia. Por si esto no bastase, el despacho hacía saber que el cura vicario general del ejército, otorgaba sus bendiciones, desde el avión, a los defensores del fortín.

Algunos ya no pudieron contenerse.

-¡Carajo, la gran puta!... ¿creen que hemos de vivir tragando bendiciones de frailes?

Cuando el aeroplano pasaba sobre ellos, le hicieron fuego.

-¡Cura, cabrón, vaya a la mierda!...

-¡Fraile pendejo, emboscado, cobarde!... Consuele a sus mulas con bendiciones, ¡carajo!...

Pero ahora el comando solo transmite órdenes impartidas por la superioridad. Está postergación de diez días para resolver el asedio, estaba decidida por un Consejo de Generales, "previo reconocimiento de las posiciones y de la posibilidad de mantenerlas" como reza un texto oficial. En el consejo se ha decidido por unanimidad:

* *Ver libro de Moscoso, Pág. 138.*

1.- Retener Boquerón durante diez días, aprovisionándolo" mediante aviones. "2.- concentrar en Arce tropas frescas que viajan entre Villamontes y Muñoz. 3.- Vencido este plazo atacar violentamente al enemigo para salvar la guarnición de Boquerón.*

¡Cuán fácil resulta la guerra para estos generales!... Ellos han reconocido previamente las posiciones y están ciertos de que se las puede mantener ciertos de que es factible el aprovisionamiento por aviones. ¿Acaso no conocen los propios informes de Quintanilla, que días antes consideraba impracticables todas estas medidas? ¿Pretenden exigir hasta a los agonizantes que las órdenes se cumplan y no se discutan?. ¿Es qué bien alimentados como se hallan, olvidan que ningún ser humano soporta con vida el hambre y la sed por espacio de diez días?

El propio general Quintanilla modificó "su opinión que debió ser decisiva... y se sometió para formar la unanimidad del Consejo.** Le impresionaron sin duda las razones en que fundaban los generales la irrita idea. Sin embargo, proyectábase por ellos algo que se diría inadmisible hasta para los más incautos. "Este plan –dice el parte dirigido a Salamanca-, responde al doble objeto de ganar tiempo para ver si la cesación de hostilidades se efectúa mientras retenemos Boquerón, y si ello no es posible, salvar su guarnición sacándola con ayuda de tropas del exterior". Cosas imposibles, las dos, a simple examen y aún sin tener en cuenta la imperativa necesidad paraguaya de recaptura el fortín precisamente antes de suspender las hostilidades. ¿No es el propio gobierno boliviano que solamente hace cuatro días prevenía a la Comisión de Neutrales, sobre la imposibilidad material de suspender las hostilidades, a partir del 24 de septiembre? O el consejo de Generales o la cancillería está obrando neciamente en este caso. Un niño podría comprender que el enemigo, y también los neutrales, ya saben que Bolivia se halla en trance desesperado con el cerco de Boquerón. Nadie puede ignorarlo, pues lo sabe el Paraguay mediante los prisioneros bolivianos. ¿A qué simular esta cancilleresca arrogancia en posturas de perdonavidas con los pantalones caídos? ¿Cómo contar con la cesación de hostilidades cuando el enemigo sabe que tiene la victoria en sus manos? Asombra la miopía de estos diplomáticos y de estos generales que parecen actuar en el mundo melancólico y compasible de la puerilidad senil. "El plan de doble objeto del Consejo de Generales, -dice Moscoso- va resultar

---

* *Todas las frases comilladas en el párrafo pertenecen a un documento que publica el general Quintanilla en su "Manifiesto a la Nación". Tratase de un parte que trasmitió el Jefe de Estado Mayor General, señor Osorio, al presidente Salamanca. "Cuando se redactaba este parte optimista, en Boquerón estaba concertándose la rendición", dice Moscoso al respecto. Ob. Cit).*

** *La cancillería boliviana, en 23 de septiembre, responde a una proposición de los neutrales, expresando que Bolivia ordenaría el cese de fuegos únicamente en el sector de Boquerón, "siempre que" el gobierno fuese notificado con la aceptación paraguaya "hasta horas 21 del día 23". "Mi gobierno, -agregaba con engañoso brío-, hace este último esfuerzo por la paz, pues cree que perdida esta oportunidad le será imposible detener el curso de los acontecimientos". Moscoso, Ob. Cit). (C.M.)*

un plan doblemente peligroso porque ni habrá cesación de hostilidades, ni se sacará las tropas de Boquerón". Y se entregará ese medio millar de combatientes ejemplares, con toda su deslumbrante enseñanza de heroísmo agotado por la derrota, a la ignominia del cautiverio.

En este Consejo de Generales en que Quintanilla determina la unanimidad opinante, renunciando a su libre parecer sobre la situación se consuma un reflejo del drama que vive el país. Un pueblo esclavizado por el dinero, por las ideas, por los prejuicios, destella muy raramente los resplandores de la personalidad y el libre albedrío. Este general Quintanilla tiene la convicción, el 22 de septiembre de que "Boquerón puede sostenerse máximo hasta mañana en la noche en que habrá que desocuparlo para salvar a sus defensores"; que los "refuerzos llegan tarde para salvar Boquerón"; el 23, ya se ha convencido de que es "imposible realizar el aprovisionamiento para aviones"; el 25 de que "no es posible ya pensar en realizar ninguna ruptura por el ala izquierda"; de que la "enorme superioridad numérica y la potencia del enemigo paralizan toda acción" y de que en Boquerón "agotáronse víveres y municiones". Pero el 27 de septiembre se siente capaz de "retener Boquerón durante diez días aprovisionándolo mediante lanzamientos de la aviación" y "atacar vencido este plazo violentamente al enemigo para salvar la guarnición de Boquerón".

El funesto espíritu de cuerpo alimentado en las capas dirigentes del ejército ha producido este vuelco de campana en la conciencia del jefe Quintanilla. El no tuvo la suficiente conciencia de su responsabilidad para superarlo. Esta noción de casta que prohijan los viejos militares uniforma la conducta sin admitir excepciones, aún sacrificando la honesta convicción y anulando la capacidad intelectiva. Hay solamente un general que desentona en este concierto de parecerse huérfanos de sindéresis elevando su conciencia por encima de la ley del rebaño. Es el general Montes que afirma en todo momento la imposibilidad táctica de sostenerse en Boquerón, que aconseja el retiro de los defensores, que posiblemente capta los grotescos matices de esta escenografía en que los mimos quieren imitar a Bismark y a Moltke, a costa del martirologio impuesto a jefes, oficiales y soldados en Boquerón.

Aquí están estos ante la realidad ignorada estúpidamente por el Consejo de Generales, oyendo las últimas palabras de Marzana que regatea las finales concesiones a la tragedia:

-Nuestra munición se agotará en escasos minutos... Los enfermos y los heridos luchan hace días en las posiciones, en reemplazo de los muertos. No hay un solo combatiente, jefe oficial o soldado, que no esté en el extremo aniquilamiento.

-Desde días antes, ha podido comprobarse que la inanición debilita la vista de los defensores. Muchos de ellos no logran ver a diez metros de distancia. Casi todos caen a menudo en repentinos desvanecimientos a causa del hambre que ya no tiene remedio. Y todos enloquecen de sed....

-No quisiera pronunciar la palabra capitulación, amigos y camaradas... Pero la alternativa ya no tiene otros caminos. O morir de hambre o rendirnos. De las dos maneras, Boquerón será ocupado por el enemigo. Carecemos de todo auxilio, estamos solos en el desierto, sin que nadie en el mundo pueda prestarnos alguna ayuda. Bien saben ustedes que hemos venido a morir en defensa de la patria, y que nadie vacilará en hacerlo frente al enemigo. Si fuese posible morir en esta lucha, combatiendo hasta el último instante, entregaríamos todos la vida sin titubeos. Pero, ¿tenemos derecho a condenar a nuestros soldados a la muerte sin darles por lo menos el consuelo de que puedan defenderse? ¿cómo les pediremos que resistan al enemigo si no disponen cuando menos de algunos cartuchos para luchar?... Yo les pido, camaradas y hermanos, decirme si ha llegado o no la hora de poner fin al desastre, salvando por lo menos las vidas de nuestros combatientes.

Cuenca, el segundo jefe, alto, hercúleo, macizo, bravo como pocos, abnegado y fraternal con la tropa, habla de inmediato:

-Mi coronel sabe que la decisión de capitular corresponde por entero al jefe. Si el cree que ha cumplido con su deber hasta los humanos límites, no tiene por que consultar sus órdenes con los subalternos.

Marzana, le oye atenta y tranquilamente. Este mes de tormento sufrido en masa por jefes y soldados, le ha hecho comprender que el destino se fija colectivamente, sin excepciones propias de la jerarquía. Sin embargo, el quiere inspirarse en la conciencia insospechable y valerosa de estos hombres que ahora le miran sin ansiedad, casi impasibles, con el gesto fatalista que este prolongado sacrificio marca indeleblemente en sus rostros.

-Teniente coronel Cuenca, interpela a Marzana después de un instante-. ¿qué haría usted en mi lugar?

-Yo rendiría la plaza, mi coronel-, responde Cuenca en el acto.

-Entonces, capitularemos mañana-, dice el primer jefe, con la voz rota por el inmenso dolor que ahora chorrea la frase, inundando la estancia de una emoción casi gimiente.

Todos ocultan las lágrimas que desbordan, mientras los ojos buscan el suelo, gesto inevitable de toda criatura desamparada demandando quien sabe que mágicos lenitivos en la contemplación de la tierra, primera madre. ¿Siente alguno, hambre y sed en este momento? Marzana también llora en silencio. Todavía tiene voz para decir casi entre dientes:

-Pueden retirarse...

La asamblea se disuelve calladamente. Los hombres regresan a sus puestos conturbados por una tristeza que no tiene cabida en el cuerpo y rebalsa en lágrimas. Nunca se hace tan perceptible para el alma la impresión de que todo ha concluido, la desolada certeza de que el sacrificio inconmensurable desemboca en yermos que marchitan la más fecunda simiente. ¡qué maléficos demonios

malogran la suerte de esta patria cuyos hijos amorosos atropellaron todos los límites de la abnegación para honrarla! ¡Qué malditos lemures, que vampiros insaciables desvanecen para siempre este anhelo de gloria alimentado con el martirio! Una vez más la patria quedará desolada y gimiente, con las manos vacías tendidas hacia estos hombres capaces de lo imposible.

Al día siguiente se destacan los parlamentarios ante el comando paraguayo. Son el capitán Salinas y el suboficial Carlos Avila. Algunos soldados bolivianos trepan a los árboles más altos, y los ven alejarse, guardándolos con sus ametralladoras. La banderita blanca se pierde a poco entre los chaparrales que ocultan la línea paraguaya.

Se ha pactado la capitulación.

Este momento es inenarrable. Mientras los defensores guardan el sombrío silencio de su entrega a los mandatos de la fatalidad que no han podido vencer, se desata una ráfaga de locura entre los atacantes. Todo el bosque parece abrirse en el volcán de un aladir que trepida con fragores de infierno. Es un festín de demonios libertados, en la jocundia del triunfo y del poderío que domina la vida. Las posiciones tiemblan sobresaltadas por millares de disparos a los que parecen perseguir en el espacio ululantes y múltiples, los gritos que exultan el gozo vesánico en que acaba esta agonía de tres semanas. Una banda militar cubre el bárbaro estrépito, sometiéndolo al armónico son de un himno sagrado. Callan fusiles y ametralladoras y gargantas humanas ante el conjuro de la patria victoriosa que ahora canta en voz de bronces, con tónica de plata y de acero.

¡Ah!... Esos hombres del otro lado, ¡cómo sienten rompérseles el corazón cuando oyen al enemigo entonar su canción de victoria!.. ¡Cómo habrían ellos cantado también su himno profundo y solemne, severo y hombruno como el rumor de las libres muchedumbres que glorificaron el sol del Incanato!... Ellos hicieron mucho más que los enemigos para merecer esta fruición de la victoria. Solo eran quinientos y pelearon contra diez mil, derrotándolos en todos los combates. Y día por día, durante casi un mes... ¿Por qué no vencieron? ¿Quién fijo este sino luctuoso y humillante? El hambre, la sed, la falta de municiones. El temible y frío demiurgo que aniquilaba a la patria desde fines del otro siglo, debe danzar de gozo ahora, celebrando el culmen de su obra destructora.

Ahora llega el mayor Franco, jefe del ejército sitiador. Aguárdanle Marzana y sus hombres en el fortín. El comandante paraguayo casi no cree en lo que está viendo. El sabe de las privaciones que sufren los bolivianos hace muchos días, pero no imagina que la resistencia de estos combatientes pudiera superar los extremos de lo humano. Jefes, oficiales y soldados diríanse formando una legión de esqueletos envueltos en andrajos. Hay hombres que se bambolean en la fila, zarandeados por la debilidad próxima al desmayo. Muchos quizás

no comprenden ya lo que va sucediendo. Algunos rostros parecen crispados en muecas de calavera, y los ojos arden muy adentro de las órbitas, con expresión de atonía resignada que parece implorar la muerte como un desquite maravilloso contra el martirologio. Un enorme silencio que rompen a hurtadillas algunos gemidos cuajados de lágrimas, mantiene a la gente bajo su imperio augusto y cruel. Los fusiles amontonados en el suelo subrayan el vencimiento sin atenuantes, mientras los soldados paraguayos deambulan por todas partes dirigidos por sus oficiales.

Los prisioneros alcanzan quinientos hombres de tropa con sus comandantes. El número de las armas coincide con el de los combatientes. Vano es que el mayor Franco se muestre reiteradamente escéptico al saberlo. Irritado al fin creyendo que se le engaña prorrumpe en amenazas.

-Tomaré medidas muy severas si continúan ocultando a su gente. Los militares no ignoran que tengo sus vidas en mis manos...

El mayor Ocampo quiebra el adusto silencio de los cautivos:

Señor comandante Franco, ¿creerá usted en mi juramento?

¿Es la palabra de un soldado?

-Si, señor comandante. No hay más hombres ni más material que los que usted vé.

Asombrase el vencedor, todavía dubitativo, mientras parpadea en sus ojos claros una extraña lumbre de orgullo varonil. Por último se dirige hacía Marzana, con el rostro de rasgos firmes, regulares y cordiales impreso de una emoción que no puede contenerse. Tiende la mano a su cautivo en ademán afectuoso. Nunca se dignifica más la sangre nativa en los bolivianos que a esta altura de la tragedia, cuando todo el dolor del mundo gravita sobre estas almas de mestizos que han alcanzado los planos de la suprema nobleza. Sobrios y dignos en el gesto, fríos y sin titubeos, todos los cautivos recogen sobre sus personas una pátina de grandeza impasible en la catástrofe, tal si la vida para ellos hubiese perdido sus amables valores. Algo de la solemnidad soberbia y quieta de la piedra que modela sus formas bajo el azote del huracán y la tormenta, se copia en estas figuras bronceadas y angulosas a tiempo en que el enemigo, primero estupefacto ante la evidencia del heroísmo inverosímil y luego como impelido por una descarga de lealtad extiende su mano en busca de la del adversario para estrecharla con el calor simple y sin cálculo de los valientes... dice Franco el jefe paraguayo:

-Señor Coronel Marzana es usted un digno jefe de valientes, dice Franco.

Marzana mira al jefe paraguayo sin develar la expresión de inconmensurable y altiva amargura que ha sellado su cara desde la noche anterior.

-Señor comandante Franco, -responde- Yo sé que mi carrera militar concluye aquí. Mi patria que me enseñó a dar la vida por ella y me encargó defenderla en Boquerón jamás perdonará a un jefe que me ha capitulado...

El mayor Franco ha dominado su emoción y escucha estas palabras como queriendo captarlas hasta en sus mínimas resonancias. Luego habla vehemente y convencido:

-Coronel Marzana. Ojalá yo viva todavía cuando concluya la guerra para ser testigo de su conducta ante el pueblo boliviano. Entonces me presentaré en su país, yendo allí donde me encuentre, para proclamar que usted y sus hombres han combatido con nobleza y valentía...

En las horas postreras que los vencidos pasan aquí, diríase que el martirologio recoge las preseas inasibles de la compensación espiritual. El hambre, la sed, la fatiga mortecina, parecen perder la buida zarpa con que despedazan y estrujan la carne, en una especie de transfiguración que supera los planos físicos y asume las gozosas jerarquías de la sublimación inmaterial. Estos hombres comienzan a percibir las dimensiones de la hazaña que adhiere una página impar en los fastos de la historia patria. Es preciso que esa revelación provenga del enemigo implacable para ser verosímil y persuasiva. Ciertamente que la memoria oficial de Bolivia, bajo la hipnosis del hechizo extranjero, es demasiado cautelosa con estos eventos que desmienten cada vez más vigorosamente el prejuicio de la inferioridad racial boliviana admitida inclusive por los publicistas nativos domesticados en el exterior.

-¡Cuántas cosas de asombro acontecieron aquí, mientras el asedio aislaba a Boquerón del resto del mundo!. La memoria individual de los cautivos ha salvado intactas algunas imágenes del vórtice que consumió vidas y recuerde en sus llamas vertiginosas.

Al comienzo, -quizás fue el 4 de septiembre-, sucedió algo realmente inolvidable. El general Quintanilla telefoneó desde Fortín Arce:

-¿Coronel Marzana?... Voy a visitar Boquerón esta noche. Que la tropa me espere en pie.

Llegó a las tres de la mañana en compañía de su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel David Toro. Formaron las fuerzas al anunciarse el arribo del comandante en jefe. Luego Marzana se adelantó a saludarle, anunciando el parte reglamentario.

-Un momento, señor teniente coronel. Voy a dormir cinco minutos. Luego atenderé el parte.

Tendiose casi de inmediato sobre un catrecillo de campaña, envuelto en su imponente capa de amplias alas. El coronel Toro fue rodeado al momento por los jefes y oficiales de Boquerón. La personalidad irresistiblemente atractiva de este militar promovía siempre estas afectuosas aglomeraciones de compañeros y subalternos. Entre los fugaces chispeos de los cigarrillos y la claridad chaqueña de esta premadrugada, los ojos verdes e irónicos de Toro dirigíanse a menudo sobre el general durmiente, como pinchándolo con leve agujetazo. Los demás le imitaban interrogativos. Hasta que Toro no pudo callar más.

-¡Hum!... –prorrumpió con un característico gruñido anunciador de frases risueñas-. ¿Cuál de ustedes cree que el general duerme de veras?... ¡Está durmiendo en broma!...

Cinco minutos después, Quintanilla se ponía de pie. Arrebujado en su capa, erguido e imperativo en el disciplinado silencio de la escena, entraba en funciones, diciendo con aguda voz de mando:

-¡Parte!.

Cumplidas las formalidades cuartelarias, examinóse el curso de las operaciones. Marzana, dialogó entonces con el comandante en jefe.

-Mi general, sabemos con seguridad que los paraguayos han concentrado diez mil hombres en Isla Poi....

-Bien... ¿qué es lo que quiere usted, en resumidas cuentas, Marzana?

-Necesito refuerzos en Boquerón, mi general, los atacantes han de ser veinte veces más numerosos que nosotros.

-¡Qué dice usted, hombre!... ¡Ni piense en refuerzos! Por el contrario, tiene usted aquí hay mucha gente, yo pienso descongestionar Boquerón...

El mayor Bravo, a cargo de los abastecimientos, propuso otro asunto.

-Mi general, los víveres comienzan a escasear. Apenas contamos con raciones para una semana, economizando mucho.... Es urgente un nuevo envío.

-¡Cómo, Bravo!... ¿No sabe usted que la tropa en campaña debe sujetarse a limitaciones inevitables?

-Es verdad, mi general... Pero ya no se trata de limitaciones en este caso. Se trata de que los víveres se agotarán en pocos días más.

-¡Oiga usted y bien claro! Si los víveres se agotan, ¡lo voy a fusilar!

Mientras después, infatigable en el movimiento y la vigilancia disciplinaria, el general Quintanilla tomó el camino de regreso a su puesto de comando. Eran aproximadamente las cinco de la madrugada, y la aurora malva y rosa del desierto cubría los cogollos de la arboleda con el efímero talco de su primera lumbre.

Pero, ¿qué importan estos generales a los hombres de Boquerón?

Ellos no tienen otro comandante que la patria, incrustada sin remedio en sus corazones. Ella ordena desde allí, ella guía, ella arrastra, ella sostiene y ampara en los combates.

El capitán Tomás Manchego cayó herido mortalmente al promediar el sitio, defendiendo las posiciones bolivianas en la Punta Brava. Le condujeron todavía con vida y clara la mente, al exiguo hospital del fortín. Recostado en su lecho, sin un gemido, medía tal vez los minutos que trasmontaba su corpórea existencia para sumergirse en la sombra final.

De pronto, unos camilleros trajeron otro herido. Era un oficial paraguayo, abatido a pocos metros de la línea boliviana, durante un asalto. Exponiendo la vida, los sanitarios le arrancaron de allí para auxiliarlo. Tendiósele sobre

un camastro, junto a Manchego. Casi a un mismo tiempo, en la breve estancia repleta de carne torturada y sangrante, hablaron los dos heridos, al mirarse uno con otro. Estaban tan próximos que no había medio paso entre ellos.

-¡Manchego, compañero!

-¡Ayala Velásquez, hermano!

Se abrazaron estrechamente, olvidados en absoluto de sus lacerías mortales. Nunca pensaron reunirse así condenados inexorablemente a morir juntos en un incógnito rincón de la selva chaqueña, cuando el azar de las exploraciones las reunió en dial lejano sobre algún otro punto ya inubicable de esta misma tierra. Eran entonces, como ahora, jóvenes, atrevidos apasionados y violentos. El sino de los dos pudo ser este en verdad, al discurrir la muerte por los infinitos meandros de la guerra. ¿Por qué les deparó esta comunidad ajustada y matemática de caer en el mismo sitio?

-¡Qué gran consuelo es morir así, compañero! –dijo Manchego contemplándolo con sus oscuros ojos iluminados por una íntima alegría.

A duras penas frenan su enternecimiento que los arrebata como un vendaval desencadenado en el corazón. Los estadistas de esta guerra claman fomentando el odio entre los dos pueblos. Más tarde brindarán recíprocamente con champagne por la ventura personal del estadista adversario. Pero estos oficiales que descargan sus armas uno contra otro, no predican el encono. Y luego se abrazan cuando la muerte les agarrota las manos con que cumplieron llanamente su deber en la guerra.

Ayala Velásquez lleva un anillo en el dedo. Se lo quita y lo ofrece a Manchego:

-Compañero, toma este recuerdo mío. Me lo regaló mi novia...

Manchego le entrega un pañuelo de fina batista, milagrosamente limpio bajo esta inundación universal de mugre que el Chaco mana sobre todas las cosas. Hay unas letras bordadas en seda azul que brilla ardiente en la blancura de la prenda.

-También es un regalo de amor. Consérvalo a mi nombre.

Los dos guardan cuidadosamente las cosas. Tal vez nada valga tanto para ellos en tal momento como estos presentes.

Los médicos los saben condenados a morir, y apenas pueden conformar su ánimo a esta escena que se desenvuelve sobre la ceja misma de la muerte. Asisten al diálogo sin alcanzar a retenerlo sino en pequeños fragmentos. Pueden percatarse de cómo las voces decaen lentamente mientras los interlocutores parecen ajenos a este vertiginoso deslizarse de sus vidas hacia el abismo.

-Caramba, ché, ustedes tuestan bárbaramente... Es difícil atajarlos.

-Sin embargo, ¡Cómo aguantan ustedes!.

-Pero nada tiene para ellos mayor importancia que su encuentro.

-¡Vemos otra vez!, Casi es increíble!...

-¿No te parece que el Chaco está hecho para ocultar a la gente?

Poco a poco, la vida se agota en ellos. No hay, sin embargo más serena agonía que la de estos adversarios, como purificados por el encuentro que disuelve el encono en sus almas y las aligera para el vuelo sin término. Las palabras pugnan por prolongar el encuentro, cada vez más informe y confusas. Aparecen a flor de labios y se descuelgan en el aire con un aletear difícil de aves heridas. Luego el silencio, las miradas que dicen todo y no dicen nada. Ayala Velásquez entra en coma unos minutos antes que Manchego. Muere en una paz augusta como el final de la existencia que ha llenado meticulosamente todas las obligaciones.

Afuera, se muerden entre si las ametralladoras paraguayas y bolivianas en acometida interminable, múltiple e inútil. Este es, último rumor del mundo que se llevan Manchego y Ayala Velásquez en los oídos. Pero sus almas ya están llenas de voces inmortales.*

El coronel Marzana dispone que estos valientes perpetúen su reconciliación más allá de la vida. Se les entierra juntos en un ángulo del cementerio, casi al pie mismo de un urundel. Los cuerpos, en la quietud inofensiva de la muerte son como un símbolo de esta paz final en que duermen los enemigos.

Cuando Boquerón capitula, el mayor Franco rinde honores conjuntos a Manchego y Ayala en nombre del ejército paraguayo. Algún oficial pronuncia palabras que trunca la pesadumbre. Los fusiles atacantes braman repentinos en una salva, sobresaltando el silencio que envuelve el fortín, hace largas horas. Estas balas son quizá las únicas que se dispara en servicio de Bolivia y el Paraguay durante la guerra.

* * *

* *Después de 23 días de cerco, en el fortín Boquerón, los 20 oficiales y 446 soldados harapientos y esqueléticos que quedaban con vida, rodeados de cadáveres insepultos, que contaminaron el agua destinada a saciar su sed, se encontraron con que disponían individualmente, de un puñado de proyectiles para alimentar sus fusiles, de manera que la rendición fue el único camino posible. Los sobrevivientes fueron trasladados a Asunción, pensando, como era lógico, que se les haría pasar una calle de la amargura con golpes, insultos y escupitajos, pero tan grande había sido su sacrificio y tan penoso ahora su aspecto que el pueblo asunceño, estalló en aplausos de reconocimiento a su valor. El mejor tributo de los muchos que ha tenido la resistencia boliviana en Boquerón, me parece que es el del gran novelista paraguayo Augusto Roa Bastos, ex combatiente en ese episodio que escribió en su novela Hijo de hombre : "No menos de diez mil hombres –relata el novelista- y un enorme despliegue de material, se disponen a yugular el bastión acorralado, que parece tener siete vidas como los gatos. Lo sentimos en realidad como un gran tigre hambriento y sediento, sentado sobre los cuartos traseros, relamiéndose sus heridas, invisible dentro del monte en llamas, pero capaz todavía de saltar al fin, por encima de la trampa que le hemos tendido, para desintegrarse en la embriaguez de cósmica violencia que lanza a las fieras más allá de la muerte... La batalla de Boquerón no lleva trazas, ni remotamente, de llegar a su fin. El ímpetu del ataque ha vuelto a agotarse en sí mismo. Boquerón es un hueso duro de digerir. El movimiento peristáltico de nuestras líneas trabaja inútilmente para deglutirlo. Hay algo de magia en ese puñado de invisibles defensores, que resisten con endemoniada obcecación en el reducto boscoso. Es pelear contra fantasmas, saturados de una fuerza agónica, mórbidamente siniestra, que ha sobrepasado todos los límites de la consunción, del aniquilamiento, de la desesperación. De muchacho, un día mi padre me mandó sacrificar un gato enfermo y agusanado. Lleno de repugnancia, no supe sino meterlo en una bolsa y me puse a acuchillarlo ciegamente con un machete, hasta que se me durmieron los brazos. La bolsa se deshizo y el animal destripado, salió dando saltos ante mi hipnotizado aturdimiento, perforándome el vientre con sus chillidos atroces". (M.B.G.)*

OTROS NOMBRES Y OTRAS MEMORIAS

Por ejemplo, el nombre del suboficial Orozco. Burló el cerco atravesándolo seis veces. Era quizás el único soldado en Boquerón que conocía la senda secreta urdida por Tomás Manchego, Faustino Pardo y Germán Busch entre Boquerón y fortín Arce. Por ello se escurrió este hombre yendo y volviendo a la plaza asediada, hasta que la argolla ígnea del sitio cerró este rendija abierta para que los atormentados de Boquerón respirasen apenas una bocanada de esperanza. Ningún otro combatiente sabía como él del Chaco y sus huraños enigmas, desentrañados en quince años de vivencia dentro del monte inhumano. Había casi arrebatado a este los secretos ensalmos de que viven sin agua y sin alimento las alimañas, los árboles y los pastos del desierto. Y así, consubstanciado por el ánima sucia, terrosa, color de momia, de Chaco, fluía igual que la ventolina que apenas figura un soplo de polvo y remedo el sofoco de las arenas en la hojarasca, entre el boscaje, las malezas y el pajonal.

Pudo salir de Boquerón al capitular sus defensores y desatarse el nudo que estrangulaba el monte del entorno, pero prefirió correr la suerte de sus compañeros. Y se despojó de sus dones mágicos para escurrirse como un silio por la moheda, para sufrir como hombre de carne y hueso el suplicio del vencimiento y del cautiverio junto a los suyos.

Este hombre hecho de astucias y silencios poseía un destino asombroso, cuya lumbre se fundía esfumada entre las resolanas del arenal chaqueño. A la hora inevitable de los reproches, transido por la pesadumbre oía a sus camaradas en el montón doliente de los rendidos:

-Tú que conoces la senda secreta, pudiste sacarnos de aquí...

El martirologio de la prisión, adivinado a la distancia, fecundaba la vida efímera de las ilusiones retrospectivas:

-Habríamos salido a fortín Arce, y no estaríamos vencidos ni presos....

Los oídos atentos del enemigo se enteraron del secreto. El suboficial Orozco fue sometido a la prueba inenarrable de la tortura en manos del adversario desesperado hasta la inhumanidad. Látigos, culatazos, tremendos golpes de puño, cayeron sobre él entre maldiciones y gemidos:

-¡Hable, carajo, o lo reventamos como a perro!...

Tenía la cara hecho un bofe de carne sanguinolenta, la espalda con el pellejo roto en cendales, todo el cuerpo ennegrecido y tumefacto por los golpes. Ya no podía tenerse en pie y le alzaban preguntando al último lampo de conciencia prendido en sus pupilas llenas de monte chaqueño.

-¡Hable, boli carajo!...

Sus labios respondieron por fin, pesados de un hinchazón que parecía amordazarlos, mientras la cabeza se le iba como despeñada en un pozo insondable, de muros resbaladizos y sin fin. Pero no reveló el secreto. Los paraguayos le dejaron al fin, hecho un guiñapo en que la sangre y el sudor daban a su cuerpo una apariencia nauseabunda y gloriosa como la carroña de los héroes.

Con los suyos, como siempre, supo del cautiverio en tierra paraguaya. Silencioso, lento, inexpresivo, como los arenales del Chaco, nunca parecía más colmado que ahora por el alma del desierto. Debía tener la suya incandescente como una brasa, bajo esta ceniza de su taciturnidad sin rupturas. Ardía interiormente en el deseo de cobrar el suplicio espantoso. Fugó del cautiverio tres veces, por el trillo de los prisioneros que se lanzaban hacia el sud en busca de las poblaciones argentinas fronterizas del Paraguay. Las tres veces cayó de nuevo en manos de los pilas. No en las de sus perseguidores, que le buscaban por senderos y picadas por donde solían evadirse otros cautivos, sino en las de los soldados paraguayos desertores de sus unidades y que habitaban los rincones casi inaccesibles de la selva, en grupos armados que solían asaltar los convoyes de víveres en camino a la línea de fuego. Estos hombres no entregaban sus cautivos al gobierno paraguayo, respecto de cuya conducta, se hallaban debidamente informados. Pero los retenían en sus campamentos, para evitar que los fugitivos se reincorporasen a las filas bolivianas.

Desde esta nueva cautividad el suboficial Orozco se lanzó a la aventura inverosímil. El Chaco, tendido entre él y su patria, abrióse como un camino maravilloso para su instinto animado por los vientos desérticos, por la astucia, por la paciencia, por la increíble vitalidad que poseen las criaturas de este monte enemigo de la vida. Un día apareció en fortín Ballivián nuevamente entre los suyos a mil kilómetros de su prisión. Había recorrido el mundo inhabitable, de parte a parte, burlando a los combatientes paraguayos y a los bolivianos que ponían la muralla de sus pupilas y de sus ametralladoras en los pasos del monte. Nada pudo atajar a este hombre a quien el ansia de la venganza dotaba de sobrehumanas calidades. Junto a la línea de fuego paraguaya aminoróse inmensamente la terrible penuria de su andanza. Pudo comer algo, hurtado en las noches a las cocinas de los combatientes, y beber un poco de agua. Antes de esto, devoraba solamente raíces y hojas.

Pero las autoridades bolivianas no admitieron la evidencia de esta hazaña que escapaba por entero a la medida que los estadistas nacionales conciben

para el sacrificio por la patria. Ellas no se habrían animado a cruzar el Chaco ni siquiera un avión y sin ser espléndidamente renumerados. El suboficial Orozco antojóseles un espía en servicio del enemigo. El celo patriótico de ciertas gentes que entregan la tierra patria a las compañías imperialistas, cae implacablemente sobre los soldados que no comprueban su fuga del cautiverio mediante documentación fehaciente. Así este hombre ejemplar libre de la prisión paraguaya por milagro de su amor a la patria, fue de nuevo preso, pero ahora como sospechoso de traición a Bolivia. Huyó por quinta vez en su vida, siempre movido por el siniestro hechizo del Chaco, sintiendo en el alma los acicates que le impelían hacia la tragedia. ¿Dónde había de ir sino al horrible mundo en que el odio sacia su familia de sangre? Se presentó en la línea de fuego, ante los hombres cuya noción del sacrificio comprendía todos los extremos humanos del coraje. Sólo aquí, entre los combatientes martirizados por la sed, casi inánimes de hambre, se admite que la patria induzca a las almas a superar lo imposible.

El suboficial Orozco manda patrulleros y satinadores, empuñando un arma automática. Sus manos lanzan furiosos enjambre de balas contra los hombres entre quienes adivina a sus verdugos de aquella hora inolvidable de Boquerón, que aún le duele en las cicatrices de todo el cuerpo. Todos los días, cuantas veces puede, avanza el siniestro pico de la ametralladora entre los jarales y vacía el vómito ígneo del vientre alborotado por percutores y resortes, encima de los hombres que visten el uniforme verde-oliva. Retorna a su puesto con el morral y el alma igualmente aligerados de peso. El Chaco parece protegerlo como a un cómplice de sus designios devastadores, y le mantiene vivo en una suerte de invulnerabilidad que desafía todos los riesgos. Cuando la guerra concluye, aquel oscuro y taciturno suboficial poseso de todos los secretos chaqueños, acaso ha saldado todas sus cuentas de Boquerón. La paz le encuentra ascendido a teniente. Es posible que más de uno de los estadistas que le encarcelaron como a traidor presunto no lo recuerde siquiera en el montón de víctimas de la injusticia y la estupidez características de la oligarquía, durante la guerra.

Ustarez une también a Boquerón, y para siempre, su nombre de leyenda. Ha muerto aquí, en el ápice de toda la heroicidad que edificó esta guerra. No figuraba entre los defensores del fortín, sino en los contingentes dispersos y minúsculos de contraatacantes que debían quebrar el asedio. Penetró en Boquerón ya cercado por los paraguayos, como siempre inasible y fantasmal en su movilidad sin rutas. Fue pocos días después de que Busch llegar al fortín y saliera de él con sus terribles soldados andrajosos.

Era indispensable llevar un mensaje a Marzana, desde Yujra. Buscábase un oficial capaz de llenar esta misión impracticable, cuando se ofreció Ustarez en medio del estupor que dominaba a todos pues el asedio parecía haber clausurado los últimos resquicios montunos de acceso a Boquerón.

La guarnición sitiada estaba ya cierta de que su aislamiento del resto del mundo se resolvería sólo mediante la redención que da la muerte, abriendo los caminos astrales de la libertad final. Pero al clarear uno de los postreros días de suplicio, fueron testigos del milagro. Primero con el corazón y después con el odio, percibieron el ámbito lleno de un grito maravilloso.

-¡Viva Bolivia!.

Los más próximos al punto de que se disparaba esta frase como una invisible flecha hacia el espacio, temieron ser víctimas de una artimaña enemiga. Prestas las armas, el ánimo homicida y destructor chispeando junto a la pólvora de los proyectiles, aguardaron que el deshilachado vientre del malezal pariese las criaturas que llamaban a las puertas mortales del fortín. Un nuevo grito alzóse más alto que los árboles, dentro de Boquerón. Casi resultaba increíble. Ustarez, menudo, anguloso, los ojos reverberantes a la primera luz del día, estaba detrás de ellos, con la estela del grito sagrado todavía en los labios.

Debía tornar en el acto a Yujra. No le acompañaba más que un soldado llevando los cargadores de su ametralladora liviana. Pero esta momentánea presencia del hombre entre los mártires valía por todos los conjuros para confortarles en la consumación atroz de su destino. Bolivia no podía ser vencida mientras hubiese estas criaturas en que el coraje y la abnegación habíanse depurado hasta investir gracias de sobrehumanidad.

De nuevo, el hado trágico, el monstruo demoníaco engendrado por la estulticia y la sordidez, por la bruta ceguera ansiosa de hartazgos materiales, arrasaría las esperanzas nacionales, prendidas a la existencia heroica y temeraria de los humildes.

¿Conocieron los paraguayos el evento? ¿fue solamente una fatal coincidencia? En el sendero recóndito y soledoso, acechaban a Ustarez las bocas hambrientas de las armas adversarias. Frente a él, desde el extremo del bosque, ardían las gramíneas del pajonal haciendo una muralla de fuego. Era una sola llama compacta, pálida ante la incandescencia del sol que cimbraba con el viento matutino, estirando sus lenguas abrasadoras hacia el monte. No se oía disparos entre la crepitación de los vegetales pajizos incendiados. Su aliento caldeado sumíase dentro de la arboleda.

-¡La gran perra, carajo! Busquemos otra salida....

Ustarez dio unos pasos. Lo seguía, como su sombra, el soldado. Rasgóse en el acto la atmósfera como partida en dos por una ráfaga de ametralladora. Desolados proyectiles asentaron los contornos. Los dos hombres cayeron pegándose a la tierra. No habían sido tocados. Ya Ustarez enfilaba su arma sobre el rincón del que partía este chorro de balas más y más próximas. En el alma impasible del soldado agigantábase la certeza de que su capitán, como siempre, le sacaría ileso del peligro. Una ráfaga, nada más para que el enemigo quedara silencioso en la oculta madriguera. Miraba la mano de Ustarez, oprimiendo el

disparador, agitándose luego sobre el seguro, tanteando la recámara, volviendo a presionar la cola del gatillo. El arma sin embargo, permanecía muda....

-Mi capitán...

-La pieza está atrancada. Es vieja y no sirve más....

-Podríamos arreglarla...

-Es imposible, antes de que hagamos nada vendrán los pilas y caeremos como gallinas en sus manos.

Calló el soldado impasible ante la fatalidad que toda alma de indio espera enfrentar un día sin remedio. Multiplicábase el tromiteo en los contornos, martillando ahora desacompasadamente las detonaciones de muchos fusiles. Movióse Ustarez en ademán de levantarse.

-¡Mi capitán...! ¡Lo van a matar! ¡Tiéndase!, -dijo horrorizado el anónimo compañero del héroe.

Sus manos prendíanse implorantes al uniforme del oficial para retenerle pegado a la tierra. Ustarez las desprendió suavemente, mientras hablaba:

-Hay que morir como hombre, puesto de pié, cuando todo se ha perdido. Sálvate como puedas tú, hijo mío...

Irguióse después casi hasta empinarse, vuelto el rostro hacia la ametralladora paraguaya sepulta en algún rincón de la moheda. Pudo aún repetir la consigna inmortal impresa a fuego en la masa de oro de su corazón:

-¡Viva Bolivia!

Después cayó con los brazos en cruz, degollado por las balas paraguayas que habían sofocado el último grito en la misma garganta. No tuvo agonía y pasó de la vida a la muerte sin esta huella de su tránsito, exactamente como lo hiciera en sus fantásticas andanzas por todo el Chaco. Esta guerra hecha con armas inservibles debía necesariamente sacrificar a los mejores soldados.

"Caeremos como gallinas en sus manos"... El combatiente indio tenía esta frase embutida en los oídos, cuando miraba todavía a su capitán de cuya garganta fluía la sangre como de un manantial. Algunos metros hacia la izquierda, el incendio lamía los follajes terrosos del monte. ¿Dónde podría esconderse él para no caer en manos del enemigo? Más que el instinto confió su salvación al estoicismo granítico de su alma. Arrastróse derechamente hacia las llamas, hasta sentirlas quemándole ropas y carne, y allí se tendió boca arriba, sobre la hojarasca abrasada. Vio a los paraguayos aparecer entre la maleza en busca del caído, acercársele, e identificarle, con ademanes de asombrado transporte.

Después no recuerda sino su turbio retorno a la conciencia, ya alta la tarde. Habíase desvanecido víctima del insoportable dolor que le causaban las brasas, tributo de su carne heroica a la libertad, asegurada con esta permanencia dantesca dentro el incendio donde nadie podría encontrarle.

Ya no veía el cuerpo de su oficial tendido con los brazos en cruz, libre de todo cautiverio por ensalmo de la muerte. Habíanselo llevado como un trofeo

augural de la victoria. Llegó reptando como una culebra hasta el sitio hollado por innumerables pisadas, y palpó la tierra, sollozante y solitario como un niño huérfano. Y luego, siempre a rastras, alejóse de allí, camino de Boquerón, siguiendo sus propias huellas, por la senda que había seguido con su capitán en la mañana. Tenía el torso, los brazos, los glúteos y los muslos en carne viva, pues su ropa y su piel quemaronse completamente. Apenas le era posible moverse en dos pies. Llegó, sin embargo, hasta el fortín sitiado, entrando en él, portador de la tremenda noticia. Nadie quiso creerla. Ustarez parecía existir aún inmune a la muerte y a la cautividad, en los corazones. Era la certidumbre del triunfo, hecha criatura humana, que es decir la existencia física predestinada a la inmortalidad.

¡Boquerón es inagotable manadero de grandezas!... El teniente Edgar Ruck debe salir del fortín sitiado, portador de informaciones que Marzana envía al coronel Peñaranda sobre la situación. Cuando Ruck recibe la orden conoce exactamente las dimensiones de la misión.

-Teniente Ruck: estos informes para el coronel Peñaranda servirán eficazmente para contraatacar desde afuera a los paraguayos. Tal vez en ellos vaya oculta la salvación del fortín.

Marzana, como todos los que dentro de Boquerón concentran todas las potencias de su alma en la empresa de pelear por Bolivia, cree que la retaguardia cumple su deber en la misma medida austera. Ignora que los millonarios regatean su concurso, que los vendedores de armamentos exigen comisiones leoninas, que los políticos atienden, más bien, a especular con la campaña, pretendiendo que la sangre popular sirva como coladura para pegarse a las posiciones de mando. Y que la guerra no cuenta con el menor auxilio decisivo para salvar a los supliciados.

Ruck debe zafarse del cerco nada más que en compañía de un estafeta. La comisión importa casi un suicidio. Pero este oficial no vacila en acatarla, a sabiendas. Cuando se despide para partir es como para dejar la vida:

-Adiós. Esta despedida es muy seria, porque me mandan a la muerte....

Tres días más tarde, el teniente Edgar Ruck está cuadrado frente al coronel Peñaranda, en cuyas manos deposita el mensaje de Marzana. ¡Si la guerra dependiese únicamente de los hombres del Chaco!... ¿cuál de los combatientes ha eludido sus obligaciones? Pero este problema se halla entregado, en sus resortes fundamentales, a los abogados de empresas extranjeras, a los proceres engendrados por la propaganda periodística sujeta a salario particular. Ellos dicen la última palabra sobre el envío de refuerzos humanos, sobre la provisión de víveres y el abastecimiento de material bélico. Así abortan cuantos proyectos urden la desesperación y el fervor patrióticos. Los más altos anhelos nacionales apenas son algo más que esto que Peñaranda tiene en las manos desalentadas: papeles, papeles, papeles...

Hay dos hombres de tropa excepcionales en el trágico escenario. Dos hombres que en la vida civil antes y después de la guerra, no figuran ciertamente entre los condecorados gloriosos de la campaña. Uno es el sargento Luzio, natural de Oruro, alma exultante de sereno valor, de inquebrantable entereza, de resistencia que no doblegan el cansancio, el hambre, la sed, el miedo. El otro es "el negro", antiguo cochero en la residencia chuquisaqueña de La Glorieta, de donde le sacó el tumulto de la guerra, echándolo hasta Boquerón. Toda la jocundia, toda la euforia de la raza liberada por el peligro, animaban al "negro" frente al peligro. Urdía endemoniados ardides, arriscábase en la cotidiana llovizna de los proyectiles, era quien mejor se entendía con los muertos pilas en el campo de nadie. Estos le proveyeron de munición noche a noche, cuando la del fortín era ya escasa. Una vez trajo galletas vaciadas al morral de un difunto. Durante los combates, gritaba, injuriaba, acribillando con remoquetes y epítetos procaces a los atacantes mientras reía como loco. Había nacido en Chuquisaca, de cuyo ánimo vernacular estaba encendido en llamarada perenne. Era el nativo en toda su espléndida floración espiritual, porque se sabía libre en el desierto en que todas las pragmáticas de la sumisión fueron destrozadas por el martilleo de los fusiles.

¿Por qué se ha entregado Boquerón a la historia envuelto en un silencio nebuloso? ¿No es el manantial que fluye linfas tónicas de bolivianidad para las almas sedientas de tradición afirmativa? ¿Quién reavivará, con todos sus elementos de gloria, el suceso que quieren oscurecer los negadores del destino boliviano?

Aquel teniente Juan de Dios Guzmán destrozado por un proyectil de stoke mientras animaba a sus hombres en el combate, como todos los días, desafiando todo riesgo ¿ha sido ya olvidado? El teniente de reserva César Melazzini, cuyo coraje asombraba a sus compañeros de sitio, ¿dónde se encuentra?

El teniente Enrique Barriga fue herido al asaltar un puesto paraguayo instalado en la línea boliviana que fue rota por el adversario en uno de sus terribles ataques. Aquí no se combatía solamente por defender un sector, sino por recobrarlo. Barriga cayó en el campo de nadie, al oscurecer el día. Nadie lo supo hasta bien madurada la noche. El asalto había sido tan violento y la resistencia tan desesperada, que el combate fue apagado por los negros caudales de la noche que inundó el campo. Los bolivianos quedaron a pocos metros de los paraguayos protegiéndose entre la sombra, diseminados por el remolino de la batalla. En los atrincheramientos de Boquerón sabíase apenas que el asalto se detuvo como petrificado en su curso por las tinieblas nocturnas. Pero, intempestivamente, oyóse la voz del teniente Barriga, llegando quién sabe de dónde, estrangulada por un dolor inenarrable:

-¡Chino!... ¡Ven a curarme!..... ¡Estoy herido y me desangro!....

Las ametralladoras paraguayas barrían la tierra a cada llamamiento del herido. El "chino" Parrilla, subteniente de sanidad, atendía a otros combatientes recobrados a la muerte por la ambulancia del fortín. La voz tornaba a clamar en la noche, despertando largos ladridos en el seno oscuro de las automáticas.

-¡Chino!... ¡Por favor, no me dejes morir!...

Cada grito era un latido que se envolvía en los corazones de los defensores, un trallazo envuelto en las ráfagas implacables de la metralla paraguaya. El mayor Brito, cirujano del regimiento, no pudo más. Lánzose en el abismo nocturno perforado por las balas, buscando al herido. Llegó hasta él, taponó sus heridas y lo vendó. Era imposible alzar la cabeza del suelo entre esa nube de proyectiles rasantes y sin misericordia. Quedaron los dos laminados casi contra la tierra, en un silencio como el de la muerte. Más tarde, reapareció Brito, como si saliese del vientre monstruoso de la noche que pareció haberlo devorado.

Recobraron luego al teniente Barriga, atravesado el pecho por una bala. El 27 y el 28 de septiembre, este oficial de alma extraordinaria, combatió desde los atrincheramientos bolivianos, junto con la tropa, rechazando los asaltos paraguayos. Era cuando enfermos y heridos, médicos y soldados, habían renunciado en absoluto a su destino de hombres y peleaban como fieras, defendiendo la madriguera vacía. Torrico, Brito, Dávila, Parrilla, del cuerpo sanitario, reemplazaron a los combatientes muertos.

Toda la abnegación resultaba estéril, sin embargo, frente a la conjura de los intereses privados que empujaban a Boquerón hacia el vórtice de la catástrofe. Capitulado el fortín, fue el enemigo quien otorgó a los mártires el honor y el reconocimiento de su hazaña sin equiparamiento posible en la historia americana.

Cuando el coronel Estigarribia, comandante supremo de las fuerzas paraguayas, abrazaba al coronel Marzana jefe de la defensa de Boquerón, el gobierno de Bolivia convocara a Quintanilla para explicar su conducta, lo sucedido en el fortín. El presidente Salamanca debió enterarse de ello antes de que Quintanilla compareciese ante él. Para su espíritu macerado en amargura holgaban explicaciones y disculpas respecto del cataclismo nacional. Rehusó escuchar a Quintanilla, en un gesto de suprema entrega, al tormento sin atenuantes. Desde las intimidades acibaradas de su alma surgía esta ansia irresistible de conservar la tragedia en su intacta grandeza, evitando que las minucias regateasen el valor torturante del acontecimiento. Y se quedó con esta sombra inmensa de Boquerón sobre su vida.

* * *

Dos días después de que Busch abandona su unidad, se objetiva el desastre con perfiles de cataclismo. Este Boquerón a que se aferraba la esperanza patria, se desmorona sobre Bolivia. Todos los puestos vecinos caen sucesivamente en

manos de los paraguayos. Diríase que la naturaleza interviene enfurecida, pretendiendo en vano aplastar a los hombres. Hay una continua tormenta en el cielo, desatándose con fuerzas diluviales sobre el Chaco. Los rayos han sustituido al fuego de las armas, desgajando la arboleda. El agua fluye en las cañadas, hinchándose como sapo gigantesco hasta reventar por las ribas y lanzarse en caudal sin rumbo sobre los pajonales, en el bosque, encima del descampado que ocupan los fortines. Las dispersas fracciones bolivianas, reducidas a puñados de hombres que deben resguardar los puestos, padecen el castigo del agua después de su larga tortura de sed. Tienen las manos entumecidas, los pies pegados al barro, y el alma aturdida por la catástrofe de Boquerón.

Yujra, Ramírez, Lara, Castillo, son abandonados por sus defensores abrumados, que chapotean, entre tumbos, atravesando el campo anegado. Los paraguayos bombardean, en medio de la lluvia y los rayos, las chozas inermes, mientras los últimos soldados bolivianos disparan al acaso, cada vez más lejanos, entre la arboleda que el huracán cimbra y derriba. Un valiente jefe, el coronel Sotomayor, muere en Castillo, mientras comunicaba telefónicamente al comando que ha de retirarse porque toda resistencia es imposible. Acaba apenas de hablar, cuando una granada se embute en el chozo y lo vuela partiéndole el tórax.

Diríase que es el acabóse. Llegan, a los puntos de concentración, continuamente, patrullas, escuadras, secciones y compañías bolivianas que se repliegan sordamente furiosas. El espíritu nacional ha sufrido un golpe salvaje en el que el comando no pensó jamás mientras agotaba las energías del ejército en un macabro juego de órdenes y contraórdenes dictadas a locas. Es natural que el jefe supremo se halle ahora lejos de la tragedia, cuyas devastadoras consecuencias ya no sufren sino los militares subalternos y la tropa.

Si hubiese dispuesto de caballería, -dice el coronel Estigarribia pocos días después-, a un periodista argentino, no quedaba un hombre del ejército boliviano. Me resigné a ver de lejos los camiones en que fugaba el comando.

Esta guerra de pueblos empobrecidos equilibra la intensidad y el grandor de los desastres, con la insuficiencia ofensiva del vencedor. Si Bolivia carece de víveres y de municiones para defenderse, el Paraguay carece de recursos para aniquilar al enemigo en retirada.

* * *

Ahora, Busch comanda una fuerza independiente. La fe de sus soldados, la pericia y el arrojo insuperables que ha probado en medio de este derrumbamiento del pobre academismo fachadista a que se apegan los generales, no pueden romper aún la vieja y estúpida arquitectura de las jerarquías reglamentarias. Los catorce ejércitos descamisados que la Revolución Francesa envío a contener la invasión de toda Europa, vencieron haciendo generales de los guerreros adolescentes, mandando los jerarcas inútiles a la guillotina.

Ni el descalabro irremediable que precipitó la impericia de los teorizantes militares en Boquerón logra, empero, irrumpir en los bastiones tradicionales en que la vejez atrinchera sus prerrogativas para ejercer el mando. La catástrofe no implica responsabilidades personales para el general que mandaba las fuerzas únicamente. Ellas recaen también sobre los generales de aquel Consejo uniforme en su opinión sobre la defensa intérmina del fortín. ¿Se requiere todavía mejor probanza, de incapacidad generalicia para entregar la conducción de la campaña a los hombres nuevos?

Alguien ha pensado quizás en trastornar los resortes que sujetan este predominio gracioso de los altos jefes ineptos sobre la juventud militar cuya capacitación guerrera se ha probado en la primera etapa del conflicto. ¡No cambiaría la suerte adversa de la campaña si un valeroso oficial que, además, ha ejecutado sus obligaciones con éxito, dirigiese las tropas! En las altas esferas que deciden el destino patrio, se discute el asunto, de mala gana.

-Es imposible, imposible-, murmuran los ancianos que ocultan su insuficiencia en sibilinos aspavientos-; la guerra es una cosa muy compleja. Requiere de la experiencia que dan los años. La guerra no es pura temeridad, sino también reflexión... Que un oficial valiente haya roto el cerco y haya triunfado en todas sus acciones, bien. Eso no quiere decir que pueda comandar el ejército.

¡Qué demanda la guerra a un jefe sino la capacidad para triunfar? ¿No fue derrotado casi sin saber cómo, ese general que estudió en Alemania el arte de la guerra? ¿No se reduce a contabilizar sacos de harina o de papa en la retaguardia, todo un lote de generales con cursos europeos de perfeccionamiento, con libros y folletos publicados por ellos sobre temas de estrategia y táctica? ¿Quiénes han conducido victoriosamente sus tropas frente al enemigo en el Chaco? ¿No son los oficiales casi anónimos que dejan de lado los planes de la experiencia y la cultura? Entre tanto, los generales abonados en institutos técnicos de Francia, de España, de Alemania...

Busch no es apto, en concepto de sus jefes, más que para comandar pequeñas fracciones. Para esto, y para intervenir personalmente en las emergencias con peligro de muerte.

Ahora tiene mando sobre el Escuadrón Independiente de Exploradores Chaqueños, organizado por él mismo, en fortín Saavedra. La misión de esta fuerza es limpiar el Chaco de ciertas bandas montadas que el gobierno paraguayo organiza con malhechores y asaltantes de caminos, bajo el comando autónomo de un petardista llamado Plácido Jara, a quien se asimila el grado militar de mayor. Estas bandas forman el regimiento de Macheteros de la Muerte, nombre espantable que ya muestra los quilates de vividor que calza Jara.

Busch no deja, en poco tiempo, ni este nombre amenazante, a los excarcelados que alista el regimiento. Tiene consigo tres oficiales que sobrellevaron

cotidianamente estos primeros meses de la campaña. Ellos son Max Iñiguez, el chusu Luis Reyes Peñaranda y el chaqueño Julio Suárez.

A punto de sumergirse estos jinetes en el enigmático bosque del Chaco, el mayor Luis Campero les hace un presente: una botella de champagne y un paquete de cigarrillos Chesterfield. Se brinda por el triunfo en jarros de aluminio y se parte. En las andanzas por el monte, se deja las cajitas vacías de cigarrillos por todas partes. Algunos periodistas argentinos, pagados por los capitalistas platenses que explotan las riquezas paraguayas, exhiben esta prueba como testimonio de que Bolivia hace la guerra financiada por el imperialismo yanqui.

El escuadrón debe fraccionarse en tres grupos. La de Suárez acude a fortín Agua Rica, amagado por los paraguayos. La de Reyes Peñaranda actúa en el sector de fortín Arce, y la de Iñiguez marcha hacia Cuatro Vientos. Busch le presenta con la primera en Agua Rica.

Los comunicados oficiales paraguayos afirman que fortín Agua Rica se halla al caer y que su captura sólo es cuestión de horas. Pero el comandante de los defensores, el mayor Alfredo Rivas no cree lo mismo. Es aquel novelesco monarca de las tribus chaqueñas, vencedor del cacique Laguán en justa singular. Su presencia en Agua Rica comporta un pedazo de historia.

Cuando los pilas atacan el fortín por vez primera, el comandante de Agua Rica, -no es Rivas todavía-, pierde la cabeza. Rechaza a los atacantes pero teme nuevas acometidas y decide retirarse. Arroja las municiones a una aguada próxima y abandona las posiciones. Los paraguayos han sufrido la misma perturbación que este jefe y no se deciden a otro asalto, en espera de refuerzos. Queda así el fortín solitario y deshabitado como las ruinas prehistóricas durante dos días y sus noches. El miedo lo resguarda envuelto en un silencio susurrante de amenazas. Cuando Rivas llega allí con sus trescientos soldados, reocupa las posiciones y se instala en el fortín. Los paraguayos parecen esperar esto para atacar, y son nuevamente rechazados en forma sangrienta. La versión de este mutuo chasco llega a oídos del comando pila, sin duda, porque este ordena capturar la plaza a cualquier costo. Acumulan refuerzos los asaltantes, armados con morteros y artillería, como para rendir una verdadera fortaleza. En el cálculo de posibilidades, la toma del fortín se presenta como una cuestión, evidentemente, de horas. Pero no lo es. Rivas enfrenta el amago con su astucia de poblador de la selva, con su travieso y desparpajado coraje que escala a cada instante los picachos de la temeridad.

El comando boliviano se alarma con las versiones adversarias de este suceso. Busch debe ir en auxilio de Agua Rica. A la verdad, sólo lleva dieciséis hombres que comanda el chaqueño Julio Suárez. La misión de estos es hacer exploraciones en la zona adversaria. Busch aspira a que los defensores del fortín reconfortan su confianza en los jefes, pues toda la tropa está posesa de un

dolido escepticismo en el mando, a partir de Boquerón. Sus patrullajes crean una atmósfera de seguridad en los soldados. El mayor Rivas le acompaña con frecuencia en estas rápidas incursiones dentro del campo enemigo. La lucha casi está sujeta a horario en el fortín. A las tres de la madrugada sobreviene el asalto paraguayo. Los soldados rompen el hondo sueño de las zanjas y sobresaltan el monte con el rumor de las ametralladoras y los fusiles que sangran cruelmente a los pilas. Alto el sol en los límpidos espacios chaqueños, escúrrense los patrulleros por trillos y sendas hacia la tierra en que se ocultan los atacantes por el resto del día.

Ahora, la fracción se desliza por una pequeña quebrada entre Agua Rica y Murguía. Busch va delante, a caballo, hablando con Suárez y los hombres les siguen a poco, desmontados. El teniente Solares va entre estos. A la diestra ya próxima, se yergue una isla de monte, desde donde se desata súbitamente la cascada ígnea de una ametralladora. Busch grita, con alarido fulmíneo:

-¡Tenderse, muchachos!

Cae a plomo toda la fracción, mientras los dos oficiales permanecen a caballo. Hay apenas unos instantes de expectativa, cuando la misma voz conmueve a los soldados:

-¡Dirección a la isla! ¡Al asalto!

El montecillo a la derecha rebulle de un sordo alboroto de huida, mientras los bolivianos corren hacía él en ímpetu vertiginoso que descarga tiros y gritos. El bosque sacude sus greñas, de nuevo creado por el profundo rumor del alma colectiva:

-¡Viva Bolivia!... ¡Viva Bolivia!

Los atacantes penetran la selva, desgajando jaras y malezas muertas. No ha quedado un paraguayo en el sombrizo. Aquí hubo seguramente un puesto sanitario de primeros auxilios para los que atacan Agua Rica. Los soldados encuentran copos de algodón sanguinolento diseminados en el paraje, tres facones, cinco fusiles y un zapato de mujer.

-La pobre enfermerita se ha asustado-, murmura Busch con la presa en las manos.

Los oficiales miran la zapatilla incendiados de nostalgias viriles.

-¡Qué mala pata!... ¡Si yo agarraba a la chica!...

-No habrías podido hacer nada con ella.

-A lo mejor es fea y vieja...

-¿Qué mujer es fea o vieja con tres meses de Chaco?

Prosíguese la exploración en los días que suceden. Cierto día una senda les lleva hasta las cercanías del fortín paraguayo Mariscal Duarte. Otra vez, los capitanes Busch y Ampuero abren el monte hacia el norte de Agua Rica y el bosque les arroja sobre un campo en que una manada caballuna ramonea los

pastizales. Este ganado pertenece al enemigo, y puede ser arreado por ellos hasta el fortín. Pero lo dejan allí.

-Podemos aprovechar esta senda para un ataque a Nanawa por la retaguardia. Los pilas no saben que ella existe, y seguramente han desguarnecido el fortín por este lado. Identifican el trillo, que es el que ha seguido aquel bizarro teniente Ruck, desde Boquerón, llevando informaciones al coronel Peñaranda.

Cuando retornan al fortín Agua Rica, se plantea la maniobra ante el comando. Pero este se halla aturdido con el insiste amago paraguayo sobre fortín Alihuatá donde la fracción de Reyes Peñaranda multiplica sus sacrificios por quebrantar las filas atacantes. Chuso Peñaranda pelea como si en verdad olvidase las condiciones desesperadas en que se encuentran los bolivianos. Asalta patrullas y puestos enemigos, cayendo sobre ellos como un demonio que se materializa y se esfuma intempestivo y burlesco en los rincones del monte. Cada uno de sus hombres le encuentra siempre al lado suyo, tutelar y fraterno, hasta en el culmen atronante del combate. Suele llevarse unas brazadas de fusiles en cada encuentro. Su cantimplora y la de su asistente son inagotables de agua para los combatientes.

Alihuatá debe caer, al fin, abandonado en manos paraguayas. No hay refuerzos humanos, ni víveres, ni municiones para sostenerse por más tiempo. Escasea la gasolina para los camiones que podrían tonificar la defensa, mientras los pozos petrolíferos del Chaco manan arroyos de petróleo que los concesionarios yanquis dejan correr sobre el arenal e insumirse en la tierra.

El comando comprende que Agua Rica queda colgante como un fruto fuera del cercado y ordena el repliegue de la guarnición. Pero Rivas ya sabe de esta senda que Ampuero y Busch han hallado y por donde no sólo puede zafarse del asedio sino romper el eslabonamiento que intentara cercarlo. Desobedece la orden, sin aspavientos, entre bromas cascabeladas por la risa:

-Que se replieguen ellos, ché, carajo... Yo me quedo tranquilo con la escuadra Mitingay...

La reiteración de las órdenes le arranca una respuesta desaprensiva y heroica:

-Que me envíen más munición y hagan recoger mi cadáver después.

Todo esto va tesando las almas de sus oficiales. Ahí está, junto a él, un hombre macizo, juvenil, de pocas palabras, mirada oscura y noble, piel atezada en el sol chamuscante, y decisión fácil y tenaz, frente a la muerte. Es el mayor Alberto Valdéz que ríe tranquilo al final de este diálogo con el comando, en las horas de descanso, luego de haber combatido mezclado con la tropa, rechazando los asaltos paraguayos. Antes de la aurora, sale con Busch en exploración por los entornos, y regresa trayéndose una carta geográfica sintética de sus

andanzas. "El negro Valdez podría mandar un estado mayor, -dice Busch en su cuaderno de notas-, además de ser un bandido para fajar a los pilas".

ESCUADRÓN DE EXPLORADORES CHAQUEÑOS

El sector del regimiento 15 de infantería cede al empuje paraguayo, en el ala derecha, clareando hondamente la línea. El 6° de caballería tiene orden de llegar a Boquerón y avanza como puede. Ichazo y Busch ya se hallan en medio de la pampa con sus hombres, eludiendo entre los pastizales el hostigamiento de las automáticas cuyo traqueteo estremece la orilla opuesta. La noche tiende parapetos lóbregos e impasables entre los combatientes, inmovilizándolos entre cercos de sombra. Ahora es el ir y venir a través de las altas gramillas, identificando a los compañeros. Casi todos rebasaron el monte y atirantan la línea del avance en el pajonal. Apenas pueden cabecear los soldados en el curso de la noche, mientras parpadean tímidamente las estrellas en un cielo borroneado por nubecillas primaverales. La lumbre diurna primera se inflama en un repentino crepitar de fusiles y ametralladoras, a retaguardia. Los ojos captan siluetas fugaces en la raleada montuosidad que dejaron ayer. Los uniformes verde oliva destacan su contraste, moviéndose en la umbría. Se les columbra pegados a la sepia terrosa de los troncos.

Sobre la pampa sin cobijos, las armas enemigas arrojan una pesada garúa de plomo que va cubriendo la extensión, desde los cuatro puntos cardinales. El mayor Eduardo espera en vano el arribo de los estafetas con órdenes del coronel Méndez, cuyo puesto de comando hállase todavía en el monte.

-Buschito, estoy seguro de que los pilas cercarán a Méndez.... Nosotros ya estamos cercados como ves...

La situación plantea una alternativa de hierro. Hay que cumplir la orden de llegar a Boquerón, abandonando a Méndez, o desobedecerla para salvar a este. Busch no vacila.

-Debemos romper el cerco de la retaguardia y liberar al coronel.

El capitán Simons ataca de inmediato a la fracción paraguaya incrustada en el monte, pero es detenido por un fuego compacto de armas automáticas. Dentro del pajonal, todos perciben el breve fragor de este choque infructuoso. Busch acude allí con su escuadrón, descargando sobre los paraguayos una ígnea tormenta que avanza embravecida hasta los bordes mismos del bosque e irrumpe en él, devastadora como un alud, tal si la pampa lo proyectase en una súbita erupción de sus entrañas calcinantes. El avance abre la

boscosidad, arrojando a las fracciones paraguayas a derecha e izquierda, en un desplazamiento desordenado como el que causa la expansión violenta del aire. Caen muertos y heridos en las filas bolivianas, únicamente a tiempo en que el choque apega las fuerzas una contra otra. Luego el tránsito se hace casi a cubierto del fuego adversario. Los heridos marchan junto con sus compañeros. A poco, el escuadrón Busch y las fracciones que hánsele incorporado, llegan junto al coronel Méndez.

-¡Mi coronel, por fin!...

Tres asaltos han resistido la veintena de hombres que acompañan al jefe, entre el pulular ingente del adversario, desperdigado por la espesura. El capitán Rincón, aparecido allí desde los primeros instantes irritantes ha frustrado estos violentos zarpazos, acribillando los contornos. La evidencia del cerco fue develada por el coronel Méndez. Hablaba sentado en el suelo con sus hombres, cuando las instintivas antenas del hombre de pelea captaron la onda levísima de un rumor sofocado. Alzóse elástico y silencioso oteando los rincones enmarañados. Luego instruyó, a su gente casi por señas. Los fusiles apuntaron a ras del suelo. Méndez atisbaba empinándose agazapado entre las malezas. Nadie sino él podía verlo en la suspensa inminencia. Nada alteraba la serenidad clara y precisa de su rostro rubio. Cuando hizo una señal con la cabeza, pareció estallar el bosque en un alarido bronco y prolongado. El disparaba, también, apuntando tranquilamente por encima de la maraña. Los matorrales del entorno sacudían la maleza en violentas convulsiones, ahogando gemidos y gritos con el estridor áspero de los gajos rotos y los cuerpos rebotantes, golpeados contra las tozas resecas del monte hendido a tiros. Las detonaciones parecían fundirse en una sola explosión continuada y profunda que alargaba su retumbar tempestuoso hasta percutir en la oquedad negra de los escondrijos, aplastando los cuerpos bajo su mole bramadora. Los paraguayos no hicieron un solo disparo. El silencio de su acecho debió ampliarse inmensamente, hasta el callar de la muerte. Algunos pudieron escurrirse, monte adentro, quién sabe cómo....

A poco, sobrevinieron los asaltos. Rincón los doblegó azuzando sus automáticas contra la multitud invisible. Durante la noche, ardieron los ojos en vigilia desesperada, llena de medrosas alucinaciones. La luz reanimó el asedio, desde el amanecer. Fue cuando llegaron Busch y los suyos.

Este rabión humano inesperado descompone los aprestos enemigos para la última arremetida. Era inminente la ola que aniquilaría el reducto obsediado. Sólo el vendaval que disparó la pampa remecida por la angustia de unos hombres condenados a exterminio, pudo romperla en espumarajos de sangre, atomizando su pulsión aplastante en el desmigajamiento de las patrullas dispersas, fugitivas, diezmadas...

El bosque tiene, ahora, sobresaltos leves con el transitar de una multitud que fluye a intervalos desde el pajonal. Es la tropa del regimiento 6°, que se

libera de la muerte casi irremisible, abandonando el siniestro campo en que había de ser masacrada a mansalva, desde todos los flancos boscosos.

Este monte es una solitaria isla vegetal entre los pajizos arenales que tienden, el inarbóreo de sus gramas forrajeras a través de kilómetros y kilómetros. El pajonal circuye la selva por todos lados, desolador y desierto, hasta los límites negros de otras acumulaciones vegetales que ponen la cenefa irregular de su color luctuoso entre cielo y tierra. Cuanto se ve de la pampa engramada, esconde cientos de hombres muertos abatidos mientras pasaban el fatídico desmonte. No se les ve, ni se les verá nunca, sino al paso, en la quietud intérmina del descanso postrero que les momifica al sol. Estos héroes incógnitos figuran como desaparecidos en las listas de bajas. Una macabra modestia les oculta cubiertos por las gramíneas, rehuyendo la notoriedad inútil de las póstumas glorificaciones. ¡Oh, el bosque es mucho más benigno, con toda su inexorable fiereza!... Dentro de él puede ampararse contra la husma carnicera del enemigo. Otros hombres encubiertos por los malezales insurgen a veces con el auxilio de su presencia. Y si no, se perece de hambre o de sed, reclinando el cuerpo en el recato de la semioscuridad cobertora de los jarales. Por algo la pampa sin monte posee la yerma tristeza de las cosas muertas. Allí se perece de súbito, con el impacto sin atajo en la aridez inhumana de las arenas.

De esta pampa mana ahora un raudal de hombres, retornando al bosque como un nadar de náufragos en procura de orillas. Algunas fracciones insurgen de los amparos que buscaron a las lindes mismas de la isla. Todos van hacia el centro, convergiendo sobre el puesto amagado. El monte encubre el trajinar humano, por primera vez compasivo. Aún de noche y al otro día siguen llegando pequeños grupos de soldados y solitarios combatientes, que se pierden, luego, entre la masa verde-gris de los uniformes.

La isla parece llenarse con esta multitud que apiña cientos de hombres bajo la desierta fronda. No hay un pedazo de pan ni una gota de agua. Tampoco los hubo desde ayer. Hace dos días que se vive solamente del aire. En todo paraje del Chaco, la sed y al hambre son la cruel e insoportable compañía de los soldados bolivianos.

-¡Carajo, qué hambre siento! ¿No tienes un poquito de pan?

-¡No!... Esto ya es mucho fregarse. ¿Qué mierda quiere el comando con tanto baquetearnos?

-¡La gran zorra!.... Por lo menos no hemos muerto. Podían charquearnos en el pajonal.

-¡Ay, carajo, cuando esto acabe!... ¿No habrá agua por ninguna parte?

-No. ¡qué ha de haber nada en este Chaco de mierda!

Esta es la Isla del hambre. Figura en adelante bautizada con este nombre. Los soldados padecen el cosquilleo intestinal de la familia, que es como un

moverse de miríadas de piojos en las tripas. Algunos mastican hojas y tallos mecánicamente. Un subterráneo furor comienza a fermentar en sus almas contra esta fatalidad que les tiene aprisionados en la selva híspida y desolada como una sepultura. Méndez camina entre los grupos de combatientes echados cara al suelo, sentados contra los árboles, caídos los párpados, acezando en las primeras torturas de la sed. Muchas manos figuran jugar con la tierra, en el instintivo ademán de buscar algo. Casi todos visten harapos en que se amalgaman el sudor, la tierra, las huellas grasientas. Las blusas abiertas dejan ver los pechos que estría una insudación como lagrimeo de licor sebáceo en el color ocre de la epidermis curtida por toda intemperie. ¡Qué inmenso cansancio abruma a estos jóvenes en la plenitud misma de sus vidas! Cansancio de la carne, fatiga inmedible de los nervios, tedio de la existencia, vencimiento del alma. Como si estos dos meses de hambre, de terror, de sed, hubieran estirado el tiempo hasta hacerlo una eternidad.

Tras de ésta, la nada, plasmando sus contornos inefables en el silencio, la quietud mortecina, en el aislamiento absoluto de este ignorado sitio del mundo. La noche remonta de sus dominios abisales por el este, avanza lentamente sobre la pampa, anegándola como una creciente de aguas negras y ciñe el monte con su cauda tenebrosa. Cansinos lejanos fusiles taconean desganados el tablero del horizonte.

-Mi coronel, tenemos hambre.... –murmuran algunas voces entre la sombra.

-Yo la tengo también, chicos... Y tengo sed.

-Nos han traído a pelear, no a morir de miseria....

-Nos han traído para vencer todo sufrimiento.

-Vamos a morir todos como animales en la sequía...

-¡No! Vamos a morir luchando por la patria, como hombres... No olviden que pertenecen al gran regimiento 6º, muchachos. Que han llegado a Boquerón, que han vencido hasta hoy en todos los combates... Unas horas más de hambre y de sed no nos matarán. Ya saldremos de aquí...

¿Dónde está Busch? Le buscan hasta dar con él, tendido el suelo junto a un árbol en la inmovilidad somnífera del agotamiento. Méndez le habla.

-Busch... La tropa sufre lo indecible... Tiene usted que salvarnos, buscando una salida, cuanto antes.

-Haré cuanto pueda mi coronel.

Reúne tres estafetas y parte. Rumbea hacia el oeste escurriéndose entre la lobreguez nocturna cuán rápidamente puede hacerlo en el boscaje, cuyos tallos rotos y espinosos rozan las uniformes y la piel con arañazos intempestivos. Hay un disparo, frente a ellos, y luego, un rosario de fogonazos y detonaciones. Los paraguayos hánles oído en la oscuridad y los buscan a ciegos balazos. Por este lado, bordea la isla una fracción enemiga que no les permitirá salir. Vuelven los cuatro unos cientos de metros y doblan al norte, avanzando profundamente. Y

de nuevo despiertan los traquidos consecutivos y alarmantes del enemigo que les cierra el paso. Y otra vez al retorno, para enderezar hacia el oriente, en el tanteo angustioso del resquicio que importa la liberación, la vida, la victoria. Pero no. Los pilas custodian el flanco oriental de la isla, vigilantes y agresivos, con las armas prontas al estampido que vuelve a detenerlos. Abrúmalos el cansancio de este andar infructuoso y sufriente a través de malezas y tinieblas. La noche multiplica la maraña selvácea, trabando el paso en un sádico afán de agarrotar estas vidas con sus tentáculos quebradizos y delatores. Colúmbrase un claror de estrellas remotas por la espesura. Busch identifica los astros en el espacio, evocando las noches benianas en que la lumbre sidérea hilaba en ruecas de nácar los cordeles a que ató su instinto para trasmontar los laberintos de la jungla. Revibran lejos las cuatros puntas de la Cruz del Sur clavada en el cielo por cuatro tachones con cabezas de plata.

Hacia ella va con sus tres hombres, en la última tentativa de zafarse de este inmenso arco detonante cuyos extremos limita la callada paz de la Cruz del Sur, con el cintilar de sus brazos abiertos en ademán inescrutable. Enronquecen, poco a poco, distanciados, los fusilazos mientras ellos avanzan largamente sobre esta tierra austral, soledosa y enmudecida, como extraña a las trepidantes convulsiones del Chaco. Decrece la arboleda, en los anuncios de su acabamiento devorada por la hambrienta carcoma de los pajonales. El tránsito es más y más difícil entre los chaparrales bajos. Los pies aplastan cogollos de carahuatas, tropiezan contra sus fuertes panojas, hiérense las rodillas en la cerrada hojarasca. El caraguatal crece a lo alto, a lo ancho, a lo largo, cada vez más apretado, como si amurallase los dominios del silencio en este macollar aglomerante y fornido que extingue la vegetación arborescente.

-Hemos avanzado algo más de un kilómetro, y no hay fuego-, dice Busch cuando los agaves, devienen tan altos y numerosos que hacen el paso intransitable-. Los pilas han olvidado vigilar este lado, confiando en las caraguatitas... Pero por aquí sacamos el destacamento.

Sin embargo, el proyecto parece ilusorio. El sitio es de una imponente salvajía con estas matas gigantes que levantan sus hojas de espadas dentadas en todas las direcciones, cubriendo la tierra, obstruyendo el espacio hasta en sus mínimas medidas. Las caraguatas figuran la alambrada vegetal de púa con que el misterio del desierto contiene, hiriente y pertinaz la invasión humana.

-Yo vuelvo al puesto de comando. Ustedes tres quedan aquí; tienen que estarse quietos, nada más que oyendo... Si perciben algo, uno regresa a avisarnos lo que suceda. Buena suerte, muchachos.

Busch regresa, con el instinto de la abeja melipónida, sin desviarse un centímetro de la ruta, entre la maleza, el arbolado y los jarales. A poco saluda al coronel Méndez:

-Lo sacaré, mi coronel. Ahora puedo asegurárselo.

Todavía se debe aguardar un buen momento, acaso una hora. Los mayores Eduardo y Caballero han ido en exploración por otro lado y no regresan. Pueblan el monte gemidos y estertores. El hambre y la sed suplician sádicos a esta muchedumbre que trémula su dolor en la nocturna lobreguez invisible como un pueblo de fantasmas diluidos entre tinieblas. ¡Ah, ese gesto sardónico del hambriento, que parece reír, mientras mira con ojos desmesurados por la contracción de los párpados!. No se ve a los hombres de fauces abiertas en procura de aire para sus pulmones calcinados. No se percibe los cuerpos, que una fiera interior descarna interiormente, devorando las masas musculares entre la piel y los huesos. No más que el oído y el olfato captan la presencia atormentada y mortecina. Hay un olor amoniacal áspero en la atmósfera que chupa los hidratos del organismo impregnándose, con un tufo de orines y sudores. Este es el único e ignominioso perfume de los defensores de la patria en el desierto chaqueño.

En total hay seiscientos hombres, que forman confusamente entre la calígene. Acaso ninguno sufre más el terror de la muerte, pues la condena parece inevitable. Busch ocupa la punta delantera de la columna. Hace horas que su cantimplora está exhausta en absoluto de agua. Resuenan los disparos, rodeando la isla, desde las orillas del boscaje, hacia el centro, de donde parte la oscura muchedumbre que se funde en el negro crisol de la noche y la espesura. Busch orina en su caramañola, guardando la micción renal para beberla. Tal es el último recurso que estos hombres enviados a defender la patria, emplean para no morir de sed.

Detrás de Busch, marcha el teniente Pacheco, herido en la muñeca, sofocando entre dientes los gemidos en que habla su carne destrozada. Detrás de los seiscientos combatientes camina el coronel Méndez, arma al brazo. La tropa rebasa el caraguatal, sorteando las masas hirsutas y rudas del agave espinudo, mientras el día deshilacha los velos nocturnos. Cuando la gente se detiene frente al descampado en que concluye la vegetación luce el sol cálido y acusador sobre el silencio del paisaje. Hay un pajonal ennegrecido por una quemazón que la rabia homicida prendió sobre esta llanura, para expulsar de ella a los hombres ocultos entre los pastizales marchitos. Los heridos van quedando abandonados para siempre en el monte, entre las caraguatas, en el pampón de salvajes gramíneas. Para estos hombres ya no hay auxilio posible, pues los demás deben salvarse de la persecución enemiga que ya resquebraja la mohedal isleña, con el golpeteo insistente de la fusilería. Ninguno de estos soldados a quienes tocaron las balas enemigas podrá salvarse en esta soledad sin mayor solución que la presencia iracunda y destructora del enemigo burlado. Aquí y allí, formando el trillo fúnebre de la huída, brillarán después, a la luz cristalina de las lunas tropicales, los esqueletos de estos combatientes identificables ya, universalizando el sacrificio común de esta guerra turbia.

Aquí hay una senda, cortando el pajonal, rumbo al oeste. En ella se rellena

la columna, moviéndose pesadamente hacia la verdinegra aglomeración de una arboleda, que se alza inmóvil, cerrando el horizonte. La luz acusa el tormento de la tropa, que sangra todavía por las cuchilladas que ha recibido en el caraguatal. Las carnes abiertas en llagaduras, gotean oscuras lágrimas que resbalan sobre la piel, mezclándose de tierra. Los uniformes deshilachados, convertidos en cendales, descubren los cuerpos enflaquecidos. No hay multitud más mísera que está, capaz ayer de atropellar los nidos de ametralladoras, apagando bajo el tropel del asalto las mortíferas hogueras troniteantes de plomo.

Casi a medio día, los primeros hombres arriban a fortín Lara. Apenas han podido llegar hasta aquí cinco heridos. Todos los demás perecen de sed en la ruta de la salvación.

Méndez llama a Busch. Le abraza en un emocionado transporte, larga, apretadamente, mientas sus ojos claros rebalsan de lágrimas.

-¡Busch, es usted el salvador de nuestras tropas!. Le debo algo más que mi vida. Le debo mi paz interior, le debo la existencia de mis soldados.

Esta tropa deshecha por los caraguatas, agotada en hambre y sed, rota en pedazos gimiente, asiste a la escena, instantáneamente liberada del peso agobiante que los padecimientos echaron sobre sus espaldas. Las gargantas no pueden contener el grito unánime, impelido por la emoción tremante de este minuto en que la tortura se sublima. Y surge de todas las bocas el rumor afirmativo, ronco, varonil, de la voz multitudinaria que se concierta por magia de las intuiciones colectivas.

-¡Viva Busch!... ¡Viva el general Busch!...

Busch no es más que un oficial subalterno cuya juventud sofrena difícilmente el ímpetu ascensorio de su vida predestinada. Desde el ápice de su alta estatura, mira con ojos risueños y felices a la muchedumbre haraposa, turbia, amarga, que se agita con vientos de viril esperanza frente a la criatura en que encuentra las afirmaciones raciales, venciendo al sufrimiento, a la derrota, a la fatalidad. Orillada en la indecisa playa de este momentáneo reposo, la multitud ha olvidado el siniestro avatar en que agonizó tres días y cobra de nuevo la fe en su destino indestructible. Los pueblos poseen un alma desmemoriada para el martirio. La historia social se prolonga por el eslabonamiento de estos olvidos colectivos, que hacen posible la supervivencia del espíritu, liberado cada vez del peso de sus desgracias. Una milagrosa amnesia hace que los pueblos pierdan casi instantáneamente la impresión de sus desgracias y se crean, siempre, en el comienzo de una era llena de promesas.

Llega la noche y se va en el tiempo de un respiro. Sólo hay diez horas de reposo para estos seres abrumados por la fatiga de su fantástica andanza, casi desde el otro mundo. Sepultos en un sueño tan hondo como el de la muerte, despiertan al contacto lacerante de la tragedia que los atropella, perseguidora y ofensiva. No hay que moverse de aquí para sufrir de nuevo el suplicio de la

guerra, aunque este rincón era no más que ayer un cobijo seguro. Ahora está en la orilla del furioso mar de sangre, que lame sus bordes en un flujo amenazante.

Llaman a Busch desde Castillo, donde está el coronel Méndez. El teléfono murmura a sus oídos palabras inesperadas.

-¿Es usted Busch?. Aquí habla el teniente coronel Méndez.

-Mi jefe, buenos días...

-Le comunico su ascenso a capitán, lo mismo que el del teniente Montes. Les felicito, muchachos.

-Gracias, mi coronel... preparamos la defensa del puesto....

Presentánse algunos clases, en tropel, buscando a Busch.

-Mi teniente, pasa algo en Boquerón. Oiga el bárbaro tiroteo, los gritos y la música...

Busch aguza el oído y lo percibe todo, mientas crispa su rostro un gesto de dolor colérico.

-¿Habrán tomado Boquerón los pilas, mi teniente?...

Alguno de los soldados, frunce el ceño, dice con voz helada por un descarnado fatalismo.

-Tenía que suceder, mi teniente. Boquerón ha caído. Los pilas festejan su triunfo... ¡Ay, carajo!...

Asoman lágrimas en los ojos de todos, bajo un breve silencio que la lejanía orla de rumores enloquecidos. Los disparos detonan a regocijo, mientras la brisa trae retaceadas armonías en tono de bronce, y gritos de multitud.

-Ahí esta, carajo, tanto esfuerzo, para nada....

-Muchachos, -dice Busch-, aunque Boquerón hubiese caído.

-Ha caído, mi teniente, -interrumpéle uno-, ha caído... ¿Para qué vamos a ocultarle?...

-Aunque hubiese caído, la patria vencerá... Yo quiero hombres capaces de resistir todos los golpes y volverse a levantar. Yo quiero hombres, carajo, hombres que lloren ante la desgracia, pero que sepan tomarse la revancha.

-Mi teniente... ¡Luchar toda la vida por nuestra patria!

¡Eso muchachos!.... ¡Viva Bolivia!... ¡Gloria a Boquerón!...

Las voces múltiples responden el grito con un bramar que rompen los sollozos. Tónica de la patria, dolorida y sufrimiento a través de un siglo, dispuesta de nuevo a luchar contra la desventura. Eco de la nación milenaria, descolgada sobre el desierto, animándolo con un rumor confuso en que se mezclan el dolor y la esperanza.

Ahora llama nuevamente el teléfono.

-¿Capitán Busch?... habla el comando superior. Le comunicamos que Boquerón se ha rendido. La tropa debe ignorarlo hasta nueva orden.

-La tropa sabe más que ustedes sobre esto. Está oyendo lo que sucede en Boquerón.. No hay nada que ocultar.

Callan al otro extremo del hilo. Posiblemente ya se aprestan a evacuar su cuartel para replegarse. En el alma de Busch forcejean el desaliento y la fe. ¿No será este el minuto que decida la suerte de la guerra? Recuerda las lecciones en el Colegio Militar, cuando los maestros repetían una frase de Meltke: "Apenas si es posible en el curso de una campaña reparar las faltas cometidas en el momento de la concentración inicial". Pero esto puede ser posible en la Europa mecanizada y racionalista. Acaso no lo sea en esta América poblada todavía por hijos de los indios y mestizos que recobraron su libertad usando muchas veces palos y piedras contra las armas de fuego. Sentir la patria como la siente Busch es luchar por ella hasta la muerte. Como ahora.

De prisa, conduce la tropa hacia la orilla del monte que cerca de Lora, la desplaza cautelosamente como un rosario, escoge las posiciones más útiles para sorprender el ataque enemigo. Desde aquí se ve el verde mancillado y triste del campo de Yujra, la pampa de pastos teñidos en minio que tiende su planicie antes de alcanzar Boquerón. Los paraguayos vendrán por aquí, por el sud y por el norte. José Castrillo forma sus hombres en el ala derecha colmada su alma gigantesca y luminosa por la pesadumbre y por el ansia de la revancha. A la izquierda, el regimiento 16 de infantería. El 15, a un kilómetro de distancia, en la retaguardia, sirve como reserva. El día discurre en silencio sobre el monte y los pajonales, quietos y callados como en los comienzos del mundo. Isla de vegetación arbórea insurgida entre el campo de gramíneas, asume contornos fantasmales en el crepúsculo figurando inmensos duendes paralizados, en acecho de los hombres minúsculos. Al sobrevenir la mañana, d las entrañas del monte del Este fluye una larga columna de hombres sobre la pampa de Boquerón. Diríase que los soldados paraguayos hallanse ajenos a todo riesgo, pues avanzan detrás de su jefe, andando sin detenerse, a través del pajonal, hacia las posiciones que ocupa Busch. Este recorre su línea, dando órdenes.

-Nadie hace fuego hasta que yo dé la señal con ráfaga de ametralladora. Todo el mundo en silencio.

Su propósito es dejarlos aproximarse a unos cien metros. Bulle su sangre, todavía ennegrecida por la amargura del desastre que ayer puso tósigos ardientes en su alma. Y espera con las manos agarradas en su ametralladora, los ojos pendientes de la multitud verde-oliva que adelanta paso a paso hacia la matanza.

De pronto suena y traquetea como una ametralladora a la derecha. Hay un soldado que mira a Busch con espanto, mostrándole el arma descompuesta que ha disparado. Los paraguayos vacilan desconcertados en la pampa, corriendo a derecha e izquierda, en busca de los cobijos que les brindan las islas de monte. Los bolivianos les persiguen con sus automáticas. Cuando el enemigo se interna en el boscaje, ametralla desde allí las posiciones de Busch, hasta que pardea la

tarde en el desierto. Una fracción del regimiento 15, al oír el combate se retira en desorden hacia la retaguardia.

He aquí las irremediables consecuencias que engendró la oligarquía boliviana para daño mortal de la patria. Armas descabaladas e inservibles, tropa con la moral destruida por una derrota, hambre, sed, falta de municiones, carencia de transportes, impericia de los jefes educados solamente para sofocar huelgas de obreros inermes y ametrallar poblaciones indefensas, -conoce el soldado porque las padece con tanta intensidad como las han sufrido los defensores de Boquerón. Luego, los periodistas afirmarán que la derrota es obra de la cobardía del indio. Y el comando inexperto y pueril, incapaz de comprender los valores que pone en juego la guerra, atribuirá el desastre al pueblo todo.

Al día siguiente, el coronel Méndez imparte a Busch una orden inesperada. Debe entregar su escuadrón al capitán Montes y presentarse en fortín Saavedra, donde tomará el mando autónomo de una fuerza móvil, organizada con el nombre de Escuadrón independiente de exploradores chaqueños. La guerra parece una maestra severísima, empeñada en rectificar a la ortodoxia logística en que se han domesticado, a través de treinta años, algunos generales inútiles para dirigir tropas frente al enemigo. Los cartabones de la ciencia militar falla por entero en esta guerra sobre tierras salvajes. La guerra sale de manos de aquellos que pretendieron vanamente absorber la sapiencia europea en los institutos de enseñanza extranjera, y pasa a las de modestos oficiales, que sepultaron sus vidas en la jungla, aislados en absoluto de bibliotecas y gabinetes.

Al caer la tarde, oficiales y soldados conocen la noticia. Nadie se aviene llanamente a ella. Aquí está José Castrillo, el taciturno muchacho de los ojos negros y la voz firme, hablando por los compañeros de trinchera.

-¿Te vas, cambita?

-Es la orden, hermano... Tú sabes que yo no quisiera alejarme de ustedes.

-¡Ay!, la patria demanda todos los dolores... ¡Imaginas cómo sufre por la caída de Boquerón? Tu sientes estas cosas como yo, y las comprendes... ¿No adivina tu corazón inmensas penas?

El paraje enmudece desamparado y áspero, en la tremenda y baja salvajía de su vida primitiva. Bajo los árboles desgreñados y semisecos, la emoción de la desgracia se hace más aguda y persistente. Es imposible huir a la mortecina melancolía de este Chaco de turbio destino, elemental y ruin como las criaturas animales que en el se arrastran calladas y lentas, en una quietud silenciosa pronta a sumirse en la muerte. Castrillo mira la tierra estéril y seca como una piel sin vida, mientras Busch lo mira, suspenso de sus labios que hablan justamente como él hablaría.

-Tengo el alma casi desalentada. Pepe. ¡Qué pese enorme llevo en ella desde que cayó Boquerón! Por eso, el irme de aquí es casi un consuelo...

-No te vayas, cambita, hermano... Ves venir el desastre. ¿No podríamos evitarle estando juntos los que realmente amamos la patria?... Y si hay que morir, ¿por qué no sacrificarnos en masa, todos los que hemos comenzado este martirio?

-Hermano, yo quisiera quedarme junto a ti. Esta separación me parte el alma... Pero.

-Ya no te hablo por nosotros mismos. Te hablo de la patria, porque ella no es sino el cumplimiento de nuestro destino? Pero morir como perros, abandonados en cualquier parte, sin gloria, sin poder siquiera defenderla perdidos y dispersos en el desierto... Esto no es ya sacrificarse por un ideal, sino someterse mansamente a la desgracia... ¿dónde caerás tú, y donde yo, lejos uno del otro, como si nunca hubiésemos sido compañeros? Ah, hermano camba... Si te vas, recuerda esto: hay un hombre en el Chaco, quien sabe en que ignorado punto, que piensa en ti y desea que te salves para continuar defendiendo a la patria. Ese hombre soy yo.

"Castrillo estaba llorando al hablarme, como yo al oírlo", recuerda Busch en su cuaderno de notas. "Quizá no siéndome posible sufrir mayor tiempo estas emociones, quise abrazarlo diciéndole: -nos despediremos hermano"... Castrillo habló entonces.

-No quiero despedirme, ¿para qué? ¿acaso podremos realmente separarnos mientras vivamos los dos en el Chaco?

Nunca habrá, en verdad, hombres más íntimamente juntos y próximos que aquellos a quienes engloba el mismo drama. Nunca los habrá tampoco más alejados uno de otro, al interponerse entre ellos la muerte.

* * *

EL ECO DE BOQUERON RETUMBA EN EL PALACIO QUEMADO

El mayor paraguayo Rafael Franco ha entrado en Boquerón, después de ajustar la entrega del fortín con los parlamentarios bolivianos. Los episodios del asedio llenan el ámbito de la tragedia. Ni el comando ni la prensa ni el gobierno hicieron nada porque el pueblo conociera imágenes y escenas de esta fulgurante lección de grandeza para la bolivianidad. Entre la urgencia de encubrir a los responsables y la necesidad patria de exaltar este ejemplo de heroísmo cívico, la prudente balanza del interés privado decidió por lo primero. El resplandor fragoroso de Boquerón fue enterrado bajo un alud sucio y denso de conveniencias parcialistas. Apenas pudo hurtarse a esta conjura de silencios y olvidos, el nombre del hecho, el nombre de Boquerón aquel nombre sonoro y lleno como un cañonazo. Cautivos y lejanos, los testigos del evento, no pudieron revelarlo a su pueblo. Aprovechose la circunstancia a favor de los gobernantes y de los altos jefes militares, postergando el enjuiciamiento del desastre para cuando retornasen los protagonistas de esta epopeya, frustrada en sus luminosas proyecciones aleccionadoras del porvenir.

El hecho, en bruto cae sobre el pueblo como una vejación que le hacen a sus dirigentes militares y civiles. Por mucho que se esmerile la transparencia de esta gloria inútil, no se logra pulir las aristas del cristal roto. La muchedumbre las palpa y se llaga los dedos en ellas. Por eso busca instintivamente a los culpables. Nadie se preocupa de reunirla para hacerse presente, pero acude y se enfrenta con las autoridades, recriminándolas acerbamente. Tanto se ha hecho para ascender a los verdaderos responsables de la catástrofe que operan detrás los gobernantes y de los comandos militares, que el choque se estrella contra estos últimos, mientras los millonarios que hurtaron energías vitales al país, y que vieron agonizar a Boquerón sin acudir en su auxilio, se sienten a salvo de las sanciones.

El gobierno y los jefes militares, que prefirieron callar la miseria de la plutocracia en vez de acusarla ante el pueblo pagan muy cara esta sumisa complicidad, este encubrimiento que ni siquiera les gana la protección de los magnates. Estos azuzan, más bien, al pueblo contra los gobernantes y los

comandos. Así ejecutarían su impunidad, como tantas otras veces. Y de reos pasan a ser acusadores iracundos.

El dolor colectivo arranca piedras de las calles y las arroja contra las autoridades. Tal es el ademán inevitable de estos pueblos originarios de la tierra, que figuran volverse hacia la deidad materna en procura de armas para subsanar su perenne indefensión.

En el Palacio Quemado, el presidente Salamanca ascendra su gesto amargo y su silencio fatalista helando a su contacto las palabras y los ademanes alarmantes de sus áulicos, mientras afuera retiembla el aire conmovido por el confuso griterío de la multitud que acusa. Las luces del despacho derraman una claridad fría e inmóvil sobre los muros y sobre las personas. El piso acolcha los rumores inquietos. Una voz repentina se escurre de la garganta estrechada por la angustia. El presidente no responde una palabra. Hierático, sombrío, la cabeza rendida, mantienese como lejano de la escena múltiple y fragorosa que filtra sus voces desgarradas a través del granito mal junto. Esos labios amargos cuyo dibujo curva la boca en un diseño de arco dispuesto a disparar la palabra como una flecha, adelgazan de fría y muda amargura, mientras los ojos entornados, que no miran a nada, parecen buscar en el aire, el filo de los rumores foráneos, en el ansia descifradora de reconocerles. De pronto se estremece la faz magra y dolorosa, arrugada en una plegazón de piedra conmovida por internas catástrofes, y la boca impasible se entreabre en el gesto inquietante de algo tremendo y decisivo. Aquella voz patética y penosa, tañe el diapasón con que resuena todos los días:

-Abran las ventanas.

Entra por ellas en un tropel sin atascos, inundando la estancia, el bramar desbocado y terrible de la muchedumbre que desgarra su pulmón rebalsando rachas cálidas. El presidente no mueve un músculo. La boca, los ojos, la frente oscurecida, están lo mismo que antes, mientras el ámbito se llena del eco tormentoso que arroja la vida amarga del gentío sublevado.

Pero ahora se puede percibir el relieve de las imprecaciones. Eso es cuanto quiere oír Salamanca cuando abre las puertas del balcón. De pronto irrumpe en la estancia un oficial de rostro crispado por la alarma.

-¡Señor presidente!... ¡Ordenes!...

-Silencio, señor oficial, -dice el impasible anciano, como degustando en el culto enfermizo del sacrificio, esta ácida atmósfera que destila una densa hiel de reproches y culpas. Busca todavía la reiteración del odio súbito en la muchedumbre cuyas aclamaciones recibidas toda su vida con un rictus de incurable desencanto, premonitiva, acaso, de estos días hinchados por oscuras acumulaciones de pesadumbre. La boca abismal de la multitud llueve iracundamente en gritos:

-¡Muera Salamanca!... ¡Muera!...

-¡Gloria a los mártires de Boquerón!... ¡Abajo los traidores!...

-¡Qué renuncié!.... ¡Qué se vaya Salamanca!... ¡Muera Salamanca!..

-¡Gloria a los héroes de Boquerón!... ¡Muerte a los cobardes!...

Voces agudas y aisladas, vuelan como dardos hasta las ventanas:

-¡Que se fusile a Quintanilla!.... ¡Qué se fusile a Osorio!

-¡Queremos las cabezas de los verdugos de Boquerón!.

El oficial espera inquieto una palabra del presidente. Ha visto a la masa embravecida frente al palacio, ametrallándolo con sus maldiciones, cada vez más próxima a los portales, avanzando informe y pesada como un oleaje. Pero Salamanca se mantiene absorto en un silencio de sueño parecido a la quietud insensible de la muerte.

-¡Señor Presidente!... el pueblo amenaza entrarse al Palacio... ¡Pido órdenes!..

Los áulicos reposan la subsistencia del mando y aún de la vida en este joven militar capaz de tender sobre el pavimento, inutilizada y sangrante, la multánime amenaza del gentío. Algunos ya no pueden sufrir callados esta atonía con que Salamanca deja embalsar la cólera anónima con riesgo de que desborde por todas las compuertas. Y hablan.

-Que disperse a la gente con las armas. Excelencia...

-Si, señor presidente... Su vida está en peligro... Que la guardia haga fuego...

Salamanca se estremece como si despertara de un profundo sopor lleno de amodorradas confusiones.

Todo su cuerpo figura hallarse complicado por el gesto facial que desdobla sus ángulos enjutos, mientras alza el brazo derecho, ligeramente doblado, el dedo índice enhiesto, en señal de subrayar explicativamente lo que debe decir al oficial. Todos los concurrentes penden suspensos de este dedo animado como para escribir con letras de fuego en la atmósfera, la fórmula decisiva y salvadora. Hay en la anatomía de este varón envejecido, magro hasta la miseria física que apesadumbra con la densa coloración oscura de su epidermis, algo que imprime a sus ademanes, la emoción augural y luctuosa de los preanuncios fatales. El movimiento de sus brazos, el de su boca, el de sus ojos casi invisibles entre los párpados cansinos, animan el resto del cuerpo en una dinámica penosa y difícil como un distenderse excesivo de los nervios, como un quebrantamiento de los huesos. Un motor impelido por crispaciones que duelen hasta la médula parece regir sobre esta fisiología cuyos órganos diríanse esclavizados en una común dependencia a la que se habituaron por obra de la impasible quietud en que reposan ordinariamente. Y ahora, cuando Salamanca levanta el brazo revive toda esta sorda maquinaria en una tensión lenta y descompuesta en inminente forja de algo inesperado y tremendo.

-Señor oficial de guardia, -ganguea monótona la voz del anciano-. Haga usted retirar la guardia y abra de par en par las puertas del Palacio. Retírese

junto con su tropa hacia los fondos, y deje aseguradas las armas en una habitación.

Titubea el aludido, como si lo que oyese fuese algo incomprensible. Salamanca vuelve los ojos hacia atrás, buscando algo. Cuando ve a un mozo de su servicio personal entre los áulicos estupefactos, vuelve a hablar pausadamente:

-Traéme el abrigo, el sombrero, el bastón y la chalina...

Nadie alcanza a imaginar qué se propone el impasible viejo frente al pueblo irritado. Vuelve el servidor trayendo las prendas que ha pedido Salamanca, sin mirarlas este le habla en tono suave y familiar.

-Ponlas ahí, sobre una silla...

Luego da unos pasos aproximándose a los asientos pegados a la pared, dispone uno de ellos para usarlo cómodamente y se sienta con el aire pacienzudo y tranquilo de un hombre que debe esperar.

-Quieren que me vaya de aquí, señor, -monologa en voz alta para este desconcertado auditorio de admiradores y guardianes domésticos. Ya estoy listo para hacerlo. Que entren, ahora, a pedírmelo...

La guardia armada se retira con su comandante al interior del edificio. Las puertas de este ábrense amplias mostrando el patio desierto y aterido, los corredores vacíos. Todos arriba, columbran la irrupción desordenada y oscura del populacho. Solo un hombre la cree imposible. Es Salamanca quizás el único habitante resuelto a salir de la morada, ahora mismo.

Esta entrega sin parlamentos, esta rendición sin lucha reviste sin embargo los valores incógnitos de una emboscada. El misterio custodia el Palacio mejor que cien ametralladoras. Dentro del edificio hay un hombre viejo y enfermizo cuya austera hurañía ha impreso en su conducta la marca de la insospechabilidad, como una cicatriz legendaria y respetable. La muchedumbre, en verdad, no podría cobrar de él esta cuenta de Boquerón, aún teniéndolo entre sus manos innúmeras. Ella intuye que Salamanca nunca será pasible de culpas por falta de moral cívica. Estos portales abiertos, esta soledad indefensa en que se halla al gobernante, no excitan provocativamente al pueblo. Alguna voz resuelve la atonía colectiva:

-¡Mueran los masones!... ¡Ellos han sacrificado a nuestro ejército!

Reavívase la llama parpadeante de la indignación casi enfriada por la gélida atmósfera que circuye los muros pétreos del Palacio. El instintivo encono que los humildes guardan a las organizaciones secretas, revienta como una flama, buscando a los masones. El pueblo intuye con infalible acuerdo, que las logias acumulan privilegios en provecho de unos cuantos hombres y a la costa de la masa pobre. La masonería le ha impresionado siempre como un culto demoníaco. El ancestro indígena, que bautizó como "supay" al verdugo español, anima esta latente agresividad que el satanismo despierta en el alma colectiva no como culto anticristiano sino como profesión del mal.

El populacho se despeña por las calles, en busca de la madriguera en que preve reunidos a los masones. Queda el palacio envuelto en un silencio de ruinas. La multitud parece haberse llevado como una cauda bronca, todos los rumores. Adentro, el presidente continua en la misma actitud paciente y resignada, como si supiera, sin sobresalto alguno, cuanto ha de ocurrir en adelante. Los demás van sentándose, tranquilizados, a la espera de lo que diga o haga el anciano.

-Devuelve el abrigo, el sombrero, el bastón, la chalina-, dice este al servidor que aguarda próximo. Su voz no resuena distinta de antes. La tónica de íntima pesadumbre y de fatiga timbra en menor como siempre el diapasón de sus palabras. Cuando el mozo recoge aquellas prendas, no sabe que realiza un acto de la simbología democrática roussoniana. Ignora que está refrendando la recuperación del poder por el ciudadano Salamanca.

Entre tanto, la riada humana estrella sus remolinos contra el edificio en que la masonería hurta al público la visión de sus actividades. Hay fragor de puertas rajadas a golpes, de vidrios hechos pedazos, de piedras chocando contra el cemento de los muros. Y gritos injuriosos y acusadores. Nadie repele a la muchedumbre que al fin se cansa de apedrear paredes. La cólera es en absoluto inocente, cuando no halla resistencia a su ímpetu. Esto lo saben muy bien las organizaciones de enmascarados y ocultistas. Ellos realizan sus tareas desperdigados entre la colectividad evitando el enfrentarla jamás. A veces dándose mañas para dirigirla, enfurecida, contra los objetos inanimados, el moblaje, la casa, de los perseguidos. Y así agota el pueblo su irritación justiciera, ensañándose en las cosas para dañar a los hombres, tal como obran los magos en las comunidades primitivas. Las compañías de seguros frustran, sin embargo a menudo, estas ingenuas puniciones populares. A falta de estas, los gobiernos indemnizan tales daños, con el dinero que pagan al Fisco las mismas gentes que causaron el daño.

* * *

El presidente Salamanca despoja a Quintanilla del mando supremo de las tropas combatientes, y sustituye al Jefe de Estado Mayor, general Osorio, con su colega.

Háblase en la retaguardia sobre resistencia que hubiesen hecho los colaboradores de Quintanilla ante la orden que le excluye del comando.

El ex comandante en jefe que ha dirigido las operaciones de Boquerón deja el Chaco. No tiene, al parecer una idea exacta sobre la causa de las mal aventuradas que allí ha corrido. Los documentos explicativos de su conducta, publicados por él mismo, sólo reflejan vivamente su angustioso empeño personal de cubrirse contra las responsabilidades que arroja el hecho concreto. Por eso reduce la cuestión al marco de un suceso aislado y sin precedentes. Boquerón se le antoja no más que un encuentro de tropas donde cuanto hay

que examinar es la actuación particular del gobernante o la del jefe de las Fuerzas. No concibe, siquiera por la vía anecdótica, los coeficientes decisivos del desastre, determinados por entero gracias al siniestro influjo de la oligarquía que ha desarmado económica y espiritualmente a la patria. Para este general no hay magnates mineros que rehusan contribuir con recursos económicos a la defensa patria. No hay un mecanismo económico succionando hace medio siglo las fuentes vitales de la vida nacional, en provecho de unos señores privilegiados que asombran al mundo con su riqueza, mientras que el país no puede comprar armamentos para defenderse. No hay una guerra predestinada al desastre en gracia del envilecimiento y la inermidad a que la oligarquía explotadora y dominadora somete al pueblo para reducirlo a producir sin costo.

Mal puede justificarse callando sobre los motores determinantes de la catástrofe. Así es cómo del cotejo de argumentos que pretenden fijar culpas, el ejército aparece cargado por las responsabilidades. Tanto mejor para la clase enriquecida. Surgen del seno de esta las razones elementales para acusar. ¿No tienen los militares la misión exclusiva de resguardar la soberanía patria? Y, ¿entonces?...

¡Pero si el comandante del ejército revelara que ni hubo ni hay dinero para adquirir medios defensivos eficaces!... ¡O siquiera dijese al país que considere esta suma pobreza nacional frente a la magnitud fabulosa de las fortunas extraídas a Bolivia!... Una vez más confirma su vieja y astuta sapiencia esta oligarquía que vendó los ojos a sus militares, para que no vislumbrasen la razón de los males patrios. No en vano educó generaciones de civiles y soldados, en el culto de las ideas coloniales. No en vano hizo escuela de acatamiento ante los adinerados, y sembró doctrinas y fabricó leyes de amparo a su lucro, asegurando la monstruosa impunidad. ¡Qué previsión clarividente la suya! Así es cómo, en el examen del cataclismo, la oligarquía se pone siempre a salvo. Para eso redujo al alcance de la cultura universitaria el conocimiento de las ideas que legitiman los intereses oligárquicos. Para eso instituyó la concepción de que el país importa una cosa diferente y ajena a los individuos que le explotan, y que en el trance de la guerra, el país debe defenderse por su cuenta. Este es el pensamiento eje de la polémica sobre las responsabilidades que arroja Boquerón. El gobernante sanciona al jefe de las fuerzas, y este acusa de injusto a aquel. Ninguno piensa, remotamente siquiera, en que la falta de agua y de víveres, de transportes y de municiones, condenan de antemano a la derrota. Pero que estos factores tienen sus raíces muy lejos del campo de batalla, y que la verdadera culpabilidad imputable al gobernante y al generalísimo se funda en que fueron incapaces de enmendar las deficiencias incapaces de castigar a los autores de estas.

El pueblo no ha leído a los teorizantes del siglo XVIII como el presidente Salamanca, ni ha estudiado en la Alemania Guillermina como el general Quintanilla. Sus reacciones psíquicas no obedecen al embeleco del ideísmo enciclopedista ni al sortileGio pueril de los uniformes kaiserianos. Ya pueden agotarse discutiendo sobre el tema, el presidente y el mílite. La conciencia pública no ha de absolverles frente al hecho de que ninguno quiere confesarse partícipe.

El general, en Sucre, ciudad en que los historiales de la emancipación patria se empolvan archivados hace un siglo, promueve un tumulto callejero con su presencia. Manos endurecidas por el trabajo arrojan puñados de tierra sobre el uniforme generalicio. Hay palabras insultantes y aglomeración de gentío irritado. Algunas personas de la clase rica y aristocratizante le amparan, ensayando aplacar el encono de la muchedumbre con reflexiones y súplicas. Esas gentes no han perdido aún la noción colonial de la jerarquía que por si misma inmuniza al jerarca sin opción a condena alguna en nombre de la patria. La patria es cosa que bien se queda aparte con sus desventuras, pero es urgente salvar el principio individual de la categoría. El heredero de españoles no puede concebir la patria como la concibe el pueblo nativo. Para aquel casi no pasa de ser un concepto difuso que se comprende solamente con el auxilio del derecho de propiedad. Para el pueblo, empero, la patria se materializa en la tierra que pisotean los paraguayos, en la sangre vertida inútilmente, en la miseria con que se sobrelleva las privaciones para comprar fusiles y balas.

* * *

Exodo de Charagua

ELOGIO DEL INDIO COMBATIENTE

Nadie ha revelado nunca al indio, la existencia de la patria, la relación obligatoria e indeclinable que le une con ella, los imperativos del deber individual frente a la guerra. La inopia cultural y la codicia de la casta dominadora, se oponen terminantemente a instruir al aborigen aunque no fuera más que para enseñarle primordiales nociones de patriotismo. La criminal explotación de las masas indias para enriquecimiento del extranjero, consagró durante la Colonia, la conveniencia de anular toda idea de patria entre los nativos. Ello condice perfectamente con el sistema capitalista que debilita a los pueblos por el simple medio de impedirles todo conocimiento que les fortalezca. Así, mientras la religión se difunde porque enseña humildad, conformismo y renunciaciones materiales de todo género, la ciencia revolucionaria está prohibida por órdenes policiarias. Los gobernantes republicanos, herederos en gran parte de las riquezas de españoles fugados cuando se proclamó la independencia americana, heredaron también su codicia y desdén por la tierra en que vivían, sinónimo para ellos solamente de minas o haciendas.

La actitud del indio es distinta. El amor a la tierra nativa le induce a morir, sin vacilaciones, en defensa de ella, con un sencillo heroísmo indoblegable. Pero la prestación del sacrificio inspirado en tal sentimiento se reduce, inevitablemente, a la extensión terráquea en que él vive por obra de amalgamas vitalistas, emocionales, económicas y societarias. Defiende hasta la muerte el suelo que posee y del cual extrae el sustento de su vida; el suelo de la comunidad indígena a que pertenece; y aún el del amo en cuyas tierras usufructua la miseria de un pegular. De este modo, su concepción de la patria forma una entelequia geográfica y sentimental objetivada en una minúscula parcela del territorio boliviano. Todo cuanto supera el marco de esta, no concitar en él emociones amorosas, o de simpatía, o siquiera amistosas. Por el contrario, lo inyecta de hostiles reactivos, ya que la tierra y el hombre ajenos al indio, constituyen la negación de la patria, de esa entidad abstracta sólo comprensible cuando inspira cariño. A la verdad, el indio es un expulsado, un proscrito dentro de la propia nacionalidad. Sufre su vitalicio destierro aunque no se aleja de ella. Es el exilio de quien padece la prohibición de habitar libremente en la tierra nativa. El indio cumple este ostracismo de siglos, buscando los precarios asilos del patrono, entre

bestias y herramientas de labranza. Luego se le echa de allí escarmentado en atropellos y vejaciones y prosigue su vagabundeo de criatura sin patria. Diríase que es tan ajeno a la tierra patria y que se halla de tal manera vedado para vivir humanamente sobre ella, como si habitase un plano imaginario, inexistente, suspenso en el planeta, distinto en absoluto del suelo. ¿Puede él concebir la patria, cuando menos como una extensión de tierra en algún modo vinculada a su persona? ¿Puede abrigar un atisbo de amor por aquello que no ve objetivado ante su incultura, que no siente suyo, que no le es cordial, y que, a fin de cuentas, no conoce ni material ni emblemáticamente porque se ha evitado develarle valores e implicaciones de la patria ¿No se le ha rebajado al tipo zoológico de la inconsciencia? ¿Quién esperó heroísmo patriótico del equino, del rumiante, por domesticados y serviciales que fuesen para el hombre?

Aquí está el indio, vacío de sentimiento patrio víctima de la castración emocional operada en la raza por los detentadores del privilegio. Expuesto a morir en la soledad indefensa del centinela, fríamente resignado a perder la vida, impasible y fijo como un mártir ante el suplicio. No entiende la guerra, no siente a la patria, no comprende el idioma nacional. Si careciera de valor, huiría ante el riesgo perenne de la contienda. No se ha mostrado cobarde, ni en la inmolación a que se le expone inerme, desorientado, exhausto de fuerzas por el hambre y la sed. Cuando rebalsó el dolor en su alma y su carne, cuando vio a su mujer cabalgada por el hijo del amo, cuando le golpearon hasta desollarle el pellejo, alzóse contra la barbarie de su señor y enfrentó sin armas las ametralladoras del viejo ejército oligárquico, experto en desfiles de plazuela y en matanzas de indios y de cholos mineros,* este indio jugaría su existencia contra los dos atacantes y perdiera la vida sin titubeos en la lucha, si comprendiese qué ocurre en el Chaco. Si poseyece esta tierra que le destroza las pupilas con su monte sin paisaje, que le desgarra las carnes y le sangra, que abrasa en fuego su existencia templada al hielo y al viento andinos, que encierra presos en cárcel de espina, alma y cuerpo habituados a desplazarse en la extensión mirífica de la altipampa como el cielo inmensa,

* *Alcides Arguedas, el escritor boliviano apasionado por la aristocracia millonaria, relata escenas monstruosas en materia de tropelías patronales. Raza de bronce, novela suya, las exhibe con vivo detalle. Por mucho que estas páginas de Arguedas resulten inconciliables con las de sus panegíricos de potentados mineros, latifundistas y caudillos de la oligarquía, ellas existen, seguramente como lo único sinceramente forjado por el furibundo atacante del pueblo boliviano. Raza de bronce es casi un documento más que una novela, así como Pueblo enfermo es casi una novela más que un documento. La propaganda europea sólo ha destacado esta última obra, -y la histórica-, por el enorme valor que en ellas encuentra el imperialismo, empeñado en absorber y dominar a los pueblos indoamericanos, a título de la bajeza y la degeneración de éstos. Arguedas, le resulta en verdad, el mejor instrumento destructor de Bolivia. De ahí que le asigne una categoría intelectual que ni el contenido ideológico ni la desgarbada factura literaria de las obras arguedescas merecen. El maligno propósito de la publicidad imperialista al cubrir de lauros al difamador de Bolivia, se muestra descarado en el hecho de que Raza de bronce, por ejemplo, -acusación a la clase entregadora del país-, no ha merecido elogio alguno de los intencionados críticos europeos que Arguedas exhibe de tiempo en tiempo como padrinos de su fama, sin caer en cuenta de que también lo son de la mala fama de Bolivia. (C.M.)*

limpia, diáfana. Pero el Chaco no se ha incorporado a su mundo emocional por ninguna evidencia. Es un extraño en este suelo desconcertante, incomprensible, nunca imaginado. La clase dirigente le ha impedido hacerlo suyo siquiera por la vía convencional del derecho. Le ha tapado los ojos para que no lo vea, le ha maniatado el alma para que no lo sienta suyo, le ha oscurecido el cerebro para que no lo comprenda. He aquí el corolario del principio civilizador que se empeña en destruir al indio para justificar la inmigración, que llenará el país con extranjeros. Los corifeos de la tesis necesitan averiguar si hay en la historia del mundo un pueblo que hubiese defendido con su sangre, la libertad, la soberanía o la existencia de otro. La desnacionalización del indio, tanto como la nacionalización del inmigrante, concluirán formando una población sin aptitudes ni obligaciones para resguardar el territorio patrio. La guerra del Chaco es un desesperado llamamiento de la historia, que pugna por impedir la destrucción de un pueblo todavía con fuerzas para cumplir su destino. La gran mentira de las jerarquías racionales, traidora o estúpidamente acogida en Bolivia, probó su espantoso poder destructivo en la contienda chaqueña en que el país más poblado, más rico y más fuerte resultó vencido. Y es que Bolivia carecía del único instrumento defensivo en que las naciones afirman su existencia: la conciencia colectiva de la nacionalidad. Un organismo parcelado en castas, no contará jamás con esa conciencia. La masa rebajada al servataje, odia a la clase despótica en la cual halla una imagen falaz, onminosa y cruel de la patria. Tanto envilecer, tanto deprimir, tanto deshumanizar al nativo, tenía que reflejarse en esta disposición anímica para el sacrificio de la vida sin lucha. Únicamente los que comprendían y sentían la patria como algo suyo o amaban la propia existencia, pelearon con denuedo. Los demás redujéronse a morir, en una fría y estéril inmolación de seres que nada tienen que defender, porque la tierra, la felicidad, las riquezas, la familia, el honor, el futuro, cuanto sentimiento excita al hombre a la pelea, no les pertenecía en su condición de esclavos. Todo esto y aún ellos en persona, eran de propiedad exclusiva de la casta rica. Por eso la guerra jamás asumió para el indio un interés atingente con su propio destino.

* * *

RECONOCIMIENTOS Y CONDECORACIONES

En el paraje olvidado e incógnito, estos oficiales vestidos de andrajos, enflaquecidos y exangues hasta la inanición, representan a la patria que padece hace un siglo la miseria inenarrable de las iniquidades usurarias con que se alimentan las fingidas grandezas de los estadistas, de los conductores de la conciencia pública. Estos abomban el vientre con océanos de champagne, y acolchonan los huesos en almohadones de grasa y de hartura cínica. Crean y predican este amor patrio ilimitado, que arrastra las vidas jóvenes al ara impía del martirio sin término. En el Chaco, estos hombres hablan frente a frente, fraternales y solícitos, orgullosos de sí mismos, equiparados en todo instante con sus compañeros, por la común disposición al sacrificio generoso.

En París, en Londres o en Buenos Aires, los otros no podrán jamás gozar la grandeza del íntimo mérito, y mirarán, con ojos pordioseros, al compañero de juegos y diversiones, mendigando una sonrisa que unja de satisfacción al mestizo inferiorizado por su contacto con el noble desdeñoso que se alimenta de adulaciones y de servilismos. Lejos de unos y otros, el pueblo irá identificando, entre las cortinas de humo con que la propaganda financiera pugna por esconder el perfil de la verdadera virtud cívica, exaltar la grandeza del ocio petulante, ignaro y bellaco, imperando por la endeble tiranía del engaño, sobre miríadas de trabajadores esclavizados. El pueblo va percibiendo sobre esos panoramas todavía incógnitos del Chaco, el crecer del espíritu reparador, en esta siembra de grandes dolores exigidos por un anhelo de consagración de la conciencia patria.

Las oblaciones ilimitadas que el deber exige a los hombres del Chaco inexplorado, no permanecen, como hasta entonces, en el anonimato a que los intereses privilegiados reducen los magnos ejemplos del amor a la colectividad. Un viejo espíritu de valorización honorífica del sacrificio vital, compensa a los explotados con el signo distintivo de una condecoración. No importa que los méritos resulten superadamente mayores, en estos varones que agonizaron de hambre y de sed buscando lo desconocido para defensa de la patria. Los infecundos personajes de la diplomacia que pactan acuerdos en que el país resulta, siempre, defraudado, también cuelgan estas mismas condecoraciones, del uniforme bordado en oro, o de la rígida solapa del frac. Pueblos empobrecidos y vejados como el de Bolivia, se alucinan, fácilmente, al

hechizo de la distinción honorífica, que consuela de las estrecheces económicas. De ahí la infatigable cacería de medallas, cruces y collares condecoratorios, a que se dedican particularmente los individuos que han elegido la carrera diplomática por destino, y que rinden su primitiva condición de burócratas, a la molicie del vegetativismo legacionero. La misma condecoración que señala el pecho atormentado por una sed mortal, baila como un péndulo sobre los pectorales del hombre que no sufrió si no la sed instantánea que vá de un brindis al siguiente. El que firmó un acuerdo internacional con ventajas para el país ajeno, el que concurrió a una ceremonia extraordinaria, el que adquirió armamentos a doble costo, o víveres incomibles, fueron también, condecorados. Y lucieron, seguramente, con mayor frecuencia, estas joyas que en el Chaco fueron guardados en el cofre precario de una caja de lata, junto con las cartas familiares, durante las interminables jornadas de canícula.

Ni el confucionismo igualador de meritorios y simuladores, ni la exhibición periodística de fingidas virtudes por estos últimos, conseguirán paralogizar por mucho tiempo más el criterio público. Detrás del sacrificio ignorado que realizan unos de la feminoide banalidad con que los otros coleccionan los dijes condecoratorios y de la sordidez cruel con que los pocos privilegiados acumulan riquezas acreciendo las privaciones públicas; urde alguien la trama tenebrosa de una gran tragedia. ¿La fatalidad, conforme al instintivo veredicto de los vencidos? ¿La incapacidad humana para resolver los conflictos colectivos, como dirá la impotencia irresponsable? ¿Algún genio siniestro, que se alimenta del bienestar ajeno para saciar su hambre de dominio? ¿Quién prepara el cataclismo para contener su ímpetu devastador a tiempo? ¿Quién puede percibir el riesgo, entre estas multitudes metódicamente esterilizadas en su capacidad dilucidatoria, inhumanamente perturbadas por los estupefacientes que le inoculan los agentes del siniestro contrabando que envenena pueblos con las drogas malditas de la ilusoria fortaleza y de la ambición?

Los muchachos en perpetuo padecimiento de hambre no cuentan siquiera con el auxilio que les abrevie sus tormentos. Mientras las latitudes inmedibles del desierto devoran la existencia de estos seres exaltados de amor por la tierra el oro que debiera evitar estos terribles sacrificios, se amontona en los bancos europeos, para caer en chorros sobre las manos ávidas de quienes explotan la vanidad plebeya de los multimillonarios mestizos. En vez de producir agua para las vidas que defienden la frontera desierta, paga trajes principescos que lucen sobre cuerpos de gentes extrañas en absoluto a esta tierra, a esta riqueza, y a esta juventud que se inmola en holocausto de la patria envilecida por el rastacuerismo engreído. En vez de pagar los alimentos por cuya ausencia enloquecen oficiales y soldados en la espera esclavizada y aniquiladora, pagan fastuosas adquisiciones de títulos nobiliarios, bodas inverosímiles en que el oro extraído a las hondas y tuberculizantes entrañas abisales de la tierra, compra

flores exóticas con que se tapiza los muros de los palacios ardientes de joyas y luces de maravilla. En vez de caminos, para guiar el paso de los exploradores en el desierto, diseña alamedas orladas de arborescencias hechizantes, bajo las cuales se pavonean las figuras narcisistas de señoritos cotizados por el pedigree de su alcurnia europea.

Pero la patria se encarna en esos moribundos oficiales y esos moribundos soldados del Chaco, que sobreviven a todas las calamidades... La patria tiene esta raza inmortal, capacitada para el sacrificio sin fin, que ahora aprende la gran lección de la miseria en esta escuela de inclemencia y de tormento. Esta raza caldeada en el desierto, estrujada por el hambre, enloquecida por la sed, que sin embargo, se yergue sobre todas las catástrofes, resurecta de todas las muertes, invicta en todas las agonías. La patria que nutrió estas vidas las tonifica en el contacto vital de la tierra sin misericordia, en el dolor aleccionante de las privaciones agobiadoras. Por el sufrimiento, las hace más nobles y altruistas, habitándolas al cotidiano darse al peligro, con la ilusión dignificante de superarlo, con el anhelo de rehacer esta patria derruida por la codicia y la traición, a fuerza de grandezas abnegadas y glorias gratuitas. Por eso, estos muchachos hállanse, ahora, en la selva, cubiertos de harapos, reducidos a la flacura esquelética, sucios y doloridos, comiendo un alimento maloliente cubierto de tierra. Los otros, viven, hoy mismo en París, en Londres, jugando al golf o al bridge en sillones gordos de plumón.

El pueblo empieza a mirar con inquietud ese Chaco de cuyo misterio capta una emoción dramática y sacrificada. Las exploraciones han descorrido el velo enigmático, y han presentado las perspectivas abstrusas del gran desierto en que caen para no levantarse nunca, los mártires de esta muda epopeya fronteriza. El egoísmo indiferente y sin piedad que reina en las altas esferas militares, tiene que doblegarse ante la grandeza del mérito, y dar descanso a los que han agotado su vitalidad en la tremenda fatiga.

LA RETAGUARDIA

La muchedumbre se agita en las poblaciones de retaguardia, el grito a flor de labios, tremante de una emoción desconocida. Este pueblo nunca ha sentido tensión más alta, el orgullo de si mismo. La guerra con Chile y la campaña del Acre agarrotaron su alma en la quietud fatalista del vencimiento. Diríasae que ahora resucita, para la vida nueva, conjurada por una palabra detonante, seca y rotunda como un disparo. Esta palabra es un nombre. Y este nombre es Busch.

Así comienza la liberación del alma boliviana su retorno a los dominios expoliados, su encuentro con esta verdad que le inspira la certidumbre de su capacidad para luchar y para vencer. Sin embargo, la oligarquía financiera pugna por contener las posiciones en que tiene emplazadas las catapultas con que desmoronó la moral pública en medio siglo de acción inclemente.

Ni Montes ni Saavedra replican a este reto con actitudes eficaces. Aquel se dice, es caudillo de las clases ricas, y este de las masas populares. Nadie, empero, les corea en esa emergencia. ¿Es que Salamanca sigue siendo el hombre más popular de Bolivia?... ¿es que el influjo de Montes y el de Saavedra sobre el pueblo no pasa de ser un embeleco alimentado por la prensa partidaria?

El nuevo ministerio concita motes y chascarrillos. Para las masas, gobierno y parlamento adquieren el valor de las cosas lejanas e indiferentes. La emoción, la angustia, la esperanza colectivas, hállanse concentradas en el Chaco. Una vez más no son gobernantes ni legisladores quienes atienden la defensa nacional. Es el pueblo, que de espaldas al reñidero de los políticos, mira desesperado hacia el ignoto y terrible abismo chaqueño, al que la mano, todavía invisible del imperialismo, arrojó violentamente las generaciones juveniles de Bolivia, como aquel bíblico Ialdaboath que despeñó al averno las legiones de ángeles amenazadores de su poderío.

Pero el ministerio no se cohíbe frente a los enemigos. Conociendo su mediatización huérfana de prestigio y su minoridad que le hace parecer impotente, feo e implume para los altos vuelos, cobija su pequeñez indefensa bajo las alas de Salamanca, que ha incubado y que nutre políticamente a los ministros. La cobardía de los adversarios y la indiferencia del pueblo vitalizan al gobierno. Salamanca ensombrece aún más el doloroso enigma de su destino

con estas pruebas de su fe que abruma la conjura de los rivales coaligados. Mimetizado en el silencio y las tinieblas del sombrío Palacio Quemado, mantiene el gesto amargo y sufriente de su rostro sin músculos frente a la victoria política. Los mostachos kaiserianos, la eléctrica voz conminatoria de Montes, el ceño imperativo, las gruesas denostaciones de Saavedra no mellan esta melancólica y mortecina figura de Salamanca, inconmovible en su miseria física, en su íntimo tormento visceral, en su misantropía solitaria que se diría el entrenamiento filosófico para quedar inmensamente solo a la hora de la muerte.

Concentránse las fuerzas tradicionales en el parlamento, desde el cual amagan con reiterados asaltos al gobierno para copar los reductos que este pretende conservar para su exclusivo servicio. Ni legisladores ni gobernantes comprenden que están filiados por idéntico sello, y que sus forcejeos disfrutándose el poder, son apenas querellas de usuarios mal avenidos. Unos y otros conciben la guerra solamente como una coyuntura política para extender el área de sus influjos parcialistas, para justificar una mayor y más impune explotación del pueblo.

Este entre tanto, sólo piensa en la guerra. Sigue con angustia a Busch, y a los hasta entonces incógnitos oficiales que pelean en Boquerón. En el Palacio Legislativo, se discursea sobre la conveniencia de organizar un gabinete en que los tres partidos oligárquicos, agriamente distanciados por la disputa del presupuesto, tengan personeros en número equivalente. Los ministerios interesan a los legisladores mucho más que Busch. Mucho más que los soldados muertos en las picadas del Chaco. Y mucho más, aún, que los soldados todavía vivos.

El presidente Salamanca cede a regañadientes y sólo en parte a las incitaciones parlamentarias. Ofrece una ínfima participación a los dos bandos que le combaten. Estos invocan representa a la mayoría nacional. Un año antes han tenido, no obstante, que obrar como fracciones minoritarias, obedeciendo a la política del bando salamanquista. Ahora piden a intervención proporcional en el gobierno, por causa de la guerra. La alternativa plantea la amenaza de una oposición sistemática en caso contrario. Queda entendido que la suerte del país depende por entero de que el presupuesto nacional disponga de tres caños alimenticios para los tres partidos conservadores.

El problema llega a sus crisis en pocos días. La conminatoria al magistrado Salamanca es rotunda: "O someterse, o dimitir", declara en esa emergencia el general Montes, indiscutido y supremo caudillo del partido liberal. El señor Saavedra, indiscutido y supremo caudillo del partido republicano personalista, critica sardónicamente el pilotaje de la guerra por parte del gobierno. Habla de una "movilización con cuenta gotas". El presidente Salamanca responde a unos y a otros, con su silencio.

No en vano se pronuncia Boquerón, allá en la retaguardia, con tónica de epopeya. Esta palabra llena en el alma colectiva, un vacío de tres cuartos de siglo. Es Boquerón la entelequia de historia que colma el otro Boquerón de decepciones, abierto por el entreguismo y el saqueo de la vitalidad boliviana.

Aquí ha caído el mayor Oscar Moscoso, herido en la cara, cuando pronunciaba el nombre de Busch. El gobierno le había procesado por la ocupación del fortín Pitiantuta, inicio de la contienda.* Si tuvo culpa Moscoso, aquí se vindicó, ha escrito Busch en su cuaderno de notas. Pero, ¿se han vindicado o han sido objeto de condena los que ordenaron la ocupación del Gran Lago, los que enviaron ametralladoras inservibles para defenderlo los que evitaron que se dispusiera de camiones, de teléfonos, de rutas de comunicación para sostener las posesiones ocupadas?

La acción del 12 de septiembre exalta el patriotismo de soldados y oficiales a lo largo de las líneas bolivianas. Crepita como una fúlgida y sinuosa llama de esperanza en los vericuetos del fatídico monte. ¡Busch!... ¡Busch!... He aquí el nombre que agita las almas, como un rumor de metal que llama, campana o clarín, la carne y el espíritu nacionales a los campos del deber y de la victoria. Es la primera intervención del joven teniente en la contienda chaqueña, y ella sola basta para señalarle como el hombre de quien depende la suerte de la patria. ¡Cómo ha rebasado las medidas reglamentarias y los planes tácticos elaborados en las oficinas!. ¿Le encomendaron penetrar en la retaguardia paraguaya para cumplir su misión? ¿No se lanzó él solo con sus hombres, a la maniobra concebida y ejecutada por sí mismo? La intuición popular, en el frente, percibe ya la pasta del conductor inequiparable, en esta nervuda y

41 *Es oportuno, en este punto, conocer los antecedentes que Moscoso vincula a tal pasaje, en su libro ya citado: "A mediados de mayo, -dice-, llegó a Alihuatá el Coronel Francisco Peña, quien me llamó la atención por no haber dado inmediato cumplimiento a sus instrucciones para ocupar Gran Lago". Refiere que, en respuesta a Peña, citó el hecho de existir en dicha zona un fortín paraguayo, circunstancia que le hacía desear "instrucciones más claras sobre la misión" tanto más cuanto que, "pocas semanas antes el Estado Mayor General, al conocer los informes de patrullajes hasta los fortines paraguayos, prohibió estos reconocimientos que podían provocar choques, y recomendaba emplear el esfuerzo colectivo en trabajos de más provecho". "Ninguna respuesta recibí, -añade- a esta justa observación que hice al Coronel Peña, seguramente porque tampoco él tenía mayores instrucciones del Estado Mayor. Lo más probable es que nadie pensó en lo que podría ocurrir". Explicando que hubo enviado al Estado Mayor un informe sobre la exploración aérea con que había descubierto Gran Lago o Laguna Chuquisaca, Moscoso agrega: ..."hubo también mucha duda sobre la seriedad del informe de la exploración aérea, aunque el Estado Mayor reprodujo el plano, borrando de él todo lo relativo a la presencia del fortín paraguayo". Cita, luego que "el 3 de junio, más o menos" recibió "por una estafeta un telegrama de la Cuarta División", cuyo texto, transcrito por Moscoso, expresa ser "necesario que mayor Moscoso pues únicamente se indica ser del mes de mayo. Páginas después insiste sobre la orden del Estado Mayor prescribía ocupar un sitio, -dice- que señalé como probablemente ocupado por fuerzas paraguayas". Añade que "la orden de ocupar fue reiterada", y que "jamás se habló de explorar o de observar". "Ocupar- esclarece Moscoso interpretando profesionalmente los vocablos-, quiere decir tomar posesión, apoderarse de una cosa, y en términos militares significa también estar dispuesto a mantener esta posesión". La reseña del hecho, narrada con sencillez y minuciosidad en posteriores páginas de su libro, por Moscoso, merece muy atenta lectura, pues contiene referencias de valor documental altamente objetivo sobre el catastrófico estado en que el ejército actuaba, debajo del camuflaje de eficiencia, organización y potencialidad en que le mantuvieron los gobiernos oligárquicos, con la complicidad, -obra de la ignorancia. (C.M.)*

ágil figura tostada al sol. El pueblo de la retaguardia le espera desde ahora en las ciudades y las aldeas. Pueblo civil que capta en Busch, así lejano y juvenil, una esencia maravillosa de criatura extraordinaria, fundida en los materiales incorruptibles del sacrificio. Le reconoce como un fruto epónimo de la carne popular, sufrida y heroica, resurrecta a través de centurias frente a sus verdugos. Le identifica en el triunfo como la superación del hombre humilde, pobre anónimo, alimentado con trabajo de las propias manos, ajeno a todo privilegio del dinero y la política. Es, en efecto, la encarnación del alma nacional. Como ella, bajo el imperio de los intereses privados, de la bastarda política explotadora, de la clase dominadora bruñida en oro, Busch no ha sido nadie. Sólo en el trance augusto de la tragedia colectiva, sólo en el evento en que la patria cobra una presencia autónoma e inequívoca, el alma nacional y Busch hallan la coyuntura de expresarse en toda su grandeza. La guerra es un asunto de tal magnitud, que las manos expertas en el manejo de los "negocios públicos", -búsqueda y captura de ventajas individuales-, resultan demasiado torpes y exiguas para contenerla y conformarla en la mezquina medida que caracteriza las maniobras políticas, las operaciones financieras, las maniobras demagógicas. Unicamente el pueblo, y los hombres en absoluto ajenos al mecanismo de la dominación oligárquica, tienen cabida en este escenario incomprensible e inadaptable para quienes no conciben ni siente la patria como algo íntima y eternamente suyo. Es en este escenario iluminado por candilejas de incendio, que las figuras del pasado se opacan, se esfuman, invalidadas en su colúmen y su densidad como los cuerpos musculosos ante la luz del radium. Unicamente la contextura inquebrantable del mineral noble se destaca en el resplandor que se alimenta con aceites cósmicos. Así Busch, como sus compañeros de sacrificio. Así el pueblo, como todos los pueblos.

EL FRENTE EXTERNO

Pero, ¿qué sucede ahora en América? ¿Interesa a nadie, aparte los pueblos beligerantes, esta guerra en que los hombres de veinte años mueren sin auxilio en el desierto, con los intestinos reventados por las armas automáticas de fabricación europea?

¿Y a quién ha de interesar? La gestión diplomática del conflicto está radicada en Washington, donde, casualmente, actúa también Mr. Charles Evans Hughes, eminentísimo "chairman" de la Standard Oil C°., Mr. Hughes ha hecho una carrera pública de potentes alientos. Secretario del Departamento de Estado en la época de las intervenciones militares del gobierno Wilson sobre pequeños países con yacimientos petrolíferos. Luego, candidato a la presidencia de Estados Unidos.* Después presidente del trust petrolero de The Standard Oil C°., y, por fin, Presidente de la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos, cargo desde el cual ha golpeado rudamente al presidente Franklin Roosevelt, amparando al financierismo de Wall Street.

En 1932, Mr. Hughes ocupa la silla presidencial de The Standard Oil C°., gobierna en Washington Mr. Herbert Hoover, el temible caporal de los consorcios imperialistas, el "boss" de "la frente de bronce", que defiende con la armada yanqui las riquezas de la "Rubber Universal Inc.", de la Standard de la banca en todo el mundo.

La cuestión del Chaco está entregada al Departamento de Estado. Un Mr. Stimson o un Mr. White jefaturizan la Comisión de Neutrales, maestramente organizada con el fin de que eternice el pleito. La integran los representantes diplomáticos de Colombia, Cuba, México, Uruguay. Ninguno de estos hombres conoce el problema, sus pueblos tampoco pueden vincularse con éste, más que literariamente. Excepción del Uruguay, éstos países hallanse aislados

---

* *Hughes fue derrotado por M. Warren Harding, aquel pobre diablo que ocupara el sitial de Lincoln encubriendo el escándalo petrolero de Teapot-Dome y fomentando los peculados gangsteristas de su famosa parentela de Oklahoma. Harding murió misteriosamente en una solitaria casa de campo cercana al Canadá, cuando parecía resuelto a rectificar su turbia conducta. La firma Rockefeller y el celebérrimo Doheney, millonario petrolero y poderoso bandido, están relacionados con Harding en todo el proceso gubernativo de este. Véase, entre otras referencias, las de Zhischka: "La guerra secreta por el petróleo"; Essad Bey: La conquista del petróleo"; revista "Crapouillot"; "Le pétrole et la guerre"; Fischer: "Au pais du l'or noir"; Upton Sinclair:" ¡Petróleo!", novela en que el presidente Harding está personificado por un personaje) y Rockefeller por Mr. Roscoe. Las alusiones novelescas, por cierto concomitantes con la documentación, son transparentísimas. (C.M.)*

del conflicto por distancias que superan a los diez mil kilómetros. ¿Qué es el Chaco para éstos funcionarios diplomáticos, ¿han pensado alguna vez en esta imagen de sangre y tortura con la emoción o el interés de los que pelean contra el imperialismo, entonces actuante desde Washington? ¿Existe el Chaco para ningún diplomático acreditado ante Hoover?

¡Oh!... Pero Mr. Hughes el hombre de la barba patriarcal, es un gran jurisconsulto petrolífero. Y es el Chaco hay un pleito de petróleos. Los diplomáticos ignoran que Bolivia y Paraguay disputan por el aceite mineral, pero Mr. Hughes lo sabe perfectamente... ¡Es una lástima que la sucia tierra chaqueña no tenga costas marítimas para que la escuadra yanqui al servicio de Hoover haga en ellas un persuasivo desembarco, igual que en Nicaragua!. Mr. Hughes que a falta de intervención armada utiliza la diplomacia como es de su hábito. Ella conduce a la guerra, cuando sirve a intereses capitalistas. Y el plan de hoy está fijado: una pequeña guerra, una guerrita, entre dos pueblos, para atemorizar al gobierno argentino que se niega a recibir petróleo de la Standard en sus mercados nafteros.

Pero, ¿y los diplomáticos bolivianos y paraguayos? ¿No advierten que alguien empuja a sus pueblos, desde la sombra a la matanza?

A la verdad, el propósito imperialista sólo es de tipo demostrativo. La Standard Oil quiere persuadir a la Argentina, de que está en sus manos el desencadenar un conflicto, amenazando llevarse el petróleo boliviano, por el río Paraguay, hacia el Brasil. La tiene sin cuidado que este intento cueste a bolivianos y paraguayos unos millares de vidas. De ahí que las gestiones pacificadoras, cuando la gente se despedaza en Boquerón, y tanteen las rutas inaccesibles de la solución diplomática, cuando el encono popular sembrado por los acuciosos provocadores, desde la prensa, ha tomado por su cuenta la tarea destructora.

Los diplomáticos bolivianos hállanse maduros para seguir bobamente el compás que les marque el imperialismo. A una proposición sobre cesar las hostilidades a base de restablecer en el Chaco las posiciones anteriores al 1 de junio de 1932, la Cancillería de La Paz, responde, el 4 de agosto, que "la retrotracción de las cosas al 1° de junio, no es razonable, pues, impone una condición que hace imposible el arreglo". ¿Qué sabe el Canciller sobre la forma en que viven los combatientes del Chaco? ¿Ignora que carecen de agua y de víveres, que no tienen teléfonos ni medios de transporte, que no disponen de armamento, que hasta desconocen las armas empleadas por el enemigo en las primeras acciones?* ¿Cómo puede rehusar un pacífico avenimiento sin nadie

* *No más que dos y medio meses antes de producirse tan arrogante respuesta, las tropas bolivianas, en los últimos días de la anti-guerra, padecían privaciones inimaginables, que la diplomacia boliviana estaba obligada a conocer, ajustando su conducta a las circunstancias de indefensión que pesaban sobre el país. El ya indicado libro de Moscoso, denuncia monstruosidades en materia de impreparación bélica, por parte de Bolivia. En el se anotan, por ejemplo, perorando a principios de junio, "No siendo ya posible cocinar nos llevaban una pequeña*

debiera conocer mejor que él las condiciones en que el país afronta la contienda? ¿Supone acaso que sus arrogancias intimidan al gobierno de Washington? ¿Obras a sabiendas, acollarado por el propósito de especular con la guerra en servicio de la Standard, u obra con la imperdonable ignorancia del que no se dá cuenta de nada?... El 5 de agosto, reincide en la fanfarronada, contestando a las 19 naciones suscriptoras de la doctrina Saavedra Lamas.* "La Nación necesita romper la barrera que le impide su acceso, -dice con detestable sintaxis-, a su litoral por el río Paraguay para comunicarse con el mundo. He ahí una de las bases de solución que debe exigirse al Paraguay para asegurar la paz de América".

¿Es qué la cancillería boliviana, cuenta –a falta de su ejército bien armado, bien alimentado y bien dirigido– con un formidable equipo de agentes diplomáticos en cuyo influjo internacional respalda estas arrogancias de melodrama? La verdad es que tal presunción resulta menos verosímil, aún, que la de una campaña militar irresistible. Justamente un día antes, "el 4 de agosto, el presidente Salamanca comunicó al Comando del Primer Cuerpo de Ejército que "preséntase grave aspecto internacional y conviene detener avance"*

---

porción de garbanzo y poroto cocido en el campamento; el pan se hacia mezclando un poco de harina con agua y cocida esta masa a las brasas... Los exploradores regresaban desconsolados por la falta de agua"... Se cita así mismo, "una fracción que durante veinte días ha sufrido las privaciones del agua". Las comunicaciones no están mejor. Los partes más urgentes eran llevados al Cuartel General "mediante estafetas que relevándose en los distintos puestos escalonados, llevaban la correspondencia en dos o tres días hasta Camacho. Desde éste fortín había que contar tres más para llegar a Muñoz siempre que se dispusiera de movilidad preparada. Ya en plena contienda, principios de julio, Moscoso recuerda que recibió refuerzos de hombres, que "no traían ni víveres ni drogas". A mediados del mismo mes, "disponía la guarnición, -(170 hombres)- de tres novillos para provisión de carne y víveres para muy pocos días. Desde el 12 de julio el racionamiento quedó reducido a azúcar, yerba y harina de trigo... Y las cargas en su recorrido por el bosque desde Fortín Loa, durante siete a ocho días, sufrían mucho por falta de bolsas de cuero, de modo que llegaban a Laguna Chuquisaca con mermas enormes". En materia de soldados, refiere que una compañía de refuerzo enviada al sector más peligroso entonces, "no tenía instrucción, no había hecho ejercicios de tiro, y casi toda estaba palúdica"... En el curso de las primeras acciones, (Laguna Chuquisaca), los paraguayos usaban morteros. Moscoso dice que "este fuego de morteros no ocasionó ninguna baja pero fue agotando los nervios de los soldados... Nuestras tropas no conocían esta arma"... Tocante a material bélico boliviano, hay este dato, recogido en el inicio de la contienda; "tratamos de hacer fuego, -dice Moscoso recordando el combate de Fortín Mariscal Santa Cruz", con una ametralladora pesada que no funcionó a pesar de que todos los días procurábamos repararla del desperfecto con que llegó desde Fortín Saavedra". (C.M.)

* *Llamase así una declaración aprobada por los países americanos el 3 de agosto de 1932, la misma que, sustantivamente, proclama que dichos países "no reconocerán arreglo territorial alguno de esta controversia que no sea obtenido por medios pacíficos, ni la validez de adquisiciones territoriales que sean obtenidas por ocupación o conquista por la fuerza de las armas". El Canciller argentino de entonces, D. Carlos Saavedra Lamas, apadrinóla en forma de concluir dándole su nombre. Este h echo, como el del Premio Nobel de la Paz, otorgado al señor Saavedra Lamas, constituye uno de los resonantes sarcasmos de la historia diplomática americana calcada a Europa, donde a poco de las conquistas de Abisinia y Albania y de la invasión de España por las legiones de Mussolini, se propugnó, sin sorna, el Premio Nobel de la Paz para el dictador italiano. Es muy posible que, aún cuando los diplomáticos americanos creyeran que el señor Saavedra Lamas hizo algo eficaz por pacificar el Chaco, los pueblos paraguayo y boliviano rehusan admitirle como al ángel de la paz. Hay cien mil sombras, morando en los reinos angélicos a causa del conflicto chaqueño, que sin duda, insuflan a sus deudos terrestres, los soplos de la duda y el escepticismo respecto a la precisión de estas consagraciones honoríficas.*

** *Moscoso, Ob. Cit.)*

¿Quién explica esta conducta desafiante de la Cancillería? El desastre de la diplomacia alcanza tal magnitud, que debe, inclusive, malbaratar el avance logrado a precio de tormento por los combatientes?

He aquí al mismo Salamanca en cuya entereza de ánimo no caben limitaciones, atemorizado por el "grave aspecto internacional". No hay esperanza, siquiera, de ayuda extranjera para Bolivia. La presión que sobre ella ejercen las naciones del continente pesa encima del país con una gravitación sin amortiguadores. El pueblo alimenta un imponente cuerpo de "diplomáticos de carrera" en el extranjero. No hay uno solo entre ellos que no mereciera antes y durante la guerra, estimulantes elogios de la prensa oligárquica, por sus labores en el extranjero. Periodísticamente conocidos como eminencias de la diplomacia, como peregrinas floraciones del intelecto y el temperamento, sus nombres asomaron siempre a los labios de gobernantes y estadistas como indispensables para dirigir los negocios extranjeros de Bolivia. Uno que otro anciano personaje solía ocupar la representación boliviana ante los países vecinos, cuando todos los "diplomáticos de carrera" se hallaban ubicados en misiones de alta jerarquía y alta paga. Estos habían sido incubados en los partidos oligárquicos, en clase de "promesa para el país" y eran, ahora, los personeros de la nación en el Brasil, Estados Unidos, el Perú, la Liga de las Naciones.

El "grave aspecto internacional" derrumbaba en agosto de 1932, el endeble castillo de la diplomacia de carrera", en que moraban como príncipes encantados estos felices personajes defendidos por los dragones de la prensa adicta. Ningún gobierno de América mostrábase, por lo menos benévolo, con la causa de Bolivia. ¿qué habían hecho, pues, estos envidiables varones en el plácido misterio de sus plenipotencias? ¿Ni un amigo entre los gobernantes extranjeros? ¿Ni una voz autorizada que simpatizase con Bolivia?

El hecho parece inverosímil. Pero la austeridad inclemente de Salamanca lo consagra: los sacrificios de sangre y padecimiento de soldados y oficiales. debían detenerse, frenando el milagro del a resurrección patria, por obra de los diplomáticos. Fallaba el registro cancilleresco. Los doctos, los selectos, los poseedores del auspicio para dirigir el país, maniataban a los "indios brutos y a los cholos analfabetos" que habían acudido a la frontera patria, sin gastos de representación, sin dobles emolumentos, sin presupuestos extraordinarios...

¿Hay posibles paralelos de patriotismo entre Boquerón y Washington durante aquel septiembre de 1932? ¿O entre Yujra y Río de Janeiro? ¿O entre Mariscal López y Lima?

Nunca se muestra tan viva la realidad íntima, honda y dramática del sentimiento nacional, puesto al desnudo a la hora en que el incendio transparenta los cuerpos opacos y destaca la contextura recóndita y substantiva de los hombres. En el Chaco, el pueblo, la multitud anónima y pobre, dando la

vida por esta patria amada sin las compensaciones del dinero, de la ventura, de la comodidad. En el extranjero, la nata de la clase dominadora, engreída e impasible ante la catástrofe que su inepcia y su desamor a la tierra nativa hacen ahora, irremediable. La juventud oscura y sin privilegios, padeciendo sed, hambre, lacería en el Chaco. Los señoritos amaestrados en achaques de protocolo diplomático, hartos de comodidad y paz, en las capitales extranjeras, indiferentes ante la matanza, reacios a participar del sufrimiento colectivo, soldados a sus ministerios aún frente a ese "grave aspecto internacional" que han permitido producirse, y ante el cual no reaccionan ni con el gesto de la protesta, ni con el de la dimisión.

¿Por qué este contraste insalvable entre hombres del mismo pueblo? ¡Ah!... Porque Bolivia se halla frente al proyector de ese determinismo histórico en el que los pueblos identifican sus valores reales, por encima de las mentiras convencionales, de los turbios prejuicios de castas, de los intereses creados. Aquí está esa gentecilla nacida bajo el signo del privilegio colonial. Sostiénese ella en "ese concepto y esa política clasista que sirvió de pedestal a los hidalgueños peninsulares", diciéndose heredera de estos, "por mucho que la herencia, antes de que sangre fuese, simplemente, en la mayoría de los casos, de capacidad y poderío económicos, fuente y base de todo género de exaltaciones y arrogancias".* A fuerza de lucrar con su confuso abolengo hispano, asimila a su conciencia una característica ideológica del español que vino a América: es, como él, codicioso y explotador, fincando su derecho para acumular bienes en la presunta inferioridad nativa. De esta suerte, cuando simula servir al país en las funciones públicas, redúcese a hacer dinero. No concibe que, realmente, la patria sea otra cosa que un feudo productor, para su exclusivo bienestar. No reconoce obligación alguna con ella. Actúa en funciones de amor y no de servidor público. Estas gentes ubicadas en los cargos diplomáticos, asumen la postura inevitable del señorito colonial viviendo en el extranjero y de las rentas que le envían sus vasallos. No han tenido en cuenta el país, que representaron. De ahí su tremendo fracaso.

---

* *Arturo Urquidi Morales, "Etnografía Boliviana", tesis aprobada por el Primer Congreso Nacional de Facultades de Derecho, junio de 1939. Edición de "Cuadernos sobre Derecho y Ciencias Sociales, N° 4"). Ella no sólo usufructúa de la herencia genética en clase de título para gobernar * ("Sobre la base de un derecho tradicional, -dice Urquidi Morales en el citado estudio-, que se trifurca como herencia política, como capacidad económica y como un mayor bagaje cultural, el blanco ha desempeñado durante la república el papel de clase dirigente. Clero, Universidad, Judicatura, Parlamento y todos los cargos de la administración pública, se han desenvuelto, pues, conforme a las inspiraciones ideológicas de este elemento". El goce de este privilegio, a través de cien años, ha institucionalizado, casi, un fuero para el que se dice vástago de iberos, perturbando el propio destino del mestizo"... No han faltado casos en que el mestizo, -agrega el mismo autor-, ha conseguido escalar a los más altos sitiales y colocarse al mismo nivel de los blancos. Pero tales casos, aparte de ser excepcionales, nunca han tenido la importancia de una verdadera promoción de clase, mucho más si el mestizo llegado a una situación semejante, siempre ha renegado de su origen, para adaptarse y proceder como blanco, es decir, como un miembro más del sector tradicionalmente dirigente"). (C.M.)*

La Cancillería desconoce tal fenómeno. Frente al conflicto, no la arredran ni la falta de armas y de víveres que padece el ejército, ni la ausencia de sentimiento nacional de que hacen gala sus plenipotenciarios internacionales de Bolivia.

Por lo demás, la dirección de los negocios extranjeros paga el tributo debido a la improvisación y a la incapacidad, insalvables, de la clase dominadora. El Canciller, y sus diplomáticos, no poseen el conocimiento exacto de la realidad boliviana. Hanse criado en una atmósfera de falsedades y artificios respecto de su país y respecto del extranjero. De aquel, no saben, exactamente, nada; y de este conocen, apenas, viejas y fracasadas concepciones jurídico-políticas. Menos han de percibir el terrible peligro en que se halla la patria. Al mes de que el presidente Salamanca ordena paralizar la movilización de tropas, el canciller –4 de septiembre del 32-, expresa cablegráficamente a los neutrales que: "proposición suspender movilización es inadmisible". ¿Desconcierto gubernamental entre presidente y ministro? ¿Ineptitud, falta de preparación?

Acaso, en realidad, sólo esto último. Bolivia debe a sus internacionalistas un cúmulo gigantesco de fracasos. En el pasado y en el presente, la diplomacia andina, inocultablemente ignara y estúpida, sembró peligros y amenazas contra el país. Ahora mismo, -17 de septiembre-, el canciller paraguayo Benitez, afirma que Bolivia realiza una guerra de conquista, pues la propia zona de operaciones hállase "en su totalidad dentro de la jurisdicción posesoria paraguaya reconocida por Bolivia en diversos actos internacionales". Se pelea dentro del territorio cedido al Paraguay por los tratados Ichazo-Benitez, Quijarro-Decoud, Tamayo-Aceval, y por el protocolo Pinilla-soler de 1907. ¿cuál de los nuevos diplomáticos bolivianos que actúan en 1932 intenta alegar en contrario? Pero, ¿es que Bolivia tiene realmente a sus personeros en el exterior?...

Las calamidades hallan agentes casi naturales en esta casta de estadistas y personajones labrados en papel y tinta por los periódicos de la oligarquía. De momento, son ellos los responsables de que el "grave aspecto internacional" haya hecho crisis contra Bolivia, que no cuenta un solo amigo entre los países extranjeros. Lo son, así mismo, de haberse paralizado la movilización en el cúlmen del esfuerzo nacional, anulando trágicamente sacrificios y heroísmos ofrendados sin reservas en el Chaco. En honor de su ineptitud se ha detenido el avance del ejército. Unos cuantos individuos, no más de media docena probablemente, han sido suficientes para destruir desde el extranjero, el esfuerzo de dos o tres mil hombres que pelean en el Chaco. Es un símbolo: la clase-dirigente, en ínfima minoría, roe también, igual que un cáncer, la vitalidad boliviana desesperada por sobrevivir. He aquí lo que puede el prejuicio de castas, la hipocresía de la organización social que convierte en colonizadores hispánicos a los mestizos adinerados.

En estos tiempos, todavía puede mucho más un ministro diplomático sin un solo servicio prestado al país, que un teniente Busch, victorioso, hasta el 13 de septiembre, en las dos primeras acciones de armas en que le correspondió arriesgar la vida por la patria. El oficial Busch gana, en aquel tiempo, doscientos cincuenta pesos bolivianos mensuales. El ministro plenipotenciario en el exterior, gana seis mil bolivianos por mes. Cada uno de los soldados que contiene a las fuerzas paraguayas en Boquerón, recibe no más que veinticuatro pesos mensuales. Los que no pueden contener la ofensiva diplomática contra el país, cobran, individualmente, doscientos pesos por día. Aquellos mueren, por la patria. Estos viven, también por la patria.

Pero Mr. Hughes...

La impertinencia cancilleresca de Bolivia, que rehusa llegar a un arreglo inmediato, es cuanto precisa la Standard Oil para conseguir sus fines. La Comisión de Neutrales no se siente capaz de exigir siquiera por la vía de la coerción diplomática, el cese de hostilidades. Mejor que mejor para los petroleros. Los agentes bolivianos acreditados en el extranjero, actúan dentro de la misma pauta. Silenciosos y atemorizados ante sus interlocutores blancos, los unos; fanfarrones y perdonavidas de opereta los otros; ninguno adopta la actitud que corresponde. Hay uno de quien, el subsecretario del Departamento de Estado en Washington, dice con ironía, en momentos en que el ejército de Bolivia carece de agua, de pan, de transportes, de armas y aún de combatientes: "Cuando escucho hablar al señor delegado de Bolivia respecto de su ejército, tiemblo por las fronteras de los Estados Unidos"...

El humilde heroísmo de indios, cholos y blancos empobrecidos, permite sentirse terrible y amenazante en Washington, a ese delegado boliviano. Pero los bravos arrestos que exhibe no logran amedrentar a los Neutrales. El hombre se halla muy lejos de su patria para intimidarle con el ejército del Chaco. Está, él mismo, tan lejano de la guerra, como para mostrarse corajudo y desafiante. Cree en la eficiencia de unos armamentos comprados entre un enorme rumor de sindicaciones y reticencias escépticas. Cree en la preparación militar dirigida por la oligarquía, que hizo deliberada y sistemática minoración del ejército para tenerlo sujeto a los grandes intereses. Y cree en la clase dominadora, en la diplomacia, en si mismo, aunque sabe que esa clase dominadora y esa diplomacia han disminuido el territorio nacional en dos millones de kilómetros cuadrados.

Ahora cree que es posible amedrentar a los países americanos, con iracundos gestos bismarkianos. Excelente miembro de la casta hispanizante, no sabe que Bolivia carece de potencialidad económica, y que los pueblos explotados por las oligarquía, embrutecidos por la diferenciación violenta de clases, exhaustos de dinero por obra del imperialismo, jamás ganaron guerras. No sabe, tampoco, que esto que él no sabe, lo saben los otros, aquellos mismos a quienes pretende

En estos tiempos, todavía puede mucho más un ministro diplomático sin un solo servicio prestado al país, que un teniente Busch, victorioso, hasta el 13 de septiembre, en las dos primeras acciones de armas en que le correspondió arriesgar la vida por la patria. El oficial Busch gana, en aquel tiempo, doscientos cincuenta pesos bolivianos mensuales. El ministro plenipotenciario en el exterior, gana seis mil bolivianos por mes. Cada uno de los soldados que contiene a las fuerzas paraguayas en Boquerón, recibe no más que veinticuatro pesos mensuales. Los que no pueden contener la ofensiva diplomática contra el país, cobran, individualmente, doscientos pesos por día. Aquellos mueren, por la patria. Estos viven, también por la patria.

Pero Mr. Hughes...

La impertinencia cancilleresca de Bolivia, que rehusa llegar a un arreglo inmediato, es cuanto precisa la Standard Oil para conseguir sus fines. La Comisión de Neutrales no se siente capaz de exigir siquiera por la vía de la coerción diplomática, el cese de hostilidades. Mejor que mejor para los petroleros. Los agentes bolivianos acreditados en el extranjero, actúan dentro de la misma pauta. Silenciosos y atemorizados ante sus interlocutores blancos, los unos; fanfarrones y perdonavidas de opereta los otros; ninguno adopta la actitud que corresponde. Hay uno de quien, el subsecretario del Departamento de Estado en Washington, dice con ironía, en momentos en que el ejército de Bolivia carece de agua, de pan, de transportes, de armas y aún de combatientes: "Cuando escucho hablar al señor delegado de Bolivia respecto de su ejército, tiemblo por las fronteras de los Estados Unidos"...

El humilde heroísmo de indios, cholos y blancos empobrecidos, permite sentirse terrible y amenazante en Washington, a ese delegado boliviano. Pero los bravos arrestos que exhibe no logran amedrentar a los Neutrales. El hombre se halla muy lejos de su patria para intimidarle con el ejército del Chaco. Está, él mismo, tan lejano de la guerra, como para mostrarse corajudo y desafiante. Cree en la eficiencia de unos armamentos comprados entre un enorme rumor de sindicaciones y reticencias escépticas. Cree en la preparación militar dirigida por la oligarquía, que hizo deliberada y sistemática minoración del ejército para tenerlo sujeto a los grandes intereses. Y cree en la clase dominadora, en la diplomacia, en si mismo, aunque sabe que esa clase dominadora y esa diplomacia han disminuido el territorio nacional en dos millones de kilómetros cuadrados.

Ahora cree que es posible amedrentar a los países americanos, con iracundos gestos bismarkianos. Excelente miembro de la casta hispanizante, no sabe que Bolivia carece de potencialidad económica, y que los pueblos explotados por las oligarquía, embrutecidos por la diferenciación violenta de clases, exhaustos de dinero por obra del imperialismo, jamás ganaron guerras. No sabe, tampoco, que esto que él no sabe, lo saben los otros, aquellos mismos a quienes pretende

asustar con un ejército del que está separado por dieciocho mil kilómetros, que él no recorrerá jamás como soldado.

Pero en este desconcertado forjar de órdenes y contraórdenes, en esta confusión de iniciativas y emergencias, nadie oye ni responde. El propio Comando se halla bajo el influjo de la circunstancia, del improntus. Las operaciones figuran la tarea de confeccionar un traje con cendales. Remiéndase aquí, dase una puntada allí, un corte más allá. Todo a prisa, para salir del paso. sin plan, sin organicidad. Un documento de la época, da la más desesperante idea del torbellino que ha sobrecogido al Comando, aislándole de la realidad y poniéndole en los planos resbaladizos y fofos de la ficción retórica, campo ya único en que un general sin tropas ni víveres ni municiones puede actuar, cuando no se da cuenta de que le faltan los elementos indispensables para responder a los imperativos bélicos. "Me sostendré, -expresa el general Quintanilla al presidente Salamanca derrochando melodramática elocuencia- hasta lo imposible con la firme intención de vencer".

A renglón seguido, y como para darse ánimos y consuelos a si mismo, añade: "Militarmente considerada, situación no es de extrema gravedad ". Pero, por si esta afirmación tampoco respondiese más que a ímpetus literarios, agrega. preanunciando lo inevitable: "Ultimo caso, cada paso demos retaguardia. contribuirá aniquilamiento enemigo".* El general, que ha concentrado seguramente en su persona el propósito heroico al decir: "me sostendré", ya pluraliza la acción cuando prevé la derrota, al expresar aquel colectivo: "cada paso que demos hacia la retaguardia". Para él y para muchos, el dilacerante sentido trágico de la guerra, todavía no es perceptible. Sentirla, sufrirla, darla el total de la pasión, es cosa de la gleba, en que se encarna Bolivia. La clase dominadora la conceptúa con el mismo criterio individualista con que toma las funciones públicas coyuntura de encumbramiento y poderío, medio de satisfacer anhelos de figuración.

Es visible en los dirigentes militares de la guerra, -aun cuando Boquerón ya muestra inequívocamente la insuficiencia económica del país para la contienda- el espíritu negativo creado en la casta dirigente americana por el módulo social ibero-colonialista. Hacen pesar todas las obligaciones sobre la clase dominada, y parecen poco menos que incapaces para exigirlas a los dominadores. Frente a la realidad destaca los dos coeficientes: heroísmo popular sin tasa, por una parte; y miseria material del Estado por la otra, no captan el valor de ninguno, como admitiendo que el sacrificio es deber natural de los humildes y la inercia fuero divino de los poderosos.

Ni el comandante de las fuerzas en campaña, que ofreciendo, a título gracioso, mantenerse hasta lo imposible, ni el Jefe de Estado Mayor General

---

* *Radiograma cifrado N° 307 (16 de septiembre de 1932). (CM)*

afirmando, a pura logística, que "si Boquerón responde con buen número de combatientes que le aseguren éxito, podrían fácilmente imponerse en persecución hasta Isla Poi", hacen depender la acción guerrera de otro factor que el del sacrificio humano. Tienen a la vista la evidencia de que el agua y los víveres no alcanzan para mantener un número mayor de tropas.*

Saben que los soldados carecen de armas y municiones; que el transporte de estas se hace, por escasez de carros motorizados, "en largas columnas de borricos."** Y que, sin culpa imputable a personas o instituciones actuantes en el teatro de la guerra, los combatientes perecen por la falta de alimentos, de agua y de material bélico.*** Tantas calamidades no pueden ser conceptuadas como espontáneas, o como efecto de la "mala suerte que persigue a Bolivia", conforme lo expresan eminentes personajes de la política. La mayor falta de

---

* *Los fortines Bolívar, Corrales, Jayucubas, Toledo, Camacho, Loa, Platanillos, "hallanse guarnecidos por pocos hombres por carecer de agua", dice el general Quintanilla en una comunicación cifrada al Estado Mayor General. "Falta agua Boquerón impide reforzar Destacamento Marzana", agrega. "No existe peligro alguno caso realizarse ataque Boquerón o Toledo, -expresa finalmente-, donde concéntrose máximo fuerzas pueden vivir". (El texto íntegro de este documento se halla en el "Manifiesto a la Nación por el General Carlos Quintanilla").*

** *Moscoso, Ibid.*

*** *El coronel Moscoso, refiriéndose a Boquerón, de principios de agosto a mediados de septiembre, dice que "en los cuarenta días transcurridos los caminos se mantuvieron expeditos, de modo que no existe una razón para que no se hubiera previsto el abastecimiento". Evidentemente erróneo es el juicio que luego dedica a los presuntos culpables de tal omisión, diciendo que "el comando del cuerpo transcribió la orden de rendir la vida antes que el fortín, y sin embargo no se ocupó de acumular víveres y municiones para resistir el sitio", pues, por muy previsor que ese comando hubiera sido, no habría dispuesto de los medios indispensables para triunfar, ya que, según Moscoso mismo, "Bolivia fue lanzada a la guerra sin plan de ninguna clase, ni de conjunto ni operativo", y que, aún cuando se prohijara "un plan o una maniobra en los primeros días del conflicto, faltaban los medios para llevarlos adelante". Resulta indispensable esclarecer, aquí, que el autor de "Recuerdos de la guerra del Chaco2, no ha completado aún su obra, y que, por tanto, el señalamiento de las responsabilidades, a base de una valoración histórico-político-económica del suceso, exhibirá las verdaderas causas del desastre, sin recaer en el asercionalismo con que, prensa, corrillo y personajes de la clase oligárquica transforman las fatales consecuencias de su política, -saqueo de riquezas nacionales, impreparación técnica del militar, corruptela funcionaria, desaprensión diplomática, descrédito internacional-, en hechos por entero debidos al ejército. La oligarquía no ha podido hallar mejor cabeza de turco, en verdad, que los militares para desviar sobre estos las tremendas responsabilidades que sólo a la casta dirigente corresponden. El resentimiento popular contra la clase armada es un gran éxito de las logias secretas, el dinero extranjero, los proveedores de armamentos y la prensa que sirve a la oligarquía. De este modo, ésta que es la primera y más directa culpable de la tragedia boliviana, se ha salvado temporalmente de las sanciones. Claro es que todo ello no absuelve de culpas a los militares incursos en actos incalificables a los que abandonaron sus puestos, que se emboscaron, como dice Moscoso, y que se enriquecieron con peculados de guerra-, pero es de justicia considerar a estos como a culpables individuales que de ningún modo pueden comprometer la honradez y el nombre de la institución. Un mal entendido espíritu de cuerpo ha cooperado, eficazmente, en este orden de cosas con la oligarquía, para envolver al ejército en sindicaciones y cargos que sólo competen a los pecadores. No es la primera vez que este factor corporativo atenúa la condenación de los pícaros, dispersándola entre los inocentes. Más tales anomalías sólo podrá enmendarse por obra del ejército, cuando este distinga claramente que no es del celo popular, sino de la perfidia oligárquica que debe defenderse, vale decir cuando identifique a los verdaderos responsables de la catástrofe chaqueña, -mineros, abogados de empresas extranjeras, proveedores de material de guerra, diplomáticos impotentes o entregadores, militares al servicio de intereses creados, periódicos a salario del imperialismo-, y se quite de encima las imputaciones colectivas que se le hace, para aplicarlas a quienes, individual o socialmente, se las merecen. Esa tarea, naturalmente, corresponde a militares que escriben sobre el Chaco, superando el tipo de catalogadores de fechas y nombres con que, salvadas las excepciones, han memoralizado algo de la última guerra. (C.M.)*

los conductores militares, en esta emergencia, estriba en que no imponen el reajuste nacional que la guerra demanda, y se avienen, con un funesto espíritu de sumisión disciplinaria, a ignorar o a callar sobre el origen de las deficiencias que acusa el país en la guerra. No exigen el aprovisionamiento severo e inmediato de elementos sustantivos para la campaña. Admiten la "pobreza de Bolivia", sin reparar en que esta pobre Bolivia produce las riquezas de uno de los hombres más ricos del mundo. Amordázales la ley de las castas, que prohibe malpensar de los de arriba. Convencidos, así de la miseria patria, de la sacra inmunidad que hace intangible al magnate, no evitan la inmolación humana que jamás conducirá a la victoria, porque demanda el aniquilamiento del presunto vencedor... Que yerren al principio, engañados por la ignorante diplomacia boliviana sobre la inferioridad adversaria y se lancen a la lucha en precarias condiciones.* Que ese error se pague con sangre y derrotas. Pero que, percatándose de la verdad, no empleen todo el poder de su fuerza en asegurar la defensa patria exigiendo coactivamente a quienes la han empobrecido, socorrerla y salvarla, no tiene disculpa. Esta es la gran culpa. Solamente la ignorancia de las realidades económicas: país mendicante pero con multimillonarios, puede amenguarla, pues la misma ignorancia es obra de los explotadores nacionales que han reducido la cultura militar a límites absurdos.

La tragedia se prolonga en la terrible angustia de su imprevisible término. "Caso perdido desde el primer momento por la incomprensión del Gobierno y por la imprevisión del Comando", escribe Moscoso. Pero hay que invertir el concepto. La imprevisión es del gobierno, que enfrenta la guerra sin contar con dinero, ni simpatía internacional, ni independencia política. Y la incomprensión es del comando, que hace la guerra con municiones que "al presentarse la situación de guerra no abastecían para unos días de combate"; con "camiones inservibles. Ningún general, en los primeros tiempos de la guerra, habló de que tal pobreza, era la dolorosa consecuencia del gigantesco enriquecimiento personal, disfrutado por un solo individuo. Ninguno paró mientes en que la persistencia de las desventajas económicas, importaba el sacrificio inhumano del pueblo combatiente, y de la propia oficialidad militar condenada a la muerte. Menos, aún, meditó sobre el derramamiento nacional que motivarían las derrotas. En estricto análisis, todos inspiraban su criterio en la concepción

* *"Sobre este punto, -expresa Moscoso-, el gobierno de Bolivia estuvo mal informado; creyó que el Paraguay era un pueblo pobre, sin población, que habían desaparecido los hombres en la guerra contra la Triple Alianza y no quedaban sino campesinos sin voluntad y sin instrucción". Los profesionales de la diplomacia en Bolivia, creen que llenan sus funciones en el extranjero, asistiendo a mesas de bridge y recepciones palaciegas. Rehuyen, entre aspavientos, el contacto del pueblo y aún el de intelectuales y políticos. Chapurrean el francés y pagan maestros de baile. Naturalmente engañan al gobierno con sus informaciones, todas ellas merituándose a si propios. Ya se ha citado cómo un ex ministro en el Paraguay se enteró –a los diez años de haber vivido entre paraguayos-, de que estos preparaban el ánimo del pueblo contra Bolivia. O sea cuando ese ánimo ya costaba cincuenta mil muertos y 300.000 kilómetros cuadrados a Bolivia. (C.M.)*

del encomendero colonial, a quien parecía importar muy poco el exterminio del nativo, el envilecimiento del país indio, el saqueo de las riquezas naturales.

Si hay que responsabilizar a los conductores militares de la guerra, es principalmente, a causa de que obraron como si fuesen patronos extranjeros y no aborígenes bolivianos. Pensar, sentir y proceder así, desoyendo absurdamente las advertencias importa deliberación y conciencia del error, de la realidad que parecía darles de empellones para ponerlos en el camino cierto. Frente a la realidad los prejuicios del hispanismo, las mentiras diferenciadoras de razas, la superchería de los privilegios económicos, mostraban su descarnada falacia a sostener, sin víveres ni municiones, una guerra, es incontestablemente absurdo, y ello solo bastaría para absolver a los derrotados, por la misma fuerza exculpatoria que la desventaja insuperable tiene. La deficiente preparación profesional de los militares, -imputables más a los gobiernos que a los mílites-, puede atenuar las responsabilidades inherentes a conducción técnica de la campaña.

Pero el conformismo con el bárbaro régimen económico del país, no tiene disculpa. Los altos comandantes no podían desconocer que la acción militar de Bolivia hallábase entrabada por las mismas cadenas con que se mantenía engrillado al pueblo durante la paz. No podían ignorar que, el empleo decidido y copioso del dinero, podía remediar en absoluto las mortales fallas del primer instante. Que los pésimos caminos, los escasos carros a motor, el mal armamento, las exiguas municiones, la carestía de instrumental técnico de guerra, la falta de agua y de víveres desaparecían al empuje del oro, transformándose las deficiencias en ventajas. Resignáronse a la salvaje injusticia creada por los economistas oligárquicos: indefensión patria y poderío particular, fronteras desguarnecidas y millonarios nativos asombrando con su fortuna a Europa. Semejante situación habría sido corregida inmediata e implacablemente en cualquier otra nación del viejo mundo. Los dirigentes militares o civiles de Bolivia no consideraron siquiera tal problema que es "tabú" para la casta dominadora. Y así sobrevino la catástrofe chaqueña, por causa primera y convergente de la falencia económica del Estado. Porque las derrotas, aún cuando resultasen de la incapacidad estratégica o táctica, la falta de moral, cívica, la carencia de abnegación de los hombres de guerra, alimentan sus raíces en la calamidad económica boliviana, que no permitió sostener una sola escuela de enseñanza y educación militares, capaces de formar grandes comandantes. Epoca hubo en que los cadetes bolivianos vestían harapos y la oficialidad ignoraba la existencia de ciertas armas empleadas en la guerra europea de 1914.

El falseamiento del espíritu nacional primero por la subsistencia del colonialismo español y después por la disciplina de marca prusiana, dio estos frutos negativos y fatales para la patria. Los hombres habituados a obedecer,

no podían rehusarse a luchar sin municiones y sin víveres. Los herederos del advenedizo español, no podían alarmarse ante la desgracia de la tierra indiana. Sensibilidad y cultura extranjeras, impidiéronles comprender o sentir el drama en su exacto valor histórico y emocional. Por eso resulta perceptible, sobre todo en la primera etapa de la guerra, ese algo de postizo y melodramático, de inusual y aún de incomprensible que caracteriza la conducta de la casta directora. Proclamas bélicas y notas diplomáticas, parecen obra de generales y estadistas de una aplastante potencia europea. Las ideas dominantes en cancillerías y altos comandos, diríanse de tufo imperialista. La capa conductora se coloca muy encima del conflicto. Sus vacilaciones y contrasentidos, -por ejemplo cuando rehusa la paz y no obstante, paraliza la movilización-, acusan el desconcierto que sobrecoge a los hombres cuando no saben cómo detener la maquinaria que han puesto en movimiento. Como las masas populares no profesan ideas ni sentimientos extraños a su raza y a su medio, se sienten paralogizadas ante las contradicciones de belicosidad y timidez que muestran los directores de la contienda. Si el hispanismo y el prusianismo hubieran penetrado en su naturaleza, podrían explicarse lo que sucede. Sabrían, así, que las teatrales arrogancias diplomáticas importan burdas copias de la viejísima técnica de ficciones y embelecos de las cancillerías europeas. Lo trunco, lo incompleto. lo dudoso, acompaña siempre a todo ímpetu artificial. Poco a poco la guerra. que no admite simulaciones, irá enseñando a los bolivianos a ser bolivianos. a desconfiar de lo foráneo, a maldecir de la funesta manía extranjerista, elemento de confusión y de caos en el Estado mayormente indígena del nuevo Mundo.

ANEXOS:

DIARIO DEL TENIENTE GERMÁN BUSCH, EN BUSCA DE LA MISIÓN DE ZAMUCOS

25 de marzo al 5 de noviembre de 1931

Campamento N° 1-2 Kms. Del Palmar de las Islas.

25 de marzo de 1931

Hoy te he escrito esposa de mi vida, te he escrito una carta llena de cariño pero así también te doy a entender que estoy contento, muy contento porque sé que me amas y que tu única ocupación es pensar en este tu esposo ausente y guardar con ese cariño de madre a nuestro hijito amado. Pero también mi corazón me impone decirte algo más de verdad acerca de mi estado; el corazón que ama por más que tenga firme convicción de que ese su amor es correspondido con la misma intensidad y quizás aún más, nunca jamás está contento lejos de ese amor, porque ese amor deja en el corazón ausente un rinconcito oculto y vacío, que sólo es llenado con la presencia de la amada. ¡Oh! Que pena y que tristeza me embarga en este momento en que veo alejarse pesadamente y muy lentamente a ese carro que conduce ese pedazo de mi corazón transformado en un simple papel lleno de garabatos y que muy pronto estará en tus manos, ¡cuánto no quisiera en estos momentos ser ese miserable papel!, que dicha la mía estar siquiera un segundo a tu lado para estrecharte entre mis brazos, llenarte de besos, así como también a nuestro amado hijito. Oh esposa mía quisiera poder descifrar tal cual son los sentimientos de cariño que en estos momentos llenos de un profundo silencio se apoderan de mi corazón. Por fin el sonido que produce el eje del carro se pierde, se apaga para no oírlo quizás hasta cuando, un suspiro largo muy largo se le de lo más profundo de mi ser, y siento ganas de llorar, siento ganas de correr en alcance del carro para que también a mí me lleve mi dulce, mi bien amada esposita. Pero en momentos en que me siento enloquecer viene a mi mente la idea del deber, del sacrificio y me digo ¡no!, soy soldado y mi designio es el sacrificio y luego una voz oculta me dice, cumple con tu deber y hay que seguir adelante, siempre adelante, tiempo habrá en que verás a tu amada y a tu hijo. Estas palabras llevan a mi corazón la tranquilidad y la calma y con ella la sumisión, al sacrificio y la resignación a esperar que pase el tiempo, pues en estas selvas es lo único que se puede hacer, esperar...

* * *

Campamento Nº 2, 30 de marzo de 1931

A mi amada esposita:

Como ves por la fecha que antecede pasan ya varios días que no te escribo. pero no creas que durante este lapso de tiempo te haya olvidado, no, esposa de mi alma, en todo él te he recordado con la misma intensidad y vehemencia que en este momento en que te escribo, me encontraba tan triste que el hecho de ponerme a escribirte sentía que se me ahogaba el corazón, como si esta nuestra separación fuera eterna y que nunca más podría verte, pero ahora no sé por qué estoy más contento y resignado, mi corazón está raro, lo siento contento pero no con ese contento que sé sentir a tu lado, siento algo raro que me molesta y hasta casi me aturde, nunca al separarme de ti he sentido semejantes emociones. hoy me parece que mi amor es muy grande y estoy convencido que sin ti mi bien amada esposita no podría vivir, te amo demasiado para poder vivir lejos de ti y si no hubieran tantos mosquitos que apenas lo dejan a uno escribir, te dijera que te vengas cuanto antes a mi lado con mi idolatrado hijito que tanto lo extraño, ¿cómo está? Me lo cuidas mucho y me lo cariñas, ¿le hablas siempre de su papacito que hoy se encuentra tan lejos de él y pensando siempre en él?

* * *

Campamento, 4 de abril de 1931

Qué te diré ahora, maridita de mi vida, en este momento en que acaba de retirarse el único amigo y camarada que vino desde su fortín a visitarme. porque para él también se hace insoportable la soledad. Los recuerdos vuelven a bullir en su densa desenfrenada en mi cerebro, siento una inmensa tristeza que me abruma y me vienen ganas de aturdirme, de hacer que el tiempo que aún me resta estar lejos de ti pase lo antes posible, pero nada me hace cambiar voy al trabajo y trabajo como un soldado hasta quedar casi agotado, pero luego viene el descanso y otra vez surgen en mi mente, tu imagen y la de mis hijitos. y te veo en ti pálida, muy pálida y delgada, a nuestros hijitos también los veo pálidos pero juegan y se divierten, solo tú amada esposita, alma de mi alma estas enferma, ¿qué te pasa amor mío? ¿qué sientes? ¿sufres tanto por mi ausencia? No debes sufrir, debes estar orgullosa y feliz al tener un esposo que desde el centro de los bosques y en esas inmensas soledades solo piensa en su amor, en su tesoro que no hace otra cosa que invocar tu nombre y decir una y mil veces, Matty, Matty, amada mía, tesoro de mi corazón, ¿cómo estarás? ¿cómo están nuestros amados angelitos?, no sufras, no me llores que muy pronto terminarán los trabajos y entonces estaremos juntos, muy juntitos y abrazados tan estrechamente, tu cabecita de oro apoyada en la mía, contemplaremos las travesuras de nuestro hijito que se encuentran tan lejos de nosotros, pero que con sus vocecita melodiosa y angelical le preguntará a su abuelita, abuelita ¿dónde están papacito, mamacita y nenito? Y ella entonces le contestará hijito.

ellos están muy lejos, trabajando, para que tú y tu ñatito sean felices, pero muy pronto volverán y te comprarán muchos y variados juguetes, entonces podrás divertirte mejor.

* * *

Campamento, 5 de abril de 1931

Esposita mía, hoy ha sido un día lleno de sorpresas para mí, salí en exploración en busca de agua o algo que como militar me interesara, pero después de una larga jornada encontramos en medio bosque primero unos gruñidos a mi pregunta sobre qué era eso que se oía al soldado que me acompañaba, me dice: "son los meleros que seguramente tienen alguna hurina empacada", efectivamente ví a la urinita parada con las patitas un poco abiertas, la lengua salida, la boca abierta, ¿qué le pasaba? Estaba cansado el pobre animalito, seguramente harían unos tres días que los meleros la perseguían sin darle tregua y ahora no puede huir, ya no tiene aliento para dar un salto, se encuentra el pobre animalito extenuado, y entre tanto los malditos meleros que son en número de tres la pechean para voltearla, estaban en este afán cuando llegamos inmediatamente hice puntería sobre uno de estos disparé y cayó, a la detonación del disparo los otros huyeron, la hurinita permaneció en su puesto no podía moverse, llegue donde se encontraba ella, tampoco se movió, sólo me miró con unos ojos lánguidos y tristes, la palmee, le sobé el lomo, luego comprendí que podía estar muerta de sed, destapé mi cantimplora con agua y haciendo un hueco mi mano le aproximé a la boca que aún permanecía abierta, le mojé con agua la cabecita y pronto comenzó a convalecer, pues le salía sangre de la nariz, después de un rato casi largo, recién puede tomar agua y lo hace con tal avidez que me llena de contento verla ya restablecida, pero no después se echa a mis pies, yo seguía sobándola. Luego me acuerdo del melero, estaba muerto, el tiro fue bueno, lo examiné, es un animalito antipático, y muy largo de color negro, se alimenta de sangre, no come carne y, me explica el soldado, a sus presas no le dejan una gota de sangre, toda se la beben. Como ya eran más o menos las 12 decidí quedarme allí a descansar y devorar el tapeque que consiste en mote y charque, lo como con bastante apetito y sigo contemplando a la hurinita que permanece echada. Después de descansar reanudo mi marcha en busca de agua, la hurinita entretanto se levanta al vernos marchar y nos siguió más o menos unos tres kilómetros, luego no sabemos de ella, ha desaparecido, yo no quise acordarme más de ella, seguramente en este momento estará feliz en algún pastizal. Avanzamos de nuestro campamento una cosa de 15 kilómetros y al regreso lo hicimos haciendo un círculo o mejor dicho dando una vuelta; así permanecimos andando un buen tiempo sin encontrar absolutamente nada. Ya casi decepcionado y preocupado por no encontrar agua más delante de mi campamento, al que deseaba dejarlo por razón de que la distancia a recorrer

a la picada ya era grande y se hacía cada vez más fastidiosa hacer semejante recorrido cuatro veces al día, fuera de que a este campamento la provisión de agua aún la hago del palmar que está a 6 Kms., en carreta que tarda tanto. Así continuaba andando cuando llegamos al tronco de una que es el árbol más alto que tenemos en este interminable, después de observar el árbol le indico al soldado que subiera, para ello lo hago, subir a mis hombros a fin de que pueda alcanzar un gajo que está un poco alto; una vez que el soldado ya alcanzo a subir a los gajos más elevados, yo me retiré del tronco y me alejé de él, en busca de algo que yo mismo no comprendía, estaba así andando y mirando el suelo por que hay mucha espina y estos pasan la suela de mis botas, cuando de repente mis ojos se clavaron en un objeto cuadradito lleno de tierra, me aproximo a él, lo levanto y lo sacudo y veo que es un pedazo de tiesto, un poco grueso y rayado en una cara; lo llamo al soldado que ya se había bajado desconsolado porque nada vio y le digo, ¿quién ha podido hacer esto? El soldado lo examina. lo observa y luego me dice, esta no es obra de los bárbaros, porque los de estos son delgaditos y pulidos, todo lo contrario, entonces yo le digo bien no es obra de los bárbaros, pero es de las misiones de los frailes que han venido acá ahora dos siglos y medio, estamos pues en los dominios de .....

Además por acá debe haber agua, algún pozo sigamos adelante. Así lo hicimos, no habíamos andado un kilómetro cuando tropezamos con un caminito de anta, buen indicio, por que estos animales son muy precavidos, antes de llegar a las aguadas hacen sus caminos para llegar a ellos sin hacer el menor ruido por sí hay algún otro animal de mayor poder que él, esperar a que se retire. Seguimos el caminito y a unos cuántos metros, encontramos un pozo. ¡qué alegría! Qué satisfacción la de ese momento. Lo primero que hago es probar el agua, muy rica, es de lluvia, el pozo es artificial, le rodea una lama que no es otra cosa que la tierra escarbada, ahora muchos años y ella me comprueba que lleva la misma ruta que la de los jesuitas misioneros. El pozo queda a la izquierda de la picada más o menos a 15 metros y mañana mismo comienzo con el traslado allí permaneceré hasta encontrar alguna otra aguada más adelante....!

* * *

Campamento, 7 de abril de 1931

Desde ayer estoy instalado en mi nuevo campamento, a las 12 y ½ más o menos regreso del trabajo un poco cansado y fatigado por el sol el que es muy ardiente, cuando de pronto diviso a lo largo del camino que es completamente recto y muy lejos un puntito negro, después de un momento de observación distingo que es un jinete, ¿quién podrá ser? Algún soldado del fortín Ravelo que manda el subteniente Pinto, no es posible, ayer nomás estoy recibiendo carta de él, en la que me dice que a más tardar estará a mi lado el 23 de éste, fecha

en que terminará su casa y entonces ¿quien podrá venir?, esperemos me digo, muy pronto sabremos quien es.

Efectivamente, después de unos minutos ya podemos distinguir y despejar la incógnita, es el subteniente Pinto que parece un don Quijote pero en su caballo negro, con un sombrero de alas anchas y que seguramente en nuevo fue blanco, hoy tiene un color amarillo negrusco, por el tiempo de uso que lleva prestado, su barbilla poblada muy escasamente por algunos pelos largos que le dan un aspecto raro y extraño, con todo siento una gran emoción de alegría al verle tan inesperadamente, ya próximo a mi salta de su caballo y viene a encontrarme, sus palabras solo se limitan a estas: "hermano camarada" y me abraza, yo también solo puedo articular la palabra "camarada", pues mi garganta se ahoga de júbilo al ver al único amigo y camarada en estos bosques tan profundamente silenciosos. Luego de pasada la impresión le digo ¿y qué viento tan en hora buena te ha traído hermano mío? Y me contesta, tú tienes la culpa, no puedo estar lejos de ti, quiero estar contigo para disfrutar juntos las impresiones que la exploración nos brinda, adelante la soledad me mata, me aterra, y hoy que es Semana Santa quiero que la pasemos juntos; pero sí la Semana Santa hace tiempo ha pasado en los primeros días de abril, él se asombra y me dice después de una pausa, bien, no importa, en los días santos he trabajado como un burro por que lo ignoraba, ahora será para mí recién Semana Santa y tengo de todos modos, derecho al descanso, yo asiento con la cabeza y lo vuelvo a abrazar. He traído conmigo una botella de vino para beberla contigo, pero a él y ni a mí nos gusta, entre tanto yo saco una botella de coñac que aún tiene 4 dedos y preparo un ligero aperitivo, hago una mezcla con limón, fernet y azúcar, resulta espléndido. Tomamos, nos entusiasmamos un poco, pues con nuestra alimentación tan pobre nuestro organismo se ha debilitado y bastan unos tragos para cambiar de genio, hablamos de todo, me dice que estará hasta el lunes y yo le replico y le digo que hasta el miércoles, de todos modos, allí su clase al no ver a su oficial lo reemplazará y nada se pierde, él queda satisfecho con mi resolución; entre tanto mi asistente se afana por hacer un buen almuerzo, sabe muy bien cuando quiero a un camarada y se inventa platos. Almorzamos con un buen apetito entre charlas y proyectos para el futuro.

Pasó el día alegre para ambos, materia de charla no nos faltaba. Llega el día de su partida, día triste y doloroso para ambos, se nos estremece el cuerpo al pensar que nuevamente estaremos separados, solos, sin otra compañía que la de nuestros soldados que son unos estúpidos, unos animales que sólo piensan en comer, nada se puede charla con ellos. En fin esta soledad durará hasta el 25, son pocos días que con el aturdimiento del trabajo pasará inadvertido, sin sentido.

* * *

Lunes, 20 de abril de 1931

Los días han transcurrido sin que nada alterara la vida de costumbre, y hoy he resuelto salir de exploración hacia delante en busca de agua para el cambio de campamento; salgo con el dragoneante y el soldado Surubí, llevando el avío, andamos como dos horas, cuando encontramos una senda de auto, buena señal, seguimos la senda para ambos lados y ver de esa forma donde quedaría la aguada, al poco tiempo encontramos una poza pequeña pero con agua sino abundante por lo menos lo suficiente para algunos días. Como todo lo circundante al pozo se presenta limpio y de trecho en trecho montoncitos de basura que el agua en su corriente arrastra, pero que son detenidos por troncos de árboles y los que indicaban que el agua se dirigía hacia el Este, resolvimos andar más hacia este lado, encontrando a corta distancia una buena sorpresa agradable, pues un cañón hermoso, casi como un río se presentó a nuestros ojos, la alegría que brotara en nuestros corazones era sin límite inmediatamente cada uno sacó su jarro y lo metió al agua para tomar y ver el gusto, resultando de excelente calidad, simultáneamente un calor intenso, pues era aproximadamente la una de la tarde, aumentó aún más nuestra alegría al sentir el piso firme y la profundidad de 1 metro 10 centímetros de profundidad más que suficiente para nadar y hacer más agradable el baño. Estuvimos en el agua cerca de una hora; luego ordenó salir y vestirse para recorrer el cañón el que así lo hicimos teniendo más o menos 2 kilómetros de agua y el ancho quizá entre los 20 y 40 metros; durante este último recorrido encontramos muchos campamentos de bárbaros, poco antes abandonados. Después de semejante hallazgo nos regresamos, una vez en mi campamento reúno a mi tropa y les comunico lo encontrado y les digo que espero hasta el sábado podamos trasladarnos, pues sólo distaba de la picada 3 y ½ kilómetros.

* * *

Viernes 23 de abril de 1931

Se me presenta un caso difícil, los víveres son muy pocos, apenas tenemos para 8 días y no hay esperanzas de que nos llegue de Roboré. El carro grande que debía proveernos se encuentra en Ravelo donde está el subteniente Pinto construyendo una casa, aún no ha concluido el trabajo, pero el estómago se impone y resuelvo, mandar el carrito pequeño que lo utilizo para mi cambio de campamento y cuando la aguada se encuentra muy lejos para el acarreo de agua, el fortín Ravelo para que el subteniente Pinto que debe venirse mañana, lo haga en el carro grande que tiene, salga inmediatamente a Roboré, además dispongo que se adelante una comisión de dos soldados llevando 3 mulas para que nos traigan algunos víveres por lo pronto; hasta mientras comienzo a cambiar mi campamento, la picada se encuentra a la altura del cañón y solo dista a la picada 15 metros, mi tropa está alegre, pues ahora puede bañarse y

asear su ropa en el anterior campamento hasta el agua para tomar esa medida, no debía votarse una gota de agua inútilmente.

El traslado se ha hecho en la mañana y son las 12 del día, hora de almuerzo, viene mi asistente Francisco Tomichá y me indica que el almuerzo está servido, me siento a la mesa y tengo a mi vista la comida de costumbre, un plato de majao, arroz y charque, nada más, como no hay otra cosa que comer le hago buena cara y comienzo a comer. Concluido el almuerzo me recuesto en la hamaca y me lanzo al camino, efectivamente se distinguen dos jinetes y me digo debe ser el subteniente Pinto que debía venirse mañana y hoy se adelanta; seguramente ha encontrado el carrito chico que va a su fortín y conocerá la causa del viaje. Pensaba en todo esto, mientras esperaba que lleguen, al fin distingo los carros, son dos soldados, los dos montados y el uno tras un mulo de tiro, cuando se encuentran junto a mí les digo ¿a qué se debe la venida de ustedes?, uno de ellos me contesta después de la presentación militar, traigo una carta y la orden verbal del teniente Pinto para llevarlo, ¿cómo a llevarme? ¿y que voy hacer allí?, no sé mi teniente. En fin me digo veremos lo que me dice la carta la que es como sigue:

Mi querido y recordado hermanito:

¡Oh! Cuánto silencio, cuánto tiempo sin vernos, no saber el uno del otro nada y en estos montes que son tan tristes; pero en fin no ha sido por nuestra culpa. Mi Germán, yo creo que no me dejarás con el gusto que tengo de tenerte unos días acá, pues te tengo preparadas buenas cositas, agua abundante para que te bañes, buenos y ricos biscochitos de maíz, dulces, quesitos, etc., etc., y sobre todo el gran placer de verte aunque ya estaré contigo y quizás nos vayamos juntos, también quiero que me hagas algunas indicaciones sobre la casa que aún es tiempo de aumentar o disminuir, de manera que tienes que venir de todos modos, para lo cual te mando el caballo y los dos mulos para que me traigan víveres que ya no tengo, estos serán arroz, frejol, maíz de ambos, en su mayoría dura para la tropa y un poco de maíz blando para nuestros biscochitos, ni existencia actual de víveres es, media bolsa de frejo y media de arroz y no hay esperanza de que llegue carro ni que venga nadie, solamente a ti te espero con urgencia, no hay motivos de disculpa, el otro .... y llegué acá a las 10 y ½ más o menos, el caballo anda muy bien.

De modo que te espero el sábado a almorzar, no almorzaré hasta que llegues. Me parece que no te perjudicas dejando al clase la tarea y las indicaciones necesarias, además no hay ningún cuidado puesto que ya tienes explorado hacia delante.

No quiero preguntarte de tus trabajos, puesto que ya me los contarás personalmente, de manera que mi buen Germán hasta el sábado a las 11.

Tu hermano que verte desea.

Armando.

Te espero el sábado, te espero, te espero, etc., etc.,

Ojo: Te mando un quesito y un tarro de dulce.

Después de terminar la lectura de la carta que antecede, como es natural me dejé en los primeros instantes estupefacto, las ideas se agolpaban en mi cerebro sin saber cuál de ellas acoger. Pensé en los víveres, yo estoy igual que él y mi tropa es mayor a la suya pero en fin, le mandaré 5 libras de arroz y 6 de frejol, yo aquí salvaré la situación disminuyendo en el rancho el grano y aumentando la carne, pues aún me restan 5 novillos de carneo para un buen tiempo y como no es posible tener más adelante... por falta de pasto, en la carta al comandante del escuadrón le pido mandarme desde el próximo junio charque y para el aprovisionamiento de agua y cambio del campamento el camión; pero ahora lo principal es que estos animales que han venido hoy son los que deben salir mañana a Roboré. Pero también me entró la incertidumbre de que Pinto podría dejar para pasado mañana el viaje de los mulos y en tal caso perdemos un día o sea un día más quizás de hambre y resolví viajar yo inmediatamente a Ravelo para hacerlos marchar y no quedarme en la incertidumbre si saldrían o nó por víveres.

Salí de mi campamento a las 16 y 30 y llegué al de Ravelo más o menos a las 22 horas. Encontré al amigo y camarada Pinto durmiendo, pues él me esperaba para el día siguiente, la sorpresa que sintió fue lógica, le puse en antecedentes y me manifestó su aprobación. Después de larga charla sobre nuestra situación nos dormimos y al día siguiente salió la comisión muy temprano. El día transcurrió lo más alegre, él me charlaba sobre sus proyectos de construcción de la casa y lo que se podía hacer en el fortín teniendo brazos, en fin se inspiraba, yo le hablaba sobre mi picada, mis exploraciones y lo que supongo encontrar más adelante y al oír todos mis planes se desespera, pues está loco por estar a mi lado. En vista de que la casa para estar concluida necesita está próxima semana más resuelvo venirme a mi campamento, sólo el domingo 26 por la mañana y así sucedió.

Llegué a mi campamento el mismo día por la tarde y me dan el parte de que el sábado 25 por la mañana habían salido los bárbaros al río, y viendo el peligro en que se encontraba la tropa, el clase (dragoneante Galindo), salió con tres soldados en su busca, encontrando a la tropa de bárbaros a los 100 metros del río. Luego el dragoneante, indica a los soldados hacer una descarga al aire para que huyeran y se alejaran de nuestro campamento, pero en lugar de suceder esto se aproximaron con sus flechas a disparar y otros con sus macanas, viendo tal actitud dispararon nuevamente sus fusiles, pero ya haciendo puntería, mataron a tres, dos hombres y una mujer, es por creerla hombre, pues estaba tan desnuda como estos y había llevado en la espalda una criatura de sexo femenino de seis meses, la que también con el tiro que recibió su madre fue también herida muriendo inmediatamente. De ellos recogieron los soldados varios tejidos que hacen de garahuata, igualmente flechas y macanas, lo miso

que cantaritos de barro, unos vacíos y otros llenos de semillas de mate, sandía, frejol y sal.

Informado de lo sucedido se apoderó de mí una gran tristeza, y más aún al pensar que quizás yo hubiera evitado estas víctimas, por que aunque sean bárbaros como animales son también humanos y conceptúo como un crimen al victimar a esta pobre gente incivilizadas que son como criaturas que no comprenden nada porque todo lo ignoran.

La pena y sufrimiento que aún más me aturde es de la pobre mujer y la criatura. ¿Cómo hacer semejante crimen? ¿Qué culpa tenía esa pobre criatura? ¿Qué daño podía causar?.

El clase y los soldados que han actuado ante mis ojos no son otra cosa que asesinos cobardes por que se podía evitar ese sangriento acto de otra forma, pues quizás ellos no hubieran provocado y sólo vendrían al río a proveerse de agua, pobre gente que sufre tanta miseria....

En fin, no hay más, todo está hecho, el crimen se ha consumado, nada se puede hacer, he reprendido a los actuantes, los he reprochado y hecho notar su cobardía.

El lunes 27 por la mañana he cruzado el río para ver los cadáveres en el monte, solo he visto dos, no me ha sido posible ver más, la fetidez es insoportable, los cuerpos están en festín, tironean el cadáver, le sacan jirones de carne ya corrompida y todo ello me ha puesto muy nervioso y descompuesto horriblemente. Siento que la cabeza me da vueltas, no puedo concentra mis ideas, me parece ser yo el asesino y me horrorizo y maldigo la hora en que fui a Ravelo, causa de semejante desdicha, pero en otra aunque tenga gran necesidad de dejar a mi tropa no lo haré, la lección ha sido terrible y hasta cierto punto cruel conmigo, ¿pero quien puede ser adivino de lo que pasaría? ¿por qué no sucedió esto, cuándo me encontraba en el campamento? ¿ por qué esperar a que yo me ausentara? Cosas del destino y él es el causante, una razón más para creer con esto es, el... al camarada Pinto llamarme con tanta insistencia y presentarse la escasez de los víveres, Dios me perdonará, pues él ha querido que el drama se preparase en tal forma, inesperada, brutal y salvaje.

El 29 , nuevamente saldré en exploración, la picada queda bastante lejos, a mi actual campamento y se hace necesario buscar agua, aunque donde encontrar un cañón como el que me veo obligado a dejar, pero no se puede hacer en otra forma, ya escribiré sobre lo que encuentre más adelante.

* * *

Kilómetro 35. 29 de abril de 1931

A las 5 de la madrugada salgo en exploración acompañado del dragoneante Galindo y el soldado Pérez que lleva el tapeque, él que hoy es más pobre que en las anteriores exploraciones, pues hoy solo llevamos un poco de charque

para todo el día, los víveres que tenemos que sólo consiste en arroz y frejol, es escasamente y eso disminuyendo la ración para el tiempo que tardará la comisión enviada a traer víveres de Roboré.

Felizmente la exploración es muy feliz, a los pocos kilómetros hemos encontrado dos cañoncitos con bastante agua, pero en todo caso menos abundante que el que actualmente se encuentra en mi campamento. De todos modos salva la situación y el sábado 2 de mayo me trasladaré al cañón de más adelante, para allí esperar la llegada del camarada Pinto que según me indica en su última carta estará el domingo. Por supuesto está noticia produce un gran afecto en mi estado de ánimo, y no hallo hora por que llegue el domingo para compartir juntos. Lo peor es que no tengo con que esperarlo pues como he dicho anteriormente todo se me está concluyendo; el azúcar que es un artículo tan necesario hace tiempo que se me concluyó y mi desayuno consiste en un jarro de mate amargo, y el pobre estómago no tiene más que conformarse con lo que hay; en fin el amigo Pinto comprenderá y quizás su situación sea igual que la mía.

Bien pues, siguiendo con mi exploración después de encontrar los dos cañoncitos seguimos adelante para ver con que otras cosas podríamos encontrarnos, efectivamente siempre hallamos algo de novedoso, en primer lugar tropezamos con varios campamentos de bárbaros y al parecer son muchos pues cada campamento se compone de 30 a 40 chozas y por último encontramos huellas fresquitas de estos mismos, seguimos la huella por que precisamente se dirigía al sud, anduvimos como tres horas sin descanso cuando de improviso se nos pierde la trilla y según opinión del dragonante Galindo que es bastante conocedor, me dice: que muy próximos al lugar donde nos encontrábamos han debido hacer su campamento, pues ellos faltando unos cientos de metros donde ubicarán su campamento se dispersan para despistar y borrar la trilla. No hay duda que entré en curiosidad y deseaba sorprenderlos, para ver lo que hacían en estos momentos pero desgraciadamente ya caía la tarde, y nos encontrábamos bastante lejos, que me ví obligado a desistir e mi deseo, teniendo que regresarme. Pero como el domingo llega mi camarada, el martes podré salir con el y ya entonces andaremos a más es decir que mi campamento se encontrará unos 3 kilómetros del actual y la picada quizá hasta el lugar donde llegue, teniendo por fuerza que salir muy luego y andamos aún en busca de otra aguada para el cambio de campamento.

Llegue a mi campamento más o menos a las 18 y no haría una hora que me encontraba en él, recostado en mi hamaca y tomando mi matecito amargo con mi consolador cigarrillo, cuando de repente se deja oír un traqueto de dientes, pues era un ruido estremecedor que venía de lado del cañón, inmediatamente me incorporé, tomé mi pistola y viene mi asistente un poco asustado y alegre al mismo tiempo y me dice: Mi teniente, ¡los puercos!, Mientras sucedía esto,

apareció la tropa ya anoticiada. Yo también tomé un fusil y me fui y me aposté al camino del lado del cañón a los primeros disparos huirán para este lado con el fin de internarse para el monte. Así sucedió, se sucedieron algunos disparos y al poco rato comenzaron a cruzar el camino despavoridos los pobres animales, yo hice dos disparos matando dos puercos, el otro seguramente, pues es de advertir que la noche ya había entrado y la luna recién estaba por despuntar de tal suerte que solo se dirigía el cañón al bulto que apenas se distinguía. En total cazamos 8 puercos, los soldados se están asando cada uno una pierna y otros costillas, en fin se han distribuido la carne, pues estos hombres son capaces de comerse en un abrir y cerrar de ojos un enorme toro, yo les digo y me divierte verlos como comen con tanto gusto hasta que yo también he entrado a la danza y me he escogido la costilla más gorda y personalmente la he asado para devorarla también sin ayuda del vecino.

En resumen parece que nos estábamos volviendo salvajes.

El dos de mayo como había dispuesto ya anteriormente, ordenó batir carpas y arreglar todo para comenzar de inmediato con el traslado del campamento. El frío que en ese momento se sentía era intenso, pues toda la noche llovió y sopló un viento sur fuertísimo, la noche fue terrible y casi todo ella la pasé tomando mate amargo porque azúcar hacían varios días que nos conocía por otra parte también el agua se escurrió por la carpa por todas partes y más parecía que llovía adentro de ella que afuera. Pero en fin se hacía necesario cambiar de campamento para comenzar el lunes el trabajo con menos molestias. Así se hizo y me encontraba en el campamento viendo que no quedaran herramientas u otros objetos que en tales circunstancias siempre suceden. En uno de esos momentos de inspección me dirigí a la picada que se encontraba a unos cuantos pasos a la derecha del campamento y distraídamente dirigí la mirada al norte del camino y distinguí a lo lejos un bulto, después de un momento de observación llegué a constatar que era un hombre el que venía, y creí que era uno de los soldados que tengo en el palmar de las islas al cuidado del ganado, como estaba solo esperé tranquilo al fin se despejó la incógnita, es un soldado de Ravelo; apellida Rivero, que viene mandado por mi camarada Pinto como itinerario, éste me comunica que el Tte. Pinto llegará hoy con el resto de su tropa y que por lo tanto los esperase con almuerzo. Mi alegría fue grande e indescriptible, pero también sentí cierta pena, no tenía que invitarle a su llegada, incluso el almuerzo era carne con agua salada pues los víveres ya se habían concluido un día antes y no había esperanzas de que nos llegasen del Roboré, pues según mis cálculos faltaban 3 días para que llegara la comisión enviada en mulos de Ravelo. Calculando la hora de la llegada de mi camarada salí a su encuentro a un kilómetro de mi nuevo campamento donde al llegar ya lo distinguí y muy luego nos estrechamos; me contó de su famosa casa, que gracias a Dios ya estaba concluida, su situación en Ravelo sin víveres de o que ni viniendo acá

se libraba, pues caía en lo mismo, es decir a tomar por desayuno mate amargo puro y por almuerzo y comida carne y agua cocida con sal, pero entre dos se la puede pasar mejor por lo mismo que es más fácil engañarse a sí mismo.

Así pasamos hasta el miércoles 6 de mayo; fecha antelada, porque en ella esperamos la llegada de la comisión que nos sacaba de hecho de esta situación desagradable y ante todo yo lo esperaba con más ansia por recibir cartas de mi adorada esposita y tener noticias de mis dos hijos idolatrados, pues ya van para dos meses que no sé en absoluto nada de ellos.

Felizmente el correo ese día no se hace esperar mucho nos sorprende con su llegada a las 3 de la tarde. Hacemos descargar los malos, pedimos cartas y mi camarada Pinto se lanzó sobre los periódicos que de La Paz su familia le mandaba. Desgraciadamente estos últimos llegan impregnados de chancaca, pero ello no es un obstáculo para quien está sediento de noticias.

Entre los víveres nos llega el anteriormente citado chancaca a falta de azúcar, conservas, dos botellas de vino que no le hacemos caso porque no nos gusta. Después de comer un buen pedazo de empanizado comenzamos por preparar en agua, con todo el día fue espléndido, toda la tarde nos ocupamos de comer y endulzar nuestros labios que bastante tiempo llevaban sin gustar de semejantes golosinas.

La carta de mi esposa, llena de cariño, de amor y dulzura, la leo, la vuelvo a leer y siento que mi alma se trasborda en una inmensa alegría al saber que allí los míos están sin novedad al saber que además mi hijito primogénito que se encuentra en La Paz sanito y cada día más vivo y cariñoso para con su papacito. En fin las noticias sabidas de La Paz y Roboré son intensamente saboreadas y comentadas con mi buen y único amigo Pinto.

Ahora que tenemos víveres dispuse salir el viernes 8 en exploración para adelante en busca de agua, salimos ese día muy temprano y nos ocupamos de andar todo el día, encontramos más o menos a las 2 leguas de nuestro campamento una laguna grande, a la que no sabíamos que nombre ponerle, el amigo Pinto quería al comienzo que se llame la laguna de los tres patitos, por haber encontrado allí tres patitos pequeños, pero como yo le dijera que es muy largo opinó por que le pusiéramos el nombre del ave que no hizo llegar hasta allí el que se llama Taparé que es un ave grande y muy bonita, que siempre vive en agua abundante, en esta virtud le llamamos la laguna del Taparé. Después de dar la vuelta a toda la laguna nos dirigimos al campamento, para trasladarnos a la citada laguna tan pronto nos sea posible.

* * *

11 de mayo de 1931

El trabajo desde mi vuelta en mi anterior exploración se ha intensificado. mi anhelo es llegar a la laguna en el curso de esta semana y esperar allí la

llegada del ansiado y tan esperado carro. He salido pues hoy muy temprano al trabajo y como antes notara que los víveres llegados en los mulos están por terminarse me ha llamado la atención y no hay duda, los soldados a pesar de que les hago dar buen rancho y abundante me han robado, este hecho me pone de mal humor y pienso en la bestialidad de esta gente, a pesar de varias reflexiones no es posible tratarlos de a buenas, no hay otro recurso que agarrar el látigo y resuelvo comenzar, pues es de advertir que muchos han dado en no cumplir con sus tareas y todo porque me he mostrado muy bueno.

He averiguado quien a sacado víveres y he llegado a saber que mi asistente reparte víveres como cosa suya cuando no estoy, el cocinero de tropa por otra parte distribuye el recado que se le da para el rancho de tropa. Una vez con este conocimiento me vuelvo de la picada con mi camarada Pinto al campamento; en el trayecto hemos encontrado tres urones de estos dos pequeños que llegamos a cojerlos, pero que luego los largamos, nos dio lástima quitarle la libertad a estos pobres animalitos. Una vez en el campamento tomé el látigo y comencé por el cocinero, luego con el asistente y por último a uno de los soldados que se me hacia el enfermo, total que ha sido una huasqueada de primer orden, pues todos los huascasos han sido bien tirados. Espero que con esto todo seguirá su curso normal y no habrán flojos, ni robos, ni atrasos en las tareas.

* * *

13 de mayo de 1931

Día lluvioso y frío, el trabajo se ha paralizado y la tropa se encuentra secando la ropa y limpiando sus armamentos. Los días pasados han sido muy fructíferos, los chicotazos han tenido un efecto positivo, nadie se atrasa en el trabajo, el asistente me atiende con más solicitud, el cocinero de tropa hace más exquisita su comida y a pesar de que ella no tiene sal porque hace 4 días que se nos terminó, nosotros también comemos sin sal. El soldado que se encontraba enfermo, con los 6 huascasos se ha sanado por completo, todo anda bien y en perfecto orden.

El que goza más de este cambio es mi camarada Pinto. El asistente recién anoche ha renovado sus cantos de ultratumba en las noches; seguramente la impresión le ha pasado y hoy goza de buen humor.

* * *

16 de mayo de 1931

Hacen varios días que el surazo no nos abandona, los días son completamente nublados y constantemente cae una llovizna sin cesar, se deja sentir un frío intenso y aún más en las noches es casi imposible conciliar el sueño. A pesar de esto me he cambiado de campamento para esperar la llegada del carro y aprovechar de este modo del poco pasto que tiene la laguna de Taparé que así la llamamos y que se encuentra de la picada a 500 metros al Este. La llegada del

carro es una ilusión y lo peor del caso es que los víveres se nos han terminado, no tenemos un solo grano de nada y pasamos el día comiendo carne sin sal. Para mal de nuestros pecados, el día de ayer en el traslado le tocó al soldado Lino, traer uno de nuestros cajoncitos, donde teníamos un cuarto pedazo de empanizado, pues es de advertir que desde hace tres días antes tomábamos el desayuno con muy poco dulce, ya que él consistía en chocolate puro, pero ahora no tenemos nada. Lo que en este momento extraño más es el cigarrillo, no tenemos, todo, absolutamente todo se ha concluido a un mismo tiempo y somos 31 almas los que esperamos con ansias la llegada del famoso carro que con hoy son ya 22 días, tiempo por demás de que estuviera de regreso; ¿qué pasará? ¿Creerá el comandante que acá estamos ahogándonos de víveres? ¿Por qué no viene el capitán Ichazo para dar cuenta de la vida que llevamos? Pues, hasta la fecha no se ha molestado en ello, no conoce ni sabe como está el trabajo, es una iniquidad y con ello una ignorancia completa en el conocimiento de sus deberes, que como comandante del Escuadrón le cabe cumplir.

Pena siento de ver a mis soldados, ¿cómo obligarlos a trabajar con el estómago vacío? no, eso nunca; he ordenado descanso hasta que llegue el carro. ni un esfuerzo más, ni un paso más adelante, mi camarada Pinto, oficial más joven y menos sufrido que yo está desesperado, abatido y sus únicas palabras se limitan a estas, recordando de "sin novedad en el frente" nunca la vida en su aspecto más humilde se nos ha presentado así y después de estas palabras, queda sumergido en un silencio profundo, por largos minutos para volver a repetir sus anteriores palabras.

Hoy he mandado a seis soldados a fortín Ravelo, con la orden de hacer que venga el carro si se encuentra allí, sin descanso, aún reventando bueyes, la cuestión es que deben estar aquí en el menos tiempo posible. Hasta mientras seguimos esperando anhelantes ese feliz momento para olvidar estos días tristes, llenos de amargura y de hambre a que nos encontramos sometidos.

* * *

Km. 43. Campamento, 17 de mayo de 1931

Esposita de mi vida, estás líneas son exclusivamente dedicadas a ti, por que solo tú ángel adorado, podrás aquilatar y sentir con tu corazoncito de oro. los días que hoy paso llenos de amargura y de hambre.

Con hoy ya son 4 días que nuestro único alimento consiste en carne asada sin sal y café puro y amargo. Vivimos días de angustia y desesperación. sentimos que nuestros cuerpos desfallecen, pues la debilidad comienza ha hacerse sentir y sin esperanzas de que nos lleguen recursos, el carro salvador quizás ni habrá salido de Roboré, pues sé por el soldado Cortéz que mandó el subteniente Iñiguez, le había manifestado que lo que traía las bestias alcanzaba por 20 días y seguramente Ichazo dando oídos a semejante cálculo, por que

es tan ignorante como el otro en estas cosas que ha dicho, si no es necesario mandar pronto el carro, que descansen los bueyes y hasta mientras ese par de ignorantes no saben que acá habemos 31 almas muriéndonos de hambre. ¡Oh! Vida infame y desconsiderada. Mi camarada Pinto desespera aún más que yo, tengo que consolarlo, darle valor y energía, pues todos mis sufrimientos los oculto y aparento tranquilidad. Si no lo hago así que sería de mi único compañero Pinto y de mi tropa, y este esfuerzo y este engaño que yo mismo me hago, me daña más, la cabeza no me descansa un segundo, es un dolor continuo, pero ¿qué puedo hacer?, nada, esperar con paciencia la santa voluntad de mi comandante, en fin, si no llega en esta semana tendré que mandar a mi tropa a esa, pues no permitiré que estos pobres muchachos perezcan de hambre, yo me quedaré, sí moriré de hambre pero nunca daré un paso atrás.

Hace un frío intenso todo el santo día y la noche más, la tenemos que pasar rodeando el fuego, las carpas no abrigan absolutamente nada, y cierne una llovizna continua, penetrante, solo se oye el silbar del monte, azotado por el viento sud, después ni un solo canto de ave alguna, son días tétricos llenos de una inmensa soledad y un profundo sentimiento de tristeza nos avasalla a todos, nadie pronuncia una palabra, todos se hallan envueltos en un mutismo completo y de vez en cuando se deja sentir por la mirada de un soldado a otro que se preguntan, ¿cuándo llegará el carro? Pregunta hueca sin contestación, porque todos se hacen la misma pregunta.

Todos me dirigen la mirada cuando me aproximo a ellos quizás en espera de encontrar la respuesta de la pregunta que tantas veces se la formulan y yo comprendiendo y aún adivinando las ideas que circulan en esas pobres cabezas huecas, los consuelo, le digo; paciencia muchachos, muy pronto vendrán días mejores; el carro llegará hoy y este hoy hacen tres días que lo digo sin que llegue, pero de todos modos se deja ver una corriente de alivio y brilla en sus miradas una ráfaga de alegría.

Triste verdad de la vida, triste desilusión, pues no basta meterse a la cabeza de memoria libros íntegros de táctica e historia, cuando se ignora por completo el aprovisionamiento para la unidad que se tiene a sus órdenes. Mientras el comandante de Escuadrón en este caso, está muellemente en su casa bien cómodo, metiéndose libros y más libros a la cabeza y resolviendo temitas que jamás serán una realidad en nuestro territorio, los pobres oficiales con sus unidades adelantadas están muriéndose hambre y de frío y ahora me pregunto que hará nuestro comandante con tanta sabiduría si no ha de tener a su disposición unidades con que combatir ¿por qué ya ellas han perecido en el bosque de necesidad? ¿A quienes entonces ese gran táctico llevará a la guerra y ver el fruto de sus desvelos? ¡Oh! Miserables comandantes que apenas os recibís semejantes títulos os mareáis y no sabéis ni donde pisáis. Triste desengaños y miserables ilusiones las que os forjáis desde el escritorio.

* * *

19 de mayo de 1931

Ayer ha llegado a las 17:39 el soldado Surubí, uno de los que mandé en días anteriores al fortín Ravelo en alcance del carro; en el primer momento que lo distinguimos nuestros pechos rebosaban de alegría, pues creímos que nos traía buenas noticias y que al venir en un mulo se había adelantado trayéndonos algunos víveres; pero que triste desengaño cuando nos dijo que el carro aún no había llegado y que solo nos traía 8 libras de arroz, que para 31 hombres no significan nada pero que de todos modos agradecemos a la voluntad e iniciativa del clase de Ravelo, pues con ese arrocito hemos hecho una comidita para la tropa que sólo tienen hoy, ojos y boca, es indescriptible ver el semblante de la tropa y del que escribe estas líneas, que no se ha separado para él un solo grano de arroz, pues todo a dispuesto para sus soldados. Un poco de sal también nos trajo que he repartido a cada soldado para que salen su carne y se hagan durar, ha sido tan poca la sal que apenas si les alcanza para mañana.

Hoy ha salido mi camarada Pinto, aprovechando del mulo con dirección a Ravelo y si no encuentra en carro, seguirá hasta el Roboré, no ha llevado nada que comer por que no hay que darle, lleva una carta para el capitán Ichazo nuestro comandante, en esa carta le explico a grandes rasgos nuestra situación y le recrimino su conducta. Otra carta va para ti esposita de mi alma, en ella no te cuento nada de mi situación desesperante y miserable, ¿para qué contarte pobre ángel mío? ¿para qué hacerte sufrir? No amada mía, mil veces preferible la triste situación por la que atraviesa tu único amor, así he recomendado a mi camarada Pinto, que no te diga nada que ignores lo que actualmente pasó y más tarde cuando yo esté allí recién leerás y conocerás lo que fue mi vida en estas selvas que solo tienen espinas. La otra vez estuve cuatro días sin víveres hasta que llegaron los mulos, pero entonces teníamos sal y con ella tomábamos caldo con carne, pero ahora no tenemos ni eso y con hoy ya van para seis días, y que largos los siento y que tristes, por que a más de estar como estamos no hay un rayo de sol, los días son nublados y hay constantemente una llovizna haciéndonos sentir un frío intenso y penetrante. Hoy hemos carneado la última vez que solo nos durará cuatro días y si no me llegan víveres hasta entonces ya tengo resuelto, mandaré la tropa al Palmar que dista de aquí a 4 leguas, allí por lo menos comerán palmito; yo me quedaré aquí, si me quedaré solo cuidando el campamento, porque la tropa no puede llevar ningún peso, estamos todos tan débiles que andamos 100 metros y nos vienen mareos a especies de desmayos.

Hay momentos que creo que olemos a cadáver, y está mi creencia se asegura, por que mientras más pasan los días aparecen más cuerpos (suchas) que constantemente merodean nuestro campamento, pero se pegarán un chasco por que solo comerán de nosotros cuero; nos hemos enflaquecido tanto, que estamos irreconocibles, mi asistente que era el más gordo de todos los vivientes de acá, hay que verlo, parece un espárrago; y así esposita querida, único recuerdo que

me acompaña y me da valor, sigo batallando, luchando contra los estragos del hambre que a cada hora se me presenta más intensa. Mi camarada Pinto, aún más débil que yo, no podía resistir, se encontraba demasiado débil a tal extremo que cuantas veces intentaba levantarse de la hamaca, nuestro único lecho, le venían náuseas y se desplomaba nuevamente a la hamaca. Yo sufría aún más al ver a mi amigo, a mi hermano, porque crea que no somos otra cosa en este estado de debilidad; ya todos mis esfuerzos de consuelo y de inculcarle valor, eran inútiles y más por eso he permitido que vaya allí, a gritarle si es posible a ese imbécil de nuestro comandante que acá nos morimos de hambre. Antes de salir le hice preparar un poquito de sopa con carne, para que con esto siquiera pueda salvar la primera etapa del viaje, en Ravelo por lo menos tendrán otro poco de arroz y le proveerán; sin embargo tengo mucha pena, ha salido solo, sin un compañero, porque como te digo más arriba, la tropa ya no puede ni andar, todos nos encontramos en iguales condiciones de debilidad, ¡qué terrible es morir de hambre!, creo que es la muerte más atroz, porque ella va consumiendo a la vida átomo por átomo..

Otra fatiga que me invade es el gran deseo de fumar, cuánto no quisiera dar por un simple cigarrillo, pues él siempre era un consuelo y hasta un compañero, pero ahora ni esto tener. Es el colmo de la desgracia, pero hay que ser fuerte, hay que vencer, no dejarse dominar ni con el vicio, ni con el hambre, esperemos pues mejores días que seguramente no se harán esperar más tiempo, paciencia, paciencia y más paciencia es lo único que me queda, lo mismo que esperar, algún día siempre se acordarán aunque no de mí, pero por lo menos de mi pobre tropa.

* * *

21 de mayo de 1931

En este momento son las 15:30, hora feliz y llena de alegría, distinguimos a dos soldados que vienen trayendo un mulo tiro y con carga, seguramente el carro ha llegado a Ravelo y mi camarada Pinto, me estará mandando para por lo menos disminuir nuestra hambre, de comer algo que no sea carne y volver nuevamente al estado normal de nuestros semblantes desencajados llenos de ojos que más parecen ser ojos de bueyes cansados que humanos.

Por fin han llegado los dos soldados con el mulo y nos hemos engañado nos traen un poco de víveres, es decir arroz con dos cajas de empanizados y algunos atados de cigarro ¡qué felicidad! Que alegría, también recibo cartas, de ti esposita mía, de ti mi ángel adorado, que tanto, tanto te extraño, de mi madre, de ese ser que también adoro y que pasa tanto tiempo sin verla. He recibido también carta de mi comandante capitán Ichazo que es a la vez muy amigo mío, y contra quien me he estrellado por los casi 7 días de agonía que hemos pasado, pero que ahora todo está olvidado, él no ha tenido la culpa, son los bueyes, esas bestias flojas que no pueden tirar un miserable carrito, la

carta de Ichazo es además cariñosa, llena de felicitaciones por mi patriotismo e interés en el trabajo, en fin, todo lo malo he olvidado y mañana comenzaré con iguales bríos en mi labor, hoy comerá bien mi tropa, el desayuno para mañana será también doble, en fin ellos también tienen derecho de quitarse la pesadilla de estos últimos días, de esta horrible huelga de hambre.

¡Oh!, esposa de mi corazón, mi única dueña y señora, como explicarte la sensación que produce en lo más íntimo de mi ser al recibir tus siempre cariñosas cartas, reflejo de esa pasión intensa que solo nosotros nos profesamos, ellas para mí también son el bálsamo vivificador, la renovación de mis energías ya casi agotadas por la espera de recibirlas, pero que siempre llegan en los precisos momentos en que el constante batallar, desgastar mi voluntad que lucha desesperadamente y sin descanso. En tu última cartita me hablas de estas tristes líneas, que aunque no es posible consignar en ellas muchas cosas por el tiempo escaso y la incomodidad en muchas, no me lo permiten, hago lo posible por que por lo menos queden escritas las partes más salientes de esta vida en pleno corazón de las selvas, donde por primera vez sienten la acción humana.

* * *

22 de mayo de 1931

Anoche me han sorprendido con su llegada mi camarada Pinto, pues yo lo esperaba recién por hoy, pero se me presenta a las 22 horas, ¿qué había pasado? Ahora lo sabemos: El alejamiento y el verse solo lo intranquilizó tanto, que no pudo más y ayer a las 15 horas las había emplumado para acá, dándome la consiguiente sorpresa, casi toda la noche hemos charlad; cada que llega alguien de allí (Roboré) nos falta de que hablar, pues estamos tan sedientos de noticias, de esos centros que el primero que llega forzosamente tiene que someterse al reportaje. El hace una pregunta, después yo, primero pregunto por ti amada mía y por mi hijito que tanto me hacen resaltar todas sus vivezas y adelantos, luego preguntamos de noticias del interior, cambios de destinos, en fin de todo nada se escapa de nuestras preguntas minuciosas.

* * *

23 de mayo de 1931

Hoy a las dos de la madrugada recién llega el encantado carro que nos sometió con su tardanza a la dura prueba del hambre, y he comenzado por lo menos a disfrutar viendo a mis soldados bien comidos y bebidos que me llena de satisfacción. El trabajo se ha normalizado y hoy mismo saldo en exploración para el sud, espero que ella sea tan satisfactoria como las anteriores.

Comisión exploradora hacia a las serranías compuesto por el Tcnl. Angel Ayoroa, Tte. Busch y Sbtte. Oscar Blanco y los soldados dragoneante René Galindo, Surubí, Opie, Olivares, Cortez, Socié y el ciudadano contratado Cuéllar.

Salida, 1931.

Día 16 de agosto a horas 7 del último campamento de La Picada más o menos 8 leguas del Palmar de las Islas.

Orden de marcha.

Dos rosadores adelante, Tcnl. Ayorora, Tte Busch, Sbtte Blanco, dos soldados llevando la lata con agua y dos atrás de estos abriendo aún más la senda para el regreso.

La partida se ha iniciado desde el pozo de donde se provee agua el destacamento constructor del camino, aprovechando de una senda de los bárbaros que en su primera parte tenía rumbo sud, para luego después de andar más o menos cuatro leguas y en cuyo trayecto no encontrábamos agua, pues los pozos todos estaban secos, se dirigió a la indicada senda hacia el sud oeste la que siempre seguimos después de haberla andado unos metros y encontramos un pozo con poco agua y de mal olor, pero que en ese estado nos prestó grandes servicios por que nos servimos de ella. En esa poza por ser la tarde avanzada pasamos la noche.

* * *

Día 17 horas 6:30, agosto de 1931

Acomodamos todas nuestras respectivas cargas y nos pusimos en marcha siguiendo siempre la misma senda que en parte tomaba rumbo sud y en otras al SE y SO. En este día más o menos a horas 11, perdimos la senda y todos nos distribuimos a buscarla, la que pasada más o menos dos horas fue encontrada y seguimos la marcha, en todo el trayecto nos fue imposible encontrar agua. El sol era fuertísimo y no teníamos agua y decepcionados, hicimos alto a horas 17:30, nuestro único alimento consistió en un vaso de chivé sin dulce, pues así quita la sed y el hambre, cocinar era inútil, por la razón de que se gastaría el agua de la lata y no nos quedaría para el día siguiente, allí pasamos la noche, previa las medidas de seguridad de ambos lados del camino.

* * *

Día 18, 6:30, agosto de 1931

Iniciamos la marcha en igual forma que los anteriores días, siguiendo siempre las sendas de los bárbaros que como tengo dicho anteriormente se dirigen unas veces al SE y otras al SO, pero debo advertir que más generalmente se cargan al Oeste, después de varias horas de marcha volvimos a perder la senda, y en virtud de que no nos fue posible hallarla hicimos una picada con rumbo sud, lo que después de romper monte más o menos unos 3 kilómetros, encontramos una nueva senda que nos llevó a un pozo con muy poco agua y de muy mal olor, más aún que el anterior pozo, pero la sed nos desesperaba por que el tiempo anterior combatimos con unas papas silvestres

que se denominaban "sipoy". En el pozo preparamos el almuerzo y después de dos horas de descanso continuamos la marcha hasta horas 17:55 hora en que preparamos nuestro campamento y preparamos nuestra comida con el agua del último pozo encontrado, la noche pasó sin novedad.

* * *

Día 19, horas 6:30 agosto de 1931

Salimos con rumbo sud y al llegar a una poza seca desviamos siguiendo una senda al NO, para luego ir paulatinamente cargándose al O y luego al sur, encontramos una gran pampa con varias chozas de los bárbaros y además huesos de pescado grande, con este indicio emprendimos la marcha con más bríos y después de atravesar la pampa y un monte más o menos al SE, encontramos a horas 9:45 el río Timanés, hermoso río con agua abundante, pescado, pasto y caza del monte, aquí hemos resuelto pasar el día a fin de andar, el río y buscar un lugar algo para la ubicación del fortín Ingavi, dirección del río NE-SO.

* * *

Día 20, agosto de 1931

A horas 6:30 salimos del río Timanés con rumbo sur, cruzando el río luego de andar más o menos 3 kilómetros, comenzamos a subir una colina que se encuentra al Este del río, andamos la colina durante todo el día, siguiendo una senda de los bárbaros más o menos 6 leguas acampamos a esta distancia aún sobre la colina que aún continua, en todo el trayecto no encontramos agua de tal suerte que hemos estado chupando sipoy y comiendo por que no tenemos otra cosa que comer sin agua, hemos acampado más o menos a horas 18:00.

* * *

Día 21 agosto de 1931

Salimos a horas 6:30 con rumbo sur, siguiendo una senda también de bárbaro, andamos 10 kilómetros, la colina aún continua y no tenemos esperanzas de encontrar agua, la sed comienza a dejarse sentir, resolvemos dar media vuelta hasta el río y a horas 9 emprendemos el regreso, la sed más que el hambre nos tiene muy fatigado, y recién a horas 20:30, hemos llegado a río, donde pasamos la noche y permanecemos el día 22 para buscar una nueva ruta. El cerro no se puede ver por la constante nieblina que hay al sur.

* * *

Día 22 de agosto

Permanencia en el río Timanés.

* * *

Día 23

A horas 6:10 salió el subteniente Blanco con dirección a la picada con dos hombres para mandarnos víveres los que están muy escasos y con objeto de hacerse curar. Nosotros esperamos aquí ola remesa de víveres, pues hay bastante pescado y eso nos sostendrá hasta mientras, y por otra parte tenemos tiempo de buscar una nueva senda para la prosecución de la exploración.

* * *

Día 24 de agosto, de 1931

Permanencia en el río Timanés, esperando víveres.

* * *

Día 25 de agosto de 1931

Permanencia en el río Timanés, a horas 18 llega la comisión con víveres.

* * *

Día 26 de agosto de 1931

Permanencia en el río Timanés.

* * *

27 de agosto de 1931 Horas 7:00

Salimos del río Timanés con rumbo S.O., a las 4 leguas tomamos otra senda con rumbo sur, a horas 11:30 pasamos al descanso. A horas 14:30 seguimos la senda hasta tomar una quebrada. A horas 18:00 pasamos al descanso y la noche.

* * *

29 de agosto de 1931

A horas 7:30 salimos con rumbo S.E., siguiendo el curso del río y tras una senda, a horas 11:30 pasamos al descanso después de haber andado 4 leguas, a horas 14:00 seguimos marcha con rumbo Este para después tomar rumbo S.E., siguiendo senda. Después a horas 16:00 se perdió la senda y seguimos abriéndonos paso con rumbo Sur. Andamos más o menos 3 leguas. A horas 18:00 acampamos en medio de un matorral de donde se distinguen algunas plantas de palma.

* * *

Día 30 de agosto, horas 6:30

Salimos con rumbo sur abriéndonos paso a una hora de marcha se hizo subir al dragoneante Galindo a un árbol, quien constató la presencia del cerro más o menos 10 leguas. Con más entusiasmo seguimos la marcha y a horas

11:00 hemos pasado al descanso para almorzar. A horas 14:00 continuamos la marcha hasta horas 18:00 donde preparamos el campamento para pasar la noche. Con hoy ya son dos días que no encontramos agua. El cerro subiendo a un árbol se lo vé.

* * *

31 de agosto horas 6:30

Salimos con rumbo sur, dirección del cerro, andamos hasta las 11, nuestro almuerzo ha consistido en un vaso de chivé con agua extraída del sipoy. A horas 13:30 salimos con el miso rumbo, hasta horas 17:30. Agua no hemos encontrado. Pasamos la noche en media selva.

* * *

Día 1° de septiembre de 1931, horas 7:00

Salimos con rumbo al cerro a horas 11:00 comenzamos a subirlo. Agua aún no hemos encontrado y con hoy son dos días, pasamos sin agua y por lo tanto sin comer. A horas 11:30 comenzamos a bajar la primera colina y a horas 12:00 encontramos un manantial con agua muy rica, a horas 15:00 salimos con dirección a la cumbre más elevada. A horas 18:00 acampamos en la colina más próxima a la cumbre.

* * *

2 de septiembre de 1931 horas 6:30

Salimos con dirección a la cumbre más alta y llegamos a horas 10. Las serranías forman una gran encrucijada, todas ellas cubierta de vegetación, en particular de abarjoizales y toborochis. La dirección principal de las serranías es E.O., después hay otros que toman distintas direcciones, se puede decir un laberinto de cerros. A horas 10:30 regresamos al manantial. A horas 16, salimos con rumbo al "fortín Ingavi", río Timanés.

* * *

3 de septiembre de 1931 horas 6:30

Regreso por la misma senda.

* * *

4 de septiembre de 1931 horas 6:30

Regreso por la misma senda y llegada al río.

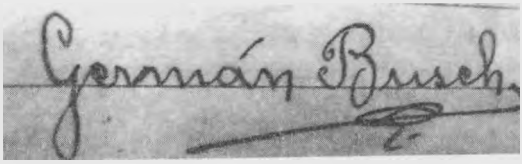
* * *

5 de septiembre de 1931, horas 6:30

Salida del río y siguiendo su curso hasta el fortín Ingavi, hora de llegada 12:30.

Fin de la exploración.

* * *



SUMARIO LEVANTADO AL TTE. GERMÁN BUSCH POR LA MUERTE DEL DRAGONEANTE OFELIO PÉREZ

8 de enero de 1932.

Al Excelentísimo señor Presidente Constitucional de la República.

Presente.-

Excmo. Señor:

Con el presente oficio tengo el honor de elevar a conocimiento de S.E., el sumario informativo original, levantado por el Comandante de la Quinta División, con motivo de la muerte del dragoneante Ofelio Pérez, ocurrida en las inmediaciones del fortín Aroma; sumario que, insinuó a S.E., quiera devolverlo a esta Jefatura, después que haya tenido a bien interiorizarse de su contenido.

Con este motivo me es muy honroso renovar a S.E., el señor presidente, los sentimientos de mi distinguida consideración.

Fdo. Gral Osorio.

Ingavi, 5 de diciembre de 1931

Al señor Mayor comandante del regimiento "Ingavi" 4° de Caballería.

Presente.

Señor Mayor:

Por medio del presente tengo a bien elevar a ese comando el siguiente informe:

En cumplimiento a una orden verbal del señor Tcnl. Felipe Rivera, para salir en comisión de exploración del Fortín Aroma, a objeto de constatar la existencia de una laguna que en mí exploración anterior observé desde la cumbre de una de las columnas del cerro Angel.

Partí de Ingavi el 23 del próximo pasado mes, llegando a Aroma el mismo día, en compañía del soldado Nicolás Socré.

El día 24 en Aroma, organicé la comisión compuesta del suscrito, del dragoneante Ofelio Pérez y de los soldados Pedro romero y Nicolás Socré, quienes se brindaron voluntariamente para ir en la comisión.

Salí de Aroma el día 25 a horas 6 de la mañana siguiendo mi picada de la anterior exploración, con aprovisionamiento de víveres para 6 días y agua para

2 días, tiempo que calculé para alcanzar la aguada; todo este aprovisionamiento se distribuyó proporcionalmente entre los cuatro, teniendo que llevarlo en las espaldas con más nuestro equipo; a pesar de ir a pie, en ningún momento nos faltó el entusiasmo y la buena voluntad, para responder y cumplir en la mejor forma posible la comisión que se nos encomendaba.

A horas 14 estuvimos más o menos horas 16 resolví quedarme allí hasta el día siguiente, por razón de que los soldados romero y Pérez se sentían algo rendidos, seguramente por ser el primer día de viaje y por proveernos de jugo de unas papas llamadas "sipoy" para hacer nuestra comida y reservarnos el agua que teníamos, porque vi que los soldados Pérez y Romero consumían demasiado durante la marcha.

El día 26 a horas 5 de la mañana después de tomar el desayuno, seguimos la marcha, teniendo que atravesar varias colinas más que se nos presentaban, para luego continuar por una quebrada que seguía nuestra dirección de marcha. A horas 12 nos preparamos el almuerzo que consistía en chivé, para evitar un mayor gasto de agua la que ya teníamos muy poca. Después de una hora de descanso continuamos nuestra marcha, entrando ya al chaparral hasta horas 18, en que hicimos alto y el agua ya se había terminado sin haber llegado a la laguna, lo que no fue posible por lo accidentado del camino y el chaparral demasiado espeso que teníamos que romper, agregándose a esto, el sol abrasador de esos días. Pasamos la noche sin novedad, notándose únicamente una ligera fatiga en los soldados Pérez y Romero. El día 27 a horas 5 de la mañana reanudamos nuestra marcha, con la esperanza de encontrar la laguna en las primeras horas de la mañana. A horas 9 y en vista de la fatiga por la sed de los soldados Pérez y Romero, ordené que estos se quedasen mientras yo con el soldado Socré íbamos a la laguna para traerles agua; después de un recorrido de más o menos 2 kilómetros y cuando creímos alcanzar el agua, se nos presenta la triste realidad, la no existencia de la laguna, pues ésta que hasta pocos minutos antes creíamos encontrar, no era otra cosa que una gran mancha de piedras negras y blancas, que a la distancia ofrecía el aspecto de una laguna; a pesar de esto; buscamos por todas partes en la esperanza de poder encontrar un poco de agua, pero desgraciadamente solo veíamos piedras, no había agua ni siquiera para calmar la sed que llevábamos y socorrer a los soldados que atrás nos esperaban sedientos y fatigados; no quiero entrar en mayores detalles de cuál sería nuestra situación en esos momentos, dejó librado al criterio inteligente del señor Mayor. Regresamos para reunirnos nuevamente con los soldados Pérez y romero y emprender la marcha hacia atrás dirección al fortín Aroma. Caminamos hasta horas 10 de la mañana en que los soldados Pérez y Romero no pudieron andar más por la fatiga de la sed y del sol que era sumamente fuerte; allí quedamos para sacar agua de papas de "sipoy" que consiste en raspar la papa y exprimiéndola sale un jugo, aunque no tan bueno

pero por lo menos calma un poco la sed. A horas 17 aprovechando la fresca de la tarde y la ausencia Romero estaba agotado, su estado era grave, procuré jugo de "sipoy" que desgraciadamente no encontré; así pasamos la noche sin poder dormir por la fatiga de la sed que nos enloquecía.

El día 28 a horas 5 seguimos viaje, todos fatigados por la sed, intentamos beber nuestros orines, pero fue imposible, el estómago no consintió, desesperados ya, hemos tenido que masticar "Garabatá" planta llena de espinas, que hacían sangrar la lengua; así caminamos hasta horas 9 en que el dragonante Pérez flaqueó, y para ayudarlo, cargué con su fusil y su trazado: a horas 9.30 me dice "Mi teniente, hago esfuerzo por seguir su ejemplo, pero mis pies están demasiado pesados, no puedo andar, aquí nomás me quedaré" y se tiró al suelo en un estado de semi conciencia. Convencido yo de que éste no podía andar más, resolví dejarlo bajo la única pequeña sombra que había para seguir yo adelante hasta llegar a una quebrada donde podría encontrar jugo de "sipoy" y mandarle desde allí, pero más o menos a los 100 metros cae también el soldado Romero, a quien también dejé en igual forma; a horas 11 en compañía del soldado Socré encontramos "sipoy" y no obstante nuestro estado de decaimiento, inmediatamente nos pusimos a extraer "sipoy", estábamos en esta tarea cuando llega el soldado Romero. Mando al soldado Socré con "sipoy té preparado con esta misma agua y un pan para que llevara al soldado Pérez. regresando Socré a horas 19 con el parte de que Pérez había muerto; yo traté de ir a verlo, pero mi estado de debilitamiento no me permitía, y las pocas fuerzas que aún me quedaban, quería reservarlas para socorrer a los soldados que me acompañaban y que estaban por demás debilitados por la sed que los consumía.

El día 29 a horas 5 de la mañana seguimos viaje siempre dirección a Aroma. a los 2 kilómetros el soldado Romero se tira al suelo debilitado sin poder dar un paso; en esta situación y cuando nuestras fuerzas ya flaqueaban, encontramos una papa de "sipoy" la que haciendo un gran esfuerzo sacamos y extrajimos el jugo que debía salvarnos de una muerte casi segura.

Viendo que la situación era cada vez más grave, resolví mandar al fortín al soldado Socré, para que de allí vinieran a socorrernos con agua, debo manifestar que yo muy bien podía ir hasta el fortín y tomar agua antes que los demás, pero como ví que el soldado Romero estaba sumamente grave, preferí quedarme para atenderlo. Sale Socré con un papel para el teniente Salinas en Aroma; Romero y yo andamos un poco más, teniendo que hacer alto a los pocos metros porque Romero ya no podía más, cuyo equipo tuve que cargar yo también para ayudarle.

Llega la noche del día 29, noche negra y amarga para nosotros que nos encontrábamos luchando con la muerte, a cuyas garras muy luego teníamos que entregarnos con la resignación del soldado que cumple con su deber; pero ella pasó y la "insaciable" parece que aún se compadecía de nosotros, o era que gozaba de nuestros sufrimientos, pues no se presentó y antes de ella vino

la aurora del día 30, precursora del auxilio que pronto nos salvaría. Cuando el soldado Romero y yo nos despedimos de este mundo para encontrarnos tal vez en el otro, allí donde nos aguardan nuestros antepasados, oigo un disparo de fusil, el que haciendo un esfuerzo supremo, reúno mis pocas fuerzas que aún me quedaban y tomo mi pistola para responder con otro disparo, gritar no podía; momento antes había escrito una cuartilla de papel para que entregaran a mi señora, con la seguridad de que no volvería a verla más; al fin llegan los soldados que venían de Aroma trayéndonos el líquido (agua) que nos devolvería la vida que teníamos casi perdida; más tarde llega el teniente Humberto Salinas comandante del fortín, que no obstante de encontrarse enfermo, se lanzó en nuestra ayuda. ¡Noble ejemplo de compañerismo! Con agua que ya habíamos tomado y más un poco de "tujuré" que se nos preparó, pudimos reaccionar y continuar aunque apenas nuestra marcha hasta el fortín.

Tal vez pequé por indiscreto señor mayor, al decir que desde el primer momento que sentimos la falta de agua y noté la fatiga de los soldados, a pesar de encontrar yo en igual situación, hubo en mí el suficiente espíritu y carácter para animar y alentar a los soldados, misión que es obligación de todo oficial, esto señor mayor podrán decirlo los mismos soldados a cuyo veredicto me someto.

Es cuanto informo al señor Comandante.

(Fdo) Tte G. Busch.

Ingavi, 6 de diciembre de 1931.

En vista del anterior informe, instrúyase el sumario respectivo para lo cual nómbrase Juez al subteniente Armando Pinto y secretario al subteniente Eliseo Calero.

Fdo. Mayor Vásquez, comandante del regimiento.

En cumplimiento del anterior decreto, en la fecha notifiqué a los subtenientes Armando Pinto y Eliseo Calero, quienes firman conmigo.

Ingavi, 6 de diciembre de 1931.

Fdo. Subteniente A. Pinto. Subteniente Calero.

López Mendoza, secretario del regimiento.

El día siete de diciembre del año mil novecientos treinta y uno reunidos en el fortín "Ingavi" los subtenientes Armando Pinto y Eliseo Calero del C. Procedimos a levantar el sumario informativo por la muerte del dragoneante Ofelio Pérez acaecida el día veintiocho de noviembre del mismo año en la exploración efectuada por el teniente Germán Busch, quienes firmamos al pié.

Ingavi, 7 de diciembre de 1931.

Fdo. Subteniente Armando Pinto T., juez instructor.- subteniente Eliseo Calero del C., secretario.

Notifíquese a los soldados Nicolás Socré y Pedro Romero a prestar su declaración indagatoria a este Tribunal.

Ingavi, 7 de diciembre de 1931.
Fdo. Subteniente Armando Pinto T., juez instructor.

En cumplimiento del presente decreto en la fecha notifiqué al soldado Nicolás Socré a prestar su declaración informativa a horas nueve del día siete de diciembre de mil novecientos treinta y un años.
Fortín Ingavi siete de diciembre de 1931.
Fdo. Subteniente Eliseo Calero del C., secretario.
No firma por no saber, es cuanto certifico. Subteniente Eliseo Calero del C.. secretario.

En el fortín "Ingavi" el día siete de diciembre de mil novecientos treinta y un año fue presente a este tribunal el soldado Nicolás Socré con objeto de prestar su declaración informativa por la muerte del soldado Ofelio Pérez acaecida el día veintiocho del mes anterior quien previa exhortación de ley declara lo siguiente:
P.- Diga sus generales.
R.- Nombre: Nicolás Socré Chubé, edad: no sabe, nacionalidad: boliviano. residencia: Fortín Ingavi, profesión: labrador.
P. Sabe leer y escribir.
R.- No, no sé.
P. Diga todo lo que sabe respecto a la muerte del Dgte. Ofelio Pérez.
R.- Soy asistente del Tte. Busch, el día 22 me dijo que lo iba a acompañar a explorar la laguna que habíamos visto del cerro a unas seis leguas más o menos en una exploración anterior, el día 23 salimos a caballo de este fortín (Ingavi) el teniente y yo, llegamos el mismo día a horas 17 al fortín Aroma. descansamos y nos preparamos para la marcha el día 24 con el Dgte. Ofelio Pérez y el soldado Pedro Romero que se incorporaron para la exploración, entre el teniente y nosotros nos dividimos los víveres por igual, llevábamos agua para dos días en nuestras caramañolas y otros depósitos (tavis, latas de aceite y una bolsa), el día 25 salimos a las 6 de la mañana siguiendo la picada de la exploración anterior, llegando a la colina más o menos a horas 13, volvimos a ver la laguna y el Dgte. Pérez dijo: "El agua mi teniente", bajamos de la colina y a un kilómetro más o menos almorzamos, descansamos una hora y seguimos la marcha, bajo un sol muy fuerte que nos cansaba mucho y además mucha piedra y espinas que nos molestaba, desde la colina fuimos abriendo la senda yendo yo a la cabeza, después el teniente, luego el Dgte. Pérez y por último Romero hasta las 16 más o menos, descansamos un rato y seguimos los cuatro una media hora más, allí quedamos para sacar "sipoy" y hacer la comida con el jugo, para no gastar el agua, y más que todo porque el Dgte. Pérez y el soldado romero se cansaron ya un poco y tomaban mucho agua no obstante de que el teniente

les dijo que no tomaran tanto, arreglamos nuestras camas y dormimos, al día siguiente yo hice el desayuno (te con pan), tomamos y más o menos a las cinco y media seguimos, yendo siempre yo abriendo la senda, la que siempre era por la serranía con muchas subidas y bajadas hasta encontrar una cañada que estaba seca, pero encontramos "sipoy" y sacamos jugo, más o menos a las 12 paramos para almorzar, solo comimos chivé (harina de yuca) con jugo de "sipoy" porque no había agua, seguimos a la una más o menos y encontramos chaparral (monte bajo con mucho espino) aquí ya estaba mal, entonces el teniente me abrazó y me dijo "Secretarito hay que aguantar" y me relevó y él con el trazado iba haciendo la picada, cada rato descansábamos porque estábamos muy cansados y el sol era muy fuerte, y nos decía "seguiremos, vamos a encontrar agua en la laguna y nos quedamos un día a descansar" a las 18 más o menos hicimos alto para dormir, los soldados Pérez y Romero estaban muy cansados, siendo el más fatigado Romero, a mi me puso una piedra fría al pecho y me pasó un poco la sed, el teniente también estaba y cansado, dormimos esa noche el día 27 salimos a las seis de la mañana sin desayuno porque no había ni una gota de agua, fui nuevamente abriendo la senda y me dijo el teniente que fuéramos un poco rápido para llegar pronto a la laguna a la que calculó llegar al as nueve, después de haber avanzado unos dos kilómetros ya no pudieron seguir adelante Pérez ni Romero, el teniente les ordenó que se quedaran y seguimos con él adelante, a los tres kilómetros más o menos encontramos lo que creímos que era la laguna, que era una pampa con tierra blanca y piedras blancas y negras completamente seca, buscamos por todas partes y no había agua ni "sipoy", regresamos para seguir al fortín Aroma y los encontramos echados, nos preguntaron por agua y les contamos lo que habíamos visto, entonces el teniente nos dijo: vamos ahora al fortín Aroma y les preguntó a Pérez y Romero si podían seguir ellos dijeron que podían todavía, seguimos hasta las 10 más o menos para buscar "sipoy" encontramos uno; pero, esta seco, esperamos hasta las cuatro más o menos sin tomar nada, a esta hora seguimos todavía con sol hasta las cinco más o menos y nos quedamos para buscar "sipoy" porque ya no podíamos especialmente Romero estaba muy mal, buscamos y no hallamos ni uno solo, quisimos dormir y no podíamos por la sed, Romero y Pérez se quejaban mucho especialmente el primero, el teniente y yo también estábamos muy mal. El día 28 seguimos bien temprano, no podíamos andar las piernas estaban duras, los brazos como muertos y los mareos nos tenían como borrachos, los cuatro nos caíamos a cada rato, el teniente probó y nos dijo que procuráramos tomar orines y no pudimos porque eran muy fuertes y hediondos, entonces mascamos "garabalá" (especie de plantas de piña), las hojas con sus espinas nos hacían salir sangre de la boca, pero tenía un poquito de agua, en el camino lo venía abrazando y ayudando al Dgte. Pérez a llevar su mochila, su fusil y al teniente su trazado, a esta hora se cayó (nueve más o menos) y le dijo "mi teniente yo no puedo aquí me

quedo y se echó en una sombrita que había, entonces él nos dijo vamos hasta la quebrada, sacamos "sipoy", seguimos y a los 400 metros se cayó Romero y los dejamos bajo una sombrita, seguimos el teniente y yo, hasta la quebrada, allí encontramos "sipoy" y llenamos tres caramañolas de jugo, ese momento llegó Romero y el teniente le dio una caramañola, el teniente y yo, a medida que raspábamos chupábamos el jugo, hicimos un poco de té y tomamos, después llevé una caramañola de jugo de "sipoy" un jarro con té y un pan, llegué donde estaba Pérez, que estaba con camisa y calzoncillo tirado en el suelo, entonces le hice tomar primero el té, porque el no podía mover sus manos, también le hice tomar el jugo de "sipoy" de la caramañola, el me decía "ya no puedo" y me preguntó por el teniente y mis compañeros, le dejé pan y azúcar y volví donde el teniente, lo encontré cavando "sipoy" para Romero, me preguntó como estaba, si podía venir y me dijo que descansara un momento y volviera a ver si podía venir, al rato volví después de tomar jugo que el teniente había sacado y lo encontré ya muerto, con la boca abierta, le eché agua para ver si podía volver en sí, pero, estaba ya duro, le cerré los ojos, la boca no pude, le puse de cabecera su mosquitero, le puse el pantalón y le tapé con la frazada, volví llevando la caramañola vacía y a las 7 p.m. más o menos llegué donde está el teniente que había avanzado con Romero unos 200 metros más adelante, apenas llegué me preguntó por Pérez y le contesté que había muerte y lo que yo había hecho; el estaba muy cansado y no podía ir, dormimos esa noche allá y bebimos el "sipoy" que había sacado el teniente.

El día 29 temprano nos levantamos comimos un poco de chivé con jugo de "sipoy" el que ya no podíamos pasar porque nos picaba la lengua y lo arrojábamos, a los 500 metros más o menos cayó romero fatigado por la sed, a pesar de no llevar nada puesto que el teniente llevaba todo su equipo, me dio un papel para el teniente Salinas del fortín Aroma y me dijo: "Lleva este papel y entrega al teniente Salinas" yo me adelanté y avancé las 6 leguas que faltaban y llegué al pozo que se encuentra un kilómetro antes del fortín, allí encontré al soldado Quiber, a las 16 más o menos el corrió al fortín y o me quedé en el pozo, esa misma tarde el teniente Salinas mandó el socorro porque estaba enfermo y al día siguiente salió haciendo llevar un turril con agua.

Fortín Ingavi 7 de diciembre de 1931.

Leída que le fue la presente declaración persistió en su tenor, no firma por no saber es cuanto certificamos.

Las tarjaduras de las páginas cinco, siete y diez no tienen valor.

Fdo. Sbtte. Armando Pinto t., juez instructor. Sbtte. Eliseo Calero del C., Secretario.

Notifíquese al soldado Pedro Romero a prestar su declaración informatoria por la muerte del Dgte. Ofelio Pérez a este tribunal el día 8 de diciembre de 1931 años a horas nueve.

Fortín Ingavi 7 de diciembre de 1931.

Fdo. Sbtte. A. Pinto T., juez instructor.

En cumplimiento del presente decreto en la fecha notifiqué al soldado Pedro Romero a prestar su declaración informativa por la muerte del Dgte. Ofelio Pérez, quien firma conmigo al pie.

Fortín Ingavi 7 de diciembre de 1931.

Fdo. Sbtte Eliseo Calero del C., secretario. Pedro Romero

El día 8 de diciembre de 1931 fue presente a este tribunal el soldado Pedro Romero con objeto de prestar su declaración informativa por la muerte del Dgte. Ofelio Pérez, quien previa exhortación de ley declara lo siguiente:

P.- Diga sus generales.

R.- Pedro Romero Hurtado de 21 años de edad, soltero, boliviano, residencia: Fortín Ingavi, agricultor.

P.- Sabe leer y escribir.

R.- Sí, un poco.

P.- Donde estuvo usted cuando murió el Dgte. Pérez

R.- Me encontraba en el fortín "Aroma" habiendo preguntado el comandante de fortín Tte Salinas quienes querían como voluntarios ir a la exploración con el Tte. Busch, salimos el Dgte. Pérez y yo, pues yo en mi vida civil ya había ido en algunas exploraciones, nos alistamos ese día para salir al siguiente en la mañana, llevamos víveres para 8 días distribuidos igualmente entre el Tte. Busch y nosotros, lo mismo con el agua que era para dos días, puesto que habían visto en su exploración anterior una laguna a la que calculó tres días como máximun, salimos el día 25 dirección al cerro Angel para de allí seguir a la laguna, tomamos la senda de la exploración anterior y llegamos al cerro en un día de donde vimos la laguna a la que calculamos ocho leguas a la que pensamos llegar el tercer día en la mañana, el segundo día de marcha salimos temprano, tuvimos que ir rompiendo monte y a las dos de la tarde más o menos, se acabó el agua, por la dificultad en la marcha y el excesivo calor, aquí comencé a sentir la fatiga con mayor fuerza que los demás, el soldado Socré buscaba agua para tomar, en los huecos de los palos, la que encontramos en muy poca cantidad, pues, solo nos alcanzaba para un trago, el tercer día ya no pudimos el Dgte. Pérez y yo, nos quedamos antes de la laguna y se adelantó el Tte., con el soldado Socré, regresando a la hora más o menos sin nada de agua puesto que había sido solo un pedregal, nos trajo el Tte., una papa de "sipoy" la que nos dio a todos y nos dijo que íbamos a volver, habiéndonos recomendado que cada 5 minutos tomáramos un bocado para que no se acabe, comenzamos la vuelta a las once más o menos bajo un sol que quemaba, descansamos a las doce porque ya no podíamos de sed y cansancio, el más fatigado era y o, hasta las 4 de la tarde, a esa hora seguimos la marcha hasta las 7 más o menos buscando "sipoy"

encontramos una planta sin nada, nos echamos sin probar una gota ni de agua ni de jugo de "sipoy" no pudimos dormir, los mareos nos dominaban estábamos como borrachos, al día siguiente seguimos los cuatro juntos en la mañana hasta las 10 donde cayó Pérez por el excesivo cansancio, el Tte., le dijo que hiciera un esfuerzo para ir hasta la quebrada donde encontrarían "sipoy", se quedó en una sombrita y seguimos, a las tres cuadras también caí yo con mareos, las piernas se me doblaban, y lo mismo que a Pérez me dijo que hiciera esfuerzo para seguir poco a poco, ellos siguieron y yo me quedé, al rato como era picada, pero cuando me encontré cerca del Tte., por gritos me orienté y fue donde estaba, cuando llegué ya había sacado agua de "sipoy" pues salió Socré llevando una lata (de aceite) con jugo de "sipoy" endulzado y una caramañola con té y un pan, para él llevó una caramañola de jugo de "sipoy" a la hora más o menos volvió y dijo que había tomado todo y que le indicó que volviera llevándole más jugo de "sipoy". seguimos sacando "sipoy" y como a la hora volvió a ir Socré con una caramañola de "sipoy" y como a la hora volvió a ir Socré con una caramañola de "sipoy" y con la orden de que por nada lo dejara, que aunque sea lo trajera en la espalda, a las 7 de la noche llegó Socré y le dijo al Tte., que había muerto, que estaba duro y frío, quisimos ir a verlo pero los mareos y lo pesadez que teníamos las piernas nos impidió, con esta noticia el Tte., se puso a llorar y comenzó a ponerse mal, dormimos esa noche allí, ya no teníamos sueño, por la fatiga y la pena de la muerte del Dgte. Pérez, al día siguiente salimos la noche anterior hizo el informe con los detalles que le dio el soldado Socré y le dijo que iba a salir al día siguiente y adelantarse al fortín en busca de socorro, salimos juntos temprano y a las ocho se adelantó Socré después de descansar un rato llevó una caramañola de jugo de "sipoy" y nosotros quedamos con una cada uno, a la media hora que se adelantó Socré ya no pude más por el mareo y el excesivo cansancio entonces el Tte., me ayudó a llevar mi equipo hasta donde descansamos, buscamos sipoy y hallamos, después resolvimos quedarnos a esperar el socorro, porque yo estaba ya medio loco, no tenía valor para nada ni para cavar y sacar sipoy el Tte. Busch cavó poco a poco porque tampoco ya podía sacó sipoy, exprimió me dio jugo, atirantó las dos hamacas arregló las camas, puso los mosquiteros y me hizo acostar después que me dio un jarro de té, más o menos a las seis de la tarde, y me dijo que posiblemente esa noche iba a llegar el socorro y si no llegaríamos poco a poco al día siguiente, a las siete se puso a acordarse de su familia, al otro día a las cuatro y media de la mañana se oyeron dos disparos dijo el Tte., voy a contestar es Salinas que viene tirando con su revólver, contestó el Tte., con su pistola cada diez minutos, a las siete y media llegó el socorro, dos soldados Leonor Rivera y Hernán Montenegro que habían traído en tres caramañolas de ahí hasta donde estaba Pérez muerto habían cuatro leguas, me alcanzó dos caramañolas de agua y una se hizo quedar para él, de ahí me vine sin nada y nos vinimos al fortín, lo encontramos al Tte. Salinas a la legua del lugar donde habíamos dormido ese

mismo día llegamos al fortín Aroma, en el fortín estuve un día descansando y me trajeron al fortín Ingavi en camión.

Leída que le fue la presente declaración persistió en su tenor y firma para confirmar al pie con nosotros.

La tarjadura de la página quince no tiene valor.

Fortín Ingavi 8 de diciembre de 1931. Fdo. Sbtte. A. Pinto T., juez instructor. Sbtte. Eliseo Calero del C., secretario. Pedro Romero. Sello: Comandancia de la quinta división – Bolivia, Puerto Suárez, 23 de diciembre de 1931.

Elévese a la consideración del señor Coronel, jefe del Estado Mayor General, con nota de atención. Fdo. Cnl. Guillén, Cmdte. 5ª división.

Reservado Nº 195

Presidencia de la República.

La Paz, 22 de enero de 1932

Al señor

Jefe del Estado Mayor General

Presente.-

Señor Coronel:

Correspondo a su atento oficio Nº 7-32, fechado el 8 del mes en curso, adjunto al cual se ha servido usted enviar a este Despacho, el sumario informativo original, levantado por el comandante de la Quinta División, con motivo de la muerte del dragoneante Ofelio Pérez.

Al devolver a usted el expresado sumario, cúmpleme expresarle el pesar con que he recibido la noticia del fallecimiento del dragoneante Pérez. Estimo que su nombre debiera citarse en una Orden General por haber muerto en servicio de la patria.

Aprovecho de esta oportunidad para ofrecerle el testimonio de mis consideraciones más distinguidas, con que me suscribo de usted, atento servidor.

Daniel Salamanca.

República de Bolivia

Ejército Nacional

Quinta Divisón.

Puerto Suárez, 23 de diciembre de 1931.

Secc. III. Nº 2778-31

Al señor Coronel, jefe del Estado Mayor General

La Paz.

Objeto: Elevar sumario informativo

Señor coronel:

En fs. 16 elevo a su conocimiento el sumario informativo levantado con motivo del lamentable fallecimiento del dragoneante Ofelio Pérez en las inmediaciones del fortín "Avaroa".

Anexo: Expediente en fs. 16.

Saludo al señor Coronel, atentamente, Cnl. Guillén, Cmdte. 5ª Div.

* * *

Copia reservado

8 de enero de 1932

Al Excelentísimo señor Presidente Constitucional de la República.

Presente.

Excmo. Señor:

Con el presente oficio tengo el honor de elevar a conocimiento de S.E., el sumario informativo original, levantado por el comandante de la Quinta División, con motivo de la muerte del dragoneante Ofelio Pérez, ocurrida en las inmediaciones del fortín Aroma, sumario que, insinuó a S.E. quiera devolverlo a esta Jefatura, después que haya tenido a bien interiorizarse de su contenido.

Con este motivo me es muy honroso renovar a S.E. el señor Presidente, los sentimientos de mi distinguida consideración.

Fdo. Gral. Osorio.*

* * *

* *Busch fue sobreseído de toda culpa por la muerte del dragoneante Pérez. Es curioso que la muerte de éste soldado por causa de la sed, hubiese provocado un sumario informativo. Nadie imaginó en ese momento que otros 50.000 jóvenes rendirían su vida en el Chaco, víctimas de la sed, el hambre, la avitaminosis, la tuberculosis y otras enfermedades, así como por balas enemigas, sin que por supuesto, se levantaran más sumarios contra ninguno de los jefes de la tropa sacrificada. ataron los casos de fusilamientos a los llamados izquierdistas por el hecho de que generalmente se disparaban un balazo en el pie izquierdo con la esperanza de ser evacuados. (M.B.G.).*

DISTINCIONES Y NOMBRAMIENTOS:

Daniel Salamanca

Presidente Constitucional de la República y Capitán General del Ejército

Atendiendo a los méritos y servicios del Teniente Germán Busch. Le confiero el ascenso al grado de Capitán por su comportamiento en el campo de batalla de Boquerón y haber tomado una bandera enemiga en conformidad a la orden general de la fecha.

Este despacho registrado donde corresponde, servirá de suficiente Título para los efectos legales.

Firmado y sellado en la ciudad de La Paz, a los 22 días del mes de septiembre de 1932.

Daniel Salamanca. Refrendada por el Ministro de Guerra, Julio A. Gutiérrez. Registrado a fojas 814 del Escalafón General.

* * *

Orden de Cuerpo N° 25-34

Guachalla, 4 de octubre de 1934

Secc. P.M.

Me complazco en expresar al Mayor Germán Busch, mi reconocimiento por los valiosos servicios que ha prestado desde su elevada situación de Jefe de Estado Mayor del primer cuerpo de Ejército. Con su patriotismo ejemplar y sus sobresalientes dotes militares de valor, laboriosidad y acierto, el Mayor Busch ha contribuido eficazmente a conjurar las situaciones más difíciles, señalándose como un Jefe que honra a la institución armada.

El Tcnl. Comandante del primer cuerpo de ejército.

Gral. Oscar Moscoso

* * *

José Luis Tejada Sorzano

Presidente Constitucional de la República

Atento:

El pedido del comando del Ejército en campaña.

Considerando:

Que el señor Mayor don Germán Busch se ha distinguido desde el comienzo de la guerra por destacados actos de valor.

Resuelve:

Otorgarle la Gran Cruz del mérito militar.

El señor ministro de Estado en el despacho de guerra queda encargado del

cumplimiento de la presente resolución

Villamontes, a los 7 días del mes de enero de 1935.

Firmado: José Luis Tejada Sorzano. Juan María Zalles. Es conforme. Firmado. Gral. Raimundo Gonzalez Flor. Ayudante General.

* * *

Comando Superior del Ejército en Campaña

Copia legalizada

De Min. Guerra, La Paz, 27 de julio de 1935. N° 1910. Hs. 23:10. Urgentísimo reservado. Cif. 43/470. G.J.E.C. y Cnl. Toro, San Antonio. Habiéndose producido crisis gabinete por renuncia irrevocable Ministro republicanos socialistas, Pres. república no aceptará dimisiones de Ministros Relaciones, Guerra, Hacienda, gobierno y desea integrar nuevo gabinete que duraría hasta quince agosto con tenientes coroneles Busch y Alfredo Peñaranda en carteras Instrucción y Defensa que quedarían vacantes. Insinúo darme inmediata opinión. Contóse Congreso para tratar cuestión institucional. Hasta este momento hay mayoría parlamentaria favorable prórroga, Baldivieso, Min. Guerra.-

De Pres. República, La Paz, 28 de julio de 1935 N° 1873. Hs. 10:25.

Urgente recomendado. Cif. 465.- G.J.E.C., San Antonio. Acaba de producirse crisis gabinete habiendo renunciado sus carteras Ministros Defensa Waldo Belmonte e Instrucción Gabriel Gosálvez cediendo presión política de su partido. Tengo resuelto como indiqué ustedes allá integrar gabinete con dos representantes del ejército y con ese objeto pídole procurar viaje inmediato a esta de teniente coronel Germán Busch que tomaría cartera Defensa Nacional y Teniente Coronel Alfredo Peñaranda a quien daría cartera Comunicaciones con Instrucción y Agricultura, mientras pueda organizarse diferentemente el gabinete. Atentamente, Tejada Sorzano, Pres. República.

A etapas, Santa Cruz.- 28 de julio de 1935. Hs. 22.00 Urgente. Cif. 23/570.- Para Teniente Coronel Germán Busch. Trascríbele siguiente: "Habiéndose producido renuncia de Ministro Defensa Nacional, invítole para hacerse cargo de esa cartera en representación del Ejército seguro de que sus prestigios traerán un grande apoyo para la solución de todos los problemas que confrontan a la república. Atentamente Tejada Sorzano, Pres. República.

A Pres República, La Paz, 29 de julio de 1935. Urgente. Cif. 595. Tcnl. Busch fue designado para comandar brigada caballería móvil que constituirá más fuerte garantía mantenimiento orden público ante cualquier emergencia en futuro. Considerámosle irremplazable para dicho cargo de importancia práctica y decisiva. Vista está razón y otras numerosas consideraciones podríamos formular al respecto. Insinuamos a V.E. quiera designar otro jefe. Permitiéndonos proponerle nombres Tenientes Coroneles: Ichazo, Viera,

Rivera y Jordán. Insinuamos particularmente a V.E. también a pedido de teniente Coronel Busch, quiera ser deferente a esta petición. Atentamente. Gral. Peñaranda. Cnl. Toro.

De Pres. República, La Paz.- 1 de agosto de 1935. N° 38. Hs. 21.00. Urgente. Cif. D. 420. G.J.E.C., San Antonio. Suyo cuatrocientos noventa y cinco. Hubiera pensado que desde Ministerio Teniente Coronel Busch podría manejar más eficientemente tropas encomendadas a su mando. De todos modos desisto en vista sus razones encomendarle Ministerio. En sustitución invito para Min. Defensa a Teniente Coronel Añez. No siendo conveniente dilatar más integración gabinete, sírvase hacer que teniente coronel Añez y Peñaranda vengan juntos mañana. Este Ministerio durará seguramente corto tiempo y en su caso podrá ser constituido en otra forma. Atentamente. Tejada Sorzano.

G.C.G., 3 de agosto de 1935.

Es copia fiel del original que cursa en el Archivo de la Sección Operaciones.

Secretario Sec. Operaciones.

Sello: Comando Superior 3 de agosto de 1935. Secc. Operaciones.

* * *

Comando Superior del Ejército en Campaña.

Copia legalizada

A Pres. República, La Paz. 29 de julio de 1935. Hs. 21.15. Cif. P/200. Por error Sección Claves omitiose nombre Teniente Coronel Ichazo en sugestión permítime hacer a V.E. para elección mi reemplazante, este jefe reúne grandes condiciones y goza enorme prestigio a raíz su destacada actuación en campaña. Atentamente. Teniente Coronel Busch.

A Pres. República, La Paz. 29 de julio de 1935. Hs. 18:35. Cif. 565.- A su cifrado doscientos cincuenta. Altamente honrado por especial distinción y honor quiere dispensarme V.E., insinuóle muy particular y encarecidamente prescindir de mi nombre para integración nuevo gabinete, vista numerosas razones orden fundamental. Desde situación señálame Comando Superior creo serviré mejor intereses país garantizando seguridad orden público en mejores condiciones y contribuyendo en toda oportunidad a estabilización institucionalidad país. Permítome sugerir V.E., nombre Teniente Coronel Añez para reemplazarme. Me es grato expresar a V.E. mi más profundo y sincero agradecimiento protestando que en toda oportunidad responderé a su confianza. Atentamente. Teniente Coronel Busch.

G.C.G., a 4 de agosto de 1935.

Es copia fiel del original.

Sello: Comando Superior. 4 de agosto de 1935. Sección Operaciones.

* * *

BUSCH REFUTA EL INFORME DEL COMANDANTE DEL REGIMIENTO COLORADOS

1934

Al señor Coronel,
Comandante del primer cuerpo de Ejército.
Presente.-

Señor Coronel:

Quiero referirme al informe presentado por el señor Comandante de la Cuarta División referente a las operaciones realizadas en los días 8, 9 y 10 del mes próximo pasado.

Cábeme manifestar al señor coronel, que en dicho informe, el presentado por el Comandante del Regimiento "Colorados" 41 de Infantería, se aparta por completo de la verdad de los hechos. No tratándose de hacer discursos, un informe militar debe contener exactamente lo que en la realidad ha sucedido, ya que todo él, constituye un documento para la historia. Es en está virtud que me voy a permitir rectificar dicho informe, carente en lo absoluto de verdad y faccionado única y exclusivamente sobre informaciones apasionadas de subalternos interesados, ya que el señor comandante del R. I. 41, no ha intervenido personalmente en los momentos críticos a que se refiere. Me es muy doloroso tener que rectificar a un jefe comandante de regimiento que nunca podía ni debía elevar esa clase de informaciones no ajustadas a la verdad, pero en calidad de jefe de Estado Mayor del Comando del Primer Cuerpo de Ejército, y testigo presencial del desbande de los batallones Rodríguez y Fortín el día 10, no puedo quedar en silencio y dejar que pasen a la historia, como he dicho, hechos que no han ocurrido, y más aún, con los que se quiere echar por tierra, la sólida reputación adquirida en la campaña, por un oficial de ejército que supo salvar en gran parte la situación.

El día 10 en que se dio la orden para realizar el contraataque y la retoma de los reductos ocupados por el enemigo, que fueron abandonados por el batallón Monje del R. I. 12, a horas 9 me constituí en el puesto del Comando del R. I. 19 con el Tte. Ceferino Rioja, del comando del cuerpo, como mi ayudante; con grata sorpresa ví que el comandante de este regimiento Mayor David Méndez se encontraba con su tropa, dirigiendo personalmente la operación que a su unidad se le encomendara, quien me informó haber tomado en el primer momento (...) de nuestra segunda línea ocupada por el adversario

que se presentaba bastante fuerte; ordenéle en consecuencia disponga el aferramiento de las (...) de al mejoramiento de las mismas y efectuando al mismo tiempo presión de sitio, a fin de evitar que el enemigo saque fuerzas para contrarrestar el avance de los batallones del R. I. 41 sobre los reductos de la línea principal.

Inmediatamente después, me trasladé al puesto del comando del R. I. 41 que se hallaba establecido en el puesto de comando del batallón Rodríguez del R.I. 31 allí encontré en un block house al Tcnl. René Pantoja, comandante del R.I. 41 y al Tcnl. Armando Sainz, comandante del R.I. 3. Hasta ese momento, las noticias y los partes del R. I. 41 eran bastante halagadores. Hablé por teléfono con el teniente Ricardo Rodríguez, comandante del primer batallón del R.I. 41, quién me comunicó que su unidad continuava avanzando con decisión, dile en esta oportunidad algunas instrucciones y medidas de seguridad para la prosecución de su avance.

A horas 14, y no a horas 16 como dice el informe que rectifico, se presenta el Cap. Adolfo Ampuero nombrado oficial de Estado Mayor del grupo Pantoja, nada exaltado i nervioso como también se manifiesta, y si, únicamente cansado por el recorrido que había hecho en una zona totalmente batida por el fuego enemigo y me dijo textualmente lo siguiente:

"Mi mayor, hasta este momento ya hubiéramos alcanzado el objetivo señalado por el comando porque solo débiles grupos enemigos detienen el avance del 41, ya que los comandantes de batallón no conducen sus unidades ni corocen la verdadera situación de su tropa. Los comandantes de compañías tampoco tienen la decisión y energía que en estos momentos se precisa, mucha tropa se halla aglomerada y estancada en la zanja".

Luego agregó que había invitado al Tte. Rodríguez, comandante del primer batallón para ver la verdadera situación de sus compañías, habiendo aquel, rehusado hacerlo, manifestó también que los partes que se enviaban eran completamente falsos, pues no se habían tomado los reductos que en ellos se decía. Este parte me lo dio el capitán Ampuero, en presencia de los Tcnls. Pantoja y Sainz y de mi ayudante el Tte. Rioja y en vista del cual interrogué al respecto al Tcnl. Pantoja, quien me dijo no ser posible lo manifestado por el Cap. Ampuero, fue entonces que este, nos invitó a todos a ir a constatar personalmente la situación de nuestras tropas y los objetivos alcanzados, puesto que hasta ese momento, el Tcnl. Pantoja no había visto en el terreno, el curso de la operación encomendada a su unidad.

Momentos antes, se había presentado en nuestras líneas un soldado enemigo y manifestado que sus compañeros, ante la presión de nuestras tropas, huían abandonando las posiciones que habían alcanzado anteriormente.

Nos encaminamos todos en dirección a las trincheras, donde al llegar vimos que los soldados del R. I. 41 (batallones Rodríguez y Fortún), se corrían

vergonzosamente en todas direcciones disparándose entre ellos, en este preciso momento avancé con el capitán Ampuero y el teniente Rioja al sitio donde se producía el desbande para contenerlo, pero como los soldados no se conocían, ni a los que me acompañaban, me fue muy difícil conseguir mi intento. Fue entonces que llamé y busqué al Tcnl. Pantoja, que más que nadie, con su presencia podía haber evitado tamaña vergüenza, pero sensiblemente este jefe al llegar a la zanja, se había regresado nuevamente a su puesto de comando, sin haberse podido dar cuenta, por consiguiente, de la gravedad de la situación, ni de lo que pasaba en su unidad.

Muy difícil nos fue contener el desbande de estas tropas y formar con ellas una nueva línea para así salvar rápidamente la difícil situación creada, tomando contacto por la derecha con el R. I. 19 que se mantenía en sus posiciones no obstante haber sido contraatacado varias veces, y por la izquierda con el R. I. 3 en donde el enemigo al darse cuenta del desbande de las tropas del 41, atacó violentamente por un tiempo más o menos de 20 minutos, felizmente estas tropas supieron resistir.

Debo hacer conocer además, que, cuando tratamos de contener a las tropas que se corrían, pregunté por algún comandante de batallón o compañía para que nos colaborara en la tarea, pero fue imposible dar con ninguno, y recién cuando la línea se hallaba establecida y normalizada la situación se presentaron los tenientes Rodríguez y Fortún, comandantes de batallón del R.I. 41 y el subteniente de Res. Violeta, a quien increpé y dí la siguiente orden verbal para la consolidación de la línea ya establecida:

"Batallón Rodríguez del R.I. 41 establecerá el contacto con las alas interiores de los regimientos Pérez y Florida, se concretará al arreglo rápido de sus posiciones y a la defensa tenaz de su sector, la compañía Caucino del regimiento Pérez, permanecerá en sus actuales posiciones como segunda línea y romperá fuego contra cualquier individuo del R. I. 41 que trataré de escapar: el batallón Fortún que se compone de contingente nuevo, formará la tercera línea detrás de la compañía del Pérez".

Una vez así normalizada la situación, me trasladé con el Tte. Rioja al comando del R. I. 41, donde encontré a los tenientes coroneles Pantoja y Sainz, a ambos les hice conocer las órdenes que había impartido a las fracciones de sus unidades. Fue en este momento, que el Tcnl. Pantoja, me manifestó que ya que había fracasado así el contraataque, con la ayuda de un escuadrón del regimiento Abaroa que teníamos (única reserva), podíamos hacer un nuevo contraataque, a lo que le manifesté que si dos batallones que se encontraban en la culminación del ataque se dieron media vuelta cobardemente, era absurdo contraatacar y sacrificar ese escuadrón que no contaría con ninguna ayuda de parte de una tropa desmoralizada como la del R.I. 41 que estaba poseída de intenso pánico. Le manifesté luego que la orden que había dado

debía ser cumplida estrictamente y que el capitán Ampuero que conoce bien la actual situación, quedaría como su jefe de Estado Mayor, para que lo oriente y colabore.

Es completamente falso que haya faltado en ningún momento, ni munición, ni granadas de mano, cuya existencia constaté personalmente en las zanjas de comunicación, los soldados en desbande ponían sí, el pretexto harto explotado de ir al puesto de reaprovisionamiento en busca de ellas, donde también por otra parte, existía en gran cantidad.

Tropas del R. I. 3, no han sido sacadas de sus puestos, donde resistían al fuerte ataque enemigo, siendo de toda falsedad que las movidas por el capitán Ampuero se hubieran aglomerado como se dice en el informe, muy por el contrario, ocuparon en perfecto orden la línea que se les asignó.

Debo dejar constancia, señor coronel, de la excelente conducta de los capitanes Adolfo Ampuero y Leoncio Menacho, del teniente Ceferino Rioja y de mis dos estafetas, que sin ellos habríamos tenido que lamentar en esos momentos un mayor desastre y de graves consecuencias.

Con este motivo, me es grato presentar a usted señor Coronel, las seguridades de mi consideración más distinguida.

Germán Busch.

CARTA DE MONTENEGRO A BUSCH SOBRE ESTE LIBRO*

Buenos Aires, 14 de septiembre de 1937

Mi querido Germán

(...) En cuanto al libro, te escribí en la semana anterior sobre él. Ojalá me contestes respecto a esto. Quiero, entre tanto, hacerte una aclaración. Una casa editora de aquí me ha ofrecido editar mi libro sobre cuestiones económicas. Yo quise editar allí "Busch", pero, la casa editora esta, es especialista en cuestiones científicas, y no acepta obras novelescas ni de género nacional como es "Busch". De ahí que, conforme te lo dije, sería cuestión de que el Estado me compre una parte de la edición de mi libro sobre cuestiones económicas, pero yo, con este dinero, editaría "Busch". Esto, si no ves un modo mejor de salvar el asunto. Te conté que tenía un hombre como para costear la edición. Se trata de un extranjero, y vacilo en insistir ante él con este asunto, por el temor de que, sintiéndose colaborador económico del libro, pretenda hacerse exigente contigo o conmigo.

Voy a mandarte, tal vez en la siguiente semana, los primeros capítulos del libro. Te los mandaré así, uno tras otro. He tenido que rehacerlo, literariamente, varias veces porque no me satisfacía la forma en que lo hice; e ideológicamente, también lo he rehecho. Sobre este particular, principalmente, residió mi dificultad última de trabajar a raíz de los últimos acontecimientos políticos de julio. Es respecto a ellos, querido Germán, que yo quisiera hablarte en forma tan íntima y confidencial que no la conociesen sino tú y Matty, dos personas espiritualmente interesadas en el libro. No lo he hecho hasta hoy por temor de que creas que yo quiero inmiscuirme en tu conducción política, lo que no pretendo ni pretenderé hacer. Pero un libro de la trascendencia del que preparo, no es cosa que pase en un día. Durará por toda mi vida, será mi obra más cariñosa y apasionadamente hecha, y no quisiera que ella desmerezca del Busch que la inspiró en el Chaco, porque la maldita política intervenga. Yo sé que eres, como sientes y como piensas respecto al país y al pueblo. Lo que no sé es qué forjas para el futuro. Tengo, sobre este asunto, tal cuidado, que te pido autorización para escribirte, exclusivamente respecto a él, y consultarte dos o tres cosas que, por fuerza, tienen que aparecer en el libro. Yo, como tú, pertenezco a la clase pobre, y quiero que mi obra sea la exaltación del hombre nuevo, nacido antes de la guerra, pero "encontrado" por la guerra, y puesto en la

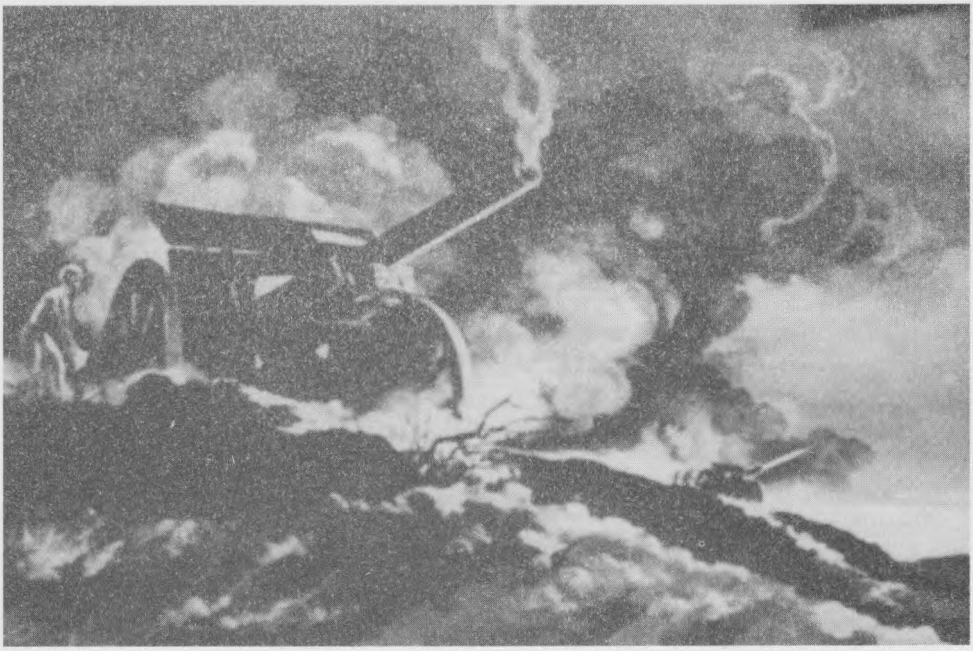
* *Busch, la flecha incendiaria, Mariano Baptista Gumucio. Editorial René Moreno, Santa Cruz, 2001. Se ignora si hubo otras cartas entre Montenegro y Busch, entre esta fecha y el 23 de agosto de 1939, en que éste último se quitó la vida. (M.B.G.)*

conducción social y política de su patria como un instrumento del destino, como un forjador del futuro, como un hombre cuyo sino estaba, al igual del de los grandes conductores de hombres, de antemano fijado, y que, por lo mismo, no podrá ser vulnerado por la política. Yo quisiera que me autorices a consultarte estas cosas, para mandártelas escritas en el libro luego de acordar contigo unos pocos puntos de vista. Luego, quiero que el libro lo leas tú sólo, con Matty. Por desgracia, ocupas una situación tal, que estás rodeado de hombres y asuntos en absoluto ajenos a la finalidad del libro, y que no quisiera que en modo alguno lo conozcan antes de darse a publicidad. Es claro que yo podría publicarlo independientemente, pero quiero estar de acuerdo contigo al hacerlo, porque esta obra persigue algo como la satisfacción íntima de ser una reencarnación de tu personalidad en una obra literaria.

Espero, pues, tu respuesta y encargándote saludos para Matty y toda la familia, te abrazo con el mayor cariño.

Carlos.

* * *



CARRERA MILITAR DE GERMÁN BUSCH

Hijo del doctor Pablo Busch y de la señora Raquel Becerra.

Nació en San Javier, Departamento de Santa Cruz, Bolivia el día 23 de marzo de 1904.

Ingresó al Colegio Militar el día 16 de enero de 1922, donde obtuvo el grado de Brigadier en fecha 21 de enero de 1926.

Ascensos que ha obtenido:

Por Orden General de 4 de enero de 1927, al grado de Subteniente.

8 de enero de 1931, al grado de Teniente.

22 de septiembre de 1932, al grado de Capitán.

25 de septiembre de 1933, se le reconoce un año de antigüedad en su grado de Capitán por su buen comportamiento.

30 de diciembre de 1933, ascendió a Mayor.

1° de julio de 1935, ascendió a Teniente Coronel.

Hace un mes, por Orden General y con debida antigüedad ha sido ascendido al grado de Coronel. Este grado fue rechazado por el Coronel Busch cuando tomó el mando del gobierno por considerar que no tenía la suficiente antigüedad en el grado de Teniente Coronel. Igual actitud tomó estando de Jefe de Estado Mayor General.

Destinos que tuvo, por Orden General de 4 de enero de 1927, al Regimiento "campero".

24 de febrero de 1927, al Cuerpo de Carabineros.

12 de julio de 1929, 2° Ayudante del Estado Mayor General.

8 de enero de 1931 al Escuadrón "Roboré",

9 de junio de 1932, al Regimiento "Aroma".

25 de julio de 1932 al Regimiento 6° de Caballería,

27 de mayo de 1933 al Regimiento 5° "Lanza" de Caballería.

30 de diciembre de 1933 al Estado Mayor General del General en Jefe del Ejército en Campaña, como primer ayudante.

8 de enero de 1934, Jefe del Estado Mayor del comando del Primer Cuerpo de Ejército.

25 de octubre de 1934 al Estado mayor General del General en Jefe del Ejército en Campaña.

15 de agosto de 1935 Comandante de la Brigada de Caballería.

12 de junio de 1936 Jefe del Estado mayor General.

20 de julio de 1937 en comisión del Supremo gobierno (Presidente de la Junta Militar de Gobierno).

Por proclamación de la Honorable Convención Nacional en 26 de mayo de 1938, Presidente Constitucional de la República.

Actuaciones en la Campaña del Chaco.

Asistió a la Campaña del Chaco desde su iniciación hasta la suspensión de las hostilidades y desmovilización de las tropas, habiéndose distinguido primeramente como Oficial de Fila por su elevado valor su audacia y cumplimiento de delicadas funciones y luego por su valiosa colaboración como Oficial de Estado Mayor en el Comando Superior.

Condecoraciones nacionales.

Gran Oficial de la Orden del Cóndor de los Andes, obtenida por eminentes servicios prestados a la Nación.

Gran Cruz de la Orden del Mérito Militar, obtenida por méritos de guerra.

Medalla de guerra obtenida por tiempo de permanencia en la zona de operaciones.

Estrella de hierro conferida por heridas sufridas en el Campo de Batalla.

Diploma de Oficial de Estado Mayor.

Condecoraciones extranjeras.

Del Ecuador: comendador, 6 de agosto de 1936

Del Brasil: comendador, 3 de marzo de 1937.

De Chile: Gran Oficial, 7 de enero de 1937

Del Brasil: Academia de Honra.- de la Academia Panamericana de Ciencias y Letras de 14 de abril de 1937.

Del Brasil: Cruceiro do Sul, en el grado de Gran Cruz, Condecoración Nacional por Decreto de 8 de marzo de 1938.

Del Escalafón del Estado Mayor General, 1938.

LA GUERRA DEL CHACO Y LA STANDARD OIL

De Carlos Montenegro a Eduardo Arze Quiroga

Buenos Aires, 14 de diciembre de 1938

Mi querido Edwards:

Tuve una gran alegría al recibir tu carta, y aunque soy el primero en reconocer que el no contestar una misiva causa un complejo de inferioridad irremediable. incurrí en el pecado que abomino, debido a que tuve que hacer un segundo viaje a Monte - vide - eu, que es como se pronuncia el nombre primitivo de la capital uruguaya, amén de tener ocupaciones retrasadas que llenar aquí, –precisamente a causa de mi viaje–, con todo lo cual el anterior párrafo me va saliendo tan enrevesado como una página histórico macedueñesca.[**]

Y bien, Edwards. Encantado de poder cruzar contigo el arma visible de las ideas, arma contra la que, por ser invisible, se estrellan los brutos. (La frase me descubre un secreto sentido de relación que hay entre el bruto y el huevo. porque los dos casi siempre resultan o hueros o estrellados, perdonándoseme lo complicado de la imagen). Leí, justamente en la revista que me enviaste, unos apuntes tuyos en materia chaqueña e iba a escribirte sobre ellos con afecto no menor que interés. Pero, lo ocupado que ando me quitó la oportunidad de hacerlo.

Tu artículo, además de la página en que se encuentra y sobre cuyo significado alusivo, (el de la página), reservo todo comentario, tenía un ligero error que me interesaba esclarecer precisamente a título cordial y aún subjetivo. Ese error consiste en admitir que Bolivia hubiese sido, en efecto, víctima de un "cuadrillazo internacional", –frase que, como todas las que burilaba Salamanca, es de una impresionante graficidad y de un finísimo sentido para penetrar en los

* *Eduardo Arce Quiroga, Cochabamba, 1907-2000, ex combatiente de la guerra del Chaco, historiador y diplomático. Entre sus obras figuran: Historia de Bolivia, siglo XVI. La economía actual y La teoría del vacío de Salamanca, Documentos para una historia de la guerra del Chaco. Miembro del MNR y canciller de la república.*

** *Se refiere a José Macedonio Urquidi, Cochabamba, 1881-1968. historiador y profesor universitario figura entre sus obras Bolivianas ilustres, La obra histórica de Arguedas, El origen de la noble villa de Oropeza. Tenía fama de excéntrico, de ahí la mención que le hace Montenegro.*

psicología del pueblo. Para Daniel ésa era la verdad indiscutible, y la afirmaba

con un coraje y una honestidad que, aún en los actos diplomáticos, mostró y *mantuvo intactos aquel hombre que nunca se calló por miedo las cosas que debía expresar.*

Pero la realidad no respondía propiamente al enfoque salamanquiano, pues las naciones no dieron cuadrillazo alguno a Bolivia, víctima de la criminalidad imperialista que actuaba, por órgano de los gobiernos, utilizando el ropaje de lo nacional y lo internacional, precisamente para que los hombres honrados y patriotas como Salamanca, y mejor aún los obcecados del patriotismo como Salamanca lo fue, admitieran que se trataba de un conflicto internacional cuando no había, por en medio, más que un sangriento juego de damas para que la Standard Oil pudiese imponer a la Argentina abrir su mercado petrolífero para esa empresa.

Le interesaba, por lo mismo, dar a este crimen la categoría de un asunto internacional, porque comprendía que era monstruoso el utilizar a dos pueblos en la tarea de espantar a América con la matanza de esos dos pueblos, para que de la matanza y del espanto, surgiese el arreglo que abriera los mercados del Plata al petróleo que la Standard robaba de Bolivia. El planteamiento del asunto lo conocerás pronto en un libro que voy concluyendo y que se llama El petróleo es nuestro. Este libro desmiente los acertijos con que el socialismo y aún el comunismo, tanto boliviano como extranjero, ensayaron para dar con la clave del conflicto, creyendo que él era un resultado inevitable de la pugna imperialista yanqui británica por el dominio del petróleo. Como acertijos, resultaban aproximados unilateralmente a la verdad, pero no eran la verdad misma.

Fue difícil dar con esta verdad hasta después de la guerra que, de todas maneras, debía arrojar el coeficiente real de sus causas, en una especie de colofón, que señalase también al autor. Pero esa verdad se denunció nítidamente al hacerse la paz, que dejó los petróleos en poder de Bolivia. No hubo, pues, tal pugna de los dos imperialismos con la finalidad de disputar el dominio de nuestro petróleo, sin que esto pretenda desconocer la efectiva pugna universal de los petroleros yanquis con los ingleses. Pero en el Chaco, esa pugna no creó la guerra sino como un accidente. Si la matanza del Chaco hubiese tenido origen en la codicia de los petroleros rivales, la paz habría sido, por lo menos, una partija de petróleo entre los dos imperialismos, ya que uno de ellos no pudo superar al otro.

El hecho de quedarse el petróleo en Bolivia, implica que la Standard Oil no fue derrotada por la Royal Dutch, sino por nuestro pueblo. Y no habiendo ese rival petrolífero triunfante –cuando el otro rival estaba perdidoso–, quiere decir que aquel no luchó con este en el Chaco. Quien afirme, como afirman los comunistas, que esa guerra fue obra de esa pugna de imperialismos, peca de cómodo al aceptar, sino tomarse el trabajo de llegar hasta la entraña del

conflicto, la fórmula académica del socialismo que resuelve con ella todos los conflictos económicos del mundo.

La verdad es que la Standard preparó la guerra en los dos países calentando la cabeza de ambos con el asunto territorial, los patriotas honestos como Salamanca, eran la más fácil presa para los standardistas. La larga cancillería de Carlos Calvo durante la guerra, puede explicar cómo, a la sombra de la honestidad de Salamanca, los gallinazos del entreguismo defendían los intereses de la Standard.

Lo que falta por concretar es que ésta preparó esa guerra para forzar a la Argentina a permitir el acceso del petróleo de la Standard (de Bolivia) a su mercado. Como no pudo conseguirlo por las vías diplomáticas que utilizó con el pongueaje de nuestros diplomáticos –Escalier fue el único que no hizo de pongo en esas gestiones, y lo he constatado aquí–, y como Salamanca se mostró hostil a la Standard, declarando nulas las inicuas concesiones administrativas otorgadas por Siles el 28 y 29, la Standard pretendió amenazar con una guerra boli-pila a la Argentina.

La Standard contaba con que la Argentina, asustada, y bajo la influencia de los Uriburus y los Sánchez Sorondos, abogados de la Standard Oil, transara, abriendo, por fin, el camino a un oleoducto de Camiri hacia la Argentina. A dicha amenaza se debió que Justo prestase ayuda al Paraguay, para impedir una hipotética conquista del río Paraguay por Bolivia. Alejado este peligro con las derrotas bolis, la Argentina procedió a imponer la paz antes de que ésta fuese firmada, pactó con Bolivia para que ésta penetrase con su petróleo, mediante el oleoducto que negó a la Standard, a sus mercados.

El cuadrillazo internacional no se explica históricamente, aunque se crea en él –a mi juicio, por obra de la penetrante objetividad que tiene la frase para nuestro temperamento, con tanto sentido dramático y con tanto conformismo histórico como al que tú mismo aludes en tu artículo–; ese cuadrillazo internacional, ¿por qué cayó sobre nosotros y no sobre el Paraguay? ¿Por nuestro mal servicio diplomático que nos aisló simpatías? ¿Por el desdén con que se mira a Bolivia, país de indios y mestizos sometidos a esclavitud económica? Pero, el Paraguay ¿tuvo mejor diplomacia o tiene menos indios y mestizos que nosotros?

El cuadrillazo internacional tenía que producirse aparentemente, porque los gobiernos –no los pueblos–, servían al imperialismo yanqui de la Standard. Pero ese cuadrillazo fue obra del imperialismo y de los enlevados polizontes gubernativos que ésta tenía y tiene a sueldo en varios países, particularmente en éste, en el Brasil y en el Perú, sin dejar de contar el Uruguay.

Yo creo, sin embargo, que tú y los que dirigen de uno u otro modo la opinión del país, deben señalar los verdaderos culpables, que no son las naciones, sino los canallas a salario máximo del imperialismo. La afirmación de tratarse de un cuadrillazo internacional, servirá, siempre más al imperialismo que a nosotros,

porque nos alejará de los pueblos vecinos y creará en nosotros –o agudizará–, el sentimiento de inferioridad que nos abruma por estas revelaciones, tanto más impresionantes para nuestro pueblo cuando menos explicables resultan, porque tales como se nos presentan ahora sólo señalan un odio inmotivado de las demás naciones hacia Bolivia, odio para el que no hemos tenido la culpa y del que pareceríamos –sino hallamos al fomentador real de ese odio–, víctimas por obra de una fatalidad y de una predestinación.

Nuestro pueblo, ¿puede fiar en el porvenir ante estas constataciones abrumadoras? Claro que no. Pero si conoce a quien le prepara estas celadas trágicas ¿no crees que su sentimiento de represalia, tan intenso y astuto como él es en nuestro pueblo, le haga pensar cuerdamente en que debe defenderse para ser fuerte y poder vengarse?

Me gustaría que hallaras objeciones serias a cuanto te digo, pues acaso me salvarías de graves errores. Claro que me gustaría mucho más que no encuentres tales objeciones.

Estoy de acuerdo contigo en cuanto a la cualificación del aprismo. Doctrinalmente, me parece lo puro americano y en el que puede apoyarse todo movimiento social de bases populares autóctonas –que no hay otras–; pero no estoy "encantado" del aprismo como crees, pues tácticamente lo considero muy errado e impotente o defectuoso, aunque este "erramiento" le haya (Haya de la Torre –afluye para usar esa palabra, según creo) obligado a revelar sus secretas potencias de sacrificio y le haya (otra vez Haya) inoculado esa mística eminentemente andina que muestran los más de sus adherentes (pues conozco algunos pocos místicos y más bien logreros).

Martín Cárdenas conoció aquí algunos apristas (o arpistas como los llaman los comunistas peruanos). Son excelentes muchachos. Deben interesarnos a todos, porque nuestro destino casi es común con el de ellos: esto, y posiblemente la semejanza racial, me acerca a ellos y les acerca a mí. Solemos hablar en quechua y esto consuela mi nostalgia.

Espero conocer tus opiniones sobre el "arpismo" para hablarte de él más extensamente. Ahora, ya sería para que esta sola carta haga caer el avión en que va, por lo pesada que va quedando.

Tocante a Economía, puedo asegurarte que tengo la mejor biblioteca que existe en poder de connacional nuestro sobre la materia. Además, leo y estudio esta biblioteca. Tengo ciertos conceptos hechos sobre el particular. Los conocerás, también pronto, en el libraco que voy formulando. Ésta será la más fría y serena y documentada denuncia de la iniquidad que se realiza, económicamente, con Bolivia.

Tu artículo en general, tiene mucho mérito; me encanta su formulación sintética y diáfana, su serenidad, su sustancia, propia y ajena, muy bien lograda. Es un magnífico artículo, al que sólo encuentro el error analizado y el

de su afirmación final sobre la reparación de una injusticia, que parece aludir de nuevo a una culposa actitud de las naciones mediadoras. Mi disconformidad está en el mismo punto en que considero erróneo lo del cuadrillazo.

Nada de esto te digo porque me sienta solidario del tratado de paz, en cuya gestión se evitó en lo posible, darme un buen papel por mi decidido propósito de acusar al imperialismo, cuyo agente –documento la cosa–, era el embajador americano Spruille Braden, socio de la Standard en las concesiones bolivianas. Me he cuidado mucho de complicarme en la feísima manía de nuestros diplomáticos, que han encontrado en el Chaco una verdadera mina de divisas. razón por la cual, además de su personal ignorancia del problema, nunca llegaron o quisieron o pudieron llegar rápida y valerosamente a las soluciones. Te hablo porque así es cómo pienso sobre el asunto.

¿Qué es de mi amado Gabriel y de Emmita? Salúdalos con mi mayor cariño y con el de mi esposa, gran amiga de ellos. Saluda y abraza muy afectuosamente a tu papá. Pronto te enviaré algunas publicaciones interesantes o que a mí me parecen tales.

Me causa una gran alegría el que me escribas. Tenlo en cuenta. Además. así podrás figurar "en mi biografía" como dice todo buen cochabambino. Tuyo.

Carlos Montenegro.

Soldado del Chaco.
Dibujo de Emilio Amoreti, 1933

FINANCIACIÓN DE LA GUERRA

Roberto Querejazu Calvo

Bolivia, con una deuda externa que en 1930 alcanzaba a 62 millones de dólares y cuyo servicio de amortización e intereses había tenido que suspenderse, carecía de crédito en el extranjero. El gobierno no tuvo otra alternativa que financiar la guerra con lo que se pudiese encontrar dentro de la propia nación. Obtuvo del Banco Central préstamos que sumaron un total de 370 millones de bolivianos (aproximadamente 228 millones de dólares). La emisión de papel moneda aumentó el circulante de 38 millones de bolivianos en 1932 a 400 millones en 1935, con un respaldo de sólo 400 mil libras esterlinas en oro físico. Se obligó a las empresas mineras a vender el 50% de sus divisas a 20 bolivianos por libra esterlina. Tales ventas totalizaron 6.838.000 libras esterlinas. En efecto en 1932, se exportaron 20.920 toneladas de estaño al precio promedio de 136 libras por tonelada. En 1933, 14.954 toneladas a 191 libras, 20.634 toneladas y 230 liras. Y en los primeros ocho meses de 1935, 14.687 toneladas al precio promedio de 226 libras por tonelada.

Parte de las divisas que el gobierno obtuvo de los mineros tuvieron que entregarse a las casas importadoras de artículos de primera necesidad. La distribución estuvo a cargo de una Junta de Control de Giros. Ningún negocio resultó tan provechoso como la adquisición de divisas a precio preferencial y su reventa en el mercado libre. Las casas comerciales se multiplicaron como por arte de magia y se organizaron algunas fábricas. La especulación con las divisas permitió el amasijo de fortunas y los nuevos ricos pavonearon su bonanza en medio del abatimiento moral y material del resto de la población.

Las empresas mineras hicieron también préstamos directos al gobierno: Patiño Mines 1.492.000 libras, Grupo Hochschild 180.000 libras, Aramayo Mines 120.000 libras, Phillipp Brothers 100.000 libras. La empresa ferroviaria Bolivia Railway prestó otras 100.000 libras.

En el Paraguay, según el historiador David H. Zook, se financió la guerra con gran habilidad. Se utilizó el superávit de 3 millones de pesos oro (5 millones de dólares) dejados por el gobierno de Eligio Ayala. Se expropiaron las divisas

de los exportadores. Se imprimió papel moneda. Se consiguieron préstamos en la Argentina por un total de 16 millones de pesos (5 millones de dólares). El costo de la guerra al contado fue de 76 millones de pesos oro (124 millones de dólares). El Paraguay, además, resultó beneficiado con el armamento tomando al ejército boliviano cuyo valor se calculó en 10 millones de dólares.

Rorberto Querejazu Calvo es autor de Masamaclay *considerada como la historia mas completa que se ha escrito sobre la Guerra del Chaco. (MBG)*

MUERTE EN LA SOLEDAD
(ANOTACIONES PARA LA HISTORIA DE GERMÁN BUSCH)

Fernando Ortíz Sanz*

El Hombre

El sentimentalismo lloroso de los oradores callejeros ha dicho en los funerales del General Busch que aquel sarcófago guardaba los restos del "hombre del destino", y de esta frase nacida en el calor de un corazón de muchedumbre, se puede extraer una raíz de verdad histórica que acaso contribuya el día de mañana al esclarecimiento definitivo de la figura de Germán Busch.

Frescas como la sangre del presidente muerto, indudables como esa sangre, mis palabras de hoy día no pueden guardar error y si alguno tuvieran, ésta sería la mejor hora para discutirlo y enmendarlo antes de que la sombra de los años lo torne impenetrable y antes de que la pasión política lo ahonde y exaspere.

Hay en el drama biológico de las naciones extraños personajes: hombres que calzan coturno de líderes bajo el mandato de intereses de grupo, actores de marioneta que se mueven impulsados por hilos invisibles, hombres elevados a escena por voluntad de las muchedumbres y hay, también personajes que consagra el destino: personajes que una antigua fatalidad conduce al escenario, hombres, en fin, que expían en un instante una culpa de siglos y se vuelcan en un momento dado de la historia sobre el ser de una nación para redimirlo con su vida o ejemplarizarlo con su muerte; Germán Busch , verdaderamente, "el hombre del destino": víctima propiciatoria inmolada a la crisis de esta hora boliviana, carne mortal depositaria del destino inmortal de todo un pueblo.

La vida y la muerte de Germán Busch fueron una sustancia breve y áspera; hubieron de ser así porque este hombre situado con una sinceridad ante nosotros, ante los ciudadanos de Bolivia y ante el ser mismo de la patria, ha compendiado en la brevedad y en la aspereza de su vida y su muerte un momento extraño de nuestra historia; y por eso, aún cuando no fuera grande por él mismo, siempre grande por el drama actual de nuestra vida; grande por el calvario de un pueblo que en una hora de incertidumbre y malestar cargó todo el peso de su cruz sobre las espaldas de este único hombre mientras los fariseos

* *Este Ensayo de Ortíz Sanz, también se encontraba entre los papeles de Montenegro, posiblemente inédito hasta hoy por su extensión que no se acomodaba al espacio que brindaban los periódicos. El autor nació en Sucre, en 1914, y falleció el 2002. Poeta, novelista y diplomático. Entre sus novelas figuran: La Barricada, La Cruz del Sur, y El Reparo. En poesía: Prólogo al adios, Canto de los oasis de la noche, Cantos a Bolivia. En ensayo, Meditación del mediodía y Meditación del atardecer.*

del legalismo, escondidos en la sombra y so capa de principios partidistas o fervores constitucionales, negaban sus servicios a una patria que necesitaba en aquel momento del sacrificio ciego y absoluto de todos sus hijos.

Germán Busch conocía esta verdad y por eso vivió para Bolivia sin pensar en la fatalidad del desenlace: vivió íntegra y puramente y murió inmolado por su propia mano. La bala homicida se proyectó hacia su frente desde la infidencia de quienes le rodeaban y defraudaron su confianza, desde la exasperada pasión de los civilistas que no podían olvidar el uniforme que vestía, desde la indiferencia de los más, desde la sorda hostilidad de quienes no alcanzaron a comprender que "el Dictador" era en Busch el accidente y no la esencia.

La guerra

Los bronces heroicos de la guerra de la libertad convocaron en tierras de Bolivia al nuevo hombre; durante cien años el eco de estos bronces repercutiendo en el corazón de los Andes no hallaba una respuesta; y este eco repitió en los arenales del Chaco una vez más la llamada inmortal.

En el ínterin, la orgía republicana había deformado el clamor inicial de nuestro pueblo y por eso los seis o siete hombres que en el curso de cien años pudieron sentirse aludidos por el llamado de la patria, sólo escucharon una música sensual y adormecedora nacida en boca de aduladores y demagogos y quedaron sordos a la verdad primigenia.

Fue, pues necesario que la canción de las ametralladoras emplazadas en la frontera de la patria amenazada repercutiera en nuestro corazón de bolivianos para que todos –cual más, percibiéramos la llamada remota y comprendiéramos que todavía no éramos libres o que a nuestra libertad de nombre y ademanes le faltaba todavía el hombre que encaminara la patria en una marcha inicial, en un primer paso, hacia la verdadera libertad.

El silencio de los cementerios militares hablaba con una voz demasiado elocuente; escuchándola, los hombres que ignoraban que debían vivir para Bolivia, comprendieron de pronto que morían por ella; y cuando se muere por algo muy bien se puede vivir por ese algo. Y así, por contraste, situados ante la muerte comprendimos la vida y en medio del dolor pudimos presentir la gran alegría de una patria nueva nutrida esta vez en nuestro desengaño y ya no en el estúpido optimismo de glorias que nunca hemos tenido.

Cuando callaron las ametralladoras y sobre las ávidas trincheras comenzó a elevarse el humo acre de los fuegos extinguidos, una caravana silenciosa regresó a las ciudades. Eran todos unos hombres grises que traían la experiencia personal del hambre y de la muerte, una honda decepción de los hombres y de los hechos y un desencanto de toda nuestra historia porque en el Chaco no había habido un sentido de nación y porque mientras ellos se desangraban aferrados a los jirones de una bandera en marcha, en las ciudades se hacía

todavía política y se intrigaba en torno del poder y se escamoteaba la pitanza de los soldados moribundos para construir casas de cinco pisos y comprar automóviles de último modelo.

Todo este dolor prolongado tres años implacablemente se nos entregó en el Chaco como "ración de hierro" junto con una lata de "gulasch"; el "gulasch" nos mantuvo en pie físicamente y nuestras almas se alimentaron de este dolor; las ciudades estaban tan lejanas que no llegó nunca a nosotros el ditirambo de los que ya querían hacerse un pedestal político a trueque de una gloria que era exclusivamente nuestra. Y fue allí, en el hondo silencio de las noches chaqueñas rayadas de picadas y de cruces, donde nosotros escuchamos la llamada de los bronces de la libertad que nos enviaban desde ciento treinta años de nuestra historia, un eco, acaso el último. Germán Busch estaba con nosotros y escuchó esa llamada.

¿Y por qué Busch precisamente?

-¿Por qué un militar? Dijeron los civilistas.

-¿Por qué este hombre desprovisto de capacidad y preparación?... Preguntaron los doctores de la rígida sapiencia importada. La razón es obvia.

La guerra del Chaco devino sobre nosotros en una forma oscura; Justo Rodas Eguino haciendo de ella una "interpretación de política internacional americana" se refiere a los antecedentes de la misma para afirmar que "la guerra antigua como la humanidad, no podía tomarnos de sorpresa, como ocurrió con la guerra de chaco". Podía, tanto que nos tomó de sorpresa; pero no debía tomarnos de sorpresa. Menos aún si "nuestra propia historia estaba jalonada de duras experiencias que podían aleccionarnos en sentido de ordenar nuestra capacidad de país (¿) para asegurar el triunfo de nuestras armas o por lo menos evitar la derrota política después de la campaña militar". Esta guerra, en opinión de Rodas Eguino y en virtud de "sus elementos generadores típicos, se puede clasificar (¿) como la guerra más injustificable e inoportuna..." (Justo Rodas Eguino: *La guerra del Chaco*, Pág. 71). Y sobre esta verdad en mi opinión incontestable, debemos fundamentar nuestro primer juicio en la guerra del Chaco intervino en forma preponderante el factor "pasado" y una parte de la responsabilidad de sus desastres se distribuye, a lo lejos, en la amplitud de toda nuestra historia, porque estuvo perpetuamente ausente de nuestra vida un hondo sentido de previsión que debieron legarnos las generaciones precedentes.

Producida la guerra, piensa Arguedas que "el ejército, es decir, la nación en armas" la hizo heroicamente. "Los militares y políticos –dice Arguedas- la han perdido..." (Alcides Arguedas: *Pueblo enfermo*, Pág. 268, Edif.. Ercilla).

El capitán Humberto Torres admite que "el ejército tiene su parte dentro de la responsabilidad nacional. Porque en la paz como en la guerra y como en todo tiempo, estuvo supeditado siempre a la intervención directa de la política...

(Cap. Humberto Torres: *Campo vía*, Pág. 125).

El coronel Julio Guerrero afirma que "tuvo alguna parte y tal vez muy importante, en el descalabro, la política..." (Cnl. Julio Guerrero: *El Chaco*. Pág. 117).

Estos dos factores informaron, ante la derrota del Chaco, a la conciencia nacional. Los historiadores de mañana provistos de elementos que todavía se ignoran, desembrollarán esta maraña turbia de las responsabilidades de la guerra y Bolivia conocerá recién entonces toda la verdad; verdad que no atañe en forma esencial al sentido de estas breves líneas; bástenos saber que la simpatía ciudadana quedaba enajenada por igual a los militares vencidos y a los políticos de la derrota. Y Busch, en el sentir del pueblo, nunca fue el militar sino el soldado; "yo no soy un político..." repetía, a más, a cada paso. Era el hombre de la guerra, simplemente; ni militar ni político: soldado –eso sí- y ciudadano.

Absurdo sería sostener que Busch era un hombre genial; ni siquiera superior, en la definición de los doctores: no era un genio estético, ni científico, ni económico... Pero existe en el esquema de Croce una cuarta forma de genialidad que era, justamente, la que precisaba Bolivia y la que siempre olvidaron los doctores altoperuanos; la genialidad moral y Busch era un genio moral porque era un héroe. El héroe, esa "hipertrofia de lo puramente vital" que dijera alguno; y era una hipertrofia vital la que precisaba el momento aquel de la agonía de Bolivia.

Por eso Busch, el instintivo, el hombre fuerte de 35 años, el cuatrero del Chaco... era el único, vale decir, "el hombre del destino".

La noche y el alba

Antes del Chaco, sin considerar los dolorosos estertores del Pacífico y el Acre, sólo un antecedente heroico se consignaba en nuestro pasado: la guerra misma de la libertad. Pero esta guerra, esta única gloria evidente y fructífera, tenía por su esencia y por sus circunstancias, un valor histórico de plasmación, un definitivo poder de crear; y por eso ella fue suficiente no sólo al nacimiento sino también a la pervivencia de Bolivia; y nosotros, acaso sin saberlo, llevamos adelante la vida de Bolivia a través de un presente siempre yermo y de un futuro sin perspectivas, impulsados únicamente y todavía por la potencia del anhelo libertario.

Pero después del Chaco, poco a poco, desde todos los ámbitos de la tierra boliviana, surgen voces empapadas de tragedia; el aliento vital se cristaliza en boca de los hombres de la trinchera; todos están conformes, después del Chaco, en la necesidad de salvar a Bolivia y todos comprenden que para salvarla hay que interrumpir la orgía de la república...

Y la orgía republicana se interrumpe con la llegada de los ex soldados. En

el dorado salón de las oligarquías mediocres ha ingresado de pronto un invitado que nadie espera; su capote militar desgarrado por los espinos de la selva y de las alambradas catenta, fresco, el lodo de la trinchera, los narcisos de la política se apartan estremecidos a su paso par ano manchar sus ropas en su contacto; otros, los menos, se divertían tanto antes de su llegada, que quisieron detenerle; pero vieron una determinación tan fría en sus ojos cansados, un coraje tan pálido estremeciendo las mandíbulas ceñidas, que permanecieron inmóviles y le dejaron pasar.

Una fuerza extraña impulsa los pasos del inesperado; su ademán es casi sonambúlico, los ojos fijos traen, mezclada con el asombro de la guerra, la serenidad tranquila y resignada de un destino que hay que cumplir en vida o en muerte. Este invitado silencioso atravesó el salón solo, pausadamente.... Ocupó el sitio de honor, despidió a la fanfarria y dijo: "Ahora vamos a hacer la fiesta de Bolivia....!"

Este era ya, por más que muchos lo ignoren o lo nieguen, el momento claro y duro de hablar a la nación con una nueva voz concordante con los nuevos sentidos de la vida extraídos de la esencia de la Historia por la técnica acrecentada y por la nueva especulación..." Ahora vamos a hacer la fiesta de Bolivia..."

Pero la fiesta de Bolivia ha de ser, casi la fundación de Bolivia. Hay que plantear nuevamente el sentido de los valores históricos; el tiempo no se detiene y nuestra conciencia individual se agita en medio de las urgencias vitales de un pleno siglo veinte mientras nuestra estructura nacional se ha cristalizado en el pasado.

Económicamente hay una depauperación de las arcas fiscales que entregaron todo su oro a la defensa de la patria; el encaje metálico es insignificante en proporción del circulante; un peso boliviano que, antes de la guerra, valía 18 peniques de libra inglesa, cuesta después de la misma solamente dos. El crédito burlado se retrae en forma absoluta y la industria no medra mientras el comercio se desenvuelve temerosamente. Hay una burocracia que se fundó con los "emboscados" de la guerra y que ha pervivido en todas las ciudades y hasta en las aldeas: pagadores, aprovisionadores, jefes, de esto, de aquello, de lo otro... Hombres que no hacen demasiado pero cobran un fatal sueldo el 30 de cada mes. En el bajo pueblo la miseria se ha agudizado hasta extremos lamentables pues mientras todos los productos, aún los de primera necesidad, han alcanzado precios exorbitantes, el trabajo sigue tan mal retribuido como siempre. Las grandes empresas mineras siguen, en cambio, distribuyendo fabulosos dividendos entre los accionistas extranjeros; y Bolivia, uno de los países más ricos del mundo, alberga a uno de los pueblos más miserables, mal vestido, peor alimentado, sacrificado a los "patrones". Analfabeto, es cierto, pero porque nunca tuvo escuelas; vicioso, es cierto, porque nunca se le educó en

el respeto de una ley moral, físicamente débil, también es cierto, porque tres siglos de esclavitud aniquilaron en él las savias de pujanza y belleza que le legaron las razas primitivas.

Socialmente se ha planteado en toda la historia del mundo un reajuste de valores; el pueblo de Bolivia despierta de un marasmo secular contagiado del fervor, simplemente humano, que demanda en todas las latitudes una justicia necesaria; no se trata de comunismo ni de alharacas izquierdizantes; pero los hombres de Bolivia, confundidos en la tragedia, se han tendido hombro contra hombro durante tres años sobre el barro de las trincheras, se han conocido unos a otros; han llegado a saber que hay todos los años miles de hombres que mueren en los socavones de las minas con los pulmones destrozados; que hay viudas y huérfanos que jamás encuentran una mano que se tienda hacia su miseria inexpresable; que hay hombres que comienzan a trabajar cuando tienen veinte años para una empresa colonial y que al llegar a los sesenta, exhaustos y vencidos, después de haber sacrificado toda su vida a la prosperidad de los amos, son arrojados a la calle como perros, sin una humilde pensión, sin un premio de ninguna especie que cuando menos, les asegure el pan de los últimos días.

Políticamente el pueblo ya no creía en aquel "destino mejor" que tantos le ofrecieran en el programa de partido; se vivía al día, teóricamente hablando con la última palabra de lo constitucional y lo democrático, había un Poder Ejecutivo, uno Legislativo y otro Judicial legalmente constituidos, se trataba de una técnica política irreprochable. Pero ésta era una oligarquía que nada tenía que ver con la nación, era un Estado que se hacía según las conveniencias de cada partido y que estaba fuera de tiempo y fuera de lugar, un Estado grotesco colocado sobre los hombros de la nación enorme como una cabeza de mico, tonta y movediza, puesta sobre los hombros de un gigante que, gobernado por ella, caminaba tan pronto en un sentido como en otro, absurda, pesada. trágicamente... La oligarquía de los políticos criollos era un círculo hermético de apoyos mutuos y graciosas prebendas; este es el hondo, el triste sentido de aquella frase popular que decía "está en el árbol" del hombre congraciado con el gobierno, porque el pueblo era el árbol y los "vivos" de siempre eran los micos que saltaban por las ramas devorando los frutos, exprimiendo hasta la muerte las savias vitales de su propia patria, sin pensar en sus conciudadanos para nada como fuera para inyectarles continuamente dosis de indiferentismo y pesimismo extirpando así en ellos toda raíz de renovación y de grandeza.

Cada uno de los regímenes de pre-guerra podrá tener sus defensores pero yo aduciré esta única prueba de mi acerto, cada año que pasaba nos encontraba más hundidos en la bancarrota y el desconcierto y esto no pudiera ser así de haber habido un Estado que fuera el legítimo cerebro de la nación.

Cultural y espiritualmente, Bolivia no existía.

Muerte en la soledad

Fue entonces cuando con la guerra del Chaco, catarsis de nuestro eterno "vivir muriendo", se hizo nuevamente presente en nosotros el sentido de la libertad. Y el sentido de la libertad consistía esta vez en la derrota de los grandes mineros y de los terratenientes, en la reivindicación de los derechos de la masa, en la formación de un Estado que viviera por la nación y para la nación, en la imposición de una nueva legislación y una nueva justicia que hiciera a los bolivianos dueños de Bolivia, por encima de los acuerdos que pudieran adoptar en Nueva York o Londres los omnipotentes directorios de las empresas coloniales, en el reajuste, en fin, de todos los valores de una historia que debía enfrentarse con las agudas urgencias de una civilización potente y presurosa.

El nuevo político de Bolivia –el hombre- debería pues, afrontar la saña angustiosa de los "grandes sombríos" que buscaban por todos los medios evitar su inminente caída, grandes de la economía que sembraban la desconfianza para seguir medrando en el temor, grandes de la política que miraban avecinarse la hora de las responsabilidades aferrados al fantasma de un poder que se les escurría de las manos, pro-hombres de un régimen social oscurantista que todavía necesitaban esclavos.

Y como el nuevo hombre debía comenzar por la reforma de la Carta Magna, todos ellos, hermanados en su derrota, hicieron de la constitución una bandera y acusaron al "dictador" –única acusación que se levanta– gimiendo por el retorno de libertades democráticas y prerrogativas legales que ellos sólo habían atinado a conculcar.

En frente de estas inquietudes mediocres, de estos desasosiegos egoístas, el plazo fatal del alumbramiento se había cumplido como una ley biológica inapelable, y así llegó el nuevo día, el primer día de la vida....

El pueblo de Bolivia, pese al rezongo orgulloso de los últimos caudillos, comprendió instintivamente el fracaso de los "grandes sombríos" y por eso, a pesar del apasionado ancestro político que le animaba, no creyó más ni espero más en los ídolos de ayer, y como el "Partido" ya no alentaba y los líderes ya no hacían gala del aplomo convincente que hasta entonces les prestara la pasividad de las muchedumbres adormecidas, tornó la vista a otro lado y en el ocaso de los viejos sistemas adivinó, también instintivamente, las luces de un desconcertante amanecer.

Y la obra se inicia, el mito de los grandes mineros "los intocables" se desploma ante el empuje de la voluntad ciudadana, se legisla sobre las bases de una desembozada política social, se convoca a todos los hombres capaces de ayudar en la gigantesca tarea, ya tienen escuelas los indios de Warisata e

llabaya. Sí, ahora vamos a hacer la fiesta de Bolivia...!

Pero el tránsito es inmenso, toda parece inconsulto y audaz, todo sabe a violencia, todo en apariencia, nos conduce al desastre. Y este temor que era simplemente el temor del nuevo ser que viene a la vida en medio de un mundo hostil y desconocido, sofoca el grito de un pueblo que quiere gritar y aquella voz naufraga en el silencio ciudadano que apenas devuelve ecos dispersos y deformes. Y el hombre queda solo, rodeado de amigos en los que no tiene fe y de enemigos que buscan herirle por la espalda, sus palabras caen en el vacío y él, único actor del drama, se multiplica en la escena de nuestra vida como "el hombre del destino" y el público temeroso ni aplaude ni reprueba.

"Y, entonces –se pregunta el hombre– ¿la patria es un mito?... ¿No hay. verdaderamente, hombres que como yo quieran salvar a Bolivia? "Y crece en alma, crece hacia adentro, el amor a la patria que le anima, negado por el silencio cobarde o indiferente de sus conciudadanos, se trueca en una sorda irritación, y por eso, algunas veces, se torna agresivo, burlón o cruel...

Y es que Busch ya ha arribado a la soledad, ahora sólo le falta morir.

Hay, en la teoría del conocimiento, una categoría de los valores, los valores constituyen de por sí un mundo oscuro, complejo, desconcertante, esto individual, sola personalmente... Cuando los valores se buscan en función de colectividad, su complejidad se multiplica en proporción geométrica, y cuando a más de buscarse el valor colectivo se trata de definirlo en función de la historia, el hombre siente que su razón naufraga y ya no atona a conocer "razonadamente" ni el valor necesario ni el camino que conduce a él. Y entonces interviene esa "intuición emocional" que dijera Max Scheler; ese "elegir" inexplicado; ese "decidirse" repentino, irracional y temerario.

Germán Busch no estuvo jamás capacitado intelectualmente para ordenar la categoría de los valores en función de nuestra historia, él no tenía, en realidad, una idea clara de la meta ni del camino a seguirse. Sólo un hombre genial hubiera podido entonces y ahora percibiendo en una mirada de conjunto el espectáculo de toda nuestra historia, comparando los valores sucesivos de la misma, abstrayendo los caracteres particulares de raza y de espíritu que nos diferencian a unos de otros y generalizando en nuestras necesidades, llegar a la idea general de la bolivianidad, al "universal histórico" que estamos esperando todavía.

Germán Busch nunca pudo hacerlo ni por sí ni por su época. Inicialmente, en los primeros tiempos de su gobierno, él se afanó por proceder conforme a la razón. abriendo los ojos del espíritu trató de ver, llamó a todos los hombres que hubieran podido aconsejarle para que le ayudaran a distinguir en la maraña revuelta de nuestra vida los valores más reales y más puros, hizo una constituyente que le ayudara en este empeño, fue presidente constitucional de la república.

Pero su mente no estaba disciplinada intelectualmente para esfuerzo tan grande y sobrevino rápidamente la fatiga. Los problemas bolivianos de

otra parte, como resultado de la nueva política iniciada, adquirieron una complejidad jamás vista, se multiplicaron, se agudizaron, se experimentaba con un cuerpo vivo y un pinchazo periférico bastaba a convulsionar el sistema nervioso de toda la nación. Y Busch ya no veía. Los hombres que le rodeaban, con raras excepciones, (hablamos del Ejecutivo, de la Constituyente y de la administración en general), fueron inmorales (negociados de inmigración, juntas de almonedas, decretos económicos de parcialidad manifiesta) o ignorantes (legislación redentora de su espíritu, técnicamente absurda).

Busch iba conociendo estos hechos después de consumados, era un místico ciego que repetía el nombre de Bolivia cada vez más desesperado. Y entonces, de todos estos factores, de su deficiencia personal como jefe de una democracia, de la falta de hombres honestos y capaces que le ayudaran a discriminar entre los valores, nació la dictadura. Y se siguió adelante en la lucha de la bolivianidad, previa renuncia de la razón, ahora sólo valía la "intuición emocional" de Scheler: Busch "elegía" inexplicablemente, se "decidía" repentina, temerariamente (actos de violencia, dos o tres fusilamientos, caso Hoschild, etc.)

Alguno de los ex ministros de Estado me decía: "En un comienzo durante las reuniones de gabinete Busch escuchaba, interrogaba vacilantemente, un año más tarde, los ministros callaban pendientes, no digo de una palabra, sino de una simple mirada suya; decidía... " Este era el tránsito del "razonador" al "instintivo"; el paso del presidente constitucional al dictador.

El hombre de la selva está solo para siempre, ciego a la razón y, por ende, a la lógica, animado por su ferviente amor a Bolivia, sin más guía que su instinto de explorador perdido. Unas cuantas voces que le orienten, habrían conseguido que él salga junto con Bolivia a la ciudad perdida de la bolivianidad, pero nadie quiso ayudarle y Busch desembocó en la muerte y Bolivia sigue perdida en la selva de los valores no jerarquizados.

El clima político de Germán Busch –el hombre– fue todavía el clima de los "grandes sombríos", ellos estaban todavía presentes con la hostilidad de su silencio y de su indiferencia. Había ya hombres nuevos que le acompañaban, pero en tamaña soledad estos hombres eran chispas de luz en la sombría noche y algunas de estas chispas defraudaron su confianza. Entonces llegó la angustia y la angustia ya no le dejó ver cómo había hombres y hombres, chispas y chispas, que se sumaban lentamente a sus filas para trocar la noche en amanecer. En la madrugada del 23 de agosto lo devoró la angustia que era una forma de la fatalidad.

Tarde ya, en la mañana de su entierro, sus oídos muertos se estremecen al escuchar el clamor de la muchedumbre que le grita: "todos estamos contigo..." o le pregunta: "Maestro, por qué has hecho esto?... "Y él, ultrapausadamente, se arrepiente de su suicidio mientras toda Bolivia se arrepiente de no haberle

acompañado en su vida con el mismo fervor con que le acompañó en su muerte.

Germán Busch se adelantó a su propio destino: alguien tenía que hacerlo en el curso del drama para que Bolivia llegara a tiempo al suyo propio. Su tragedia fue una tragedia de soledad, y por eso la gran lección que él nos deja. es ésta de saber que los flagelos de soledad con que nos herimos unos a otros. podrán escribir el epitafio en la tumba de muchos bolivianos pero que nunca trazarán la inscripción augural que adorne los pórticos de la Bolivia nueva.

El futuro

Estas líneas no son únicamente la trayectoria meteórica de un hombre, son. ya lo dijimos al comienzo, un extraño instante en la vida de Bolivia, porque en todos nosotros, y hablo de quienes se inquietan por el futuro de la patria, vive también la angustia de sabernos solos, enfrentados a un mundo de indiferencia y de reaccionaria hostilidad: ¡Ojalá nos ayude la lección que, a través de Busch. nos enseña la historia...!

El conflicto de Bolivia es, como todos los conflictos, un conflicto de contraposición: se alinea de un lado la necesidad de revalorar nuestros "universales históricos"; *Economía antes nacional que individual o particular* porque Bolivia está más pobre que cualquiera de sus ciudadanos o que cualquier empresa; salvadas las urgencias económicas más inmediatas y restablecido el crédito internacional, la riqueza privada tomará un lógico incremento y se podrá, recién discutir las nuevas leyes fundamentales necesarias a nuestra idiosincrasia de país monoproductor. Justicia social tendida en dos direcciones principales: mejoramiento del nivel de vida de las clases obrera y campesina y culturización de las masas. Instauración de un estado concordante con la nación; política honesta auténticamente representativa; regreso a la ley básica del Estado, paz interna, libre discusión de los problemas nacionales; muerte del sentido de "casta", aniquilamiento del Estado-Poder y culto del Estado-Servicio. *Incremento general de la cultura. Creación de una espiritualidad vernacular.*

De otro lado se alinean en el conflicto de nuestra nacionalidad, las fuerzas que procuran para subsistir la pervivencia de la antigua jerarquía de valores.

Bolivia dirá.

Se ha hablado en estos días de un "continuar la obra del Tcnl. Busch". Es este ya un anticipo de los "grande sombríos" que regresan y que quieren encandilar nuestra mirada con la figura del héroe para desviar nuestros pasos de la marcha "total" que él iniciara hacia el reajuste de toda nuestra historia--- ¿O se trata por felicidad de hombres que han comprendido que "la obra del Tcnl. Busch" no es únicamente el Decreto de 7 de junio o la nacionalización del Banco Central, sino más bien la fundación integral de Bolivia, conforme a la realidad de nuestra época y de nuestra tragedia?

La historia dirá.

Pero es ante la historia ante quien responderán los sucesores; porque si la responsabilidad de los que le precedieron consistió en resignarse, cruzados de brazos, ante la perenne agonía de Bolivia, la responsabilidad de los que le siguen será la de quienes malograron una vigorosa resurrección.

Con el Dictador –es preciso decirlo antes de terminar– ha muerto la dictadura, hubo un ciego de enorme corazón que guió por un momento nuestro destino; él afrontó el primer choque con el temible misterio de una nueva época: perdió la vida pero ocupó la trinchera. El era personalmente un instintivo, no pudo razonar; él era un apasionado heroico; no pudo ser sereno porque no comulgan la meditación y el heroísmo. El tenía que morir para rasgar los velos de demasiados mitos; por él y con su muerte ya sabemos que los "grandes mineros" no son intocables, ya sabemos que el pueblo reconoce a sus redentores, no importa si en la tumba; ya sabemos que se puede hacer una nueva jerarquización de valores sin que la nacionalidad se derrumbe. Ya sabemos, en fin, que nada sucede a los pueblos que tienen el coraje de vivir su propia vida.

Ahora, rasgados los velos del temor y de la desconfianza, claro el camino del futuro por más que difícil, volvamos a la razón... Ya no tiene justificación posible el instinto heroico de la primera acometida, veamos ahora, razonemos....

Busch, el primero, cualquiera que hubiera sido, fue "el hombre del destino", cualquiera hubiera caído como él, pero no cualquiera hubiera tenido su coraje. Ahora no más intuiciones pues no quedan misterios, estamos ya en la mañana del nuevo día y debemos unirnos los que estamos de un lado para defender la primera trinchera conquistada ya que somos, por destino, la primera legión.

Busch, en su último gesto de enamorado de Bolivia, se mató para llevarse con él la dictadura y para significarnos que su misión de hombre de asalto estaba cumplida.

"Mi sitio –parece decir desde su muerte– es para el hombre que continué mi obra: mi obra es la fundación total de Bolivia, Bolivia debe levantar este edifico de su propio ser con la serenidad consciente del que mira y comprende; yo no podía personalmente ni debía históricamente ver y comprender mi destino fue presentir y morir...".

La Paz, 15 de septiembre de 1939.

Prólogo al libro "Busch, la flecha incendiaria"

Mariano Baptisra Gumucio

De la terrible experiencia del Chaco donde por un lado el país espectó horrorizado la perdida de 50 mil vidas jóvenes y por el otro se dio cuenta que con ese sacrificio salvó el petróleo y el gas que abrirían grandes oportunidades a las nuevas generaciones surgieron figuras como las de Germán Busch quien con el tiempo se convertiría en uno de los mitos bolivianos del siglo XX.

En su obra *Los Mitos profundos de Bolivia* señala Guillermo Francovich que ellos son "la expresión de actitudes vitales, de sentimientos y de experiencias que se manifiestan como convicciones cuya certeza es tal, que pasan a ser tenidas como sagradas, como evidentes por sí mismas, situándose en un plano que las aleja de cualquier intento de crítica racionalizada. Los mitos influyen en el pensamiento y en el comportamiento de los pueblos con una pujanza que algunas veces los hace más poderosos que el pensamiento racional. Constituyen por eso importantes factores históricos que es necesario conocer".

El nombre de Busch ya era reconocido por la opinión pública antes del conflicto por la tarea que le confió el gobierno de buscar en los confines del Chaco la misión jesuítica de San Ignacio de Zamucos que probaría hasta donde había avanzado la Audiencia de Charcas en el territorio disputado con el Paraguay. Esa expedición en la que él y sus hombres estuvieron a punto de perder la vida por la sed y el hambre, fue como los viajes que hacían los héroes de la mitología medieval, para enfrentarse a un dragón. Sus hazañas en el campo de batalla y luego su ascenso a la presidencia y su trágico final contribuyeron aún más a asegurarle un lugar en el sentimiento popular.

En 1965, Armando Montenegro publicó una semblanza de Busch que rivaliza en fuerza expresiva a la que escribiera Augusto Céspedes en *El Dictador suicida:* "Se marchó hacia la gloria, hace veinticinco años, -dice Montenegro- por un camino que fue la tangente de la tierra con dirección al sol. Una bala furiosa de intereses, frustraciones o envidias, se incrustó en su hermosa cabeza y le cerró los ojos para siempre. Fuera su mano u otra, la mano que se crispó en las sombras haciendo funcionar el arma, lo hizo más por miedo al gigante

que por vencer al enemigo. Brioso como un joven potro salvaje, de movimientos rítmicos y ondulantes de pantera, este muchacho Presidente de treinta y dos años, guardaba dentro de sí, extrañas y anacrónicas intermitencias de amor y de lucha, de castigo y de perdón, de fe y desengaño, de vida o de muerte. Sus ojos refulgentes fueron dos esferas azules de fino acero que cortaban el aire cuando miraban. Su vida fue una llamarada, una explosión, un relámpago, un golpe de viento que sacudió las páginas de la historia boliviana, dejando la última mancha por un coágulo de sangre... Crecieron las raíces, otorgando la lozanía de sus hojas al mundo y el maravilloso fruto, a la redención de su pueblo. La guerra del Chaco, fue su teatro, el continente americano su público y el corazón de los bolivianos, su tumba. Allí permanecerá su recuerdo con la persistencia del latido. Se llamaba Germán Busch...".

René Zabaleta, que pertenece a una generación posterior a la de Montenegro, pese a que ambos actuaron en la revolución del MNR, el primero como Alcalde de Cochabamba, y el segundo como Ministro de Minas de Paz Estenssoro, coinciden en su apreciación del héroe chaqueño. Ya en su exilio, después de 1964, mi contemporaneo y amigo René escribió "Bolivia. El desarrollo de la conciencia Nacional", en el que se ocupa al final, del joven chiquitano:

"Busch representa la concepción heroica de la nación. Insuficientes resultan, esquemáticas, menguadas, pálidas las explicaciones racionales de la derrota y de la frustración. Son palabras para explicar un hecho que no se componía de palabras, hecho además que era sólo lateralmente vivido por la inteligencia del país, absorta en justificaciones, en intentos de salvación individual y que era causa y efecto de la confusión del país mismo, por la aglomeración de datos, leyendas y acusaciones fabricados para seguirlo alienando. Era poderoso, sin embargo, imprevisible, violento, apasionado, como los niños que creen mortalmente en un mito maravilloso, Busch era lo que era Bolivia y cuando todos le decían que no y le señalaban el camino de vivir pero no ser, salta al vacío y elige la máxima expansión de la vida que es la muerte propia. Junto a él se despedaza la lógica y los números se rompen; contrariando los datos de los covachuelistas, menospreciando los cálculos y las inferencias, por un instante, el país es. En la misma violencia que comete sobre Arguedas, Busch hace físicamente lo que Tamayo hizo intelectualmente, es decir, afirmar vitalmente frente al negador. Era él solo entonces, la máxima minoría que es la soledad absoluta; pero sobre su exaltación se multiplica el levantamiento de la mayoría. El nacionalismo puro, encarnado patéticamente por este gran soldado, enseña que en los grandes desafíos de la vida el realismo es enemigo de la verdad y que, en determinado momento, es preciso luchar "sin medir el tamaño del enemigo", como dijo él mismo en un simplísimo discurso, con la certeza de que la muerte, como promesa histórica, es más vital, más creadora y cierta que las estadísticas convencionales y la enumeración de las

imposibilidades profesionales. Busch demuestra a los bolivianos que las cosas son posibles aunque todos digan que no lo son y por eso, después de su muerte, se sabe que la Revolución es irremediable".

El pueblo boliviano, —con las excepciones del caso— rentista por excelencia y por tanto, proclive a tender la mano a quien se la pueda llenar con algo, no ha cultivado ni en el ámbito familiar ni en el escolar, los hábitos de trabajo, esfuerzo voluntario, dedicación al estudio, apertura al mundo exterior, que han servido a otros países para encaminarse en el camino del progreso y la prosperidad. Hemos sido tan indigentes que, incluso buscamos un héroe venido de afuera y que cumplió un periplo delirante, en pos de llegar a su tierra natal, abatiendo en el camino a 60 conscriptos bolivianos, sin pensar que pocas décadas atrás, decenas de miles bolivianos habían dejado sus huesos calcinándose en el Chaco, por dejarnos la herencia de la que vivimos hasta hoy, el petróleo y el gas, pero para quienes no hay tributo alguno. Podríamos empezar por la figura de Busch.

En esto tiene mucho que ver la escuela y cuanto en ella enseñan los profesores y sin duda, que en la últimas décadas ha habido un descuido lamentable en la atención a las materias de cívica e historia de Bolivia, pero también la sociedad civil en su conjunto es responsable de esta situación. Los héroes contemporáneos –y no solamente en Bolivia– son las estrellas del rock, del fútbol o del cine y de la televisión (¿quién pensaría hoy en elegir "maestro de la juventud" a un Gabriel René Moreno, un Franz Tamayo o un Raúl Otero Reiche, mientras por otro lado, el público juvenil, pese a la pobreza generalizada, está dispuesto a llenar con su presencia un gran auditorio pagando considerables sumas, para oír a los cantantes de moda?).

Dos figuras emblemáticas por sus vidas heroicas, por su cumplimiento del deber y de la palabra empeñada, son Eduardo Abaroa, en el siglo XIX, y Germán Busch en el siglo XX, con la diferencia de que éste último llegó a la Presidencia de la República, dio importantes pasos en bien del país y agobiado por la incomprensión y los intereses creados que tendieron en su torno, un anillo de hierro y de calumnias, o por la conciencia de su falta de preparación, para tan complejo cargo, prefirió inmolarse en el altar de la Patria

En los textos reunidos en este volumen, algunos inéditos como la correspondencia entre Busch y Carlos Montenegro y otros, totalmente desconocidos, pues se publicaron una sola vez en revistas eventuales, hay admiradores y también críticos del Mandatario suicida. A falta de una biografía que no se ha escrito todavía, en estas páginas se encuentran documentos sobre la vida de Busch y su gobierno. Por supuesto que no todo lo que hizo abona a su buena imagen, pues intervino en el corralito de Villamontes contra Salamanca y formó parte, pues esto era inevitable, del grupo de comandantes como Kundt, Toro, Peñaranda, Quintanilla o Rodríguez, que con sus desaciertos, su falta de capacidad, su indisciplina o su dipsomanía, contribuyeron a nuestra derrota

militar. Pero de alguna manera, y es que así se construyen los mitos en el imaginario boliviano, sólo se destacan su valor en la contienda y sus aciertos en el gobierno. Entre ellos, cabe mencionar, porque nunca se lo ha dicho hasta ahora, que puso en ejecución un decreto dictado por Toro, para dar asilo a los judíos perseguidos por la barbarie nazi y es así que llegaron a nuestro país de 8 a 10 mil semitas que se salvaron del holocausto. Hubo en ese momento, una especie de abyecto celestinaje internacional por el que ningún país se atrevió a abrir sus fronteras a los judíos, no obstante, que ya se sabía del fin que tendrían en los campos de concentración y las cámaras de gas de la Alemania Nazi. Las excepciones notables fueron Shangai en la China y Bolivia. Como lo plasmaría Enrique (Heinz) Happ, en una placa que hizo colocar en un muro de ingreso al centro deportivo que lleva su nombre, en Cochabamba: "Gracias Bolivia, tierra maravillosa por haberme salvado de los asesinos nazis que, mataron a 6.000.000 de mis hermanos judíos, entre ellos 1.500.000 niños durante 1939-1945. Paz en sus tumbas. 1982".

No hemos querido esconder nada de su breve pero fecunda existencia. Será el lector el que juzgue el mérito y la validez de las opiniones reunidas aquí.

Confiamos en que estas páginas servirán para revalorizar su figura y para que los jóvenes de hoy, tengan también un paradigma que aumente su autoestima y su amor a la tierra en que nacieron. El teniente coronel Busch es incuestionablemente quien une en su recuerdo tanto al Occidente como al Oriente del país, pues hay estatuas o bustos de él, en toda la extensión de nuestro territorio y su nombre es perennizado en calles, plazas y escuelas del altiplano, los valles y los llanos.

Al organizar estos papeles he tenido en mente un pensamiento del mexicano Vicente Quirarte, que dice: *Los héroes son los fantasmas que viven para nosotros... Para exorcizarlos, no bastan la ignorancia o la indiferencia. No les ayudan, tampoco a nosotros –lágrimas que no provengan de la inteligencia emocionada, de la pasión lúcida. La tarea no es fácil. Para que la escritura de los héroes adquiera la sustancia escamoteada por los discursos adjetivos, es preciso que el historiador y el poeta sacudan el polvo de sus casacas, y los interroguen bajo la luz...*

Quiero al concluir estas líneas traer un recuerdo de mi paso a la adolescencia, cuando con Orlando Busch, jugábamos en la sala de su casa, en la plaza Isabel La Católica, con objetos que habían pertenecido a su padre, entre ellos el revólver que le sirvió en el Chaco, la espada de su graduación, condecoraciones, (fué la primera y última vez en mi vida que tuve en mis manos la medalla del Condor de los Andes) etc. Luego la vida nos separó, Orlando se graduó de economista y consiguió un empleo en la Organización de Estados Americanos. En 1962, a sus 43 años, imitó el mismo gesto desesperado de su padre, descerrajándose un balazo en la sien, en su propia oficina de Washington.

Busch padre, apenas le dio un zarpazo a ese velo cargado de sombras, que es el destino boliviano, tratando de hallar una luz que nos sacara de tanto atolladero y frustración. Yo escribí entonces un artículo de homenaje a mi amigo, en el que decía: "Con este gesto atroz y valeroso –no creo en la cobardía de los suicidas– Orlando representa el caso extremo de insatisfacción y amor al país de tantos jóvenes que se van de Bolivia agobiados por la imposibilidad de poder trabajar dignamente y poner su grano de arena en la construcción de un orden más justo y tolerante dentro de nuestras fronteras. Quienes reprochan ahora a Orlando el no haber vuelto a Bolivia a trabajar con los suyos y a favor del país, que piensen cuánto obstáculo estúpido, cuánta envidia rastrera, cuánta intolerancia feroz y canallesca afloran a cada momento, dentro de nuestras fronteras, para llevarnos a la exacerbación y el desaliento. ¿Qué oportunidad, qué aliento, qué incentivo, ofrecemos a estos jóvenes –que ya son legión– que quisieran volver a nuestro país y lo hacen finalmente, como Orlando, encerrados en un cajón de madera?."

Reivindicar la figura de Busch y ofrecerla a las nuevas generaciones es el propósito de esta edición que aparece bajo los auspicios de la Universidad "Gabriel René Moreno", y de su Rector Dr. Reymi Ferreira, quien se ha empeñado en publicar con motivo del Bicentenario del grito autonomista, diez volúmenes consagrados a Santa Cruz y a sus personalidades descollantes.

marzo de 2011

BIBLIOGRAFÍA:

Carpetas con documentos inéditos de Montenegro entregadas por el doctor Eduardo Quintanilla Ibarnegaray. 2013.

Augusto Céspedes, *El dictador suicida.* 1956.
Salamanca o el metafísico del fracaso, 1973.

Porfirio Diaz Machicao, *Historia de Bolivia, de Bautista Saavedra a Enrique Peñaranda, (5 tomos)* 1958

Herbert S. Klein, *Historia general de Bolivia*, 1984

Roberto Querejazu Calvo, *Masamaclay*. 1975.

Juan Carlos Durán S., *Germán Busch y los orígenes de la revolución nacional,* 1997.

Luis Fernando Sánchez Guzmán, *Boquerón, 1932.* La Paz, 2009.

Mariano Baptista Gumucio, *Montenegro, el desconocido.* Ed. Última Hora, La Paz, 1979.
Historia contemporánea de Bolivia, Ed. Gisbert, La Paz, 1976
Busch, la flecha incendiaria, Ed. U. René Moreno, Santa Cruz, 2012.

UN DIA COMO HOY NACIO GERMAN BUSCH

Cumple hoy años Germán Busch. Nacido en la provincia Cordillera del Departamento de Santa Cruz, se trasladó muy niño al Beni donde trabajó en haciendas ganaderas. Cerca a los 20 años se propuso seguir la carrera militar y con ese objetivo vino a La Paz, donde ingresó al Colegio Militar. Es hijo del médico alemán, radicado hace muchísimos años en Santa Cruz, don Pablo Busch.

"El Universal", La Paz, 1934

El Presidente Busch rindiendo informe ante la Asamblea Nacional, 1939. Dibujo de R. Romero

Retrato de Busch del artista David Crespo Castelú

Busch y los fantasmas que se ocuparon de destruir el decreto de 7 de junio sobre la entrega de divisas. Pintura de Alejandro Mario Illanes

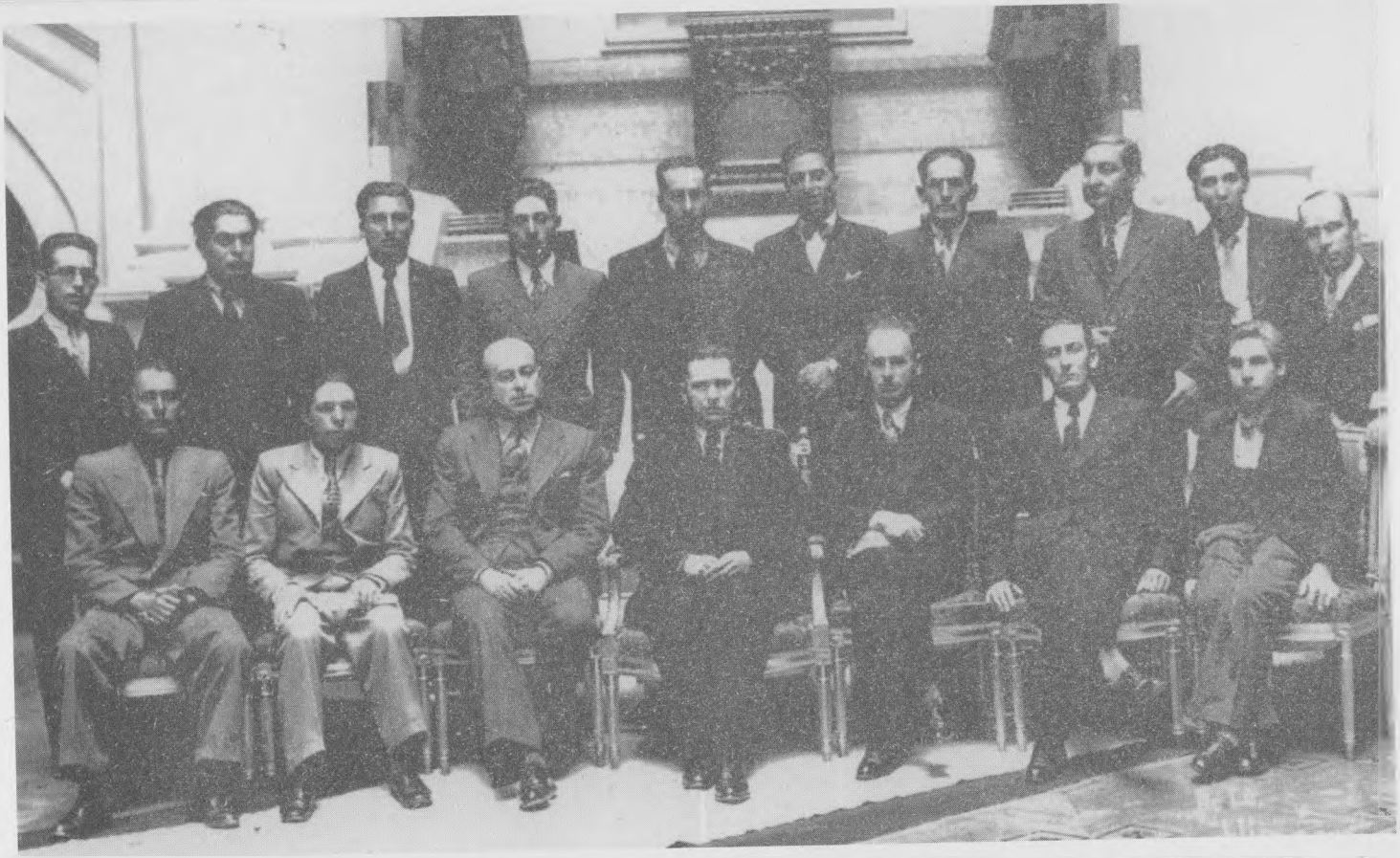
Agradeciendo a la multitud que colmó la Plaza Murillo el 15 de julio de 1939

Durante el sepelio del Dr. Bautista Saavedra, ex-Presidente de la República, cuando el cortejo fúnebre salía de la Catedral.

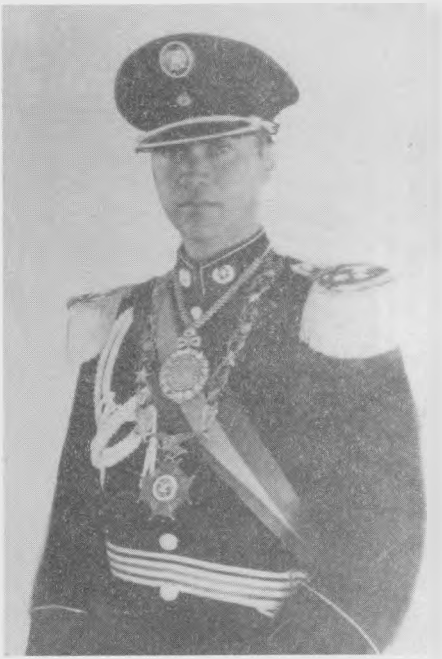
Su penúltimo Gabinete de Gobierno. De izq. a der. Cnl. Eliodoro Carmona, Jefe de la Casa Militar; Ministros Sr. Luis Herrero, Dr. Dionisio Foianini; Vicepresidente de la República, Dr. Enrique Baldivieso; Ministro Dr. Santiago Schulze; Presidente Tcnl. Germán Busch; Ministros, Gral. Walter Méndez, Sr. Eduardo Diez de Medina, Sr. Roberto Jordán Cuellar, Sr. Bernardo Navajas Trigo, Gral. Felipe M. Rivera, Dr. Alfredo Mollinedo, Dr. Carlos Salinas Aramayo y el Cnl. Carlos Lopera.

Busch saliendo del Palacio de Gobierno hacia el Congreso Nacional (1938)

Con el Ministro de Minas y Petroleo, Dr, Dionisio Foianini en una audiencia diplomática

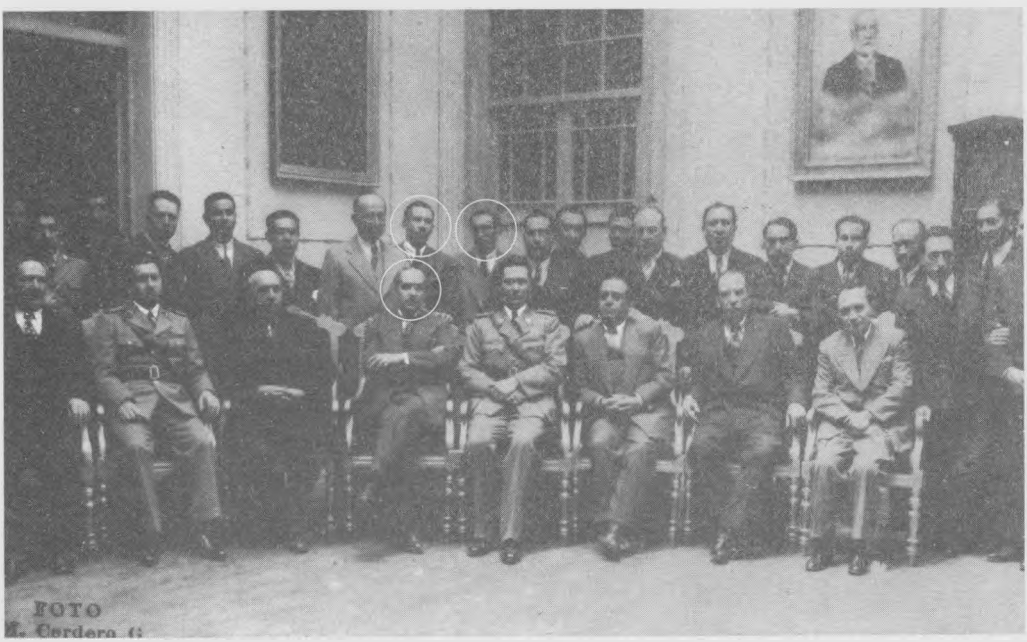


Los directores de los Núcleos Escolares con el Presidente Busch en 1938. De izq. a der., sentados: Raúl U. Perez (Warisata); Fernando Loayza Beltrán (Caquingora); el Ministro de Educación Bernardo Navajas; el Presidente Busch; Elizardo Perez, Director General; Luis Leigue (Moré); Carlos Loayza Beltrán (Casarabe). Parados: Eduardo Arze Lourerio, Inspector General; Eduardo Ibañez (Caquieviri); Carlos Quitón (Talina); Cupertino Pozo (Jesús de Machaca); Bernabé Ledezma (Llica); Corsiño Jordán (Mojocoya); Carlos Dorado (Vacas); Arturo Sánchez (Chapare); Luis Cano, profesor de Warisata



Tcnl. Germán Busch, Presidente

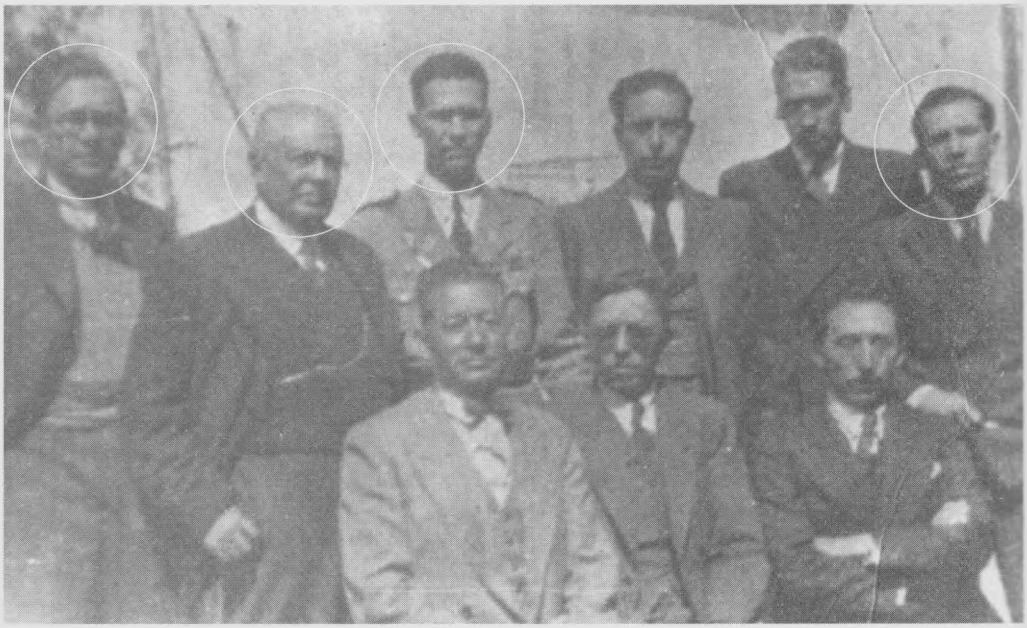
El Presidente Busch con algunos colaboradores, en la 2° fila a los extremos, Victor Paz Estenssoro y Walter Guevara Arce



El Presidente Busch rodeado de colaboradores y amigos. A la izquierda Eduardo Diez de Medina, en la 2° fila, al centro Augusto Céspedes y Augusto Guzmán

Subtte G. Busch
12-II-27.

Al centro, sentado, Gral. David Toro



De izquierda a derecha: Carlos Montenegro, Bautista Saavedra, Germán Busch, Enrique Baldivieso, Armando Arce, Augusto Céspedes; sentados, Waldo Belmonte, Gabriel Gosalvez, Julio Tellez Reyes, Abril de 1937 cuando Busch era Jefe de Estado Mayor General

Germán Busch Becerra (centro) y Ceferino Rioja Aponte (izq.), entrañables amigos benianos en el Chaco

Tte. Busch, al medio Tte. Hugo Ballivián, abajo, a la derecha, Cnl. Enrique Peñaranda

El Presidente Daniel Salamanca con el Vice-Presidente Tejada Sorzano y edecanes cruzando del Palacio de Gobierno al Legislativo

1932

1933

En el Chaco: Hugo Ballivián, Germán Busch, Enrique Baldivieso y David Toro

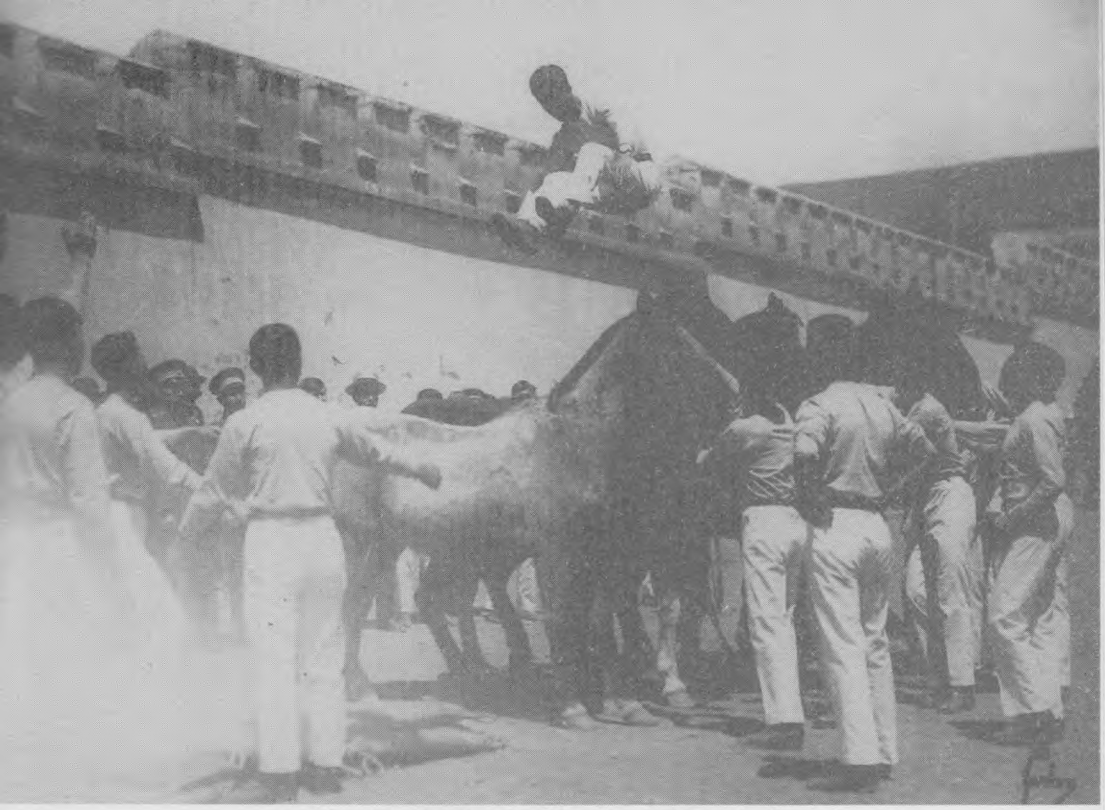
Germán, Orlando, Waldo y Gloria Busch Carmona, hijos del Presidente

Matilde Carmona (nacida en Potosí) esposa de Busch, rodeada de sus hijos

Gloria Busch Carmona, la hija postuma del Presidente, al cumplir los 6 años de edad

Matilde en una práctica de tiro al blanco ante la atenta mirada del marido

El Presiente Busch, su esposa e hijos, rodeados de edecanes y sus esposas



El cadete Busch saltando sobre cuatro caballos

Germán Busch en 1928

Matilde Carmona de Busch

ICONOGRAFIA

El Dr. Pablo Busch, padre de Germán

El cadete Germán Busch primero a la izquierda

Cnl. Manuel Marzana, 1932. Comandó la defensa de Boquerón

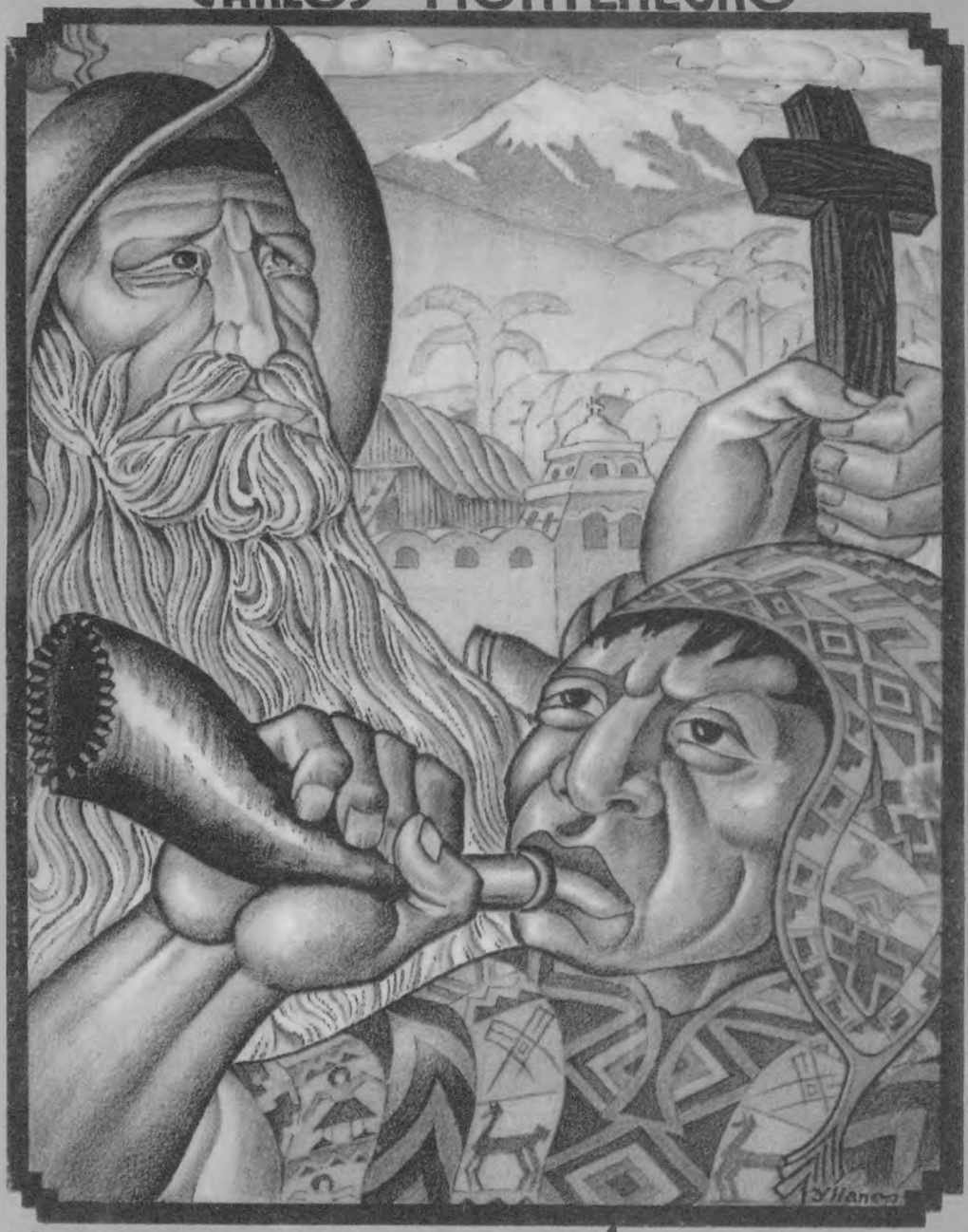
Carlos Montenegro

Caricatura del periódico "La Calle". A la izquierda, Montenegro

Semanario "Busch" dirigido por Montenegro

Caricatura de Montenegro (1930) de David Crespo Gastelú

CARLOS MONTENEGRO



NACIONALISMO Y COLONIAJE

Selección, prólogo y notas de
MARIANO BAPTISTA GUMUCIO

MONTENEGRO EL DESCONOCIDO

Caricatura de Montenegro, de Rego, 1986

INDICE

PROLOGO 5
LA GUERRA DE LOS DIEZ CENTAVOS 19
LA GUERRA DE LAS BOLACHAS 27
A MANERA DE INTRODUCCIÓN 39
RAZÓN Y OBJETIVO DE ESTE SEMANARIO 42
EL NOMBRE DE BUSCH 43
GERMÁN BUSCH
NACIMIENTO 47
ADOLESCENCIA 55
DE LOS LLANOS A LOS ANDES 61
EL ESPEJISMO DE SAN IGNACIO DE ZAMUCOS 68
DIARIO DE LA BÚSQUEDA 74
EL ROL DE STANDARD OIL 90
EFIGIE AMARGA, DOLIENTE Y ENIGMÁTICA 97
500 KILÓMETROS, DE VILLAMONTES A FORTÍN MUÑOZ 112
CUATRO HOMBRES PERDIDOS EN EL BOSQUE 128
PIOJOS Y AMEBAS, MÁS TEMIBLES QUE EL ENEMIGO 141
BOQUERON 150
BOQUERÓN VIVE SUS ÚLTIMAS HORAS 194
OTROS NOMBRES Y OTRAS MEMORIAS 205
ESCUADRÓN DE EXPLORADORES CHAQUEÑOS 215
ELOGIO DEL INDIO COMBATIENTE 237

EL ECO DE BOQUERON RESUENA EN EL PALACIO QUEMADO 230
RECONOCIMIENTOS Y CONDECORACIONES 240
LA RETAGUARDIA 243
EL FRENTE EXTERNO 247
ANEXOS 257
Diario del teniente Germán Busch, en busca de la misión de Zamucos 257
Sumario levantado al tte. Germán Busch por la muerte del dragoneante Ofelio Pérez 282
Distinciones y nombramientos 293
Busch refuta el informe del comandante del Regimiento Colorados 295
Carta de Montenegro a Busch sobre este libro 300
Carrera militar de Germán Busch 302
La guerra del Chaco y la Standard Oil
De Carlos Montenegro a Eduardo Arze Quiroga 304
FINANCIACIÓN DE LA GUERRA
Roberto Querejazu Calvo, *Masamalay*, 1975 309
MUERTE EN LA SOLEDAD
(Anotaciones para la historia de Germán Busch) 311
PROLOGO AL LIBRO "BUSCH LA FLECHA INCENCIARIA"
Mariano Baptista Gumucio 322
BIBLIOGRAFÍA 327
ICONOGRAFIA 329

Hacía 1954, -no recuerdo exactamente la fecha- fui testigo de un hecho excepcional que significaría para mí, el cambio de mi vocación de la política hacía la investigación histórica, el periodismo y las letras. Por razones políticas, que no vienen al caso mencionar, conseguí un empleo en la Biblioteca Nacional de Sucre y pronto, quizás en razón de mi edad y de mis inquietudes me gané la confianza y el afecto de Gunnar Mendoza, el Director, que por entonces debió tener unos 40 años. Ese hecho fue el descubrimiento que hizo Gunnar de un manuscrito, en forma de cuaderno, de principios del siglo XIX. Se trataba del "Diario del tambor Vargas", en la guerrilla de Ayopaya. (Pueblo en el que nació (Julio de 1832) mi bisabuelo Mariano Baptista Laserta

A fines del año pasado, recibí un telefonazo de mi amigo Eduardo Quintanilla, convocándome a su casa a tomar un café.

-Te tengo una sorpresa me dijo: y prefiero no adelantarte nada por teléfono.

—Por la relación familiar que tuviste con Justino— me dijo en su casa, después de tomar el café, pensé que podrían interesarte estás cinco carpetas que he encontrado entre sus papeles y que estaban desde hace 50 años, en mi bufete. Como sabes, -añadió- ya no ejerzo la profesión y mi hijo me pidió que vaciara ese cajón que había estado cerrado medio siglo".

A continuación me extendió sobre la mesa, las carpetas. A medida que las abría, experimenté un gozo parecido al de mi maestro Gunnar Mendoza, cuando encontró "El Diario del Tambor Vargas": Eran todos documentos sobre la guerra del Chaco; informes, telegramas cifrados y abiertos, correspondencia y los últimos tres, originales de Carlos Montenegro sobre la vida de Germán Busch, algunos escritos a mano, otros en máquina, todos con correcciones al margen o retazos cortados con tijera e incluidos en medio de cada página con goma de pegar, como se solía trabajar en esa época.

Nunca le había oído al Dr. Daza Ondarza, mi padrastro, mencionar tales papeles en la casa. ¿En qué momento y por qué razones, Montenegro prefirió confiárselos a él, en lugar de sus parientes o compañeros de partido? ¿Qué le pidió al entregárselos? No lo sabremos nunca. Presumo que lo hizo cuando ya se encontraba enfermo en Buenos Aires y decidió dárselos a un amigo de confianza, sabiendo que estaban en buenas manos. A la muerte de Montenegro, quizá Justino pensó darlos a su viuda, pero ella se encontraba en funciones diplomáticas en Buenos Aires y como nadie los reclamó, simplemente él los conservó en una gaveta, sabiendo el valor que tenían. Eduardo Quintanilla a su vez pudo haberlos quemado como hizo con otros expedientes que ya no le servían a nadie, pero su fino olfato histórico y su interés por difundir documentos sin duda valiosos, guardados en un cajón por tantos años, los salvaron de su pérdida irremediable.